





BIBLIOTECA
DEL
PEREGRINO

SAN AGUSTÍN
DOCTRINA
DE VIDA
ESPIRITUAL

PARA TODOS LOS DÍAS
DEL AÑO

TOMO

II



EMECÉ EDITORES, S.A.
BUENOS AIRES

ÍNDICE

SEPTIEMBRE

DE LA ORACIÓN, O DE QUÉ MODO Y POR QUIÉNES DEBA PEDIR A
DIOS EL HOMBRE CRISTIANO

DÍA 1º. — La oración es la víctima del corazón que el hombre cristiano debe sacrificar a Dios en todo tiempo.	7
DÍA 2. — Para que la oración del hombre cristiano sea acepta a Dios, debe proceder de corazón puro	11
DÍA 3. — La oración y la alabanza de Dios no es hermosa en la boca del pecador	13
DÍA 4. — La oración del hombre cristiano es muy grata a Dios si la acompañan las buenas obras	15
DÍA 5. — Cuán necesaria sea la oración para el hombre cristiano y por qué razón especial	17
DÍA 6. — Cuando ora el hombre cristiano recuerde que es mendigo de Dios, y que está ante la puerta del gran Padre de familias	20
DÍA 7. — La oración del hombre cristiano ha de estimarse más bien por el afecto que por las muchas palabras.	23
DÍA 8. — El hombre cristiano ha de orar en la habitación cerrada del corazón	25
DÍA 9. — Evite el hombre cristiano tener en la oración ocupado el ánimo con otros pensamientos	28
DÍA 10. — Con cuánta instancia y perseverancia ha de orar el hombre cristiano	31
DÍA 11. — Con cuánta humildad del corazón ha de orar el hombre cristiano	33
DÍA 12. — El hombre cristiano no debe contristarse si Dios no oye alguna vez su oración	36
DÍA 13. — Es misericordia de Dios el no conceder siempre al hombre lo que le pide	39
DÍA 14. — Nada grande pide a Dios el hombre cristiano si no le pide más que bienes temporales	42
DÍA 15. — El hombre cristiano no invoca a Dios si le pide solamente bienes temporales	45
DÍA 16. — El hombre cristiano pide a Dios los beneficios eternos más bien que los temporales	48
DÍA 17. — El hombre cristiano pide el mismo Dios a Dios.	51

Día 18. — Considere el hombre cristiano la benignidad de Cristo, que no sólo oró por nosotros, sino también nos enseñó a orar	53
Día 19. — La oración dominical que nos enseñó Cristo debe ser para el cristiano la regla de sus oraciones....	56
Día 20. — El hombre cristiano tiene en la oración dominical la medicina de sus pecados	59
Día 21. — Explícate el prefacio de la oración dominical...	61
Día 22. — Cuánta gracia sea el permitirse al hombre cristiano llamar Padre a Dios en el principio mismo de la oración	64
Día 23. — Las siete peticiones de la oración dominical se comparan con los siete dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas	65
Día 24. — Primera petición de la oración dominical: "Santificado sea el tu nombre"	68
Día 25. — Segunda petición: "Vénganos el tu reino" ..	70
Día 26. — Petición tercera: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"	72
Día 27. — Petición cuarta: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy"	75
Día 28. — Quinta petición: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" ..	77
Día 29. — Petición sexta: "No nos dejes caer en la tentación"	80
Día 30. — Petición séptima: "Mas líbranos de mal" ..	83

OCTUBRE

DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES LA FE Y LA ESPERANZA: O SEA, DE QUÉ MODO Y QUÉ COSAS DEBE CREER Y ESPERAR EL HOMBRE CRISTIANO

Día 1º. — La fe, ese gran don de Dios, es el principio de la Religión y de la buena vida	86
Día 2. — La fe es la vida del alma	89
Día 3. — Es la fe el fundamento de la vida espiritual y la razón de la bienaventuranza eterna	91
Día 4. — La fe nutre y limpia la mente del hombre cristiano y le hace capaz de entender las cosas eternas. ...	94
Día 5. — En las cosas divinas preceda la fe a la inteligencia para que la inteligencia sea el premio de la fe. ...	97

SEPTIEMBRE

DE LA ORACIÓN, O DE QUÉ MODO Y POR QUIÉNES DEBA PEDIR A DIOS EL HOMBRE CRISTIANO

DÍA 1º.

LA ORACIÓN ES LA VÍCTIMA DEL CORAZÓN QUE EL HOMBRE CRISTIANO DEBE SACRIFICAR A DIOS EN TODO TIEMPO

"DENTRO de mí está la oración para el Dios de mi vida" ¹. Para suplicar a Dios, no necesito por cierto de comprar dones de ultramar; ni para que me oiga mi Dios necesitaré navegar en busca de incienso y aromas, o traer del rebaño el ternero o el carnero. "Dentro de mí está la oración para el Dios de mi vida". Dentro tengo la víctima que yo le inole, dentro tengo el incienso que le ofrezca, y dentro tengo el sacrificio con que haga propicio a mi Dios. "El sacrificio para Dios es el espíritu contribulado" ². (*Enar. in Ps. 41, n. 17*).

No busques exteriormente el animal que has de sacrificar, pues tienes dentro de ti la ofrenda. "El sacrificio para Dios es el espíritu contribulado: no despreciarás, oh Dios, el corazón contrito y humillado". El Señor desprecia totalmente el toro, el cabrito y el carnero: ya no es tiempo de ofrecerle estas cosas. Se le ofrecieron cuando tenían alguna

¹ Ps. 41, 10.

² Ps. 50, 19.

significación; mas habiendo venido las cosas prometidas, desaparecieron las promesas. (*Enar. in Ps. 50, n. 21*).

“¿Comeré acaso las carnes de los toros, o beberé la sangre de los cabritos?”¹ Oís lo que no exige de nosotros el que quiere anunciarnos alguna otra cosa. Si pensabais en tales sacrificios, separad ya de ellos vuestros intentos, y no penséis más en ofrecerlos a Dios. Si tienes un toro cebado, mátales para los pobres: coman éstos las carnes de los toros, aunque no beban la sangre de los cabritos. Haciéndolo así, te lo imputará aquel que dijo: “Si tuviere hambre no te lo diré”; y te dirá: “Tuve hambre, y me diste de comer”². “Comeré acaso las carnes de los toros, o beberé la sangre de los cabritos?” Di, pues, oh Dios y Señor nuestro, ¿qué es lo que anuncias a tu pueblo, a tu Israel? “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. Digámosle también nosotros: “En mí, oh Dios, están tus votos, las alabanzas que te ofrezca”³. Habíamos asustado de que me pudieses lo que por estar fuera de mí, o en mi exterior, me lo hubiera robado ya acaso el ladrón. ¿Qué es lo que me mandas ofrecerte? “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. Vuelva yo dentro de mí donde encuentre la inmólación de alabanza: mi conciencia sea tu ara. “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. Estemos seguros: no tenemos que ir a la Arabia a buscar incienso, ni a registrar las cargas del avaro comerciante: Dios busca de nosotros el sacrificio de alabanza. Este sacrificio de alabanza tenía Zaqueo en su patrimonio, tenía la viuda en su bolsillo, y tenía cualquiera otro pobre benéfico en su tonel; otro no le tenía ni en el patrimonio, ni en el bolsi-

¹ Ps. 49, 13.

² Mat. 25, 35.

³ Ps. 55, 12.

llo, ni en el tonel, pero le tenía todo en su ánimo: la salud se obró en la casa de Zaqueo, y la viuda dió más que aquellos ricos; este otro alargando un vaso de agua fría no perderá su premio; pero también hay paz en la tierra para los hombres de buena voluntad. “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. ¡Oh sacrificio gratuito dado por la gracia! Yo, Señor, no he comprado ciertamente esto que he de ofrecerte, sino que tú me lo has dado; pues que de otro modo no lo tendría. “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. Y esta inmólación del sacrificio de alabanza es dar gracias a aquél de quien tienes todo lo bueno que tienes, y por cuya misericordia se te perdona todo lo malo tuyo que tienes. “Inmola a Dios el sacrificio de alabanza”. El Señor se deleita en este olor. “Rinde al Altísimo tus súplicas”. (*Enar. in Ps. 43, nn. 20 y 21*).

“Saca del arca del corazón el incienso de la alabanza, saca de la despensa de la buena conciencia el sacrificio de la fe, y todo lo que sacas enciéndelo en la caridad. En ti estén los votos que cumplas en alabanza de Dios: Amo a mi Dios, y nadie puede quitármelo: nadie puede quitarme lo que le dé, he de darle porque está encerrado en el corazón”. ¿Qué puede hacerme el hombre? “Ensañese el hombre, permítasele ser cruel, permítasele hacer lo que intenta, ¿qué puede quitarme?” El oro, la plata, los rebaños, los siervos, las criadas, las heredades, las casas; quita todo esto: ¿puede acaso quitarme los votos que hay en mí para ofrecer a Dios mis alabanzas? El tentador obtuvo permiso para tentar al santo varón Job; en un instante le arrebató cuanto tenía, dejándole privado de cuantas facultades había adquirido; le arrebató la

herencia; mató a los herederos; y esto no paulatinamente, sino de tropel, de un golpe, de una vez, para que todo se le anunciase repentinamente: arrebatadas todas las cosas, quedó solo Job; pero en él estaban los votos de alabanza que ofrecía a Dios; en él estaban ciertamente: el diablo ladrón no había invadido el arca de su santo pecho, y éste estaba lleno de lo que había de sacrificar. Oye lo que tenía en su pecho, oye lo que de él sacó: "El Señor lo dió, el Señor lo quitó, como agradó al Señor así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito" ¹. ¡Oh riquezas interiores adonde no se acerca el ladrón! El mismo Dios le había dado lo que recibía; él mismo le había enriquecido, de donde le ofrecía lo que amaba. Dios busca de ti la alabanza, Dios busca tu confesión. Pero, ¿has de darle alguna cosa de tu campo? Él mismo envió las lluvias para que tuvieses sus frutos. ¿Has de darle alguna cosa de tu arca? El mismo instituyó lo que has de darle. Porque ¿qué puedes darle que no has recibido de él? ¿Le darás alguna cosa del corazón? Él mismo te dió la fe, la esperanza, y la caridad: esto has de presentar, esto has de sacrificarle. Todas las demás cosas puede arrebatarte el enemigo contra tu voluntad; mas esto no puede sino con tu consentimiento. Lo demás perderá aun el que no quiera; perderá el oro aun el que quiera conservar el oro; perderá la casa aun el que quiera retener la casa; mas no perderá la fe sino el que la despreciare. (*Enar. in Ps. 55, n. 19*).

¹ Job. 1, 21.

DÍA 2

PARA QUE LA ORACIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO SEA ACEPTA A DIOS, DEBE PROCEDER DE CORAZÓN PURO

"ALABAD al Señor, porque es bueno el Salmo: sea para nuestro Dios grata la alabanza" ¹. ¿De qué modo será la alabanza grata a nuestro Dios? Si viviendo bien es alabado, oye cómo entonces le será la alabanza agradable. Dícese en otro lugar: "No es hermosa la alabanza en la boca del pecador" ². Luego si en la boca del pecador no es hermosa la alabanza, no es agradable; porque lo mismo es ser agradable una cosa, que ser hermosa. Por lo mismo, ¿quieres que tu alabanza sea grata a tu Dios? Pues no quieras con las malas costumbres hacer disonante tu buena canción. "La alabanza sea grata a nuestro Dios". ¿Qué quiere decir? Los que alabáis, vivid bien. La alabanza de los impíos ofende a Dios. Él atiende más al cómo vives que al cómo suenas. Ciertamente quieres tener paz con aquel que alabas: ¿y de qué modo buscas la paz con él, cuando disuenas de ti mismo? ¿Cómo, dirás, disueno de mí mismo? Sonando una cosa tu lengua, y publicando otra tu vida. "La alabanza sea grata a nuestro Dios". Puede por cierto la alabanza ser grata al hombre, cuando oye al que le elogia con elegantes y frías sentencias, y con voz suave: pero "la alabanza sea grata a nuestro Dios"; cuyos oídos están abiertos no a la boca, sino al corazón; no a la lengua, sino a la vida de quien le alaba. (*Enar. in Ps., 146, n. 3*).

Alabemos, pues, al Señor nuestro Dios no sólo con la boca, y sí también con el corazón: porque

¹ Ps. 146, 1.

² Eccli. 15, 9.

el que alaba con el corazón, alaba con la voz del hombre interior. La voz para los hombres es el sonido: la voz para Dios es el afecto. (*Serm. 257, n. 1*).

Invocas a Dios cuando llamas para ti a Dios. Es por cierto invocarte Dios, el llamarte a ti y convidarte en cierto modo para que venga a la casa de tu corazón. Mas no te atreverías a convidar a tan gran padre de familias, si no supieses prepararle la habitación. Pero te dice Dios: Me has invocado, vengo a ti, y ¿dónde entraré? ¿Estaré entre tantas manchas de tu conciencia? Si convidases para tu casa a alguno de mis siervos, ¿no procurarías acaso limpiarla antes? Llámame a tu corazón, y está lleno de rapiñas. El lugar a donde es invitado Dios está lleno de blasfemias, está lleno de adulterios, está lleno de fraudes, está lleno de malos deseos, ¿y me invocas? ¿Qué dice de estos tales en otro Salmo? "No invocaron al Señor"¹. Y a la verdad, le invocaron, mas con todo no le invocaron. Digo brevemente al hombre avaro: ¿invocas a Dios? ¿A qué fin invocas a Dios? Para que te dé el lucro. Luego invocas al lucro, y no a Dios. Porque este lucro que deseas con ansia no puedes obtenerle por medio de tu siervo, no puedes obtenerle por tu colono, ni por tu cliente, ni por tu amigo, ni por tu allegado; invocas a Dios, haces a Dios ministro de tu lucro, y Dios está envilecido para ti. ¿Quieres invocar a Dios? Invócale gratuitamente. ¿Avaro, es poco para ti, si el mismo Dios te llena? ¿No quieres a Dios no viniendo a ti con oro y plata? Si, pues, no te basta el mismo Dios, ¿qué puede bastarte de cuanto Dios ha creado? (*Enar. 4, in Ps. 30, n. 4*).

Señor, estrecha es la casa de mi alma para que

¹ Ps. 13, 5.

vengas a ella: dignate de ensancharla. Ruinosa es: dignate de repararla. Sé y confieso que hay en ella cosas que ofenden a tus ojos; ¿pero quién otro puede limpiarla?, ¿o a quién fuera de ti clamaré: "Límpíame, Señor, de mis pecados ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo"?¹. (*Lib. 1, Confes., c. 5*).

DÍA 3

LA ORACIÓN Y LA ALABANZA DE DIOS NO ES HERMOSA EN LA BOCA DEL PECADOR

"BENDECIRÉ al Señor"². Ojalá sea con el corazón, y no sólo con la boca: porque si es con la boca y no con el corazón, se ensucia la alabanza del Señor en la boca del pecador; y no le aprovecha la confesión de la boca, si no existe dentro la profesión de la caridad. Ved, hermanos; la caridad no es virtud de la boca, allí fija el asiento donde es hermosa la amiga del esposo. ¿Y dónde está esta hermosura? Toda la gloria de la hija del Rey en el interior"³. No es otra cosa esta gloria que la hermosura, no es otra cosa esta hermosura que la caridad, y no es otra cosa la caridad que la vida. Luego ama para que vivas. Si amas, eres hermoso: el amor es lo bueno, el amor es lo hermoso. Si eso hermoso falta, no vives. Lo representas por cierto, pero no interiormente. Ábrase aquel sepulcro apoyado en tantas columnas, rómpase el mármol, ¿y qué otra cosa más se encuentra que el cadáver horrendo, los huesos fétidos, cenizas y gusanos? Hay en verdad la apariencia, pero encubre al muerto, a cuya vista te atemorizas y gritas. ¿Y piensas que el muerto diga: "Bendeciré al Se-

¹ Ps. 18, 13.

² Ps. 15, 7.

³ Ps. 44, 14.

ñor"? Por el contrario, según el testimonio de la Escritura: "No te alabarán, Señor, los muertos, ni todos los que vayan al infierno" ¹. Abre el Evangelio y oirás al Señor reprender y decir al diablo: Enmudece. ¿Por qué razón? Porque no te alabarán los muertos, ni todos lo que bajan al infierno. Ninguno alaba al que no ama; o si el enemigo alaba, ama la virtud que alaba en el enemigo. El que peca tiene enemistad con Dios: por consiguiente, ni alaba a Dios, ni alaba la virtud de Dios; porque la alabanza es cierto bien que no cuadra en el pecado. El que alaba a alguno y miente, calumnia, o más bien se burla que alaba. Quita del corazón la caridad, y sólo queda en él la mentira. ¿Quieres que la mentira alabe a la verdad, y que de allí reciba Dios elogio, de donde procede la blasfemia? Los sabios que son alabados por los necios y los malos, no lo estiman en mucho; ¿y será Dios alabado por el corazón impuro sumamente descarado, y por el alma blasfema sumamente insensata? (*Serm. 365, n. 1*).

"Grande es el Señor, y en gran manera loable, en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte" ²; ni puede estar su alabanza sino en sus santos. Porque los que viven mal no le alaban; y así, aunque predicán con la lengua, blasfeman con la vida. (*Enar. in. Ps. 47, n. 10*).

Atienda vuestra caridad. El Señor, como imponiéndonos cierto tributo de su alabanza, había dicho poco antes: "Inmola a Dios el sacrificio de alabanza" ³. Y después añadió: "Mas dijo Dios al pecador: ¿Por qué refieres tú mis justicias, y tomas mi testamento por tu boca?" Como si le dijera: Nada te aprovecha lo que alabas: yo he

¹ Ps. 113, 17.² Ps. 47, 1.³ Ps. 43, 14.

impuesto el sacrificio de alabanza a los que viven bien: a ellos aprovecha por cierto lo que alaban; mas a ti de nada te sirve; ¿por qué me alabas? "No es hermosa la alabanza en la boca del pecador" ¹. (*Enar. in Ps. 43, n. 29*).

DÍA 4

LA ORACIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO ES MUY GRATA A DIOS SI LA ACOMPAÑAN LAS BUENAS OBRAS

"DE ESTE modo te bendeciré en mi vida, y levantaré mis manos en tu nombre" ². Levanta las manos en la oración. Por nosotros levantó nuestro Señor las manos en la cruz, y por nosotros fueron extendidas. Sus manos fueron extendidas en la cruz, para que las nuestras se extiendan en las buenas obras; porque su cruz nos dió la misericordia. Ved cómo él levantó las manos, y por nosotros se ofreció a Dios en sacrificio, y en cuya virtud se borraron todos nuestros pecados. Levantemos también nosotros a Dios nuestras manos en la súplica; y levantadas a Dios no serán confundidas, si se ejercitan en las buenas obras. Porque ¿qué hace el que levanta las manos? ¿Dónde está mandado que oremos a Dios levantadas las manos? El Apóstol dice: "Levantando las manos puras sin ira ni disputa" ³. Para que cuando levantas las manos a Dios, te vengan a la mente tus obras. Y porque estas manos se levantan para alcanzar lo que deseas, piensas ejercitarlas en buenas obras, para que no se avergüencen de levantarte a Dios. "En tu nombre levantaré mis manos". (*Enar. in Ps. 62, n. 13*).

¹ Eccli. 15, 9.² Ps. 62, 5.³ 1^o. Tim. 2, 8.

Las oraciones de los que obran bien son recibidas con la mayor prontitud; y esta justicia del hombre en la vida presente, la obran el ayuno, la limosna y la oración. ¿Quieres que vuele a Dios tu oración? Hazle las dos alas del ayuno y de la limosna. (*Enar. in Ps. 42, n. 8*).

Los ayunos y el enfrenamiento de la carnal concupiscencia en las demás pasiones sin desprecio de la salud, y especialmente las limosnas, ayudan mucho a la oración, para que podamos decir: "En el día de mi tribulación busqué a Dios con mis manos, de noche en su presencia, y no fuí engañado"¹. Porque siendo Dios incorpóreo e impalpable, ¿de qué modo se busca con las manos, como no se busque con las obras? (*Epist. 130, n. 24*).

Perdónense los pecados: perdónense los pasados, y cesen los futuros. Pero no puede vivir aquí sin ellos: es decir, sin los menores, pequeños o leves. Mas no se desprecien tales pecados leves y pequeños. Con las gotas pequeñas se llenan los ríos. No sean desatendidas aun las cosas menores. El agua se filtra por las rendijas estrechas de la nave, y se llena la sentina; y si la sentina es desatendida, se sumerge la nave. Pero los marineros no paran, y sus manos andan: andan para que las sentinas queden diariamente desaguadas. Anden del mismo modo tus manos para desocupar diariamente tu sentina. ¿Qué es, anden tus manos? Den, haz buenas obras, anden tus manos. Parte al hambriento tu pan, y lleva a tu casa al que necesita de cubierto: si vieres al desnudo, vístelo². Haz cuanto puedas, haz de donde puedes, hazlo con alegría, y envía seguro la oración. Tendrán como alas

¹ Ps. 76, 3.

² Isai. 58, 7.

las dos limosnas. ¿Qué es, las dos limosnas? "Perdonad, y se os perdonará, dad, y se os dará"¹. Una limosna es la que se hace del corazón, cuando perdonas el pecado al hermano. Otra limosna es la que se hace de las facultades cuando alargas el pan al pobre. Haz una y otra, no sea que con una sola ala no vuele tu oración. (*Serm. 58, n. 10*).

DÍA 5

CUÁN NECESARIA SEA LA ORACIÓN PARA EL HOMBRE CRISTIANO Y POR QUÉ RAZÓN ESPECIAL

PUEDA preguntarse por qué sea necesaria la oración, cuando Dios sabe antes lo que necesitamos, si no se atiende a que la fuerza de la oración serena y purga nuestro corazón, y le hace más capaz para recibir los dones divinos que se nos infunden espiritualmente. Porque Dios, supuesto que está siempre dispuesto a darnos su luz, no visible, sino inteligible y espiritual, no nos oye por ambicionar súplicas; mas nosotros no estamos siempre dispuestos para recibirla, cuando nos inclinamos a otros objetos, y nos oscurecemos con la codicia de las cosas temporales. Efectúase, pues, en la oración la conversión del corazón hacia aquél que está siempre preparado para dar, si nosotros somos capaces de lo que da: y en la misma conversión se afecta la purgación del ojo interior, cuando se excluye lo temporal que se deseaba, para que la vista del corazón simple pueda sufrir la simple luz que resplandece divinamente sin ocaso alguno ni mudanza: y no sólo sufrirla, sino también permanecer en ella; no sólo sin molestia, sino también

¹ Luc. 6, 37.

con el gozo inefable en que la vida dichosa se perfecciona verdadera y sinceramente. (*Lib. 2, de Serm. Dni. in monte, c. 3*).

Dios nuestro Señor no pretende que le manifiemos nuestra voluntad, que no puede serle oculta, y sí que ejercitemos en oraciones nuestro deseo con el cual podamos recibir lo que desea darnos. Porque esto es sumamente grande; pero nosotros somos pequeños y estrechos para recibirlo. Por esta razón se nos dice: "Dilataos, no estéis llevando el yugo con los infieles"¹. Ciertamente aquello tan grande que ni el ojo vió, porque no es color; ni el oído oyó, porque no es sonido; ni subió al corazón del hombre, porque el corazón del hombre debe subir allí², lo recibiremos tanto más extensamente cuanto más fielmente lo creamos, más firmemente lo esperemos y más ardentemente lo deseemos. Así oramos siempre en la misma fe, esperanza y caridad con deseo continuado. Y por lo mismo rogamos también a Dios con palabras por ciertos intervalos de horas y tiempos, para que con tales signos exteriores nos amonestemos a nosotros mismos, nos descubramos el aprovechamiento en este deseo, y más fuertemente nos excitamos a aumentarle. Porque se seguirá el efecto más digno al que precede el afecto más ardiente. Y por esto, lo que también dice el Apóstol: "Orad sin intermisión"³, ¿qué otra cosa da a entender, que, desead sin intermisión la vida bienaventurada que no es sino la eterna, y deseada de Aquel que solo puede darla? Deseémosla, pues, siempre, y siempre supliquémosla al Señor. Y a este fin, retirándonos de los demás cuidados y negocios que en cierto modo entibian este deseo, recogemos el

¹ 2ª. Cor. 6, 14. ² 1ª. Cor. 2, 9. ³ 1ª. Thess. 8, 17.

espíritu en ciertas horas para orar, advirtiéndonos a nosotros mismos con las palabras de la oración la necesidad que tenemos de atender a lo que deseamos, para que lo que comenzaba a entibiarse no se enfríe, ni se apague totalmente, sino se inflame con frecuencia. De ahí también aquello que dice el mismo Apóstol: "Vuestras peticiones sean conocidas ante Dios"¹, no ha de entenderse como que se hagan patentes a Dios, que ciertamente las conocía aun antes de hacerse; sino que sean conocidas a nosotros ante Dios por la tolerancia, no ante los hombres por la jactancia.

Así que, las palabras son necesarias a nosotros para con ellas renovar los deseos y mirar lo que pedimos, mas no porque creamos que son necesarias para con ellas enseñar o inclinar al Señor. Por lo mismo, cuando decimos: "Sea santificado tu nombre"², nos excitamos a nosotros mismos a desear que el nombre de Dios siempre sea también tenido Santo entre los hombres, esto es, no sea despreciado; lo cual no es provechoso a Dios, sino a los hombres. Y en lo que decimos: "Venga a nos tu reino", lo cual, queramos o no queramos, ha de venir ciertamente, excitamos nuestro deseo de aquel reino para que nos venga y merezcamos reinar en él. Cuando decimos: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", le suplicamos para nosotros la misma obediencia a fin de que hagamos nosotros su voluntad de igual modo que la hacen sus Ángeles en el cielo. Cuando decimos: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy", la palabra "hoy" significa en este tiempo, en que, o por la parte más excelente pedimos lo que necesitamos, es decir, significándolo todo con el

¹ Phil. 4, 6.

² Matt. 6, 9.

nombre del pan, o pedimos el Sacramento de los fieles, el cual es necesario en este tiempo, no para conseguir la felicidad en este tiempo, sino la eterna. Cuando decimos: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", nos advertimos lo que hemos de pedir, y lo que hemos de hacer para merecer recibir. Cuando decimos: "No nos dejes caer en la tentación", nos amonestamos a pedir esto, para que no nos suceda que, desamparados de su ayuda, o consintamos la tentación engañados, o cedamos a ella afligidos. Cuando decimos: "Mas líbranos de mal", nos amonestamos a pensar que no estamos todavía en aquel bien donde no sufriremos mal alguno. Y esto último que se puso en la oración Dominical es tan extenso, que a tal fin debe el hombre cristiano dirigir sus gemidos en cualquier tribulación, y derramar sus lágrimas para conseguirle: comience su oración por esto, párela en esto, y termínela para esto. Con estas palabras convenía, por cierto, se encomendase en las mismas cosas a nuestra memoria. (*Epist. 130, nm. 17, 18 y 25*).

DÍA 6

CUANDO ORA EL HOMBRE CRISTIANO RECUERDE QUE ES MENDIGO DE DIOS, Y QUE ESTÁ ANTE LA PUERTA DEL GRAN PADRE DE FAMILIAS

Todos cuando oramos somos mendigos de Dios: estamos en pie ante la puerta del gran Padre de familias, o más bien nos postramos y gemimos, rendidos, deseando recibir alguna cosa, y esta cosa es el mismo Dios. ¿Qué es lo que pide a ti el men-

digo? Pan. Y tú, ¿qué es lo que pides a Dios sino a Cristo que dice: yo soy el pan vivo, que baja del cielo? ¹. (*Serm. 83, n. 2*).

Hombre rico cualquiera que seas, por más riquezas que tengas, eres mendigo de Dios. Llega la hora de la oración, y allí te pruebo. Tú pides. ¿Y cómo no eres pobre si pides? Digo más: Pides pan. ¿Acaso no tienes que decir: El pan nuestro de cada día dánosle hoy? Y el que pide el pan cotidiano, ¿es pobre, o es rico? (*Serm. 123, n. 5*).

Por tanto, hermanos, si Dios nos ha hecho mendigos suyos amonestándonos, alentándonos y mandando que le pidamos, busquemos y llamemos, pero atendamos también nosotros a los que nos piden. Nosotros pedimos. ¿Y a quién pedimos? ¿quiénes pedimos? ¿A quién, quiénes, o qué pedimos? Pedimos a Dios bueno; pedimos los hombres malos, y pedimos la justicia para ser buenos. Pedimos, pues, esto para tenerlo eternamente, y con lo cual, una vez saciados, no volvamos a padecer necesidad. Mas para saciarnos, tengamos hambre y sed, y hambrientos y sedientos pidamos, busquemos y llamemos a la puerta. Bienaventurados por cierto los que tienen hambre y sed de justicia ². ¿Por qué bienaventurados? Tienen hambre y sed, ¿y son bienaventurados? ¿Es dichosa alguna vez la necesidad? No son bienaventurados porque tienen hambre y sed, sino porque ellos serán hartos. La bienaventuranza estará en la hartura, no en el hambre. Pero preceda el hambre a la hartura para evitar que el fastidio no llegue a los panes. Ya hemos dicho a quién pedimos, quiénes pedimos y qué pedimos. Pero también se pide a nosotros. Nosotros somos, en verdad, mendigos de Dios;

¹ Joan. 6, 51.

² Matt. 5, 6.

mas para que él reconozca a sus mendigos, reconozcamos también nosotros a los nuestros. Pensemos igualmente cuando se nos pida, quiénes piden, a quiénes piden y qué piden. ¿Quiénes piden? Los hombres, los mortales. ¿A quiénes piden? A los mortales. ¿Quiénes piden? Los frágiles. ¿A quiénes piden? A los frágiles. ¿Quiénes piden? Los miserables. ¿A quiénes piden? A los miserables. Exceptuadas las facultades terrenas, tales son los que piden, cuales son a los que piden. ¿Qué frente tienes para pedir a tu Señor, tú que no reconoces a tu igual? (*Serm. 61, nn. 7 y 8*).

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”¹. Haz, y se hará: haz con otro para que se haga contigo. Porque abundas, y tienes necesidad: abundas en bienes temporales, y tienes necesidad de los eternos. Oyes al hombre mendigo, y tú mismo eres mendigo de Dios. Se pide a ti, y pides tú. Lo que tú hicieras con tu pedidor eso mismo hará Dios con el suyo. Estás lleno, y estás vacío: lleno de tu plenitud al vacío para que tu vacío se llene de la plenitud de Dios. (*Serm. 53, n. 5*).

Cristo te dice: Dame de lo que yo te he dado. Porque, ¿qué trajiste cuando viniste aquí? Tú, criado, hallaste aquí todas las cosas que yo crié: nada trajiste y nada llevarás. ¿Por qué no me das de lo que es mío? Tú, pues, estás lleno, y el pobre está vacío. Atended a vuestros principios: ambos nacisteis desnudos. Así naciste tú también. Hallaste aquí muchas cosas: ¿trajiste acaso alguna contigo? De lo mío busco: dame y te pago. Me tuviste dador, hazme pronto deudor. Aun es poco esto que he dicho. Me tuviste dador, hazme deudor: Tén-

¹ Matt. 5, 7.

gate yo como prestamista usurero. Me das poco, y te pagaré mucho. Me das cosas terrenas, y te pagaré con las celestiales. Me das las temporales, y te daré las eternas. Te devolveré a ti mismo, cuando te devuelva a mí. (*Serm. 123, n. 5*).

DÍA 7

LA ORACIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO HA DE ESTIMARSE MÁS BIEN POR EL AFECTO QUE POR LAS MUCHAS PALABRAS

NUESTRO Señor Jesucristo cortó ante todo el largo discurso en la oración, para que no presentes a Dios muchas palabras, como queriendo enseñarle con ellas. Así cuando oras te es necesaria la piedad, y no la verbosidad. “Porque sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que le pidáis”¹. No queráis, pues, hablar mucho, porque sabe lo que es necesario. Mas no diga acaso alguno por esto: si sabe lo que es necesario, ¿para qué decir aun las pocas palabras? ¿Para qué orar? Dénos lo que necesitamos supuesto que él lo sabe. Pues quiso que ores, para dar al que desea, para que no se envilezca lo que diere, porque él insinuó también el deseo mismo. (*Serm. 56, n. 4*).

No es reprehensible ni inútil el orar por largo tiempo cuando se pueda, es decir, cuando no se impiden otros oficios de acciones buenas y necesarias. Porque no es, como algunos piensan, orar con muchas palabras, si se ora por mucho tiempo. Una cosa es la mucha verbosidad, y otra el continuado afecto. Pues del mismo Señor está escrito que había pasado la noche orando, y que oró pro-

¹ Matt. 6, 8.

lijamente¹; en lo cual ¿qué otra cosa hacía que darnos ejemplo el suplicador oportuno en el tiempo, y el oidor con el Padre en la eternidad? Dícese que los hermanos en Egipto hacen, sí, continuas oraciones, pero sin embargo muy breves, y en cierto modo disparadas ligeramente, a fin de que aquella intención levantada con vigilancia, y que es muy necesaria al que ora, no se desvanezca ni embote por las detenciones más largas. Y en esto aun ellos mismos manifiestan suficientemente que la intención de orar, así como no ha de embotarse si no puede durar, así no ha de romperse pronto si puede continuar. Lejos, pues, de la oración las muchas palabras, mas no falten las muchas súplicas si persevera la fervorosa intención. Porque el hablar mucho en la oración es hacer una cosa necesaria con palabras superfluas, y el suplicar mucho es llamar a la puerta del que rogamos con excitación larga y piadosa del corazón. Y sucede muchas veces que se hace este negocio más con gemidos que con discursos, más con el llanto que con el lenguaje. Pone en verdad nuestras lágrimas en su presencia, y nuestro gemido no se esconda al que crió todas las cosas por el Verbo, y no busca las humanas palabras. (*Epist. 130, nn. 19 y 20*).

“Clamé al Señor con la voz mía”². Sería suficiente decir: “Clamé al Señor con la voz”; pero quizá no se añadió en vano “mía”. Porque muchos claman al Señor, no con la voz suya, sino con la voz de su cuerpo. Por tanto, el hombre interior en quien comenzó Cristo a habitar por la fe, clama al Señor con la voz suya, no en estrépito de los labios, y sí en afecto del corazón. No donde oye el hombre oye Dios; el hombre no te oye si no

¹ Luc. 6, 12.

² Ps. 141, 1.

clamas con la voz de los pulmones, costados y lengua; mas tu pensamiento es el clamor para Dios: “Clamé al Señor con la voz mía, con la voz mía supliqué al Señor”. (*Enar. in Ps. 141, n. 2*).

El clamor a Dios no es con la boca, sino con el corazón. Muchos callando en los labios, clamaron en el corazón; y muchos haciendo ruido con la boca nada pudieron alcanzar por tener el corazón averso. De consiguiente, si clamas, clama en tu interior donde oye Dios. “Clamando a ti —dice el Salmo— oíste la voz de mi oración”. (*Enar. 4, in Ps. 30, n. 10*).

DÍA 8

EL HOMBRE CRISTIANO HA DE ORAR EN LA HABITACIÓN CERRADA DEL CORAZÓN

“MAS VOSOTROS, cuando oráis, entrad en vuestras habitaciones”¹. ¿Qué habitaciones son éstas sino los mismos corazones, los cuales se significan también en el Salmo cuando se dice: “De lo que decís en vuestros corazones, compungíos en vuestras habitaciones”?² “Y cerrando la puerta —dice— orad a vuestro Padre en lo escondido”. Es poco entrar en las habitaciones si la puerta está abierta a los importunos, por la cual puerta se meten maliciosamente las cosas que están afuera, y solicitan nuestro interior. Decimos que están afuera todas las cosas temporales y visibles, las cuales penetran en nuestros pensamientos por la puerta del sentimiento carnal, y con la turba de vanos fantasmas importunan a los que oran. Por lo mismo ha de cerrarse la puerta, esto es, ha de resistirse al sentimiento

¹ Matt. 6, 6.

² Ps. 4, 5.



carnal para que se dirija al Padre la oración espiritual que se hace en lo íntimo del corazón, donde se ora al Padre en lo escondido. "Y vuestro Padre —añade— que ve en lo escondido, os dará". (*Lib. 2 de Serm. Dni. in monte, n. 11*).

"Derramaré mi súplica ante él" ¹. ¿Qué es "ante él"? En su presencia. ¿Qué es en su presencia? Donde ve. ¿Pues dónde no ve? Decimos donde ve, como si en alguna parte no viera. Pero en este conjunto de cosas temporales ven también los hombres, y aun ven los animales; mas el Señor ve también donde no ve el hombre. Ninguno de los hombres ve tu pensamiento, mas Dios le ve. Allí, pues, derrama tu súplica, donde ve sólo el que remunera. Por esto te mandó orar en lo escondido el Señor Jesucristo; y si registras tu habitación y la limpias, allí ruegas a Dios. "Mas cuando oráis —dice— no queráis ser como los hipócritas, que están orando en las plazas y calles, para ser vistos de los hombres. Tú, pues, cuando ores, entra en tu habitación, y cerrada la puerta, suplica a tu Dios en lo escondido: y el que ve en lo escondido te dará". Si los hombres han de darte, derrama tu súplica ante los hombres; pero si ha de darte Dios, derrama tu súplica ante él, y cierra la puerta para que el tentador no entre. El tentador no cesa de tocar a la puerta para introducirse; pero si la encuentra cerrada, pasa. Y porque está en nuestra potestad el cerrar la puerta, no de las paredes, sino del corazón donde por cierto está nuestra retreta; porque está en nuestra potestad el cerrar esa puerta, nos dice el Apóstol: "Ni deis lugar al diablo" ². Y ciertamente, si entró y poseyó atiende que fué, o porque cerraste mal, o porque no quisiste cerrar.

Ps. 141, 3.

² Eph. 4, 37.

Porque ¿qué es cerrar tu puerta? Esa puerta tiene como dos hojas, de la codicia y del temor. O deseas alguna cosa terrena, y por aquí entra; o temes alguna cosa terrena, y entra por aquí. Por tanto cierra al diablo la puerta del temor y de la codicia, y ábrela a Cristo. ¿Y de qué manera abres a Cristo las mismas hojas? Deseando el reino de los cielos, y temiendo el fuego del infierno. El diablo entra por la codicia del siglo, y Cristo entra por el deseo de la vida eterna: entra el diablo por el temor de los trabajos temporales y entra Cristo por el temor del fuego eterno. Ved cómo los mártires cerraron la puerta al diablo, y la abrieron a Cristo. Prometióles este mundo muchas cosas: ellos se burlaron, y cerraron al diablo la hoja de la codicia. Amenazóles este mundo con las fieras, fuegos y cruces: ellos no temieron, y cerraron al diablo la hoja del temor. Veamos si las abrieron a Cristo. "El que me confesare —dice— delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos" ¹. Amaron, pues, el reino de los cielos donde los confesará Cristo. ¿De qué modo ha de confesarlos? "Venid, benditos de mi Padre, percibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo" ². Así los confesará colocados a su diestra. Veamos si abrieron también a Cristo la hoja del temor, que cerraron al diablo. En un mismo lugar encarga el Señor que se cierre para el diablo, y se abra para él. "No queráis —dice— temer a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma" ³. Encargó que la hoja del temor se rompiese en la cara del diablo. ¿Luego nada resta que temer? ¿No se abre a Cristo la entrada del temor, que se cerró al diablo? A continuación añadió como

¹ Matt. 10, 32.² Matt. 25, 34.³ Matt. 10, 28.

diciendo: Has dejado a él fuera, ábreme a mí: "Sino temed —dice— al que tiene potestad para matar el alma y el cuerpo en el infierno". Por tanto, si ya creíste y abriste a Cristo la puerta, ciérrala al diablo. Cristo está dentro, y allí habita: derrama ante él tu súplica, y no busques que te oiga de lejos. Porque no está lejos la Sabiduría de Dios que toca fuertemente de fin a fin, y dispone suavemente todas las cosas ¹. Derrama, pues, tu súplica ante él, que está en tu mismo interior: allí están sus oídos. "Porque ni desde el Oriente, ni desde el Occidente, ni desde los montes desiertos, por cuanto Dios es el juez" ². Si, pues, es el juez, ve qué causa llevas en tu corazón. (*Enar. in Ps. nn. 3 y 4.*)

DÍA 9

EVITE EL HOMBRE CRISTIANO TENER EN LA ORACIÓN
OCUPADO EL ÁNIMO CON OTROS PENSAMIENTOS

EL CLAMOR al Señor que se hace por los que oran, si se hace con el sonido de la voz corporal, y no con el corazón atento a Dios, ¿quién duda que se hace infructuosamente? Pero si se hace con el corazón, aunque calle la voz del cuerpo, puede ocultarse a otro cualquier hombre, mas no a Dios. Por tanto, cuando oramos, ya sea con la voz del cuerpo si es necesario, ya sea en silencio, ha de clamarse a Dios con el corazón. El clamor del corazón es la grande intención del pensamiento; la cual, cuando acompaña a la oración, expresa el grande afecto del que desea y pide, para que no desconfíe del efecto. Entonces se clama con todo

¹ Sap. 8, 1.

² Ps. 74, 7.

el corazón, cuando no se piensa en otra cosa. (*Enar. in Ps. 118, Serm. 29, n. 1.*)

Y con todo, a veces, en la oración, puesto de rodillas, te inclinan y separan los pensamientos. Postras el cuerpo, bajas la cabeza, confiesas los pecados, adoras a Dios: veo dónde yace el cuerpo, y busco dónde vuela el ánimo. Veo los miembros postrados; veamos si está levantada la conciencia; veamos si está fija en el que adora; si con frecuencia no es arrastrada por los pensamientos como por los flujos del mar, y si no es llevada por las tempestades desde un lugar a otro. Si hablaras ahora conmigo, y de repente te volvieras a tu siervo, y me dejaras a mí, no digo a quien pedías alguna cosa, sino con quien hablabas buenamente, ¿no reputaría que me hacías injurias? Ve lo que haces a Dios diariamente. (*Enar. in Ps. 140, n. 18.*)

Atienda cada uno a su corazón, y mírese sin adulación ni lisonja. Porque nada es tan necio, como adularse cualquiera y seducirse a sí mismo. Atienda, pues, y vea cuántas cosas pasan en el corazón humano, y cómo las oraciones mismas son las más veces impedidas por vanos pensamientos, de tal suerte, que apenas está levantado el corazón a su Dios: y quiere sujetarse para estar atento, y en cierto modo huye de sí; y no encuentra celosías para encerrarse, ni otros medios para impedir sus distracciones y pensamientos vagos, y estar fijo en las delicias con su Dios. Apenas ocurre entre muchas oraciones una que persevere atenta.

Cada uno diría que a él sucede esto y a otro no, si no hallásemos en las santas Escrituras a David orando en cierto lugar, y diciendo: "Por lo mismo encontré, Señor, mi corazón para orar a ti" ¹. En-

¹ 2ª. Reg. 7, 27.

contrar, dijo, su corazón, indicando como que éste solía huir de él, y él le seguía como fugitivo sin poder sujetarlo, por lo cual clamaba: "Mi corazón me ha dejado"¹. Y así, hermanos, atendiendo a lo que dice: "Alegra el alma de tu siervo, porque a ti, Señor, levanté mi alma. Porque tú, Señor, eres suave y manso"²; paréceme que llamó manso a Dios, porque tolera tales distracciones nuestras, y a pesar de ellas espera de nosotros la oración para perfeccionarla: y cuando se la ofreciéremos, la recibe con gusto y la oye; y sin recordar las muchas que hemos vertido disipadas, acepta la una que apenas hemos podido encontrar. Y por cierto, hermanos míos, ¿quién es el hombre que lleva en paciencia si ve, que comenzando a hablarle un amigo, y queriendo él contestarle, le vuelve el tal amigo la espalda para hablar otra cosa con otro? ¿O cuándo te tolera el juez interpelado por tí para que te oiga en un lugar determinado, si al comenzar a hablarle le dejas repentinamente, y comienzas a confabular con algún amigo tuyo? Y, sin embargo, Dios tolera tantos corazones de los que le suplican distraídos en cosas diversas: aun sin hacer mención de las perjudiciales, aun sin hacer mención de las perversas y enemigas de Dios, el pensar en las superfluas es injuria de aquel Señor con quien habías comenzado a hablar. La oración tuya es una locución a Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios. ¿Y qué concluiremos de todo esto? ¿Ha de desesperarse del género humano, y decirse que ya pertenece a la condenación todo hombre en quien se insinúa algún extraño pensamiento que interrumpe su oración? Hermanos, si dijésemos esto, no veo que nos

¹ Ps. 33, 17.

² Ps. 83, 3.

quedara esperanza alguna. Empero porque tenemos alguna esperanza para con Dios por ser grande su misericordia, digámosle: "Alegra el alma de tu siervo; por cuanto a ti, Señor, levanté mi alma". ¿Y de qué modo la levanté? Del modo que pude, del modo que tú me diste fuerzas, del modo que pude aprehenderla fugitiva. Piensa que Dios te dice: ¿Y se escapó de ti de tal suerte, que cuantas veces te pusiste delante de mí, pensaste en tantas cosas vanas y superfluas, y apenas me dirigiste una oración fija y estable? "Por cuanto tú, Señor, eres suave y manso". Eres manso que me toleras. Yo caigo en fuerza de mi enfermedad, cúrame tú y estaré en pie; confirmame tú y seré firme. Mas hasta que lo hagas, me toleras: "Porque tú, Señor, eres suave y manso". (*Enar. in Ps. 85, n. 7*).

DÍA 10

CON CUÁNTA INSTANCIA Y PERSEVERANCIA HA DE ORAR EL HOMBRE CRISTIANO

"BENDITO mi Dios, que no retiró de mí mi súplica y su misericordia"¹. Mientras estamos en el mundo, roguemos esto a Dios, que no retire de nosotros nuestra súplica y su misericordia, es decir, que oremos con perseverancia, y con perseverancia nos socorra. Porque muchos flaquean en orar, y aunque al principio de su conversión hacen oraciones fervorosas, después las hacen con tibieza, luego con frialdad, y por fin, con negligencia, juzgándose como seguros. El enemigo vela, y tú duermes. El Señor mismo mandó en el Evangelio:

¹ Ps. 65, 20.

“Que conviene orar siempre, y no desfallecer”¹. Y pone el ejemplo de aquel juez inicuo que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres, al cual interpelaba diariamente aquella viuda para que la oyese: y se dió por el fastidio el que no se doblaba por la misericordia; y dijo para sí el juez malvado: “Aunque no temo a Dios, ni respeto a los hombres, sólo por el tedio que me causa diariamente esta viuda, oiré su causa, y la defenderé”. Y el Señor añade: “Si el juez malvado hizo esto, ¿no defenderá vuestro Padre a sus escogidos, que claman a él día y noche? Así os digo, hará pronto el juicio de ellos”. Por lo mismo, no faltemos en la oración. El Señor, aunque difiera lo que ha de concedernos, no lo niega; seguros de su promesa, no flaqueemos en orar, y esa misma perseverancia es también beneficio suyo. Por cuya razón dijo el Salmista: “Bendito, Dios mío, que no retiró de mí mi súplica y su misericordia”. Viendo que no está retirada de ti tu súplica, está seguro que no está retirada de ti su misericordia. (*Enar. in Ps. 65, n. 24*).

Aquél a quien vino el huésped, fué a casa de su amigo, y comenzó a llamar a la puerta y decir: Me ha venido un huésped, préstame tres panes². El otro le respondió: Ya estoy acostado, y mis criados también. Mas él no cesa, no se retira, insta, continúa llamando, y como amigo mendiga del amigo. ¿Y qué añade el Salvador? “Digoos, que aunque no se los dará levantándose porque sea su amigo, con todo por su importunidad se levantará, y le dará cuantos necesita”. No por la amistad, aunque sea amigo, sino por la importunidad. ¿Qué es, por la importunidad? Porque no dejó de llamar a la puerta; porque aun a pesar de la negativa, no

¹ Luc. 18, 1.² Luc. 11, 5.

se retiró. El que no quería dar los panes hizo lo que se le pedía, porque el que los pedía no flaqueó en la demanda. ¿Cuánto más nos dará el bueno que nos encarga le pidamos, y al que desagrada que no le pidamos? Si alguna vez retarda los dones, no los niega, sino que los recomienda. Las cosas deseadas se obtienen más dulcemente, al paso que las concedidas prontamente se aprecian poco. Pide, desea, insta. Pidiendo y deseando, creces para recibir. Dios te reserva lo que no quiere darte pronto, para que aprendas tú a desear grandemente las cosas grandes. (*Serm. 61, n. 6*).

El que sabe lo que ha de dar, y a quién ha de darlo, oirá al que le pide, y abrirá al que a su puerta llama. Y si acaso no lo diere, nadie se llame desamparado. Porque quizá difiere la dádiva, mas a ninguno deja hambriento. Si no lo da en la hora, ejercita por cierto al que le busca, pero no desprecia al que le pide. (*Tract. 20, in Joan., n. 3*).

DÍA 11

CON CUÁNTA HUMILDAD DEL CORAZÓN HA DE ORAR
EL HOMBRE CRISTIANO

“INCLINA, Señor, tu oído y óyeme”¹. El Señor inclina su oído si tú no levantas la cerviz: porque se acerca al humillado, y se retira lejos del ensalzado, excepto el que él mismo ensalzare después de humillado. Así, pues, inclina Dios su oído a nosotros: porque él está arriba, y nosotros abajo; él está en la altura, y nosotros en la humildad, pero no desamparados. Dios ha manifestado, por cierto, su amor en nosotros. A la verdad, siendo aún peca-

¹ Ps. 85, 1.

dores, murió Cristo por nosotros. "Porque apenas alguno muere por el justo; pues por acaso se atreve alguno a morir por el bueno" ¹. Mas nuestro Señor murió por los impíos. Ningunos méritos nuestros habían precedido, en cuya vista muriese el Hijo de Dios: antes bien porque ninguno teníamos, fué grande la misericordia. Por lo mismo, ¿cuán cierta y firme será la promesa con que reserva su vida a los justos, el que donó a los injustos su muerte? "Inclina, Señor, tu oído, y óyeme: por cuanto yo soy necesitado y menesteroso". Luego no inclina el oído al rico: inclínale al necesitado y menesteroso, esto es, al humilde, al que se confiesa necesitado de misericordia; no al satisfecho que se ensalza y jacta como rico, diciendo: Te doy gracias porque no soy como este publicano. El fariseo rico ponderaba por cierto sus méritos, y el publicano necesitado confesaba sus pecados.

Hermanos, no entendáis lo que he dicho en el sentido de que Dios no inclina su oído al rico, como si no oyera a los que tienen oro y plata, familias y heredades; si por acaso nacieron así, o poseen tales bienes, recuerden solamente lo que dice el Apóstol: "Manda a los ricos de este mundo que no sean soberbios" ². Porque los que no son soberbios, son pobres en Dios; y a los pobres necesitados y menesterosos inclina su oído. Éstos saben, por cierto, que su esperanza no está en el oro, ni en la plata, ni en aquellas cosas que por tiempo les rodean. Basta que las riquezas no los pierdan, basta que no los perjudiquen, puesto que aprovecharles no pueden. Indudablemente aprovecha la obra de misericordia tanto en el rico, como en el pobre: en el rico por la voluntad y la obra, y en

¹ Rom. 5, 7.

² 1ª. Tim. 6, 17.

el pobre por sola la voluntad. En virtud de esto, cuando el rico es tal que desprecia en sí mismo todo aquello con que suele inflarse la soberbia, es pobre de Dios; e inclina a él su oído porque conoce atribulado su corazón. Ciertamente, hermanos, aquel pobre que yacía ulceroso ante la puerta del rico, fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán; así lo leemos, y así lo creemos. Mas aquel rico que vestía de púrpura y Holanda, y diariamente comía con esplendidez, fué trasladado a los infiernos para ser atormentado. ¿Pero acaso fué llevado el pobre por los ángeles en mérito de su pobreza, y enviado el rico a los tormentos por pecado de sus riquezas? En aquel pobre se entiende honrada la humildad, y en aquel rico condenada la soberbia. Pruebo brevemente que no las riquezas, y sí la soberbia era la atormentada en aquel rico. Ciertamente aquel pobre fué llevado al seno de Abrahán, del mismo Abrahán, dice la Escritura, que tenía aquí mucho oro y plata, y que fué rico en la tierra. Si, pues, el que es rico es enviado a los tormentos, ¿cómo Abrahán había precedido al pobre, en términos que al trasladarle le recibiese en su seno? Pero Abrahán en medio de las riquezas era pobre, humilde, temía todos los preceptos y los obedecía. Y hasta tal punto despreciaba aquellas riquezas, que oyendo el mandato de Dios estuvo pronto a sacrificarle su hijo para quien guardaba las mismas. Aprended, pues, a ser menesterosos y pobres, tanto los que tenéis algo en este mundo, como los que no tenéis. Porque a veces se halla al hombre mendigo que se ensoberbece, y a veces se halla al hombre rico que se confiesa menesteroso. Dios remite a los soberbios, ya vistan de seda, ya de andrajos: mas a los humildes da su gracia, ora

posean bienes de la tierra, ora no los posean. Dios es el inspector interior; allí pesa, allí examina; tú no ves el peso de Dios, y tu pensamiento está en su balanza. Ved que el Salmista puso el mérito de su audiencia, es decir, por el que fuese oído, en estas palabras: "Por cuanto yo soy necesitado y menesteroso". Observa si te sucede que no seas necesitado y menesteroso: si no lo fueres, no serás oído. Arroja de ti cuanto hay cerca de ti o en ti de donde puedas presumir, y sea Dios toda tu presunción; sé necesitado de él, para que te llenes de él. Porque con todo lo demás que tengas sin él, se aumentará tu vacío. (*Enar. in Ps. 85, nn. 2 y 3*).

DÍA 12

EL HOMBRE CRISTIANO NO DEBE CONTRISTARSE SI DIOS NO OYE ALGUNA VEZ SU ORACIÓN

QUIZÁ desees saber la causa de haber dicho el Apóstol: "Pues no sabemos lo que hemos de orar, según conviene"¹. Porque de ningún modo ha de creerse que o el mismo Apóstol, o los fieles a quienes decía esto ignorasen la oración dominical. ¿Qué motivo, pues, nos parece haber tenido para decir lo que no pudo ni con temeridad, ni con mentira, sino porque las molestias y tribulaciones temporales aprovechan muchas veces, o para sanar el tumor de la soberbia, o para probar y ejercitar la paciencia, a cuya prueba y ejercicio se reserva el más distinguido y abundante premio, o para corregir y borrar cualesquiera pecados, y sin embargo, ignorando nosotros tales ventajas, deseamos vernos libres de toda tribulación? Ni aun el Apóstol se

¹ Rom. 8, 26.

manifiesta a sí mismo ajeno de esta ignorancia, a no ser que por acaso se diga que sabía lo que había de pedir como conviene, cuando para que no se envaneciese en la grandeza de las revelaciones, le dió el estímulo de la carne el ángel de Satanás que le abofetease, por lo cual rogó tres veces al Señor que le apartase de él, a la verdad no sabiendo lo que había de orar como conviene. Por fin, para que supiese por qué no se hacía lo que tan gran varón rogaba, y por qué no convenía que así se efectuase, oyó la respuesta de Dios: "Te basta, Pablo, mi gracia; porque la virtud se perfecciona en la enfermedad"¹. Por lo mismo en estas tribulaciones que pueden o aprovechar o dañar, ignoramos lo que hemos de pedir según conviene; y con todo, porque son duras, porque son molestas, porque son contrarias al sentimiento de nuestra enfermedad, atendiendo a la universal voluntad humana, oramos que sean retiradas de nosotros. Pero debemos a Dios nuestro Señor esta devoción; que si no nos librase de tales tribulaciones, no por eso nos juzguemos despreciados de él, sino antes bien en la devota paciencia de los males esperemos los mayores bienes; así es por cierto cómo la virtud se perfecciona en la enfermedad. No hay duda en que Dios concedió airado lo que algunos impacientes le pedían, así como negó propicio lo que suplicaba el Apóstol.

Leemos qué, y de qué manera rogaron y recibieron los israelitas; pero satisfecha la concupiscencia, fué castigada gravemente la impaciencia². Dió también rey a los que, según está escrito, le pedían según el corazón de ellos, no según el corazón del Señor³. Dió igualmente al diablo lo que le pidió,

¹ 2ª. Cor. 12, 3.

² Num. 11, 33.

³ 1ª. Reg. 8, 7.

para que su siervo fuera probado en la tentación ¹. En fin, oyó a los espíritus inmundos cuando le rogaron que aquella legión de demonios fuese introducida en muchos puercos ². Todo esto está escrito para que no se estime cualquiera en mucho por ser oído, cuando pide con impaciencia algo que le sería más provechoso no alcanzar; o no se abata desconfiando de la divina misericordia por no ser oído, cuando quizá pide alguna cosa con cuya recepción sea más duramente afligido, o corrompido por la prosperidad, sea enteramente destruido. Así que, en tales cosas no sabemos lo que hemos de orar según conviene. Por lo mismo, si nos sucediere lo contrario de lo que rogamos, suframos con paciencia, demos gracias al Señor por todo, y no debemos dudar en modo alguno, que nos ha sido más conveniente lo hecho por la voluntad de Dios, que lo deseado por la nuestra. Y este mismo ejemplo nos dió aquel Mediador, que habiendo dicho: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz" ³. Transformando en sí la voluntad humana su razón de haberse hecho hombre, añadió a continuación: "Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres". (*Epíst. 130, nn. 25 y 26*).

Así, hermanos, os amonestamos y exhortamos en el Señor, que en estas cosas temporales nada pidáis como fijo, sino lo que Dios sabe os conviene; porque vosotros lo ignoráis absolutamente. Sucede por cierto a veces, que os daña lo que creéis ventajoso, y os aprovecha lo que creéis perjudicial. Sois a la verdad enfermos; no queráis dictar al médico los medicamentos que quiera aplicarlos. (*Enar. in Ps. 13, 5*).

¹ Job. 1, 12.² Luc. 8, 32.³ Mat. 26, 39.

Cuando no somos oídos para conservar o conseguir los bienes temporales, cuando por éstos suplicamos a Dios, nos deja en aquello que no nos oye; mas no nos deja para los bienes mejores que quiere entendamos prefiramos y con ansia deseamos. Por esto dice el Salmo: "Clamé a ti por el día, y no me oirás, y por la noche" ¹. Aquí también se sobreentiende, "y no me oirás". Pero ve lo que añade: "Y no para la insipiente mía". Que es decir: No me oirás por cierto cuando clame de día, esto es, en las cosas prósperas para no perderlas; y de noche, esto es, en las cosas adversas para que me vengan las prósperas que perdí; pero no me harás esto para la ignorancia, sino más bien para que entienda qué es lo que por la gracia del nuevo testamento debo ya esperar de ti, y qué es lo que debo desear y pedirte. Yo ciertamente clamo para que no me falten los bienes temporales: "Mas tú, alabanza de Israel, habitas en lo santo". Yo no quiero que desatiendas la concupiscencia mía con que busco la carnal felicidad; pero ésta subsiste en las manchas de la vejez, y tú buscas la limpieza de la novedad; no oyendo esta codicia la abandonas, porque buscas la caridad para habitar en ella. (*Epíst. 140, n. 19*).

DÍA 13

ES MISERICORDIA DE DIOS EL NO CONCEDER SIEMPRE
AL HOMBRE LO QUE LE PIDE

TENEMOS aquí diversas felicidades del género humano, y cualquiera es llamado miserable cuando se le priva de lo que ama. Los hombres, por con-

¹ Ps. 21, 3.

siguiente, aman cosas diversas; y cuando se ve que alguno tiene lo que ama, se le llama feliz; pero es verdaderamente feliz no si tiene lo que ama, sino si ama lo que debe amar. Muchos por cierto son más miserables teniendo lo que aman, que careciendo de ello; porque amando las cosas dañosas, son miserables, y teniéndolas, son más. Así Dios propicio nos niega lo que amamos cuando amamos mal, y airado da al amante lo que ama mal. (*Enar. 2, in Ps. 26, n. 7*).

No es cosa grande el ser oídos de Dios a voluntad nuestra; no es cosa grande. Cuando alguno ora y es oído, no lo estiméis en mucho. Examinad lo que ora, y en lo que es oído. No estiméis en mucho el ser oídos para vuestro gusto; y sí estimadlo cuando es para vuestra utilidad. A voluntad suya fueron oídos también los demonios, y se les permitió entrar en los puercos, como habían pedido. A voluntad suya fué oído igualmente el diablo, príncipe de ellos, cuando pidió tentar a Job y no se le negó, para que éste fuese probado, y aquél confundido. Por último a voluntad suya fueron oídos los israelitas, y cuando todavía tenían la comida en la boca, consiguieron lo que sabéis. Por tanto no tengáis por cosa grande el ser oídos como queréis. A veces por estar Dios enojado contigo te da lo que le pides y a veces te lo niega por estar propicio. Cuando le pedís lo que Dios alaba, lo que Dios manda, y lo que Dios promete en el siglo venidero, pedidlo con seguridad, y cuanto os es posible instad con oraciones para que os lo conceda. Porque aquellas cosas se dan estando Dios propicio: aquellas cosas se alargan, no en la ira, sino en la misericordia. Mas cuando pedís las cosas temporales, pedidlas con modo, pedidlas con temor:

a él habéis de encomendar, que si os son provechosas, las dé; y si sabe que os son dañosas, las niegue. El médico conoce lo que daña y lo que aprovecha, no el enfermo. (*Serm. 354, n. 7*).

El Señor prometió a los que confían en él grande esperanza diciendo: "Porque yo soy el Padre, y cualquiera cosa que pidieris en mi nombre, os la concederé"¹. Así, pues, subió al Padre para no dejarlos indigentes, y sí oírlos suplicantes. ¿Y qué es, "cualquiera cosa que pidieris", cuando vemos frecuentemente que sus fieles piden, y no reciben? ¿Es acaso en razón de que piden mal? Porque el Apóstol Santiago reprendió esto diciendo: "Pedís, y no recibís, en razón de que pedís mal, para emplearos en vuestras concupiscencias"². Si, pues, alguno ha de usar mal de lo que desea recibir, es gran misericordia de Dios que no lo reciba. Por lo cual si el hombre pide a Dios lo que ha de dañarle si es oído, debe temerse más que le dé airado lo que podría no darle propicio. Vela, pues, hombre fiel, y oye con atención esto que allí se puso: "En mi nombre"; porque al decir: "cualquiera cosa que pidieris", no digo: De cualquiera manera, sino "en mi nombre". ¿Cómo se llama el que prometió tan gran beneficio? Se llama en verdad Cristo Jesús: Cristo significa Rey, y Jesús significa Salvador; no nos salvará por cierto cualquiera rey, sino el Rey Salvador; y por esto cualquiera cosa que pedimos contra la utilidad de la salvación, no la pedimos en el nombre del Salvador. Y con todo él es Salvador, no sólo cuando hace lo que pedimos, sino también cuando no lo hace; porque no haciendo lo que ve pedírsele contra la salvación, se manifiesta más bien Salvador. Conoce el médico

¹ Joan. 14, 12.

² Jacob. 4, 3.

lo que el enfermo pide en favor y en contra de su salud; y así cuando le pide cosas contrarias, no hace su voluntad para lograr su sanidad. Por cuya razón cuando queremos que haga lo que pedimos, no le pidamos de cualquier modo, sino en su nombre; es decir, pidámoslo en el nombre del Salvador. No le pidamos, pues, contra nuestra salvación; porque si entonces lo hiciere, no será como Salvador que es su propio nombre. Es también por cierto condenar para los impíos el que se digne ser Salvador para los fieles. De consiguiente cualquiera cosa que pidiere el que cree en él, y la pidiere en el nombre que es para los que creen en él, la concede; por cuanto la concede como Salvador. Pero si el que cree en él pide por ignorancia alguna cosa contra su salvación, no la pide en el nombre del Salvador; porque no será su Salvador si le concediere lo que impide su salvación. Por esto conviene que en tales casos, no haciendo lo que se le pide, haga lo que conviene. A este fin, y para concedernos cualquiera cosa que le pidiéramos, obrando no sólo como Salvador, sino también como buen Maestro, nos enseñó en la oración que nos dió lo que hemos de pedirle; pero que también entendamos que no pedimos en el nombre del Maestro lo que pedimos fuera de la regla de su Magisterio. (*Tract. 73, in Joan., nn. 1 y 3*).

DÍA 14

NADA GRANDE PIDE A DIOS EL HOMBRE CRISTIANO
SI NO LE PIDE MÁS QUE BIENES TEMPORALES

HAY unos bienes que no se hallan sino en los buenos, y hay otros que son comunes a buenos y

malos. Los bienes que sólo tienen lugar en los buenos son la piedad, la fe, la justicia, la castidad, la prudencia, la modestia, la caridad y otros semejantes. Los bienes que son comunes a buenos y malos son el dinero, el honor, la potestad de este siglo, la administración y la salud misma del cuerpo. Todas estas cosas son también buenas y favorecen a los buenos.

El hombre murmurador que anda siempre buscando lo que ha de reprender aun a Dios, y que ojalá volviese en sí, se examinase, reprendiese y corrigiese a sí mismo; este hombre, digo, reprensor y argumentador me dirá con este motivo objetando contra Dios: ¿Y por qué Dios que gobierna todas las cosas, da estos bienes a los malos? No debiera darlos sino a los buenos. ¿Esperas oír de mí el consejo de Dios? ¿Quién, de quién, y qué? Sin embargo, según el mío te indicaré todo lo que alcanzo, y todo lo que el Señor se ha dignado que entienda. Oye, pues, sabio, pero por el contrario: oye. La razón de dar Dios estos bienes aun a los malos, si quieres entenderla, es la instrucción tuya, y no la perversidad de Dios. Conozco que no has entendido todavía lo que acabo de decir: oye, pues, lo que decía a ti que reprendes a Dios, y acusas a Dios porque da estos bienes terrenos y temporales aun a los hombres malos, los cuales, según tu juicio, no debiera dar sino a solos los buenos. De ahí es en verdad de donde se ha insinuado en ciertos hombres la mortal impiedad de creer que Dios no atiende a las cosas humanas. Porque dicen y disputan de esta manera. Si Dios tuviera cuidado de las cosas humanas, por ventura ¿tendría riquezas tal hombre, tendría honores cual, y tendría potestad aquel otro? No atiende Dios a las cosas huma-

nas; porque si atendiera, no daría tales bienes sino a los buenos.

Hombre que así juzgas, vuelve al corazón, y de allí a Dios; porque si volvieres a tu corazón, estás próximo para volver a Dios. Ciertamente has salido de ti, cuando estas cosas te ofenden: te has desterrado de tu pecho. Te mueves por las cosas que hay fuera de ti, y te pierdes. Tú estás dentro, ellas ocupan lo de afuera, donde están son buenas, pero están por defuera. El oro, la plata, toda clase de dinero, el vestido, la clientela, las familias, los rebaños, los honores, todo está por defuera. Si estos bienes ínfimos, bienes terrenos, bienes temporales, bienes transitorios no se dieran también a los malos, serían creídos grandes por los buenos. Luego al dar Dios a los malos estos bienes, te enseña a desear con ansia otros mejores. Yo te digo que en esa moderación de las cosas humanas te habla en cierto modo Dios tu Padre; y como a niño ignorante te enseña con estas palabras, que, según puedo, te dirijo yo a ti, tanto más confiadamente, cuanto él más se digna de inspirármelas. Ten por cierto que aquel Dios que te renovó y adoptó, te dice: Oh hijo, ¿por qué razón te levantas diariamente, y oras, y te arrodillas, y a veces derramas lágrimas, y me dices: Padre mío, Dios mío, dame riquezas? Si te las doy, piensas haber conseguido un bien, y cosa grande. Ve que te las doy como me las has pedido; pero ve de hacer bien de ellas. Antes de tenerlas eras humilde: has comenzado a tenerlas, y has despreciado a los pobres. ¿Y qué bien es para ti con el que te has hecho peor? Te has hecho peor porque eras malo, y porque ignorabas lo que podría hacerte peor me pedías tales cosas. Te las di, y te probé; las ha-

llaste, y fuiste hallado. Oculto estabas cuando no las tenías. Corrígete; vomita la codicia, y bebe la caridad. ¿Qué es lo grande que me pides?, te dice tu Dios. ¿No ves a quiénes doy tales cosas?, ¿no ves a cuáles las doy? Si fuera un bien grande el que me pides, ¿le tendría el ladrón?, ¿le tendría el pérfido?, ¿le tendría el que me blasfema?, ¿le tendría el infame bufón?, ¿le tendría la impúdica ramera? ¿Tendrían todos éstos el oro, si el oro fuera un bien grande? El oro es bueno en sí; pero del oro bueno los malos hacen males; así como del oro bueno hacen bienes los buenos. Luego viendo tú a quiénes doy los bienes terrenos, pídemme otros mejores, pídemme otros mayores, pídemme los espirituales, pídemme a mí mismo. (*Serm. 311, nn. 11, 12 y 13*).

DÍA 15

EL HOMBRE CRISTIANO NO INVOCA A DIOS SI LE PIDE SOLAMENTE BIENES TEMPORALES

“Y ERES de mucha misericordia para todos los que te invocan”¹. ¿Y cuál es la razón de decir en muchos lugares la Escritura: “Me invocarán, y no los oiré”², sino porque ciertos invocantes no invocan a él mismo? De estos tales se dice en el Salmo: “No invocaron a Dios”³. Invocan, pero no a Dios. Invocas cuanto amas: invocas cuanto llamas para ti, invocas cuanto quieres que venga a ti. Así es que si invocas a Dios para que venga a ti el dinero, para que venga a ti la herencia, o para que venga a ti la dignidad secular, invocas lo que quieres que venga a ti; pero te propones a

¹ Ps. 85, 4.

² Prov. 1, 28.

³ Ps. 52, 6.

Dios como auxiliador de pasiones, y no como oidor de deseos. Dios es bueno, si da lo que quieres, y ¿no será más bien misericordioso si no te da lo que quieres malamente? Y sin embargo, si no te lo da, ya es nada Dios para ti, y dices: ¿Cuánto le he rogado, cuántas veces le he suplicado, y con todo no me ha oído? Pero ¿qué le pedías? Quizá la muerte de tu enemigo. ¿Y si él pedía también la tuya? El que te crió a ti, crió también a él; tú eres hombre, y él también lo es; mas Dios es el juez, y no oye a uno ni a otro. Estás triste porque no has sido oído contra él; alégrate porque no has sido oído contra ti. Pero dices: Yo no pedía eso, yo no pedía la muerte de mi enemigo, y sí pedía la vida de mi hijo. ¿Qué cosa mala pedía en esto? Nada malo pedías según tu juicio. Pero ¿y si tu hijo ha sido arrebatado para que la malicia no mudase su entendimiento? ¹. Acaso dices: Era pecador, y por lo mismo quería que viviera para que se corrigiese. ¿Y si Dios conocía que viviendo había de hacerse peor? ¿De dónde, pues, sabes el que le aprovechase el morir o el vivir? Luego, si no lo sabes, vuelve a tu corazón, y deja a Dios su consejo. Dices por último: ¿qué he de hacer?, ¿qué he de rogar? ¿Preguntas qué has de rogar? Lo que te enseñó el Señor, lo que te enseñó el Maestro celestial. Invoca a Dios como a Dios. Ama a Dios como a Dios. Nada hay mejor que él: a él mismo desea, y a él mismo anhela. Ve al que invoca a Dios en otro Salmo: "Una cosa pedí al Señor, ésta buscaré" ². ¿Qué es lo que pide? "Que habite en la casa del Señor por todos los días de mi vida". ¿Y para qué esto? "Para contemplar la delectación del Señor". Si quieres por tanto ser amador de Dios, ámale con sincerísi-

¹ Sap. 4, 11.

² Ps. 26, 4.

mas entrañas y con castos suspiros, ámale, enciéndete en él, anhélale, puesto que nada más grato, nada mejor, nada más gozoso, nada más duradero encuentras que él. Porque ¿qué cosa hay tan duradera como lo que es sempiterno? No tienes que temer que perezca algún día en ti el que hizo que tú no percieses. Por tanto, si tú invocas a Dios como a Dios, está seguro, eres oído, y perteneces a los significados en este verso: "Y muy misericordioso para todos los que te invocan".

No digas, pues: No me ha dado lo que le pedía. Vuelve a tu conciencia, pésala, pregúntala, y no la disimules. Si invocaste a Dios verdaderamente, está cierto de que si no te ha dado lo que le pedías, ha sido porque no te era provechoso. Hermanos, fúndese en esto vuestro corazón, el corazón cristiano, el corazón fiel; para evitar que, entristecidos como defraudados en vuestros deseos, caigáis en la indignación contra Dios. Porque ciertamente no conviene dar coces contra el aguijón ¹. El diablo es oído, y no es oído el Apóstol. ¿Qué nos parece?, ¿de qué modo son oídos los demonios? Pidieron ir a los puercos, y se les concedió. ¿De qué modo fué oído el diablo? Pidió a Job para tentarle, y le recibió. ¿De qué modo no fué oído el Apóstol? "Para que la grandeza —dice— de las revelaciones no me envanezca, se me ha dado el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me abofetea, por lo cual he rogado tres veces al Señor que le separase de mí, y me ha dicho: Te basta, Pablo, mi gracia; porque la virtud se perfecciona con la enfermedad" ². Oyó al que disponía condenar, y no oyó al que quería sanar. El enfermo pide también muchas cosas al médico, y éste no se las da: No le oye en

¹ Act. 9, 5.

² 2^a. Cor. 12, 7.

cuanto a la voluntad, para oírle en cuanto a la sanidad. Tú, pues, elige a Dios por médico tuyo, pídele la salud, y tu salud será él mismo; pídele, no como quien busca la salud exterior, sino que él mismo sea tu salud, para que no vuelvas a amar otra salud fuera de él, y sí del modo que tienes en el Salmo: "Di a mi alma: tu salud soy yo"¹. ¿Qué te importa lo que te diga el Señor para darse a ti? ¿Quieres que se dé a ti? ¿Y si para darse a ti no quiere él que tengas lo que tú quieres tener? En ese caso remueve los impedimentos para entrar en ti. Hermanos, pensad y considerad los bienes que da Dios a los pecadores, y por ellos conoced los que reserva para sus siervos. A los pecadores que diariamente le blasfeman da el recreo de los astros, de la tierra, de las fuentes, los frutos, la salud, los hijos, las provisiones, la abundancia; sólo Dios es el que da todos esos bienes. Y el que tales cosas da a los pecadores, ¿qué juzgáis reservará a sus hijos fieles? ¿Puede pensarse por ventura del que da a los malos tales bienes, que nada guarda para los buenos? Les guarda, en efecto, no la tierra, sino el cielo. Quizá digo lo menos digno cuando digo el cielo: guarda para los buenos a sí mismo que hizo el cielo. Hermoso es el cielo, pero es más hermoso su hacedor. (*Enar. in Ps. 85, nn. 8 y 9*).

DÍA 16

EL HOMBRE CRISTIANO PIDE A DIOS LOS BENEFICIOS
ETERNOS MÁS BIEN QUE LOS TEMPORALES

DOS GÉNEROS hay de beneficios: temporales y eternos: Los temporales son la salud, la hacienda,

¹ Ps. 34, 3.

el honor, los amigos, la casa, la esposa, y demás cosas de esta vida donde peregrinamos. Por tanto, habitemos la posada de esta vida como peregrinos que hemos de pasar, y no como poseedores que hemos de permanecer. Los beneficios que tenemos son, en primer lugar, la misma vida eterna, la incorrupción e inmortalidad de la carne y del alma, la compañía de los Ángeles, la ciudad celestial, la dignidad indefectible, el Padre y la patria; aquél sin muerte, y ésta sin enemigo. Deseemos estos beneficios con todo ardor, pidámoslos con toda perseverancia, no con muchas palabras, sino con frecuentes gemidos. El deseo siempre ora, aunque la lengua calle. Si siempre deseas, siempre estás orando. ¿Cuándo dormita la oración? Cuando se resfría el deseo. Por consiguiente supliquemos con toda avidez aquellos beneficios sempiternos, busquemos con toda vehemencia aquellos bienes, y pidámoslos con toda seguridad; porque aquellos bienes siempre aprovechan, y jamás pueden dañar a quien los tiene. Mas los bienes temporales a veces aprovechan, y a veces dañan; a muchos aprovechó la pobreza, y dañaron las riquezas; a muchos aprovechó la vida privada, y dañó el alto honor. También las riquezas y la dignidad aprovecharon a algunos que las usaron bien; al paso que dañaron a otros por su mal uso y conservación. Y por esto, hermanos, pidamos también estos bienes temporales con moderación, seguros de que si los recibimos, nos los da el que conoce lo que nos conviene. ¿Pediste, y no se te dió lo que pedías? Cree al Padre que te lo daría si te conviniera. Forma juicio por lo que pase en ti mismo. Cual es respecto de ti un hijo tuyo que ignora las cosas humanas, eres respecto de Dios tú que ignoras las cosas divinas.

Ve que el hijo tuyo está en tu presencia llorando todo el día para que le des un cuchillo o espada; te niegas a dárselo, no se le das, y desprecias al lloroso, para no llorar tú al muerto. Lloro, aflígeme, golpéase porque le montes en el caballo; tú no le das ese gusto, porque no pudiendo dirigirle, le tirará al suelo, y le dará la muerte. A ese hijo que niegas la parte, reservas el todo; y para que crezca y posea el todo con seguridad, no le das lo poco peligroso. (*Serm. 80, n. 7*).

“Pedí al Señor una cosa, ésta buscaré, que habite en la casa del Señor por todos los días de mi vida, para contemplar la delectación del Señor”¹. Tales premios se nos han prometido, hermanos míos; amad tal bien, suspirad por tal reino, desead tal patria si queréis llegar a aquello con que vino nuestro Señor, esto es, a la gracia y verdad. Mas si tú, hombre, deseas de Dios con ansias los premios corporales, todavía estás bajo la ley, y por lo mismo no llenarás la misma ley. Porque cuando ves que abundan en bienes temporales los que ofenden a Dios, vacilan tus pasos, y dices para ti: He aquí que yo adoro a Dios, voy todos los días a la iglesia, mis rodillas están trilladas en las oraciones, y con todo me ves continuamente enfermo; otros hombres cometen homicidios, hacen rapiñas, y sin embargo están alegres, viven en la abundancia, y les va bien en todo. ¿Y tú buscabas de Dios tales cosas? Tú pertenecías ciertamente a la gracia; pues si Dios te dió la gracia por cuanto te la dió gratis, ámale gratuitamente. No quieras amar a Dios por otro premio, y si sea él mismo el premio tuyo. Diga tu alma: “Pedí a Dios una cosa, ésta buscaré, que habite en la casa del Señor por todos

¹ Ps. 26, 4.

los días de mi vida, para contemplar la delectación del Señor”. No temas que ha de fastidiarte; pues será tal aquella delectación de la hermosura, que la tengas siempre presente, y nunca te sacies; o más bien te sacies siempre, y nunca te sacies. Porque si dijere que no te saciarás, aparecerá el hambre; y si dijere que te saciarás, aparecerá el fastidio. No sé qué decir de aquella delectación en que no tendrán lugar ni el fastidio ni el hambre; pero Dios tiene lo que ha de presentar a los que no encuentran cómo explicarlo, y creen que han de recibirlo. (*Tract. 3, in Joan., n. 21*).

DÍA 17

EL HOMBRE CRISTIANO PIDE EL MISMO DIOS A DIOS

“CLAMÉ al Señor con mi voz”¹. Pero muchos claman al Señor por adquirir riquezas y librarse de los daños, por la salud de los suyos, por la estabilidad de su casa, por la felicidad temporal, por la dignidad secular, y en fin por la salud misma del cuerpo, que es el patrimonio de los pobres. Por éstas y otras cosas semejantes claman muchos al Señor; y apenas alguno por el mismo Señor. Es fácil por cierto al hombre el desear del Señor cualquiera cosa, y no desear al Señor mismo; como si lo que da pudiera ser más apreciable que el mismo que lo da. “Clamé al Señor con mi voz; y me atendió”. Entonces te atiende verdaderamente, cuando buscas a él mismo, no cuando buscas por él otra cosa. De ciertos hombres está escrito: “Clamaron, y no había quien los salvase, al Señor, y no los oyó”². ¿Y por qué? Porque su voz no era

¹ Ps. 76, 1.

² Ps. 17, 42.

dirigida al Señor. La Escritura expresa esto en otro lugar, donde dice de los tales: "No invocaron al Señor"¹. Clamaron a él sin cesar, y con todo no le invocaron. ¿Qué es, no invocaron al Señor? No invitaron al Señor para su corazón; no quisieron ser habitados por el Señor. (*Enar. in Ps. 76, n. 2*).

"Mas mi alma se alegrará en el Señor"²; como en aquél de quien oyó: "Yo soy tu salud"; como quien fuera de él no busca otras riquezas; como quien no busca disiparse en los deleites y bienes terrenos; sino como quien ama gratuitamente al consorte verdadero, no queriendo recibir de él lo que le deleite, y sí proponiéndose solamente a él mismo en quien se deleite. Porque ¿qué cosa se me dará mejor que Dios? Dios me ama; en efecto, Dios te ama. Ve que te ha propuesto que pidas lo que quieras. Si un Emperador te dijese: pide lo que quieras, ¿cuántos tribunados y condados contarías? ¿Cuántas cosas te propondrías para ti, y para alargar a otros? Diciéndote Dios: pide lo que quieras, ¿qué has de pedir? Prepara la capacidad de tu alma, muestra tu avaricia, ensánchala cuanto puedas, dilata tu codicia; no es un cualquiera, sino el Dios omnipotente quien te ha dicho: pide lo que quieras. Si eres amador de posesiones, desearás toda la tierra, para que todos los que nacen sean tus colonos o tus siervos. ¿Y qué sucederá cuando poseyeres toda la tierra? Pedirás el mar, pero en él que no podrás vivir. En esa avaricia te superarán los peces. Pero quizá poseerás las islas. No te contentes con todo esto; pide también el aire, aunque no puedas volar; extiende tu codicia hasta el cielo, di que es tuyo el sol, tuyos la luna y las estrellas, porque el que hizo todo eso te ha dicho: pide lo que quieras;

¹ Ps. 13, 5.² Ps. 34, 10.

pues, sin embargo, nada encontrarás más grande, nada mejor que el mismo que crió todas las cosas. Pide al mismo que las crió, y en él y de él tendrás todas las que crió. Todas son estimables porque todas son hermosas; pero, ¿cuál más hermosa que él? Son fuertes; pero ¿cuál más fuerte que él? Y con todo ninguno quiere darte más bien que a sí. Si hallares alguna otra mejor, pídelas. Si alguna otra pidieres, harás injuria a él y daño a ti, por anteponer a él lo que crió, cuando quiere darse a ti el mismo que lo crió. Poseída de este amor, le dijo cierta alma: "Mi parte, Señor"¹, esto es, tú eres mi parte. Elijan para sí los que quieran lo que han de poseer, y hagan para sí las partes de las cosas: Mi parte eres tú, y yo te he elegido para mí. Y en otro lugar dice: "El Señor es la parte de mi herencia"². Poséate el Señor para que le poseas tú. Serás su heredad, y serás su casa. Él posee para utilidad tuya, y para utilidad tuya es poseído. ¿Acaso es también para que tú le ofrezcas algún provecho? No; porque está escrito: "Dije al Señor: tú eres mi Dios, por cuanto no necesitas de mis bienes"³. (*Enar. in Ps. 34, Serm. 1, n. 12*).

DÍA 18

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO LA BENIGNIDAD DE CRISTO, QUE NO SÓLO ORÓ POR NOSOTROS, SINO TAMBIÉN NOS ENSEÑÓ A ORAR

NO PUDO Dios hacer a los hombres mayor don, que hacer cabeza de ellos al Verbo suyo por quien crió todas las cosas, y adaptarlos a él como miembros; para que fuese Hijo de Dios e Hijo del hom-

¹ Ps. 118, 57.² Ps. 15, 5.³ Ps. 15, 5.

bre, un Dios con el Padre, y un hombre con los hombres; para que cuando hablamos a Dios suplicándole, no separemos de él al Hijo; y cuando suplica el cuerpo del Hijo, no separe de sí a su cabeza; y sea un mismo salvador de su cuerpo Señor nuestro Hijo de Dios, que ruegue por nosotros, ruegue en nosotros, y sea rogado de nosotros, ruega por nosotros como sacerdote nuestro, como Salvador nuestro; ruega en nosotros, como cabeza nuestra; y es rogado de nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, las voces nuestras en él, y las voces suyas en nosotros. (*Enar. in Ps. 85, n. 1*).

El Señor Jesucristo que nos oye con el Padre, se ha dignado orar por nosotros al Padre. ¿Qué cosa más cierta que nuestra felicidad, cuando el que ruega por nosotros es el que concede lo que ruega? Porque Cristo es hombre y Dios: como hombre ruega, y como Dios concede lo que ruega. (*Serm. 217, n. 1*).

Al oír al Maestro que ora, aprende tú a orar. Él oró por cierto para enseñar a orar; y porque padeció para enseñar a padecer, resucitó para enseñar a esperar la resurrección. (*Enar. in Ps. 56, n. 5*).

Los que tienen causa, y quieren suplicar al Emperador, buscan algún elocuente jurisperito que les ordene las súplicas, no sea que pidiendo de un modo inconveniente, no sólo no alcancen lo que piden, sino que reciban castigo en vez de beneficio. Por lo mismo deseando los Apóstoles suplicar, y no encontrando de qué manera hablarían al Emperador Dios, dijeron a Cristo: Señor, enséñanos a orar; que fué como decirle: Jurisperito nuestro, Asesor nuestro, o más bien Asociado de Dios,

compónenos las súplicas¹. Y el Señor les enseñó el modo de orar, según el libro del Derecho celestial. (*Tract. 7, in Joan., n. 11*).

El mismo Hijo de Dios enseñó esta oración a sus Discípulos y fieles. Tenemos esperanza del buen éxito de nuestra causa, cuando tal Jurisperito nos dictó las preces. El Asesor del Padre que está sentado a la diestra del Padre; él mismo es nuestro Abogado y él mismo ha de ser nuestro Juez. (*Serm. 58, n. 1*).

"Si permaneciereis en mí —dice— y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis cuanto quisieréis, y se os concederá"². Porque permaneciendo en Cristo, ¿qué otra cosa pueden querer, más que lo que conviene a Cristo? Permaneciendo en el Salvador, ¿qué pueden querer, sino lo que no sea contrario a la salvación? Ciertamente una cosa queremos por estar en Cristo, y otra queremos por estar todavía en este siglo. De la mansión de este siglo se nos insinúa alguna vez el deseo de pedir lo que ignoramos que no nos conviene. Pero lejos de nosotros que se nos cumpla ese deseo si permanecemos en Cristo, quien no hace cuanto le pedimos, sino lo que nos conviene. Permaneciendo, pues, en él, y permaneciendo sus palabras en nosotros, pediremos cuanto quisiéremos, y se nos concederá. Porque si pedimos y no se nos concede, es porque no pedimos lo que corresponde a la mansión en él, ni lo que corresponde a las palabras suyas que permanecen en nosotros, sino lo que corresponde a la codicia y enfermedad de la carne, que no tienen lugar en él, y en las que no permanecen sus palabras. Pues que a la verdad pertenece a las palabras suyas aquella oración que nos en-

¹ Luc. 11, 1.

² Joan. 15, 7.

señó, y en la que decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos". No nos apartemos en nuestras peticiones de las palabras y sentido de esta oración, y todo cuanto pidiéremos se nos concederá. Entonces se dirá por cierto que permanecen en nosotros sus palabras, cuando hacemos lo que nos manda, y amamos lo que nos prometió; mas cuando sus palabras permanecen en la memoria, y no se hallan en la vida, no se reputa estar el sargimiento en la vid, porque no recibe vida de la raíz. Para que se conozca esta diferencia, vale lo que está escrito: "Y para los que retienen en la memoria sus mandamientos para cumplirlos"¹, porque muchos los retienen en la memoria para despreciarlos, y acaso también para reírse de ellos y combatirlos. Las palabras de Cristo no permanecen en estos tales, que las tocan en cierto modo, pero no las abrazan; y por lo mismo no serán para ellos en beneficio, sino en testimonio. Y por cuanto las tienen de modo que no permanecen en ellos, son tenidos de ellas para ser juzgados por ellas. (*Tract. 81, in Joan., n. 4*).

DÍA 19

LA ORACIÓN DOMINICAL QUE NOS ENSEÑÓ CRISTO DEBE SER PARA EL CRISTIANO LA REGLA DE SUS ORACIONES

LAS PALABRAS que nuestro Señor Jesucristo enseñó en la oración, es la forma de los deseos. No es permitido pedir otra cosa que lo que en ella está escrito. (*Serm. 56, n. 4*).

Aunque digamos cualesquiera otras palabras que el afecto del que ora, o forma antes para que se

¹ Ps. 102, 18.

esclarezca o atiende después para que crezca, si oramos recta y convenientemente, no decimos otra cosa que lo expresado en esta oración dominical. Y cualquiera que dice lo que no puede pertenecer a esta súplica evangélica, aun cuando no ora ilícitamente, ora carnalmente; lo cual no sé cómo no se diga ilícitamente, supuesto que a los renacidos en el espíritu no corresponde orar sino espiritualmente. Y por cierto el que dice, verbi gracia, Señor, "sé clarificado en todas las gentes, como eres clarificado en nosotros"¹, "y tus Profetas sean hallados fieles"², ¿qué otra cosa dice más que "Santificado sea el tu nombre"? El que dice: "Dios de las virtudes, conviértenos, y manifiéstanos tu rostro, y seremos salvos"³, ¿qué otra cosa dice sino "Vénganos el tu reino"? El que dice: "Dirige mis pasos según tu palabra, y no me domine injusticia alguna"⁴, ¿qué dice sino "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"? El que dice: "No me des pobreza y riquezas"⁵, ¿qué otra cosa más dice que "El pan nuestro de cada día dánosle hoy"? El que dice: "Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre"⁶ o, "Señor, si hice esto, si la maldad está en mis manos, si devolví mal a los que me hacían mal"⁷, ¿qué otra cosa dice, sino "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"? El que dice: "Separa de mí las concupiscencias del vientre, y no me venza el deseo de la lujuria"⁸, ¿qué dice, sino "No nos dejes caer en la tentación"? El que dice: "Líbrame, oh Dios, de mis enemigos, y sálvame de los que se levantan

¹ Eccli. 36, 4. ² Ibid. 18. ³ Ps. 79, 4. ⁴ Prov. 30, 8.

⁵ Ps. 131, 1. ⁶ Ps. 7, 4. ⁷ Ps. 7, 4. ⁸ Eccli. 23, 6.

contra mí" ¹, ¿qué dice, sino "Mas líbranos de mal"? De este modo, si discurrirás por todas las palabras de las peticiones santas, creo que nada encontrarás que no se contenga y encierre en esta oración dominical. Por lo cual, aunque cuando se ora hay libertad para decir con diferentes palabras lo en ella contenido, no hay libertad para decir lo que sea contrario.

Todas estas peticiones han de hacerse por nosotros, por los nuestros, por los extraños, y aun por los mismos enemigos sin la menor duda; aun cuando en el corazón del que ora pueda haber mayor afecto ya por uno, ya por otro, según las necesidades más o menos próximas. Así que quien dice en la oración, por ejemplo: Señor, aumenta mis riquezas, o dame tantas como has dado a éste o aquél, o aumenta mis honores, y hazme poderoso e ilustre en este siglo, o cualquiera otra cosa semejante; y pide todo esto teniendo concupiscencia de ello, y no con la intención de hacer bien a los prójimos según Dios; creo que este tal no encuentra en la oración dominical palabra alguna a que pueda adaptar estos votos. Por lo mismo, ruborícese el hombre al menos de pedir lo que no se ruboriza de desear; y si esto le causa también rubor, pero se deja vencer de la pasión, ¿cuánto mejor es que pida que le libre también de este mal de la concupiscencia, aquel Señor a quien decimos: "Mas líbranos de mal"? (*Epist. 130, nn. 22 y 23*).

¹ Ps. 58, 2.

DÍA 20

EL HOMBRE CRISTIANO TIENE EN LA ORACIÓN DOMINICAL LA MEDICINA DE SUS PECADOS

A CAUSA de los mismos pecados humanos tolerables, y tanto más frecuentes cuanto más pequeños, ha dispuesto Dios en la Iglesia durante el tiempo de la misericordia esta medicina cotidiana que hemos de decir: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; para que lavado el rostro con estas palabras, nos acerquemos al altar, y con la misma limpieza participemos del cuerpo y sangre de Cristo. (*Serm. 17, n. 5*).

La oración cotidiana de los fieles satisface por los pecados cotidianos pequeños y leves, sin los que no se pasa esta vida. A los que han sido ya reengendrados para tal Padre por el agua y el Espíritu Santo corresponde por cierto decir: "Padre nuestro que estás en los cielos". Esta oración borra enteramente los pecados mínimos y cotidianos. Borra también aquéllos de los que se retira la vida de los fieles aun pasada criminalmente, pero mudada en mejor por medio de la penitencia; con tal que, así como se dice con verdad: "Perdónanos nuestras deudas", en razón de tener siempre pecados que se nos perdonen, del mismo modo también se diga con verdad: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; esto es, con tal que se haga lo que se dice. (*In Enchir., c. 71*).

La oración cotidiana que nos enseñó el mismo Señor, y por cuya razón se llama dominical, borra ciertamente los pecados cotidianos, cuando cotidianamente se dice: "Perdónanos nuestras deudas";

y además no sólo se dice, sino que también se cumple este otro que sigue: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; pero se dice así por los pecados ya cometidos, mas no se cometen en confianza de que se dice. Porque el Salvador quiso manifestarnos por esta oración, que por más justamente que vivamos en la oscuridad y flaqueza de esta vida, no nos faltan pecados por cuyo perdón debemos orar, y perdonar a los que nos ofenden, para que a nosotros se nos perdone. Por lo mismo cuando el Señor dijo: "Si perdonareis a los hombres los pecados, vuestro Padre os perdonará también los vuestros pecados"¹, no fué para que confiados en esta oración, cometiésemos con seguridad delitos cotidianos, o prevalidos del poder en que no temiéramos las leyes de los hombres, o usando de la astucia para engañarlos; sino para que aprendiésemos por ella a no juzgarnos sin pecados, aunque estuviéramos libres de crímenes; como así también lo amonestó Dios a los sacerdotes de la antigua ley en cuanto a los sacrificios, mandándoles que primero los ofreciesen por sus pecados, y después por los del pueblo. Las palabras mismas de tan gran Maestro y Señor nuestro han de pensarse detenidamente. No dice por cierto si perdonareis a los hombres los pecados, vuestro Padre os perdonará también cualesquiera pecados; sino que dice, los pecados vuestros. Enseñaba ciertamente la oración cotidiana, y hablaba a los discípulos justificados en verdad. ¿Qué es, pues, los pecados vuestros, sino los pecados que no os faltarán a los que estáis justificados y santificados? Por consiguiente, donde aquellos que, tomando ocasión de la oración dominical para cometer delitos diarios, dicen que

¹ Matt. 6, 14.

el Señor significó también los pecados grandes, por cuanto no dijo: os perdonará los pequeños, sino "los pecados vuestros"; allí mismo, considerando nosotros a cuáles hablaba, y oyendo decir: "los pecados vuestros", no debemos creer ser otros que los pequeños, por cuanto los grandes no tenían ya lugar en ellos. Sin embargo, aun los mismos pecados grandes, de que han de retirarse enteramente los convertidos a mejor vida, no se perdonan a los suplicantes, a no ser que se haga lo que allí se dice: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Porque si los pecados pequeños de que no está exenta aun la vida de los justos, no se perdonan de otra manera, ¿cuánto más no serán perdonados los envueltos en muchos y grandes crímenes, aunque dejen ya de cometerlos, si son inexorables para perdonar las ofensas de sus prójimos, siendo así que el Señor dice: "Mas si vosotros no perdonareis a los hombres, ni vuestro Padre os perdonará a vosotros"? (*Lib. 21, de Civ. Dei, c. 27*).

DÍA 21

EXPLÍCASE EL PREFACIO DE LA ORACIÓN DOMINICAL

ENTREMOS ya a considerar las cosas que nos ha mandado orar aquel Señor por quien no sólo aprendemos lo que hemos de pedir, sino también alcanzamos lo que pedimos. "Vosotros, pues —dice—, orad de este modo: Padre nuestro que estás en los cielos"¹.

Siendo necesario en toda súplica el conciliarnos la benevolencia de aquél a quien suplicamos, para manifestar después lo que pedimos, suele concii-

¹ Matt. 6, 3.

liarse la tal benevolencia con la alabanza del mismo a quien rogamos, y esto suele ponerse en el principio de la súplica; a este fin nuestro Señor nos mandó decir al principio de la oración estas solas palabras: "Padre nuestro que estás en los cielos". En alabanza de Dios se han dicho muchas cosas, como puede considerar cualquiera que lee las santas Escrituras, donde se contienen con variedad y extensión; mas en ninguna parte hallamos precepto alguno dado al pueblo de Israel, para que dijese Padre nuestro, o para que orase a Dios como Padre; sino que se las insinuó el Señor como a siervos, es decir, como a hombres que vivían según la carne. Mas digo esto de cuando recibían los preceptos de la ley que se les mandaba observar: pues los Profetas manifiestan muchas veces, que el mismo Señor nuestro pudo ser Padre también de ellos, si no quebrantaran sus mandamientos; así se ve por esta sentencia: "Engendré hijos y los ensalcé, mas ellos me despreciaron"¹; y esta otra: "Yo digo: sois Dioses y todos hijos del Excelso"²; y también ésta: "Si soy Señor, ¿dónde está mi honor?"³. Hay otras muchas sentencias en la Escritura donde son reprendidos los judíos, porque pecando no quisieron ser hijos; fuera de aquellas que se dicen en la profecía acerca del futuro pueblo cristiano, que había de tener a Dios por Padre, según aquello del Evangelio: "Dióles potestad de hacerse hijos de Dios"⁴; y el Apóstol San Pablo dice: "Mientras el heredero es párvulo, nada se diferencia del siervo"⁵; recordándonos que hemos recibido el espíritu de adopción, en el cual clamamos: Dios te salve, Padre. Y por cuanto el ser nosotros llama-

¹ Isai. 1, 2.² Ps. 81, 6.³ Malach. 1, 6.⁴ Joan. 1, 12.⁵ Gal. 4, 1.

dos a la herencia eterna para ser coherederos de Cristo y llegar a la adopción de hijos, no es propio de nuestros méritos, sino de la gracia de Dios; ponemos en el principio de la oración esa misma gracia, cuando decimos: "Padre nuestro". Con ese nombre se excita la caridad; porque ¿qué cosa debe ser para los hijos más amable que el Padre? También se excita el afecto rendido cuando los hombres dicen a Dios: "Padre nuestro"; y cierta seguridad de obtener lo que vamos a pedir; puesto que antes de que pidamos alguna cosa, hemos recibido el gran don de permitirnos decir a Dios: "Padre nuestro". Y ciertamente, ¿qué no dará ya a los hijos que le piden, habiéndoles dado antes el ser hijos? Por último, ¿cuánto cuidado recomienda al ánimo, para que el que dice: "Padre nuestro", no sea indigno de tan gran Padre? Porque si algún plebeyo obtiene permiso de un gran senador para que le llame padre, se confundirá sin duda y no se atreverá fácilmente a hacerlo, atendiendo a la humildad de su clase, a su indigencia, y la bajeza de su persona; ¿pues cuánto más debe estremecer el llamar Padre a Dios, si hay tanta deformidad y tantas manchas en las costumbres, que las rechace Dios de la unión suya con mucha más razón que el senador la indigencia de cualquier mendigo? Como que el senador, atendida la inestabilidad de las cosas humanas, puede venir a parar en aquello mismo que menosprecie en el mendigo; mas Dios jamás cae en costumbres manchadas. Y gracias a la misericordia del Señor que nos exige el que sea nuestro Padre; lo cual puede adquirirse sin gasto alguno, y sólo con la buena voluntad. (*Lib. 2, de Serm. Dni. in Monte, c. 4*).

DÍA 22

CUÁNTA GRACIA SEA EL PERMITIRSE AL HOMBRE CRISTIANO LLAMAR PADRE A DIOS EN EL PRINCIPIO MISMO DE LA ORACIÓN

EL HIJO de Dios nuestro Señor Jesucristo nos enseñó la oración; y siendo el mismo Señor Jesús el Hijo Único de Dios, con todo no quiso ser uno. Es único, y no quiso ser uno; dignóse de tener hermanos. Porque ¿a quiénes dice: "Decid, Padre nuestro, que estás en los cielos"? ¿A quién quiso que llamemos Padre nuestro, sino a su Padre? ¿Tuvo acaso envidia de nosotros? A veces cuando los padres han engendrado uno, dos o tres hijos, temen ya engendrar más por no hacerlos mendigos. Mas como la herencia que nos promete es tal, que pueden obtenerla muchos sin que nadie padezca estrechez; por esta razón llamó para su hermandad a los pueblos todos, y el Hijo Único tiene innumerables hermanos que digan: "Padre nuestro, que estás en los cielos". Esto han dicho los que nos han precedido, y esto han de decir los que nos sucedan. Ved cuántos hermanos tiene el Único en su gracia, comunicando la herencia con los mismos por quienes padeció la muerte. En la tierra teníamos padre y madre de quienes nació para los trabajos y la muerte; y hemos encontrado otros padres, Dios Padre, y la madre Iglesia de quienes nazcamos para la vida eterna. Carísimos, meditemos de quién hemos comenzado a ser hijos, y vivamos del modo que corresponde a los que tienen tal Padre. Ved que el Criador nuestro se ha dignado de ser nuestro Padre. (*Serm. 57, n. 2*).

Hemos hallado Padre en el cielo; atendamos de

qué modo vivimos en la tierra. Quien ha encontrado tal Padre, debe vivir de modo que se haga digno de llegar a su herencia. Decimos, pues, todos en común: "Padre nuestro". ¿Qué dignidad no es ésta? Esto dice el Emperador, y esto dice el esclavo; esto dice el esclavo, y esto dice su señor. Todos a la vez dicen: "Padre nuestro, que estás en los cielos". Entienden, pues, que son hermanos cuando tienen un mismo Padre; pero no se desdeñe el señor de tener por hermano al siervo suyo, a quien por hermano tiene el Señor Jesucristo. (*Serm. 58, n. 2*).

Bajo este Padre son hermanos el señor y el siervo; bajo este Padre son hermanos el emperador y el soldado; bajo este Padre son hermanos el rico y el pobre. Todos los fieles cristianos tienen en la tierra diferentes padres, unos nobles y otros no nobles; mas todos invocan a un solo Padre que está en los cielos. Si allí está nuestro Padre, allí se nos prepara la herencia; pues es tal este Padre, que con él poseeremos lo que da. Da por cierto la herencia, pero no nos la deja muriendo; porque él no se retira, sino que permanecé para que nosotros nos acerquemos. Después de haber oído a quién hemos de dirigir nuestras súplicas, sepamos también lo que hemos de pedirle, no suceda que pidiendo malamente, ofendamos a tal Padre. (*Serm. 59, n. 2*).

DÍA 23

LAS SIETE PETICIONES DE LA ORACIÓN DOMINICAL SE COMPARAN CON LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO Y LAS BIENAVENTURANZAS EVANGÉLICAS

PARÉCEME que el número septenario de estas peticiones corresponde a aquel otro septenario de

donde dimanó todo este sermón. Porque si es el temor de Dios con el que son bienaventurados los pobres de espíritu, por cuanto de ellos es el reino de los cielos¹, pidamos que el nombre de Dios sea santificado en los hombres, con el temor casto que permanece por siglos de los siglos. Si es la piedad con la que son bienaventurados los mansos, por cuanto ellos poseerán en herencia la tierra; pidamos que venga a su reino, o a nosotros mismos para que seamos mansos, y no le resistamos; o del cielo a la tierra en la claridad en la venida del Señor, en el cual nos alegraremos y seremos alabados, diciendo él mismo: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo"². "En el Señor —dice el Profeta— será alabada mi alma; oigan los mansos y alégrense"³. Si la ciencia es con la que son bienaventurados los que lloran, por cuanto ellos serán consolados, oremos que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo; porque cuando el cuerpo como tierra consintiere en suma y entera paz con el espíritu como cielo, no lloraremos; como que en este tiempo ningún otro llanto hay, sino cuando el cuerpo y el alma luchan entre sí, y nos obligan a decir: "Veo en mis miembros otra ley que repugna a la ley de mi espíritu"; y a testificar nuestro llanto con esta voz lamentable: "Yo, hombre infeliz, ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte?"⁴. Si es la fortaleza con la que son bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, por cuanto ellos serán hartos, oremos que el pan nuestro de cada día se nos dé hoy, con el cual fortalecidos y alimentados podamos llegar a aquella hartura

¹ Matt. 5, 3. ² Matt. 25, 34. ³ Ps. 33, 2. ⁴ Rom. 7, 23.

plenísima. Si es el consejo con el que son bienaventurados los misericordiosos por cuanto ellos alcanzarán misericordia, perdonemos a nuestros deudos, y oremos que se nos perdonen nuestras deudas. Si el entendimiento es con el que son bienaventurados los limpios de corazón, por cuanto ellos verán a Dios, oremos que no nos deje caer en la tentación, para que no tengamos corazón doble no apeteciendo el bien puro al que refiramos todo lo que obramos, y sí siguiendo a la vez los placeres temporales y terrenos. Porque las tentaciones de estas cosas que parecen a los hombres graves y calamitosas, nada pueden contra nosotros, si no nos vencen aquellas que se nos presentan con los halagos de los placeres que los hombres reputan buenos y dignos de alegría. Si la sabiduría es con la que son bienaventurados los pacíficos, por cuanto ellos serán llamados hijos de Dios, oremos que se nos libre de mal, porque esa misma liberación nos hará libres, esto es, hijos de Dios, para que con el espíritu de adopción clamemos: Dios te salve, Padre.

No debemos por cierto pasar por alto, que de todas estas sentencias con que el Señor nos mandó orar, juzgó ser de especial encargo aquella que pertenece al perdón de los pecados, en la cual quiso que seamos misericordiosos, como único consejo para evitar las desgracias. En ninguna otra sentencia oramos como en ésta, pactando en cierto modo con Dios; pues que decimos: "Perdónanos, así como nosotros perdonamos". Si mentimos en este pacto, es nulo el fruto de toda la oración. Porque el Señor dice: "Si perdonareis a los hombres sus deudas, perdonará también a vosotros vuestro Padre que está en los cielos. Pero si no perdonareis

a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados" ¹. (*Lib. 2, de Serm. Dni. in Monte, c. 11*).

DÍA 24

PRIMERA PETICIÓN DE LA ORACIÓN DOMINICAL:
"SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE"

"SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE". ¿Por qué ruegas que el nombre de Dios sea santificado? Él es Santo. ¿A qué fin ruegas que se santifique el que ya es santo? Además cuando ruegas que su nombre sea santificado, ¿acaso no le ruegas en cierto modo por él, y no por ti? Sin embargo, entiende que también pides por ti; porque ruegas que el que es siempre santo en sí, sea santificado en ti. ¿Qué quiere decir, "Sea santificado"? Que sea tenido santo, y no ser menospreciado. Ves, pues, que cuando esto deseas, deseas para ti un bien; porque si menospreciaras el nombre de Dios, no es para Dios el mal, sino para ti. (*Serm. 56, n. 5*).

Pedímosle que su nombre sea santificado en nosotros; pues que él siempre es santo en sí mismo. ¿Y de qué manera es su nombre santificado en nosotros, sino haciéndonos santos? Nosotros fuimos por cierto no santos, y nos hacemos santos por su nombre; mas él siempre es santo, y santo es siempre su nombre. Por nosotros rogamos y no por Dios. Porque no deseamos el bien para Dios a quien ningún mal puede jamás sobrevenir, y sí deseamos para nosotros el bien de que su santo nombre sea santificado; esto es, que el siempre santo sea santificado en nosotros. (*Serm. 57, n. 4*).

¹ Matt. 6, 14.

Pídesese que su nombre sea santificado, para que sea tenido santo por los hombres; es decir, de tal modo les sea Dios conocido, que nada reputen más santo, y a quien más teman ofender. No porque se dijo: "Dios es conocido en la Judea, su nombre es grande en Israel" ¹; ha de entenderse que Dios sea menor en alguna parte, y en otra mayor; sino que el nombre de Dios es grande allí donde es nombrado según la grandeza de su majestad. Así se dice ser santo su nombre donde es invocado con veneración y temor de su ofensa. Y esto es lo que ahora se hace, cuando para hacerse conocer el Evangelio entre las diversas gentes, encomienda el nombre de un Dios por la administración de su Hijo. (*L. 2.º, de Serm. Dom. in Monte, c. 5*).

"Santificado sea el tu nombre" es: tu nombre sea santo para los hombres. Tu nombre es por cierto santo en todo tiempo, mas para algunos inmundos no es santo todavía. Porque el Apóstol dice: "Todas las cosas son limpias en los limpios, pero en los inmundos e infieles nada es limpio" ². Busco la causa de nada ser limpio en los inmundos e infieles; el mismo Apóstol añade: "Mas están manchados su entendimiento y su conciencia". Si nada es limpio para ellos, tampoco Dios; como no penséis acaso que Dios parece limpio a los que le blasfeman todos los días. Si es limpio, agrade; si agrada, sea alabado. Pero si es blasfemado, desagrada; y desagradando, ¿de qué manera puede ser limpio para ti el que te desagrada? ¿Qué pedimos, pues, cuando decimos: "Santificado sea el tu nombre"? Que el nombre de Dios sea santo en aquellos que no le conocen todavía por la infidelidad, y en quienes no es todavía santo aquel que siempre lo

¹ Ps. 75, 1.

² Tir. 1, 15.

es por sí, en sí, y en sus santos. Rogamos por el género humano, rogamos por todo el orbe, por todas las gentes que se sientan y disputan diariamente que Dios no es recto y que Dios no juzga rectamente; para que ellos mismos se corrijan algún día, y ordenen el corazón recto a la rectitud de Dios; y uniéndose a él los dirigidos al que es recto no le vituperen más y sí agrade el recto a los rectos; porque: "Cuán bueno es el Dios de Israel, pero para los rectos de corazón" ¹. (*Enar. in Ps. 103, Serm. 1, n. 3*).

DÍA 25

SEGUNDA PETICIÓN: "VÉNGANOS EL TU REINO"

"VÉNGANOS el tu reino". Dios tiene el reino sempiterno. Porque siendo así que su reino no tiene principio ni tendrá fin; ¿cuándo no reinó?, ¿cuándo comenzó a reinar? Y para que sepáis que también rogamos esto por nosotros, y no por Dios (pues no decimos "Vénganos el tu reino", como deseando que reine Dios), su reino seremos nosotros, si creyendo en él aprovechamos en él. Todos los fieles redimidos con la sangre de su Unigénito, serán su reino. Vendrá, pues, este reino cuando se efectúe la resurrección de los muertos, porque él mismo vendrá entonces. Y habiendo resucitado los muertos, los dividirá, como él mismo dice, y pondrá a unos a la diestra y a otros a la siniestra. A los que estarán a la diestra dirá: "Venid, benditos de mi Padre, percibid el reino" ². Esto es lo que deseamos y rogamos cuando decimos "Venga el tu reino", que venga a nosotros. Porque si nosotros

¹ Ps. 72, 1.

² Matt. 25, 34.

fuéremos réprobos, aquel reino vendrá a otros, mas no a nosotros; pero si estuviéremos en aquel número de los que pertenecen a los miembros de su Hijo Unigénito, su reino vendrá a nosotros, y no tardará. ¿Restan acaso tantos siglos como los que han pasado? El Apóstol San Juan dijo: "Hijitos, es la última hora" ¹. Mas para el mismo día grande, la hora es larga; y ved cuántos años dura la misma hora última. Sin embargo, sea para vosotros como para quien vele, duerme, se levante y reine. Ahora velemos, en la muerte dormiremos, en el fin resucitaremos, y sin fin reinaremos. (*Serm. 57, n. 5*).

"Los montes se alegrarán con la presencia del Señor, por cuanto vino a juzgar la tierra" ². Los grandes son los montes. Viene Dios a juzgar la tierra y se alegran. Hay por cierto montes que cuando venga el Señor a juzgar la tierra, se estremerán. Luego hay montes buenos y montes malos; montes buenos, la grandeza espiritual; montes malos, el tumor de la soberbia. Los montes se alegrarán en la presencia del Señor, por cuanto vino, por cuanto vino a juzgar la tierra. ¿A qué fin vendrá, y cómo vendrá? "Por cuanto vino a juzgar la tierra". "Juzgará al orbe de la tierra en justicia y a los pueblos en equidad". Alégrense, pues, los montes en la seguridad de que el Señor no juzgará injustamente. Si por acaso hubiera de venir algún juez hombre para quien no estuviera patente la conciencia, temblarían aun los hombres inocentes, si de él esperaban el premio de alabanza, o temían la pena de condenación; mas como vendrá aquel que no puede engañarse, alégrense los montes, y alégrense con seguridad; serán iluminados por él, no condenados; alégrense, porque vendrá el Señor

¹ 1ª. Joan. 2, 18.

² Ps. 37, 9.

a juzgar toda la redondez de la tierra en equidad; pero si los montes justos se alegran, tiemblen los inicuos. Mas no habiendo venido todavía, ¿qué necesidad hay de que tiemblen? Corríjanse, y alegréense. En tu potestad está el modo de esperar a Cristo que ha de venir. Difiere su venida para no condenarte cuando venga. Ve que todavía no ha venido; él está en el cielo, y tú en la tierra; si él difiere la venida, no quieras tú diferir el consejo. La venida suya es dura para los duros y apacible para los piadosos. Por lo mismo ve tú como eres; si eres duro, tienes poder de amansarte; y si eres manso, alégrate ya en el que ha de venir. Eres cristiano por cierto. Creo que oras y dices: "Vénganos el tu reino". Pides que venga el Señor cuya venida temes. Corrígete para que no ores contra ti. (*Enar. in Ps. 97, n. 9*).

DÍA 26

PETICIÓN TERCERA: "HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO"

"HÁGASE tu voluntad". ¿No hará Dios su voluntad, si tú no lo dices? Recuerda que has protestado en el Símbolo: Creo en Dios Padre todopoderoso. Si es todopoderoso, ¿por qué niegas que se haga su voluntad? ¿Qué significa, pues, "Hágase tu voluntad"?

Hágase en mí, que no resista a tu voluntad. Luego aquí también oras por ti, y no por Dios: porque se hará en ti la voluntad de Dios, aun cuando no se haga por ti. Así es que en aquéllos a quienes ha de decir: "Venid, benditos de mi Padre, percibid el reino que os está preparado desde

el origen del mundo"¹, se hará la voluntad de Dios, que reciban el reino como justos y santos: y en aquéllos a quienes ha de decir: "Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles", se hará la voluntad de Dios, que como malos sean condenados al fuego eterno. Otra cosa es, que se haga por ti la voluntad de Dios. Para que se haga en ti, niegas con el fin de que te suceda bien. Así, succédate bien o succédate mal, se hará en ti: pero hágase también por ti. ¿Por qué razón, pues, digo: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", y no digo, hágase tu voluntad por el cielo y la tierra? Porque lo que se hace por ti, él mismo lo hace en ti: Y nunca se hace por ti, lo que él no hace en ti. A veces hace en ti lo que por ti no se hace: mas nunca se hace por ti alguna cosa, si en ti no la hace. ¿Y qué significa, "En el cielo y en la tierra"; o "así en la tierra como en el cielo"?

Los Ángeles hacen tu voluntad, hagámosla también nosotros. "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". El espíritu es cielo y la carne es tierra. Cuando dices, si es que dices lo que el Apóstol, "Sirvo con el espíritu a la ley de Dios, y con la carne a la ley del pecado"², se hace la voluntad de Dios en el cielo, mas no se hace todavía en la tierra. Pero cuando consienta la carne con el espíritu, y la muerte sea absorbida para la victoria³, de modo que no queden ningunos deseos carnales con los que tenga que luchar el espíritu; cuando pase la pendencia en la tierra, cuando pase la guerra del corazón, cuando pase lo que está dicho. "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; porque estas dos cosas se contrarían

¹ Matt. 25, 34.² Rom. 7, 25.³ Cor. 15, 54.

mutuamente, para que no hagáis lo que queréis"¹: cuando pase, pues, esta guerra, y toda concupiscencia se convierta en caridad, nada quedará en el cuerpo que resista al espíritu, nada que domar, nada que refrenar y nada que abatir; sino que todo estará ordenado en concordia para la justicia, y se hará la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra. "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Cuando esto oramos, pedimos la perfección. "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", se entiende también así: En la Iglesia los espirituales son el cielo y los carnales son la tierra. "Hágase, pues, tu voluntad así en la tierra como en el cielo": para que a la manera que te sirven los espirituales, te sirvan también los carnales hechos mejores. "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Tiene esta petición otro sentido muy piadoso. Por cierto hemos sido encargados de orar por nuestros enemigos. La Iglesia es el cielo, y los enemigos de la Iglesia son la tierra. En este concepto, ¿qué es, "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"? Crean en ti nuestros enemigos, del modo que nosotros creemos: háganse amigos, y pongan fin a las enemistades. Son tierra, y por eso nos contradicen: háganse cielo, y estarán con nosotros. (*Serm. 56, nn. 7 y 8*).

Cuando decimos esta petición, pensemos todas estas cosas y pidámoslas a nuestro Padre. (*Serm. 57, n. 6*).

¹ Gal. 5, 17.

DÍA 27

PETICIÓN CUARTA: "EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY"

Cuando dices, "El pan nuestro de cada día dánosle hoy", te confiesas mendigo de Dios. Pero no te avergüences: por más rico que cualquiera sea en la tierra, es mendigo de Dios. Está el mendigo ante la casa del rico; pero el mismo rico está también ante la casa del gran rico. A él se pide y él pide. Si no padeciese necesidad no llamaría en la oración a los oídos de Dios. ¿Y qué es lo que necesita el rico? Me atrevo a decir que necesita el pan mismo de cada día. ¿De dónde tiene por cierto la abundancia?, ¿de dónde, sino de que Dios se la ha dado? ¿Qué tendrá si Dios le retira su mano? ¿Acaso no durmieron muchos siendo ricos y despertaron pobres? Así lo que no le falta es propio de la misericordia de Dios y no del poder suyo. (*Serm. 56, n. 3*).

"El pan nuestro de cada día dánosle hoy". Puede entenderse simplemente que hacemos esta oración para que nos abunde el alimento de cada día; y si no nos abunda, que no nos falte. Dijo, pues, "de cada día" por el tiempo que se llama "hoy". Cada día vivimos, cada día nos levantamos, cada día comemos y cada día tenemos hambre. Dénos el pan de cada día. Nada más desee el hombre. Por cuanto el Apóstol dice: "Nada hemos traído a este mundo; y no podemos llevar cosa alguna: teniendo los alimentos, y con qué cubrirnos, con eso estamos contentos"¹. Perezca la avaricia y es rica la naturaleza. (*Serm. 58, n. 5*).

Descaro es, que pidas a Dios riquezas; mas no

¹ 1ª. Tim. 6, 7.

lo es, que le pidas el pan de cada día. Una cosa es lo que sirva para ensoberbecerte y otra es lo necesario para que vivas. (*Serm. 56, n. 10*).

"El pan nuestro de cada día dánosle hoy". Da lo eterno, da lo temporal. Nos prometiste el reino, no nos niegues el auxilio. Nos darás en el cielo el eterno ornamento, danos en la tierra el alimento temporal. Por eso decimos, "de cada día", por eso decimos "hoy", significando este tiempo. Cuando pasare esta vida, ¿pediremos por ventura el pan de cada día? Entonces en verdad no se llamará "cada día" sino "hoy". Ahora se llama "cada día", cuando pasa un día y viene otro. ¿Se llamará acaso "cada día", cuando sólo habrá un día eterno? Esta petición del pan cotidiano ha de entenderse por cierto de dos maneras: o por la necesidad del sustento corporal o también por la necesidad del alimento espiritual. La necesidad de la comida corporal para el sustento diario, sin el cual no podemos vivir, son el alimento y el vestido, entendiéndose el todo por la parte. Así cuando pedimos el pan comprendemos en él todo lo necesario. Los fieles conocen también el alimento espiritual. Aun este mismo es el pan de cada día, necesario para esta vida. ¿Hemos de recibir acaso la Eucaristía cuando lleguemos a unirnos con Cristo y comencemos a reinar con él eternamente? Así la Eucaristía es nuestro pan de cada día: pero recibámosle de tal modo, que no sólo seamos robustecidos en el cuerpo sino también en el espíritu. Porque la virtud que allí se entiende es la unidad, para que transformados en cuerpo de Cristo, y hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos. De este modo será verdaderamente nuestro pan de cada día. (*Serm. 57, n. 7*).

Sea, pues, que pidamos al Padre el sustento necesario para el cuerpo, significando en el pan todo lo demás que hemos menester; sea que entendamos aquel pan de cada día que recibimos del Altar, hacemos bien en pedir que nos le dé. Porque ¿qué es lo que oramos, sino que no admitamos mal alguno de donde merezcamos ser separados de tal pan? También es pan la palabra de Dios, que se predica cada día. Acaso porque no sea pan del vientre, no por eso deja de ser en verdad pan de la mente. En pasando esta vida, ni solicitaremos el pan que busca el hambre, ni tendremos que recibir el Sacramento del Altar, porque estaremos allí con Cristo, cuyo cuerpo recibimos; ni se nos dirán estas palabras que os decimos, ni se leerá el libro, cuando veremos al mismo que es el Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas, de quien se alimentan los Ángeles, en quien son iluminados los Ángeles, y por quien se hacen sabios los Ángeles; no buscando palabras de lenguaje lleno de rodeos, sino bebiendo al Verbo único, de cuya plenitud enseñan las alabanzas, sin desfallecer en ellas. Porque el Salmo dice: "Bienaventurados los que habitan en tu casa: te alabarán por siglos de los siglos"¹. (*Serm. 59, n. 6*).

DÍA 28

QUINTA PETICIÓN: "PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS,
ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS
DEUDORES"

DECIMOS "Perdónanos nuestras deudas", y digámoslo, porque decimos la verdad. ¿Quién

¹ Ps. 83, 5.

por cierto vive aquí en la carne, y no tiene deudas? ¿Quién es el hombre así viviente, que no necesite de esta oración? Puede inflarse, mas no puede justificarse. Lo bueno para él es que imite al Publicano, y no se entumezca como el Fariseo que subió al templo, ponderó sus méritos, y encubrió sus llagas. El que supo subir con fruto fué aquel que decía: "Señor, sé propicio a mí pecador"¹. Considerad, hermanos míos, que esto fué lo que nuestro Señor Jesucristo enseñó a orar a sus discípulos, a aquellos grandes primeros Apóstoles, carneros nuestros. Si, pues, los carneros ruegan para que se les perdonen los pecados, ¿qué deberán hacer los corderos, de los cuales se dijo: "Llevad al Señor los hijos de los carneros"?² Una es la remisión de los pecados que se da una sola vez, y otra es la que se da diariamente. Una es la remisión de los pecados que se da sólo en el Santo Bautismo, y otra la que se da en la oración dominical mientras aquí vivimos. A este fin decimos: "Perdónanos nuestras deudas": y Dios hizo con nosotros pacto y estatuto y escritura de obligación para que digamos: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". El que quiere decir eficazmente: "Perdónanos nuestras deudas", diga verdaderamente: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Si no dice, o dice falsamente esto último, dice inútilmente aquello primero. (*Serm. 58, nn. 6 y 7*).

Digamos diariamente: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores": y digámoslo con corazón veraz, y hagámos lo que decimos. Hacemos con Dios promesa, pacto y convenio. El Señor tu Dios te dice:

¹ Luc. 18, 13.

² Ps. 28, 1.

Perdona tú, y yo te perdono. No perdonaste: Tú fallas contra ti, no yo. (*Serm. 56, n. 13*).

Perdonad así como se os perdona. A nadie hace Dios injuria y con todo perdona el que nada debe. ¿De qué modo deberá perdonar aquél a quien se perdona, cuando lo perdona todo aquel que no debe cosa alguna que se le perdone? (*Serm. 57, n. 8*).

¿Qué es la ira? La pasión de venganza. Agrada al hombre el vengarse; y Cristo no está todavía vengado, ni lo están los Santos Mártires. La paciencia de Dios espera todavía a que se conviertan los enemigos de Cristo, a que se conviertan los enemigos de los mártires: ¿y quiénes somos nosotros para que busquemos la venganza? Si Dios la buscara de nosotros, ¿dónde estaríamos? Aquel que en nada nos ha dañado, no quiere vengarse de nosotros: ¿y pretendemos vengarnos nosotros que casi todos los días ofendemos a Dios? Perdonad, pues, y perdonad de corazón. Si te has airado, no quieras pecar. "Airaos, y no queráis pecar"¹. Si como hombres os vence la ira, no queráis pecar reteniendo la ira en el corazón: porque si la conserváis, contra vosotros la conserváis. Luego perdonad. ¿Qué es la ira? La pasión de venganza. ¿Qué es el odio? La ira envejecida. Si la ira se ha envejecido, ya se llama odio. Esto parece confesar aquel que habiendo dicho: "Mi ojo se turbó por la ira", añadió: "me envejecí entre todos mis enemigos"². Lo que era ira siendo nueva, se hizo odio por la vejez. La ira es una paja y el odio es una viga. Reprendemos a veces al airado, y tenemos el odio en el corazón; en cuyo caso nos dice Cristo: "Ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo"³. ¿De dónde

¹ Ps. 4, 5.

² Ps. 6, 7.

³ Matt. 7, 3.

creció la paja para hacerse viga? De que no se arrancó en el instante. Por haber tú consentido que el sol salga y se ponga tantas veces sobre tu ira, la hiciste vieja; atrajiste las malas sospechas y regaste la paja; regándola, la alimentaste, y alimentándola, la hiciste viga. Espántate al menos cuando se dice: "El que aborrece a su hermano, es homicida"¹. No sacaste la espada, no hiciste herida en la carne, no mataste el cuerpo con alguna llaga: sólo está en tu corazón el pensamiento del odio, y eres homicida convicto, y eres reo ante los ojos de Dios. Él vive y tú le has dado muerte. En lo que a ti toca, has matado al que aborreces. Enmiéndate, corrígete. Si en nuestras casas hubiera escorpiones o áspides, ¿cuánto trabajarías para limpiarlas y poder habitarlas con seguridad? Os airáis, y se envejecen las iras en vuestros corazones; fórmanse tantos odios, tantas vigas, tantos escorpiones, tantas serpientes, y no queréis limpiar vuestro corazón, que es la casa de Dios? Haced por tanto lo que está dicho: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; y decid seguros: "Perdónanos nuestras deudas". Porque sin deudas no podéis vivir en esta tierra. (*Serm. 58, n. 8*).

DÍA 29

PETICIÓN SEXTA: "NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN"

"AHORA es el juicio del mundo: ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera"². Acaso dirá alguno: En vista de que el diablo será arrojado fuera de los corazones de los creyentes, ¿cómo

¹ 1ª. Joan. 3, 15.² Joan. 12, 31.

es que ya no está impedido de tentar a cualquiera de los fieles? Antes bien no cesa de tentar. Pero una cosa es reinar interiormente, y otra es atacar por defuera: porque también un enemigo ataca alguna vez a la ciudad más fortificada, y no la rinde. Si entran algunos dardos tirados por el diablo, el Apóstol amonesta el medio para que no hieran, designando la coraza y el escudo de la fe¹: y si hiere alguna vez, está a la mano el que da la salud. Porque así como está dicho a los que luchan: "Os escribo todo esto para que no pequéis"; así también los que salen heridos oyen lo que sigue: "Pero si alguno pecare, tenemos abogado para con el Padre a Jesucristo justo, y él mismo es la propiciación por nuestros pecados"². ¿Qué es por cierto lo que oramos cuando decimos: "Perdónanos nuestras deudas", sino que sean curadas nuestras heridas? ¿Y qué otra cosa pedimos cuando decimos: "No nos dejes caer en la tentación", sino que aquel que nos pone asechanzas, y ataca exteriormente, no nos asalte por parte alguna, ni pueda vencernos con sus fraudes y astucias de ninguna clase? Sin embargo, por más baterías que levante contra nosotros, mientras no ocupe el lugar del corazón donde habita la fe, está arrojado afuera. (*Tract. 52, in Joan., n. 9*).

Ningún enemigo sea temido exteriormente: véncete, y el mundo está vencido. ¿Qué ha de hacerte el tentador extraño, sea el diablo, o sea el ministro del diablo? Cualquiera hombre que te propone el lucro para seducirte, no encuentre en ti la avaricia: ¿qué puede hacer el que te propone el lucro? Pero si se hallare en ti la avaricia, te enardeces a la vista de él, y quedas prendido en el lazo del

¹ 1ª. Thessal. 5.² 1ª. Joan. 2, 1.

vicioso cebo. Mas si no hallare en ti la avaricia, quedó frustrada la trampa ofrecida. Propónete el tentador a la mujer hermosa: si habita en tu interior la castidad, quedó vencida en lo exterior la iniquidad. Pues para que la hermosura propuesta de la mujer ajena no te prenda, pelea en lo interior contra la liviandad. No sientes a tu enemigo, pero sientes a tu concupiscencia. No ves al diablo, pero ves lo que te deleita. Vence en lo interior lo que tú sientes. Lucha, lucha tú: porque el que te reengendró es el juez: propuso la pelea, y prepara la corona. Pero como sin duda serás vencido si no le tuvieres auxiliador, o si te dejare, por eso pones en la oración: "No nos dejes caer en la tentación". (*Serm. 57, n. 9*).

Hácense las tentaciones por Satanás, no por la potestad suya, sino por el permiso de Dios, o para castigar a los hombres por sus pecados, o para probarlos y ejercitarlos por la misericordia del Señor. E interesa mucho distinguir cuál es la tentación en que caiga cada uno: porque no fué igual la tentación en que cayó Judas que vendió al Señor, a la en que cayó Pedro cuando atemorizado le negó. Hay también tentaciones humanas, cuando cualquiera con buen ánimo, y sin embargo, según la fragilidad humana, se desliza en algún consejo; o se irrita contra el hermano intentando corregirle, pero un poco más de lo que le pide la tranquilidad cristiana. De los cuales dice el Apóstol: "No os prenda la tentación, sino humana"; añadiendo él mismo: "Mas Dios es fiel que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará el auxilio en la tentación para que podáis vencerla"¹. En cuya sentencia manifiesta

¹ 1^a. Cor. 10, 13.

suficientemente que no hemos de pedir el no ser tentados, y sí que no caigamos en la tentación. Caeremos por cierto si nos sobrevinieren tales tentaciones, que no podamos resistirlas. Pero como las tentaciones peligrosas, cuyas ocasiones y caídas son funestas, nacen o de la prosperidad de las cosas temporales, o de su adversidad, ninguno es vencido por la molestia de las cosas adversas, que no está aprehendiendo por el deleite de las prósperas. (*Lib. 2 de Serm. Dni. in Monte, n. 34*).

DÍA 30

PETICIÓN SÉPTIMA: "MAS LÍBRANOS DE MAL"

LA ÚLTIMA y séptima petición es: "Mas líbranos de mal". Hemos de orar por cierto que no sólo no caigamos en el mal que no tenemos, sino también que seamos libres de aquél en que ya hemos caído. Verificándose esto, nada restará que temer, ni habrá tentación alguna que infunda miedo. Pero no hay que esperar pueda cumplirse esto en la vida presente, mientras estamos rodeados de esta mortalidad en que nos hizo caer la persecución serpentina; mas sin embargo hemos de esperar que algún día se efectúe, y ésta es la esperanza que no se ve de la cual hablando el Apóstol dice: "La esperanza que se ve, no es esperanza"¹. Pero con todo, los fieles siervos de Dios no han de desconfiar de obtener la sabiduría que se ha concedido también en esta vida; lo cual es para que huyamos con vigilancia suma de todo cuanto sabemos por la revelación del Señor que debemos huir, y deseemos con la más ardorosa caridad todo cuan-

¹ Rom. 8, 24.

to sabemos por la misma revelación del Señor que debemos apetecer.

Porque de este modo, depuesta en la misma muerte la demás carga de esta mortalidad, se completará a su tiempo en todo el hombre la bienaventuranza que comenzó en esta vida, y a cuya consecución se emplean ahora a veces todos los esfuerzos. (*Lib. 2, De Serm. Dni. in Monte, n. 35*).

"Líbranos de mal". El que quiere ser libre del mal, atestigua que se halla en el mal. Por lo mismo dice el Apóstol: "Redimiendo vosotros el tiempo, por cuanto los días son malos"¹. Pero "¿quién es el hombre que quiere la vida, y ama el ver días buenos?"². ¿Quién no lo desea, cuando todo hombre no tiene en esta carne sino días malos? Haz lo que sigue: Prohíbe a tu lengua lo malo, y tus labios no hablen el engaño; apártate de lo malo, y obra lo bueno; busca la paz, y síguela; hazlo así, y careciste de días malos, y se cumple tu petición: "Líbranos de mal". (*Serm. 58, n. 11*).

¿Para qué examinas por defuera los males de que ha de librarte cuando te libra del mal? No vayas lejos, no extiendas tu examen por todas partes. Vuelve dentro de ti, y mírate. Tú eres todavía malo: y así, cuando Dios te libra de ti mismo, entonces te libra de mal. (*Serm. 256, n. 1*).

"Líbrame, Señor, del hombre malo"³. Tú que oyes, cualquiera que seas, no piensas ya más que en el enemigo, en el vecino malo, en el poderoso, en el consorte, o en el vecino que sufre. Quizá piensas que se habla del ladrón cuando oyes: "Líbrame, Señor, del hombre malo"; y en esa inteligencia pides cuando oras, que te libre Dios del hombre malo, de tal o cual enemigo tuyo. No

¹ Ephes. 5, 16.

² Ps. 33, 13.

³ Ps. 139, 1.

quieras tú ser malo para ti. Óyeme. Líbrete Dios de ti mismo: porque cuando Dios por su gracia y misericordia de malo te hace bueno, ¿de dónde te hace bueno, de dónde te libra, sino de ti mismo hombre malo? Hermanos míos, esto es absolutamente verdadero, esto es cierto, esto es fijo: si Dios te librare de ti mismo hombre malo, cualquiera que fuere otro hombre malo en nada podrá dañarte. (*Serm. 237, n. 3*).

OCTUBRE

DE LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS, LA FE Y LA
ESPERANZA: O SEA, DE QUÉ MODO Y QUÉ
COSAS DEBE CREER Y ESPERAR EL HOMBRE
CRISTIANO

DÍA 1º.

LA FE, ESE GRAN DON DE DIOS, ES EL PRINCIPIO DE
LA RELIGIÓN Y DE LA BUENA VIDA

EL PRINCIPIO de la vida buena a la cual se debe también la vida eterna, es la fe recta. La fe es creer lo que todavía no ves: y el premio de la fe es ver lo que crees. Por lo mismo, en tiempo de la fe como en tiempo de la simiente no desfallezcamos, y no desfallezcamos hasta el fin, y sí perseveremos hasta que seguemos lo que hemos sembrado. Estando por cierto el género humano apartado de Dios, y caído en sus delitos, así como teníamos necesidad del Criador para existir, así la teníamos del Salvador para volver a la vida. Dios justo condenó al hombre, y Dios misericordioso le salva. "El mismo Dios de Israel dará virtud y fortaleza a su plebe, bendito sea Dios" ¹. Pero esto reciben los creyentes, y no lo reciben los despreciadores.

Mas no debemos gloriarnos de la misma fe, como si pidiésemos alguna cosa: La fe no es por cierto una nulidad, sino una cosa grande; por con-

¹ Ps. 67, 36.

siguiente, si la tienes la has recibido. "Porque ¿qué tienes que no recibiste?" ¹. Ved, carísimos, los motivos para que deis gracias a Dios nuestro Señor; a fin de que no seáis ingratos en algunos de sus deseos y por la ingratitud perdáis lo que habéis recibido. Yo no puedo en manera alguna explicar la alabanza de la fe, pero los fieles pueden meditarla. Ciertamente, si se medita de algún modo, como es justo, ¿quién puede pensar dignamente lo muy superior que es a muchos dones del mismo Dios? Y si debemos reconocer en nosotros los menores dones de Dios, ¿cuánto más debemos reconocer aquel que los supera?

De Dios tenemos el ser lo que somos. Tenemos el ser con los leños y piedras, el vivir con los árboles, el sentir con las bestias, y el entender con los Ángeles. Distinguimos; pues, con la vista los colores, con el oído los sonidos, con el olfato los olores, con el gusto los sabores, con el tacto los calores, y con el entendimiento las costumbres. Entiende tú; todo hombre quiere entender, sin que haya alguno que lo repugne; mas no todos quieren creer. Díceme el hombre: Entienda para que crea. Yo le respondo: Cree para que entiendas. (*Serm. 43, n. 1 y sig.*).

¿Cuál es por cierto el mérito de la fe, o cuál la propiedad de su nombre, si ves ahora lo que has de tener? Por lo mismo no debes ver lo que crees, y sí creer para verlo; creer mientras no lo ves, para que al verlo no te avergüences. Así creemos mientras es el tiempo de la fe, antes que sea el tiempo de la especie. Por esto dice el Apóstol: "Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos hacia Dios; porque andamos por la fe" ². Luego andamos por

¹ 1ª. Cor. 4, 7.

² 2ª. Cor. 5, 6.

la fe mientras creemos lo que no vemos: pero tendremos la especie cuando la veamos cara a cara como es. El Apóstol San Juan distingue también en su Epístola el tiempo de la fe y el tiempo de la especie diciendo: "Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y todavía no aparece lo que seremos"¹. Éste es el tiempo de la fe: Ved el tiempo de la especie: "Sabemos —dice— que cuando apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto la veremos como es". ¿Quién puede negar que es trabajoso el tiempo de la fe? Trabajoso es: pero ésta es la obra, y aquélla es la recompensa. No quieras ser perezoso en la obra cuya recompensa desees. Si tú mismo buscas un operario, no le pagarías el jornal antes de ejercitarle en el trabajo. Diríasle: Haz y recibe; y él no te diría: Da, y hago. Así, pues, obra Dios también. Temiendo tú a Dios no engañas a tu jornalero; ¿y te engañará a ti el mismo Dios que manda no engañar a tu operario? Con todo, tú puedes no dar lo que prometiste; pues aunque no esté en tu corazón la simulación de la falsedad, está en la fragilidad humana la pobreza de la dificultad. Mas de Dios ¿qué podemos temer, siendo así que no puede engañar por ser la verdad y abunda en todas las cosas por haberlas criado todas?

Por tanto, hermanos, creamos a Dios. El primer precepto, el principio de la Religión y de nuestra vida es tener el corazón fijo en la fe, y con esta misma fijeza vivir bien, abstenernos de todos los objetos seductores, tolerar los males temporales, y mientras ellos o lisonjean o amenazan, tener contra uno y otro el corazón inmóvil en la fe, para que ni los primeros nos arrastren, ni los se-

¹ 1^a. Joan. 3, 2.

gundos nos acobarden. Así, provistos de la continencia y a la vez de la paciencia, cuando pasaren los bienes temporales y no haya males que sobrevengan, tendrás todo bien y estarás exento de todo mal. (*Serm. 58, n. 3 y sig.*)

DÍA 2

LA FE ES LA VIDA DEL ALMA

"EL QUE crea en mí, aunque muriera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente"¹. ¿Qué es esto? "El que cree en mí, aunque muriere", como murió Lázaro, "vivirá"; porque no es Dios de los muertos y sí de los vivos. De los Padres muertos en otro tiempo, esto es, de Abrahán, Isaac y Jacob dió el Señor a los judíos esta respuesta: "Yo soy el Dios de Abrahán, de Isaac, y el Dios de Jacob: no es el Dios de los muertos, sino de los vivientes"²; porque todos aquéllos viven. Cree, pues, y aunque murieres, vivirás; mas si no crees, aun viviendo estás muerto. Probemos que si no crees, estás muerto aun viviendo. A cierto hombre que quería seguir al Salvador, y dijo: "Voy antes a enterrar a mi padre"; respondió el Señor: "Deja a los muertos que entierren a sus muertos: tú ven y síguenos"³. Allí estaba el muerto que iba a ser sepultado, y allí estaban los muertos que iban a sepultarle: el uno muerto en la carne, y los otros en el alma. ¿De dónde proviene la muerte en el alma? De que no tiene fe. ¿De dónde la muerte en el cuerpo? De que no está allí el alma. Luego el alma de tu alma es la fe; el que cree en mí, dice; aunque muriere en la carne vivirá en el alma;

¹ Joan. 11, 25.

² Matt. 22, 32.

³ Matt. 8, 21.

hasta que resucite también la carne para no morir ya jamás. Esto significa: "El que cree en mí", aunque muera, "vivirá". "Y todo el que vive" en la carne, "y cree en mí", aun cuando muera en tiempo por la muerte de la carne, "no morirá eternamente" por la vida del espíritu y la inmortalidad de la resurrección. Esto es lo que manifiesta al decir: "Y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente". ¿Crees esto? Díjole: "Ciertamente, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo". Cuando he creído esto, he creído que tú eres la resurrección, he creído que tú eres la vida, y he creído que quien cree en ti, aunque muera vivirá; y quien vive y cree en ti, no morirá eternamente. (*Tract. 49, in Joan., n. 15*).

"El que oye mis palabras y cree al que me envió, tiene la vida eterna y no viene al juicio, sino que hace tránsito de la muerte a la vida"¹. Dijo esto para que no pensases que creyendo no has de morir según la carne, y recibéndolo carnalmente, dijese para ti: "Mi Señor me dijo: Quien oye mis palabras y cree al que me envió, pasa de la muerte a la vida"; yo he creído, luego no he de morir. Sabe que has de pagar la muerte que debes por la pena de Adán; porque éste, en quien entonces estuvimos todos, se sujetó a esta sentencia: "Morirás"; y la sentencia divina no puede dejar de cumplirse. Pero sufriendo la muerte del hombre viejo, serás recibido en la vida eterna del hombre nuevo, y harás tránsito de la muerte a la vida. Entre tanto haz ahora tránsito a la vida. ¿Cuál es la vida tuya? La fe: "El justo vive de la fe"². ¿Qué son los infieles? Son muertos. Entre éstos estaba muer-

¹ Joan. 5, 24.² Rom. 1, 17.

to en el cuerpo aquél de quien dijo el Señor: "Deja a los muertos que sepulsen a sus muertos"¹. Luego en esta vida hay muertos y hay vivos y todos aparecen como vivos. ¿Quiénes son los muertos? Los que no creyeron. ¿Quiénes son los vivos? Los que creen. ¿Y qué se dice por el Apóstol a los muertos? "Levántate tú que duermes"². Responderás acaso: Dijo sueño, y no muerte. Pero oye lo que sigue: "Levántate tú que duermes, y levántate de entre los muertos". Y como si le contestase: ¿Adónde iré? Añade: "Y te iluminará Cristo". Cuando ya creyendo te iluminare Cristo, haces el tránsito de la muerte a la vida; permanece tú en aquél a quien has pasado y no vendrás al juicio de la pena. (*Tract. 22, in Joan., n. 6*).

DÍA 3

ES LA FE EL FUNDAMENTO DE LA VIDA ESPIRITUAL
Y LA RAZÓN DE LA BIENAVENTURANZA ETERNA

"DECÍA, pues, el Señor a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra"³. "Si permaneciereis", esto es, en la fe que creyendo en mí ha comenzado a tener lugar en vosotros; ¿adónde llegaréis? Ve cuál es este principio y adónde conduce. Si amaste el fundamento, atiende a la cumbre, y desde esta humildad busca otra altura. La fe tiene por cierto humildad; el conocimiento y la inmortalidad y la eternidad no tienen humildad, sino alteza; elevación, ninguna defección; estabilidad eterna, ningún choque enemigo, y ningún temor de que falten. Grande es lo que comienza por la fe, pero se me-

¹ Matt. 8, 22.² Ephes. 5, 14.³ Joan. 8, 31.

nosprecia. También el cimiento del edificio suele ser menospreciado de los imperitos. Se hace una gran fosa, en todas partes se echan piedras de cualquier forma, ningún pulimento hay allí, ni aparece hermosura alguna; así como ninguna hermosura presenta la raíz del árbol; y sin embargo, todo lo que te recrea en el árbol ha subido de la raíz. Pero ves la raíz y no te deleita, ves el árbol y te admiras. Necio, lo que admiras ha subido de lo que no te deleita. La fe de los creyentes parece una cosa pequeña; no tienes balanza para pesarla. Oye, pues, adónde llega, y ve cuán grande es; así el mismo Señor dijo también en otro lugar: "Si tuviereis la fe como el grano de mostaza"¹. ¿Qué cosa más humilde, y qué cosa más activa? ¿Qué cosa más diminuta, y qué cosa más ardiente? En fin, dice: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra", en que habéis creído, ¿adónde seréis conducidos? "Seréis en verdad mis discípulos". ¿Y qué nos aprovechará? "Y conoceréis la verdad".

Hermanos, ¿qué es lo que promete a sus creyentes? "Y conoceréis la verdad". Pues qué, ¿no la habían conocido cuando el Señor les hablaba? Si no la habían conocido, ¿cómo creyeron? No creyeron porque la habían conocido, sino que creyeron por conocerla. En efecto, creemos para conocer, no conocemos para creer. Porque ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre² lo que hemos de conocer. ¿Qué es por cierto la fe, sino creer lo que no ves? Es, pues, la fe, creer lo que no ves, y la verdad es ver lo que creíste. Por esta razón el Señor anduvo antes en la tierra para formar la fe. Era hombre, se había hecho humilde, todos le veían, no todos le cono-

¹ Matt. 17, 19.

² 1^a Cor. 29.

cían, muchos le reprobaban, la turba le quitaba la vida, y pocos le compadecían; y aun así, los mismos que le compadecían no le conocían todavía según era. Todo esto es como el principio de los lineamientos de la fe y de la fábrica futura. Atendiendo a esto, el mismo Señor dice en otro lugar: "El que me ama, guarda mis mandamientos; y el que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré, y me manifestaré a mí mismo a él"¹. Los que oían, le veían ya ciertamente; y sin embargo les prometió dárselos a ver si le amaban. Del mismo modo aquí cuando dice: "Y conoceréis la verdad". Pues qué, ¿no es la verdad lo que ya has dicho? Es la verdad, pero verdad que se cree y todavía no se ve. Si se permanece en lo que se cree, se llegará a lo que se vea. Por esto dice el Evangelista San Juan en su Epístola: "Carísimos, somos hijos de Dios, pero todavía no ha aparecido lo que seremos"². Ya somos, y seremos otra cosa más. ¿Qué seremos más de lo que somos? Oyelo: "Todavía no ha aparecido lo que seremos; sabemos que apareciendo seremos semejantes a él". ¿De dónde? "Por cuanto le vemos según es". Gran promesa; pero es premio de la fe. Si buscas el premio, preceda el trabajo. Si crees, reclama el pago de la fe; mas si no crees, ¿con qué cara le pretendes? "Si, pues, permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos"; para que contempléis la verdad misma según es; no por las palabras sonantes, sino por la luz resplandeciente, saciándonos lo que se lee en el Salmo: "Signada está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro"³. Somos moneda de Dios, pero moneda rebajada que anduvimos fuera del tesoro. Con la aberra-

¹ Joan. 14, 21.

² 1^a Joan. 3, 2.

³ Ps. 4, 7.

ción se gastó lo que en nosotros se había impreso; vino el que nos reforma, porque él mismo nos había formado; busca él mismo su moneda como el César la suya, y por tanto dice: "Volved al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"¹; al César el dinero, y a Dios nosotros mismos. Entonces, pues, se representará la verdad en nosotros. (*Tract 40, in Joan., nn. 8 y 9*).

DÍA 4

LA FE NUTRE Y LIMPIA LA MENTE DEL HOMBRE
CRISTIANO Y LE HACE CAPAZ DE ENTENDER LAS
COSAS ETERNAS

LA DISCIPLINA católica enseña que el alma cristiana ha de nutrirse primeramente con la fe sencilla, a fin de que la haga capaz para la inteligencia de las cosas sobrenaturales y eternas. A este propósito dice el Profeta: "Si no creyereis, no entenderéis"². Pero esa misma es la fe sincera, con la que, antes de conocer la sobreeminente ciencia de la caridad de Cristo, para ser llenos de toda la plenitud de Dios, creemos la dispensación de su humildad en que nació y padeció humanamente, anunciada tanto tiempo antes por los Profetas a la gente profética, al pueblo profético, al reino profético, y esto no sin causa, sino porque en aquella necedad más sabia que los hombres, y en aquella flaqueza más fuerte que los hombres, se oculta una cosa grande para nuestra justificación y glorificación. Y allí están escondidos los tesoros todos de la Sabiduría, los cuales no se abren a ninguno que desprecia la comida transmitida

¹ Matt. 22, 21.² Isa. 7, 9.

por la carne materna, esto es, el alimento de la leche transmitida por medio de los pechos Apostólicos y Proféticos. (*Lib. 12, cont. Faustum., c. 46*).

De ahí es el decir el Apóstol que todos los tesoros de la sabiduría y ciencia están en verdad escondidos en Cristo; con todo, le recomendó a los fieles, aunque renacidos ya en su gracia, todavía carnales y animales como párvulos en Cristo, y le recomendó, no en cuanto al poder divino en que es igual al Padre, sino en cuanto a la humana flaqueza en que fué crucificado. Dice así: "Porque no ha juzgado que sé entre vosotros alguna cosa, sino a Jesucristo, y éste crucificado"¹. Después, siguiendo, dice: "Y yo he estado entre vosotros en la flaqueza, y en el temor y temblor grande". Y poco después añade: "Y yo, hermanos, no pude hablaros como espirituales, sino como carnales. Os di bebida de leche como párvulos en Cristo, y no comida; porque no podíais todavía; y ciertamente ni aún todavía podéis"².

Por lo cual, carísimos hermanos, fieles de Dios e hijos muy legítimos de la Madre Católica, nadie os seduzca con manjares envenenados, puesto que todavía tenéis que nutrirlos con la leche: andad ahora con perseverancia por la fe de la verdad, para que en tiempo cierto y oportuno podáis llegar a la especie de la misma verdad. Porque como dice el Apóstol: "Morando aquí en el cuerpo, peregrinamos hacia el Señor; pues que andamos por la fe, y no por la especie"³. Mas a la especie de la visión del Padre conduce la fe cristiana; a cuyo propósito dice el Señor: "Nadie viene al Padre, sino por mí"⁴. (*Serm. 12, n. 5*).

¹ 1ª. Cor. 2, 2.² 1ª. Cor. 3, 1.³ 2ª. Cor. 5, 6.⁴ Joan. 14, 6.

Por tanto, siendo el mismo Cristo la Sabiduría de Dios, por quien fueron criadas todas las cosas, y no haciéndose sabias las mentes racionales ya de los ángeles, ya de los hombres, sino por la participación del mismo al que estamos unidos por el Espíritu Santo, por quien se difunde la caridad en nuestros corazones, la cual Trinidad es un solo Dios, ordenó, con providencia divina para los mortales cuya vida temporal estaba ocupada en las cosas transeúntes, que la misma Sabiduría de Dios tomando en unidad de su Persona al hombre, en cuya naturaleza naciese, viviese, muriese y resucitase, y diciendo y haciendo, padeciendo y tolerando todo lo conveniente a nuestra salvación, sirviese a los hombres que están abajo de ejemplo para volver a Dios, y a los ángeles que están arriba de ejemplo para perseverar. Porque si en la naturaleza, aun del alma racional, no naciera temporalmente alguna cosa, es decir, a no comenzar a ser lo que no era, jamás pasaría de la vida pésima e ignorante a la vida sabia y perfecta. Y por esto, gozándose en las cosas eternas la verdad de los contempladores y debiéndose a las cosas nacidas la fe de los creyentes, se purga el hombre por la fe de las cosas temporales para que pueda percibir la verdad de las eternas. Por lo mismo, el muy célebre filósofo Platón, en el libro que llaman "Timeo", dice así: "Cuanto vale la eternidad para lo que ha nacido, tanto vale la verdad para la fe". Las dos cosas que están arriba son la eternidad y la verdad, y las dos que están abajo son lo nacido y la fe. Así que, para ser nosotros revocados desde lo bajo a alto, y para que lo nacido reciba la eternidad, ha de venirse a la verdad por medio de la fe. Mas por cuanto todas las cosas

que marchan en contrario se reducen por algún medio y la iniquidad temporal nos alejaba de la justicia eterna, necesitábamos por lo mismo de la justicia media temporal, la cual mediación fuese temporal por parte de lo ínfimo y justa por la de lo sumo, y de este modo, no separándose de las cosas sumas y atemperándose a las ínfimas, elevase las ínfimas a las sumas. Ésta es la razón de llamarse Cristo mediador de Dios y los hombres; Dios y hombre entre el Dios inmortal y el hombre mortal, reconciliando al hombre con Dios, permaneciendo lo que era y hecho lo que no era. El mismo que es la verdad en las cosas eternas, es para nosotros la fe en las nacidas. (*Lib. 1, de Consensu Evangelist., c. 35*).

DÍA 5

EN LAS COSAS DIVINAS PRECEDA LA FE A LA INTELIGENCIA PARA QUE LA INTELIGENCIA SEA EL PREMIO DE LA FE

CREED para que merezcáis entender. La fe debe por cierto preceder a la inteligencia, para que la inteligencia sea el premio de la fe. (*Serm. 139, n. 1*).

Los arcanos y secretos del reino de Dios buscan primero a creyentes para hacer inteligentes. La fe es por cierto la grada de entender, y la inteligencia es el mérito de la fe. Esto dice abiertamente el Profeta a todos los que con demasiada prisa y desordenadamente buscan la inteligencia, y menosprecian la fe. Dice, pues: "A no ser que creyereis, no entenderéis"¹. Así, la fe misma tiene también su

¹ Isa. 7, 9.

cierta luz en las Escrituras, en las Profecías, en el Evangelio, y en las lecciones Apostólicas. Porque todas estas cosas que se nos recitan por tiempos, son lucernas puestas en el lugar oscuro, a fin de que nos dispongamos para el día. El Apóstol San Pedro dice: "Tenemos la más cierta palabra profética, y hacéis bien atendiendo a ella como a lucerna en el lugar oscuro, hasta que amanezca el día y nazca el lucero en vuestros corazones"¹. Veis, por tanto, hermanos, cuán trastornados y viciosos son por su apresuramiento aquellos que, como fetos inmaturos, buscan el aborto antes del nacimiento; los cuales nos dicen: ¿Por qué me mandas creer lo que no veo? Véalo yo para que lo crea. Me mandas creer mientras no lo vea; yo quiero verlo y creer viendo, no oyendo. Contesta el Profeta: "Si no creyereis, no entenderéis". Quieres subir y te olvidas de la escala. Eso es ciertamente obrar al revés. ¡Oh hombre! Si yo te pudiera manifestar ya lo que vieses, no te exhortaría a que creyeses. Por consiguiente la fe, como se definió en otra parte, es la sustancia de las cosas que se esperan y la convicción de las que no se ven². Si no se ven, ¿cómo convencen de que existen? ¿De dónde son por cierto estas cosas que ves, sino de aquello que no ves? Ciertamente ves una cosa para que creas otra y por aquello que ves creas lo que no ves. No seas ingrato al que te hizo ver de dónde puedes creer lo que todavía no puedes ver. Dios te dió ojos en el cuerpo y razón en el corazón; excita la razón del corazón, levanta al habitador interior de tus interiores ojos, póngase a sus ventanas y mira a las criaturas de Dios. Hay en verdad uno en tu interior que ves por los

¹ 2ª. Pet. 1, 19.² Hebr. 11, 1.

ojos: y así es que cuando piensas en otra cosa, vuelto a otra parte el habitador que hay en tu interior, no ves los objetos que hay delante de tus ojos. En vano están abiertas las ventanas cuando el que mira por ellas se halla ausente. Los ojos, pues, no ven, sino el que ve por ellos; levántale, excítale. Porque no te ha denegado esta facultad; Dios te hizo animal racional, te antepuso a las bestias y te formó a imagen suya. ¿Y deberás usar así de los ojos como una bestia, para ver solamente de saciar al vientre y no a la mente? Por tanto, levanta la mirada racional, usa de los ojos como hombre, mira con atención al cielo y a la tierra, los ornamentos del cielo, la fecundidad de la tierra, el vuelo de las aves, la natación de los peces, la virtud de las semillas y el orden de los tiempos; mira a lo que ves y busca al que no ves. Cree en el que no ves por estas cosas que ves. Y para que no pienses que esta exhortación es solamente mía, oye al Apóstol que dice: "Porque las cosas invisibles de Dios son vistas de la criatura del mundo por aquellas que fueron hechas"¹. (*Serm. 126, n. 1 y sigs.*)

DÍA 6

LA FE LIMPIA EL OJO DEL CORAZÓN CON EL QUE
VEREMOS A DIOS

"BIENAVENTURADOS los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"². El corazón limpio es apto para ver a Dios. Si, pues, deseamos ver a Dios; ¿con qué medio se limpiará ese ojo? Porque ¿quién no cuida, quién no busca el medio de limpiar con lo que pueda ver al que desea con todo

¹ Rom. 1, 20.² Matt. 5, 8.

su afecto? El divino testimonio lo expresó: "Limpiando —dice— con la fe los corazones de ellos"¹. La fe de Dios limpia al corazón y el corazón limpio ve a Dios. (*Serm. 53, n. 9 y 10*).

Nuestros corazones se limpian por la fe, para que puedan hacerse capaces de recibir la especie. Porque ahora andamos por la fe, como dice el Apóstol, y no todavía por la especie: "Mientras estamos en el cuerpo peregrinamos hacia Dios"². ¿Y qué es peregrinamos? "Porque andamos —dice— por la fe, no por la especie". Así es que el que peregrina y anda por la fe, no está todavía en la patria, pero ya está en el camino; mas el que no cree, ni está en la patria, ni en el camino para ella. Andemos, pues, de modo que vayamos por el camino; porque camino se ha hecho el mismo Rey de la patria. El Rey de nuestra patria es nuestro Señor Jesucristo; allí la verdad, y aquí el camino: ¿Adónde vamos? A la verdad. ¿Por dónde vamos? Por la fe. ¿Adónde vamos? A Cristo. ¿Por dónde vamos? Por Cristo. Él mismo dijo por cierto: "Yo soy el camino, la verdad y la vida"³. Y ya había dicho a los que creían en él: "Si permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os librará"⁴. Y conoceréis, dice, la verdad, pero si permaneciereis en mi palabra. ¿En qué palabra? El Apóstol dice: "Ésta es la palabra de la fe que predicamos"⁵. Por tanto, es primeramente palabra de la fe, en la cual permaneciendo nosotros, conoceremos la verdad, y la verdad nos librará. La verdad es inmortal, la verdad es inmutable; la verdad es aquel Verbo de quien se dice: "En el principio era el

¹ Actos. 15, 3.² 2ª. Cor. 5, 6.³ Joan. 14, 6.⁴ Id. 8, 31.⁵ Rom. 10, 8.

Verbo y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo"¹. ¿Y quién ve esto sino con el corazón limpio? ¿De dónde se limpian los corazones? "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros". Por lo mismo, el Verbo que permanece en sí es la verdad a la cual vamos, y que nos libra; mas la palabra de la fe que se predica y en la cual quiere el Señor que permanezcamos para conocer la verdad, es "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Cree en Cristo nacido en la carne, y llegarás a Cristo nacido de Dios, y Dios con el Padre. (*Enar. in Ps. 123, n. 2*).

Anda por la fe para que llegues a la especie. No alegrará la especie en la patria, a quien la fe no consuela en el camino. Y así, hermanos, todo nuestro empleo en esta vida es sanar el ojo del corazón para que pueda ver a Dios. A este fin se celebran los sacrosantos misterios; a este fin se predica la palabra de Dios; a este fin se dirigen las exhortaciones morales de la Iglesia que se dirigen a corregir las costumbres, a enmendar los deseos carnales y a renunciar a este siglo, no sólo con la voz, sino con la mudanza de vida; y a este fin se ordena todo lo que mandan las divinas y sagradas letras, para que la vista interior sea purgada de aquella cosa que nos impide el ver a Dios. Porque así como el ojo formado para ver esta luz temporal, que aunque celeste es, sin embargo corporal y visible, no sólo a los hombres, sino también a los más viles animales (pues que fué formado para ver esta luz), si se echa o cae en él alguna cosa que lo turbe, es excluido de esta luz; y aunque ella le rodee con su presencia, él se aparta y esconde; y no sólo se retira de la luz presente

¹ Joan. 1, 1.

a causa de su perturbación, sino que aun le es penosa la luz para cuya vista fué formado; así también cuando el ojo del corazón está perturbado y herido, se aparta de la luz de la justicia, y no se atreve a contemplarla, ni puede. ¿Qué es lo que turba al ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia del siglo turban, cierran y quitan la vista al ojo del corazón. Pero, ¿y cómo se busca al médico cuando el ojo de la carne está alterado, de qué manera no se difiere que se abra y se purgue para que sane, y pueda ver esta luz? Córrase, ninguno descansa, ninguno consiente dilación, aun cuando sea una pajita la que le caiga en el ojo. Dios hizo ciertamente el sol que deseamos ver con los ojos sanos; y es en verdad mucho más resplandeciente aquel que le hizo; ni es luz de este género la que pertenece al ojo del alma. Aquella luz es la eterna Sabiduría. Pero Dios te hizo, oh hombre, a imagen suya. Y dándote para que vieses el sol que él hizo, ¿no te daría para que vieses al que te hizo, habiéndote criado a imagen suya? Díote también esto; uno y otro te dió. Pero amas mucho estos ojos exteriores, y desprecias mucho aquel ojo interior; llévasle empañado y herido. Pena es para ti si tu fabricante quiere manifestarse; pena es para tu ojo antes de que se cure y sane. Adán pecó también en el Paraíso, y por lo mismo se escondió de la presencia de Dios. Así mientras tenía sano el corazón de la pura conciencia, se alegraba en la presencia de Dios; mas después que aquel ojo quedó herido con el pecado, comenzó a temer la luz divina, corrió a la tinieblas y densidad de los árboles, huyendo de la verdad y apeteciendo las sombras. (*Serm. 88, n. 4 y sigs.*)

DÍA 7

LA FE DEL HOMBRE CRISTIANO DEBE SER FIRME Y CAUTA, ESTRIBÁNDOSE EN LA AUTORIDAD DIVINA Y NO EN LA RAZÓN HUMANA

“EL JUSTO vive de la fe”¹. Obrad la justicia y creed: “El justo vive de la fe”. Difícil es que viva mal el que cree bien. Creed de todo corazón, creed sin claudicar, sin vacilar y sin argumentar con opiniones humanas contra la misma fe. (*Serm. 43, n. 2*).

La fe conoce lo que no alcanza la humana razón; y donde la humana razón desfallece, aprovecha la fe. (*Serm. 190, n. 2*).

Donde desfalleciere la razón, allí está la edificación de la fe. (*Serm. 247, n. 2*).

La razón se aparta cuando se ha llegado a las cosas divinas, no puede mirarlas, palpita, se fatiga, ansía por el amor, la ofende el reverbero de la verdad, y se vuelve a la familiaridad de las tinieblas, no por su elección, sino por su fatiga. Mucho es de temer en este caso, mucho es de temblar que el alma conciba mayor debilidad cuando cansada de ese modo busca el descanso. Por lo mismo, a los que por dispensación de la Sabiduría inefable deseamos refugiarnos a lo oscuro, preséntenos aquella opacidad de la autoridad, y con las maravillas de las cosas y voces de los libros suavice, como con signos atemperantes y sombras de la verdad. ¿Qué más pudo hacerse por nuestra salvación? ¿Qué puede decirse más benéfico y generoso que la divina providencia, que no desamparó absolutamente al hombre que se había

¹ Rom. 1, 18.

apartado de sus leyes, y que por la concupiscencia de las cosas mortales propagaba justa y merecidamente una descendencia mortal? Porque aquella potestad justísima, usando de modos admirables e incomprensibles y valiéndose de ciertos sucesos secretísimos de las cosas que crió y que le sirven, tiene ya la severidad de vengarse, ya la clemencia de librar. Cuán bello sea esto en verdad, cuán grande, cuán digno de Dios, y por fin cuán verdadero lo que se busca, de ningún modo podremos entenderlo, a no ser que, comenzando por las cosas humanas y próximas y guardando la fe y los preceptos de la verdadera Religión, no dejáremos el camino que Dios nos ha abierto con la segregación de los Patriarcas y con el vínculo de la Ley, y con los presagios de los Profetas, y con el Sacramento del Hombre Dios, y con el testimonio de los Apóstoles, y con la sangre de los Mártires, y con la conversión de los gentiles. En vista de esto, nadie busque ya en mí mi propia sentencia, sino antes bien oigamos los oráculos y sometamos nuestras racioncillas a las sentencias divinas. (*Lib. 1, de Morib. Eccles. Cathol., c. 7*).

Cuidad ante todo de no perturbaros si todavía no entendéis las santas Escrituras, y de no inflaros, si las entendéis; antes bien, diferid con honor lo que no entendéis, y retened con caridad lo que entendéis. (*Serm. 51, n. 35*).

Las herejías y ciertas máximas de perversidad que enredan a las almas, y las precipitan en lo profundo, no han nacido por cierto sino cuando las Escrituras buenas se entienden no bien, y lo que se entiende en ellas no bien, también se afirma temeraria y audazmente. Y así, carísimos, debemos oír con suma prudencia estas cosas para cuya in-

teligencia somos párvulos; guardando, como está escrito, con corazón piadoso y con temblor esta regla de salud: En aquello que pudiéremos entender según la fe que se nos ha enseñado, alegrémonos como en un manjar; mas en lo que no pudiéremos todavía entender según la regla sana de la fe, rechacemos la duda y difiramos la inteligencia; es decir, que aun cuando ignoramos lo que sea, con todo no dudemos que es bueno y verdadero. (*Tract. 18, in Joan., n. 1*).

Donde el hombre está enfermo y Dios cura, es un gran principio de piedad y de salud que antes de saber tú por qué se haya dicho alguna cosa, creas que así debió decirse como se dijo. Porque esta piedad te hará capaz para que busques lo que se dijo; y buscándolo lo encuentres, y encontrándolo te goces. (*Enar. in Ps. 147, n. 2*).

DÍA 8

CUÁN PROFUNDAMENTE DEBE EL HOMBRE CRISTIANO IMPRIMIR EN SU CORAZÓN, Y CON CUÁNTA FRECUENCIA DEBE REPASAR EN SU MENTE EL SÍMBOLO EN QUE COMO REGLA PROFESAMOS NUESTRA FE

POR CUANTO está escrito y confirmado por la robustísima autoridad de la disciplina Apostólica, "Que el justo vive de la fe"¹; y por cuanto esta fe exige de nosotros el oficio del corazón y de la lengua; diciendo el Apóstol: "Con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se confiesa para la salud"²: conviene que nosotros tengamos presentes la justicia y la salud. Puesto que habiendo de reinar en la justicia sempiterna,

¹ Rom. 1, 18.

² Id. 10, 10.

no podemos salvarnos del presente siglo maligno, si la fe que llevamos en el corazón no la profesamos también con la boca, aspirando a la salvación de los prójimos; hemos de cuidar con piedad y cauta vigilancia que la misma fe no sufra en nosotros violación alguna por las fraudulentas astucias de los herejes. Es, pues, conocida a los fieles la fe católica contenida en el Símbolo, y está encomendada a su memoria en cuanta brevedad de palabras es posible; a fin de que aquellos que han renacido en Cristo, como principiantes que están en la lactancia y que todavía no están robustecidos con el diligentísimo y espiritual estudio y conocimiento de las divinas Escrituras, tuviesen para su creencia en pocas palabras lo que en muchas había de exponerse a los aprovechados y a los que con firmeza cierta de humildad y caridad se levantan para aprender la divina doctrina. (*Lib. de Fide et Symbolo, c. 1*).

El Símbolo es una regla breve de la fe, para que instruya al entendimiento sin cargar la memoria, y se dice en pocas palabras lo que sirva para adquirir mucho. (*Serm. 213, n. 1*).

Carísimos, el Símbolo es breve en palabras, pero grande en Sacramentos; manifestando poco en la disminución de la anchura, pero conteniéndolo todo en el compendio de la brevedad. Es corto para no agobiar la memoria; pero es difuso para exceder la inteligencia; confirmando a todos en la perfección de creer, en el deseo de confesar, y en la confianza de resucitar. La doctrina del Símbolo es la virtud del Sacramento, la iluminación del alma, y la plenitud de los creyentes; lo que en él se enseña o aprende es la Unidad de la Trinidad, y la Trinidad distinta en las Personas, y la opu-

lencia del Criador, y la redención de la pasión. En él se desata la ligadura de la infidelidad, en él se franquea la puerta de la vida, y en él se manifiesta la gloria de la confesión. (*Serm. 242, n. 1, in Append.*).

Para conservar las palabras del Símbolo, no debéis escribirlas de modo alguno, sino aprenderlas oyendo; ni aprendidas debéis escribirlas, sino tenerlas siempre en la memoria y repasarlas. Todo lo que vais a oír en el Símbolo está por cierto contenido en las divinas letras de las sagradas Escrituras. Mas porque no es lícito escribir lo así recogido y redactado en cierta forma, se hace memoria de la promesa de Dios en que, anunciando por el Profeta el Testamento nuevo, dijo: "Éste es el Testamento que les ordenaré después de aquellos días, dice el Señor, dándoles mi ley, y la escribiré en el corazón de ellos"¹. Para significar esta promesa, se aprende el Símbolo oyéndole; y no se escribe en tablas ni en materia alguna, sino en el corazón. (*Serm. 212, n. 2*).

Habéis, pues, recibido lo que debéis retener siempre en el ánimo y en el corazón, lo que habéis de decir en vuestros estrados, lo que habéis de pensar en las plazas, lo que no habéis de olvidar entre los manjares, y en lo que, aun durmiendo en el cuerpo, habéis de velar con el corazón. (*Serm. 215, n. 1*).

Decid el Símbolo diariamente para no olvidarle: cuando os levantáis, cuando os acostáis, decid vuestro Símbolo, ofrecedle al Señor, recordaos a vosotros mismos, y no os canse su repetición. No digáis: Ayer le dije, hoy le he dicho, diariamente le digo, le conservo bien en la memoria. Haz tú memoria

¹ Jerem. 31, 33.

de tu fe, y mírate en ella; sea tu Símbolo como un espejo para ti. Mírate en él si crees todas las cosas que confiesas que crees, y alégrate diariamente en tu fe. Sean éstas tus riquezas, y sean éstos en cierto modo los vestidos de tu alma. ¿No te visties acaso cuando te levantas? Pues del mismo modo, haciendo memoria de tu Símbolo, viste tu alma, no sea que el olvido la desnude y permanezcas así, y suceda lo que dice el Apóstol, y que Dios no permita en ti: "Pero si vestidos no seamos hallados desnudos"¹. Porque estaremos vestidos con nuestra fe; y la misma fe es la túnica y a la vez la coraza: túnica, contra la confusión; y coraza, contra la adversidad. En llegando a aquel lugar donde reinaremos, no tendremos necesidad de decir el Símbolo. Veremos a Dios, el mismo Dios será nuestra visión, y la visión de Dios será el galardón de la actual fe. (*Serm. 58, n. 13*).

DÍA 9

1er. ARTÍCULO DEL SÍMBOLO DE LA FE: "CREO EN DIOS PADRE, TODOPODEROSO, CRIADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA"

CREO en Dios Padre Todopoderoso. Ve cuán pronto se dice y cuánto vale. Es Dios, y es Padre. Dios en la potestad, y Padre en la bondad. Muy felices somos los que hallamos Padre a nuestro Señor. Creamos, pues, en él, y prometámonos de su misericordia todas las cosas, porque es omnipotente, por eso creemos en Dios Padre Todopoderoso. Nadie diga: No puede perdonarme los pecados. ¿Cómo no puede el Todopoderoso? Pero tú

¹ 2ª. Cor. 5, 3.

dices: Yo he pecado mucho. Y yo digo: Pero él es Todopoderoso. Tú añades: He cometido tales pecados, que no puedo librarme y limpiarme de ellos. Yo respondo: Pero él es Todopoderoso. Ved lo que le cantáis en el Salmo: "Bendice, alma mía —dice—, al Señor, y no quieras olvidar todas sus retribuciones: el que se hace propicio para todas tus iniquidades, el que sana todas tus enfermedades"¹. Para esto nos es necesaria su omnipotencia: así como lo era para dar el ser a todas las criaturas. Es todopoderoso para hacer las cosas mayores y las menores; es todopoderoso para hacer las cosas celestiales y las terrestres; es todopoderoso para hacer las cosas espirituales y las corporales; es todopoderoso para hacer las cosas visibles y las invisibles; grande en las grandes, y no pequeño en las mínimas. Por último, es todopoderoso para hacer todas las cosas que quisiere. Mas también dijo las que no puede hacer. No puede morir, no puede pecar, no puede mentir, no puede ser engañado. Estas cosas no puede hacer; y si pudiera, no sería todopoderoso. Creed, pues, en él, y confesadle. "Porque con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación"². (*Serm. 213, n. 1*).

Ésta es la fe y regla de la salvación, creer nosotros en Dios Padre todopoderoso, Criador de todas las cosas, Rey de los siglos inmortal e invisible. El mismo es ciertamente Dios todopoderoso, que en el principio del mundo hizo de la nada todas las cosas, que existe antes de los siglos, y que hizo y gobierna los siglos. No se aumenta por cierto con el tiempo, ni ocupa lugar, ni se encierra o termina en alguna materia: sino que permanece con-

¹ Ps. 102, 2.

² Rom. 10, 50.

sigo y en sí mismo plena y perfecta eternidad, que el humano discurso no puede comprender, ni la lengua narrar. Porque si el ojo no vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre el don que prometió a sus Santos, ¿cómo puede el entendimiento comprender al mismo que lo prometió, o pensarle el corazón, o explicarle la lengua? (*Serm. 215, n. 2*).

No crean los inicuos que Dios no es todopoderoso porque ellos hacen muchas cosas contra su voluntad; pues que, aun cuando hacen lo que no quiere, hace de ellos lo que él quiere. De consiguiente, de ningún modo mudan o vencen la voluntad del Todopoderoso; la voluntad del Omnipotente se cumple, ora el hombre sea justamente condenado, ora sea misericordiosamente salvado. Por tanto, usa de los malos, no según la torcida voluntad de ellos, y sí según la suya recta. Porque así como los malos usan mal de su naturaleza buena, esto es; de la obra buena de Dios, así el mismo bueno usa bien aun de las malas obras de ellos, para que la voluntad del Todopoderoso no quede por parte alguna vencida. (*Serm. 214, n. 3*).

DÍA 10

2º. ARTÍCULO: "Y EN JESUCRISTO SU ÚNICO HIJO,
SEÑOR NUESTRO"

DIOS TODOPODEROSO que hizo todas las cosas que quiso, engendró al Verbo Único por quien todas fueron hechas; pero a éste no de la nada, sino de sí mismo; así es que no le hizo, sino que le engendró. "Porque en el principio hizo Dios el cielo y la tierra"; mas no hizo en el principio

el Verbo: porque: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo"¹. Éste es Dios de Dios; mas el Padre es Dios, pero no de Dios. Éste es el Hijo de Dios único; porque no hay otro Hijo de la sustancia del Padre, coeterno e igual al Padre. El Verbo Dios; no como la palabra cuyo sonido puede pensarse en el corazón y pronunciarse con la boca, sino como está dicho del modo mejor y más breve que puede decirse: "Dios era el Verbo". Verbo que permanece en el Padre incommutablemente, e incommutable también él mismo con el Padre; diciendo de él el Apóstol: "El que estando en la forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios"². Ciertamente, no es usurpación, sino que le es natural el ser igual al Padre. De este modo creemos "en Jesucristo Hijo de Dios Padre único, Señor nuestro". (*Serm. 214, 5*).

Dios verdadero de Dios verdadero; Hijo de Dios Padre, pero no dos Dioses. Él mismo y el Padre son uno por cierto³, y así lo insinúa a su pueblo diciendo por Moisés: "Oye Israel los mandatos de vida, el Señor tu Dios es un Dios"⁴. Y si quieres discurrir de qué modo el Hijo haya sin tiempo nacido del eterno Padre, te reconviene el Profeta Isaías diciendo: "¿Quién explicará su generación?"⁵. No podrás ni referir la Natividad de Dios: sólo te es permitido creerla para que puedas ser salvo, como dice el Apóstol: "Porque al que se acerca a Dios conviene creer que es, y será él remunerador de los que le buscan"⁶.

Si pretendemos alabar al Hijo de Dios, según es en el Padre, igual a él y coeterno, en quien fueron criadas todas las cosas en el cielo y en la

¹ Joan. 1, 1.

² Phil. 2, 6.

³ Joan. 10, 30.

⁴ Deuter. 6, 4.

⁵ Isai. 53, 8.

⁶ Heb. 11, 6.

tierra visibles e invisibles; si pretendemos alabar al Verbo de Dios y Dios, vida y luz de los hombres, no es maravilla que ningún entendimiento humano y ninguna lengua sean suficientes. Porque ¿de qué manera podrá nuestra lengua alabar dignamente al que no puede ver todavía nuestro corazón, que es donde formó el ojo para poder verle, si la iniquidad se purga, si la enfermedad se sana, y si se hacen bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios? No es maravilla, vuelvo a decir, que nosotros no hallemos palabras para decir aquella palabra en la que se dijo que existiésemos los que dijéremos de ella alguna cosa. Porque nuestra alma forma estas palabras pensadas y proferidas, mas la misma alma es formada por aquella palabra Verbo. Ni el hombre hace las palabras del mismo modo que él fué hecho por la palabra Verbo: porque el Padre no engendró al Verbo único del mismo modo que hizo por el Verbo todas las cosas. Dios engendró ciertamente a Dios; mas es un Dios el que engendró y el engendrado. Dios hizo al mundo; pero el mundo pasa y Dios permanece. Y así como las cosas que fueron hechas no se hicieron a sí mismas, así por ninguno fué hecho aquél por quien pudieron ser hechas todas. No es, pues, de admirar que el hombre hecho entre las demás cosas, no tenga palabras para explicar la Palabra eterna por la cual fueron todas hechas. (*Serm. 188, n. 1*).

DÍA 11

3er. ARTÍCULO: "QUE FUÉ CONCEBIDO POR EL ESPÍRITU SANTO, Y NACIÓ DE MARÍA VIRGEN"

SI DESEAS saber su nacimiento según la carne, la cual se dignó tomar para nuestra salvación, oye, y créele nacido por el Espíritu Santo, de la Virgen María. Aunque también, ¿quién podrá narrar esta misma natividad suya? Porque: ¿quién puede apreciar dignamente el haber querido Dios nacer por los hombres, haber concebido una Virgen sin concurso de varón, haber parido sin corrupción, y permanecido después del parto en su integridad? Nuestro Señor Jesucristo, dignado por cierto, entró en el vientre de la Virgen, inmaculado llenó los miembros de la hembra, fecundizó sin corrupción a la Madre, formado por sí mismo salió y conservó íntegras las entrañas de la que le parió, para colmar del honor de madre y de santidad de Virgen a la misma de quien se dignó nacer. ¿Quién puede pensar esto?, ¿quién explicarlo? Luego, ¿quién narrará aun esta su natividad? Porque ¿qué entendimiento puede alcanzar, y qué lengua enunciar, no sólo lo que en el principio era el Verbo, no teniendo principio alguno de nacer, sino también lo que el Verbo se hizo carne, eligiendo una Virgen para hacerla madre suya, y haciéndola madre para también conservar la Virgen; Hijo de Dios sin madre alguna que le concibiese, Hijo del hombre sin padre alguno que le engendrarse, dando a la hembra la fecundidad viniendo, y no violando su integridad naciendo? ¿Qué es esto?, ¿quién lo explica?, ¿quién lo comprende? Y cosa que admira al decirse; no se nos permite callar lo que no podemos explicar, y so-

ñando predicamos lo que pensando no comprendemos. Ciertamente, no podemos referir tan gran don de Dios, porque somos párvulos para explicar su grandeza; y con todo, somos obligados a alabarle para no hacernos ingratos callando. Pero gracias a Dios, porque puede fielmente creerse lo que no puede competentemente decirse.

“Creemos, pues, en Jesucristo nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de María Virgen”. Así también la bienaventurada María creyendo concibió al que creyendo parió. Porque al prometérselo el hijo, habiendo preguntado de qué modo se haría aquello por cuanto no conocía varón, pues a la verdad, sólo entendía el modo de conocer y parir, que no ciertamente por experiencia propia, sino por otras hembras había advertido en el comercio de la naturaleza, a saber, que el hombre nace del varón y de la hembra, oyó esta respuesta del Ángel: “El Espíritu Santo sobrevendrá a ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por lo mismo lo que nacerá de ti Santo se llamará Hijo de Dios”¹. Habiendo dicho esto el Ángel, llena ella de fe y concibiendo a Cristo en la mente antes que en el vientre, dijo: “Ve aquí a la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Hágase, dice, en la Virgen la concepción sin concurso de varón, nazca del Espíritu Santo y de la hembra íntegra aquél en quien renazca del Espíritu Santo la íntegra Iglesia. Lo Santo que nacerá del hombre madre sin hombre padre, llámase Hijo de Dios; por cuanto el que nació de Dios Padre sin madre alguna, convino maravillosamente que se hiciese hijo del hombre, para que saliera pequeño por las entrañas cerradas, nacido en la misma carne, en que

¹ Luc. 1, 35.

resucitado entrara grande por las cerradas puertas. Admirables son estas cosas, porque son divinas; inefables, porque son inescrutables; la boca del hombre no basta para explicarlas, porque el corazón del hombre no basta para investigarlas. Creyó María y en ella se hizo lo que creyó. Creamos igualmente nosotros, para que también pueda aprovecharnos lo que se hizo. Por tanto, aunque esta natividad sea también admirable, con todo, medita, oh hombre, lo que tu Dios ha recibido por ti, el Criador por la criatura; que Dios permaneciendo en Dios, que el Eterno viviendo con el Eterno, que el Hijo igual al Padre se dignase vestir la forma de siervo por los reos y siervos pecadores. Esto no fué por cierto debido a los méritos humanos; porque, atendidas nuestras iniquidades, más bien merecíamos penas; pero si hubiera observado las iniquidades, ¿quién lo habría sostenido? El Señor, pues, se hizo hombre por los siervos impíos y pecadores, y se dignó nacer del Espíritu Santo y de la Virgen María. (*Serm. 25, nn. 3 y 4*).

DÍA 12

4º. ARTÍCULO: “PADECIÓ DEBAJO DEL PODER DE PONCIO PILATO, FUÉ CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO”

“PADECIÓ debajo del poder de Poncio Pilato”. Este Poncio Pilato ejercía la presidencia, y era el juez cuando padeció Cristo. Con el nombre del juez se señalan los tiempos cuando padeció bajo Poncio Pilato; cuando padeció, fué crucificado, muerto y sepultado. ¿Quién?, ¿qué?, ¿por quiénes? ¿Quién? El Hijo único de Dios, Señor nuestro. ¿Qué? Fué crucificado, muerto y sepultado. ¿Por quiénes?

Por los impíos y pecadores. Admirable dignación, grande gracia. "¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me da?"¹. (*Serm. 1, de Symbolo ad Catech., n. 6*).

Por si acaso parecía poco el haber venido vestido de la carne de la humanidad Dios por los hombres, el justo por los pecadores, el inocente por los reos, el rey por los cautivos y el Señor por los esclavos; por si acaso parecía poco el haber sido visto en la tierra y conversado con los hombres, "fué, además, crucificado, muerto y sepultado". ¿No lo crees? Acaso dices: ¿Cuándo sucedió esto? Oye en qué tiempo: "Bajo el poder de Poncio Pilato". El nombre del juez se te ha puesto también en señal para que no dudases ni aun del tiempo. (*Serm. 215, n. 5*).

Añádese "bajo del poder de Poncio Pilato", ya para que de ahí se colija la verdad del tiempo, ya para que de ahí se recomiende más la humildad de Cristo, habiendo sufrido tanto bajo un hombre juez aquel Señor que, como juez de vivos y muertos, ha de venir con tanta potestad. (*Serm. 214, n. 7*).

Cree, pues, en el Hijo de Dios crucificado bajo Poncio Pilato, y sepultado. "Ninguno tiene mayor caridad que ésta, que alguno ponga su alma por sus amigos"². ¿Crees que ninguno? Absolutamente ninguno. Esto es verdadero, pues que Cristo lo dijo. Preguntemos al Apóstol, y respóndanos también: "Cristo —dice— murió por los impíos"³. Y vuelve a decir: "Siendo nosotros enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo"⁴. Ved, pues, cómo llamamos en Cristo la mayor caridad, porque entregó su alma, no por los

¹ Ps. 115, 12. ² Joan. 15, 13. ³ Rom. 5, 6. ⁴ Ibid. 10.

amigos, sino por sus enemigos. Tan grande es el amor de Dios hacia los hombres y tal su afecto, que amase aun a los pecadores hasta el extremo de morir por amor a ellos. "Recomienda su caridad en nosotros —dice el Apóstol— porque siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Cree, pues, tú también esto, y no te avergüences de confesarlo para tu salvación; porque con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesión para la salvación"¹. Finalmente, cuando comenzaste a creer, a fin de que no dudases ni te avergonzases, recibiste la señal en la frente como en el asiento del pudor. Registra tu frente para que no temas la lengua ajena. El mismo Señor dice: "Porque aquel que se confundiere de mí delante de los hombres, le confundirá el Hijo del hombre delante de los Ángeles de Dios"². Por lo mismo, no quieras ruborizarte de la ignominia de la cruz que el mismo Dios no dudó recibir por ti, y di con el Apóstol: "Mas lejos de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"³. Y el mismo Apóstol te responde: "No he juzgado que yo sepa otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado". Aquel que fué entonces crucificado a manos de un pueblo, es ahora fijado en los corazones de todos los pueblos. (*Serm. 215, n. 5*).

DÍA 13

5º. ARTÍCULO: "BAJÓ A LOS INFIERNOS Y AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS"

CUALQUIERA que seas tú, que desees gloriarte más bien del poder que de la humildad, consuélate

¹ Rom. 10, 10.

² Marc. 8, 38.

³ Gal. 6, 14.

y alégrate; porque el mismo que bajo Poncio Pilato fué crucificado y sepultado, "resucitó al tercer día de entre los muertos". Quizá dudas aquí también, quizá fluctúas. Cuando se ha dicho: Cree en el que nació, cree en el que padeció, cree en el que fué crucificado, muerto y sepultado, lo has creído más fácilmente como de un hombre; ahora porque se te dice: "Al tercer día resucitó de entre los muertos", ¿dudas, oh hombre? Para presentarte un ejemplo entre muchos, atiende a Dios, piensa en Dios y no quieras dudar. Porque si cuando no existías, pudo criarte de la nada, ¿qué dificultad pudo encontrar para resucitar de entre los muertos al hombre suyo que ya había formado? Creed, pues, hermanos; cuando se trata de la fe, no es necesario usar de largos discursos. Sólo esta fe es la que discierne a los cristianos y los distingue de todos los hombres. Porque también los paganos creen ahora que fué muerto y sepultado, y los judíos lo vieron entonces; mas ni el judío ni el pagano admiten que resucitó al tercer día de entre los muertos. Por tanto, la resurrección de los muertos discierne la vida de nuestra fe de los muertos pérfidos. Por esto también, escribiendo San Pablo a Timoteo, dice: "Acuérdate que Jesucristo resucitó de entre los muertos"¹. Así, hermanos, creamos, y lo que creemos cumplido en Cristo, esperemos que ha de cumplirse en nosotros; porque Dios que lo promete, no engaña. (*Serm. 215, n. 6*).

Esta es nuestra fe, éste es el don que se nos prometió en la carne de nuestro Señor Jesucristo, y en él mismo precedió el ejemplo. Porque quiso no sólo anunciar, sino también demostrar lo que nos prometió para el fin. (*Serm. 242, n. 1*).

¹ 2ª. Tim. 2, 8.

Fué crucificado, para manifestar en la cruz la destrucción de nuestro hombre viejo, y resucitó para manifestar en la vida suya la novedad de la nuestra. Así lo enseña por cierto la doctrina apostólica: "Fué entregado —dice— por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación"¹. (*Serm. 231, n. 2*).

La resurrección de los muertos es la fe propia de los cristianos. Manifestóla en sí mismo nuestra cabeza Cristo, y diónos el ejemplo de nuestra fe; para que los miembros esperasen en sí lo que precedió en la cabeza. (*Serm. 241, n. 1*).

Si dijésemos que la carne ha de resucitar para padecer hambre, para padecer sed, para enfermar y para estar sujeta a la corrupción, con razón no deberías creerlo. Esta carne tiene por cierto ahora estas necesidades o calamidades. ¿Y de dónde esto? El pecado es la causa. En uno cometimos el pecado, y todos hemos nacido para la corrupción. La causa de todos nuestros males es el pecado; y así, no sin causa padecen los hombres estos males presentes. Dios es justo, Dios es omnipotente; de ningún modo padeceríamos estos males, si no los mereciésemos. Pero hallándonos nosotros en las penas a que venimos por los pecados, quiso nuestro Señor Jesucristo hallarse en las penas nuestras sin pecados suyos. Sufriendo sin culpa la pena, desató la culpa y la pena. Desató la culpa perdonando los pecados, y desató la pena resucitando de entre los muertos. Esto nos prometió y quiso que anduviésemos en la esperanza; perseveremos y llegaremos a lo prometido. La carne resucitará incorruptible, la carne resucitará sin vicio, sin deformidad, sin mortalidad, sin carga, sin peso. Lo que ahora te causa tormento, después te servirá de ornamento. (*Serm. 240, n. 3*).

¹ Rom. 4, 25.

DÍA 14

6º. ARTÍCULO: "SUBIÓ A LOS CIELOS Y ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO"

JESUCRISTO Señor nuestro, unigénito del Padre y coeterno al que le engendró, igualmente invisible, igualmente inmutable, igualmente omnipotente, igualmente Dios, se hizo hombre por nosotros, tomando la forma humana sin perder la divina; poderoso oculto, y débil manifiesto; nació, según sabéis, para que renaciésemos nosotros, y murió para que nosotros no muriésemos eternamente. El luego, es decir, al día tercero, resucitó, y nos prometió para el fin la resurrección de la carne. Ofrecióse a los ojos de los discípulos para que le vieses y a sus manos para que le palpases; persuadiéndoles lo que era hecho, y no dejando de ser lo que era siempre. Conversó con ellos por cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, no por necesidad, sino todo por su poder, y manifestándoles la verdad de la carne, en la cruz su flaqueza y por el sepulcro su inmortalidad.

A los cuarenta días después de su resurrección subió al cielo. No lo vimos, pero lo creemos. Los que lo vieron, lo predicaron y llenaron toda la tierra. Sabéis los que lo vieron y los que nos lo predicaron; de los cuales se predijo: "No hay idiomas ni lenguas en que no se oigan las voces de ellos. Por toda la tierra salió el sonido de ellos, y por los fines de la redondez de la tierra sus palabras"¹. De consiguiente, también llegaron a nosotros, y nos despertaron del sueño.

Recordad el Salmo. ¿A quién se dijo: "Se elevó

¹ Ps. 18, 4.

Dios sobre los cielos?"¹. ¿A quién se dijo esto? ¿Por ventura se diría "se elevó" a Dios Padre, que nunca fué humillado? Sé tú elevado: Tú que fuiste encerrado en el vientre de la Madre; tú que fuiste hecho en la misma que hiciste; tú que yaciste en el pesebre; tú que como párvulo en la carne te alimentaste de los pechos; tú que llevando al mundo, eras llevado por la madre; tú a quien el anciano Simeón conoció párvulo y alabó grande; tú a quien la viuda Ana vió lactante, y conoció omnipotente; tú que padeciste hambre por nosotros, que padeciste sed por nosotros y que por nosotros te fatigaste en el camino (¿por ventura padece hambre el pan, o padece sed la fuente, o se fatiga el camino?); tú que sufriste todo esto por nosotros; tú que dormiste, y sin embargo no dormitas custodiando a Israel; por fin, tú a quien vendió Judas, a quien compraron los judíos, y no poseyeron; tú aprehendido, aprisionado, azotado, coronado de espinas, colgado en el madero, herido con la lanza, tú muerto, tú sepultado: "Sé elevado Dios sobre los cielos". Sé elevado, dice, sobre los cielos, porque eres Dios. Toma asiento en el cielo tú que estuviste colgado en la cruz. Juez venidero eres esperado tú, que esperado fuiste juzgado. ¿Quién creería estas cosas, a no hacerlas aquel que levanta de la tierra al indigente, y del estiércol eleva al pobre?². Aquél mismo levanta la indigente carne suya, y la coloca con los príncipes de su pueblo, con quienes ha de juzgar a los vivos y a los muertos. Colocó esta su indigente carne con aquéllos a quienes dice: "Os sentaréis sobre doce sillas, juzgando a las doce tribus de Israel"³. (*Serm. 262, nn. 3 y 4*).

Ahora en los cielos "está sentado a la diestra

¹ Ps. 56, 12.

² Ps. 12, 7.

³ Matt. 13, 28.

del Padre". Debemos mirar esto prudentemente con los ojos de la fe; no sea que lo creamos fijado sin movimiento en alguna silla, de modo que no se le permita estar en pie o andar. Así es que aunque San Esteban dijo que le veía estar en pie¹, no por eso vió él una cosa falsa, o turbó las palabras de este símbolo. Lejos de nosotros el pensar esto, lejos de nosotros el decirlo; sino que la morada de Jesucristo en la excelsa e inefable bienaventuranza se significó de modo que se dijese estar allí sentado. Y la diestra misma del Padre no se llama así según la situación del cuerpo humano, como si se dijera que el Padre está a la siniestra del Hijo, si a la diestra del padre está el Hijo colocado, según estas situaciones corporales y posturas de los miembros; sino que la alteza del honor y felicidad inefables se llama "A la diestra de Dios". Del mismo modo que se lee el dicho de la sabiduría: "Su siniestra debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará"². Porque estando puesta debajo la terrena comodidad, después abraza de arriba la eterna felicidad. (*Serm. 214, n. 8*).

DÍA 15

7º. ARTÍCULO: "DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS"

SEGÚN el evidentísimo testimonio angélico, que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, nuestro Señor Jesucristo, desde la habitación sublime de los cielos, donde ahora está también su cuerpo ya inmortal, "ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". Pues que mirando los discípulos al Señor

¹ Act. 7, 55.

² Cant. 2, 6.

que subía a los cielos, y acompañándole con sus vistas atentas, oyeron a los Ángeles que les decían: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando el cielo? Este Jesús que de entre vosotros ha sido recibido en el cielo, así vendrá, del modo que le habéis visto ir al cielo"¹. La humana presunción, que abraza muchas y diversas cosas, ha sido reprimida. Cristo juzgará en la misma forma en que fué juzgado. Así por cierto le vieron los Apóstoles subir al cielo, cuando oyeron que así ha de venir. Aquella forma será patente a los vivos y a los muertos, a los buenos y a los malos: ya sea que entendamos a los buenos expresados con el nombre de vivos, y a los malos con el de muertos; ya sea que entendamos aquellos vivos que a la venida del Juez no hubiesen terminado esta vida, y aquellos muertos que resucitará su presencia, según anuncia él mismo en el Evangelio diciendo: "Vendrá la hora, cuando todos los que están en los monumentos oirán su voz, y saldrán los que obraron bien para la resurrección de la vida, y los que obraron mal para la resurrección del juicio"². Veránle en la forma de hombre, tanto los que creyeron en él, como los que le despreciaron; mas la forma de Dios, en que es igual al Padre, no la verán los impíos. "Porque —como dice el Profeta— se quitará al impío para que no vea la claridad del Señor"³.

"Ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". Confesemos al Salvador para que no temamos al Juez. Porque el que ahora cree en él, y cumple sus preceptos, y le ama, no temará cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos: y no sólo no temará, sino que deseará su venida. ¿Qué mayor dicha por cierto para nosotros, que cuando viene

¹ Act. 1, 11.

² Joan. 5, 28.

³ Isa. 26, 10.

la persona que amamos? Pero temamos, porque será nuestro juez. El que ahora es abogado nuestro, será entonces juez nuestro. Oye a San Juan: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y no está en nosotros la verdad. Mas si confesáremos nuestros pecados, es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Os he escrito estas cosas para que no pequéis; pero si alguno pecare, tenemos abogado para con el Padre a Jesucristo justo; y él mismo es la propiciación de nuestros pecados"¹. Si tuvieras una causa que defender ante algún juez y eligieras un abogado, si éste admitiera tu encargo y defendiera tu causa cuanto pudiese, y si no habiéndola finalizado, oyeres que aquel tu abogado había de venir a ser el juez que sentenciase, ¿cuánto te alegrarías de que aquel mismo que poco antes fué tu abogado, hubiese podido ser tu juez? Pues ahora el mismo Jesucristo ruega por nosotros, él mismo intercede por nosotros. Tenémosle abogado, ¿y hemos de temerle juez? Antes bien, porque le hemos enviado antes como abogado, esperémosle seguro como juez venidero. (*Serm. 213, n. 5*).

DÍA 16

8º. ARTÍCULO: "CREO EN EL ESPÍRITU SANTO"

SE HA repasado en el Símbolo lo que pertenece a Jesucristo Hijo de Dios único Señor nuestro; síguese: "Y en el Espíritu Santo", para que se complete la Trinidad, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Del Hijo se han dicho muchas cosas, porque el Hijo recibió al hombre, porque el hijo

¹ 1º. Joan. 1, 8.

Verbo se hizo carne, no el Padre, ni el Espíritu Santo; pero toda la Trinidad hizo la carne del Hijo; porque las obras de la Trinidad son inseparables. Creed en el Espíritu Santo, de modo que no penséis que es menor que el Hijo, y que es menor que el Padre. Porque el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, toda la Trinidad, es un solo Dios. Nada hay allí distante, nada desemejante, nada defectuoso, nada contrario; igual siempre, invisible e incommutable el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. (*Serm. 213, n. 6*).

Creemos "en el Espíritu Santo". Es Dios en verdad; porque está escrito: "Dios es Espíritu"¹. Por él recibimos "el perdón de los pecados"; por él creemos "la resurrección de la carne", y por él esperamos "la vida perdurable". Pero ved no sea que numerando padezcáis error, y creáis que yo he dicho tres dioses, porque he nombrado tres veces un Dios. La sustancia de la Deidad es una en la Trinidad, una la virtud, una la potestad, una la majestad, y uno el nombre de la divinidad; como el mismo Cristo dijo a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos: Id, bautizad a las gentes, no en muchos nombres, sino en el solo nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo². (*Serm. 215, n. 8*).

Creemos "en el Espíritu Santo", procedente del Padre, pero no Hijo; permanente sobre el Hijo, pero no padre del Hijo; que recibe del Hijo, pero no hijo del Hijo; sino créamosle Espíritu del Padre y del Hijo, Espíritu Santo, y Dios mismo. No tendría por cierto el templo que tiene si no fuese Dios; por lo cual dice el Apóstol: "¿Acaso ignoráis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo,

¹ Joan. 4, 24.² Matt. 28, 13.

que está en vosotros, a quien tenéis de Dios?"¹. No templo de la criatura, sino del Criador. Lejos, pues, de nosotros que seamos templo de la criatura; diciendo el Apóstol: "Porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros"². En esta trinidad nada hay mayor o menor, ninguna separación de obras, ninguna diferencia de sustancia. Un Padre Dios, un Hijo Dios, un Espíritu Santo Dios. Y con todo, no tres dioses el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, sino un Dios. De modo que el Padre no es el mismo que el Hijo, ni el Hijo es quien es el Padre, ni el Espíritu Santo es o el Padre o el Hijo; sino que el Padre es Padre del Hijo, y el Hijo es Hijo del Padre, y el Espíritu Santo es Espíritu del Padre y del Hijo; y cada una de las Personas Dios, y la misma Trinidad un Dios. Empape esta fe vuestros corazones y dirija vuestra confesión. Creed esto para que lo entendáis; y para que lo que creéis oyendo, podáis entenderlo aprovechando. (*Serm. 214, n. 10*).

DÍA 17

9º. ARTÍCULO: "LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS"

YA PERTENECE a nosotros lo que sigue: "La Santa Iglesia". Nosotros somos la santa Iglesia; pero no lo digo en el sentido de que seamos solos los que aquí estamos. Todos los que estamos aquí, por la bondad de Dios fieles cristianos en esta Iglesia, es decir, en esta ciudad; todos los que se hallan en esta región, todos los que se hallan en esta provincia, todos los que se hallan al otro lado

¹ 1ª. Cor. 6, 19.

² 1ª. Cor. 3, 17.

del mar, todos los fieles cristianos que se hallan en toda la redondez de la tierra, son la santa Iglesia; porque desde el oriente hasta el poniente es loado el nombre del Señor¹. (*Serm. 213, n. 7*).

Si alguno se hallare fuera de esta Iglesia, no estará en el número de los hijos; ni tendrá a Dios por Padre, el que no quisiere tener a la Iglesia por madre; y nada le valdrá el haber creído o hecho tales y cuales bienes sin el fin del sumo bien. La Iglesia es la Madre espiritual; la Iglesia es la Esposa de Cristo, blanqueada con su gracia y dotada con su sangre preciosa. Posee todo lo que recibió de su Esposo en dotes. Leo sus contratos matrimoniales, los recitaré. Oigan los herejes lo que está escrito: "Convenía que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia y el perdón por todas las gentes"². Todas las gentes significan todo el mundo. La Iglesia posee todo lo que le dió en dote su Esposo. Toda congregación de cualquiera herejía se sienta en los ángulos; es concubina, no matrona. (*Lib. 4, de Symb. ad Catechum., c. 13*).

Tal es la Iglesia Católica, nuestra verdadera madre, y verdadera consorte del Divino Esposo. Honrémosla, pues que es Matrona de tan gran Señor. ¿Y qué diré? Es dignación grande y singular del Esposo: la halló meretriz, y la hizo virgen. No debe negar que fué meretriz, para que no olvide la misericordia del que la libró. ¿Cómo no era meretriz cuando fornicaba tras los ídolos y demonios? En todos hubo la fornicación del corazón; en pocos con la carne y en todos con el corazón. Y vino, e hízola virgen. Hizo virgen a la Iglesia. Es Virgen en la fe. En la carne tiene pocas vírgenes

¹ Ps. 112, 3.

² Luc. 24, 47.

consagradas al estado religioso; mas en la fe debe tener vírgenes a todos, hembras y varones. Allí debe estar por cierto la castidad, la pureza y la santidad. ¿Queréis conocer en qué alto grado es virgen? Oíd al Apóstol San Pablo, oíd al amigo del Esposo, que celaba la honra del Esposo y no la suya: "Os he adaptado —dice— a un varón". Esto decía a la Iglesia; ¿y a qué Iglesia? A la de todas partes donde pudieron llegar aquellas letras. "Os he adaptado a un varón para presentar a Cristo una virgen casta. Temo, pues —dijo—, no sea que así como la serpiente que engañó con su astucia a Eva". ¿Tuvo por ventura aquella serpiente concubito corporal con Eva? Y sin embargo quitó la virginidad de su corazón. "Temo —dice— no sea que vuestras almas se aparten de la castidad que está en Cristo" ¹. Es, pues, la Iglesia virgen: virgen es y virgen sea. Guárdese del seductor, para que no encuentren al corruptor. Virgen es la Iglesia. Acaso me dirás: Si es virgen, ¿cómo engendra hijos?, o si no engendra hijos, ¿cómo la hemos dado nuestros nombres para nacer de sus entrañas? Respondo: Es virgen y da a luz. Imira a María que parió al Señor. ¿No era acaso virgen Santa María y parió y permaneció virgen? Del mismo modo la Iglesia: pare y queda virgen. Y si lo consideras, pare a Cristo; porque "miembros suyos son los que se bautizan". "Vosotros sois —dice el Apóstol— el cuerpo de Cristo y los miembros" ². Luego si pare los miembros de Cristo, es muy semejante a María. (*Serm. 213, n. 7*).

María parió corporalmente la cabeza de este cuerpo; y la Iglesia pare espiritualmente los miembros de aquella Cabeza. En una y otra la virginidad

² Cor. 11, 2.

¹ Cor. 12, 27

no impide la fecundidad, y en una y otra la fecundidad no priva de la virginidad. (*Lib. de Sanct. Virginit., c. 2*).

Como buenos hijos amad a tan grande Madre, y como buenos hijos no queráis dejar a la que diariamente os busca: tened correspondencia, y amad a la que os ama. (*Lib. 2, de Symb. ad Catechum., c. 13*).

La Iglesia vuelve a llamar a los hijos errantes, llora amargamente a los muertos, y alimenta constantemente a los que en ella perseveran. Carísimos, amémosla todos: unámonos inseparablemente a tal Madre que así nos ama, que así nos mira, que así nos cuida, para de ese modo merecer con ella y por ella la unión perpetua con Dios Padre. (*Lib. 3, de Symb. ad Catechum., c. 12*).

DÍA 18

10º. ARTÍCULO: "EL PERDÓN DE LOS PECADOS"

HERMANOS, el perdón de los pecados ha de creerse especialmente, porque éste es el único remedio que libra al linaje de los hombres de la sentencia de la muerte eterna. Por eso se dignó el Unigénito del Altísimo tomar carne y ser estirado en la cruz; para con la indulgencia hacer inocente a ti, que no podías librarte de tus crímenes. Por lo mismo fué sacrificado el Cordero sin mancha, para que con su sangre se limpiase la mancha del género humano. (*Serm. de Symb., c. 14, in Append.*).

Si no hubiera en la Iglesia ese perdón, ninguna esperanza habría; si no hubiera en la Iglesia el perdón de los pecados, ninguna esperanza habría de la vida futura y de la salvación eterna. Demos gracias a Dios que concedió este don a la Iglesia.

Ved que llegaréis a la fuente santa, que seréis limpios con el bautismo, que seréis renovados en el lavadero saludable de la regeneración; y quedaréis sin pecado alguno cuando subáis de aquel baño. Todos los pecados pasados que os perseguían, serán allí aniquilados. Vuestros pecados eran semejantes a los egipcios que perseguían a los israelitas, pues los perseguían hasta el mar Rojo. ¿Qué quiere decir hasta el mar Rojo? Hasta la fuente consagrada con la cruz y sangre de Cristo. Porque lo que es rojo, enrojece. ¿No ves cómo está enrojecida la parte de Cristo? Pregunta a los ojos de la fe. Si miras a la cruz, ve también la sangre. Si miras a lo que cuelga en ella, atiende a lo que vertió. El costado de Cristo fué abierto con la lanza, y manó el precio nuestro. Por lo mismo se signa el bautismo con la señal de la cruz, esto es, con la cruz se signa el agua en donde sois bautizados, y pasáis como por el mar Rojo. Los pecados vuestros son vuestros enemigos. Sigán, pero hasta el mar. Entrando vosotros, saldréis libres, y ellos quedarán aniquilados: así como saliendo por seco los israelitas, cubrió el agua a los egipcios. ¿Y qué dice la Escritura? "Ni uno de ellos quedó"¹. Si pecaste mucho, o pecaste poco, si cometiste pecados grandes, o los cometiste pequeños; todos, grandes y pequeños, quedarán borrados: lo cual es decir: "Ni uno de ellos quedó". Mas por cuanto tenemos que vivir en este siglo donde nadie vive sin pecado, por eso no está la remisión de los pecados en la sola ablución del bautismo, sino también en la oración dominical y cotidiana. En ella encontraréis como un bautismo diario vuestro, para que deis gracias a Dios que dió a su Iglesia este don, que confesamos en el Símbolo;

¹ Ps. 105, 11.

y para que diciendo: "Creo la Santa Iglesia Católica", añadamos: "El perdón de los pecados". (*Serm. 213, n. 8*).

Ninguno diga: He hecho tal cosa, y acaso no se me perdona. ¿Qué cometiste? ¿Cuánto pecaste? Di el pecado extraordinario, grave y horrendo que cometiste y cuyo recuerdo te causa espanto; hayas hecho lo que quieras, ¿por ventura has matado a Cristo? Nada hay peor que este hecho, porque nada hay tampoco mejor que Cristo. ¡Cuán grande crimen es matar a Cristo! Pues los judíos le mataron, y con todo, muchos creyeron después en él y bebieron su sangre: perdonóseles el pecado que cometieron. Cuando vosotros fuereis bautizados, seguid el buen camino en los preceptos de Dios, para que conservéis la gracia del bautismo hasta el fin. No os digo que viviréis aquí sin pecado alguno; pero son veniales, sin los que no se pasa esta vida. El bautismo se instituyó para el perdón de todos los pecados; y para el de los leves, sin los que no podemos vivir aquí, se formó la oración. ¿Qué contiene la oración? "Perdonamos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Una sola vez somos lavados por el bautismo, y todos los días somos lavados por la oración. (*Lib. 1 de Symb. ad Catechum., c. 7*).

* Gran paciencia es la tuya, Señor misericordioso y compasivo, sufrido y muy misericordioso y veraz¹; que haces nacer tu sol sobre los buenos y los malos y llueves sobre los justos y los injustos²; que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva³; que corrigiendo por partes a los

* El traductor extracta el período siguiente tomado del lugar que se cita.

¹ Ps. 102, 8.

² Matt. 5, 45.

³ Ezech. 33, 11.

que yerran, das lugar a penitencia, para que dejada la malicia crean en ti, Señor ¹; que con tu paciencia conduces a la penitencia, aunque muchos, según la dureza de su corazón, y corazón impenitente, se atesoran la ira para el día de la ira y de la revelación de tu justo juicio, que pagas a cada uno según sus obras ²; que en cualquier día que el hombre se convirtiera desde su malicia a tu misericordia y verdad, olvidas todas sus iniquidades ³; Danos, concédenos, que por el ministerio nuestro por el cual quisiste que sea refutado este error execrable y demasiado horrible, así como muchos se han librado ya, así se libren los demás y por el Sacramento de tu santo bautismo, o por el sacrificio del espíritu contribulado y del corazón contrito y humillado ⁴, merezcan recibir en el dolor de la penitencia el perdón de sus pecados y blasfemias con que te ofendieron por ignorancia. Porque valen tanto tu poderosísima misericordia y potestad, y la verdad de tu bautismo, y las llaves del reino de los cielos depositadas en tu santa Iglesia, que no debe desesperarse de los errantes, mientras por tu paciencia viven en este mundo, ni aun de aquellos que, sabiendo cuán grave mal es el pensar y decir de ti tales cosas, continúan en su maligna profesión por algún hábito de comodidad temporal y terrena; con tal que estimulados al menos por tus correcciones, se acojan a tu inefable bondad y prefieran la vida celestial y eterna a todos los atractivos de la vida carnal. (*Lib. de Natura Boni cont. Manichaeos, c. 48*).

¹ Sap. 12, 2. ² Rom. 2, 4. ³ Ezech. 18, 21. ⁴ Ps. 50, 13.

DÍA 19

11º. ARTÍCULO: "LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE"

NO DEBEMOS dudar de esta carne mortal que ha de resucitar en el fin del mundo. "Porque conviene que esto corruptible vista la incorrupción, y que esto mortal vista la inmortalidad. Se siembra en la corrupción, se levantará en la incorrupción; se siembra en la ignominia, se levantará en la gloria; se siembra el cuerpo animal, se levantará el cuerpo espiritual" ¹. Ésta es la fe cristiana, ésta es la fe católica, ésta es la fe apostólica. Creed a Cristo que dice: "No perecerá un cabello de vuestra cabeza" ²; y rechazada la infidelidad, pensad más bien cuánto valéis. Porque ¿qué cosa nuestra puede ser despreciada por nuestro Redentor, cuando ni un cabello puede despreciar en nosotros? ¿O cómo dudaremos que ha de dar vida eterna a nuestra carne aquel que por nosotros tomó alma y carne para morir en ella, y la recibió de nuevo para que la muerte no fuese temida? (*Serm. 214, n. 12*).

Toda la esperanza de nuestra fe consiste en que seremos resucitados. "Todos resucitaremos en verdad —dice el Apóstol—, pero no todos seremos mudados" ³. Resucitarán los buenos, y resucitarán los malos; pero los buenos, para que gocen de la bienaventuranza eterna, y los malos para que sean castigados en el fuego eterno. Allí el fiel será separado del infiel, para que la fe reciba el premio, y la perfidia obtenga el lugar del suplicio. Y no se lisonjeen en vano los incrédulos que oyen en el Salmo: "No se levantarán los impíos en el juicio" ⁴.

¹ 1ª. Cor. 15, 42, 43, 53.

² Luc. 21, 18.

³ 1ª. Cor. 15, 51. ⁴ Ps. 1, 6.

Díjose "en el juicio", esto es, no se levantarán para ser juzgados, porque ya fueron antes condenados por su infidelidad, según aquella sentencia del Señor: "El que no cree, ya está juzgado" ¹. (*Lib. 3 de Symb. ad Catech., c. 11*).

Vendrá el día de la retribución en que, devueltos los cuerpos, reciba todo el hombre lo que merece; en que los miembros de aquel rico, que en otro tiempo se decoraban con la púrpura temporal, se abrasen en el fuego eterno, y la carne mudada del pobre ulceroso, brille entre los ángeles; aunque el rico desee también ahora en los infiernos la gota de agua del dedo del pobre, y el pobre descansa deliciosamente en el seno del justo. Porque así como hay mucha diferencia entre las alegrías o miserias de los que sueñan y de los que están despiertos, así la hay entre los tormentos y gozos de los muertos y de los resucitados; no porque sea necesario que el espíritu de los difuntos se engañe como el de los dormidos; sino porque uno es el descanso de las almas separadas de los cuerpos y otra es la claridad con los cuerpos celestiales y la felicidad de los ángeles a quienes se igualará la multitud de los fieles resucitados. (*Serm. 280, n. 5*).

Entonces nada habrá allí de los lamentos carnales que hay ahora. Seremos eternos e iguales a los ángeles de Dios. Tendremos una misma ciudad con los ángeles santos, seremos poseídos del Señor, seremos su heredad, y él mismo será la heredad nuestra; por cuanto ahora le decimos nosotros mismos: "El Señor es la parte de mi heredad" ². Y de nosotros se dijo a su propio Hijo: "Pídeme y te daré las gentes en heredad tuya" ³. Poseeremos, y seremos poseídos; tendremos, y seremos tenidos.

¹ Joan. 3, 18.

² Ps. 15, 5.

³ Ps. 2, 8.

¿Qué diré? Le damos culto, y nos cultiva; le damos culto como a Dios, y nos cultiva como campo. Para que sepáis que somos cultivados, oíd al Señor: "Yo soy la vid verdadera, vosotros sois los sarmientos, y mi Padre es el labrador" ¹. Si es llamado labrador, cultiva el campo. ¿Qué campo? A nosotros cultiva. (*Serm. 213, n. 9*).

DÍA 20

12º. ARTÍCULO: "Y LA VIDA PERDURABLE"

"LA VIDA perdurable". Viviendo inmortalmente y permaneciendo en la misma vida eterna, no nos dominará ya la corrupción. Por cierto, allí no necesitaremos de vestido, donde estaremos vestidos de la inmortalidad; ni nos faltará la comida, cuando el mismo pan vivo, que por nosotros bajó del cielo a la tierra, saciará con su presencia nuestras almas; ni nos faltará la bebida, estando presente la fuente de la vida. Porque nos saciará de la abundancia de su casa, y del torrente de sus delicias regará nuestros corazones. Allí no padeceremos calor; porque allí está el refrigerio nuestro que nos protegió y protege bajo la sombra de sus alas. Ni allí padeceremos frío; porque allí está el sol de justicia que, calentando con su amor nuestros corazones, iluminará nuestros ojos con los rayos de su divinidad, para que vean la divinidad e igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Allí no nos fatigaremos; porque con nosotros estará la fortaleza nuestra, a la que ahora decimos: "Te amaré, Señor, fortaleza mía" ². No dormiremos allí; porque no hay allí tinieblas que puedan excluir el día perma-

¹ Joan. 15, 1.

² Ps. 17, 2.

nente. No habrá allí negociación alguna, servidumbre alguna, ni trabajo alguno. ¿Y qué tendremos que hacer allí? Quizá aquello que está escrito: "Vacad y ved que yo soy Dios"¹. Esta vacación de contemplación será la obra de nuestra acción, para que contemplando nos deleitemos, y con delección contemplemos ver. ¿Qué ver? "Los bienes del Señor"². ¿Qué bienes? ¿Podemos expresar aquello que "ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre"?³. ¿Podemos explicar de qué modo "será Dios todas las cosas en todos"? ¿Podemos explicar cómo el mismo Hijo "cuando entregare a Dios y al Padre el reino", esto es, la congregación santa de los fieles, de tal modo no deje la humanidad o al hombre tomado y abundantemente clarificado, sin que, sin embargo, no difiera ya el manifestar a los mismos fieles la claridad que tiene con el Padre antes que el mundo fuese hecho? ¿Podemos explicar de qué manera la Esposa, la Iglesia, que se compone de varones y hembras, se convierta toda en varón perfecto⁴, y de tal suerte reciba la dignidad viril, que a pesar de ello no pierda el nombre de esposa? ¿Podemos explicar los tránsitos de gloria a gloria que tengan los cuerpos resucitados de los Santos? ¿Podemos explicar a qué lugar seguirán las vírgenes a Cristo, adonde no podrán seguir las no vírgenes, y adónde las llevará consigo permaneciendo en todas partes y sin que por esa distinción deje solas a las que no son vírgenes? ¿Quién, puesto en esta carne mortal que agrava al alma, se atreve a decir algo de todas estas cosas, cuando no pudo explicarlas el Apóstol San Pablo, que aun viviendo en este cuerpo pudo

¹ Ps. 45, 11.³ 1ª. Cor. 2, 3.⁴ Eph. 4, 13.² Ps. 26, 13.

por obra de la gracia subir hasta el tercer cielo?¹. No seamos curiosos para investigar lo que los Apóstoles no pudieron especificar. Ciertamente ninguno pretenda saber de mí lo que yo sé que ignoro; a no ser que acaso aprenda a ignorar lo que se ha de saber que no puede saberse. Mas por la fe y la paciencia y la santa Madre Iglesia esperemos nosotros recibir todo lo que el Señor se dignare dar a los grandes y a los pequeñuelos. (*Lib. 2 de Symb. ad Catechum., c. 12*).

DÍA 21

EL HOMBRE CRISTIANO DEBE TENER SU FE EN EL
CORAZÓN Y CONFESARLA CON LA BOCA

"VE QUE NO prohibiré mis labios, Señor; tú lo has conocido"². Mis labios hablan, y no les impediré que hablen. Mis labios suenan en verdad a los oídos de los hombres, mas tú conociste mi corazón. "No prohibiré mis labios; tú, Señor, has conocido". Una cosa oye el hombre y otra conoce Dios. Para que el anuncio no estuviera en solos los labios y se dijere de nosotros: "Haced lo que os dicen, mas no hagáis lo que hacen"³; o se dijese al pueblo mismo que alaba a Dios con los labios y no con el corazón: "Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí"⁴, suena tú con los labios y acércate con el corazón. "Porque con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesión para la salvación"⁵. Así se encontró aquel ladrón pendiente de la cruz con el Señor y reconociendo en la cruz

¹ 2ª. Cor. 12, 2.² Ps. 33, 10.³ Matt. 23, 3.⁴ Is. 29, 13.⁵ Rom. 10, 10.

al Señor. Otros no reconocieron al que hacía milagros, y él reconoció al que colgaba del madero. Hallábase el ladrón herido en todos los miembros, sus manos estaban fijadas con clavos, sus pies estaban traspasados, y todo el cuerpo estaba ligado al madero; aquel cuerpo no estaba libre en los demás miembros y lo estaban la lengua y el corazón; con el corazón creyó y con la boca confesó. "Señor—dijo—, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino"¹. Esperaba su salvación muy lejana y estaba contento con recibirla después de largo tiempo; esperaba a lo lejos y no se difirió el día. El dijo: "Acuérdate de mí cuando llegares a tu reino"; y el Salvador respondió: "En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso". Hoy, dice, serás conmigo en el paraíso. Tiene el paraíso árboles felices; hoy eres conmigo en el árbol de la Cruz, y hoy serás conmigo en el árbol de la salud.

"Ve que no prohibiré mis labios; Señor, tú lo has conocido"; no sea que crea en el corazón, y por temor impida a los labios anunciar lo que creyó. Porque hay cristianos que tienen la fe en el corazón, si estando entre los paganos ásperos, desatentos, incultos, infieles, molestos e insultantes, llegan a verse perseguidos por ser cristianos; tienen la fe en el corazón, pero temen confesarla con los labios, e impiden que éstos hagan sonar lo que conocen y lo que tienen dentro. Mas el Señor reprende a éstos diciendo: "El que se avergonzare de mí delante de los hombres, me avergonzaré yo de él delante de mi Padre"²; esto es, no lo conoceré; por cuanto se avergonzó de confesarme en presencia de los hombres, no le confesaré yo en presencia de mi Padre. Digan, pues, los labios lo

¹ Luc. 23, 42.² Marc. 8, 38.

que tiene el corazón; esto contra el temor. Tenga el corazón lo que dicen los labios; esto contra la ficción. Porque alguna vez ocurre el temor, y no te atreves a decir lo que conoces y crees; y alguna vez tiene lugar la ficción y dices lo que no tienes en el corazón. Convengán tus labios con tu corazón. Tú que buscas de Dios la paz, sé pacífico contigo mismo; no haya mala riña entre tu boca o tu corazón. "Ve que no prohibiré mis labios, tú, Señor, lo conociste". ¿Y de qué modo conoció el Señor? ¿Qué conoció? Dentro en el corazón, donde no ve el hombre. Por lo mismo dice el Salmista: "Cref"¹. Ve como tiene el corazón, ya tiene lo que vea Dios; no impida a sus labios. No los impide. ¿Qué dice por cierto? "Por lo cual he hablado". Y por cuanto habló lo que creyó, buscando lo que retribuiría al Señor por todo lo que le dió, añadió: "Recibiré el cáliz de la salud, e invocaré su nombre". No temió al Señor que decía: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?"². Confiesa por cierto con los labios lo que tenía en el corazón, y vino a la pasión. ¿Y qué daño le causó al enemigo por haber llegado a la pasión? Aquí se ve: "Es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus justos". (*Enar. in Ps. 39, nn. 15 y 16*).

DÍA 22

VELE SIEMPRE LA FE EN EL CORAZÓN DEL HOMBRE
CRISTIANO

"LEVÁNTATE, ¿por qué duermes, Señor?"³. Cuando se dice que él duerme, dormimos también nosotros, y cuando se dice que él se levanta, nos-

¹ Ps. 115, 1.² Mat. 20, 22.³ Ps. 43, 23.

otros nos levantamos. El Señor durmió también en la nave¹; y la nave fluctuaba porque dormía Jesús: de modo que no fluctuaría si Jesús velara en ella. La nave es tu corazón: Jesús esté en la nave, y la fe en el corazón. Si te acuerdas de tu fe, no fluctúa tu corazón; y si te olvidas de tu fe, duerme Cristo: advierte el naufragio. Sin embargo, haz lo que resta, para que si duerme se levante, diciéndole: Señor levántate, pues perecemos: y para que increpe a los vientos, y se obre la tranquilidad en tu corazón. Porque cuando Cristo, es decir, tu fe, velare en tu corazón, se retirarán todas las tentaciones, y nada ciertamente podrán contra ti. (*Enar. in Ps. 34, Serm. 1, n. 3*).

Quizá tu nave está perturbada porque Cristo está dormido en ti. Se enfurecía la mar, se turbaba la navicilla en que navegaban los discípulos y Cristo dormía. Recordaron por fin que entre ellos dormía el preceptor y criador de los vientos; y acercándose a Cristo, le despertaron. Imperó a los vientos, y sobrevino gran tranquilidad. Con razón, pues, está acaso perturbado tu corazón, por haber olvidado al mismo en quien creíste: padeces sin consuelo, porque no traes a tu memoria lo que padeció Cristo. Si Cristo no viene a tu memoria, duerme: despiértale, recuerda tu fe. Cristo duerme por cierto en ti, si te olvidares de sus padecimientos; mas si te acuerdas de ellos, entonces vela en ti. Si miras con corazón pleno lo que él padeció, ¿acaso no sufrirás tú también con ánimo resignado? Y quizá alegrándote, porque te encuentras en cierta semejanza de padecimientos con tu Rey. Así, cuando pensando en esto comenzares a tener consuelo y alegría, se levantó el Señor, e imperó a los vientos.

¹ Mat. 8, 24.

De ahí la tranquilidad efectuada. (*Enar. in Ps. 54, n. 10*).

Si Dios cesara de ejercitarnos, y no mezclara amarguras en las felicidades del siglo, le olvidaríamos. Empero, cuando los conflictos de las molestias forman las olas del alma, excítase la fe, que allí estaba dormida. Cuando Cristo velaba en el mar, había tranquilidad; mas luego que durmió, se levantó la tempestad, y comenzaron a peligrar. Así habrá tranquilidad y paz en el corazón cristiano; pero mientras vela nuestra fe; porque si nuestra fe está dormida, peligramos. Esto significa por cierto Cristo durmiendo, porque algunos olvidan su fe, y peligran. Pero así como al fluctuar aquella nave, fué despertado Cristo por los fluctuantes que le decían: "Señor, perecemos"; y se levantó el Señor, mandó a las tempestades, imperó a los vientos, cesó el peligro, y vino la tranquilidad; de igual modo, cuando te turban también las malas concupiscencias y malas persuasiones, son olas que se tranquilizarán. Ya desconfías, y piensas que no perteneces al Señor: vele tu fe y despierta a Cristo en tu corazón; levantándose la fe, ya conoces donde estás, y si acaso tientan las olas de la concupiscencia, pon los ojos en lo que Dios tiene prometido: la dulzura de sus promesas te hará despreciar las dulzuras del siglo; y si acaso te instan los malos poderosos con repetidas amenazas para separarte de la justicia, atiende a lo que el Señor amenaza: "Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles"¹; y no abandones la justicia. Así temiendo el fuego eterno, desprecias los dolores temporales; y por lo que Dios te tiene prometido, desprecias la felicidad temporal. Él te ha prometido

Matt. 25, 41.

el descanso, padece tú la molestia: él te amenaza con el fuego eterno, desprecia tú los padecimientos temporales; y velando Cristo, tranquilícese tu corazón, para que también llegues al puerto. Por cierto, el que preparó la nave, no había de omitir el preparar el puerto. (*Enar. in Ps. 93, nn. 24 y 25*).

DÍA 23

LA FE DEL HOMBRE CRISTIANO NO SEA ESTÉRIL, Y SÍ
OBRE POR EL AMOR

LA FE trae el nombre de que se hace lo que se dice. Cuando se dice fe, "fides", suenan dos sílabas: la primera se toma del hecho, y la segunda del dicho. Por tanto yo te pregunto: ¿crees? Tú respondes: creo. Haz lo que dices, y es la fe. Porque yo puedo oír la voz del que responde, mas no puedo ver el corazón del que cree. (*Serm. 43, n. 2*).

Esperad en el Señor, y unid las buenas obras a la verdadera fe. Confesad que Cristo vino en carne, y creyendo y bien viviendo, conservad lo uno y lo otro que habéis recibido de él, y esperad de él que os lo ha de aumentar y perfeccionar. Todos los malos católicos confiesan con las palabras que Cristo vino en carne, pero lo niegan con los hechos. No queráis, pues, estar seguros con sola la fe. Juntad a la fe recta la vida recta, para que confeséis que Cristo vino en carne, no sólo diciendo la verdad con las palabras, sino también viviendo bien con las obras. Porque si lo confesáis con las palabras, y con los hechos lo negáis, la fe de tales malos es casi la fe de los demonios. Oídme, carísimos, oídme. El Apóstol Santiago hablando de la fe y de las obras contra los que pen-

saban que la fe les era suficiente, y no querían hacer buenas obras, dice: "Tú crees que Dios es uno; haces bien: también los demonios lo creen y se estremecen"¹. ¿Por ventura los demonios se librarán del fuego eterno porque creen y se estremecen? Ved ahora lo que oís en el Evangelio, lo que dice Pedro: "Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo"². Leed y hallaréis haber dicho los demonios: "Sabemos que eres el Hijo de Dios"³. Sin embargo, San Pedro es alabado por ello, y el demonio es reprimido. La voz es una, mas las acciones son diversas. ¿De dónde la diversidad de estas dos confesiones? En una se alaba el amor, y en otra se condena el temor. Porque los demonios no decían por amor: "Tú eres el Hijo de Dios". No por amor decían esto, sino por temor. En suma, ellos decían en su confesión: "¿Qué hay entre nosotros y tú?" Y San Pedro decía en la suya: "Contigo estoy hasta la muerte". (*Serm. 183, nn. 13 y 15*).

Nuestra fe ha de diferenciarse de la de los demonios, porque nuestra fe limpia el corazón, y la de ellos los hace reos. Ellos a la verdad obran mal, y por lo mismo dicen al Señor: "¿Qué hay entre nosotros y tú?" Cuando oyes que los demonios dicen esto, ¿piensas que no le conocen? "Sabemos —dicen— quién eres. Tú eres el Hijo de Dios". Dice esto Pedro, y es alabado: dice esto el demonio, y es condenado. ¿Por qué así, sino porque la voz es igual y el corazón desigual? Discernamos, pues, nuestra fe, y no nos contentemos con creer. No es tal la fe que limpia el corazón. "Limpiando —dice— con la fe los corazones de ellos"⁴. Pero ¿con qué y cuál fe, sino con la que define el

¹ Jacob. 2, 9.² Mat. 16, 17.³ Marc. 1, 24.⁴ Act. 15, 3.

Apóstol San Pablo, donde dice: "La fe que obra por el amor"¹. Ésta se diferencia de la fe de los demonios, y se diferencia de la fe de los hombres de costumbres criminales y perdidas. La fe, dice el Apóstol. ¿Qué fe? La que obra por el amor, y espera lo que Dios promete. Nada más exacto, nada más perfecto que esta definición. Tres son, pues, las causas en ella contenidas. Es necesario que el hombre en quien está la fe que obra por el amor, espere lo que Dios promete. Por tanto, la esperanza es la compañera de la fe. Mientras no vemos lo que creemos, es necesaria en verdad la esperanza, para que no desfallezcamos no viendo y desesperando. Contrístanos el no verlo: pero nos consuela el esperar que lo hemos de ver. Tenemos, pues, la esperanza, y es la compañera de la fe. Tenemos además la caridad, con la cual deseamos, con la cual aspiramos a la posesión, con la cual nos enardecemos, y con la cual tenemos hambre y sed. Así se emplea también ésta; y habrá la fe, la esperanza y la caridad. Porque ¿cómo no estará allí la caridad, no siendo ella otra cosa que el amor? Se ha definido, pues, la fe que obra por el amor. Quita la fe, y pereció lo que crees; quita la caridad, y pereció lo que obras. A la fe corresponde, por cierto, que creas, y a la caridad que obras. Porque si crees y no amas, no te mueves a la buena obra; y si te mueves, es como siervo, no como hijo; temiendo la pena, no amando la justicia. Vuelvo, pues, a decir que la fe, que obra por el amor, es la que limpia el corazón. (*Sermón 53, n. 11*).

¹ Gal. 5, 6.

DÍA 24

A LA FE DEL HOMBRE CRISTIANO DEBE ACOMPAÑAR LA ESPERANZA, QUE ES SU ÚNICO CONSUELO EN ESTA VIDA MORTAL

SI LA fe que obra por el amor se halla en vosotros, ya pertenecéis a los predestinados, a los llamados y justificados: crezca por lo mismo en vosotros. La fe que obra por el amor, no puede hallarse por cierto sin la esperanza. Cuando lleguemos a la posesión, ¿tendrá ya allí lugar la fe? ¿Se nos dirá allí, creed? No ciertamente: porque le veremos y contemplaremos. "Carísimos —dice San Juan—, hijos de Dios somos, y todavía no ha aparecido lo que seremos"¹. Por lo mismo que todavía no ha aparecido, es la fe. Somos hijos de Dios, predestinados, llamados y justificados: somos hijos de Dios, y todavía no ha aparecido lo que seremos. Ahora, pues, tiene lugar la fe, antes que aparezca lo que seremos. "Sabemos que en apareciendo, seremos semejantes a él". ¿Acaso porque entonces creeremos? No. ¿Pues por qué? "Por cuanto le veremos según es". ¿Y la esperanza? ¿Tendrá allí lugar? La esperanza no tendrá ya lugar cuando se poseerá la cosa esperada. Porque, ciertamente, la esperanza es necesaria para la peregrinación, y ella misma es la que consuela en el camino. Cuando el caminante trabaja andando, en tanto sufre el trabajo, en cuanto espera por cierto llegar a su término. Quítale la esperanza de llegar, y en el momento se quebrantan sus fuerzas para caminar. Luego la esperanza que también tiene lugar aquí, pertenece a la justicia de nuestra

¹ 1^a. Joan. 3, 2.

peregrinación. Oye al mismo Apóstol: "Esperando —dice— la adopción, gemimos todavía en nosotros mismos"¹. Donde hay gemido, ya no puede hallarse aquella felicidad, de la que, según la Escritura, "pasó el trabajo y el gemido"². Y así "todavía —dice— gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo". Todavía gemimos. ¿Por qué? "Porque hemos sido salvos en la esperanza. Mas la esperanza que se ve, no es esperanza. Porque ¿qué espera el que ya ve? Si, pues, esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos". En esta paciencia eran coronados los Mártires; deseaban lo que no veían y despreciaban lo que sufrían. En esta esperanza decían: "¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, acaso la angustia, acaso la persecución, acaso el hambre, acaso la desnudez, acaso la espada? Porque por ti"³. ¿Y dónde está, por quién? "Porque por ti —dice— somos mortificados todo el día. Por ti". ¿Y dónde está, "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron"⁴. Ve dónde está: en ti está; porque la fe misma está en ti mismo. ¿Nos engaña acaso el Apóstol al decirnos: "Que Cristo habita por la fe en nuestros corazones"⁵. Ahora por la fe, y entonces por la especie: ahora por la fe, mientras estamos en el camino, mientras dura la peregrinación. "Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque andamos por la fe, no por la especie"⁶. Si esto es la fe, ¿qué será la especie? Oye lo que será: "Para que Dios sea todas las cosas en todos"⁷. ¿Qué es, todas las cosas? Él será para ti todo lo que aquí buscabas,

¹ Rom. 8, 23. ² Isa. 35, 10. ³ Rom. 8, 35. ⁴ Joan. 20, 29.
⁵ Eph. 3, 17. ⁶ 2ª. Cor. 5, 6. ⁷ 1ª. Cor. 15, 28.

y todo lo que tenías aquí por cosa grande. ¿Qué querías, qué amabas aquí? ¿Comer y beber? Él mismo será tu comida, él mismo será tu bebida. ¿Qué querías aquí? ¿La salud del cuerpo frágil y transeúnte? Él mismo será tu inmortalidad. ¿Qué buscabas aquí? ¿Riquezas? Avaro, ¿qué puede por cierto satisfacerte, si no te satisface el mismo Dios? ¿Y qué amabas? ¿Gloria y honores? La gloria tuya será Dios, a quien ahora se dice: "Tú eres mi gloria, y el que ensalza mi cabeza"¹. Ya ensalzó en verdad mi cabeza. La cabeza nuestra es Cristo. Y siendo así, ¿de qué te admiras? Por cuanto la cabeza y los demás miembros serán ensalzados, será Dios entonces todas las cosas en todos. De este modo creemos, y de este modo esperamos. En llegando, le tendremos; y no será ya fe, sino visión: en llegando, le tendremos; y no será ya esperanza sino cosa. ¿Y qué será de la caridad? ¿Tiene acaso ahora lugar, y entonces no le tendrá? Si amamos cuando creemos y no vemos, ¿de qué modo amaremos cuando veamos y poseamos? Luego subsistirá la caridad, y subsistirá perfecta; así lo dice el Apóstol: "Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; mas la caridad es la mayor de ellas"². (*Serm. 158, nn. 7, 8 y 9*).

DÍA 25

LA ESPERANZA DEL HOMBRE CRISTIANO DEBE TENER POR OBJETO NO LOS BIENES TEMPORALES Y PERECEROS, Y SÍ LOS CELESTIALES Y ETERNOS

"Y ESPEREN en ti los que conocen tu nombre"³; dejando de esperar en las riquezas, y demás li-

¹ Ps. 3.

² 1ª. Cor. 13, 13.

³ Ps. 9, 11.

sonjas de este siglo. El conocimiento del nombre de Dios recibe oportunamente al alma que, al divorciarse de este mundo, busca en verdad dónde fijar su esperanza. Porque el nombre de Dios está ya publicado por todas partes: pero el conocimiento del nombre se efectúa cuando es conocido el mismo de quien es el nombre. El nombre por cierto no es nombre por sí, sino por lo que significa. Está, pues, dicho: "Señor, es el nombre para él"¹. Por lo mismo el que voluntariamente se sujeta a Dios como servidor, conoce este nombre. "Y esperen en ti los que conocen tu nombre". Además, el Señor dijo a Moisés: "Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado"². De consiguiente, esperen en ti los que conocen tu nombre; y no esperen estas cosas que pasan con la volubilidad del tiempo, sin tener otra cosa que el "será" y "fué": porque en viniendo lo que ha de haber en ellas, se han pasado sin demora, esperando con ansia y perdiéndose con dolor. Mas en la naturaleza de Dios no será cosa alguna, como si todavía no fuese; ni fué, como si ya no fuese; sino que es solamente lo que es, y es la eternidad misma. Dejen, por tanto, de esperar y de amar las cosas temporales, y diríjanse a la esperanza eterna los que conocen el nombre del que dijo: "Yo soy el que soy", y del que se dijo: "El que es, me ha enviado, porque no desamparaste, Señor, a los que te buscan". Los que le buscan, no buscan ya las cosas transeúntes y perecederas: "Porque ninguno puede servir a dos señores"³.
(*Enar. in Ps. 3, n. 11*).

"Tú, Dios, vuelto a nosotros nos vivificarás, y tu plebe se alegrará en ti"⁴. En su mal se ale-

¹ Jerem. 33, 2. ² Exod. 3, 14. ³ Mat. 6, 24. ⁴ Ps. 86, 7.

grará en sí, y en su bien se alegrará en ti. Cuando quiso tener gozos de sí, encontró por cierto el manto en sí: mas ahora que es Dios todo nuestro gozo, el que quiere alegrarse con seguridad, alégrese en aquel que no puede perecer. ¿Por qué queiréis, hermanos míos, alegraros en la plata? O la plata perece, o tú, hombre, y nadie sabe lo que perecerá antes; sin embargo, aunque es incierto lo que será primero, consta que uno u otro ha de perecer. Porque ni el hombre puede permanecer siempre aquí, ni tampoco la plata: Y lo mismo el oro, lo mismo el vestido, lo mismo la casa, lo mismo el dinero, lo mismo las grandes heredades y lo mismo en fin esta luz. No quieras, pues, desear alegrarte en estas cosas, y sí alégrate en aquella luz que no tiene ocaso; alégrate en aquella luz a la que no precede el día de ayer, ni sigue el de mañana. ¿Qué cosa es esa luz? "Yo soy —dice— la luz del mundo"¹. El que te dice: yo soy la luz del mundo, te llama hacia sí. Cuando te llama, te convierte; cuando te convierte, te sana. En sanándote verás al que te ha convertido, y al que se dice. "Tu plebe se alegrará en ti".

Manifiéstanos, Señor, tu misericordia. Feliz es a quien Dios muestra su misericordia. A quien Dios muestra su misericordia es el mismo que no puede ensoberbecerse; porque mostrándole su misericordia, le persuade que cualquier bien que tenga el mismo hombre, no le tiene sino de aquel que es todo nuestro bien. Y viendo el hombre que cualquier bien que tiene no le tiene de sí, sino de su Dios, ve que todo cuanto en él se alaba procede de la misericordia de Dios, y no de sus propios méritos; y viendo esto no se ensoberbece; no en-

¹ Joan. 8, 12.

soberbeciéndose, no se ensalza; no ensalzándose, no cae; no cayendo, está en pie; estando en pie, se une; uniéndose, permanece; permaneciendo, goza y se alegra en el Señor su Dios. El mismo que le hizo será todas sus delicias, y estas delicias nadie las corrompe, nadie las interrumpe y nadie las quita. ¿Qué poderoso amenazará quitarlas? ¿Qué vecino malo, qué ladrón, qué traidor puede quitarte a Dios? Puede quitarte todo lo que posees en el cuerpo, mas no puede quitarte al que posees en el corazón. (*Enar. in Ps. 84, nn. 8 y 9*).

DÍA 26

LA ESPERANZA DEL HOMBRE CRISTIANO DEBE SER EL MISMO DIOS

¿QUÉ ES todo hombre? ¿O qué es la vida de los hombres, sino un vapor que aparece por un poco tiempo? ¹ Así, hermanos, pensad en vuestra fragilidad, en vuestra humildad, en la condición de la carne, en los tránsitos volátiles de este siglo, y ved que sólo os irá bien si ponéis toda vuestra esperanza en el que únicamente puede ser colocada con firmeza. (*Serm. 24, n. 5*).

“Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor, y no miró a las vanidades y locuras falsas” ². Sea el Señor tu Dios la esperanza tuya; no esperes otra cosa del Señor tu Dios, sino que el mismo tu Señor sea tu esperanza. Porque muchos esperan de Dios el dinero, muchos esperan de Dios los honores caducos y perecederos, o esperan de Dios cualquiera otra cosa fuera del mismo Dios; mas tú pide a tu mismo Dios, o, más

¹ Jacob. 4, 15.

² Ps. 39, 5.

bien, despreciadas todas las demás cosas, camina a él olvidando todo lo demás, acuérdate de él; y dejándolo todo atrás, dirígete a Él. El mismo ha corregido ciertamente al extraviado; él mismo guía al recto, y él mismo le conduce; sea, pues, tu esperanza el que guía y conduce. ¿Adónde guía y conduce la avaricia terrena? Buscabas posesiones, deseabas poseer tierra, y excluías a los vecinos; excluídos aquellos vecinos deseabas con ansia otros, y extendías tu avaricia hasta las riberas de los mares; llegando a éstas, deseabas las islas, y poseída la tierra quieres quizá asir el cielo. Deja todos esos amores: más hermoso es aquel que hizo el cielo y la tierra.

Sea la esperanza nuestra, nuestro Dios. El que hizo todas las cosas es mejor que todas ellas; el que hizo las cosas hermosas, es más hermoso que ellas; el que hizo lo fuerte, es más fuerte, y el que hizo lo grande, es mayor. Él será para ti todo lo que amares. Aprende a amar al Criador en la criatura y al hacedor en la hechura; no te sujete lo que fué hecho por él, para que no pierdas aquél por quien tú mismo fuiste hecho. Y así, “Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor, y no miró a las vanidades y locuras falsas”. (*Enar. in Ps. 39, nn. 7 y 8*).

“Para mí, pues, es el bien, estar unido a Dios” ¹. Éste es todo el bien. ¿Queréis más? Me duelo de los que lo quieran. Hermanos, ¿qué más queréis? No hay cosa mejor que estar unidos a Dios, cuando lo veremos cara a cara. Y ahora, ¿qué es lo mejor? Porque hablo todavía como peregrino: “Estar unido a Dios —dice— es el bien”; pero ahora, en la peregrinación, por cuanto no ha venido todavía

¹ Ps. 72, 28.

la cosa: "Poner en Dios mi esperanza". Por tanto, mientras no estás todavía unido, pon tu esperanza allí. Estás a riesgo de perderte en este mar, fija anticipadamente el áncora en la tierra. Todavía no te unes por la presencia, únete por la esperanza. "Poner en Dios mi esperanza". ¿Y qué harás para poner tu esperanza en Dios? ¿Qué otro ha de ser tu negocio, sino que alabes al que amas y hagas contigo coamadores suyos? Ama a Dios gratuitamente y a ninguno envidies a Dios. Arrebatadle cuantos podéis, cuantos habéis de poseerle; no queda minorado; ningunos límites haréis en él; le poseeréis entero, y entero le tendréis todos. Haz, pues, esto mientras estás aquí, es decir, mientras pones en Dios tu esperanza. ¿Y qué sigue por cierto? "Para que yo anuncie todas tus alabanzas en los atrios de la hija de Sión". (*Enar. in Ps. 72, n. 34*).

DÍA 27

EL HOMBRE CRISTIANO DEBE CONFIAR Y COLOCAR SU ESPERANZA NO EN SÍ MISMO NI EN OTRO HOMBRE, SINO EN SOLO DIOS

"BIENAVENTURADO el varón que espera en él" ¹. ¿Qué necesidad hay de detenernos en explicar esto? Cualquiera que no espera en el Señor, es miserable. ¿Quién es el que no espera en el Señor? El que espera en sí mismo. Atended lo que es peor, hermanos míos; a veces los hombres no quieren esperar en sí, pero esperan en otros hombres. (*Enar. 2, in Ps. 33, n. 13*).

Toda la esperanza ha de ponerse en Dios y no

¹ Ps. 33, 9.

en el hombre, sea cual fuere; porque una cosa es aquél por quien somos justificados, y otra aquéllos con quienes somos justificados. (*Lib. de Catechiz. Radib., c. 27*).

"Levanté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio" ¹. ¿Qué significa, pues, tu esperanza está en los montes, y de allí te vendrá el auxilio? ¿Permaneciste en los montes? Ve lo que has de hacer. Sobre los montes hay tres cosas: sobre los montes está el que temen los montes. "Levanté —dice— mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio". ¿Pero qué se sigue? "Mi auxilio —dice— del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Levanté ciertamente los ojos a los montes, porque por ellos se me han mostrado las Escrituras; mas yo tengo el corazón en aquel que ilumina a todos los montes. Por tanto, hermanos, díjose esto para que cualquiera de vosotros no ponga su esperanza en el hombre. El hombre es alguna cosa mientras está unido al que le hizo; pues que separándose de él, nada es el hombre, aun cuando se una a los montes. Recibe tú el consejo por medio del hombre, de tal modo que consideres al que ilumina al hombre. Tú puedes por cierto acercarte al que te habla por medio del hombre; porque no hizo que éste se acercase a él, rechazándote a ti. Y el hombre que así verdaderamente se acercó a Dios para morar en él, no se agrada en los que no ponen en Dios su esperanza. (*Enar. in Ps. 75, nn. 7 y 8*).

"No queráis confiar en los príncipes ni en los hijos de los hombres, en quienes no está la salud" ². La salud está en un solo Hijo del hombre; y está en el mismo, no por ser hijo del hombre,

¹ Ps. 120, 1.

² Ps. 145, 2.

sino por ser Hijo de Dios; no por lo que recibió de ti, sino por lo que conservó en sí. De consiguiente, en ningún hombre está la salud, porque aun en aquel en tanto está la salud, en cuanto es Dios, que sobre todas las cosas es Dios bendito por todos los siglos. Por eso está en él la salud, por cuanto la salud es del Señor. Dícese en otro Salmo: "La salud es del Señor, y tu bendición sobre tu pueblo"¹. La salud me viene de aquel que es sobre todas las cosas; porque del Señor es la salud. (*Enar. in Ps. 145, n. 9*).

"Espera en Dios"². ¿Por qué "espera"? "Por cuanto le confesaré". ¿Qué le confesarás? "Salud de mi rostro y Dios mío". De mí no puedo tener la salud; esto diré, esto confesaré: "Salud de mi rostro y Dios mío. Mi alma es turbada en mí mismo". ¿Se turba por ventura en Dios? En mí está turbada. En lo inmutable se reparaba, y en lo mutable se perturbaba. Sé que la justicia de mi Dios permanece; mas no sé si permanecerá la mía. Porque me aterra el Apóstol diciendo: "El que piensa estar en pie, vea no caiga"³. Así es que como en mí no está mi firmeza ni de mí tengo esperanza, mi alma está turbada en mí. ¿Quieres que no se turbe? No permanezca en ti mismo y di: "A ti, Señor, levánteme mi alma"⁴. Oye enteramente esto. No quieras esperar de ti, sino de tu Dios; porque si esperas de ti, se conturba en ti tu alma, por no haber hallado todavía de dónde estar segura de ti. ~~que~~ que, estando mi alma conturbada en mí, ¿qué resta sino la humildad para que el alma no presuma de sí misma? ¿Qué resta sino que se haga enteramente mínima y que se

¹ Ps. 3, 9. ² Ps. 41, 7. ³ 1^a. Cor. 10, 12. ⁴ Ps. 24, 1.

humille, para merecer ser ensalzado? Nada se atribuye a sí misma, para que el Señor le dé lo que es útil. (*Enar. in Ps. 41, nn. 11 y 12*).

Oh Señor, Dios nuestro, esperemos a la sombra de tus alas y protégenos y llévanos. Tú llevarás también a los párvulos, y hasta la vejez los llevarás tú; porque cuando tú eres la firmeza nuestra, entonces es firmeza; mas cuando es nuestra, es flaqueza. En ti vive siempre nuestro bien, y porque de allí estamos apartados, somos perversos. Volvamos ya, Señor, para que no seamos destruidos; porque en ti vive sin defecto alguno nuestro bien, que eres tú mismo; y no tememos que nos falte adonde volver, porque de allí caímos; pues por habernos ausentado, no se arruina nuestra casa, que es tu eternidad. (*Lib. 4, Conf., c. 16*).

DÍA 28

NADA TIENE QUE TEMER EL HOMBRE CRISTIANO SI
COLOCA SU ESPERANZA EN DIOS

"ÉL ES mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré?"¹. Él me ilumina, retírense las tinieblas; él me salva, retírese la enfermedad; andando yo firme en la luz, ¿a quién temeré? Porque Dios no da salud tal que pueda ser alterada por otro; ni es tal su salud, que pueda alguno oscurecerla. El Señor es quien ilumina, y nosotros somos los iluminados; el Señor es quien salva, y nosotros somos los salvados; si él es el que alumbraba y nosotros los alumbrados, y si él es el que salva, y nosotros los salvados, luego sin él somos tinieblas y enfermedad. Teniendo, pues, en él la esperanza

¹ Ps. 26, 1.

cierta, fija y verdadera, ¿a quién temeremos? El Señor es tu iluminación, y el Señor es tu salud. Si encuentras otro más poderoso, teme. De tal modo pertenezco al más poderoso de todos, al Omnipotente, que él me ilumina y me salva, y fuera de él a nadie temo. "El Señor es el protector de mi vida, ¿a quién tendré miedo?"

"Cuando se acercan a mí los malos para comer mis carnes, los enemigos míos que me atribulan, ellos mismos enfermaron y cayeron". Así, pues, ¿qué temeré? o ¿a quién temeré?, ¿qué temblaré yo, o a quién tendré miedo? Los que me persiguen, ellos mismos enferman, ellos mismos caen. ¿Y para qué me persiguen? Para comer mis carnes. ¿Qué son mis carnes? Mis afectos carnales. Enfurézcanse persiguiendo; nada morirá en mí más que lo mortal. En mí habrá alguna cosa a la que no pueda el enemigo tocar, y es en la que habita mi Dios. Coman mis carnes, y, consumidas éstas, seré espíritu y espiritual. Y, sin embargo, es tanta la salud que me promete mi Dios, que aun esta carne mortal, que ahora parece permitirse a las manos de los perseguidores, no perecerá para siempre; sino que todos los miembros pueden esperar lo ya demostrado en mi cabeza resucitada. ¿A quién temerá mi alma habitándola Dios? ¿A quién temerá mi carne cuando esto corruptible llegue a vestir la incorrupción? ¿Queréis conocer por qué, aunque comen las carnes los que nos persiguen, no por eso ha de temerse por la misma carne? "Siémbrese el cuerpo animal y resucitará el cuerpo espiritual"¹. Ahora bien, ¿cuánta confianza debe haber en el que sabe decir?: "El Señor es mi iluminación y mi salud; ¿a quién temeré? El Señor es el protector de

¹ 1ª. Cor. 15, 44.

mi vida, ¿a quién temblaré?" El Emperador está protegido por su ejército y no teme; el mortal está protegido por los mortales y se juzga seguro; ¿y temerá y temblará el mortal, estando protegido por el inmortal?

Oíd, pues, cuánta es la confianza que debe tener el que dice esto: "Aunque estén contra mí ejércitos, no temerá mi corazón". Los ejércitos son robustos, pero ¿quién más robusto que Dios? "Si se levanta contra mí la guerra", ¿qué puede hacerme la guerra? ¿Puede arrebatarme mi esperanza? ¿Puede arrebatarme lo que me da el Omnipotente? Así como no es vencido el que da, así no se arrebatara lo que da; porque si puede arrebatarse lo dado, queda vencido el dador. Por lo mismo, hermanos míos, ni aun las cosas que recibimos temporalmente nos las puede quitar nadie, sino sólo el que las dió. Las cosas espirituales que da, no las quitará, como tú no las dejes; mas las carnales y temporales él mismo las quita; porque aun quitándolas cualquiera, las quita dándole él mismo la potestad. Sabemos esto, y leemos en el libro de Job que ni aun el diablo, que por algún tiempo parece como tener gran potestad, pueda alguna cosa sino con permiso. Recibió potestad para las cosas ínfimas, y perdió las máximas y sumas. Y esto no es potestad del airado, sino pena del condenado. Así, ni aun él puede tener potestad alguna, si no se le permite. En aquel libro tienes al que he mencionado, y en el Evangelio dice el Señor: "Satanás ha pedido en esta noche que os cribase como trigo, y yo he rogado por ti, Pedro, para que no falte tu fe"¹. Es, pues, permitido o para nuestro castigo o para nuestra proba-

¹ Luc. 22, 31.

ción. Y así por cuanto nadie pueda quitarnos lo que nos da Dios, a nadie temamos sino a Dios. Cualquiera otra cosa que se enfureciere, cualquiera otra cosa que se ensoberbeciere contra nosotros, no la tema nuestro corazón. (*Enar. 2, in Ps. 26, nn. 3, 4 y 5*).

DÍA 29

TODA LA VIDA DEL HOMBRE CRISTIANO DEBE SER UN DESEO CONTINUO DE DIOS Y DE LA VIDA ETERNA

“DELANTE de ti está todo mi deseo”¹. No está por cierto delante de los hombres, que no pueden ver el corazón, sino “delante de ti está todo mi deseo”. Está tu deseo delante de él, y el Padre, que ve en lo oculto, te retribuirá². Porque el mismo deseo tuyo es tu oración; y si tienes continuo deseo, tienes oración continua. No en vano dijo el Apóstol: “Orad sin intermisión”³. ¿Nos arrodillamos, por ventura, nos posamos, o levantamos las manos continuamente, para que diga: “Orad sin intermisión”? Si así se entiende nuestra oración, pienso que no podemos hacerla sin intermisión. Hay otra oración interior que no se interrumpe, la cual es el deseo. Cualquiera otra cosa que hagas, desees aquel sábado (de continuar orando), no interrumpes la oración. Si no quieres cesar de orar, no quieras cesar de desear. Tu continuo deseo es tu continua voz, y sólo callarás cuando dejares de amar. ¿Quiénes son los que callaron? Aquéllos de quienes se dijo: “Por cuanto abundó la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos”⁴.

¹ Ps. 37, 10.² Mat. 6, 6.³ 1^a. Thess. 5, 17.⁴ Matt. 24, 12.

El frío de la caridad es el silencio del corazón; así como el ardor de aquélla es el clamor de éste. Si tienes siempre caridad, siempre clamas; si clamas siempre, siempre desearas; si desearas, recuerdas el descanso (o sábado de la oración); pero conviene que entiendas ante quién debe estar el rugido de tu corazón. Considera cuál es el deseo tuyo, que debe estar ante los ojos de Dios. (*Enar. in Ps. 37, n. 14*).

No nos inflemos con prosperidad alguna de este siglo, y si conozcamos que no tiene lugar nuestra felicidad sino cuando pasará todo lo presente. Ahora, hermanos míos, está en la esperanza nuestro gozo; ninguno se alegre en las cosas presentes, para que no se estacione en el camino. Toda la alegría sea de la esperanza futura, y todo el deseo sea de la vida eterna. Anhelan a Cristo todos los suspiros; sea el solo deseado aquel único hermosísimo que amó a los feos para hacerles hermosos; córrase hacia aquel uno, y gímase por él. (*Tract. 10 in Joan., n. 13*).

Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Mas todavía no ves lo que desearas; pero deseándolo te haces capaz, para que quedes lleno en viniendo lo que has de ver. Porque así como si quieres llenar algún seno, y conoces ser muy grande lo que se te ha de dar, extiendes el saco, o el odre, o cualquiera otra cosa; conoces lo mucho que se ha de echar en el seno, ves que éste es reducido, y extendiéndole le haces más capaz; de igual modo Dios, difiriendo, extiende el deseo, haciendo desear, extiende el alma, y extendiéndola la hace más capaz. Así, hermanos, deseamos, puesto que se nos ha de llenar. Ved a San Pablo extender el seno para que pueda caber lo que ha de venir. Dice, pues:

"No porque haya recibido ya, o sea ya perfecto, hermanos, yo no juzgo que lo he conseguido"¹. ¿Qué haces, pues, en esta vida, si todavía no lo has conseguido? "Una cosa hago, olvidando las cosas que están detrás, y extendiéndome hacia las que están delante, sigo según la intención para el premio de la vocación celestial". Dijose extendido, y dijo que seguía según la intención. Sentíase menor para haber lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Ésta es nuestra vida, que, deseando, nos ejercitemos. Tanto nos ejercita el deseo santo, cuanto separamos nuestros deseos del amor del siglo. Ya hemos dicho que es forzoso llegue a desocuparse lo que tiene que llenarse. Has de ser lleno de lo bueno, pues desecha lo malo. Figúrate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde recibirás la miel? Preciso es verter lo que contenía el vaso; preciso es limpiar el mismo vaso; preciso es limpiarle, aunque sea con trabajo y profanación, a fin de que quede apto para otra cosa. Llamémosla miel, llamémosla oro, llamémosla vino: Todo lo que decimos que no pueda decirse, todo lo que queremos decir, se llama Dios. ¿Y qué hemos dicho al decir Dios? ¿Es esta sola sílaba todo lo que esperamos? Es, pues, muy inferior todo lo que hemos podido decir; dilatémonos hacia él, para que, viniendo, nos llene. "Porque seremos semejantes a él, por cuanto le veremos según es"². (*Tract. 4, in Epist. Joan., n. 6*).

¹ Phil. 3, 12.² 1^a. Joan. 3, 2.

DÍA 30

CREZCAN SIEMPRE LA ESPERANZA Y EL DESEO DEL HOMBRE CRISTIANO Y JAMÁS DESFALLEZCAN AUN ENTRE LAS ANGUSTIAS DE ESTE SIGLO

PUESTOS entre las aflicciones de esta vida, somos ejercitados a fin de que, con el amor nuestro, que nos llevaba a las cosas mundanas, seculares, temporales, deleznable y percederas, y después de padecer con ellas en esta vida tormentos y tribulaciones de angustias y abundancia de tentaciones, comencemos a buscar aquel descanso que no es de esta vida ni de esta tierra, y así, según está escrito, se hace el Señor refugio para el pobre. ¿Qué significa para el pobre? Para el que está como desamparado, sin socorro, sin auxilio y sin cosa alguna de la cual pueda esperar en esta vida. A tales pobres asiste Dios por cierto; porque aunque sean hombres que tengan dinero abundante en esta vida, miran a lo que dice el Apóstol: "Manda a los ricos de este mundo que huyan de ser arrogantes y que no esperen en lo incierto de las riquezas"¹. Y considerando lo muy incierto que es aquello que los alegraba antes de dedicarse al servicio de Dios, ven, por las riquezas mismas, o que padecen aprietos del discurso para el modo de administrarlas y conservarlas, o que si llegan a inclinarse un poco para amarlas, se llenan más bien de temores que de frutos. Porque ¿qué hay tan incierto como la cosa voluble? No sin razón se forma redonda la moneda misma, porque no se sostiene. Así tales hombres, aunque tengan alguna cosa, son pobres; pero los que no tienen bienes de este mundo y los anhelan,

¹ 1^a. Tim. 6, 17.

son contados entre los ricos dignos de reprobación; porque no atiende Dios a la facultad y sí a la voluntad. Por consiguiente, los pobres desamparados de los recursos temporales, pues, aunque éstos los rodeen, saben lo muy inciertos que son; tales pobres, dirigiendo sus gemidos a Dios y no teniendo en este siglo cosa alguna que los deleite y retenga, puestos como en un lagar por la abundancia de angustias y tentaciones, hacen fluir el vino, hacen fluir el aceite. ¿Qué son el vino y el aceite más que los buenos deseos? Ya no aman la tierra, y por tanto les resta sólo desear a Dios. Aman por cierto al que crió el cielo y la tierra; aman, y no están todavía con él. Difiérese el deseo de ellos para que crezca, y crece para que reciba. No es en verdad cosa pequeña la que Dios ha de dar al que la desea, ni es poco lo que éste ha de ejercitarse para la capacidad de tan gran bien. No ha de dar Dios alguna cosa de las que crió, sino a sí mismo, criador de ellas. Ejercítate para ser capaz de Dios, y desea con perseverancia lo que para siempre has de tener. En el pueblo de Israel fueron reprobados los que se aceleraron. Este afecto de los acelerados es reprendido con frecuencia en la Escritura. ¿Y quiénes son los que se aceleran? Aquellos que habiéndose convertido a Dios y no encontrando aquí el descanso que buscaban ni los gozos que se prometían, como desfalleciendo en el camino y juzgando que les resta mucho que andar hasta el fin de esta vida, y buscando aquí algún descanso, falso, en verdad, si se tiene, miran atrás y faltan al propósito, no atendiendo al gran terror con que se dijo: "Acordaos de la mujer de Lot"¹. Porque ¿para qué fué convertida

¹ Luc. 17, 32.

en estatua de sal, si no condimenta (o enseña) a los hombres para que sepan (o aprendan) bien? Así el ejemplo de aquello malo, se hace para ti bueno, si con él te precaves. "Acordaos —dice el Salvador— de la mujer de Lot". Miró atrás desde donde había sido salvada de Sodoma, y quedó allí mismo donde miró, para permanecer ella en aquel lugar y condimentar a otros transeúntes. Por tanto, una vez libres de la Sodoma de la vida pasada, no miremos atrás; porque es acelerarse, no atender a lo que Dios tiene prometido por crearlo lejos y mirar a esto próximo de donde ya fuiste salvo. ¿Qué dice el Apóstol San Pedro de estos tales? "Cúmplase en ellos la verdad del proverbio: El perro vuelto a su vómito"¹. Oprimía por cierto a tu pecho la conciencia de los pecados, y recibido el perdón parece como que los vomitaste, quedando descargado tu pecho; de mala que era tu conciencia, quedó hecha buena; ¿por qué te vuelves de nuevo a tu vómito? Si es horrible a tus ojos el perro que hace eso, ¿qué serás tú a los ojos de Dios?

Por esta razón, carísimos, ninguno mire atrás, ninguno se deleite en sus anteriores pecados, ninguno se vuelva de lo que está delante hacia lo que está detrás; corra hasta llegar; porque no corremos con los pies, sino con el deseo. No diga, pues, alguno que ha llegado en esta vida: ¿Quién puede ser más perfecto que San Pablo? Y sin embargo dice: "Hermanos, yo no juzgo que he alcanzado lo que busco, pero una cosa sé: que olvidando las cosas que están detrás, y extendiéndome a las que están delante, sigo según la intención para la palma de la celestial vocación de Dios en Cristo

¹ 2ª. Pet. 2, 22.

Jesús" ¹. Ves a Pablo correr todavía, ¿y tú juzgas haber ya llegado?

Si, pues, sientes las angustias de este mundo aun en medio de sus felicidades, has conocido que te hallas en el lagar. ¿Pensáis acaso, hermanos míos, que ha de temerse la infelicidad de este mundo y no su felicidad? Pensad más bien que ninguna infelicidad quebranta al que ninguna felicidad corrompe. ¿De qué modo, pues, debe precaverse y temerse la felicidad corruptora para que no te seduzca con sus halagos? No te recuestes sobre el báculo de cañas; porque está también escrito que en él se apoyan algunos ². No te fies en él, es frágil para tu apoyo, se rompe y te quita la vida. Por tanto, si el mundo te acaricia con su felicidad, repútate puesto en peligro, y di: "Hallé la tribulación y el dolor, e invoqué el nombre del Señor" ³. No dijo hallé una determinada tribulación, sino cierta tribulación que está oculta; porque hay en este mundo cierta tribulación desconocida para los que piensan que están bien mientras peregrinan separados del Señor. El Apóstol dice: "Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor" ⁴. Si peregrinases separado de tu padre hombre, te llamarían infeliz; ¿y eres feliz peregrinando ausente del Señor? Hay, pues, hombres creídos que están aquí bien; mas aquellos que, aunque se vean rodeados de abundancia y placeres, aunque se vean servidos a su gusto, aunque no sufran molestia alguna, ni los aflija la adversidad, entienden sin embargo que están mal mientras viven separados del Señor, estos tales encontraron con ojo agudísimo la tribulación y el dolor, e invo-

¹ Phil. 3, 13.

² 4º. Reg. 18, 21.

³ Ps. 114, 3. ⁴ 2ª. Cor. 5, 6.

caron el nombre del Señor. Por lo mismo, puestos en la prensa de las tentaciones, demos esta voz y enviemos adelante nuestro deseo: "¡Qué amados son tus tabernáculos, Señor de las de virtudes!" ¹. Hallábase el Profeta en ciertos tabernáculos, esto es, en los lagares; pero deseaba otros tabernáculos donde no hubiese prensa alguna. Desde éstos suspiraba por aquéllos y hacia aquéllos corría en cierto modo desde éstos por el canal del deseo.

¿Y qué añade a continuación? "Mi alma desea hasta desfallecer los atrios del Señor". Poco es decir: "Desea y desfallece"; ¿y para dónde desfallece? "Para los atrios del Señor". Desfalleció la uva prensada; mas ¿para dónde desfalleció? Para el vino y la cuba y para el descanso de la bodega, donde ha de conservarse en gran sosiego. Aquí se desea y allí se coge; aquí se suspira y allí se goza; aquí se ruega y allí se alaba; aquí hay gemidos y allí alegría. Nadie repugne las cosas que he dicho, al parecer duras, y nadie rehuse padecerlas. Es de temer que la uva, cuando tiene miedo al lagar, sea comida de las aves o de las fieras. En gran tristeza parece hallarse el Profeta cuando dice: "Desea y desfallece mi alma hacia los atrios del Señor"; porque no tiene todavía lo que desea. Pero por ventura ¿se halla privado de toda alegría? ¿Qué alegría es la que aquí tiene? La que señala el Apóstol cuando dice: "Alegres en la esperanza" ². Aquí se alegra todavía en la esperanza y allí se alegrará ya en la posesión. Y por lo mismo los que se alegran en la esperanza, por estar ciertos de que han de recibir, toleran en el lagar todos los aprietos. A este propósito, después de decir el Apóstol: "Alegres en la esperanza", como quien

¹ Ps. 83, 1.

² Rom. 12, 12.

habla a los que están ya en el lagar, añade a continuación: "Sufridos en la tribulación". Sufridos —dice— en la tribulación; ¿y después? "Tolerantes en la oración". ¿Por qué dice tolerantes? Porque se os difiera lo que pedís. Pedís y se os difiere; tolerad porque se os difiera. Tolérese lo que se dilata, porque, en viniendo, jamás falta. (*Enar. in Ps. 83, nn. 3 y sigs.*)

DÍA 31

TODO LO QUE ESPERA DE DIOS EL HOMBRE CRISTIANO,
ESPÉRELO CON PACIENCIA

SEGUID humildes y mansos los caminos rectos que el Señor os enseña y de los cuales dice el Salmo: "Dirigirá a los humildes en el juicio y enseñará a los mansos sus caminos"¹. Ninguno ciertamente puede en los trabajos de esta vida conservar constantemente la paciencia, sin la cual no puede guardarse la esperanza de la vida futura, sino el manso y humilde que no resiste a la voluntad de Dios, cuyo yugo es suave y cuya carga es ligera para los que creen a Dios, esperan en él y le aman. Siendo de este modo mansos y humildes, no sólo amaréis sus consuelos, sino que también toleraréis sus azotes, como buenos hijos; a fin de que esperando lo que no veis, los esperéis por la paciencia. Obrad así y así caminad, porque camináis en Cristo que dijo: "Yo soy el camino"². Aprended el modo de caminar en él, no sólo con su doctrina, sino también con su ejemplo. El Padre no perdonó por cierto a este su propio Hijo, y sí le entregó por todos nosotros, no repugnándolo en verdad

¹ Ps. 24, 3.² Joan. 14, 6.

el Hijo ni rehusándolo, y sí queriéndolo igualmente; porque es una la voluntad del Padre y del Hijo según la igualdad de la forma de Dios, en la que existiendo, no juzgó usurpación el ser igual a Dios; y singularmente obedeciendo según lo que a sí mismo se anonadó tomando la forma de siervo¹. Porque él nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, oblación y hostia para Dios en olor de suavidad². Así, pues, no perdonó el Padre a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, para que por nosotros se entregase también el mismo Hijo.

Por tanto, entregado aquel Excelso por quien fueron hechas todas las cosas; entregado en la forma de siervo al oprobio de los hombres y al desprecio de la plebe, a las afrentas, a los azotes, y a la muerte de cruz, nos enseñó con el ejemplo de su pasión la gran paciencia con que nosotros hemos de andar en él; y nos confirmó con el ejemplo de su resurrección lo que debemos esperar de él con la paciencia. "Porque si esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos"³. Ciertamente, esperamos lo que no vemos; pero somos el cuerpo de aquella cabeza en que se cumplió ya lo que esperamos. Porque de él mismo está escrito que es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y el primogénito que tiene el primado⁴; y de nosotros está escrito: "Mas vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros"⁵. "Si, pues, esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos", seguros; por cuanto el mismo que resucitó es nuestra cabeza, y guarda nuestra esperanza; y por cuanto fué azotada nuestra cabeza antes de que resucitase, afir-

¹ Phil. 2, 6.² Eph. 5, 2.³ Rom. 8, 25.⁴ 1^a. Cor. 12, 27.⁵ Col. 18.

mó nuestra paciencia. Escrito está, por cierto, que "El Señor corrige al que ama, y azota a todo hijo a quien recibe"¹. Por lo mismo, no desfallezcamos en el azote, para que nos alegremos en la resurrección. Tan verdad es que azota a todo hijo a quien recibe, que no perdonó ni aun a su Hijo único; antes le entregó por todos nosotros. Y así, mirando nosotros al que sin tener pecado fué azotado, al que murió por nuestros delitos y resucitó por nuestra justificación, no temamos que azotados seamos desechados; sino más bien confiemos en que, justificados, seremos recibidos.

Aun cuando no haya llegado todavía la plenitud de nuestro gozo, no obstante ni aun ahora mismo estamos privados de toda alegría. Por esta razón el mismo Apóstol que dice: "Si esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos", dice en otro lugar: "Alegres en la esperanza, sufridos en la tribulación"². (*Serm. 157, n. 2 y sigs.*)

¹ Hebr. 12, 6.

² Rom. 12, 12.

NOVIEMBRE

DE LA CARIDAD, LA MÁS EXCELENTE DE TODAS
LAS VIRTUDES, LA CUAL ES LA UNIÓN DEL
HOMBRE CRISTIANO CON DIOS

DÍA 1º.

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO CUÁN GRANDE ES
LA EXCELENCIA DE LA CARIDAD

"Os doy el mandato nuevo, que os améis mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si mutuamente os amareis vosotros"¹. Aquel que vino a cortar la corrupción de la carne por medio de la irrisión de la cruz, y a disolver la vejez del vínculo de la muerte nuestra con la novedad de la suya, hizo nuevo al hombre con un mandato nuevo. Era por cierto cosa vieja que el hombre muriese; y para que esto no tuviera siempre lugar en el hombre, se hizo la cosa nueva, que Dios muriese. Mas por cuanto murió en la carne, no en la divinidad, no permitió, por la vida eterna de la divinidad, que fuera eterna la muerte de la carne. Así como dice el Apóstol: "Murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación"², así también el que trajo la novedad de la vida contra la vejez de la muerte, opone el mandato nuevo contra el pecado viejo. Por esta razón, tú, cualquiera que desees extinguir el pecado viejo, extingue la codicia con el mandato

¹ Joan. 13, 34.

² Rom. 4, 25.

nuevo y abraza la caridad; porque así como la codicia es la raíz de todos los males, así también la caridad es la raíz de todos los bienes.

La caridad con que amamos a Dios y al prójimo posee segura toda la grandeza y latitud de las divinas sentencias. El único Maestro celestial nos enseña y dice: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos pende toda ley y los Profetas"¹. Si, pues, no tienes tiempo para registrar todas las sagradas páginas, para desenvolver todos los arcanos de las sentencias, y para penetrar todos los secretos de las Escrituras, ten la caridad de la que penden todas esas cosas; así tendrás lo que allí aprendiste, y tendrás también lo que todavía no has aprendido. Porque si conoces la caridad, conoces aquello de donde pende lo que quizá aún no conoces; en aquello que entiendes en las Escrituras, está patente la caridad, y en aquello que no entiendes, la caridad está oculta. Así es que el que tiene la caridad en las costumbres, tiene tanto lo patente como lo oculto en las divinas palabras.

Por lo mismo, hermanos, seguid la caridad, que es el dulce y saludable vínculo de las almas, y sin la cual el rico es pobre y con la cual el pobre es rico. Ella tolera las adversidades y tempera las prosperidades; ella es fuerte en los duros padecimientos y alegre en las buenas obras; segurísima en la tentación y dilatadísima en la hospitalidad; gozosísima entre los hermanos verdaderos y pacientísima entre los falsos. En Abel grata por el sacrificio, en Noé segura por el diluvio, en las peregrinaciones de Abrahán fidelísima, en las inju-

¹ Matt. 22, 37.

rias de Moisés mansísima, y en las tribulaciones de David humildísima. En los tres Mancebos espera inocentemente el fuego blando y en los Macabeos sufre valerosamente el fuego cruel. Casta en Susana para con el esposo, en Ana después del esposo y en María sin el esposo. Libre en Pablo para reprender y humilde en Pedro para obedecer; humana en los cristianos para confesar y divina en Cristo para perdonar. Pero ¿qué puedo yo decir de la caridad mayor y más copioso que las alabanzas que de ella entona el Señor por boca del Apóstol? El demuestra el camino sobresaliente, y dice: "Aunque yo hable en las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como el metal que suena, o como la campana que toca. Y aunque tuviera el don de profecía, y conociere todos los misterios y todas las ciencias, y aunque tuviere tal fe que traslade los montes, si no tengo caridad, nada soy. Y aunque donare todos mis bienes, y aunque distribuyere a los pobres todas mis cosas, y aunque entregare mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna; la caridad no tiene envidia, no obra inconsideradamente, no se envanece, no es ambiciosa, no busca sus comodidades, no se irrita, no piensa mal, no se alegra del mal de otros, y se congratula en el bien; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre. La caridad nunca perece"¹. ¡Cuánta es la grandeza de la caridad! Ella es el alma de la Escritura, la virtud de la profecía, la salud de los sacramentos, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, las riquezas de los pobres, y la vida de los que mueren. ¿Qué cosa más grande que morir

¹ 1.º Cor. 13.

por los impíos? ¿Qué cosa más benigna que amar a los enemigos? Sola la caridad es la que no se ofende de la felicidad ajena, porque no es envidiosa. Ella sola es la que no se exalta con la felicidad propia, porque no se infla. Ella sola es la que no punza la mala conciencia, porque no obra mal. Entre los oprobios es segura y entre los odios benéfica; entre las iras es apacible y entre las asechanzas inocente; entre las maldades gimiendo y en la verdad respirando. ¿Qué cosa más fuerte que ella, no para vengar las injurias, sino para perdonarlas? ¿Qué más fiel que ella, no para la vanidad, sino para la eternidad? Así es que en la vida presente lo tolera todo, porque todo lo cree de la futura; y sufre todos los males que aquí se envían, porque espera todos los bienes que para allí se prometen; justamente nunca perece. Por tanto, abrazad la caridad, y pensando santamente en ella, producid frutos de justicia; y todo cuanto vosotros hallareis en sus alabanzas mayor que lo que yo he podido decir, aparezca en vuestras costumbres. (*Serm. 350, nn. 1 y siguientes*).

DÍA 2

EL MAYOR ENCOMIO DE LA CARIDAD ES QUE EL MISMO
DIOS SE LLAMA CARIDAD

No sé que pudiera recomendárenos la caridad con más magnificencia que al decírsenos: "Dios es la caridad"¹. Alabanza breve, y alabanza grande; breve en las palabras y grande en la inteligencia. Muy pronto se dice, Dios es el amor. Esto es breve: si lo cuentas, es uno; mas si lo pesas, ¿cuánto es?

¹ 1ª. Joan. 4, 16.

Dios es el amor. "Y el que permanece —dice— en el amor, permanece en Dios y Dios en él". Sea Dios tu casa y sé tú la casa de Dios; permanece tú en Dios y permanezca Dios en ti. Dios permanece en ti para contenerte, y tú permaneces en Dios para no caer; porque de la misma caridad dice el Apóstol: "La caridad nunca cae"¹. ¿Cómo cae aquél a quien Dios contiene? (*Tract. 9 in Ep. Joan., n. 1*).

"Dios es el amor". Ya lo dijo antes, y ve que vuelve a decirlo. No se te pudo encomendar más el amor, que llamándole Dios. Quizá te atreverías a despreciar el don de Dios; ¿desprecias también al mismo Dios? "Dios es el amor". (*Tract. 8, in Ep. Joan., n. 14*).

Ninguno vió jamás a Dios: es una cosa invisible, y ha de buscarse, no con el ojo, sino con el corazón. Mas así como queriendo ver a este sol, limpiaríamos los ojos del cuerpo como medio para poder ver su luz; así queriendo ver a Dios, limpiemos el ojo con que Dios puede ser visto. ¿Dónde está ese tal ojo? Oye al Evangelio: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"². Pero nadie se imagina a Dios por el deseo de los ojos. Puede alguno figurarse o una forma inmensa, o extender por los lugares alguna grandeza inestimable, al modo que aumenta cuanto puede por los campos esta luz que ve con los ojos corporales, o formar en su imaginación algún anciano de figura venerable. Nada de esto pienses. Una cosa has de pensar, si quieres ver a Dios: "Dios es el amor". (*Tract. 7, in Joan., n. 10*).

Vemos que "Dios es el amor"; si queremos estar en Dios, ¿para qué ir y correr a lo alto de los cielos y a lo profundo de la tierra, buscando al que está

¹ 1ª. Cor. 13, 8.

² Matt. 5, 8.

en nosotros? Nadie diga que no conoce lo que ha de amar. Ame a lo humano y amará al mismo amor; porque más bien conoce al amor con que ama, que al hermano a quien ama. Ved cómo ya puede tener a Dios más conocido que al hermano; ciertamente más conocido, porque más presente; más conocido, porque más interior; más conocido, porque más cierto. Abraza al amor Dios, y en el amor abraza a Dios. Este es el amor que enlaza con el vínculo de la santidad a todos los ángeles buenos y a todos los siervos de Dios, y el que une a nosotros y a ellos recíprocamente y a todos consigo mismo. Así es que cuanto más sanos estamos del tumor de la soberbia, tanto más llenos estamos del amor; y de qué está lleno sino de Dios el que está lleno del amor? (*Lib. 8, Trinit., c. 8*).

¿Qué más pudo decirse, hermanos? Aunque en las páginas de esta Epístola de San Juan no se dijera alabanza alguna del amor, y nada se dijera en las demás páginas de las Escrituras, con oír solamente esta voz del Espíritu de Dios: "Dios es el amor", nada más deberíamos desear. Ved ya que el obrar contra el amor, es obrar contra Dios. Ninguno diga: Cuando no amo a mi hermano, peco contra el hombre, y contra el hombre es fácil pecar; sólo contra Dios no quiero pecar. ¿Y cómo no pecas contra Dios, pecando contra el amor? "Dios es el amor". ¿Son por ventura nuestras estas palabras? Si yo dijera: "Dios es el amor", quizá se escandalizaría alguno de vosotros, y diría: ¿Qué ha dicho?, ¿qué ha querido decir con las palabras "Dios es el amor"? Hermanos, Dios es el que dió el amor, Dios es el que comunicó el amor. De Dios es el amor: "Dios es el amor". Ahí tenéis las Escrituras de Dios. (*Tract. 7, in Ep. Joan., nn. 4 y 5*).

DÍA 3

LA CARIDAD ES EL MANDATO QUE TANTO NOS ENCOMENDÓ CRISTO COMO SUYO Y COMO NUEVO

"ÉSTE es mi mandato: que os améis mutuamente como yo os he amado"¹. Ya antes había dicho también esta sentencia en estas palabras: "Os doy el mandato nuevo, que os améis mutuamente, como yo os he amado, para que también vosotros os améis recíprocamente"². Y así la repetición de este mandato es su recomendación; pues sólo hay la diferencia de que allí dice: "Os doy el mandato nuevo"; y aquí dice: "Éste es el mandato mío"; allí le llama nuevo, como si antes no hubiera tal mandato, y aquí le llama suyo, como si ninguno otro mandato nos impusiera. Pero díjose allí "nuevo", para que no continuemos en nuestra vejez del pecado; y aquí se dijo "mío", para que no le miremos con desprecio. Y al decir aquí: "Éste es el mandato mío", como si no hubiera otro, ¿qué pensamos, hermanos míos? ¿Tenemos acaso solamente el mandato de este amor con que nos amamos mutuamente? ¿No tenemos también otro mayor de amar a Dios? ¿O de tal modo nos ha mandado Dios el solo amor, que no busquemos otra cosa? Tres son las cosas que encomienda ciertamente el Apóstol, diciendo: "Permanecen, pues, la fe, la esperanza y la caridad, estas tres cosas: mas la mayor de ellas es la caridad"³. Aunque los otros dos preceptos se encierran en la caridad, esto es, en el amor; con todo, la caridad se dice ser mayor, no sola. Y a la verdad, ¿quién puede recopilar, quién es capaz de enumerar lo mucho que nos está man-

¹ Joan. 15, 12.² Joan. 13, 34.³ 1^a. Cor. 13, 13.

dado sobre la fe y lo mucho sobre la esperanza? Pero miremos lo que dice el mismo Apóstol: "La plenitud de la ley es la caridad" ¹. Luego donde está la caridad, ¿qué es lo que puede faltar? El demonio cree y no ama, mas ninguno ama que no crea. Aunque sea en vano, puede sin embargo esperar el perdón el que no ama; mas ninguno que ama puede desesperar. Así es que donde está el amor, allí está necesariamente la fe y la esperanza; y donde está el amor del prójimo, allí está también necesariamente el amor de Dios. Porque quien no ama a Dios, ¿de qué modo ama al prójimo como a sí mismo, siendo así que ni aun a sí mismo se ama? Es en verdad impío e inicuo; y el que ama la iniquidad no ama, sino que abiertamente aborrece a su alma ². Cumplamos, pues, este precepto del Señor de amarnos recíprocamente, y haciéndolo así, cumpliremos todo lo demás que nos manda, por cuanto en este precepto tenemos todos los demás. Diferénciase en verdad este amor de aquél con que los hombres se aman mutuamente como hombres; pues para que se conociese la diferencia, añadió el Salvador: "Como yo os he amado". ¿Y para qué fin nos ama Cristo, sino para que podamos reinar con Cristo? De consiguiente amémonos también nosotros mutuamente, para que se diferencie nuestro amor del de aquellos que no se aman mutuamente con dicho fin, porque realmente no se aman. Los que se aman a sí mismos son aquellos que se aman para tener a Dios; luego para amarse a sí mismos, aman a Dios. No se halla en todos los hombres este amor; y son pocos los que se aman con el fin de que sea Dios todas las cosas en todos ³. (*Tract. 83, in Joan., nn. 2 y 3*).

¹ Rom. 13, 10.² Ps. 10, 6.³ 1^a. Cor. 15, 28.

DÍA 4

LA CARIDAD JUNTA CON CRISTO AL HOMBRE CRISTIANO
AUN EN ÉSTA VIDA MORTAL Y LE HACE ESTAR
UNIDO A DIOS

Todo amor o sube o baja; porque con el deseo bueno nos levantamos a Dios, y con el malo nos precipitamos a lo profundo. Mas por cuanto ya caímos resbalados por el mal deseo, réstanos que conociendo al que vino a nosotros no cayendo, sino descendiendo, nos unamos a él para subir: porque no podemos con nuestras propias fuerzas. El mismo Jesucristo Señor nuestro dijo: "Ninguno sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo" ¹. Como de sí solo parece haberlo dicho. ¿Luego quedaron abajo todos los demás, porque subió solo el que solo descendió? ¿Qué deben hacer los demás? Unirse al cuerpo del mismo, para que sea un solo Cristo el que bajó y el que subió. Bajó la Cabeza y subió con el cuerpo, vestido de la Iglesia suya a la que sin mancha ni arruga desposó consigo ². Subió, pues, solo. Pero cuando nosotros estamos con él, de tal modo que seamos en él miembros suyos, es también solo con nosotros, y por lo mismo uno y siempre uno. La unidad nos compagina a uno; y sólo no suben con él los que se negaren a ser uno con él.

Ya, pues, por cuanto el mismo que está en el cielo, inmortal en la carne resucitada en que fué mortal por tiempo, sin padecer allí persecución alguna ni nada de las maldades y oprobios que toleró aquí cuando se dignó sufrirlo todo por nos-

¹ Joan. 3, 13.² Eph. 5, 22.

otros, y sin embargo, compadecido del cuerpo suyo que trabajaba en la tierra, dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"¹; clamando del cielo que padecía persecución, cuando ya nadie tocaba a él mismo; en vista, pues, de esto no debe faltarnos la esperanza; antes bien debemos tenerle gran confianza, que si él mismo está con nosotros en la tierra por la caridad, por la misma estamos también nosotros con él en el cielo. Hemos dicho de qué manera está Cristo con nosotros en la tierra, y la voz que dirigió desde el cielo diciendo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"; siendo así que Saulo ni le tocaba ni le veía. ¿Y cómo se manifiesta que nosotros estamos también con él en el cielo? Con las palabras del mismo Apóstol San Pablo que dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que hay arriba donde Cristo está sentado en la diestra de Dios; sabed las cosas que hay arriba, no las que hay sobre la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"². Luego él está todavía abajo, y nosotros ya estamos arriba. Él está abajo por la compasión de la caridad, y nosotros estamos arriba por la esperanza de la caridad. "Porque nos hemos hecho salvos por la esperanza"³. (*Enar. in Ps. 122, n. 1*).

"Mi alma está pegada en pos de ti"⁴. Ved al deseoso, ved al sediento, ved de qué modo está pegado a Dios. Nazca en nosotros este afecto. Si ya brota, riéguese y crezca; llegue a tal robustez, que digáis también vosotros con todo el corazón: "Mi alma está pegada en pos de ti". ¿Dónde está el gluten mismo? El gluten mismo es la caridad. Ten caridad para que con ese gluten esté tu alma

¹ Act. 3, 4. ² Coloss. 3, 1. ³ Rom. 8, 24. ⁴ Ps. 62, 3.

pegada en pos de Dios. No con Dios, sino en pos de Dios; para que él preceda y tú sigas. Porque el que quisiere anteceder a Dios, quiere vivir por su consejo, y no quiere seguir los preceptos de Dios. Por esto fué rechazado Pedro cuando quiso dar consejo a Cristo que iba a morir por nosotros. Pedro era flaco todavía y no conocía la grande utilidad que el género humano tendría en la sangre de Cristo; mas el Señor que había venido a redimirnos y a dar su sangre como precio nuestro, comenzó a anunciar su pasión. Estremeciósese Pedro con este anuncio, deseando que el Señor viviese siempre como entonces le veía; y por cuanto guiado por los ojos de la carne estaba dominado del afecto carnal hacia el Señor, le dijo: "Lejos de ti eso, Señor, no te sucederá tal". Y el Señor le contestó: "Vuelve en pos de mí Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres"¹. ¿Por qué las cosas que son de los hombres? Porque quieres antecederme. Vuelve en pos de mí, para que me sigas; para que siguiendo ya a Cristo, dijese: "Mi alma está pegada en pos de ti". (*Enar. in Ps. 62, n. 17*).

DÍA 5

LA CARIDAD ES EL VESTIDO NUPCIAL CON QUE DEBE
ADORNARSE EL HOMBRE CRISTIANO SI DESEA MERECEER
EL CELESTIAL CONVITE

RECIBID el vestido nupcial. Pero me diréis que os explique cuál es el vestido nupcial. Es sin duda alguna aquel vestido que no tienen sino los buenos, que han de quedar en el convite, que han de ser

¹ Matt. 56, 22.

reservados para el convite adonde ningún malo se acerca y que han de ser conducidos por la gracia del Señor; éstos son los que tienen el vestido nupcial. Busquemos, pues, hermanos míos, busquemos entre los fieles quiénes son los que tienen alguna cosa que no tienen los malos, y esa cosa es el vestido nupcial. Si dijéremos que lo son los Sacramentos, veis de qué modo son comunes a los malos y a los buenos. ¿Lo es el Bautismo? Ninguno llega en verdad a Dios sin el Bautismo; pero no todo el que tiene el Bautismo llega a Dios. Por tanto, no puedo entender que el vestido nupcial sea el Bautismo, esto es, el mismo Sacramento, por ser vestido que veo en los buenos y en los malos. ¿Es acaso el altar, o lo que del altar se recibe? Vemos que muchos comen del altar y comen y beben su propio juicio. ¿Pues qué es? ¿Es el ayunar? También ayunan los malos. ¿Es el concurrir a la iglesia? También concurren los malos. ¿Es, en fin, el hacer milagros? No sólo los hacen los buenos y los malos, sino que a veces no los hacen los buenos. Ved cómo en el antiguo pueblo los magos de Faraón hacían milagros y los israelitas no los hacían; en los israelitas solamente los hacían Moisés y Aarón; los demás no los hacían; pero sí los veían, temían y creían. Y los magos de Faraón que hacían milagros, ¿eran por ventura mejores que el pueblo de Israel que no podía hacerlos y con todo pertenecía a Dios? En la Iglesia misma, oye al Apóstol decir: "¿Acaso son todos Profetas? ¿Acaso tienen todos el don de curaciones? ¿Acaso tienen todos el don de lenguas?"¹ ¿Cuál, pues, es aquel vestido nupcial? El vestido nupcial es éste: "Mas el fin del precepto —dice el Apóstol— es la caridad del

¹ 1ª. Cor. 12, 29.

corazón puro y de la conciencia buena, y de la fe no fingida"¹. Éste es el vestido nupcial. No cualquiera caridad; pues que muchas veces parecen amarse aun los hombres de mala conciencia. Los que se juntan para robar, los que se juntan para los maleficios, los que a la vez aman a los histriones, los que a la vez claman a los aurigas y cazadores, se aman frecuentemente; pero no hay en ellos la caridad del corazón puro y de la conciencia buena y de la fe no fingida. Tal caridad es el vestido nupcial. "Aunque hable en las lenguas de los hombres y de los Ángeles, si no tengo caridad, soy —dice el Apóstol— como el vaso de metal que suena, o como la campana que tañe"². Llegaron las lenguas solas, y se les dice: ¿Por qué habéis entrado aquí no teniendo el vestido nupcial? "Aunque tuviere —dice— la Profecía, y supiere todos los misterios y toda ciencia, y tuviere fe de tal modo que traslade los montes, si no tengo caridad, nada soy". Ved ahí los milagros de los hombres que muchas veces no tienen el vestido nupcial; y el Apóstol dice: aunque tenga estas cosas, si no tengo a Cristo, nada soy. Nada, dice, soy. ¿Luego nada es la profecía? ¿Luego nada es la ciencia de los Misterios? No digo que esas cosas son nada; pero yo aunque las tenga, si no tengo caridad, nada soy. ¿Cuántas cosas buenas nada aprovechan sin un solo bien? No teniendo la caridad, si doy limosnas a los pobres, si confieso el nombre de Cristo hasta la sangre y el fuego, puedo hacer todo esto también por vanagloria, y todo es inútil. Y porque estas obras pueden también hacerse vacías por el amor de la propia alabanza y no llenísimas de piedad por la caridad, oye cómo las menciona también

¹ 1ª. Tim. 1, 5.

² 1ª. Cor. 13, 1.

el Apóstol: "Si distribuyere todo lo que tengo entre los pobres y si entregare mi cuerpo de tal modo que arda, no teniendo caridad, nada me aprovecha". Éste es el vestido nupcial. Preguntaos a vosotros mismos si le tenéis, y estáis seguros en el convite del Señor. Dos cosas hay en el hombre, la caridad y la concupiscencia. Nazca en ti la caridad si no ha nacido todavía; y si ha nacido, aliméntese, nútrase y crezca. Y si bien la concupiscencia no puede extinguirse enteramente en esta vida, porque: "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y no está con nosotros la verdad"¹; y en cuanto está en nosotros la concupiscencia, en tanto no estamos sin pecados; crezca la caridad, y mengüe la concupiscencia; para que algún día quede aquella perfeccionada, y ésta consumida. Vestíos vosotros del vestido nupcial; hablo a vosotros los que todavía no la tenéis. Ya estáis dentro, ya os habéis acercado al convite y aún no tenéis el vestido en honor del Esposo; buscáis todavía las cosas vuestras, y no las que son de Jesucristo. El vestido nupcial se recibe por cierto en honor del desposorio, es decir, del Esposo y de la Esposa. Conocéis al Esposo, que es Cristo. Conocéis a la Esposa, que es la Iglesia. Honrad al que se desposa, honrad a la desposada. Si honráis bien a estos contrayentes, seréis vosotros sus hijos. (*Serm. 30, nn. 5 y 6*).

¹ 1^a. Joan. 1, 8.

DÍA 6

LA CARIDAD HACE AL HOMBRE CRISTIANO, DE CIUDADANO DE BABILONIA, CIUDADANO DE LA JERUSALÉN CELESTIAL

VED LOS nombres de las dos ciudades: Babilonia y Jerusalén. Babilonia se interpreta confusión y Jerusalén visión de paz. Atended ahora a la ciudad de confusión, para que entendáis la visión de paz, toleréis aquella, y suspiréis por ésta. ¿De dónde pueden discernirse estas dos ciudades? ¿Podemos acaso ahora separar una de otra? Mezcladas están, y desde el principio mismo del género humano corren mezcladas hasta el fin del mundo. Jerusalén principió por Abel, y Babilonia por Caín, y los edificios de ambas ciudades se formaron, por cierto, después. Aquella Jerusalén se fundó en la tierra de los jebuseos; porque primeramente se llamaba Jebus, y de allí fué arrojada la gente de los jebuseos, cuando el pueblo de Dios fué sacado de Egipto e introducido en la tierra de promisión. Babilonia fué fundada en las regiones interiores de la Persia y por largo tiempo dominó a las demás gentes. Así, pues, estas dos ciudades se fundaron en ciertos tiempos para que fuesen figura de las dos ciudades que comenzaron en el principio del mundo y han de continuar hasta su fin, pero que entonces han de ser separadas. ¿Y de dónde podemos manifestar ahora esas dos ciudades que están mezcladas? El Señor las manifestará cuando ponga a unos a la diestra y a otros a la siniestra. Jerusalén estará a la diestra, y a la siniestra estará Babilonia. Jerusalén ha de oír: "Venid, benditos de mi Padre, percibid el reino que os está preparado desde el

origen del mundo" ¹. Babilonia ha de oír: "Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles". Podemos sin embargo presentar alguna señal por la cual los piadosos fieles ciudadanos de Jerusalén se distingán, aun en este tiempo, de los ciudadanos de Babilonia. Dos son los amores que hacen a estas dos ciudades: el amor de Dios hace a Jerusalén, y el amor del siglo hace a Babilonia. Por tanto examine cada uno en sí mismo lo que ama y hallará de dónde es ciudadano; y si hallare ser ciudadano de Babilonia, extirpe la concupiscencia y plante la caridad; mas si se hallare ciudadano de Jerusalén, tolere la cautividad y espere la libertad. Por cierto, muchos ciudadanos de la santa madre Jerusalén se hallaban corrompidos en los apetitos de Babilonia, y se habían hecho como ciudadanos suyos por la corrupción misma de los apetitos; y muchos están así todavía, y muchos después de nosotros estarán de ese modo en esta tierra; pero el Señor fundador de Jerusalén conoce a los que predestinó para ser ciudadanos de ella, y a los que ve aún bajo la dominación del diablo para ser redimidos con la sangre de Cristo; conócelos el Señor antes que ellos mismos se conozcan. Comienza a salir el que comienza a amar. Salen por cierto muchos secretamente, y los pies de los que salen son los afectos del corazón; salen, pues, de Babilonia. ¿Qué es de Babilonia? De la confusión. ¿Y cuándo se sale de Babilonia, esto es, de la confusión? Los que antes estaban confundidos con los mismos apetitos, comienzan a distinguirse por la caridad; y ya distinguidos, no están confundidos. Aunque todavía están mezclados en el cuerpo, no obstante se distinguen en el santo deseo; y aunque

¹ Matt. 25, 34.

todavía no han salido en cuanto a la mezcla corporal, ya han comenzado a salir en cuanto al afecto. Oigamos, pues, ya, hermanos, oigamos y cantemos, y deseemos los gozos de donde somos ciudadanos. ¿Y cuáles son los gozos que se nos cantan? ¿De qué manera se reforma en nosotros el amor de la ciudad nuestra que habíamos olvidado con nuestra larga peregrinación? Habíamos olvidado nuestra ciudad; pero nuestro Padre nos ha enviado cartas desde allí, Dios nos ha suministrado las Escrituras con cuyas cartas se formase en nosotros el deseo de volver; porque amando nuestra peregrinación, habíamos vuelto la cara a los enemigos y la espalda a la patria. ¿Qué se canta, pues, aquí?

"Te corresponde el himno, oh Dios, en Sión" ¹.

Aquella patria es Sión; la misma es Jerusalén que Sión; y debéis conocer la interpretación de este nombre. Así como Jerusalén se interpreta visión de paz, así Sión se interpreta explotación, esto es, visión y contemplación. Prométesenos no sé qué grande espectáculo, y éste es el mismo Dios que forma la ciudad. "Te corresponde el himno, oh Dios", dice. Pero ¿dónde? "En Sión"; en Babilonia no te corresponde. Porque ciertamente, en comenzando cualquiera a renovarse, ya canta con el corazón en Jerusalén, a cuyo propósito dice el Apóstol: "Nuestra conversación es en los cielos. Porque andando —dice— en la carne, no militamos según la carne" ². Ya estamos allí con el deseo, ya hemos echado en aquella tierra el áncora de la esperanza para no naufragar aturdidos en este mar. En efecto, así como de la nave que está en áncoras decimos justamente que ya está en tierra; porque si bien fluctúa todavía, ya está en cierto modo sacada a

¹ Ps. 64, 1.

² Phil. 3, 20.

tierra contra los vientos y las tempestades; así fundada nuestra esperanza en aquella ciudad de Jerusalén contra las tentaciones de esta nuestra peregrinación, hace que no seamos arrebatados hacia los peñascos. Así es que el que canta según esta esperanza, allí canta; diga, pues: "Te corresponde el himno, oh Dios, en Sión". "En Sión", no en Babilonia. Pero ¿está ahora todavía allí en Babilonia? Allí estoy, dice este amador y este ciudadano; allí estoy; pero con la carne, no con el corazón; y habiendo dicho estas dos cosas, estoy allí con la carne, no con el corazón; en lo que canto, no estoy allí; porque no canto en la carne, sino en el corazón. El sonido de la carne le oyen en verdad aun los ciudadanos de Babilonia, mas el sonido del corazón le oye el fundador de Jerusalén. Por esta razón exhortando el Apóstol a los mismos ciudadanos a que entonen ciertos cánticos amatorios y a que tengan deseos de volver a aquella hermosísima ciudad visión de paz, dice: "Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones"¹. ¿Qué es cantando en vuestros corazones? No cantéis de donde estáis en Babilonia; y sí cantad de donde habitáis arriba. Luego "te corresponde el himno, oh Dios, en Sión". En Sión te corresponde el himno, no en Babilonia. Los ciudadanos de Babilonia que cantan en Babilonia, no cantan decentemente aún el himno de Dios. Oye la voz de la Escritura: "No es hermosa la alabanza en la boca del pecador"². "Te corresponde el himno, oh Dios, en Sión". (*Enar. in Ps. 64, nn. 2 y 3*).

¹ Eph. 5, 19.² Eccli. 15, 9.

DÍA 7

LA CARIDAD ENSEÑA AL HOMBRE CRISTIANO A BUSCAR LAS COSAS QUE SON VERDADERAMENTE BUENAS

SEA árbol bueno cada cual; y no juzgue tener frutos buenos, si persevera árbol malo. No será buen fruto, sino el del buen árbol. Muda el corazón, y mudarás la obra. Extirpa la codicia, y planta la caridad; porque así como la codicia es la raíz de todos los males¹, así la caridad es la raíz de todos los bienes. ¿Por qué, pues, murmuran los hombres entre sí, y disputan diciendo, qué es lo bueno? ¡Oh, si supieras lo que es lo bueno! Lo que quieres tener no es muy bueno; lo bueno es lo que no quieres ser. Quieres, por cierto, tener la salud del cuerpo; esto es bueno; pero no reputes gran bien lo que tiene también el malo. Deseas tener oro y plata; aun digo que esto es bueno; pero si usares bien de ello; mas no usas bien de ello, si tú fueres malo. Por eso el oro y la plata son un mal para los malos y son un bien para los buenos; no porque los hacen buenos el oro y la plata, sino porque hallándolos buenos se convierten en buen uso. ¿Quieres tener honores? Buenos son; pero si también usas de ellos debidamente. ¿Para cuántos no han sido los honores ocasión de ruina? ¿Para cuántos no han sido ejercicio de buenas obras?

Discernamos, pues, estos bienes si podemos. Y aquí no debe pensar cualquiera en otra cosa que en volver los ojos hacia sí mismo, aprenderse, examinarse, observarse, buscarse y encontrarse; matar lo que desagrada y desear y plantar lo que es grato. Porque hallándose el hombre vacío de los

¹ 1^a. Tim. 6, 10.

bienes mejores, ¿a qué ansiar los bienes exteriores? ¿Qué aprovecha el arca llena de bienes, estando vacía la conciencia? ¿Quieres tener bienes y no quieres ser tú bueno? ¿No ves que debes avergonzarte de tus cosas buenas, si estando tu casa llena de ellas te tiene a ti malo? ¿Qué cosa es la que quieres tener mala? Ninguna absolutamente. No quieres tener mala la mujer, ni el hijo, ni la hija, ni el siervo, ni la criada, ni la finca, ni la túnica, y, en fin, ni aun el calzado y, sin embargo, quieres tener la vida mala. Yo te ruego que antepongas tu vida a tu calzado. Todas las cosas elegantes y bellas que están a tu vista, son para ti estimadas; ¿y tú eres vil y feo para ti mismo? Si pudieran responderte las cosas buenas de que está llena tu casa que deseaste tener y que temiste perder, ¿no clamarían acaso y te dirían: Así como tú quieres tenernos buenas, así también nosotras queremos tener un Señor bueno? En voz secreta interpelan contra ti a tu Señor y le dicen: Ve que has dado a éste tantas cosas buenas y él es malo. ¿Qué le aprovecha lo que tiene cuando no tiene al mismo que se lo dió todo?

Movido, pues, alguno por estas mis palabras y acaso compungido, deseará saber qué es lo bueno, cuál es lo bueno y de dónde es lo bueno. Bien has entendido que debes inquirir esto. Yo responderé al que lo desea y le diré: Lo bueno es aquello que no puedes perder contra tu voluntad. Puedes por cierto perder el oro, aunque no quieras; puedes perder la casa, puedes perder los honores, puedes perder la salud misma del cuerpo; mas lo bueno que te hace verdaderamente bueno, ni lo recibes sin querer, ni sin querer lo pierdes. (*Serm. 72, nn. 4, 5 y 6*).

Oigamos al Señor que nos promete fidelísimamente aquella vida que debemos desear con ardor sumo y que como en un sermón predicado a todo el mundo, clama: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os repararé. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; porque soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas" ¹. Esta disciplina de piadosa humildad arroja del ánimo y en cierto modo hace expirar a la hinchada y turbulenta codicia, ávida de las cosas que no están en nuestra potestad. El trabajo está ciertamente donde se buscan y aman muchas cosas, para cuya consecución y conservación no basta la voluntad, por no tener la consiguiente facultad. Mas la vida justa está a la mano cuando queremos; porque el quererla plenamente es la justicia, y la justicia nada más requiere para su perfección que la perfecta voluntad. Ve si hay trabajo donde basta el querer. Por esto se dijo divinamente: "Paz en la tierra para los hombres de buena voluntad" ². Donde está la paz, allí está el descanso; donde está el descanso, allí está el fin de apetecer y la ninguna causa de trabajar. Mas para que sea plena esta voluntad, conviene que sea sana; y será sana si no repugna al médico con cuya sola gracia puede sanar de la enfermedad de los deseos nocivos. Pues ese Médico es el mismo que clama: Venid a mí todos los que trabajáis, llamando suave al yugo suyo y ligera a su carga; porque derramada por el Espíritu Santo la caridad en nuestros corazones, se amará en verdad lo que se manda, y no será áspero ni trabajoso si bajo este yugo se sirve con cerviz tanto más libre, cuanto menos hinchada. Y ésta es la carga

¹ Matt. 11, 28.

² Luc. 2, 14.

única que no agobia al que la lleve y sí le aligera. Si se aman las riquezas, guárdense donde no pueden perecer. Si se ama el honor, téngase donde ningún indigno es honrado. Si se ama la salud, deséese conseguirla donde no se teme perderla. Si se ama la vida, adquiérase donde ninguna muerte la pone fin. (*Epist. 127, n. 5*).

DÍA 8

LA CARIDAD HACE LEVES Y SUAVES PARA EL HOMBRE CRISTIANO LAS COSAS QUE PARECEN PESADAS Y ÁSPERAS

DURO y pesado parece lo que el Señor mandó diciendo que si alguno quiere seguirle se niegue a sí mismo; pero no es duro ni pesado lo mandado por aquel que ayuda para que se haga lo que manda. Por tanto es verdadero aquello que se le dice en el Salmo: "Por las palabras de tus labios guardé yo los caminos duros"¹; y es verdadero aquello que él mismo dijo: "Mi yugo es suave y mi carga es ligera"²; porque la caridad hace ligero todo lo que es duro en los preceptos. Sabemos lo mucho que hace el amor. El mismo amor es muchas veces réprobo y lascivo; ¿cuántas cosas duras han sufrido los hombres, cuántas cosas indignas e intolerables han soportado para conseguir lo que amaron; ya sea amador del dinero, que se llama avaro; ya sea el hombre amador de honores, que se llama ambicioso; ya sea amador de los cuerpos hermosos, que se llama lascivo? ¿Quién puede numerar todos los amores? No obstante, considerad cuánto trabajan todos los amadores, sin sentir lo que trabajan; y cuando el trabajo se les prohíbe, entonces es cuando

¹ Ps. 16, 4.

² Matt. 11, 30.

más trabajan. Siendo, pues, los más de los hombres tales cuales son los amadores, y no debiendo cuidarse en la vida de otra cosa, que de elegir aquello que merece ser amado; ¿por qué admiras que el que ama a Cristo y quiere seguir a Cristo, se niegue a sí mismo en fuerza del amor? (*Serm. 96, n. 1*).

Todas las cosas se hacen fáciles a la caridad; para ella sola es leve la carga de Cristo, o mejor dicho, esta es la única carga leve para ella. En atención a esto, se dijo: "Y sus preceptos no son pesados"¹, para que aquel a quien parecen pesados, considere que no pudo decirse divinamente: "No soy pesado", sino porque puede tener lugar el afecto del corazón, para el cual no son pesados, y pida lo que le falta, para que cumpla lo que se manda. Convertido, pues, cada uno al Señor su Dios de todo su corazón y de toda su alma, no tendrá por pesado el mandato de Dios. ¿Cómo puede por cierto ser pesado siendo mandato de amor? Porque, o el hombre no ama y por lo mismo es grave para él; o ama, y entonces no puede serle grave. Y ama, si se convirtiere al Señor su Dios de todo su corazón y de toda su alma. "Os doy —dice— el mandato nuevo, que os améis mutuamente"². "El que ama al prójimo, cumplió la ley"³. Y "la plenitud de la ley, la caridad". Según esto y aquello, se dijo: "Si anduvieran las buenas sendas, habrían encontrado en verdad leves las sendas de la justicia"⁴. ¿Cómo, pues, se dice: "Por las palabras de tus labios guardé yo los caminos duros"; sino por ser verdadero que son duros para el temor y leves para el amor? (*Lib. De Natura et Gratia, c. 69*).

¹ 1^a. Joan. 5, 3.

² Joan. 13, 34.

³ Rom. 13, 8.

⁴ Prov. 2, 20.

En los preceptos de Dios trabajan los que remiéndolos procuran cumplirlos; mas la perfecta caridad echa fuera al temor y hace que la carga del precepto no sólo no agobie como los otros pesos, sino que levante haciendo las veces de alas. (*Lib. de perfectione justitiae hominis, c. 10*).

Los trabajos de los que aman, de ningún modo son pesados, sino más bien deleitan, como los trabajos de los cazadores, pescadores y demás que se recrean en algún juego. Interesa, pues, la elección de lo que ha de amarse; porque en lo que se ama, o no se trabaja, o el trabajo es amado. Y ve cuán digno es de vergüenza y dolor que deleite el trabajo para cazar una fiera, para llenar la cuba y el saco, para tirar la pelota, y no deleite para adquirir a Dios. (*Lib. de Bono Viduitatis, c. 21*).

DÍA 9

LA CARIDAD ES EL YUGO SUAVE Y LA CARGA LEVE DE CRISTO

HERMANOS míos, admíranse ciertos hombres cuando oyen al Señor decir: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os repararé. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera"¹; y consideran que los que han aceptado ese yugo con cerviz intrépida y recibido esa carga con mansísimos hombros, se hallen agitados y ejercitados con tantas dificultades de este siglo, que parecen llamados, no de los trabajos al descanso, sino del descanso al trabajo;

¹ Matt. 11, 28.

y más diciendo también el Apóstol: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución"¹. En vista de esto dicen: ¿De qué modo es el yugo suave y la carga leve, cuando el llevar ese yugo y esa carga no es otra cosa que vivir piadosamente en Cristo? ¿Y cómo se dice: "Venid a mí todos lo que trabajáis y estáis cargados y yo os repararé"; y no se dice más bien: Venid los que estáis en el ocio, para que trabajéis? Porque ociosos encontró a los que condujo a la viña, para que sufriesen el peso del día. Y bajo ese yugo suave y carga ligera oímos al Apóstol decir: "Encomendándonos a nosotros mismos en todas las cosas como ministros de Dios en mucha paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en las plagas, etc."². Y en otro lugar de la misma Epístola dice: "Cinco veces he recibido de los judíos treinta y nueve azotes; tres veces he sido azotado con varas, y una vez he sido apedreado, tres veces he naufragado, un día y una noche he estado en lo profundo del mar"³; y los demás peligros, que si bien pueden numerarse, no pueden tolerarse sino con el auxilio del Espíritu Santo.

Sufría, pues, con frecuencia y abundancia todas aquellas cosas ásperas y pesadas que enumeró; pero le asistió en verdad el Espíritu Santo, que en la corrupción del hombre exterior renovase de día en día al interior; y gustado el descanso espiritual en la abundancia de las delicias de Dios, suavizase todas las cosas ásperas y aligerase todas las pesadas con la esperanza de la bienaventuranza futura. Ved cuán suave era el yugo de Cristo que llevaba y cuán ligera su carga; hasta el punto de llamar leve tribulación a todos los trabajos referidos que, por

¹ 2ª. Tim. 3, 12. ² 2ª. Cor. 6, 4. ³ 2ª. Cor. 11, 24.

duros y crueles, espantan a todo oyente; mirando el Apóstol con interiores y fieles ojos, con cuánto precio de las cosas temporales ha de comprarse la vida futura, para no padecer los trabajos eternos de los impíos, y para gozar sin solicitud alguna de la felicidad eterna de los justos. Los hombres sufren el hierro y el fuego, para que con el precio de dolores más agudos se rediman, no de los dolores eternos, sino de los de alguna úlcera de larga duración. El soldado se quebranta en guerras cruelesísimas, para tener brevísimo descanso a lo último de su vida lánguida e incierta; durando quizá más sus inquietudes en los muchos años de trabajos, que la quietud que espera tener en el descanso. ¿Qué tempestades y borrascas, qué horribles y tremendos rigores del cielo y del mar no han sufrido los mercaderes para adquirir las vanas riquezas llenas de peligros y tempestades mayores que con las que fueron adquiridas? ¿Qué calores, qué fríos, qué peligros por parte de los caballos, de las fosas, de los precipicios, de los ríos y de las fieras no sufren los cazadores; qué trabajos de hambre y sed, qué angustias en comidas y bebidas las más viles e inmundas no toleran para cazar una bestia? Y a veces ni aun son necesarias para su alimento las carnes de la bestia misma, por cuya caza sufren tantos trabajos; y aunque sea jabalí o ciervo lo que cace, es más suave para el ánimo del cazador por haberle cogido que para el paladar del que le coma por tenerle cocido.

Y todas estas molestias, los que no las aman, las padecen como pesadas; mas los que las aman, las padecen en verdad, pero sin que les parezcan graves; porque el amor hace de un todo fáciles y casi nulas todas las cosas duras y aflictivas. Ahora

bien, ¿cuánto más segura y fácilmente ejecuta la caridad por la verdadera bienaventuranza aquello que, cuanto ha podido, ha ejecutado la codicia por la miseria? ¿Cuánto más fácilmente se tolera cualquiera adversidad por evitar la pena eterna y conseguir el eterno descanso? No sin razón aquel Vaso de elección dijo con la mayor alegría: "No son condignos los padecimientos de este tiempo para la gloria venidera que se revelará en nosotros" ¹. Ved de dónde es suave aquel yugo y ligera aquella carga; y si es estrecha para los pocos que la aman, es no obstante fácil para todos los que la aman. El Salmista dice: "Por las palabras de tus labios he ganado yo los caminos duros" ². Pero los que son duros para los que trabajan, se hacen blandos para ellos mismos si aman. (*Serm. 70, nn. 1, 2 y 3*).

DÍA 10

LA CARIDAD CON QUE SE AMA A DIOS POR SÍ MISMO Y AL PRÓJIMO POR DIOS HACE AL HOMBRE CRISTIANO INVENCIBLE Y SUPERIOR A TODOS LOS EVENTOS DE ESTA VIDA

QUEREMOS ser invencibles, y justamente; porque ése es el destino natural que tiene nuestra alma después de Dios, que la crió a imagen suya; pero teníamos que guardar sus preceptos, y, guardados éstos, nadie nos vencería. Mas ahora, mientras está domada con el dolor de su propio fruto aquella misma en cuyas palabras creímos vergonzosamente, nosotros también sufrimos en la tierra y con gran deshonra somos vencidos por todo lo que puede vernos y perturbarnos. Así es que no queremos

¹ Rom. 8, 18.

² Ps. 16, 4.

ser vencidos de los hombres, y no podemos vencer la ira. ¿Qué cosa puede decirse más detestable que esta deformidad? Confesamos que el hombre es lo que somos nosotros y que, aunque tenga vicios, él sin embargo no es el vicio. Luego ¿con cuánto más decoro nos vence el hombre que el vicio? ¿Quién duda que es un cruel vicio la envidia que forzosamente atormenta y sujeta al que no quiere ser vencido en las cosas temporales? Luego es mejor que nos venza el hombre que la envidia o cualquier otro vicio.

Fuera de que ni aun por el hombre puede ser vencido el que venciere sus propios vicios; porque sólo es vencido aquél a quien su adversario despoja de lo que ama. Por consiguiente, el que ama aquello sólo que no puede arrebatarse al amante, es sin duda alguna invencible, y la envidia no puede atormentarle; porque ama aquello en cuyo amor y percepción cuantos más se juntan, tanto más extensa es la complacencia. Ama por cierto a Dios de todo su corazón y de toda su alma, y de toda su mente, y ama al prójimo como a sí mismo; y por lo tanto no le envidia que sea lo que él mismo es; antes bien le ayuda cuanto puede. Y no puede perder al prójimo a quien ama como a sí mismo; puesto que ni aun en sí mismo ama las cosas que están sujetas a la vida y demás sentidos corporales. Luego tiene en sí mismo al que ama como a sí mismo. Y ésta es la regla del amor, que quiere para el prójimo los bienes que quiere para sí, y no le desea los males que para sí no quiere. Ésta es la voluntad que guarda para con todo hombre; porque para con ninguno ha de obrarse lo malo. "El amor del prójimo no obra lo malo"¹. Por tanto, si quere-

¹ Rom. 13, 10.

mos ser verdaderamente invencibles, amemos aun a nuestros enemigos, como está mandado; porque ningún hombre es invencible por sí mismo sino por aquella ley inmutable que hace libres exclusivamente a los que la guardan. De este modo no puede quitárseles lo que aman; y esto solo les hace varones invencibles y perfectos. Pero si el hombre amara aun al mismo hombre, no como a sí mismo, sino como al jumento, o como a los baños, o como a la avecilla pintada o habladora, esto es, para sacar de él algún placer o comodidad temporal, preciso es que sirva, no al hombre, sino, lo que es más vergonzoso, al tan feo y detestable vicio con que no ama al hombre como debe ser amado; y dominándole este vicio es conducido hasta lo último de la vida, o más bien hasta la muerte.

Ni tampoco el hombre ha de ser amado por el hombre como son amados los hermanos carnales, o los hijos, o los consortes, o cualesquiera parientes afines o convecinos; porque este amor es también temporal. Ame el hombre a su prójimo como a sí mismo. Ninguno es en verdad para sí mismo ni padre, ni hijo, ni afín, ni cosa semejante, sino solamente hombre; luego el que ama a alguno como a sí mismo, debe amar en él lo que él es para sí mismo. Los cuerpos no son por cierto lo que nosotros somos; luego no es el cuerpo lo que ha de apetecerse o desearse en el hombre. Y a este propósito se ordena también aquello que está mandado: "No desees las cosas de tu prójimo"¹. Por esta razón, cualquiera que ama en el prójimo otra cosa que lo que él mismo es para sí, no le ama como a sí mismo. Debe, pues, ser amada la naturaleza humana sin condición carnal, ora tenga que

¹ Exod. 20, 17.

perfeccionarse, ora sea ya perfecta. En un solo Dios Padre son parientes todos los que le aman y hacen su voluntad; y a la vez son entre sí mismos padres cuando se cuidan, hijos cuando se obedecen, y hermanos especialmente, por cuanto es uno el Padre que en su testamento los llama a una misma herencia.

En este supuesto, ¿cómo no ha de ser invencible el que ama así al hombre, no amando en él cosa alguna más que al hombre, esto es, a la criatura de Dios hecha a imagen suya, y cuando no puede faltarle la naturaleza perfecta que ama siendo él mismo perfecto? Este tal varón, mientras está en esta vida, usa del amigo para pedir gracia, usa del enemigo para la paciencia, y usa de los que puede para la beneficencia, y usa de todos para la benevolencia; y aunque no ame las cosas temporales, usa rectamente de ellas y favorece a los hombres según su fortuna, si no puede igualmente a todos. Por lo cual si habla a alguno de sus familiares con más frecuencia que a cualquiera otro, no es porque le ama más, sino porque tiene con él mayor confianza y más abierta la puerta del tiempo. Trata por cierto a los que están dados al tiempo tanto mejor, cuanto menos ligado está él mismo al tiempo. De otro modo sería injusto si no pudiendo aprovechar a todos los que igualmente ama, no quisiera aprovechar con preferencia a los más cercanos. Mas la unión del ánimo es mayor que la de los lugares o tiempos en que somos engendrados corporalmente, y la máxima es aquella que prevalece sobre todos. Así es que este tal no se aflige en la muerte de cualquiera, por cuanto el que ama a Dios con todo el corazón, sabe que no perece para él lo que no perece para Dios; pues Dios es el Señor

de los vivos y de los muertos. No es miserable por la miseria de cualquiera, porque no es justo por la justicia de otro; y así como nadie le quita la justicia y a Dios, así nadie le quita la bienaventuranza; y si alguna vez se conmueve quizá por el peligro, o error, o dolor de cualquiera, hasta darle auxilio, o corrección, o consuelo, no puede alcanzar esto hasta la destrucción suya.

No se quebranta, pues, en todos estos trabajos oficiosos, por la esperanza cierta del descanso futuro. Y verdaderamente, ¿qué cosa dañará al que puede usar bien hasta de su enemigo? No teme por cierto las enemistades, apoyado en el auxilio y protección de aquel por cuyo precepto y don ama a sus enemigos. Para este tal varón es poco no contristarse en las tribulaciones, si además no se alegra en ellas, sabiendo que "la tribulación obra la paciencia, la paciencia la probación, la probación la esperanza, y la esperanza no confunde. Por cuanto la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado"¹. ¿Quién dañará a éste? ¿Quién le subyugará? El hombre que aprovecha en las cosas prósperas, aprende lo que haya aprovechado en las adversas. Cuando le rodea la abundancia de bienes temporales, no confía por cierto en ellos; mas cuando se le retiran, conoce si le tenían o no asido. Porque muchas veces cuando los tenemos, creemos que no los amamos; mas cuando comienzan a faltarnos, encontramos lo que somos; en razón de que, sin amor nuestro nos rodeaba, lo que sin dolor nuestro se nos retira. Parece, pues, vencer cuando es vencido, el que sobreponiéndose llega a lo que ha de perder con dolor; y vence cuando parece es vencido,

¹ Rom. 5, 3.

todo aquel que cediendo llega a lo que no pierde contra su voluntad.

Por tanto, el que se deleita en la libertad, apetece estar libre del amor de las cosas mudables; y el que se deleita en reinar, únase humilde a Dios rey de todas las cosas, amándole más que a sí mismo. Y ésta es la justicia perfecta con la que amamos más lo mayor y menos lo menor. (*Lib. de vera Relíg., c. 45 y sigs.*).

DÍA 11

LA CARIDAD HACE FUERTE AL HOMBRE CRISTIANO DE TAL MANERA QUE SUFRE CON PACIENCIA CUALESQUIERA ADVERSIDADES Y AUN LA MISMA MUERTE

EL AMOR de que hablamos y que conviene esté inflamado hacia Dios en toda santidad, se llama templado por no apetecer las cosas temporales y fuerte en la pérdida de ellas. Pero entre todas las cosas que se poseen en esta vida, el cuerpo es para el hombre el vínculo más pesado por las leyes justísimas de Dios como consecuencia del primer pecado, y así como nada hay más notorio que él para predicarle, así nada hay más secreto para entenderle.

Este vínculo, pues, para que no sea molestado ni vejado, aflige al alma con el terror del trabajo y del dolor; y para que no se rompa ni destruya, le aflige con el terror de la muerte. Ama por cierto en fuerza de la costumbre, no entendiendo que usando bien y hábilmente de él, ha de estar en su derecho la resurrección y reforma suya por el auxilio y ley divina sin clase alguna de molestia; pero convirtiéndose toda a Dios con este amor, y poseída

de esta esperanza, no sólo despreciará la muerte, sino que aun la deseará.

Resta el gran combate con el dolor; mas sin embargo nada hay tan duro y férreo que no se venza con el fuego del amor; con éste, arrebatándose el alma hacia Dios, volará libre y admirable sobre todos los suplicios con las bellísimas e integérrimas alas en que el amor casto se apoya para el abrazo de Dios. Ni se diga que Dios dejará que los amadores del oro, que los amadores de las alabanzas y los amadores de las mujeres sean más fuertes que los amadores suyos; siendo así que el afecto de los primeros, más bien que de amor, merece el nombre de codicia o liviandad. En ella, sin embargo, aparece el grande ímpetu con que el ánimo se dirige hacia las cosas que ama, corriendo incansable por los trabajos más duros; y es para nosotros el argumento de la gran paciencia con que debemos sufrir todos los trabajos para no perder a Dios, cuando ellos los toleran por las cosas que han de perder.

No haré mención de aquel varón puesto en grandes tormentos del cuerpo y en horrible corrupción de los miembros, por quien no sólo se sufrían las cosas humanas, sino también se disputaban las divinas¹. En cada una de sus palabras brilla a los ojos del que las atiende con reflexión, el aprecio que ha de hacer de estos bienes, que cuando los hombres quieren tenerlos por el demonio, ellos son dominados de los mismos bienes por la codicia, y se hacen siervos de las cosas temporales cuando necesariamente desean ser sus señores. Perdió, pues, aquél todas las riquezas, y hecho de repente pobrísimos, conservó el ánimo tan inmóvil y fijo en Dios, que demostró bastante que las riquezas no

¹ Job 1, 9.

habían sido grandes para él, sino él para ellas y Dios para él. Si los hombres de nuestro tiempo pudieran ser del mismo espíritu, no se nos prohibiría tanto en el nuevo testamento la posesión de estos bienes para poder ser perfectos; porque es mucho más maravilloso el no apegarse a ellos por más que los poseas, que el no poseerlos absolutamente.

Mas por cuanto se trata ahora de los dolores y tormentos del cuerpo que han de tolerarse, dejo a este varón que, aunque grande y aunque invencible, con todo es hombre. Ofrecenme por cierto las Escrituras una hembra de fortaleza asombrosa, y me obligan a volverme a ella. Ésta es aquella madre que con sus siete hijos ofreció al tirano y al verdugo todas sus entrañas antes que proferir una palabra sacrílega, robusteciendo en su exhortación a los hijos en cuyos miembros era ella misma atormentada, además de tener que sufrir también en su propio cuerpo lo que a ellos había mandado tolerar. Ruego se me diga ¿qué puede añadirse a tan gran paciencia? Sin embargo, ¿qué maravilla es que el amor de Dios concebido en todas sus médulas, resistiese al tirano, y al verdugo, y al dolor, y al cuerpo, y al sexo, y al afecto? (*Lib. 1, De Moribus Ecclesiae Cath., c. 22 y 23*).

DÍA 12

EL HOMBRE CRISTIANO QUE ES PERFECTO EN LA CARIDAD, NO SÓLO NO TEME EL FIN DE SU VIDA Y DÍA DEL JUICIO, SINO QUE LO ESPERA CON GOZO Y DESHO

“EN ESTO es perfecto el amor en nosotros, que tengamos confianza en el día del juicio; porque, de la manera que él está, estamos también nosotros

en este mundo”¹. Señala el modo de probarse cada uno para saber lo que la caridad haya aprovechado en él, o más bien lo que él mismo haya aprovechado en la caridad. Porque siendo Dios la caridad, Dios no aprovecha ni desfallece; y en tanto se dice que la caridad crece en ti, en cuanto tú creces en ella. Por tanto, pregúntate cuánto has adelantado en la caridad y oye la respuesta de tu corazón para que conozcas la medida de tu aprovechamiento. Prometió por cierto manifestarnos en qué hemos de conocerle, y dice: “En esto es perfecto el amor de nosotros”. Preguntarás, ¿en qué? “En que tengamos confianza en el día del juicio”. La caridad es perfecta en cualquiera que tiene confianza en el día del juicio. ¿Y qué es tener confianza en el día del juicio? El no temer que venga ese día. Hay hombres que no creen el día del juicio, y éstos no pueden tener confianza en el día que no creen ha de venir. Dejemos a éstos y resucítelos Dios para que vivan; ¿a qué hablar nosotros de los muertos? Ellos no creen el día del juicio y no temen ni desean lo que no creen. Comienza alguno a creer el día del juicio; y si comienza a creer, comienza a temer; mas porque teme todavía, no tiene todavía confianza en el día del juicio, ni todavía es en él perfecta la caridad. Pero por ventura, ¿ha de desesperarse? Con quien ves el principio, ¿por qué desesperas del fin? Tú dices, ¿cuál es el principio que veo?, y yo respondo, el temor del mismo. Oye a la Escritura: “El principio de la sabiduría, el temor del Señor”². Comienza, pues, el hombre a temer el día del juicio; temiendo, corríjase; vele contra sus enemigos, esto es, contra sus pecados; comience a revivir interiormente y a mortificar los miembros suyos que están

¹ 1^a. Joan. 4, 17.

² Eccli. 1, 16.

sobre la tierra, según dice el Apóstol: "Mortificad los miembros vuestros que están sobre la tierra" ¹. Espíritu de maldad llama a los miembros sobre la tierra; pues sigue y expone: La avaricia, la inmundicia y demás que allí expresa. Y cuanto más mortifica sus miembros sobre la tierra el hombre que comienza a temer el día del juicio, tanto más se levantan y robustecen los miembros celestiales; y estos miembros son las buenas obras. Levantándose los miembros celestiales, comienza el hombre a desear lo que antes temía; porque temía que viniese Cristo y hallase al impío a quien condenar; y ya desea que venga porque ha de hallar al piadoso a quien coronar. Comenzando ya a desear la venida de Cristo, el alma casta que desea el abrazo del esposo, renuncia al adúltero; y se hace virgen interiormente con la misma fe, esperanza y caridad. Ya tiene confianza en el día del juicio; y no pugna contra sí cuando ora y dice: "Vénganos el tu reino". Porque teme ser oído el que teme que venga el reino de Dios; ¿y de qué modo ora el que teme ser oído? Por el contrario, el que ora con la confianza de la caridad, ya desea que venga. Por este mismo deseo decía el Salmista: "Y tú, Señor, ¿hasta cuándo?" "Vuélvete, Señor, y libra mi alma" ². Gemía porque se le difería. Hay por cierto hombres que mueren con paciencia, y hay algunos otros perfectos que viven con paciencia. ¿Qué he dicho? El que desea todavía esta vida, cuando le viene el día de la muerte la sufre con paciencia; lucha contra sí para seguir la voluntad de Dios, y con esta intención hace más bien lo que Dios elige, que lo que elige la voluntad humana, y del deseo de la vida presente se origina la lucha con la muerte y ejer-

¹ Coloss. 3, 5.

² Ps. 6, 4.

cita la paciencia y fortaleza para morir con ánimo resignado; este tal muere con paciencia. Mas el que desea, como dice el Apóstol, ser disuelto y estar con Cristo ¹, no muere con paciencia, sino que vive pacientemente y muere deliciosamente. Ve al Apóstol vivir pacientemente y muere deliciosamente. Ve al Apóstol vivir pacientemente, esto es, con paciencia no amar aquí la vida y sí tolerarla. "El ser desatado —dice— y estar con Cristo es mucho más útil para mí; mas el permanecer en la carne es necesario por vosotros". Por tanto, hermanos, trabajad y excitaos interiormente a desear el día del juicio. No se prueba de otro modo la perfecta caridad, sino comenzando a desearse aquél día. Deséale quien tiene confianza en él, y en él tiene confianza aquél cuya conciencia no teme en la perfecta y sincera caridad. (*Tract. 9, in Epist. Joan., n. 2*).

DÍA 13

NINGUNA COSA PUEDE SEPARAR DE LA CARIDAD DE DIOS AL HOMBRE CRISTIANO

SEGUIMOS a Dios amándole, y le conseguimos, no haciéndonos absolutamente lo que él mismo es sino próximos a él, y tocándole de un modo maravilloso e inteligible, ilustrados totalmente y comprendidos por su verdad y santidad. Él, pues, es la luz misma, mas a nosotros se permite ser iluminados por ella. Así, "el mayor y primer mandamiento" que conduce a la vida bienaventurada: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y alma y mente" ². Porque a los que aman a Dios, todas las

¹ Phil. 1, 23.

² Deut. 6.

cosas se las convierten en bien" ¹. Por lo cual poco después dice San Pablo: "Estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni la virtud, ni lo presente, ni lo futuro, ni la altura; ni lo profundo, ni otra criatura podrá apartarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro" ². Luego si para los que aman a Dios todas las cosas cooperan al bien, y si nadie duda que el bien sumo, llamado también el perfecto, no sólo ha de amarse sino que ha de amarse sobre todas las cosas, según se significa y expresa por las palabras: "De todo tu corazón, y de toda tu alma y de toda tu mente"; ¿quién puede dudar, establecidos y creídos firmísimamente estos principios, de que sólo Dios es para nosotros el bien único y perfecto, a cuya consecución nos conviene apresurarnos postergando todo lo demás? Y si ninguna cosa nos aparta de su caridad, ¿qué otra puede ser mejor, y sobre mejor, más cierta que este bien? Pero atendamos brevemente a cada una de las cosas que dice el Apóstol. Nadie nos aparta de la caridad de Dios amenazándonos con la muerte; porque esto mismo con que amamos a Dios no puede morir, sino dejando de amarle; puesto que la misma muerte es el no amar a Dios, lo cual no es otra cosa que anteponer a él cualquier objeto en el amor y en el deseo. Nadie nos aparte de la caridad de Dios prometiendo la vida; porque nadie aparta de la fuente misma con la promesa del agua. No nos aparte el Ángel; porque cuando estamos unidos a Dios, no es el Ángel más poderoso que nuestra mente. No nos aparte la virtud; porque si se entiende aquí aquella virtud que tiene alguna potestad en este mundo, más sublime que todo el mundo es enteramente el alma que está

¹ Matt. 22, 37.

² Com. 8, 38.

unida a Dios; y si se entiende aquella virtud que es la rectísima afección de nuestro mismo ánimo, o está en otro, y entonces nos ayuda para que nos unamos a Dios, o está en nosotros, y entonces nos une ella misma. No nos apartan las molestias presentes; porque las sentimos tanto más leves, cuanto más estrechados estamos con el Señor de quien pretenden separarnos. No nos aparta la promesa de las cosas venideras; porque Dios promete más ciertamente todo lo bueno futuro, y nada hay mejor que el mismo Dios que ya está presente en verdad a sus bien unidos. No nos aparta la altura ni lo profundo; porque si estas palabras significan acaso la altura o lo profundo de la ciencia, no seré curioso para no separarme de Dios; ni la doctrina de cualquiera, como para librar del error, me separa de aquél en quien ninguno erraría a no separarse de él. Mas si en la altura y lo profundo se significan las cosas superiores e inferiores de este mundo, ¿quién puede prometerme el cielo para apartarme del fabricante del cielo?, ¿o qué infierno puede aterrarme para que deje a Dios, cuando del infierno nada sabría, si nunca le hubiera dejado? Finalmente, ¿qué lugar me apartará de aquel que, si estuviera contenido en algún lugar, no estaría todo en todas partes? (*Lib. de Moribus Eccles. Cath., c. 11*).

DÍA 14

EL HOMBRE CRISTIANO OBRA BIEN EN TODO LO QUE
HACE, SI CONSERVA SIEMPRE EN SU CORAZÓN EL AMOR
DE DIOS Y DEL PRÓJIMO

“PORQUE éste es el amor de Dios, que guardéis sus preceptos”¹. Ya lo habéis oído: “En estos dos preceptos pende toda la ley y los Profetas”². ¿De qué modo no quiso dividirse por muchas páginas? Diciendo: “En estos dos preceptos pende toda la ley y los Profetas”. ¿En cuáles dos preceptos? “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y de toda tu mente, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos pende toda la ley y los Profetas”. Tened, pues, amor y estad seguros. ¿Por qué temes tú, cristiano, hacer mal alguno? ¿Quién hace mal a aquél a quien ama? Ama y no puede suceder que hagas otra cosa que bien. Pero ¿es acaso que corriges? Pues el amor hace esto, no la crueldad. ¿Hieres acaso? Pues lo haces para la educación; porque el afecto del amor mismo no te permite abandonar al indisciplinado. Así en cierto modo resulta el fruto diverso y contrario, que a veces acaricie el odio y castigue fuertemente la caridad. Supongamos que alguno aborrece a su enemigo, y le finge amistad; le ve hacer alguna cosa mala y le alaba; desea que se precipite y desea que caiga ciego en el abismo de sus apetitos, de donde quizá no salga; alábale por cuanto “Es alabado el pecador en los deseos de su alma”³; y le ofrece la unción de su adulación: Ve cómo le alaba, y le aborrece. Otro observa que su amigo hace la tal cosa mala, y le retrae; si no le atiende, usa aun

¹ 1ª. Joan. 5, 3.² Matt. 22, 40.³ Ps. 9, 3.

de palabras de corrección, repréndele y disputa con él; pues a veces se llega a esta necesidad de cuestionar. Ve cómo el odio halaga y la caridad litiga. No atiendas a las palabras del que acaricia, ni a la aparente crueldad del que reprende; mira la vena y busca la raíz de donde procede. Aquél halaga para engañar, y éste litiga para corregir. Por tanto, hermanos, no es necesario que nuestro corazón se extienda por nosotros; pedid a Dios que os améis mutuamente; que améis a todos los hombres, aun a los enemigos vuestros; no porque son hermanos, sino para que lo sean; para que ardáis siempre en el amor fraterno, ya sea con el que es hermano, ya sea con el enemigo a fin de que amando se haga hermano. En cualquiera parte amáis al hermano, amáis al amigo. Ya está contigo, ya está también unido a ti en la unidad de la Iglesia Católica. Si vives bien, amas al que de enemigo se ha hecho hermano. Si amas alguno que todavía no crea a Cristo, o que si ha creído, cree como los demonios, reprendes su vanidad. Ama tú, y ama con amor fraterno. No es todavía hermano, pero le amas para que lo sea. Por tanto, todo nuestro amor fraterno es para con los cristianos, para con todos los miembros de Cristo. Hermanos míos, la disciplina de la caridad, la robustez, las flores, los frutos, la belleza, la amenidad, el pasto, la bebida, la comida y el abrazo no conocen el fastidio. Y si tanto nos deleita peregrinos, ¿cuánto nos alegraremos en la patria? (*Tract. 10, in Epist. Joan., n. 7*).

Dulce palabra es el amor, pero es más dulce el hecho. No podemos hablar siempre de él; porque hacemos otras muchas cosas y nos ocupan diversas acciones para no poder nuestra lengua hablar

siempre de él, lo cual sería su mejor ejercicio. Pero si no podemos hablar siempre del amor, podemos guardarle siempre. El que alaba a Dios con la lengua, no puede hacerlo siempre; mas el que le alaba con las costumbres, puede hacerlo sin intermisión. Las obras de la misericordia, los afectos de la caridad, la santidad de la piedad, la incorrupción de la castidad, la modestia de la templanza han de conservarse siempre; ya estemos en público, ya en la casa; ya delante de los hombres, ya en el secreto de la habitación; lo mismo hablando, que callando; lo mismo obrando, que vacando; siempre han de conservarse; porque son interiores todas estas virtudes que he mencionado. ¿Y quién es capaz de numerarlas a todas? Son como un ejército del Emperador que está sentado en el interior de tu alma. Porque a la manera que el Emperador hace lo que gusta por medio de su ejército, así nuestro Señor Jesucristo comenzando a habitar en nuestro hombre interior, esto es, en nuestra mente por la fe, usa de estas virtudes como de ministros suyos. Y por medio de estas virtudes que no pueden verse con los ojos, y no obstante se alaban cuando se nombran; mas no se alabarían si no se amasen, y no se amarían si no se viesen; y aunque en verdad no se amarían si no se viesen, se ven con otro ojo, es decir, con la vista interior del corazón; por medio, digo, de estas virtudes invisibles se mueven visiblemente los miembros. Muévense los pies para caminar; pero ¿adónde? Adonde los moviere la buena voluntad que milita en servicio del buen Emperador. Muévense las manos para obrar; pero ¿qué? Lo que le mandare la caridad que fué inspirada interiormente por el Espíritu Santo. (*Tract. 8, in Ep. Joan., n. 1*).

¿Cuál es la cara que tiene la caridad?, ¿cuál es su forma?, ¿cuál su estatura?, ¿cuáles sus pies?, ¿cuáles sus manos? Nadie puede decirlo. Sin embargo, tiene pies, porque ellos llevan a la Iglesia; tiene manos, porque con ellas socorren al pobre; tiene ojos, porque con ellos se conoce al necesitado: "Bienaventurado —dice la Escritura— el que entiende sobre el necesitado y el pobre"¹. Tiene oídos de los cuales dice el Señor: "El que tiene oídos de oír, oiga"². Se os alaba la caridad; si os agrada, tenedla y poseedla; no es necesario que la robéis, ni es necesario que penséis en comprarla, porque se adquiere de balde. Tenedla, abrazadla; nada hay más dulce que ella. Si cuando se nombra es tal, ¿cuál será cuando se tiene? (*Tract. 7, in Epistola Joan., n. 10*).

DÍA 15

LA CARIDAD CONDUCE AL HOMBRE CRISTIANO AL REINO DE LOS CIELOS

Lo que puedo decir brevemente, es: Ama al Señor tu Dios en todo tu corazón, y en toda tu alma, y en toda tu fuerza; y ama a tu prójimo como a ti mismo³. Ésta es por cierto la palabra que el señor abrevió sobre la tierra diciendo en el Evangelio: "En estos dos preceptos pende toda la ley y los Profetas". Aprovecha, pues, diariamente en este amor orando y obrando bien, para que con la ayuda del mismo Señor que te le mandó y donó, se nutra y crezca hasta que él perfecto te perfeccione. Ésta es la "caridad" que, como dice el Apóstol, "se ha derramado en nuestros corazones por el

¹ Ps. 40, 2.

² Luc. 8, 8.

³ Matt. 22, 37.

Espíritu Santo, que se nos ha dado" ¹. Ésta es de la que también dice: "La plenitud de la ley, la caridad" ². Ésta es por la que obra la fe, y en cuya virtud añade: "Ni la circuncisión vale alguna cosa, ni el prepucio, sino la fe que obra por el amor" ³. En la caridad, pues, agradaron a Dios todos nuestros Santos Padres, Patriarcas, Profetas y Apóstoles. En ella todos los verdaderos mártires pelearon contra el diablo hasta verter su sangre, y vencieron porque no se enfrió ni desfalleció en ellos. En ella adelantan diariamente todos los buenos fieles, deseando llegar, no al reino de los mortales, sino al de los cielos; no a la herencia temporal, sino a la eterna; no al oro y la plata, sino a las incorruptibles riquezas de los ángeles; no a algunos bienes de este siglo en los cuales se vive con temor y ninguno puede llevarlos consigo en la muerte, sino a ver a Dios, cuya suavidad y delectación excede a toda la hermosura no sólo de los cuerpos terrenos, sino también de los celestiales; excede a toda la belleza de las almas por más justas y santas que sean; excede a toda especie de los soberanos ángeles y Virtudes, y excede no sólo a cuanto de él se dice, sino también a cuanto puede pensarse. Y no dejemos de esperar esta tan gran promesa por ser sumamente grande; antes bien, por ser sumamente grande el que la hizo creamos que la hemos de recibir nosotros. Porque como dice el Apóstol San Juan: "Hijos de Dios somos, y todavía no aparece lo que seremos; sabemos que cuando apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto le veremos según es" ⁴. (*Epist.* 189, m. 2 y 3).

¹ Rom. 5, 5.² Rom. 13, 10.³ Gal. 5, 6. ⁴ 1^a. Joan. 3, 2.

Amemos, pues, a Dios de todo el corazón, de toda el alma y de toda la mente todos los que nos hemos propuesto llegar a la vida eterna. La vida eterna es por cierto todo el premio en cuya promesa nos alegramos; y no puede el premio preceder a los méritos, ni darse al hombre antes de hacerse digno de él. Porque ¿qué más injusto que esto, y qué más justo que Dios? Por lo mismo no debemos pedir el premio antes de que merezcamos recibirle. No es quizá inconveniente preguntar aquí que cosa sea la vida eterna; pero oigamos con preferencia al dador de ella. "Ésta es—dice—la vida eterna, que te conozcan a ti verdadero Dios, y al que has enviado Jesucristo" ¹. Es por tanto la vida eterna el conocimiento mismo de la verdad; y atendiendo a esto, ved cuán inversos y trastornados son los que se juzgan suministrar el conocimiento de Dios para que seamos perfectos, siendo así que el tal conocimiento es el premio de los perfectos. ¿Y qué ha de hacerse, qué otra cosa ha de hacerse, sino que amemos antes con caridad plena al mismo a quien deseamos conocer? (*Lib. 1, de Morib. Eccl. Cath.*, c. 25).

DÍA 16

DE QUÉ MODO SE INTRODUCE EN EL CORAZÓN DEL
HOMBRE CRISTIANO LA CARIDAD CON QUE
AMAMOS A DIOS

HAY AMOR útil y hay amor nocivo; un amor es impedido por otro amor; y así retírese el amor nocivo y sucédale el amor útil. Pero los hombres no quieren retirarse de aquél y por lo mismo no

¹ Joan. 17, 3.

puede éste entrar en ellos: Están llenos para no caber; viertan, y cabrán. Están por cierto llenos del amor de los deleites carnales, están llenos del amor de la vida presente, están llenos del amor del oro, de la plata y de las posesiones de este siglo; y así los que están llenos son como los vasos. ¿Quieres que la miel entre donde aún encierras el vinagre? Vierte lo que tienes para que quepa lo que no tienes. Por eso la primera renuncia es a este siglo y después es la conversión a Dios. El que renuncia vierte, y el que se convierte se llena; pero con tal que no se haga con sólo el cuerpo, sino también con el corazón.

Pero pregúntase, hermanos, de qué modo crece este amor; porque tiene sus principios, tiene sus aumentos y tiene su perfección, y debemos conocer quién es el que comienza, para exhortarle a los aumentos; quién es el que no ha comenzado, para amonestarle por dónde ha de comenzar; y quién es el que ha comenzado y adelantado para incitarle a la perfección. Atienda primeramente a esto vuestra caridad: todos los amores y afectos en los hombres son primero de sí mismos, y después de los demás que aman. Si tú amas el oro, te amas primero a ti y después al oro; porque si tú murieras, no habrá en ti quien posea el oro. Así el amor comienza para cada cual por sí mismo y no puede comenzar de otro modo; y a ninguno hay que amonestar que se ame. Esto es, por cierto, natural no sólo a los hombres, sí que también a las bestias. Porque veis, hermanos, de qué modo no quieren morir y se aman no sólo las bestias corpulentas y los grandes animales, cuales son los bueyes, camellos o elefantes, sino también las moscas y los más pequeños insectos. Todos los animales huyen

de la muerte, y de consiguiente se aman y desean guardarse, unos con la velocidad, otros en los escondrijos, y otros resistiendo y defendiéndose; todos pelean por su vida, no quieren morir y desean conservarse. Ámanse, pues. Comienza tú también a amar otra cosa. ¿Y cuál es esa otra cosa? Todo lo que amares, o es lo que eres tú, o es inferior a ti, o es superior. Si lo que amas es inferior a ti, ámalo para tu consuelo, ámalo para tu manejo, ámalo para tu uso y de ningún modo para ligarte. Amas, por ejemplo, el oro; en proporción que eres tú mejor que el oro, no te ligués con él; porque el oro es tierra reluciente, y tú has sido hecho a imagen de Dios para ser iluminado por el Señor. A pesar de ser el oro criatura de Dios, no le hizo a imagen suya, y sí a ti. Luego puso el oro debajo de ti; y por lo mismo este amor debe ser despreciado. Semejantes cosas han de tomarse para el uso, y jamás se ha de pegarse a ellas como con gluten por la ligadura del amor. No te formes miembros que, comenzando a ser cortados, te causen dolores y tormentos. ¿Qué debes, pues, hacer? Levántate de este amor con que amas las cosas más inferiores que tú, y comienza a amar las que te son iguales, esto es, lo que eres tú. ¿Y qué necesidad hay de muchas diligencias? Si tú quieres, puedes hacerlo brevemente.

Mas el orden con que podemos tener el verdadero amor y la verdadera caridad, nos lo dijo el mismo Señor en el Evangelio y nos lo manifestó evidentemente. Porque dice así: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo"¹. Así que, ama primeramente a Dios, después a ti

¹ Matt. 22, 37.

mismo, y en seguida de esto ama a tu prójimo como a ti mismo. Pero aprende antes a amarte a ti mismo y de ese modo ama como a ti mismo al prójimo. Porque si no sabes amarte a ti mismo, ¿cómo podrás amar al prójimo en verdad? Algunos hombres piensan que se aman con orden legítimo, cuando usurpan las cosas ajenas, cuando se embriagan, cuando se entregan a la lujuria, o cuando buscan lucros injustos por medio de diversas calumnias. Oigan estos tales a la Escritura que dice: "El que ama la iniquidad, aborrece su alma" ¹. Si, pues, amando la iniquidad no sólo no te amas, sino que aun aborreces tu alma, ¿de qué modo podrás amar a Dios o al prójimo? Por tanto, si quieres guardar el orden de la verdadera caridad, obra la justicia, ama la misericordia, huye de la lujuria, y según el precepto del Señor, comienza a amar no sólo a los amigos, sino también a los enemigos. Y esforzándote con todo el corazón en guardar fielmente estas cosas, podrás subir por tales virtudes como por ciertos grados, para que merezcas amar a Dios con todo ánimo y con toda fuerza. Y llegando a esta feliz perfección, reputarás como estiércol todos los deleites de este mundo y podrás decir con el Profeta: "Bueno es, pues, para mí estar unido a Dios" ². (*Serm. 368, n. 3 y sigs.*)

DÍA 17

CUÁL ES EL ORDEN DEL AMOR QUE HA DE OBSERVAR
EL HOMBRE CRISTIANO

ES RECTO apreciador de las cosas el que vive
santa y justamente; y éste mismo es quien tiene la

¹ Ps. 10, 6.

² Ps. 72, 28.

caridad ordenada o para no amar lo que no debe de amarse, o para no dejar de amar lo que ha de amarse, o para no amar más lo que ha de amarse menos, o para no amar igualmente lo que ha de amarse menos o más, o para no amar menos o más lo que ha de amarse igualmente. Ningún pecador en cuanto pecador ha de ser amado, y todo hombre en cuanto hombre ha de ser amado por Dios, pero Dios por sí mismo. Y si Dios ha de ser amado más que todo hombre, cualquiera debe amar a Dios más que a sí mismo. También otro hombre ha de ser amado más que nuestro cuerpo; porque uno y otro han de ser amados por Dios, y otro hombre puede gozar de Dios con nosotros, lo cual no puede el cuerpo en razón de que el cuerpo vive por el alma y por medio de ella goza de Dios. (*Lib. 1, de Doctrina Christ., c. 27*).

Si el hombre se ama menos que lo que es; por ejemplo, si el alma del hombre se ama cuanto ha de amarse el cuerpo, a pesar de ser ella misma más que el cuerpo, peca y no es perfecto su amor. También si se ama más que lo que es, como si se ama tanto cuanto ha de ser Dios amado, siendo así que ella es incomparablemente menos que Dios, aun así peca mucho y no tiene perfecto amor de sí misma; pero peca con mayor perversidad e iniquidad cuando ama al cuerpo como Dios ha de ser amado. (*Lib. 9, de Trinit., c. 4*).

Si el Criador es amado verdaderamente, esto es, si él mismo es amado y no otra cosa por él que no sea él mismo, no puede ser amado malamente. Por tanto debemos amar ordenadamente aun al amor mismo con que se ama bien todo lo que ha de amarse, para que esté en nosotros la virtud con que se vive bien. En atención a esto, paréceme

que la definición breve y verdadera de la virtud, es: El orden del amor; por lo cual en el santo Cántico de los Cánticos la Esposa de Cristo canta: "Ordenad en mí la caridad"¹. (*Lib. 15, de Civit. Dei., c. 22*).

¿Qué quiere decir "Ordenad en mí la caridad"? Haced graduación y dad a cada uno lo que se le debe. No queráis subordinar las cosas primeras a las postreras. Amad a los padres, pero antes que a ellos amad a Dios. Amado debe ser el engendrador, pero debe serlo más el Criador. (*Serm. 100, n. 2*).

¿Qué hemos de elegir para amarlo con preferencia, sino aquello que nada encontramos mejor? Pues esto es Dios, y si a él preferimos o igualamos alguna otra cosa en el amor, no sabemos amarnos a nosotros mismos. Es por cierto tanto mejor para nosotros, cuanto más nos dirigimos al que es mejor que todo; pero nos dirigimos a él, no andando, sino amando; y le tendremos tanto más presente, cuanto más puro sea el amor con que caminemos a él; porque no se extiende ni incluye en lugares corporales. Así es que no con los pies, sino con las costumbres se nos permite ir hacia aquel que está presente y todo en todas partes; pero nuestras costumbres suelen juzgarse, no por lo que conoce cada uno, y sí por lo que ama; y sólo los amores buenos o malos son los que hacen buenas o malas las costumbres. A causa, pues, de nuestra deformidad estamos lejos de la rectitud de Dios, y de ahí es que amando al recto nos corregimos, para que ya rectos podamos unirnos al recto. (*Epist. 155, n. 13*).

¹ Cant. 2, 4.

DÍA 18

SI EL HOMBRE CRISTIANO NO AMA A DIOS, NO SE AMA,
SINO QUE SE ABORRECE A SÍ MISMO

SI AMANDO a Dios sabemos ya amarnos a nosotros mismos, hagamos cuanto podamos para atraer a él a cuantos amamos como a nosotros mismos. Porque Cristo, esto es, la Verdad eterna, dice que toda la ley y los Profetas penden en estos dos preceptos: que amemos a Dios de todo el corazón, de toda el alma y de toda la mente, y que amemos al prójimo como a nosotros mismos. En este lugar el prójimo no ha de considerarse por cierto por la proximidad de la sangre, sino por la comunión de la razón en que son socios todos los hombres. Porque si el comercio del dinero los hace compañeros, ¿cuánto más los hace el comercio de la naturaleza que es común por la ley, no de negociar, sino de nacer? Debiendo, pues, el hombre amar a Dios, a sí mismo y al prójimo con aquel amor que manda la ley divina, con todo no se dieron tres preceptos para esto, ni se dijo en estos tres, sino "En estos dos preceptos penden toda la ley y los Profetas"; es decir, en el amor de Dios de todo el corazón y de toda el alma, y de toda la mente, y en el del prójimo como de sí mismo; para que se entendiese en verdad que no hay algún otro amor con que el hombre se ama a sí mismo, sino amando a Dios; porque el que se ama de otra manera, debe decirse más bien que se aborrece. Hácese ciertamente inicuo, y se priva de la luz de la justicia cuando, apartado del bien mejor y más excelente, y vuelto aunque sea a sí mismo, se convierte a las cosas inferiores y en efecto vanas; y sucede en

él lo que con toda verdad está escrito: "Y el que ama la iniquidad aborrece su alma"¹. Así, por cuanto ninguno se ama a sí mismo, sino amando a Dios; dado el precepto del amor de Dios, no había necesidad de mandar al hombre que se amase también a sí mismo, puesto que se ama a sí mismo en el hecho de amar a Dios. Debe por tanto amar también al prójimo como a sí mismo para atraer al servicio de Dios al hombre que pudiere, ya con el consuelo de la beneficencia, ya con la enseñanza de la doctrina, o ya con el freno de la disciplina; sabiendo que en estos dos preceptos penden toda la ley y los Profetas. (*Epist. 155, nn. 14 y 15*).

De tal modo fué criada el alma humana, que nunca deje de acordarse de sí, nunca deje de entenderse, y nunca deje de amarse; más por cuanto el que aborrece a otro procura dañarle, se dice con razón que también se aborrece el alma del hombre cuando se causa daño. Porque sin saberlo quiere para sí el mal, cuando no piensa que le perjudica lo que quiere: mas no obstante para sí quiere el mal, cuando quiere lo que le daña; y por eso está escrito: "El que ama la iniquidad, aborrece a su alma". Por tanto, el que sabe amarse, ama a Dios; mas el que no ama a Dios, aunque se ama según le es natural, no obstante se dice con razón que se aborrece al obrar lo que le es contrario, y que se persigue a sí mismo como enemigo suyo. Este es en verdad un error espantoso, que queriendo todos ser útiles para sí, no hagan muchos sino aquello que les es más perjudicial. Pero cuando el alma ama a Dios, y consiguientemente se acuerda de él, y le conoce, se le manda justamente de su prójimo que le ame como a sí mismo; porque ya no se ama perversa y

¹ Ps. 10, 6.

sí rectamente en el hecho de amar a Dios, con cuya participación no sólo subsiste imagen suya, sino que además se renueva de la vejez, se reforma de la fealdad y se beatifica por la felicidad. Aunque el alma se ame por cierto a sí misma de tal manera que, en caso de tener que elegir, quiera más perder todo lo inferior a ella que perecer; sin embargo, abandonando al superior, único para quien podría guardar su fortaleza, y en él gozar de su luz, según se le canta en el Salmo: "Para ti guardaré mi fortaleza"¹, y en otro: "Acercaos a él y sed iluminados"²; se hizo enferma y tenebrosa en tales términos, que separándose también de sí misma hacia las cosas que no son lo que ella, y hacia las que son inferiores a ella, se deslizó infelizmente por los amores que no puede vencer y por los errores de que no ve cómo salir. Por eso, arrepentida ya por la misericordia de Dios, clama en los Salmos: "Dejóme mi fortaleza, y la luz de mis ojos no está conmigo"³. (*Lib. 4, de Trinit., c. 14*).

DÍA 19

EL HOMBRE CRISTIANO AME A DIOS DE TAL MODO QUE LE HAGA ENTREGA TOTAL DE SU CORAZÓN

"ALÉGRESE Israel en aquel que le hizo"⁴; y no encuentre sino a Dios, donde se alegre. Hermanos míos, preguntaos bien a vosotros mismos, y registrad vuestras despensas interiores; ved y observad lo que tenéis de caridad, y aumentad lo que de esto encontrareis. Atended a tal tesoro para que seáis ricos en el interior. Todas las demás cosas que tienen gran precio se llaman ciertamente

¹ Ps. 58, 10. ² Ps. 33, 6. ³ Ps. 37, 11. ⁴ Ps. 149, 2.

caras, y no en vano. Mirad en vuestra costumbre de decir: Esto es más caro que aquello. ¿Qué significa esto es más caro, sino esto es más precioso? Y si se dice más caro todo lo que es más precioso, ¿qué cosa más cara que la misma caridad, hermanos míos? ¿Cuál pensamos que es su precio? ¿Dónde se encuentra su precio? El precio del trigo es tu cobre; el precio de la heredad es tu plata; el precio de la perla es tu oro, y el precio de la caridad eres tú. Buscas, pues, para poseer la heredad, la perla o el jumento; buscas el precio para comprar la heredad y le buscas alrededor de ti. Pues si quieres tener la caridad, búscate a ti y encuéntrate. ¿Por qué rehusas darte por el temor de consumirte? Antes bien te pierdes si no te dieras. La caridad misma te habla por la Sabiduría, y te señala una cosa para que no te amedrentes cuando se te dice: Date a ti mismo. Porque si alguno quisiera venderte una heredad, te diría: Dame tu oro; y si cualquiera otra cosa, te diría: Dame tu cobre, dame tu plata. Oye lo que la caridad te dice por boca de la Sabiduría: "Hijo, dame tu corazón"¹. Estaba mal cuando estaba por ti y cuando era para ti; porque te dejabas arrastrar de bagatelas y amores lascivos y perniciosos. Quítale de allí. ¿Y adónde le llevas?, ¿dónde le pones? "Dame —dice— tu corazón". Sea para mí y no perece para ti. Ve por cierto si quiso dejar en ti alguna cosa con que aun a ti mismo te ames, el que te dice: "Amarás al Señor tu Dios de todo corazón y de toda tu alma, y de toda tu mente"². ¿Qué queda de tu corazón para amarte a ti mismo? ¿Qué queda de tu alma?, ¿qué de tu mente? "De todo", dice. Todo te lo exige el que te hizo. Pero no estés triste, como si nada te

¹ Prov. 23, 26.² Matt. 22, 37.

quedara de donde alegrarte. "Alégrese Israel, no en sí sino en aquel que le hizo".

Responderás y dirás: Si nada me queda con que amarme, por cuanto se me manda amar de todo el corazón y de toda el alma, y de toda la mente a aquel que me hizo, ¿cómo en el segundo precepto se me manda amar al prójimo como a mí mismo? El amar a Dios de todo el corazón y de toda el alma, y de toda la mente, es más bien de donde debes amar al prójimo. ¿De qué manera? "Amarás al prójimo como a ti mismo". A Dios de mí todo, y al prójimo como a mí. ¿De dónde a mí, y dónde a ti? ¿Quieres oír de dónde te amas? Ámate, porque amas a Dios de ti todo. ¿Piensas acaso que eres útil a Dios porque amas a Dios? ¿Piensas que porque amas a Dios se allega alguna cosa a Dios? ¿Tendrá menos aunque tú no le ames? Cuando le amas, tú eres el que ganas; tú estarás allí donde no pereces. Pero responderás y dirás: ¿Cuándo no me amé por cierto? Totalmente no te amabas, cuando no amabas a Dios que te hizo. Mas creías que te amabas, aborreciéndote. "Porque quien ama la iniquidad, aborrece a su alma"¹. (*Serm. 34, n. 6 y sigs.*)

Señor, te ama menos el que ama contigo alguna cosa que no ama por ti. Oh amor que siempre ardes y nunca te apagas, Caridad Dios mío, enciéndeme. (*Lib. 10, Conf., c. 29*).

¹ Ps. 10, 6.

DÍA 20

AME EL HOMBRE CRISTIANO A DIOS DE TAL MODO QUE SE OLVIDE, SE NIEGUE Y EN CIERTA MANERA SE DEJE A SÍ MISMO

DIOS HA de ser amado y ha de serlo de tal modo que, si es posible, nos olvidemos de nosotros mismos. (*Serm. 142, n. 3*).

El hombre es mejor cuando se olvida de sí por la caridad de Dios inmutable, o en comparación suya se desprecia totalmente a sí mismo. Pero si como saliendo a su encuentro se agrada a sí mismo para imitar perversamente a Dios y querer usar de su potestad, se hace tanto menor cuanto más grande desea ser. Y esto es "la soberbia, principio de todo pecado, y el principio de la soberbia del hombre, apostatar de Dios"¹. (*Lib. 3, de Liber. Arbit. c. 25*).

La primera perdición del hombre fué el amor de sí mismo; porque si en vez de amarse hubiera preferido a Dios, habría querido estar siempre sujeto a Dios y no se habría vuelto para despreciar su voluntad y hacer la suya propia. Es por cierto amarse el hombre, querer hacer su voluntad. Prefiere tú a esto la voluntad de Dios y aprende a amarte no amándote. (*Serm. 96, n. 2*).

Ninguno hay que no se ame; pero se ha de buscar el amor recto y evitar el torcido. Porque cualquiera que se amare dejando a Dios y dejare a Dios amándose, no permanece ni aun en sí, sino que sale fuera de sí. Sale extrañado de su pecho, despreciando lo interior y amando lo exterior. ¿Qué he dicho? ¿No desprecian acaso su conciencia

¹ Ecclí. 10, 14.

todos los que obran mal? Así es; y cualquiera que se avergüenza de su conciencia, pone freno a su iniquidad. Luego por cuanto despreció a Dios para amarse, amando afuera lo que no es él, se despreció también a sí mismo. Ved y oíd al Apóstol confirmar esta verdad: "En los últimos días —dice— vendrán tiempos peligrosos"¹. ¿Qué tiempos peligrosos? "Habrá hombres que se amen a sí mismos". Ésta es la cabeza del mal. Veamos, pues, si al menos permanecen en sí, amándose; veamos y oigamos lo que sigue: "Habrá —dice— hombres que se amen a sí mismos, amantes del dinero". ¿Dónde estás tú que te amabas? Estás afuera sin duda. O si no, dime: ¿eres tú acaso el dinero? Seguramente tú que despreciando a Dios te amaste, amando al dinero te dejaste también. Primero te dejaste y después te perdiste; porque el amor del dinero hizo que te perdieSES. Mientes a causa del dinero: "Pues la boca que miente, mata al alma"². Ve cómo buscando el dinero perdiste tu alma. Saca la romana de la verdad, no la de la codicia; aplica el peso, pero sea el de la verdad y no el de la codicia; usa de él, te ruego, y pon en una balanza el dinero y en otra tu alma. Ya veo que pesas tú, y que movido por la codicia aplicas dedos fraudulentos; quieres que baje la balanza que contiene el dinero; quieres anteponer el dinero a tu alma; quieres mentir por aquél y perder ésta. Pon y pese Dios que ni se engaña, ni engaña; sea él mismo quien pese. Ve cómo él mismo pesa; ve al que pesa y oye al que publica el peso: "¿Qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo?" Ésta es la voz divina, voz del que pesa sin engaño: voz del que declara y amonesta. Tú ponías el dinero

¹ 2^a. Tim. 3, 1.

² Sap. 1, 11.

en una balanza, y en la otra el alma; ve dónde pusiste el dinero. ¿Qué te responde el que pesa? Tú has puesto el dinero: "¿Qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo y padece detrimento para su alma?"¹ Querías tú pesar el alma con el lucro; pésala con el mundo. Querías perderla para adquirir tierra; más peso tiene ella que el cielo y la tierra. Pero haces esto porque dejando a Dios y amándote a ti, te has salido también de ti, y ya estimas más que a ti todo lo que está por defuera. Vuelve a ti: pero volviendo a ti de nuevo hacia arriba, no quieras permanecer en ti. Primero vuelve a ti desde las cosas exteriores y después vuélvete al que te crió, y perdido te buscó, y te encontró adverso fugitivo y te volvió a sí. Vuelve, pues, a ti, y ve a aquel que te hizo. Imita a aquel hijo más joven, porque quizá eres tú. Al pueblo digo, no a un hombre; y aunque todos puedan oírme, no lo digo a uno, sino al género humano. Vuelve, pues, y sé aquel hijo más joven que, después de perder y consumir su hacienda viviendo pródigamente, quedó pobre, guardó puercos, respiró fatigado del hambre, y recordó a su padre. ¿Y qué dice de él el Evangelio? "Y vuelto a sí mismo". Vuelto a sí mismo el que se había dejado también a sí mismo, veamos si se paró en sí mismo. "Vuelto a sí mismo, dijo: me levantaré". Luego había caído. "Me levantaré —dice— e iré a mi padre". Ved que ya se niega y se encuentra. ¿Cómo se niega? Oíd: "Y le diré: Padre, pequé contra el cielo y en tu presencia". Niégase. "Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo"². (*Serm. 330, n. 3*).

¹ Matt. 16, 26.² Luc. 15, 17.

DÍA 21

TODAS LAS CRIATURAS CLAMAN AL HOMBRE CRISTIANO, QUE DEBE FIJAR EL AMOR EN DIOS Y NO EN SÍ MISMO

"RODEÉ e inmolé en su tabernáculo la hostia de aclamación"¹. Inmolamos la hostia de aclamación, inmolamos la hostia de alegría, la hostia de congratulación, la hostia de acción de gracias que no puede explicarse con palabras. ¿Pero dónde la inmolamos? En su mismo tabernáculo, en la santa Iglesia. ¿Y qué inmolamos? El más abundante e inefable gozo, para cuya expresión ningunas palabras ni voces son suficientes. Ésta es la hostia de aclamación. ¿Y cómo se ha buscado, cómo se ha encontrado? Rodeando. "Rodeé —dice— e inmolé en su tabernáculo la hostia de aclamación". Dé vueltas tu ánimo por todas las criaturas, y por doquiera te clamarían: Dios nos hizo. Cualquiera cosa que te deleita en el arte, recomienda el artífice, y cuanto más rodees todas las cosas, más concibe tu consideración la alabanza del que las hizo. Ves el cielo; grandes son las obras de Dios. Ves la tierra; Dios hizo el gran número de simientes, la gran diversidad de plantas y la multitud de animales. Rodea aun los cielos hasta la tierra sin dejar nada; y por todas partes te publican al Criador todas las cosas; y las especies mismas de criaturas son ciertas voces de ellas que alaban al Hacedor. ¿Y quién puede explicar ni alabar el conjunto de las criaturas? ¿Quién puede alabar dignamente el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellos? Y éstas son las cosas visibles. ¿Quién puede alabar dignamente los Ángeles, los

¹ Ps. 26, 6.

Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades? ¿Quién puede alabar dignamente esto mismo que existe en nosotros vegetando al cuerpo, moviendo los miembros, ejercitando los sentidos, abrazando tantas cosas con la memoria y discerniendo tantas otras con el entendimiento? Y si la expresión humana se ve tan cortada en estas criaturas de Dios, ¿qué hará respecto del Criador, como no sea que, faltando ella, reste sola la aclamación? "Rodeé e inmolé en su tabernáculo la hostia de aclamación". (*Enar. 2, in. Ps. 26, n. 12*).

Señor, el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos me dicen por doquiera que te ame y no cesan de decirlo a todos para que no tengan excusa. Pero más altamente te compadecerás de quien tuvieres compasión y ofrecerás misericordia para quien fueres misericordioso; de otra manera, el cielo y la tierra hablan a los sordos tus alabanzas. ¿Y qué amo yo cuando te amo? No amo la figura del cuerpo, ni la hermosura del tiempo, ni el candor de la luz agradable a estos ojos; no las dulces melodías de toda clase de canciones, no el olor suave de las flores, ungüentos y aromas, no el maná y las dulzuras, no los cuerpos que son gratos a los abrazos de la carne. Nada de esto amo cuando amo a mi Dios, y sin embargo, amo cierta luz y cierto olor, y cierta comida, y cierto abrazo cuando amo a mi Dios, luz, voz, olor, comida y abrazo de mi hombre interior; donde resplandee a mi alma lo que no cabe en lugar, y donde suena lo que no arrebató el tiempo, y donde huele lo que no esparce el viento, y donde sabe bien lo que no disminuye la voracidad, y donde se apaga lo que no separa la saciedad. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios. ¿Y qué es esto? Pregunté

a la tierra, y dijo: No soy; y todas las cosas que hay en ella confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles vivientes, y respondieron: No somos tu Dios, búscale sobre nosotros. Pregunté a los vientos, y respondió todo el aire con sus moradores: Se engaña Anaximenes, no soy Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y estrellas: Ni aun nosotros somos el Dios que buscas, respondieron. Y dije a todas estas cosas que rodean las puertas de mi carne: Me habéis dicho de mi Dios que no sois vosotras, decidme alguna cosa de él. Y con voz grande exclamaron: Él mismo nos hizo. (*Lib. 10, Conf., c. 6*).

DÍA 22

EL HOMBRE CRISTIANO AMA A DIOS GRATUITAMENTE
Y POR ÉL MISMO, Y NO CON EL FIN DE ALCANZAR
DE ÉL RECOMPENSA ALGUNA TEMPORAL

"BIENAVENTURADO el pueblo cuyo Señor es su Dios"¹. Es bienaventurado aquel pueblo que en vez de sus hijos e hijas adornadas, en vez de la trasitud de los bueyes, en vez de la fecundidad de los rebaños, en vez de la plenitud de las despensas, en vez de la solidez de los edificios, en vez de la paz, pleitos y contiendas civiles, en vez de toda esta felicidad quiere poseer a su Dios, para tener en lugar de todas las cosas al mismo que las crió, y decir: "Mas mi bien es el estar unido a Dios"². Sírvale gratuitamente, ámele cuando da los bienes presentes, y cuando los quita, y cuando no los da; y nada tema tanto como que él mismo se retire. Y así, hermanos, el pueblo cristiano que dice en

¹ Ps. 143, 15.² Ps. 72, 28.

su corazón: Príveme el Señor de cuanto quiera, con tal que no me prive de sí mismo, "es el pueblo bienaventurado cuyo Señor es su Dios". (*Serm. 32, n. 28*).

"Te ofreceré voluntariamente el sacrificio"¹. Al decir otro este bien del corazón, ¿quién puede entenderle como no le haya gustado en sí mismo? ¿Qué quiere decir: "Te ofreceré voluntariamente el sacrificio"? ¿Qué sacrificio tomaré aquí, hermanos?, ¿o qué cosa digna ofreceré al Señor por su misericordia? ¿Buscaré víctimas entre el rebaño de las ovejas, elegiré el carnero, prevendré el toro en los ganados y aportaré el incienso suave de Sabá? ¿Qué haré? ¿Qué otra cosa ofreceré, sino lo que dice: "El sacrificio de alabanza me honrará"²? ¿Y por qué "voluntariamente"? Porque amo gratuitamente lo que alabo. Alabo a Dios y me alegro en la misma alabanza; me gozo en la alabanza del que, alabado, no me avergüenzo. No es alabado por cierto como el auriga; el cazador o cualquiera cómico son alabados por los amantes de las farsas teatrales, excitando éstos a otros alabadores para que clamen como ellos, sucediendo muchas veces que después de clamar todos, quedan todos avergonzados por quedar vencido el antes alabado. No es así nuestro Dios; ámese con la voluntad, ámese con la caridad; sea gratuito lo que se ama y lo que se alaba. ¿Qué quiere decir gratuito? Que sea amado por sí mismo y no por otra cosa; porque si alabas a Dios para que te dé alguna otra cosa, ya no le amas gratuitamente. Tú te avergonzarías de que tu esposa te amase por las riquezas, y quizá pensaría en serte infiel, si te acaeciera la pobreza. Queriendo, pues, ser amado de tu esposa gratui-

¹ Ps. 53, 8.

² Ps. 49, 23.

tamente, ¿has de amar tú a Dios por otra cosa? ¿Qué premio tienes que recibir de Dios, oh avaro? No es la tierra, sino a sí mismo lo que te reserva el que hizo al cielo y la tierra. "Te ofreceré el sacrificio voluntariamente"; no quieras por necesidad. Por necesidad alabas a Dios, si le alabas por otra cosa; y si tuvieras esta cosa que amas, no le alabarías. Entiende lo que digo: Alabas a Dios, verbigracia, para que te dé mucho dinero; si pudieras tenerlo de otra parte, ¿alabarías por ventura a Dios? Si, pues, le alabas por el dinero, no le ofreces voluntariamente el sacrificio, sino que se lo ofreces por la necesidad; porque fuera de él amas cualquiera otra cosa.

Por esto se dijo: "Te ofreceré voluntariamente el sacrificio". Desprécialo todo y atiende a él mismo. Estas cosas que ha dado son buenas por el que las da; porque da totalmente, da estos bienes temporales; a algunos los da para bien, y algunos para mal de ellos, según la alteza y profundidad de sus juicios. A vista del abismo de tales juicios se estremeció el Apóstol, diciendo: "¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán inescrutables son sus juicios e investigables sus caminos! Porque ¿quién investigará sus caminos o quién comprenderá sus consejos?"¹. Sabe cuándo y a quién ha de dar; sabe cuándo y a quién ha de quitar. En esta vida pide tú lo que te aproveche en adelante, pide lo que te ayuda para la eternidad. Ama, pues, a él mismo gratuitamente; porque fuera de él no hallas qué pueda darte mejor que a sí mismo; o si lo hallas mejor, pídelo. "Te ofreceré voluntariamente el sacrificio". ¿Por qué "voluntariamente"? Porque gratui-

¹ Rom. 11, 33.

tamente. ¿Qué es gratuitamente? "Y confesaré tu nombre, Señor, por cuanto es bueno"; por nada más que porque es bueno. ¿Dice acaso: Confesaré tu nombre, Señor, porque me das fincas feraces, porque me das oro y plata, porque me das grandes riquezas, mucho dinero, o la más excelente dignidad? No. ¿Pues por qué? "Porque es bueno". Nada encuentro mejor que tu nombre; y por lo mismo "confesaré tu nombre, Señor, por cuanto es bueno". (*Enar. in Ps. 53, n. 10*).

DÍA 23

NO SE PIDA AL HOMBRE CRISTIANO MÁS PREMIO DEL AMOR CON QUE HONRAMOS A DIOS QUE EL MISMO AMADO

DIOS HA de ser amado gratuitamente; porque ¿qué premio de Dios más dulce que el mismo Dios? (*Serm. 2, n. 4*).

El mismo mandatario será el premio del mandato observado, y el mismo amado será el premio del amor, cuando Dios será todas las cosas en todos. (*Enar. in Ps. 118, Serm. 22, n. 2*).

"¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de ti qué quise sobre la tierra?"¹ Comparó con su voluntad terrena el premio celestial que había de recibir, vió lo que allí se le reservaba, y pensando y ansiando en la consideración de cierta cosa infame que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, no dijo esto o aquello hay para mí en el cielo; sino: "¿Qué hay para mí en el cielo?" ¿Qué es aquello que tengo en el cielo?, ¿qué es?, ¿cuánto es?, ¿cuál es? "Y —como no pase

¹ Ps. 72, 25.

lo que tengo en el cielo— ¿qué quise fuera de ti sobre la tierra?" Tú me guardas en el cielo las riquezas inmortales de ti mismo, y yo quise fuera de ti en la tierra lo que tienen aun los impíos, lo que tienen aun los malos, lo que tienen aun los facinerosos: el dinero, el oro, la plata, las perlas, las familias, lo que tienen muchas mujeres torpes y muchos hombres impuros; todo esto, como si fuera grande, deseé de mi Dios sobre la tierra, siendo así que mi Dios se reserva para mí el cielo. "¿Qué hay para mí en el cielo?". Va a mostrar ese mismo qué: "Y fuera de ti ¿qué quise sobre la tierra? Desfalleció mi corazón y mi carne, Dios de mi corazón". Esto, pues, está guardado para mí en el cielo: "Dios de mi corazón, y mi porción, Dios mío". ¿Por qué así, hermanos? Hallemos las riquezas nuestras y elija para sí sus partes el género humano. Veamos a los hombres destrozarse con la diversidad de apetitos; elijan unos la milicia, otros la abogacía, otros diversas y varias enseñanzas, otros el comercio, otros la agricultura; háganse los hombres estas partes de las cosas humanas; el pueblo de Dios clama: "Parte mía Dios mío". Parte mía no para el tiempo, sino "parte mía Dios para la eternidad". Aunque tenga siempre oro, ¿qué tengo? Y aunque no tuviese siempre a Dios, ¿qué gran bien tendría? Añádese a esto que se me promete a sí mismo y me promete que he de tenerle eternamente. Tanto es lo que tengo y jamás dejo de tenerlo. Gran felicidad: "Mi parte Dios". ¿Por cuánto tiempo? "Por siempre". Por cuanto le amó del mundo que ves, hizo el corazón casto: "Dios de mi corazón y parte mía, Dios eternamente". Hízose el corazón casto, ya ama a Dios gratuitamente y fuera de él no pide otro premio.

Quien pide a Dios otro premio y por éste quiere servirle, estima en más lo que quiere recibir que al mismo de quien quiere recibirlo. ¿Y no ha de pedir ningún premio de Dios? Ninguno, fuera de él mismo. El premio de Dios es el mismo Dios. Esto ama, esto quiere; si amare otra cosa no será casto el amor. Te retiras del fuego inmortal, y te enfriarás y corromperás. No quieras retirarte, porque será tu corrupción y tu fornicación. Ya vuelve éste, ya se arrepiente éste, ya elige éste la penitencia, ya dice: "La parte mía Dios". (*Enar. in Ps. 72, nn. 31 y 32*).

DÍA 24

EL HOMBRE CRISTIANO AME A DIOS: PORQUE ÉL NOS AMÓ ANTES CUANDO AÚN ÉRAMOS ENEMIGOS SUYOS

"EL MISMO padre os ama, porque vosotros me habéis amado"¹. ¿Nos ama él porque nosotros le amamos, o más bien porque él nos ama le amamos nosotros? Responde en su Epístola el mismo Evangelio: "Nosotros amamos —dice— porque él nos amó primero"². De consiguiente el amar nosotros procede de haber sido antes amados. El amar a Dios es absolutamente don de Dios, y dió para ser amado al mismo que, sin ser amado, amó. Siendo desagradables, fuimos amados para que hubiese en nosotros con qué agradásemos. Por cierto, no amaríamos al Hijo si no amásemos al Padre. El Padre nos ama porque nosotros amamos al Hijo, habiendo recibido del Padre y del Hijo para que amemos al Padre y al Hijo; porque el Espíritu de ambos derrama la caridad en nuestros

¹ Joan. 16, 27.

² 1^a. Joan. 4, 10.

corazones, por cuyo Espíritu amamos al Padre y al Hijo, y a cuyo Espíritu amamos con el Padre y el Hijo. De este modo hizo Dios el amor nuestro piadoso con que obsequiamos a Dios, y por lo mismo él amó ciertamente lo que hizo. Pero no habría hecho en nosotros lo que mereciese su amor, si antes de hacerlo no nos hubiera amado. (*Tract. 102, in Joan., n. 5*).

¿Podríamos nosotros amar a Dios si él no nos amara antes? Pues si éramos perezosos para amarle; no seamos perezosos para corresponderle con amor. Él nos amó primero; y ni aun así le amamos. Amó a los inicuos, pero detestó la iniquidad: amó a los inicuos, pero no los congregó para la iniquidad; amó a los enfermos, pero los visitó para sanarlos. (*Tract. 7, in Epist. Joan., n. 7*).

El amor con que Dios nos ama es incomprendible e inmutable. Porque no comenzó a amarnos desde que le fuimos reconciliados por la sangre de su hijo; sino que nos amó antes de la constitución del mundo y antes de comenzar nosotros a existir, para que con su Unigénito fuésemos también hijos suyos.

Por tanto, el haber sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo no se diga ni se entienda de tal modo que nos haya reconciliado con él el Hijo para que comenzase ya a amar lo que había aborrecido, a la manera que se reconcilian los enemigos para que después sean amigos y se amen mutuamente los que mutuamente se aborrecieron; sino que fuimos reconciliados con el que ya nos amaba y con el que teníamos enemistades a causa del pecado. Atestigüe el Apóstol si digo en esto verdad: "Encomienda Dios —dice— su amor a nosotros, por cuanto, aun siendo

pecadores, murió Cristo por nosotros" ¹. Por consiguiente, él tenía caridad hacia nosotros, aun cuando nosotros obrábamos la iniquidad, ejercitando las enemistades contra él. Y, sin embargo, se le dijo con la mayor verdad: "Aborreces, Señor, a todos los que obran la iniquidad" ². Así que, aun cuando Dios nos aborrecía, nos amaba de un modo admirable y divino; porque nos aborrecía cuales no nos había hecho él; mas cuando la iniquidad nuestra no había consumado de todo punto su obra, sabía a la vez en cada uno de nosotros aborrecer lo que nosotros habíamos hecho, y amar lo que había hecho él. Y esto puede entenderse ciertamente en todo respecto de aquél de quien se dijo con verdad: "Nada aborreces de las cosas que hiciste" ³. Porque no había querido que existiese lo que hubiera aborrecido, ni tampoco existiría lo que el Omnipotente no hubiera querido que existiese, a no haber en lo que aborrece alguna cosa digna de su amor. Ciertamente, aborrece con justicia y reprueba el vicio como apartado de la regla de su arte; pero ama, aun en los viciosos, o su beneficio de curación, o su juicio de condenación. (*Tract. 110, in Joan., n. 6*).

DÍA 25

AMA A DIOS EL HOMBRE CRISTIANO, PORQUE ESE AMOR
NO LE TIENE SINO DE DIOS

NINGUNO hay que no ame; pero busca lo que ha de amar. Así, no se nos amonesta que nos amemos, sino que elijamos el objeto digno de nuestro amor. Pero ¿qué elegimos si antes no somos ele-

¹ Rom. 5, 8.² Ps. 5, 7.³ Sap. 11, 25.

gidos? Porque ni aun amamos, si antes no somos amados. Oíd al apóstol San Juan. Éste es el apóstol que se reclinaba sobre el pecho del Señor y bebía en aquel convite los secretos celestiales. De aquella bebida y de aquella feliz embriaguez eructaba: "En un principio era el verbo" ¹. Humildad excelsa y embriaguez sobria. Pues aquel grande eructador, esto es, predicador, entre las demás cosas que bebió del pecho del Señor, dijo también esto: "Nosotros amamos, porque él nos amó primero" ². Mucho por cierto había dado al hombre, puesto que se refería a Dios, diciendo: "Nosotros amamos". ¿Quiénes?, ¿a quiénes? Los hombres a Dios, los mortales al inmortal, los pecadores al justo, los frágiles al estable, la hechura al hacedor. Nosotros amamos: ¿y de dónde nos vino esto? "Porque él nos amó primero". Busca de dónde ha venido al hombre el amor a Dios, y no lo hallarás absolutamente, sino de que Dios le amó primero. El que amamos se dió a sí mismo, y nos dió de donde le amásemos. Oíd con la mayor claridad de boca del Apóstol lo que nos ha dado de donde le amásemos: "La caridad de Dios —dice— se ha derramado en nuestros corazones". ¿De dónde? ¿Por ventura de nosotros? No. ¿Pues de dónde? "Por el Espíritu Santo que se nos ha dado" ³.

Por tanto, teniendo tan gran confianza amemos a Dios de Dios o, más bien, porque el Espíritu Santo es Dios, a Dios de Dios. ¿Qué más puedo decir que amemos a Dios de Dios? Ha dicho ciertamente: "La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado". Por lo mismo, es consiguiente que, siendo Dios el Espíritu Santo, y no pudiendo nos-

¹ Joan 1, 1.² 1ª. Joan. 4, 10.³ Rom. 5, 5.

otros amar a Dios sino por el Espíritu Santo, amemos a Dios de Dios. (*Serm. 34, nn. 2 y 3*).

¿De dónde te ha venido, pues, la caridad, sino de haberse derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado? Ve por lo que debes gemir. Desprecia al espíritu tuyo y recibe al Espíritu de Dios. No tema tu espíritu que, comenzando a morar en ti el Espíritu de Dios (que es Dios), ha de padecer estrechez en tu cuerpo. Comenzando el Espíritu de Dios a morar en tu cuerpo, no excluye de allí a tu espíritu; no temas. Si hospedas en tu casa algún rico, te ves estrechado y no encuentras dónde estar tú, dónde prepararle el lecho y dónde habiten la mujer, los hijos y la familia. ¿Qué hago?, dices. ¿Adónde voy?, ¿adónde me trasladaré? Recibe al rico Espíritu de Dios y, lejos de padecer estrechuras, serás dilatado. "Dilataste tus pasos, dices, debajo de mí"; y a tu huésped has de decir: "Dilataste mis pasos debajo de mí"¹. Cuando no estabas en mí, padecía yo angustias; has llenado mi habitación, y lejos de excluirme, has excluído sólo mi estrechez. En efecto, cuando dice: "La caridad de Dios se ha difundido", la misma difusión significa anchura. No temas, pues, las angustias, recibe a este huésped, y no sea huésped como los que van de paso. Nada tiene que dar, si se retira. Viniendo, habite en ti, y ya dió. Sé tú de él mismo, no te deje, no se ausente de ti. Tenlo totalmente, y dile: Señor Dios nuestro, poséenos"². (*Serm. 169, n. 15*).

¹ Ps. 17, 37.

² Isa. 26, 13.

DÍA 26

EL HOMBRE CRISTIANO AME A DIOS, CUYO AMOR NO CUESTA TRABAJO ALGUNO Y BASTA PARA TENERLE

"EL SEÑOR es excelso, pero mira a las cosas humildes, como de lejos las excelsas"¹; no así las humildes. Es ciertamente excelso; mas si conoce de lejos las cosas excelsas, parecerá que deba advertir de más lejos las humildes. Si por su excelsitud está distante de las cosas excelsas, para conocerlas de lejos, ¿cuánto más, dirá alguno, distará su excelsitud de las humildes? Pero no es así. "Porque Dios es excelso y mira a las cosas humildes". ¿De qué modo las mira? "El Señor está cerca de todos los contritos de corazón"². Así que no quieras buscar algún monte alto donde te parezca tenerle más próximo. Si te ensalzas, se retira lejos de ti; si te humillas, se inclina hacia ti. El Publicano estaba a lo lejos, y por lo mismo Dios se le acercaba más fácilmente; ni aun se atrevía a levantar los ojos al cielo, y ya tenía consigo al que había hecho el cielo. ¿De dónde, pues, nos alegramos en el Señor, si tan lejos está de nosotros? Tú haces que esté cerca, y que esté lejos. Ama, y se acercará; ama y habitará en ti. "El Señor está cerca, no tengáis cuidado por nada"³. ¿Quieres ver cómo está verdaderamente contigo si le amas? "Dios es la caridad"⁴. A qué volar por doquiera los fantasmas de tu imaginación, preguntando: "¿Quién es Dios?" ¿Cuál es Dios? Cualquiera cosa que te imagines, no es; cualquiera cosa que abarques con

¹ Ps. 137, 6.

² Ps. 33, 19.

³ Philip. 4, 5. ⁴ 1^a. Joan. 4, 8.

el pensamiento, no es Dios; porque si lo fuera, no podría tu pensamiento comprenderle. Mas, para que gustes alguna cosa, "Dios es la caridad". Acaso me dirás: ¿qué es la caridad? La caridad es con la que amamos. ¿Y qué amamos? El bien inefable, el bien benéfico, el bien de todos los bienes, el Criador. (*Serm. 21, n. 2*).

No ves a Dios: ámale, y le tienes. En las pasiones detestables son muchas las cosas que se aman y no se tienen; búscanse bajamente, y con todo no se poseen al instante. ¿Es, por ventura lo mismo amar el oro que tenerlo? Amanle muchos, y sin embargo no le tienen. ¿Es acaso lo mismo tener las más extensas y fértiles heredades que amarlas, como hacen muchos, sin tenerlas? ¿Es acaso lo mismo amar los honores que tenerlos? Muchos se enardecen por tenerlos, cuando están sin ellos; búscanlos, y las más veces mueren antes de encontrar lo que deseaban. Dios se nos ofrece sin dilación y nos clama: Amadme, y me tendréis; porque ni aun podéis amarme sin tenerme. (*Serm. 34, n. 5*).

Hombre, ¿por qué trabajas amando, cuando amas la avaricia? Con trabajo es amado lo que amas; sin trabajo es amado Dios. La avaricia tiene que mandarte trabajos, peligros, aprietos, tribulaciones; y has de obedecerle. ¿Con qué fin? Para tener con qué llenar el arca y perder la seguridad. Quizá estabas más seguro antes de tenerlo, que cuando lo comienzas a tener. Ve ahí lo que te mandó la avaricia; llenaste tu casa, y temes a los ladrones; adquiriste el oro, y perdiste el sueño. Ve lo que te mandó la avaricia: Haz, te dijo, y lo hiciste. ¿Y qué te manda Dios? Amame, te dice. Amas el oro, tienes que buscarle, y quizá no le encontrarás; yo estoy con cualquiera que me busca. Amas los

honores, y quizá no los hallarás; ¿y quién me ha amado a mí, que no me haya encontrado? Dios te dice: Quieres hacerte con un patrono o amigo poderoso y lo solicitas por medio de tu inferior. Amame a mí, te dice Dios, mi voluntad no se capta por medio de otro; el amor mismo me hace presente a ti. Hermanos, ¿qué cosa más dulce que este amor? No sin motivo habéis oído en el salmo: "Los inicuos me contaron delectaciones, pero no como tu ley, Señor" ¹. ¿Cuál es la ley de Dios? El mandato de Dios. ¿Cuál es el mandato de Dios? Aquel mandato nuevo que se llama así, porque renueva: "Os doy el mandato nuevo, que os améis mutuamente" ². Oye cómo es ésta la ley de Dios. El Apóstol dice: "Llevad mutuamente vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo" ³. La caridad es la consumación de todas nuestras obras. Allí está el fin; por esto corremos; a ella corremos y en llegando a ella, descansaremos. (*Tract. 10, in Epist. Joan., n. 4*).

DÍA 27

EL HOMBRE CRISTIANO AME A DIOS QUE ES EL MÁXIMO
Y SUMO BIEN

CIERTAMENTE no amas sino lo bueno; porque es buena la tierra con la altura de los montes, la proporción de las colinas y la planicie de los campos; y es buena la heredad amena y fértil; y es buena la casa bien distribuída, espaciosa y clara; y son buenos los animales, cuerpos animados; y es bueno el aire moderado y saludable; y es buena la comida suave y apta para la salud; y es buena la

¹ Ps. 118, 85

² Joan. 13, 34.

³ Gal. 6, 2.

salud sin dolor ni fatiga; y es bueno el rostro del hombre dotado de facciones, alegría y colores proporcionados; y es bueno el ánimo del amigo con la dulzura del sentimiento y fidelidad del amor; y es bueno el varón justo; y son buenas las riquezas porque desembarazan fácilmente; y es bueno el cielo, con el sol, la luna y sus estrellas; y son buenos los Angeles con la santa obediencia; y es buena la locución, enseñando con suavidad y amonestando con oportunidad al oyente; y es bueno el cántico grave con la melodía y sentencias. ¿Para qué más y más? Bueno es esto, y bueno es aquello; pero aparta esto y aquello y ve al bien mismo, si puedes; así verás a Dios que es el bien, no por otro bien, sino el bien de todo bien. Porque en todos estos bienes que he mencionado, o en los demás que se ven o se piensan, no llamaríamos uno mejor que otro, cuando juzgamos con verdad, si no estuviera impresa en nosotros la noción del bien mismo, según el cual aprobásemos alguno, y antepusiésemos uno a otro. Así hemos de amar a Dios, no esto y aquello bueno, sino el mismo bien.

Ha de buscarse por cierto el bien del alma, no sobre el que ella revolotee juzgando, sino al que se una amando; ¿y qué bien es éste más que Dios? No es el ánimo bueno, ni el Ángel bueno, ni el cielo bueno; sino el bien bueno. Así quizá se advierte más fácilmente lo que quiero decir. Porque, por ejemplo, cuando oigo decir ánimo bueno, así como oigo dos palabras, así entiendo por ellas dos ciertas cosas: una el ser ánimo, y otra el ser bueno. Y ciertamente, para ser ánimo, nada hizo él mismo, porque nada había en él que pudiera darle el ser; mas para ser bueno el ánimo, veo que ha de hacerse por la voluntad; no porque en el hecho de ser

ánimo no sea en cierto modo bueno, puesto que aun en tal concepto se dice mejor que el cuerpo, y se dice con toda verdad; sino en tanto no se dice bueno el ánimo por sí mismo, en cuanto le resta la acción de la voluntad, por la cual se haga mejor; y si la omitiere, se hace justamente culpable y con razón se llama ánimo no bueno. Dista, en verdad, del que no omite esta acción; y así como éste es loable, así aquel que no la hace, es ciertamente vituperable. Pero cuando la hace con el fin de hacerse ánimo bueno, no puede conseguirlo, si no se vuelve a otro objeto diferente de sí mismo. ¿Y adónde se vuelve para hacerse ánimo bueno, sino al bien mismo, amándolo, apeteciéndole y alcanzándolo? Si se aparta nuevamente de él, y se hace no bueno, como no permaneciera en sí aquel bien de donde se apartó, no tendría adónde volverse en el caso de que quisiera enmendarse.

Así es que no habría cosas buenas mudables, si no existiera el bien incommutable. Por lo mismo, cuando oyes ésta y aquella cosa buena (que a veces pueden decirse también no buenas), si aparte de esas cosas buenas por la participación del bien, pudieres conocer el bien mismo, con cuya participación son buenas, al oír tal o cual cosa buena, entiendes juntamente el mismo bien. Si, pues, separadas esas cosas, pudieres ver el bien por sí mismo, habrás visto a Dios; y si te unieres a él con el amor, serás en el instante bienaventurado. Por tanto, no amándose las demás cosas sino en cuanto son buenas, causa rubor que por apegarse a ellas, no se ame el bien mismo que las hace buenas. (*Lib. 8, de Trinit., c. 3*).

DÍA 28

EL HOMBRE CRISTIANO AME A DIOS EN QUIEN SÓLO
PUEDE DESCANSAR

VEAMOS de qué modo el mismo Señor nos manda en el Evangelio que hemos de vivir, y de qué modo nos lo manda también el apóstol San Pablo. Oigamos, oh Cristo, cuál es el fin de los bienes que nos prescribe; pues no hay duda que ése será el fin adonde nos manda caminar con el mayor amor. "Amarás —dice— al Señor tu Dios"¹. Suplícote me digas también cuál sea el modo de amar a Dios, porque temo inflamarme en el deseo y amor de mi Señor más o menos de lo que convenga. "De todo corazón", dice. No es bastante. "De toda el alma". Ni aun esto es suficiente: "De toda tu mente". ¿Qué más quieres? Desearía ver si quizá puede haber otra cosa más. ¿Qué dice a esto San Pablo? "Sabemos —dice— que en los que aman a Dios, todas las cosas proceden para el bien"². Diga también el modo del amor. ¿Quién —dice— nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, acaso la angustia, acaso la persecución, acaso el hambre, acaso la desnudez, acaso el peligro, acaso la espada? Hemos oído lo que debemos amar, y cuánto lo debemos amar; a este fin hemos de dirigirnos absolutamente, y a él han de encaminarse todos nuestros conatos. Dios es para nosotros la suma de todos los bienes. Dios es para nosotros el bien sumo. Ni debemos quedarnos más bajos, ni buscar otra cosa más arriba; porque lo uno es peligroso, y lo otro es en vano. (*Lib. de Moribus Ecle. Cath., c. 8*).

Dios ha de ser amado gratuitamente: ni el alma

¹ Matt. 22, 37.

² Rom. 8, 28.

no puede descansar sino en aquello que ama; pero el descanso eterno no se le da sino en el amor de Dios, que es el solo eterno, y es la santificación perfecta y el sábado de los sábados. (*Serm. 33, n. 3*).

Encomendóse al antiguo pueblo el sábado que había de celebrarse en descanso del cuerpo, para que fuese figura de la santificación en el descanso del Espíritu Santo. En ninguna parte del Génesis leemos la santificación de todos los primeros días, sino que se dijo de sólo el sábado: "Y santificó Dios al día séptimo"¹. Las almas, o piadosas, o inicuas, aman por cierto el descanso; pero muchas no saben por dónde han de llegar a lo que aman; ni aun los cuerpos mismos con sus pesos apetecen otra cosa que lo que las almas con sus amores. Porque así como el cuerpo en fuerza de su gravedad se mueve hacia abajo o hacia arriba hasta que llega al lugar de su descanso, y en virtud de esto el aceite, dejado en el aire, camina para abajo, y para arriba si se pone bajo del agua; así las almas se dirigen hacia las cosas que aman con el fin de descansar, llegando a ellas. Y ciertamente hay muchas cosas que deleitan por el cuerpo; pero no hay en ellas descanso eterno, ni aun siquiera largo, y más bien agravan al alma para impedir el peso sincero con que se dirige a las de lo alto. Así, cuando el alma se deleita en sí misma, no se deleita todavía en cosa inmutable, y por lo mismo es todavía soberbia, pues que se estima en lo sumo, siendo Dios superior: en tal pecado no queda sin castigo, porque "Dios resiste a los soberbios y da gracias a los humildes"². Mas cuando el alma se deleita en Dios, encuentra en él el verdadero, cierto y eterno descanso, que buscaba y no encon-

¹ Gen. 2, 3.

² Jacob. 4, 6.

traba por defuera. Por esta razón se le amonesta en el Salmo: "Deléitate en el Señor y te dará las peticiones de tu corazón"¹.

Pues por cuanto "la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado"², se ha mencionado la santificación en el día séptimo en que se encomienda el descanso. Y por cuanto no podemos obrar bien, sino ayudados de su don, como asegura el Apóstol diciendo: "Porque Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar por la buena voluntad"³; ni después de todas las buenas obras que hacemos en esta vida, podremos descansar sino santificados con su don y perfeccionados para la eternidad; por eso se dice del mismo Dios, que habiendo hecho todas sus obras muy buenas, descansó en el día séptimo de todas las obras que había hecho⁴. Esto significa el descanso que, después de las buenas obras, ha de dar a nosotros los hombres; porque así como cuando obramos bien se dice que obra en nosotros el mismo por cuyo don obramos, así cuando descansamos se dice que descansa el mismo en quien por don suyo descansamos. (*Epíst. 55, nn. 18 y 19*).

DÍA 29

EL HOMBRE CRISTIANO MUERA POR LA CARIDAD PARA ESTE SIGLO A FIN DE QUE VIVA SÓLO PARA DIOS

"EL AMOR es fuerte como la muerte"⁵. Hermanos, gran sentencia es ésta: "El amor es fuerte como la muerte". No pudo expresarse la fortaleza

¹ Ps. 36, 4.

² Rom. 5, 5.

³ Phil. 2, 13.

⁴ Gen. 2, 2.

⁵ Cant. 8, 6.

de la caridad con mayor esplendidez que diciendo: "El amor es fuerte como la muerte". Porque ¿quién resiste a la muerte, hermanos? Atienda vuestra caridad. Resístese al fuego, resístese al hierro; resístese a las potestades, resístese a los reyes. Viene la sola muerte; ¿quién la resiste? Nada hay más fuerte que ella y por lo mismo se comparó a sus fuerzas la caridad, diciéndose: "El amor es fuerte como la muerte". Y por cuanto la misma caridad mata lo que fuimos para que seamos lo que no éramos, obra el amor en nosotros cierta muerte. Con ella estaba muerto el que decía: "El mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo"¹; y con la misma estaban muertos aquéllos a quienes decía: "Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"². El amor es fuerte como la muerte.

Fuerte cosa es el amor, hermanos; fuerte cosa es el amor. ¿Queréis ver cuán fuerte sea el amor? Cualquiera que por alguna necesidad no pudiese cumplir lo que Dios manda, ame al que lo cumple, y lo cümpla él. Fuerte cosa es el amor. Él es nuestra fortaleza, porque no estando en él, nada nos aprovecha todo lo demás que tengamos. El Apóstol dice: "Si hablare en las lenguas de los hombres y de los ángeles y no tuviere caridad, quede hecho como el metal que suena o como la campana que tañe"³. Y añade otra cosa grande: "Si repartiere todas mis facultades y si entregare mi cuerpo al fuego, si no tengo caridad, nada me aprovecha". Mas si está sola la caridad, sin tener cosa alguna que repartir a los pobres, ame; dé solamente el vaso de agua fría, y se le imputará tanto cuanto a Zaqueo que dió a los pobres la mitad de su patri-

¹ Gal. 6, 14.

² Coloss. 2, 3.

³ 1^a. Cor. 13, 1.

monio. ¿Y por qué esto? Aquél dió mucho, éste dió poco; ¿y ha de imputársele lo mismo? Lo mismo ciertamente; porque es desigual la facultad, pero no es desigual la caridad. (*Enar. in Ps. 125, nn. 10 y 12*).

La caridad es la virtud que nadie vence. Ningunas olas del siglo, y ningunos ríos de la tentación apagan su fuego. De ella se dijo: "El amor es fuerte como la muerte". Porque así como cuando la muerte viene no se la puede resistir, y el que ha nacido mortal no puede evitar su violencia por más artes y medicamentos que emplee, del mismo modo nada puede el mundo contra la violencia de la caridad. La semejanza de la muerte se tomó, por cierto, de la parte inversa; porque así como la muerte es violentísima para arrebatarse, así la caridad es violentísima para salvar. De ese modo han muerto muchos para el mundo, a fin de vivir para Dios. Encendidos los Mártires con esta caridad, no fingidos, no ventilados por la vanagloria, no tales como de los que se dijo: "Si entregare mi cuerpo para que arda, si no tengo caridad, nada me aprovecha", sino tales que los condujera a la pasión la caridad de Cristo y de la verdad, ¿qué les hicieron las tentaciones de los perseguidos? Mayor violencia tuvieron los ojos llorosos de sus deudos, que las tentaciones de sus enemigos. ¿A cuántos abrazaban los hijos para que no se ofreciesen al martirio? ¿Ante cuántos se postraban las esposas para que no las dejaran viudas? ¿A cuántos padres prohibían los hijos que muriesen? Todo esto ha sucedido. Pero, por más copiosas e impetuosas que corrieran las lágrimas, ¿cuánto podrían apagar el ardor de la caridad? Esta es la fortaleza de Sión, de la cual en otro lugar se dice: "Hágase la paz

en tu fortaleza, y la abundancia en las torres tuyas" ¹. (*Enar. in Ps. 47, n. 13*).

DÍA 30

SI EL HOMBRE CRISTIANO AMA VERDADERAMENTE A DIOS, PROCURE ATRAER PARA EL MISMO AMOR A CUANTOS PUEDA

NO PUEDE suceder que el que ama a Dios no se ame a sí mismo; antes bien, sólo sabe amarse el que ama a Dios. Porque se ama suficientemente el que obra con diligencia para gozar del sumo y verdadero bien; y no siendo éste otro que Dios, ¿quién puede dudar de que se ama a sí mismo el que es amador de Dios? ¿Y no debe haber entre los hombres mismos algún vínculo del amor? Tanto debe haberle que se cree no puede formarse escalón más cierto para llegar al amor de Dios, que la caridad del hombre para con el hombre. Por tanto el mismo Señor preguntado acerca de los preceptos de la vida, díganos cuál es el segundo precepto; porque no manifestó uno solo, para que supiese que una cosa es Dios y otra es el hombre, y que entre ambos hay tanta diferencia cuanta hay en aquel que crió y aquello que fué criado a imagen del Criador. Dice, pues, que el segundo precepto es: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" ². Tú te amas saludablemente, si amas a Dios más que a ti mismo; por consiguiente, lo que haces contigo, has de hacer con el prójimo, es decir, que él ame también a Dios con amor perfecto; porque no le amas como a ti mismo, si no le conduces al mismo bien a que tú aspiras. Aquél es por cierto

¹ Ps. 121, 7.

² Matt. 22, 39.

el bien único que no se minora para ninguno de los que contigo le buscan. (*Lib. 1, De Moribus Ecclē. Cath., n. 26*).

"Engrandeced al Señor conmigo"¹. ¿Quién es éste que exhorta que engrandezcamos con él al Señor? Hermanos, cualquiera que está en el cuerpo de Cristo, debe trabajar para que con él sea engrandecido por otros el Señor. Cualquiera que sea aquél, ama por cierto al Señor. ¿Y cómo le ama? Sin envidiar a su coamador. Cualquiera que ame carnalmente, es consiguiente que ame con celo pestífero; no así la sabiduría de Dios; la veremos cara a cara, todos la veremos, y ninguno tendrá celos. A todos se manifiesta y para todos es íntegra. Todos se mudan en ella, y ella no se muda en ninguno. Ella misma es la verdad. Ella misma es Dios. ¿Habéis oído, hermanos, alguna vez que nuestro Dios pueda mudarse? La verdad está sobre todos, es el Verbo de Dios, es la Sabiduría de Dios por quien fueron hechas todas las cosas y tiene sus amadores. Pero ¿qué dice el amador suyo? "Engrandeced al Señor conmigo". No quiero ser solo en engrandecer al Señor, no quiero amarle solo, no quiero abrazarle solo. Porque yo le abrace solo, no por eso deja de tener otro donde poner las manos. Es tanta la latitud de la misma Sabiduría, que todas las almas pueden abrazarla y gozarla. ¿Y qué añadiré, hermanos? Avergüéncense los que aman a Dios de modo que envidien a otros. Por tanto, hermanos, excitad en vosotros el amor y clamad a los demás: "Engrandeced al Señor conmigo". Haya en vosotros este fervor. Si amáis a Dios, arrebatad para el amor de Dios a cuantos se os unen y a cuantos hay en vuestra casa.

¹ Ps. 33, 4.

Arrebatad a cuantos podáis exhortando, tolerando, rogando, disputando y alegando razones con mansedumbre y blandura; arrebatadlos para el amor, a fin de que, si engrandecen al Señor, le engrandezcan en la unidad. "Engrandeced al Señor conmigo y ensalcemos su nombre a una". (*Enar. 2, in Ps. 33, nn. 6 y 2*).

DICIEMBRE

DE LA GLORIA CELESTIAL, POR LA CUAL DEBE CONTINUAMENTE SUSPIRAR EL HOMBRE CRISTIANO EN ESTA VIDA Y TRABAJAR CON TODAS SUS FUERZAS

DÍA 1º.

PIENSE EL HOMBRE CRISTIANO QUE ESTÁ EN ESTE MUNDO COMO EN UN DESIERTO, DONDE HA DE BUSCARSE SIEMPRE LA PATRIA CELESTIAL

HERMANOS, considerémonos como sacados del Egipto, donde servíamos al diablo como a Faraón, donde hacíamos obras de barro con los deseos terrenos y con ellos trabajábamos sin descanso. Porque, ciertamente, Cristo clamó a nosotros, ocupados en hacer ladrillos, y nos dijo: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados"¹. Sacados de allí como por el mar Rojo, en tanto rojo, en cuanto consagrado por la sangre de Cristo, pasamos al lado opuesto, quedando muertos todos los enemigos nuestros que nos perseguían, es decir, quedando borrados todos nuestros pecados. Ahora, pues, antes de llegar a la patria de promisión, es decir, al reino eterno, estamos en los tabernáculos del desierto. Y por cierto, en tabernáculos está el que se juzga estar en el mundo como peregrino, y peregrino se juzga el que se ve suspirar por su patria. En el yermo estamos. ¿Qué es en el yermo?

¹ Matt. 11, 28.

En el desierto. ¿Y por qué estamos en el desierto? Porque estamos en el mundo donde se pasa sed en el camino árido. Pero tengamos sed para ser hartos. "Porque bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, por cuanto ellos serán hartos"¹. Nuestra sed se sacia de la piedra en el desierto; porque la piedra era Cristo², y fué herida para que manase agua. Mas para que manase fué herida dos veces³, porque dos son los maderos de la cruz. Así que, todas estas cosas que se hacían en figura se manifiestan en nosotros. (*Tract. 28, in Joan., n. 3*).

Este mundo es para todos los fieles que buscan la patria, lo que fué el desierto para el pueblo de Israel. Andaban en verdad de una parte a otra, y buscaban la patria; pero siendo Dios su guía, no podían errar. El mandato de Dios fué para ellos el camino. Atendidos, pues, los rodeos que hicieron por espacio de cuarenta años, en muy pocas mansiones se concluye el camino mismo, y es conocido a todos. Eran detenidos porque eran ejercitados, mas no porque eran abandonados. Así, lo que Dios promete a nosotros es la dulzura inefable, y, como dice la Escritura, lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre⁴; pero somos ejercitados en los trabajos temporales, e instruídos en las tentaciones de la vida presente. (*Tract. 7, in Epist. Joan., n. 1*).

Este mundo es el desierto; y verdaderamente es para el cristiano un desierto después del Bautismo, si entiende lo que ha recibido. Si no sólo se hacen en él los signos corporales, sino que además se produce en su corazón el efecto espiritual, entiende que este mundo es para él un desierto,

¹ Matt. 5, 6.

² 1ª. Cor. 10, 4.

³ Num. 10, 11.

⁴ 1ª. Cor. 2, 9.

entiende que vive en peregrinación y desea la patria. Pues mientras desea, vive de la esperanza: "Porque en la esperanza fuimos hechos salvos: mas la esperanza que se ve no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que ve? Mas si esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos"¹. Esta paciencia en el desierto hace que el cristiano espere otra cosa; si ya se juzga en la patria, no llega a ella; si ya se juzga en la patria, se para en el camino; pues para no pararse en el camino, espere la patria, desee la patria y no se extravíe. Porque las tentaciones salen al encuentro; salen en verdad al encuentro después del Bautismo; y así como no eran solos enemigos de los judíos los egipcios que los perseguían desde Egipto (pues que aquéllos eran enemigos pasados, al modo que a cada uno persiguen su vida y sus pecados pasados con su príncipe el diablo), sino que además hubo otros en el desierto, se peleó con ellos y fueron vencidos; así después del Bautismo, comenzando el cristiano a andar el camino de su corazón en la esperanza de las promesas de Dios, no se aparte de él; porque salen al encuentro las tentaciones sugiriendo alguna otra cosa, las delicias de este mundo y otra clase de vida para extraviar a cada cual y separarle de su propósito. Pero si conservando tu deseo vences tales sugerencias, los enemigos quedan vencidos en el camino y el pueblo es conducido a la patria. (*Serm. 4, n. 9*).

¹ Rom. 8, 24.

DÍA 2

ESTA VIDA MORTAL ES LA PEREGRINACIÓN AMARGA EN QUE EL HOMBRE CRISTIANO DEBE SUSPIRAR CONTINUAMENTE POR LA CELESTIAL PATRIA

"EN EL día de mi tribulación clamé a ti: por cuanto me oíste"¹. La causa de oírme es, porque "en el día de mi tribulación clamé a ti". Poco antes había dicho: "En todo el día clamé, en todo el día fui atribulado". Por tanto no diga el cristiano que hay día alguno en que no sea atribulado. Por todo el día entendemos todo el tiempo. En todo el día se padece tribulación. Pero ¿se padece aun en tiempo de prosperidad? Se padece en efecto. ¿Y de dónde la tribulación? De que mientras estamos en el cuerpo peregrinamos lejos del Señor². Aunque haya aquí toda la abundancia posible, no estamos todavía en la patria adonde ansiamos volver. A quien es dulce la peregrinación, no ama a la patria; si le es dulce la patria, le es amarga la peregrinación; si le es amarga la peregrinación, todo el día está en tribulación. ¿Cuándo no tiene lugar la tribulación? Cuando le tiene en la patria la delectación. "Las delectaciones en tu diestra hasta el fin. Me llenarás —dice— de alegría con tu rostro, para que contemple la delectación del Señor"³. Allí no habrá trabajo ni gemido; allí no habrá oración, sino alabanza; allí habrá la visión sin defecto y el amor sin fastidio. Por lo mismo veis que mientras no estamos allí, no estamos en el bien. Quizá dirás que vives aquí en la abundancia; pero aunque abunden todas estas cosas, ve si estás seguro de que no te falten todas ellas. Pero dices:

¹ Ps. 85, 7.

² 2ª. Cor. 5, 6.

³ Ps. 15, 10.

tengo lo que no tenía; he adquirido el dinero que antes me faltaba. Quizá te ha venido también el temor que antes no tenías; quizá te hallabas tanto más seguro, cuánto más pobre. Por último, suponemos que hay riquezas, que abundan los bienes de este siglo, y que no tiene la seguridad de que perezcan. Supongamos que dice Dios desde lo alto: Serás eterno en ellos, esos bienes serán eternos contigo, pero no verás mi rostro. Ninguno consulte a la carne y sí consultad al espíritu; respóndaos vuestro corazón, respóndaos la esperanza, la fe y la caridad que han comenzado en vosotros. Si, pues, recibiésemos la seguridad de vivir siempre en la abundancia de los bienes del siglo y nos dijese Dios: No veréis mi rostro, ¿nos alegraríamos en tales bienes? Alguno quizá elegiría alegrarse en ellos y diría: Vivo en la abundancia, estoy bien y nada más busco. Pero ese tal no ha comenzado todavía a ser amador de Dios, ni todavía ha comenzado a suspirar con o peregrino. Lejos de esto, lejos de esto. Fuera todas las seducciones, fuera los falsos halagos, fuera todas las cosas que diariamente nos dicen: "¿Dónde está tu Dios?"¹ Derramemos nuestra alma sobre nosotros, confesemos en las lágrimas, gimamos en las confesiones y suspiremos en las miserias. Nada de lo que tenemos fuera de nuestro Dios es dulce. Nada queremos de cuanto ha dado, si no se nos da él mismo que ha dado todas las cosas. (*Enar. in Ps. 85, n. 11*).

¡Oh si el corazón suspirase de todas maneras por aquella gloria inefable! ¡Oh si sintiésemos con gemidos nuestra peregrinación y no amásemos al siglo y pulsásemos constantemente con corazón piadoso al mismo que nos ha llamado! El deseo es

¹ Ps. 41, 11.

el seno del corazón, y si le extendemos cuanto podemos, le haremos capaz de recibir al deseado. Esto trata con nosotros la divina Escritura, esto la congregación de los fieles, esto la celebración de los misterios, esto los cánticos en alabanza de Dios, para que no sólo se siembre y nazca este deseo, sino que también adquiera capacidad tal, que se haga idóneo para recibir "lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre"¹. (*Tract. 40, in Joan., n. 10*).

DÍA 3

SE INSTRUYE AL HOMBRE CRISTIANO EN EL MODO CON QUE DEBE PASAR EL MAR PELIGROSO DE ESTE SIGLO PARA QUE LLEGUE AL PUERTO DE LA ETERNA FELICIDAD

EA, HERMANOS míos, deseemos ardientemente nuestra propia patria; toleremos y no amemos esta peregrinación que todavía nos separa de ella, pero caminemos de prisa. No hay para qué quedarnos parados; no hallamos en el siglo cosa alguna que podamos amar; porque el amor mismo de los padres, de los consortes, de los hijos, de las facultades, o causa a algunos gran trabajo, o les infunde gran temor; no hay para qué quedarnos aquí parados. Mejor nos es por cierto apetecer los bienes eternos caminando a ellos con diligencia, que ser envueltos en la ruina del mundo quedándonos aquí detenidos. Preparemos la alforja, agarrémonos y subamos a la nave de la fe y juntamente de la cruz, no nos falte el áncoa de la esperanza de nuestra salvación, extendamos las cuerdas de las diversas virtudes, tendamos las velas de la caridad, pidamos el viento

¹ 1^a. Cor. 2, 9.

favorable de la palabra de Dios, desagüemos la sentina de los pecados, y límpiase la conciencia por medio de limosnas. No sea impedido el curso de esta nuestra embarcación y obremos con las manos cuanto podemos. Con sus manos desagüaba la sentina el que decía: "Con mis manos en su presencia por la noche, y no fuí engañado"¹. No descuideemos nuestros pecados leves; pequeños son, pero son muchos. Una ola grande que cae sobre la nave la cubre y amenaza el naufragio; mas el agua que se introduce por las rendijas y se aglomera en la sentina, hace lo mismo si no se saca luego. Por tanto, deságüese la sentina y no se omita la misericordia; la limosna libra de la muerte y ella misma limpia los pecados. Sea nuestra tutela la gracia de Cristo y la señal de nuestra mutua animación el dulce cántico Aleluya; para que alegres y seguros entremos en la sempiterna y felicísima patria. No tema el alma a este mar grande del siglo, cuyas olas y torbellinos sentimos como a potestades enemigas. Muchos Santos esperando en Dios despreciaron ya estas olas, muchos las hollaron, muchos marchando sobre sus aguas arribaron seguros a la patria. Pero se levanta el viento fuerte y la tempestad grande de la codicia de cada uno. Si vacila tu fe en la mar, clame Pedro en ti: Señor, perezco; dará la mano al que se sumergía y no te dejará perecer aquel que por nosotros se dignó andar sobre las aguas. Ve al Apóstol San Pablo, no sólo señalando esta embarcación, sino también subiendo a ella y convidando a los demás. Cuando decía: "Teniendo el alimento y el vestido, con esto estamos contentos"², ¿qué otra cosa mostraba más que la competente alforja de que hemos de pro-

¹ Ps. 76, 3.² 1ª. Tim. 6, 8.

vernos? Cuando decía: "Lejos de mí el gloriarme más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo"³, entonces subía a la nave. Cuando decía: "Vestíos, como escogidos de Dios, de la benignidad, de la humildad, de la longanimidad, de la mansedumbre"⁴; ¿qué otra cosa hacía que atender las cuerdas? Cuando decía: "Permanecen la fe, la esperanza, la caridad; mas la mayor de estas cosas es la caridad"⁵, tendía las velas. Cuando decía: "La palabra de Dios habite en vosotros abundantemente"⁶, invocaba el viento favorable. Cuando decía: "Y así, mientras tenemos tiempo, obremos infatigables el bien para con todos"⁷, "obrando con vuestras propias manos"⁸, ¿qué otra cosa mandaba, sino que se desagüe la sentina? Cuando decía: "Por la gracia habéis sido hechos salvos"⁹, imploraba la tutela. Cuando decía: "En salmos e himnos cantando en vuestros corazones al Señor"¹⁰, enseñaba la consigna santa de animación. Cuando decía: "Por la esperanza hemos sido hechos salvos"¹¹, fijaba el áncora en los corazones de los creyentes. Cuando decía: "La Jerusalén que está arriba es libre, la cual es nuestra madre"¹², demostraba la patria misma. Cuando decía: "¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Gracias a Dios que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo"¹³, ya no peligraba en la mar y sí se alegraba en la propia patria. ¡Oh excelente gobernador! ¡Oh Maestro y Doctor sapientísimo! Enseñaste e hiciste, y por lo mismo arribaste velozmente; porque tú mismo hi-

¹ Gal. 6, 14.² Coloss. 3, 18.³ 1ª. Cor. 13, 13.⁴ Col. 3, 16.⁵ Gal. 6, 10.⁶ 1ª. Thess. 4, 11.⁷ Eph. 2, 8.⁸ Eph. 5, 19.⁹ Rom. 8, 24.¹⁰ Gal. 4, 26.¹¹ 1ª. Cor. 15, 55.

ciste primero las cosas que enseñaste. (*Tract. de Cantico novo, c. 2*).

DÍA 4

EL HOMBRE CRISTIANO, MIENTRAS PEREGRINA CAUTIVO EN BABILONIA, O EN ESTE SIGLO, MIRE CONTINUAMENTE A LA CELESTIAL JERUSALÉN, NUESTRA PATRIA

EN TIEMPO que el pueblo de Dios se hallaba cautivo en Babilonia, los dos profetas Ageo y Zacarías profetizaban que el cautiverio iba ya a tener fin, para que la ciudad de Jerusalén, destruída por la guerra, fuese restaurada¹. Así nos significaron en misterio la vida futura, en la que alabaremos a Dios después del cautiverio de la vida presente; en la que se hará la renovación de aquella ciudad, la gran Jerusalén, por cuya posesión suspiramos peregrinos, cautivados todavía bajo el peso y carga del cuerpo mortal; razón por que gemimos aún en la peregrinación, mas nos alegraremos en la patria. Pero no se alegrará ciudadano quien no gime peregrino, porque le falta el deseo. Dieron, pues, estos Santos Profetas un gran consuelo al pueblo entonces cautivo según la carne, esto es, retenido en Babilonia bajo el dominio de reyes extraños: como que le manifestaban por la profecía el tiempo de su libertad y de la reedificación de Jerusalén. Pero todas aquellas cosas se hicieron en figura y tiene su verdad; fueron figuradas en los antiguos y se ven cumplidas en nosotros. A este fin ¿qué dice ahora el Apóstol? "Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor"². No estamos todavía en la patria; ¿cuándo estaremos en ella? Cuando

¹ 1ª. Esdrac 5, 1.

² 2ª. Cor. 5, 6.

lleguemos a triunfar quedando vencido nuestro enemigo el diablo, cuando la última enemiga, la muerte, será destruída; entonces se verificará lo que está escrito: "La muerte ha quedado destruída por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?"¹. ¿Y cuándo no habrá la lucha de la muerte, que ahora tiene lugar y nos hace gemir a causa del defecto y mutabilidad de las cosas y de la fragilidad de la carne humana? Diariamente pelean con nosotros las tentaciones y diariamente nos acometen los deleites; aunque no consintamos, padecemos, no obstante, la molestia de la lucha, y hay gran peligro de que sea vencido el que pelea; y si vencemos no consintiendo, somos sin embargo molestados resistiendo a las delectaciones. No cesa el enemigo ni muere, sino en la resurrección de los muertos. Pero tengamos esperanza, confiemos, puesto que nos alientan Ageo y Zacarías y nos cantan nuestra futura libertad. Si cantaron a aquel pueblo y se cumplió, ¿no se cumplirá lo que se canta al pueblo cristiano? Estad seguros: cuidad solamente de lo que debéis obrar en la peregrinación de esta vida. No os agrade el amor de Babilonia, para que no olvidéis la ciudad de Jerusalén; enviad delante de vosotros el corazón a Jerusalén, aunque vuestro cuerpo está todavía detenido en Babilonia. (*Enar. in Ps. 148, n. 4*).

Fastidiaos ya del cautiverio de Babilonia. Ved que Jerusalén, aquella Madre celestial, invitándoos alegremente, os sale al encuentro en los caminos y os suplica que queráis la vida y que améis el ver los días buenos que nunca habéis tenido ni jamás tendréis en este siglo. En él vuestros días se dis-

¹ 1ª. Cor. 15, 26, 54.

paban como el humo, y para ellos el aumentarse fué disminuirse, el crecer debilitarse, y el subir desvanecerse. Los que habéis vivido en el pecado muchos y malos años, desead vivir en Dios, no los muchos años, que han de tener fin y que corren a desaparecer en la sombra de la muerte, sino los buenos y próximos en la verdad de la vida indefectible, donde ninguna hambre ni sed os fatigará; porque vuestra comida será la fe y vuestra bebida la sabiduría. Ahora en la Iglesia bendecís por cierto al Señor en la fe; mas entonces en la especie (o visión) seréis regados copiosamente de las fuentes de Israel. (*Serm. 216, n. 4*).

¡Oh paz aquélla que vemos en Dios!, ¡oh santa igualdad aquélla de los ángeles!, ¡oh visión y hermoso espectáculo! Ved que las cosas que detienen en Babilonia son hermosas; pero no os detengan, no os engañen. Una cosa es el consuelo de los cautivos y otra el gozo de los libres. (*Enar. in Ps. 136, n. 5*).

DÍA 5

ACORDÁNDOSE EL HOMBRE CRISTIANO DE LA CELESTIAL SIÓN, SIÉNTESE Y LLÓRE SOBRE LOS RÍOS DE BABILONIA, ESTO ES, DESPRECE TODAS LAS COSAS TERRENAS

“SOBRE los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, acordándonos de Sión”¹. ¿Cuáles son los ríos de Babilonia, y qué es sentarnos nosotros y llorar en el recuerdo de Sión? Porque si somos ciudadanos de ella, no sólo cantamos esto, sino que también lo hacemos. Si somos ciudadanos de Jerusalén, es decir, de Sión, y si en esta vida, en

¹ Ps. 136, 1.

esta confusión del siglo, en esta Babilonia no habitamos como ciudadanos, sino que estamos detenidos como cautivos, conviene que no sólo cantemos esto, sino que también lo hagamos con afecto pío del corazón y con deseo religioso de la ciudad eterna.

Atended, carísimos, a los ríos de Babilonia. Ríos de Babilonia son todas las cosas que aquí se aman y pasan. Ama uno, por ejemplo, ejercitarse en la agricultura, hacerse de ella rico, ocupar en ella el ánimo y tener en ella su placer; atiende al éxito y vea que aquello que amó no es el fundamento de Jerusalén y sí un río de Babilonia. Otro dice: Gran cosa es la milicia; todos los labradores temen a los que militan, los obedecen y tienen miedo; si fuere labrador, temeré al militar; si fuere militar, seré temido del labrador. ¡Oh necio! Te precipitaste al otro río de Babilonia y río más turbulento y arrebatador. Teme tú al mayor, en vez de querer ser temido del menor; el que te teme puede hacerse instantáneamente mayor que tú; mas nunca será menor que tú aquél a quien debes temer. Otro dice: Gran cosa es la abogacía, la potentísima elocuencia y en todos los negocios tener a los clientes colgados de la lengua de su fecundo patrono y esperando de su boca o el daño o el lucro, o la muerte o la vida, o la perdición o la salvación. No sabes adónde te arrojas: ése es otro río de Babilonia, cuya agua muy ruidosa golpea en las piedras. Atiende a que corre, atiende a que se desliza; y si atiendes a que corre y se desliza, guárdate porque arrastra. Dice otro: gran cosa es el navegar y negociar, conocer muchas provincias, reportar ganancias de todas partes, no estar expuesto en la ciudad a los daños de algún poderoso, caminar continuamente, recrear el ánimo con la diversidad de los negocios y de las

naciones y volver a casa rico con el aumento de los lucros. También es éste un río de Babilonia. ¿Cuánto durarán tus lucros? ¿Por cuánto tiempo presumes que estarás seguro de las cosas adquiridas? Cuanto más rico, serás tanto más tímido. De un solo naufragio saldrás desnudo y justamente llorarás en el río de Babilonia por no haber querido sentarte y llorar sobre los ríos de Babilonia.

Finalmente, otros como ciudadanos de la santa Jerusalén, conociendo su cautiverio, atienden a los deseos humanos y a las diversas pasiones de los hombres que los arrastran de una a otra parte, trayéndolos y empujándolos al mar; ven esto, y no se entran en los ríos de Babilonia, antes bien se sientan sobre ellos y sobre ellos lloran, o a los que son arrebatados, o a sí mismos que merecieron estar en Babilonia; pero sentados, es decir, humillados. Así que: "Sobre los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, acordándonos de Sión". ¡Oh Sión santa, donde todo está firme y nada pasa! ¿Quién nos precipitó en estas cosas? ¿Por qué nos apartamos de tu fundador y de tu sociedad? Ve que puestos entre estas cosas que corren y se deslizan, apenas alguno arrebatado por el río podrá salir, si puede asirse a un madero. Por lo tanto, humillados en nuestra cautividad, sentémonos sobre los ríos de Babilonia; no nos atrevamos a precipitarnos en tales ríos, ni nos atrevamos a levantarnos orgullosos en el mal y tristeza de nuestro cautiverio; antes bien, sentémonos y de este modo lloremos. Sentémonos sobre los ríos de Babilonia y no debajo de ellos. Sea tal nuestra humildad que no nos sumerja. Siéntate sobre el río, mas no quieras en el río, ni debajo del río; sin embargo, siéntete humilde y habla no como en Jerusalén. Allí estarás

por cierto en pie; porque de esta misma esperanza habla otro Salmo y canta diciendo: "Nuestros pies estaban levantados en tus atrios, oh Jerusalén"¹. Allí serás levantado, si aquí te humillares doliéndote y confesando. Levantados, pues, estaban nuestros pies en los atrios de Jerusalén; mas "sobre los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sión". Conviene que llores al recordar a Sión, pues que muchos lloran con llanto babilónico, porque también es babilónico el gozo con que se alegran. Los que se alegran en los lucros y lloran en sus pérdidas, toman unos y otras de Babilonia. Tú debes llorar, pero recordando a Sión. Si lloras recordando a Sión, conviene que también llores cuando te suceda bien según Babilonia. Atienda cada cual a la felicidad suya en que se alegró su alma, y entumecido en cierto modo con el gozo, se elevó y dijo: Soy feliz. Atienda a si aquella felicidad no es pasajera y si puede estar cierto de que durará ella eternamente. Si no está cierto y ve que se desliza el objeto de su gozo, río es de Babilonia; siéntese sobre él y llore. Mas se sentará y llorará si se acordare de Sión. (*Enar. in Ps. 123, n. 2 y sig.*).

DÍA 6

LA ESPERANZA Y LAS PROMESAS DE CRISTO CONSUELEN AL HOMBRE CRISTIANO QUE GIME Y LLORA EN EL DESEO DE LA CELESTIAL PATRIA

"SE ALEGRARÁ el justo en el Señor y esperará en él y serán alabados todos los rectos de corazón"². ¿Qué se nos anuncia?, ¿qué se nos manda?, ¿qué se

¹ Ps. 121, 2.

² Ps. 63, 11.

nos da? Que nos alegremos en el Señor. ¿Y quién se alegrará en aquella cosa que no ve? ¿Vemos por ventura al Señor? Esto tenemos en promesa; porque ahora andamos por la fe; mientras estamos en el cuerpo, peregrinos del Señor; por la fe, no por la especie. A la especie (o visión) llegaremos cuando se cumpla lo que dice San Juan: "Dilectísimos, somos hijos de Dios, y todavía no ha aparecido lo que seremos; sabemos que cuando apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como es en sí"¹. Entonces tendrá lugar la alegría grande y perfecta, y entonces tendrá lugar el gozo pleno, cuando ya no lacta la esperanza y sí nutre la cosa. No obstante, aun ahora antes de que llegemos a la cosa misma, alegrémonos en el Señor. Porque no tiene pequeña alegría la esperanza que obtendrá después lo esperado. Hay hombres que aman muchas cosas temporales en alegría no del Señor, sino del siglo, y no han conseguido todavía lo que aman; no obstante, el ardor corre en la esperanza, porque aún no posee el objeto amado. Amas, por ejemplo, el dinero que deseas y no lo amarías si no le esperases; amas a la mujer que ha de ser tu esposa y que todavía no es y quizá la amas antes de serlo y siéndolo la aborrecerás. ¿Y por qué así? Porque la desposada no apareció tal cual la pintaba el ánimo antes del desposorio. Dios, por el contrario, no se envilece presente y es amado ausente. Cuanto bueno pueda imaginarse de Dios el entendimiento humano, es sumamente menor e inferior que lo que es en realidad; y es necesario que encuentre más la consecución que lo que se figuraba el pensamiento. Así es que pudiendo amarle antes de verle, le amaremos más cuando le veamos. Ahora,

¹ 1ª. Joan: 3, 2.

pues, amamos con la esperanza, y por lo mismo dice: "Se alegrará el justo en el Señor"; y por cuanto no le ve aún, añade a continuación: "Y esperará en él". (*Serm. 21, n. 1*).

Bienaventurados aquéllos cuya ocupación es alabar a Dios. No aran, no siembran, no muelen, no cuecen; porque éstas son obras de la necesidad, y allí la necesidad no tiene lugar. No roban, no usurpan, no adulteran; porque éstas son obras de la iniquidad, y allí la iniquidad no tiene lugar. No dan pan al hambriento, no visten al desnudo, no reciben al peregrino, no visitan al enfermo, no apaciguan al litigante, no entierran al muerto; porque éstas son obras de la misericordia, y allí no habrá miseria alguna en que la misericordia se ejercite. ¡Oh bienaventurados! ¿Pensamos que seremos también así nosotros? Ea, suspiremos, y con el suspiro gimamos. ¿Y qué somos nosotros para llegar a tanta dicha? Somos mortales postrados, abatidos, tierra y ceniza; pero el que nos lo prometió es omnipotente. Si atendemos a nosotros, ¿qué somos?; mas si atendemos a él, es Dios, es omnipotente. ¿No ha de hacer un ángel del hombre el que hizo al hombre de la nada? ¿O estima Dios en nada al hombre, por quien quiso que muriera su Unigénito? Atendamos a la muestra de su amor. Tales arras de la promesa de Dios hemos recibido: tenemos la muerte de Cristo, tenemos la sangre de Cristo. ¿Quién murió? El Unigénito. ¿Por quiénes murió? Ojalá hubiera sido por los hombres, ojalá hubiera sido por los justos. ¿Pues por quiénes murió? El Apóstol dice: Cristo murió por los impíos¹. Si a los impíos dió su muerte, ¿qué reserva a los justos sino su vida? Levántese, pues, la fragilidad huma-

¹ Rom. 5, 6.

na, no desespere, no se arrastre por la tierra, no se aparte de su esperanza, ni diga: No seré tan feliz. Quien lo prometió es Dios y vino para hacer la promesa; apareció a los hombres, vino a recibir nuestra muerte y a prometernos su vida. (*Enar. in Ps. 143, n. 8*).

A cumplir las promesas vendrá el mismo que por su voluntad se hizo deudor; el mismo que sin deber a nadie cosa alguna, se dignó hacerse deudor en fuerza de su promesa. Nosotros éramos los deudores, y tanto debíamos, cuanto habíamos pecado. Vino Cristo sin débito, porque vino sin pecado; hallónos oprimidos por la usura dañosa y digna de condenación, y pagando lo que no había robado, nos libró de la deuda eterna. Nosotros habíamos admitido la culpa, y esperábamos la pena; él, no hecho socio de nuestra culpa y sí hecho partícipe de la pena, quiso ser a la vez el perdonador de la culpa y de la pena. Él es por cierto el mismo que librará de las usuras de la iniquidad a las almas de los creyentes, y que dicen siempre de corazón: "Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes"¹. Esta es la tierra que hemos de desear, no de un modo terreno o con corazón muerto, sino de un modo como celestial y con corazón vivo; porque ésta misma es a la que el Salmista, abrasado en su amor y cantando alegremente en otro lugar, dice: "Tú eres mi esperanza, porción mía en la tierra de los vivientes"². (*Serm. 216, n. 5*).

¹ Ps. 26, 13.

² Ps. 131, 6.

DÍA 7

EL HOMBRE CRISTIANO QUE ESPERA LA VIDA BIEN-AVENTURADA, DEBE ABSTENERSE DE LOS BIENES DE ESTE MUNDO Y TOLERAR CON PACIENCIA SUS MALES

CONTENERNOS y tolerar son las dos cosas que en esta vida se nos mandan como laboriosas. Porque se nos manda contenernos de los que en este mundo se llaman bienes, y tolerar los males que abundan en el mismo. Lo uno se llama continencia y lo otro tolerancia. Dos virtudes que limpian al alma y la hacen capaz de la divinidad. Para enfrenar las pasiones y reprimir los deleites, a fin de que no seduzca lo que halaga mal, ni nerve lo que se dice próspero, nos es necesaria la continencia: no entregarse a la felicidad terrena y hasta el fin buscar la felicidad que no tiene fin. Mas así como es propio de la continencia el no entregarse a la felicidad del mundo, así es propio de la tolerancia el no ceder a la infelicidad del mundo. Por tanto, sea que nos rodee la abundancia de estas cosas, sea que nos veamos en estrechez, hemos de esperar en el Señor que nos dé lo que es verdaderamente bueno y suave y aparte de nosotros lo que es verdaderamente malo. (*Serm. 38, n. 1*).

Siguiendo el camino de Cristo, no te prometas las prosperidades del siglo. Él anduvo caminos duros, pero prometió cosas grandes. Síguete. No atiendas solamente por dónde has de ir, sino también adónde has de llegar. Tolerarás las durezas temporales, pero llegarás a las alegrías sempiternas. Si quieres tolerar el trabajo, atiende al jornal; porque el operario desfallecería en la viña si no atendiera a lo que hubiese de recibir. Mirando,

pues, a lo que tienes que recibir, todos los padecimientos te parecerán leves e indignos del premio que por ellos te espera. Te admirarás de que se dé tanto por trabajo tan pequeño. Porque a la verdad, hermanos, por el descanso eterno debía de sufrirse un trabajo eterno, y habiendo de recibir la felicidad eterna, deberías de tolerar eternos padecimientos; pero si sufrieras un trabajo eterno, ¿cuándo llegarías a la eterna felicidad? Así sucede que tu tribulación sea necesariamente temporal, para que terminada, llegues a la felicidad interminable. Sin embargo, hermanos, podría ser larga la tribulación para merecer la felicidad eterna. Por ejemplo, pudiera suceder que en razón de que nuestra felicidad no tendrá fin, nuestra miseria, nuestro trabajo y nuestras tribulaciones fuesen de largo tiempo; porque, aunque durase mil años, si los pesas contra la eternidad, ¿qué comparación puedes hacer entre lo infinito y lo finito por más duradero que sea? Diez mil años, un millón, aunque se diga miles de miles de años que tienen fin, no pueden ser comparados con la eternidad. Júntese a esto que no sólo quiso Dios que tu trabajo fuese temporal, sino también breve. Toda la vida del hombre es de pocos días, y esto aun cuando con las cosas duras no se mezclasen las alegres, las cuales son ciertamente más y más largas que las duras, siendo éstas menos y más breves para que podamos durar nosotros; de consiguiente, aun cuando el hombre estuviese por toda su vida en trabajos y miserias; aun cuando estuviese en dolores, en tormentos, en cárceles, en llagas, en hambre y sed por todos los días, por todas las horas, por toda su vida hasta la vejez, son pocos días toda la vida del hombre; y pasado el trabajo, vendrá el reino eterno, vendrá la felicidad sin fin,

vendrá la igualdad de los ángeles, vendrá la herencia de Cristo y vendrá el coheredero Cristo. ¿Por cuánto trabajo recibimos tan gran premio? (*Enar. in Ps. 36, Serm. 2, n. 16*).

DÍA 8

CUANDO EL HOMBRE CRISTIANO ES AZOTADO POR DIOS EN ESTE SIGLO, SÚFRALO Y CREA QUE ES EDUCADO PARA LA HERENCIA CELESTIAL Y ETERNA

HERMANOS, frecuentemente cantamos con el Salmista: "Espera al Señor, obra varonilmente y confórtese tu corazón, y sufre al Señor"¹. ¿Qué es "Sufre al Señor"? Que recibas cuando él dará y no exijas cuando tú quieres. El tiempo de dar no ha llegado aún; súfrele, ya que él te ha sufrido. ¿Qué es lo que he dicho: Súfrele, ya que él te ha sufrido? Si ya vives justamente, si ya estás convertido a él, si te desagradan tus acciones pasadas, si ya te place elegir nueva vida buena, no te apresures a exigir el premio. El Señor te sufrió para que mudases de vida mala; súfrele tú para que corone la vida buena; porque si él no sufriera, no tendría a quién coronar. Súfrele, pues, ya que tú has sido sufrido. (*Serm. 40, n. 1*).

En el Señor está nuestra esperanza, sujetémonos a él y supliquémosle misericordia. Pongamos en él nuestra esperanza, y hasta que seamos domados y totalmente subyugados, esto es, perfeccionados, suframos el domador; porque muchas veces nuestro domador usa también de los azotes. Si tú mismo te vales por cierto de la vara y te vales del azote para domar tus jumentos, ¿no ha de valerle lo

¹ Ps. 26, 14.

mismo Dios para domar sus jumentos que somos nosotros, y cuyo fin es hacer de sus jumentos hijos suyos? Domas tu caballo, ¿y qué has de darle cuando comience a llevarte amansado, a sufrir tu disciplina, a obedecer a tu imperio y a ser tu jumento, esto es, el auxilio de tu debilidad? ¿Qué recompensas al que ni aun entierras cuando muere y sí le arrojas para que le devoren las aves? Llegando tú a estar domado, te reserva Dios la herencia, que es el mismo Dios, y muerto por algún tiempo, te resucita. Te devolverá tu carne hasta el número de los cabellos, y te colocará entre los ángeles para siempre, donde ya no necesites ser domado y sí sólo poseído del piadosísimo Señor. Porque Dios será entonces todas las cosas en todos; no habrá infelicidad alguna que nos ejercite, y sí la sola felicidad que nos apacienta. El pastor nuestro será nuestro Dios; la bebida nuestra, nuestro Dios; el honor nuestro, nuestro Dios; y las riquezas nuestras, nuestro Dios. Él solo será para ti todas las diferentes cosas que aquí buscas.

Para esta esperanza es domado el hombre, ¿y es tenido el domador por intolerable? Para esta esperanza es domado el hombre, ¿y murmuramos contra tan útil domador, si a veces usa del azote? Habéis oído la exhortación del Apóstol: "Si estáis fuera de corrección, luego sois bastardos, y no hijos". Los bastardos son ilegítimos: "Porque ¿cuál es el hijo a quien no corrige su padre? Fuera de esto, si tuvimos a nuestros padres carnales que nos corrigiesen y los mirábamos con respeto, ¿cómo no obedeceremos mucho más al Padre de los espíritus y viviremos?"¹ Y por cierto, ¿qué pudo darte tu padre porque te corrigió, porque te azotó y porque

¹ Hebr. 12, 7.

usando de la vara te hirió? ¿Pudo acaso darte que vivieses eternamente? ¿Cómo había de darte lo que no pudo darse a sí? Buscábate con azotes por el poco dinero que con usuras y trabajo había adquirido, a fin de que el fruto de su sudor que te dejase, no se perdiera por tu mala vida. Y castigó al hijo, temiendo que se inutilizasen sus trabajos; porque te dejó lo que ni podía conservar aquí, ni llevar consigo. No te dejó aquí cosa alguna que pudiera retener; cedió para que tú le sucedieras. Mas tu Dios, tu Redentor, tu domador, tu castigador, tu padre, te educa. ¿Y para qué? Para que recibas la herencia sin excluir al padre; antes bien, tengas por herencia al mismo Padre. Para esta esperanza eres educado, ¿y murmuras? Y si te sucede algo triste, ¿quizá blasfemas? ¿Adónde irás fuera de su Espíritu? Supongamos que te deja y no te azota; porque deje al que le blasfema, ¿no sentirás al que te juzgue? ¿No es mejor que te azote y te reciba, que no que te disimule y abandone? (*Serm. 55, nn. 4 y 5*).

DÍA 9

LA GLORIA CELESTIAL ES EL PREMIO QUE EL HOMBRE CRISTIANO NO PUEDE ADQUIRIR SINO CON EL TRABAJO

HERMANOS, nuestro Señor Jesucristo nos manda cierta cosa y nos promete otra. Lo que nos manda está aquí; lo que nos promete está en otra parte. Lo que nos manda tiene fin, porque es temporal; lo que nos promete no tiene fin, porque es eterno. Lo que nos manda es el trabajo; lo que promete es el premio. Advierta vuestra Santidad cuánta es la misericordia del Señor para con nosotros, al

poner el trabajo aquí con fin, y el premio en el cielo sin fin. Debemos por lo mismo trabajar antes aquí, y después recibir el premio en el cielo, que querer recibir aquí el premio y después trabajar. El Señor dice de algunos: "En verdad, os digo, recibieron su galardón"¹. Pero quizá eres solícito para el galardón y perezoso para el trabajo. ¿Con qué cara pides lo que Dios prometió, si no haces lo que Dios mandó? Oye primero las amonestaciones y de ese modo exige las promesas. Vuelvo a decir: oye primero al que manda y entonces exige al que promete. (*Serm.* 382, n. 1).

Ninguno se halla que no quiera ser feliz. Pero, ¡oh si los hombres, así como desean el premio, no rehusasen el trabajo que le preceda! ¿Quién hay que no corra alegremente al decirsele: Serás bienaventurado? Oiga también gustosamente cuando se le dice: Si hicieres esto. No sea rehusada la lucha si es amado el premio, y con la recomendación del galardón enciéndase el ánimo para la alegría de la obra. (*Serm.* 53, n. 1).

Haz tu obra, y recibirás el jornal. Antes de trabajar no le exigirías del padre de familias, ¿y le exiges de Dios antes que trabajes? Esta tolerancia pertenece para tu trabajo y éste pertenece para el jornal. Si no quieres tolerar, quieres hacer menos en la viña; porque también la tolerancia misma pertenece a la operación, para que encuentres la recompensa. Si eres falaz, ve no suceda que, sobre no recibir jornal, recibas castigo, porque quisiste ser operario fraudulento. Y ciertamente, el operario fraudulento, para comenzar a no trabajar bien, atiende a los ojos del padre de familias y observa al que le empleó en la viña, para, cuando éste no

¹ Matt. 6, 5.

le mira, pararse y no trabajar bien, y sólo ocuparse en el trabajo cuando le mira. Pero Dios, que te hizo jornalero suyo, no aparta de ti los ojos, y no te es permitido trabajar dolosamente; sobre ti está siempre la vista del padre de familias; busca dónde engañarle y, si puedes, cesa de trabajar. (*Enar. in Ps.* 33, n. 12).

"Está súbdito al Señor y suplícale"¹. Sea tu vida obedecer a los preceptos. Esto es por cierto estar sujeto a él y suplicarle, hasta que dé lo que tiene prometido. Persevere la buena obra y persevere también la oración. "Porque es menester orar siempre y no desfallecer"². ¿En qué te manifiestas súbdito? Haciendo lo que manda. Pero no recibes todavía el permiso, porque acaso no eres capaz de él. Él ya puede darle, mas tú no puedes recibirle. Ejercítate en las obras, trabaja en la viña y, finalizado el día, pide el jornal. El que te condujo a la viña es fiel. (*Enar. in Ps.* 36, *Serm.* 1, n. 8).

Si desfallecías en los trabajos, hazte fuerte con la recompensa prometida. ¿Quién es el que trabaja en la viña y aparta de su corazón lo que ha de recibir? Haz que olvide el jornal y desfallecerán sus manos. El recuerdo del jornal prometido te hace perseverante en el trabajo; y, no obstante, quien te le prometió es un hombre que puede engañarte. ¿Cuánto más animoso debes trabajar en el campo de Dios, cuando la promesa proviene de la verdad, que no puede tener sucesor, ni morir, ni puede engañar al que se prometió? ¿Y qué es lo prometido? Veámoslo. ¿Es el oro tan amado aquí de los hombres, o es la plata? ¿Son acaso las posesiones, para cuya adquisición derraman los hombres el oro, a pesar de amarle tanto? ¿Son acaso las

¹ Ps. 36, 7.

² Luc. 18, 1.

heredades amenas, las casas magníficas, los siervos numerosos y los animales abundantes? No es éste el galardón para cuya adquisición nos exhorta el Señor que trabajemos con perseverancia. ¿Cómo se llama ese galardón? Vida eterna. Ved lo que promete Dios, la vida eterna. Ved con lo que amenaza Dios, el fuego eterno. ¿Qué dirá a los colocados a la diestra? "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo"¹. ¿Y qué dirá a los de la siniestra? "Id al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles". Si todavía no amas aquello, al menos teme esto. (*Tract. 3, in Epist. Joan., n. 11*).

DÍA 10

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO CUÁNTA ES LA BONDAD DE DIOS QUE, POR UN TRABAJO TEMPORAL Y BREVE, PROMETE EL DESCANSO Y FELICIDAD SIN FIN

TU TRABAJO está aquí, y se te promete el descanso. Atiendes a que tienes aquí trabajo; pero atiende a la cualidad del descanso que el Señor te promete. ¿Puedes por ventura imaginártele? Si pudieras conocerle bien, verías que tu trabajo es nada para merecerle. Oye al que le veía en parte y dijo: "Ahora conozco en parte"². ¿Y qué dice el Apóstol? "Porque lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria"³. ¿Qué es engendrar en nosotros un peso eterno de gloria? ¿En quiénes le engendra? "En los que no atienden a las cosas que se ven,

¹ Matt. 25, 34. ² 1ª. Cor. 13, 12. ³ 2ª. Cor. 4, 17.

sino a las que no se ven". Porque las cosas que se ven, son temporales, y las que no se ven, son eternas. No quieras ser perezoso en el trabajo breve, y te alegrarás incesantemente. Dios ha de darte la vida eterna; piensa con cuánto trabajo merece ser comprada. Atended, hermanos, a que es comprable; Dios dice a cada uno: lo que tengo está en venta, cómpralo. ¿Qué es lo que tiene en venta? Tengo en venta, dice, el descanso; cómprale con el trabajo. Ve cómo en cierto modo Dios te propuso venal (o vendible) el reino de los cielos. Dile: ¿Cuánto vale? Y te contesta: Su precio es el trabajo; al modo que si dijera: Su precio es el oro, esto no te bastaría, sino que desearías saber cuánto oro; porque también es oro el sueldo y la media onza, y la libra, y otras porciones semejantes. Por eso te dijo el precio, para que no trabajases en buscarle hasta que le encontrases. El precio de la tal cosa es el trabajo. ¿Y cuánto trabajo? Busca tú ya cuánto habrás de trabajar. Todavía no se te dice cuánto sea este trabajo, o cuánto de él se te exija. Dios te dice esto: Yo te manifiesto cuánto es aquel descanso; tú juzga con cuánto trabajo deberá comprarse. Diga, pues, Dios cuánta ha de ser aquella quietud. "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por siglos de los siglos"¹. Éste es el descanso sempiterno; sin fin será tu sosiego, sin fin será este gozo, sin fin será esta alegría, sin fin será la incorrupción; tendrás la vida eterna, descanso que no tiene fin. ¿Cuánto trabajo merece el descanso que no tiene fin? Si quieres comparar en verdad y juzgar en verdad, el descanso eterno se compra en justicia con el trabajo eterno. Esto es lo verdadero; pero no temas, por-

¹ Ps. 83, 5.

que Dios es misericordioso. Si tuvieras el trabajo eterno, jamás llegarías al eterno descanso. Trabajando siempre, ¿cuándo habías de llegar a lo que, por ser eterno reposo, merece en verdad que se compre dignamente con el eterno trabajo? Iguala el precio; el descanso eterno merece ciertamente comprarse con trabajo eterno; pero si trabajases siempre, nunca llegarías a tal descanso. Así que, para llegar alguna vez a lo que compras, no tienes que trabajar eternamente; no porque no lo valga, sino para que puedas poseer lo comprado. Digno es en verdad de comprarse con trabajo perpetuo; pero es necesario que se adquiera con trabajo temporal. Eterno ciertamente ha debido ser el trabajo por el eterno descanso. Un millón de años en el trabajo ¿qué vale? El millón de años tiene fin; mas lo que yo te doy, dice Dios, no tiene fin. ¿Quién puede ponderar su misericordia? No dice: trabaja un millón de años; no dice: trabaja mil años; no dice: trabaja quinientos; sólo dice: trabaja los pocos años que vives; y por eso tendrás ya el descanso que no conocerá fin. Y aun oye lo que sigue: Señor, "según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma"¹. Así es que trabajas por pocos años y en los trabajos mismos no te falta el consuelo, ni te faltan gozos cotidianos. Pero no te alegres en el siglo; alégrate en Cristo, alégrate en su palabra, alégrate en su ley. ¿No son, pues, grandes estos consuelos en medio de tantos trabajos? Luego es verdad lo que dijo el Apóstol: "Porque lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria". Ve cuán

¹Ps. 93, 19.

pequeño es el precio que damos, un grano, por decirlo así, para recibir tesoros eternos; un grano de trabajo para recibir el descanso increíble, según este dicho del Apóstol: "Engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria". Si te alegras por tiempo, no confíes en ello; si te ves triste por tiempo, no desesperes. No te corrompa la felicidad y no te quebrante la adversidad. (*Enar. in Ps. 33, nn. 23 y 24*).

DÍA 11

CUANDO EL HOMBRE CRISTIANO DESEA LA FELICIDAD CELESTIAL, NO DEBE PROPONERSE NI IMAGINARSE COSA ALGUNA TERRENA

QUIEN VIVE carnalmente, y se goza ahora en tales cosas, y espera de Dios lo mismo que tienen también los malos, y pone toda su felicidad en la misma que disfrutan aun los malvados, o desprecia esta felicidad presente y la espera semejante para lo futuro, ese tal es carnal, que tiene fe carnal, esperanza carnal y caridad carnal. Mas la fe es espiritual: creer que tu Dios es temporalmente el protector para que llegues a lo que no será temporal y esperar que has de tener vida de los Ángeles, no en las inmundicias de la carne, no en los deleites y halagos, no en las fornicaciones, embriagueces y goce de los banquetes carnales, no en la soberbia de las posesiones de dominación terrena, sino solamente del modo que viven los Ángeles.

Y los Ángeles viven en el gozo, no de la criatura, sino del Criador; porque el gozo de la criatura es todo lo que se ve, y el gozo del Criador es lo que no se ve, con los ojos del cuerpo y sí con la vista pu-

rificada del alma. "Bienaventurados los limpios de corazón". ¿Para qué visión son bienaventurados? "Porque ellos verán a Dios". No penséis, hermanos, que el gozo de los Ángeles consiste en que ven el cielo, la tierra o todas las cosas que hay en ellos. No se alegran porque ven el cielo y la tierra, sino porque ven al que crió el cielo y la tierra.

Pero aquel que hizo el cielo y la tierra, no es el cielo ni la tierra; ni lo terreno que puede pensarse, ni lo celestial, ni lo corporal o espiritual que puedes imaginarte; no es esto Dios. No te figures algún hombre grande y hermoso; porque Dios no está circunscrito en forma humana; no está contenido en lugar, ni ocupando espacio. No te le figures como un Dios de oro: no es esto Dios; porque el oro de quien piensas formar a Dios, le hizo el mismo Dios; y esto es ínfimo, porque está en la tierra. No te propongas que Dios es alguna cosa semejante a lo que ves en el cielo, como la luna, el sol, las estrellas u otras cosas que en él brillan y resplandecen; no es esto Dios. Y además no te parezca que Dios no es como el sol, por la razón de que el sol es como un cierto globo y no un espacio inmenso de luz; de suerte que figurándote a Dios como el sol, pero de luz infinita e ilimitada le extiendas como al mismo sol y te le imagines sin fin por todas partes, proponiéndote a Dios como luz inmensa; ni aun esto es Dios. Dios habita ciertamente en luz inaccesible; pero tal luz no es un globo, ni puede ser conocida a los ojos de la carne.

Pero sí puedes ver lo que es la verdad, lo que es la sabiduría y lo que es la justicia, del modo que está dicho: "Acercaos a él y seréis iluminados"¹; de modo que es aquella luz verdadera de que habla

¹ Ps. 33, 6.

San Juan: "Era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo"¹. Hermanos, procurad pensar en la luz de la verdad, en la luz de la sabiduría, de la manera que por todas partes está presente a todos; procurad pensar en la luz de la justicia, pues que está presente a todo el que la piensa. Procurad ver esa tal luz; pero no podéis, porque palpita la vista del alma; purifíquese para que pueda ver. Mas para purificarse y ver, crea, como medio de merecer ser purificada. Por tanto, diferid lo que no podéis ver, hasta que estéis curados y podáis verlo. Sin embargo, no penséis para el siglo futuro alguna cosa semejante a la que ahora veis, porque si pensareis en alguna cosa tal, y la amareis, queréis ir con el mismo mundo fuera del mundo y queréis llevar al mundo con vosotros. Allí no habrá estas cosas. Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra. (*Serm. 4, n. 3 y sigs.*).

DÍA 12

CUÁL SEA LA ALEGRÍA DE LOS BIENAVENTURADOS Y
CUÁNTO SUPERA A LOS GOZOS DEL MUNDO

"EN TI está como la habitación de todos los que se alegran"². En esta peregrinación estamos afligidos; mas nuestra habitación será sola la alegría. Perecerán el trabajo y el gemido, pasan las oraciones y suceden las alabanzas. Allí, pues, está la habitación de los que se alegran; no tendrá lugar el gemido de los que desean y sí la alegría de los que gozan; como que estará presente el mismo por quien suspiramos: "Seremos semejantes

¹ Joan. 1, 9.

² Ps. 86, 7.

a él, por cuanto le veremos así como él es" ¹. Allí no habrá otra ocupación que alabar a Dios y gozar de Dios. ¿Y qué otra cosa buscaremos donde basta él solo por quien fueron hechas todas las cosas? Seremos habitados y habitaremos: Todas las cosas se sujetarán a él, para que Dios sea todo en todos. "Bienaventurados, pues, los que habitan en tu casa" ². Bienaventurados en esta única ocupación sosegada. Así, hermanos, deseemos esto único y preparémonos para, en llegando a ello, alegrarnos en Dios y alabar a Dios. Allí no habrá las buenas obras que ahora nos conducen. No habrá las obras de misericordia, donde no habrá miseria alguna. No encontrarás al hambriento, ni encontrarás al desnudo; ningún sediento te saldrá al encuentro, ningún peregrino habrá, ningún enfermo a quien visites, ningún muerto a quien entierres y ningunos litigantes a quienes pacifiques. ¿Qué has de hacer? ¿Por ventura plantaremos viñas y araremos, y comerciaremos y peregrinaremos para atender a las necesidades de nuestro cuerpo? Allí habrá un gran descanso, porque allí estarán retiradas las obras que reclama la necesidad; y muerta la necesidad, todas sus obras perecerán. ¿Pues qué habrá? La lengua humana lo dijo como pudo: "En ti está la habitación como de todos los que se alegran". ¿Qué es "como"? ¿Por qué "como"? Porque allí habrá alegría tal, cual aquí no conocemos. Veo aquí muchas alegrías, y muchos se gozan en el siglo, unos de una parte y otros de otra; pero no veo cosa que se pueda comparar con aquel gozo, y por lo mismo será como alegría. Porque si la llamo simplemente alegría, comienza el hombre a imaginarse semejante a la que suele tener en las

¹ 1ª. Joan. 3, 2.

² Ps. 83, 5.

bebidas, en las comidas, en la avaricia y en los honores del siglo. Se enaltecen por cierto los hombres y se enajenan en su especie de alegría. Pero el Señor dice que no hay alegrarse para los impíos ¹. Aquél es cierto placer que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre ². "En ti está la habitación como de todos los que se alegran". Dispongámonos para otro gozo; porque aquí hallamos el que de algún modo parece semejante, pero no es aquél; no nos preparemos como para gozar allí cosas semejantes a las que ahora nos alegran; pues de otro modo nuestra continencia será avaricia. Hay por cierto hombres que cuando son convidados a una gran cena en que han de ponerse muchos y exquisitos manjares, no comen antes; si les preguntas por qué no comen, responden: ayunamos. Obra grande, obra cristiana es el ayuno. Pero no le alabes prontamente; busca la causa, porque en éste se hace el negocio del vientre y no el de la religión. ¿Para qué ayunan? Para no preocupar el vientre con alimentos viles que impidan admitir los preciosos. Luego en tal ayuno se hace el negocio del paladar. Cosa grande es el ayuno; pugna contra el vientre y la gula, pero a veces obra en su favor. Por tanto, hermanos míos, si pensáis que hemos de tener alguna cosa semejante en aquella patria adónde nos llama la trompeta celestial, y os abstenéis de las cosas presentes con el fin de recibir allí otras semejantes en mayor abundancia, en tal caso sois como los que ayunan para comer después mayor cantidad y se contienen con la mayor incontinencia. No queráis obrar así; preparaos para una cosa inefable y limpiad vuestro corazón de todos los afectos

¹ Isa. 48, 22.

² 1ª. Cor. 2, 9.

terrenos y seculares. Tenemos que llegar a cierta cosa, en cuya vista seremos bienaventurados, y ella sola nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Comeremos, y el mismo Dios será el manjar nuestro que nos alimente y no se consuma. "En ti está la habitación como de todos los que se alegran". Ya se ha dicho de dónde nos alegraremos. "Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por siglos de los siglos". Alabemos también ahora al Señor cuanto podamos, mezclando los gemidos; porque, alabándole, le deseamos, y todavía no le tenemos. Cuando le tengamos, cesará todo gemido, y permanecerá sola la pura y eterna alabanza. (*Enar. in Ps. 86, n. 3*).

DÍA 13

CUÁLES SEAN AQUELLOS BIENES QUE NOS SACIARÁN EN LA CASA DEL SEÑOR Y CUÁNTO SE DIFERENCIAN DE LOS BIENES DE ESTE SIGLO

"HABITARÁ en tus atrios"¹. Es aquella Jerusalén a la que cantan los que comienzan a salir de Babilonia. "Habitará en tus atrios: seremos llenos de los bienes de tu casa". ¿Cuáles son los bienes de la casa de Dios? Hermanos, propongámonos alguna casa rica que esté provista de muchos bienes, que sea opulenta y tenga muchos vasos de oro y plata; que tenga una numerosa familia y muchos jumentos y animales para su servicio; casa en fin que deleite mucho con las pinturas, los mármoles, los artesonados, las columnas, las salas espaciosas y los lechos; y todas estas cosas se desean, pero todavía por la confusión de Babilonia.

¹ Ps. 64, 5.

Mas tú, ¡oh ciudadano de Jerusalén!, corta todos estos deseos; córtalos, y si quieres volver a tu patria, no te deleite la cautividad. Pero ¿comenzaste ya a salir de ella? Pues no mires atrás, ni quieras pararte en el camino. No faltan todavía enemigos que te persuadan el cautiverio y la peregrinación; mas no prevalezcan ya en ti las palabras de los malvados. Desea la casa de Dios; desea los bienes de su casa; pero no los desees semejantes a los que sueles apetecer o en tu casa, o en la casa de tu vecino, o en la de tu patrono. Otros son los bienes de aquella casa. ¿Qué necesidad tenemos de decir nosotros cuáles sean los bienes de aquella casa? Indíquelos el mismo que saliendo de Babilonia, canta y dice: "Seremos llenos de los bienes de tu casa". ¿Qué bienes son éstos? Habíamos quizá dirigido el corazón al oro, a la plata y demás cosas preciosas; mas tú no busques tales bienes, porque oprimen en vez de aliviar. Por tanto meditemos ya aquí aquellos bienes de Jerusalén, aquellos bienes de la casa del Señor, aquellos bienes del templo del Señor; porque la casa del Señor es lo mismo que su templo. "Seremos llenos de los bienes de tu casa; santo es tu templo, admirable en la justicia". Éstos son los bienes de aquella casa. No dijo: Santo es tu templo, admirable en las columnas, admirable en los mármoles, admirable en los techos de oro, sino "admirable en la justicia". En lo exterior tienes los ojos para ver los mármoles y el oro: mas en lo interior está el ojo para ver la hermosura de la justicia. De no tener hermosura la justicia, ¿por qué razón es amado el anciano justo? ¿Qué presenta en el cuerpo que pueda agradar a los ojos? Miembros encorvados, frente arrugada, cabeza encanecida y debilitado

por todas partes, lleno de lamentos. Pero aunque este anciano decrépito no cause placer a tus ojos, quizá le cause a tus oídos; mas ¿con qué voz?, ¿con qué cántico? Aunque acaso cantó bien en su juventud, todo le ha faltado en la vejez. ¿Deleita, por ventura, a tu oído el sonido de las palabras, cuando, caídos sus dientes, apenas las pronuncia enteras? A pesar de esto, si es justo, si no apetece lo ajeno, si de lo suyo socorre a los necesitados, si aconseja bien y sabe lo que es recto, si cree como debe y si está dispuesto a entregar por la verdadera sus debilitados miembros, como lo hicieron muchos mártires, aun ancianos, ¿qué motivo tenemos para amarle?, ¿qué cosa buena vemos en él con los ojos de la carne? Ninguna. Hay, pues, cierta hermosura de la justicia que vemos con el ojo del corazón, y la amamos, y nos enardece; hermosura que los hombres amaron mucho en los Mártires cuando las fieras despedazaban sus miembros. ¿No tenían acaso sus ojos sino motivos de horrorizarse, cuando la sangre lo manchaba todo y cuando los mordiscos de las fieras tiraban por tierra las entrañas? ¿Qué había allí que pudiera amarse, sino la hermosura íntegra de la justicia que aparecía en aquella fealdad de los miembros destrozados? Éstos son los bienes de la casa de Dios, prepárate para saciarte con ellos. Mas para saciarte cuando llegues allí, es menester que tengas hambre y sed de esto mientras eres peregrino; desea beberlo, desea comerlo, porque tales serán los bienes de Dios. (*Enar. in Ps. 64, n. 8*).

“Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes”¹. ¡Oh bienes del Señor, dulces, inmortales, incomparables, sempiternos e inmuta-

¹ Ps. 26, 19.

bles! ¿Y cuándo os veré yo, oh bienes del Señor? Creo verlos, mas no en la tierra de los mortales. “Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes”. Me libraré de la tierra de los que mueren, aquel Señor que por mí se dignó recibir la tierra de los que mueren y morir entre las manos de los que mueren; libraráme el Señor de la tierra de los mortales; por lo mismo, “Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes”. (*Enar. 2, in Ps. 26, n. 22*).

DÍA 14

HABITAR ETERNAMENTE EN LA CASA DEL SEÑOR, ES LA FELICIDAD ÚNICA QUE HA DE BUSCAR EL HOMBRE CRISTIANO

“UNA PEDÍ al Señor, ésta buscaré”¹. ¿Qué es esto? ¿Qué es aquella una? “Que habite en la casa del Señor en todos los días de mi vida”. Ésta es la una; porque casa se dice aquélla en donde permanecemos siempre. Qué hayamos de hacer en aquella casa, lo tienes evidentemente expresado en otro Salmo: “Bienaventurados los que habitan en tu casa: te alabarán por siglos de los siglos”². Ardiendo está en esa codicia, si puede decirse así, y, abrasado en tal amor, desea habitar por todos los días de su vida en la casa del Señor: en la casa del Señor por todos los días de su vida, no que han de tener fin, sino eternos. Llámanse, pues, días, al modo que se llaman años aquéllos de los cuales se dijo: “Y tus años no terminarán”³. Porque los días de la vida eterna son un solo día sin ocaso. Por lo mismo dijo al Señor: Ésta deseé. Una pedí.

¹ Ps. 26, 4.

² Ps. 83, 5.

³ Ps. 101, 28.

Ésta buscaré. Digámosle nosotros: ¿Qué has de hacer allí?, ¿cuál será allí tu delectación?, ¿cual la diversión del corazón?, ¿cuáles las delicias que causarán los gozos? Porque allí no durarás sin ser feliz. ¿De dónde, pues, provendrá aquella felicidad? Tenemos aquí por cierto diversas felicidades del género humano, y cualquiera se dice miserable cuando se le priva de lo que ama. Y por cuanto aman los hombres cosas diversas, cualquiera es tenido por feliz cuando parece tener aquello que ama. Pero el hombre es verdaderamente feliz, no si tiene lo que ama, sino si ama lo que debe de amar; porque muchos son más miserables teniendo lo que aman que careciendo de ello; como que les sucede que amando las cosas perjudiciales son desgraciados y teniéndolas son mucho más. Así es que cuando Dios nos niega lo que amamos indebidamente, se nos manifiesta propicio; mas cuando permite al amante lo que ama con vicio, se le manifiesta indignado. Tienes al Apóstol que con toda claridad dice: "Los entregó Dios a los deseos de su corazón"¹. Así les dió lo que amaban, pero condenando. En otra parte tienes a Dios negando lo que se le pide: "Y por esto —dice el mismo Apóstol— rogué al Señor tres veces, para que se apartase de mí (el aguijón de la carne), y me dijo: Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad"². Ved que a aquéllos dió según los deseos de su corazón, y al Apóstol San Pablo negó lo que pidió; a aquéllos dió para la condenación, y a éste negó para la salud. Pues cuando amamos lo que Dios quiere que amemos, no dudemos que nos lo concederá; y la única cosa que debemos amar es que habitemos en

¹ Rom. 1, 24.

² 2ª. Cor. 12, 8.

la casa del Señor por todos los días de nuestra vida.

Y por cuanto en estas habitaciones terrenas nos recrean diferentes delicias y placeres, y cada cual desea habitar en aquella casa donde no haya cosa alguna que le ofenda y sí haya muchas que le deleiten, de suerte que faltando éstas desea el hombre trasladarse de cualquiera parte; por todo esto, preguntemos como con cierta curiosidad y díganos el Salmista qué habemos de hacer nosotros y qué ha de hacer él en aquella casa donde apetece, elige, desea y pide al Señor este uno: habitar en ella por todos los días de su vida. Ruégote me digas ¿qué has de hacer allí?, ¿qué es lo que deseas? Oye que: "Que contemple la delicia del Señor". Ve lo que amo, ve por qué quiero habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida. Tiene allí un grande espectáculo, que es el contemplar la delectación del Señor; y desea engolfarse en su luz luego que termine esta su noche. Entonces, pasada la noche, será por cierto nuestra mañana; a cuyo propósito dice el Salmo en otro lugar: "En la mañana me presentaré a ti y te veré"¹. Ahora no te contemplo porque caí; entonces estaré presente y te contemplaré. Ésta es la voz humana. Porque cayó el hombre, y no habría sido enviado el que le levantase, si nosotros no hubiésemos caído. Nosotros caímos y él descendió². Él subió y nosotros somos levantados. El que cayó, es levantado, y el que descendió, sube. Y no porque suba él solo desesperemos nosotros; puesto que el que descendió, a los caídos nos levanta; y estaremos con él, y le contemplaremos y gozaremos de su gran delectación. Sobrepóngase vuestro co-

¹ Ps. 5, 5.

² Joan. 3, 13.

razón a todas las cosas acostumbradas; pese la intención todos vuestros pensamientos festivos de la carne, sacados de los sentidos corporales y que se imaginan ciertos fantasmas. Rechazadlo todo de vuestro ánimo, y negaos a todo lo que os ocurriere: conoced la debilidad de vuestro corazón y por el solo hecho de ocurriros lo que podéis pensar, decid: No es esto lo que busco; porque si lo fuese no me habría salido ahora al encuentro. Así desearéis un determinado bien. ¿Y cuál bien? El bien de todo bien, el origen de todo bien y el bien al cual no se añade cosa que sea el mismo bien. Porque se llama bueno el hombre y buena la heredad, y buena la casa, y bueno el animal, y bueno el árbol, y bueno el cuerpo, y buena el alma; cuantas veces dijiste bueno, añadiste otra cosa. Mas aquel bien es simple, es el bien mismo por el que son buenas todas las demás cosas; es la misma delectación del Señor y ésta contemplaremos. Ved ahora, hermanos, si nos deleitan estos que se llaman bienes, si nos deleitan los bienes que por sí no son tales (porque las cosas mudables no son por sí bienes). ¿Cuál será la contemplación del bien inmutable, eterno y que siempre permanece en el mismo ser? Como que estos que se dicen bienes, de ningún modo nos deleitarían si no fuesen buenos, y de ningún modo serían buenos si no lo fuesen por aquel que es absolutamente bueno.

Ved —dice el Salmista— por qué quiero habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida. Os he dicho para qué: "Para que contemple la delectación del Señor". (*Enar. 2, in 26, n. 6 y sigs.*)

DÍA 15

PROPÓNESE A LA CONSIDERACIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO LA FELICIDAD DE LA PATRIA CELESTIAL

HAGAN vuestros pies sus carreras derechas: no declinéis a la diestra presumiendo, ni a la siniestra desesperando. Corred velozmente por el camino recto; porque él mismo os conduce a la patria, aquella patria cuyos ciudadanos son los ángeles, cuyo templo es Dios, cuyo resplandor es el Hijo y cuya caridad es el Espíritu Santo; ciudad santa, ciudad bienaventurada, ciudad donde ningún amigo perece, porque ningún enemigo se admite; donde ninguno muere, porque ninguno nace, y ninguno enferma porque se goza de inalterable salud. Cuando lleguemos allí, no padeceremos ni hambre ni sed, porque la visión misma será nuestra hartura. Allí no dormiremos, porque allí no trabajaremos. No será necesaria clase alguna de reparación, donde no habrá clase alguna de defeción. Allí viviremos, reinaremos y nos alegraremos. Si tanto nos deleita el hablar de aquella ciudad, ¿qué será el verla? ¿Qué será el ver a Dios, vivir con Dios y vivir de Dios? Porque nuestra vida será alabar a Dios y amarle sin defecto. "Bienaventurados —dice el Profeta— los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por siglos de los siglos"¹. (*Tract. de Cantico novo., c. 10.*)

Enardécete en el amor y deseo de la vida eterna de los Santos, donde ni la acción será trabajosa, ni el descanso desidioso; la alabanza de Dios será sin fastidio y sin intermisión; ningún tedio en el ánimo y ningún trabajo en el cuerpo; ninguna

¹ Ps. 83, 5.

indigencia, ni tuya para que desees ser socorrido, ni del prójimo para que te apresures a socorrerle. Dios será toda las delicias y la hartura de la ciudad santa que en él y de él vive sabia y dichosamente. Porque, según la promesa suya que esperamos y aguardamos, seremos hechos iguales a los ángeles de Dios y juntamente con ellos gozaremos ya por la especie (o visión) de aquella Trinidad, en la que ahora andamos por la fe. Creemos por cierto lo que no vemos, para que por los méritos mismos de la fe merezcamos también ver lo que creemos y unirnos a ello, y para que no hagamos resonar entonces con las palabras de la fe y sílabas ruidosas la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y la unidad de la misma Trinidad, y de qué modo son las tres personas una deidad, y sí lo bebamos en aquel silencio con purísima y ardentísima contemplación. (*Lib. de Catechiz Rud.*, c. 25)

Aquella ciudad sólo contendrá ciudadanos limpios, sin mezcla de ningún sedicioso o turbulento; el enemigo que ahora nos tiene envidia a fin de que no lleguemos a aquella patria, a nadie puede poner allí asechanzas, puesto que no se le permite allí la entrada. Porque si ahora es excluido del corazón de los creyentes, ¿de qué modo será excluido de la ciudad de los vivientes? (*Enar. in Ps. 147, n. 3*).

Las puertas de aquella Jerusalén están cerradas y aseguradas con cerrojos, para que se diga a aquella ciudad: "Jerusalén alaba al Señor; por cuanto confortó las cerraduras de tus puertas. Bendijo a tus hijos en ti. Quien puso paz por tus fines"¹. Cerradas las puertas, y echadas las cerra-

¹ Ps. 147, 1.

duras, ningún amigo sale y ningún enemigo entra. Allí tendremos cierta y verdadera seguridad, si aquí no dejamos la verdad. (*Serm. 130, n. 5*).

¿Qué será, os ruego me digáis, hermanos, qué será estar en aquella ciudad, cuando tanta alegría causa hablar de ella? Para aquella vida debemos preparar los corazones; cualquiera que prepare así el corazón, desprecia enteramente ésta, y, despreciada ésta, hace esperar con seguridad el día para cuya espera nos atemorizó el Señor. (*En. in Ps. 147, n. 3*).

DÍA 16

DECLÁRASE MÁS LA FELICIDAD DE LA VIDA ETERNA

"EL QUE aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donará también con él todas las cosas?"¹. Cuando se cumpla esta promesa, ¿qué seremos?, ¿cuáles seremos? ¿Qué bienes tenemos que recibir en aquel reino, puesto que, muriendo Cristo por nosotros, hemos recibido tal prenda? ¿Cuál será el espíritu del hombre, no teniendo absolutamente vicio alguno al que esté sujeto, ni al que ceda, ni contra el cual pelee aun loablemente, consumado ya en la apacibilísima virtud? ¿Cuánta será la ciencia, cuán magnífica y cierta sin error ni trabajo alguno, donde la sabiduría de Dios se beberá en su misma fuente con felicidad suma y sin ninguna dificultad? ¿Cuál será el cuerpo que, obediente en todo al espíritu y vivificado suficientemente por él, no necesitará de alimentos? Porque no será animal, sino espiritual, teniendo en verdad la

¹ Rom. 8, 32.

sustancia de la carne, pero sin ninguna corrupción carnal. (*Lib. 22 de C. D., c. 24*).

¿Cuánta será aquella felicidad, donde ningún mal habrá, ningún bien faltará y se vacará en las alabanzas de Dios, que será todo en todos? No sé por tanto lo que se haga donde por ninguna desidia se cesará, ni por ninguna indigencia se trabajará. Sé me advierte, sí, en el Santo Cántico donde leo u oigo: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por siglos de los siglos" ¹. Todos los miembros y extraños del cuerpo incorruptible que ahora vemos distribuídos en los diferentes usos de la necesidad, servirán en las alabanzas de Dios, porque entonces no tendrá lugar la necesidad y sí la plena, cierta, segura y sempiterna felicidad. Ciertamente, todos aquellos grados de la armonía corporal que ahora nos son ocultos, entonces nos serán manifiestos, dispuestos interior y exteriormente por todas las partes del cuerpo, y con las demás cosas que allí se verán grandes y admirables, encenderán a las almas racionales para la alabanza de tan grande artífice con la delectación de la racional hermosura. Ignoro cuáles hayan de ser allí los movimientos de tales cuerpos y no me atrevo a definir temerariamente lo que no puedo excogitar. No obstante, así los movimientos como el estado, cualesquiera que sean, serán convenientes allí, donde ninguna cosa inconveniente tendrá lugar. Ciertamente, el cuerpo estará sin tardanza donde quiera el espíritu, y el espíritu nada querrá que no convenga tanto a él como al cuerpo. Allí estará la verdadera gloria, donde cada uno será alabado sin error ni adulación del alabador. Allí el verdadero honor, el cual a ningún

¹ Ps. 83, 5.

digno se negará y a ningún indigno se dará; empero ningún indigno le solicitará donde no se permitirá estar sino al digno. Allí la verdadera paz, donde ninguno padecerá adversidad ni de sí mismo ni de otro. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud y que se prometió a sí mismo como la cosa mejor y más grande que puede idearse. ¿Qué otra cosa es por cierto lo que dijo por el Profeta: "Yo seré el Dios de ellos, y ellos serán mi plebe" ¹; sino: Yo seré de donde se sacien; Yo seré todas las cosas deseadas honestamente de los hombres, la vida, la salud, el alimento, la abundancia, la gloria, el honor, la paz y todos los bienes? De este modo debe entenderse también lo que dice el Apóstol: "Para que Dios sea todo en todos" ². El fin de nuestros deseos será el mismo que será visto sin fin, amado sin fastidio y alabado sin fatiga. Este don, este afecto, este acto será en verdad común a todos, como la misma vida eterna.

Allí vacaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. Ved lo que será en el fin sin fin. Porque ¿cuál es nuestro fin, sino llegar al reino que no tiene fin? (*Lib. 22, de Civit. Dei., c. 30*).

DÍA 17

EN EL CIELO NO TENDRÁ YA LUGAR LA PELEA Y SÍ
LA COMPLETA VICTORIA CONTRA EL ENEMIGO

"TE CORRESPONDE el himno, oh Dios, en Sión" ³.
Te corresponde el himno en Sión, no en Babilonia.
"Y se te cumplirá el voto en Jerusalén". Aquí prometemos, y bueno es que allí cumplamos. Mas,

¹ Lev. 26, 12.

² 1ª. Cor. 15, 28.

³ Ps. 64, 1.

¿quiénes son los que aquí prometen y no cumplen? Los que no perseveran hasta el fin en aquello que prometieron. Por eso dice otro Salmo: "Prometed y pagad al Señor vuestro Dios"¹. "Y se te cumplirá el voto en Jerusalén". Porque allí estaremos todos, es decir, íntegros en la resurrección de los justos, no sola el alma, sino también la carne misma, no ya corruptible, por no estar ya en Babilonia, y sí ser ya cuerpo mudado en celestial. ¿Cuál es la mudanza que se nos promete? "Todos ciertamente resucitaremos —dice el Apóstol—, mas no todos seremos mudados"². Y el mismo dijo quiénes serán los mudados: "En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en la final trompeta: pues la trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles (esto es, íntegros), y nosotros seremos mudados". Sigue y dice cuál será la mudanza: "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que nos es mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto, que es mortal, fuere revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?". Ahora por cierto comenzamos en nosotros las primicias del alma, por las cuales deseamos a Jerusalén; luchan contra nosotros muchas cosas procedentes de la carne corruptible las cuales no lucharán cuando la muerte fuere tragada en la victoria. Vencerá la paz y se concluirá la guerra. Y cuando venza la paz, vencerá aquella ciudad que se llama visión de paz. No habrá por tanto contienda alguna de la muerte. ¿Cuánto lucharemos ahora con la muerte? De ahí vienen por cierto los deleites carnales que nos su-

¹ Ps. 75, 12.

² 1ª. Cor. 15, 51.

gieren también muchas cosas ilícitas; no consentimos en ellos; mas por no consentir, peleamos. Así la concupiscencia de la carne nos condujo primeramente siguiéndola, después nos atrajo resistiéndola, y después, recibida la gracia, comenzó a no conducirnos ni atraernos, pero sin dejar de pelear con nosotros; después de la pelea será también la victoria. Aunque ahora te ataque, haz que no te venza; después, cuando la muerte sea tragada en la victoria, cesará también de atacar. ¿Qué es lo que está dicho? "La enemiga muerte será destruída la postrera"¹. Cumpliré mi voto. ¿Qué voto? Una especie de holocausto. Porque se dice holocausto cuando el fuego lo consume todo; el holocausto es un sacrificio en que todo es consumido por el fuego. El fuego, pues, el fuego divino arrebatemos a Jerusalén; comencemos a arder por la caridad hasta que todo lo mortal sea consumido y todo lo que fuere contrario a nosotros sea sacrificado al Señor. (*Enar. in Ps. 64, n. 4*).

"Entrará en tu casa en holocaustos"². Consuma tu fuego todo lo mío, nada mío quede para mí, y sí sea todo para ti. Esto se verificará en la resurrección de los justos, cuando lo corruptible se vestirá de la incorrupción y lo mortal se vestirá de la inmortalidad; entonces se cumplirá lo que está escrito: Tragada ha sido la muerte en la victoria. La victoria es como el fuego divino, y cuando se trague aun a nuestra muerte, se completará el holocausto. Nada mortal quedará en la carne, y nada culpable quedará en el espíritu: Todo lo de la vida mortal será consumido para que en la vida eterna sea consumado. (*Enar. in Ps. 65, n. 18*).

¹ Ib. 26.

² Ps. 65, 13.

DÍA 18

CUÁNTA SEA LA PAZ QUE GOZAN EN EL CIELO LOS BIENAVENTURADOS

EN EL cielo tendrán lugar los dones de la naturaleza, esto es, los que se dan a nuestra naturaleza por el Criador de todas las naturalezas, los cuales no sólo serán buenos, sino también eternos, y no sólo se comunicarán al alma que es sanada por la sabiduría, sino también al cuerpo que será renovado en la resurrección. Allí tendrán lugar las virtudes, no porque tengan que pelear contra los vicios o cualesquiera males, sino para que tengan por premio de la victoria la paz eterna, la cual no inquiete adversario alguno. Ésta es por cierto la bienaventuranza final y éste es el fin de la perfección, que no tiene fin que le consuma. Aquí se nos llama bienaventurados cuando tenemos la paz cualquiera que pueda tenerse en la vida buena, mas esta bienaventuranza, comparada con aquella que llamamos final, se ve ser enteramente miseria. Así es que cuando los hombres mortales tenemos esta paz según es posible en las cosas mortales, si vivimos rectamente, la virtud usa rectamente de sus bienes; mas cuando no la tenemos, usa bien la virtud aun de los males que el hombre padece. Pero entonces es verdadera la virtud, cuando tanto los bienes todos de que usa rectamente, como todo lo que hace en el recto uso de bienes y males, lo refiere consigo mismo a aquel fin donde será tal y tanta nuestra paz, que no pueda darse mayor¹. (L. 19, de Civ. Dei., c. 10).

Nuestra propia paz está aquí con Dios por la

¹ Matt. 6, 12.

fe y estará eternamente con él por la especie (o visión). Pero aquí, ya sea la paz común, ya sea la nuestra particular, es tal paz, que más bien es consuelo de la miseria que gozo de la bienaventuranza. Igualmente la misma justicia nuestra, aunque sea verdadera, por el fin del verdadero bien a que se dirige, sin embargo, es tal en esta vida, que más bien consta de la remisión de los pecados, que de la perfección de las virtudes. Testigo es la oración de toda la Ciudad de Dios que peregrina en la tierra. Ciertamente por todos sus miembros clama a Dios: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Ni es eficaz esta oración por aquéllos cuya fe sin obras está muerta, y sí por aquéllos cuya fe obra por el amor.

Tal oración es necesaria a los justos; porque si bien la razón está obediente a Dios, sin embargo, en esta condición mortal y en este cuerpo corruptible que agrava al alma, no impera perfectamente a los vicios; pues aunque ciertamente los impere, no lo consigue sin conflicto. Y así es que en este lugar de flaqueza se insinúa alguna cosa aun en el que pelea bien o domina a tales enemigos vencidos y sujetos, por la cual se peque, si no con la fácil operación, ciertamente con la deleznable locución, o con el volátil pensamiento. Y por lo mismo no es plena la paz mientras se impera a los vicios; porque los que se resisten, son vencidos en batalla peligrosa, y los que son vencidos no ofrecen descanso seguro en su vencimiento sino que todavía son reprimidos con imperio solícito. Por consiguiente, en estas tentaciones, de cuyo conjunto se dijo brevemente en las divinas sentencias: "¿Por ventura no es una tentación la vida del hombre

sobre la tierra?"¹, ¿quién sino el hombre soberbio presume vivir de tal modo que no necesite decir a Dios: "Perdónanos nuestras deudas"? Pero el que así presume no es grande, sino vano e hinchado, al cual resiste por la justicia aquel que da la gracia a los humildes; y por eso está escrito: "Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia"². Aquí, pues, está la justicia en cada uno, para que Dios impere al hombre obediente, el alma al cuerpo, y la razón impere aun a los vicios que la repugnan, o rindiéndolos o resistiéndolos, y para que se pida a Dios la gracia de los méritos con el perdón de los pecados y se le den gracias por los bienes recibidos. Mas en aquella paz final a la que ha de referirse y para cuya consecución ha de tenerse la justicia, por cuanto sanada la naturaleza con la inmortalidad y la incorrupción no tendrá vicios, ni a cada uno de nosotros repugnará cosa alguna de otro de sí mismo, no habrá necesidad de que la razón impere a vicios que no tendrán lugar, sino que imperará Dios al hombre, y el alma al cuerpo, y habrá allí tanta suavidad y facilidad de obedecer, cuanta será la felicidad de vivir y reinar. Y esto será allí eterno en todos y cada uno, con la certeza de que es eterno; y por lo mismo la paz de tal bienaventuranza, o la bienaventuranza de tal paz, será el sumo bien. (*Lib. 13, de Civit. Dei, c. 27*).

¹ Job. 7, 5.

² Jacob. 4, 6.

DÍA 19

LA GLORIA Y FELICIDAD QUE TIENEN LAS ALMAS DE
LOS BIENAVENTURADOS REDUNDA AUN
EN EL CUERPO

Dios dotó al alma de tan poderosa naturaleza, que de su plenísima bienaventuranza, la cual está prometida a los Santos para el fin de los tiempos, redundará también en la naturaleza inferior que es el cuerpo, no la bienaventuranza que es propia del alma que goza y entiende, sino la plenitud de la salud, o sea el vigor de la incorrupción. (*Epist. 118, n. 14*).

Así como se promete a nuestra alma la bienaventuranza, así se promete a nuestra carne la resurrección. Tal resurrección de la carne nos está prometida: Oíd, aprended y tened cuál sea la esperanza de los cristianos, y a cuyo fin somos cristianos. Porque no somos cristianos para aspirar a la felicidad terrena que las más veces tienen aun los ladrones y criminales. Nosotros somos cristianos para otra felicidad, la cual recibiremos cuando pasare toda la vida de este siglo. Se nos promete, pues, también la resurrección de la carne, y se nos promete tal, que esta carne que ahora llevamos resucite ciertamente en el fin. No os parezca increíble; porque si Dios hizo a los que no existíamos, ¿le será imposible reformar a los que tenemos ser? Por tanto, no os parezca esto increíble, porque veis a los muertos corromperse y convertirse en ceniza y polvo. Porque algún muerto sea quemado, o porque le despedacen los perros, ¿pensáis por eso que no ha de resucitar? Todos los miembros que se despedazan y se convierten en ciertas pave-

sas, son íntegros para Dios. Vuelven por cierto a los elementos del mundo de donde vinieron cuando fuimos formados; no los vemos, pero esto no obstante, Dios los producirá de donde sabe, así como antes de que tuviéramos ser nos produjo de donde sabía. Se nos promete, pues, tal resurrección de la carne, que aunque sea la carne misma que ahora llevamos, no tenga la corrupción que ahora tiene. (*Enar. in Ps. 62, n. 6*).

Los cuerpos de los Santos resucitarán sin ningún vicio, sin ninguna deformidad, así como sin ninguna corrupción, peso, ni dificultad; en los cuales habrá tanta facilidad, cuanta será su felicidad. Por eso se los llamó espirituales, a pesar de no haber duda que han de ser cuerpos y no espíritus. Y así como ahora se llama cuerpo animal¹, a pesar de que es cuerpo y no alma, así entonces será cuerpo espiritual, pero cuerpo y no espíritu. Por lo mismo, en todo lo que toca a la corrupción que ahora agrava al alma y a los vicios con que la carne codicia contra el espíritu, no será entonces carne, sino cuerpo; porque también se dan cuerpos celestiales. A este fin se dijo: "La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios"². Y, como exponiendo estas palabras, añade: "Ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad". Lo que llamó primeramente "carne y sangre", llamó después "corrupción"; y lo que antes llamó "reino de Dios", llamó después "incorruptibilidad". Mas, en cuanto pertenece a la sustancia, será también entonces carne; por cuya razón el cuerpo de Cristo se llamó carne aun después de la resurrección. Y el Apóstol dice: "Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual"³; por cuanto vivificando el es-

¹ *Corpus animale.*² 1ª. Cor. 15, 50.³ Id. id. 44.

píritu a la carne obediente sin necesidad de ningún apoyo, será entonces tanta la concordia de la carne y del espíritu, que nada de nosotros nos repugne ni suframos enemigo alguno interior, así como no le sufriremos exterior. (*In Enchyridio, c. 91*).

DÍA 20

CUÁLES HAN DE SER EN EL CIELO LOS CUERPOS DE
LOS BIENAVENTURADOS

¿QUÉ ES la carne? No debemos menospreciarla. ¿Qué es, pues, ella? Es heno, pero será oro. Porque el mismo que fué poderoso para mudar el agua en vino, es poderoso para mudar el heno en oro y para hacer de la carne un Angel. Si de la tierra sucia hizo al hombre, ¿no hará del hombre un Angel? Porque atienda vuestra caridad de dónde fué hecho el hombre y verá si aun queremos pensarlo. De estas suciedades hizo al hombre y le hizo superior a los animales; ¿y no hará del hombre un Angel? Lo hará sin la menor duda. A los hombres hizo amigos suyos, ¿y no ha de hacerlos Angeles? "No os llamaré ya siervos, sino amigos"¹. A los que llevaban todavía la carne, todavía eran mortales y todavía se hallaban en esta indigencia y fragilidad de la vida, dijo: "No os llamaré ya siervos, sino amigos". ¿Y qué es lo que dará a los amigos? Lo que manifestó en sí mismo resucitado. Serán coronados y posesionados de la gloria celestial y serán iguales a los Angeles de Dios². Ninguna corrupción habrá, ninguna titilación. No se nos dirá allí: "Limpiaos de toda contaminación de carne y de espíritu"³. No trabajaremos, ni se

¹ Joan. 15, 15.² Luc. 20, 36.³ 2ª. Cor. 7, 1.

nos prometerá el premio, porque ya le habremos recibido. Ni se nos dirá que gimamos, porque ya alabaremos. Porque así como la carne mortal se convertirá en cuerpo de ángel, así también el gemido se convertirá en alabanzas. Aquí la penitencia, la aflicción y el gemido; allí las alabanzas, la alegría y el gozo. (*Serm. 45, n. 10*).

¿Quién puede explicar con palabras cuál haya de ser la gloria en la resurrección de esta carne? Ninguno de nosotros la ha experimentado todavía teniéndola. Ahora llevamos una carne pesada; porque es indigente, porque es enferma, porque es mortal, porque es corruptible. "Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma"¹. Mas no temas esto en la resurrección. "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que es mortal se vista de inmortalidad"². Lo que ahora es peso, será honor; lo que ahora es carga, será entonces alivio; porque no tendrá peso para que sientas tener cuerpo. (*Serm. 277, n. 4*).

Dios dará admirable facilidad y admirable ligereza. No sin causa se llamaron espirituales aquellos cuerpos. No se llamaron espirituales porque hayan de ser espíritus, y no cuerpos; pues que así como éstos que ahora tenemos se llaman cuerpos animales y sin embargo no son almas y sí cuerpos, de igual modo aquéllos se dicen espirituales, pero no serán espíritus, porque serán cuerpos. ¿Cuál otra es, carísimos, la razón de llamarse cuerpo espiritual, sino porque servirá a voluntad del espíritu? Nada de ti te contradecirá y nada en ti se rebelará contra ti. No habrá allí lo que gime el Apóstol diciendo: "La carne codicia contra el espíritu y el

¹ Sap. 9, 15.

² 1ª. Cor. 15, 53.

espíritu contra la carne"¹. Ni habrá allí: "Veo otra ley en mis miembros que contradice a la ley de mi voluntad"². No habrá allí estas luchas; allí habrá la paz, allí habrá la perfecta paz. Estarás donde quisieres, pero no te apartarás de Dios. Estarás donde quisieres, pero dondequiera que estés, tendrás a tu Dios. Siempre estarás con aquel que será tu bienaventuranza. (*Serm. 242, n. 11*).

DÍA 21

EN EL CIELO NO TENDRÁN LUGAR LAS OBRAS DE NECESIDAD O MISERICORDIA Y SÍ CIERTO DESCANSO INEFABLE

SI PREGUNTAS cuál será la vida después de la resurrección, ¿qué hombre podrá explicarlo? Será vida de ángeles. El que pudiere manifestarte la vida de los ángeles, te manifestará la vida de los resucitados, porque han de ser iguales a los ángeles. Mas si la vida de los ángeles está oculta, nadie pregunte más; no sea que por error no llegue a lo que desea saber y sí a lo que él mismo se fingiere, porque desea saberlo antes de tiempo y sin la debida espera. Tú anda en el camino, y si no te detienes en él, llegarás a la patria. Por tanto, hermanos, tened a Cristo, tened la fe y tened el camino; él mismo os conducirá a lo que no podéis ver ahora; pues que en aquella cabeza apareció lo que ha de esperarse en los miembros, y en aquel fundamento se demostró lo que ha de edificarse en nuestra fe, para perfeccionarse después en la especie; no sea acaso que cuando pensáis vosotros que lo veís, os imaginéis que es lo que no es real-

¹ Gal. 5, 17.

² Rom. 7, 23.

mente, y dejado el camino os desviéis hacia el error y no lleguéis a la patria adonde guía el camino, es decir, a la especie adonde guía la fe.

Dirás: ¿De qué modo viven los ángeles? Bástate saber esto, que no viven corruptiblemente; porque más fácilmente se te puede decir lo que no habrá allí que lo que allí habrá. Aun yo, hermanos, puedo por cierto tocaros brevemente ciertas cosas que allí no habrá, y puedo hacerlo en razón de que hemos experimentado tales cosas y sabemos que allí no tendrán lugar. Mas lo que allí habrá no lo hemos experimentado todavía. "Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor; porque andamos por fe, y no por visión"¹. ¿Qué será, pues, lo que no habrá allí? Allí no se desposarán para que se propaguen los hijos, porque allí no tendrá entrada la muerte; allí no habrá crecer, porque tampoco habrá envejecer; no habrá comercios, porque tampoco habrá indigencia; ni aun habrá las obras loables de los hombres inocentes que obligan a hacer la penuria y necesidad de esta vida. No digo solamente que allí no tendrán lugar las obras de los ladrones y usureros, sino ni aun las mismas que los hombres buenos hacen para aliviar las necesidades humanas se practicarán allí. Allí será el sábado perpetuo que es celebrado por los judíos temporalmente y de nosotros es entendido para siempre. Habrá el descanso inefable que no puede explicarse; pero, como he dicho, se explica de algún modo cuando se dicen las cosas que allí no habrá. Hacia aquel descanso caminamos y para él somos reengendrados espiritualmente; porque así como nacemos carnalmente para los trabajos, así renacemos espiritualmente para el descanso;

¹ 2ª. Cor. 5, 6.

al cual nos llama el Señor diciendo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré"¹. Aquí apacienta, y allí perfecciona; aquí promete, y allí da; aquí significa, y allí expresa. Cuando en aquella bienaventuranza seamos perfectos y salvos tanto en el espíritu como en el cuerpo, no habrá estos negocios, ni habrá allí lo que se alaba aquí en las buenas obras de los cristianos. Porque ¿qué cristiano no es alabado ahora cuando da pan al hambriento y bebida al sediento, cuando viste al desnudo, recibe al peregrino, apacigua al litigante, visita al enfermo, entierra al muerto y consuela al lloroso? Grandes obras, llenas de misericordia, llenas de alabanza y de gracia. Pero ni aun éstas habrá allí; porque la necesidad producida por la miseria es la que ha ocasionado las obras de misericordia. ¿A quién alimentas donde nadie tiene hambre? ¿A quién das de beber donde nadie tiene sed? ¿Tendrás por ventura que vestir al desnudo, donde todos están vestidos de la misma inmortalidad? Ya habéis oído cuáles son las túnicas de los Santos, al decir el Apóstol: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad"². Donde suena vestirse, indica el vestido. Adán perdió este vestido para recibir las pieles. ¿Tendrás acaso que hospedar al peregrino donde todos viven en su patria? ¿Visitarás al enfermo, donde todos gozarán de la misma firmeza? ¿Sepultarás al muerto, donde viven siempre? ¿Tendrás que concordar a los litigantes, donde todas las cosas están en paz? ¿O consolar a los tristes, donde todos estarán eternamente alegres? Así es, que por no tener allí lugar ninguna miseria, tampoco la tendrán estas obras de misericordia. ¿Qué

¹ Matt. 11, 28.

² 1ª. Cor. 15, 53.

se hará, pues, allí? ¿Acaso no he dicho ya que me es más fácil de ir lo que no habrá allí, que lo que allí habrá? (*Serm. 362, n. 27 y sigs.*).

DÍA 22

EN EL CIELO HABRÁ AQUELLA FELICÍSIMA CONTEMPLACIÓN QUE SE PREFIGURÓ EN MARÍA SENTADA A LOS PIES DEL SEÑOR

RECORDÁIS, hermanos míos, aquella lección evangélica, donde las dos hermanas Marta y María recibieron al Señor. Ciertamente recordáis que Marta se agitaba mucho en el servicio y que se ocupaba del cuidado de la casa; como que había hospedado al Señor y sus discípulos. Deseaba con la mayor diligencia religiosa que sus santos huéspedes no sufriesen falta alguna. Estando, pues, ocupada en el esmerado servicio, María, su hermana, estaba sentada a los pies del Señor y oía su palabra. Disgustada Marta al ver a María sentada sin cuidarse de sus trabajos, interpeló al Señor diciéndole: "Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir? Dila, pues, que me ayude". Y el Señor le respondió: "Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada"¹. Tú has escogido buena parte, pero ésta ha escogido la mejor. Tú, la buena (porque es bueno ocuparse en el obsequio de los Santos), pero ésta la mejor. Por último, lo que tú has elegido pasa. Sirves a los que necesitaban comer, sirves a los que necesitan beber, preparas cama a los que necesitan dor-

¹ Luc. 10, 40.

mir y das casa a los que quieren habitarla; todo eso pasa. Porque vendrá tiempo en que ninguno tenga hambre, ninguno sed y ninguno duerma. Por consiguiente, el cuidado tuyo te será quitado. "María ha escogido la mejor parte que no le será quitada". No le será quitada: Ha escogido el contemplar, ha escogido el vivir de mi palabra. ¿Cuál será la vida del Verbo sin la palabra? María vivía ahora del Verbo, pero sonando la palabra, y habrá vida del Verbo sin que la palabra suene. El Verbo mismo es la vida. "Seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es"¹. Ésta era la cosa necesaria, que contemplase la dulzura del Señor. Esto no podemos en la noche de este siglo, y así dijo el Salmista: "En la mañana estaré contigo y te contemplaré"². (*Serm. 169, 2, n. 17*).

La parte de María no pasa. Ved de qué modo permanece. ¿En qué se deleitaba María cuando estaba oyendo? ¿Qué comía?, ¿qué bebía? ¿Sabéis lo que comía y bebía? Preguntemos al Señor que prepara tal mesa a los suyos, preguntémosle a él mismo: "Bienaventurados —dice— los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos"³. De esta fuente y de esta despensa es de donde, sentada Santa María a los pies del Señor, recibía hambrienta ciertas migajas. El Señor le daba por cierto entonces tanto, cuanto ella cabía; mas todo cuanto ha de dar en aquella su mesa futura, ni los mismos discípulos, ni los mismos Apóstoles podían haberlo entonces, cuando les decía: "Aún tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora"⁴. ¿En qué, pues, vuelvo a decir se

¹ 1^a. Joan. 3, 2.

³ Matt. 5, 6.

² Ps. 5, 5.

⁴ Joan. 16, 12.

deleitaba María? ¿Qué comía, qué bebía con las voracísimas fauces del corazón? La justicia y la verdad. En la verdad se deleitaba, la verdad oía, a la verdad anhelaba y por la verdad suspiraba. Hambrienta de la verdad la comía, sedienta la bebía; y con ella se satisfacía, y de donde se alimentaba, no se disminuía. ¿En qué se deleitaba María? ¿Qué comía? Deténgome en esto, porque me deleito. Me atrevo a decir que comía al mismo que oía. Porque si comía la verdad, ¿no dijo acaso el mismo Señor: "Yo soy la verdad"?¹ ¿Y qué más diré? Era comido, porque era pan. "Yo soy —dice— el pan vivo que descendí del cielo"². Éste es el pan que alimenta sin defección.

Atienda, pues, vuestra caridad. Nosotros decimos que servimos a los Santos, que les preparamos la comida, que les alargamos la bebida, que les ponemos la mesa, lavamos los pies, hacemos la cama y hospedamos en casa; ¿no es acaso transitorio todo esto? Mas ¿quién se atreve a decir que nosotros somos ahora alimentados por la verdad y que no lo seremos cuando lleguemos a la inmortalidad? ¿Por ventura si ahora somos alimentados con las migajas, no tendremos entonces la mesa plena? De aquel alimento espiritual hablaba por cierto el Señor cuando alabó la fe del Centurión, y dijo: "Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se asentarán con Abrahán, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos"³. Lejos de nosotros el pensar que los manjares en la mesa de aquel reino sean tales como de los que dice el Apóstol: "Las viandas para el vientre y el vientre para las viandas; mas

¹ Joan. 14, 6.² Id. 6, 41.³ Matt. 8, 10.

Dios destruirá a aquél y a éstas"¹. ¿Por qué destruirá? Porque allí no tendrá lugar el hambre. Lo que allí se comerá, no se consume; y por lo mismo el Señor, prometiendo a sus Santos este premio en aquel reino, dice: "En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar a la mesa, y pasando los servirá"². ¿Qué es, los hará sentar a la mesa, sino, los hará descansar, y los hará vacar? ¿Qué es, y pasando los servirá? Que después de este tránsito les servirá. Porque de aquí hizo Cristo tránsito; llegaremos a él en donde pasó, y de allí no pasa ya. Y por eso la Pascua se interpreta tránsito en la lengua hebrea. Esto manifestó el Señor, o más bien el Evangelista, cuando del Señor dijo: "Sabiedo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre"³. Si, pues, aquí nos alimenta, y de tal manera, ¿cómo nos alimentará allí? Así se ve que lo que eligió María, crecía y no pasaba. Ciertamente, la delectación del corazón humano en la luz de la verdad y en la afluencia de la sabiduría, la delectación del corazón humano, del corazón fiel, del corazón santo es tal, que no se encuentra placer que con ella pueda de algún modo compararse, ni aun para llamarle menor. Porque lo que llamas menor, como que se hará igual creciendo. No quiero llamarle menor; no le comparo; es de otro género, es cosa enteramente diversa. (*Serm. 179, nn. 5 y 6*).

¹ 1ª. Cor. 6, 13.² Luc. 12, 37.³ Joan. 13, 1.

DÍA 23

LA ÚNICA ACCIÓN Y NEGOCIO DE LOS BIENAVENTURADOS ES AMAR Y ALABAR A DIOS

“BIENAVENTURADOS los que habitan en tu casa, Señor”¹. ¿De dónde bienaventurados? ¿Qué han de tener?, ¿qué han de hacer? Todos los que se dicen en la tierra bienaventurados tienen alguna cosa y hacen alguna cosa. Aquel hombre es dichoso en las muchas heredades, en la dilatada familia y en la abundancia de oro y plata; teniendo, es llamado bienaventurado. Aquel otro es feliz porque llegó a tales honores, al proconsulado o a la prefectura; haciendo, se llama bienaventurado. Luego o teniendo, o haciendo. ¿De dónde, pues, son allí bienaventurados? ¿Qué han de tener?, ¿qué han de hacer? Lo que han de tener ya lo he dicho arriba: “Bienaventurados los que habitan en tu casa”. Aunque tengas tu casa, eres pobre; teniendo la casa de Dios, eres rico. En tu casa temerás a los ladrones; el muro de la casa de Dios es el mismo Dios. De consiguiente: “Bienaventurados los que habitan en tu casa”. Poseen la Jerusalén celestial sin angustia, sin estrechez y sin diversidad ni divisiones de límites; todos y cada uno la tienen toda. Grandes riquezas son aquéllas. No estrecha un hermano al otro hermano y ninguna indigencia hay allí. Por último, ¿qué han de hacer en aquella patria? Ya que el Salmista, deseando y suspirando a nombre nuestro, ha expresado lo que hemos de tener en aquella patria a que aspiramos, y dice: “Bienaventurados los que habitan en tu casa”; díganos también lo que hemos de hacer. “Te ala-

¹ Ps. 83, 5.

barán —dice— por siglos de los siglos”. La aleluya sin intermisión será todo nuestro negocio. No os parezca, hermanos, que esto ha de causarnos allí fastidio; porque si ahora la decís aquí por largo tiempo, os cansáis, y la necesidad os aparta de aquel gozo. Pero si nos deleita tanto lo que no vemos y si en la misma angustia y fragilidad de la carne alabamos con tanta alegría lo que creemos, ¿de qué modo alabaremos lo que veremos? Cuando la muerte fuere tragada en la victoria, cuando esto, que es mortal, fuere revestido de inmortalidad y esto corruptible se vistiere de incorruptibilidad, ninguno dirá: Mucho he estado en pie; ninguno dirá: Mucho he ayunado, mucho he velado. Allí habrá por cierto grande estabilidad y la inmortalidad misma de nuestro cuerpo estará suspensa en la contemplación de Dios. Y si ahora la palabra que os dirigimos tiene en pie por tan largo tiempo la fragilidad de nuestra carne, ¿qué nos producirá aquel gozo?, ¿de qué modo nos mudará? “Seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es”¹. Y una vez semejantes a él, ¿cuándo desfalleceremos?, ¿adónde nos apartaremos? Estemos, pues, seguros, hermanos, de que no nos fastidiará la alabanza de Dios, el amor de Dios. Si faltaras en el amor faltarás en la alabanza; mas por cuanto el amor será sempiterno, en razón de que será insaciable aquella hermosura, no temas que no has de poder alabar siempre al que siempre podrás amar. Por consiguiente: “Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por siglos de los siglos”. (*Enar. in Ps. 83, n. 8*).

Este será el negocio de los ociosos, ésta la obra

¹ 1ª. Joan. 3, 2.

de los vacantes, ésta la acción de los reposados, y éste el cuidado de los seguros. (*Enar. in Ps. 110, n. 1*).

Después de estas angustias de la corrupción, habitaremos en la casa de Dios, y toda nuestra vida no será más que la alabanza de Dios. No digo de día y de noche, donde no hay noche; sino por todo el día, porque es un solo día, no tendremos más que hacer que alabar al que amamos, pues que entonces también le veremos. Ahora descamos y alabamos lo que no vemos; entonces visto lo que amamos, ¿cómo lo alabaremos? Será sin fin la alabanza, porque sin fin será el amor. (*Enar. in Ps. 141, n. 19*).

“Te ensalzaré, Dios mío, Rey mío, y bendeciré tu nombre por el siglo y el siglo de los siglos”¹. Quizá “por el siglo”, aquí, y “por el siglo de los siglos”, en la eternidad. Por tanto, comienza ahora a alabar, si has de alabar eternamente. Quien no quiere alabar en el tránsito de este siglo, enmudecerá cuando viniere el siglo del siglo. (*Enar. in Ps. 144, n. 2*).

DÍA 24

DE QUÉ MODO ALABEN A DIOS EN EL CIELO LOS BIENAVENTURADOS

Toda nuestra acción en el cielo será: “Amén” y “Aleluya”. ¿Qué decís, hermanos? Veo que oís y os alegráis. Mas no queráis entristeceros nuevamente con el pensamiento carnal de que si alguno de vosotros se ocupare en decir diariamente “Amén” y “Aleluya”, se fastidiará, dormirá en las voces

¹ Ps. 144, 1.

mismas y deseará por fin callar; y por lo mismo piense que tal vida es despreciable en vez de apetecible, diciéndoos a vosotros mismos: Si siempre hemos de decir: “Amén” y “Aleluya”, ¿quién podrá continuar? Diré, pues, si puedo, cuanto me sea posible. No diremos “Amén” y “Aleluya” con sonidos pasajeros sino con el afecto del alma. Porque ¿qué significa “Amén”? ¿qué “Aleluya”? “Amén” significa es verdad; “Aleluya”, alabad a Dios. Así que, por cuanto Dios es la verdad inmutable, sin defecto, sin promoción, sin detrimento, sin aumento, sin inclinación de falsedad alguna, perpetua, estable y siempre en su ser incorruptible, y estas cosas que hacemos en las criaturas y en el camino presente son como figuras de otras por la significación de los cuerpos y ciertos objetos en que andamos por la fe; cuando lleguemos a ver cara a cara lo que ahora vemos por espejo en enigma, entonces diremos con otro afecto muy distinto e insaciable: Así es; y diciendo esto, diremos ciertamente “Amén” con saciedad insaciable. Pues por cuanto no nos faltará nada, será saciedad; y por cuanto aquello que no nos faltará, nos deleitará siempre, será, si puede decirse, saciedad insaciable. Por tanto, a proporción que serás insaciablemente saciado de la verdad, dirás con verdad insaciable: “Amén”. ¿Y quién puede decir ahora cuál es “Lo que ojo no vió, ni oído oyó, ni en corazón del hombre subió”?¹ Así, por cuanto veremos la verdad sin fastidio alguno y con perpetua delectación y la miraremos con cortísima evidencia, encendidos en amor de la misma verdad y uniéndonos a ella con el abrazo dulce y casto a la vez que incorpóreo, la alabaremos también con

¹ 1ª. Cor. 2, 9.

esta voz y diremos: "Aleluya". Transportados por cierto de alegría para igual alabanza con la ardentísima caridad hacia sí y hacia Dios todos los ciudadanos de aquella ciudad dirán: "Aleluya"; porque dirán: "Amén".

Esta vida, pues, de los Santos de tal modo llenará e inmortalmente vigorizará sus mismos cuerpos ya mudados en estado celestial y angélico, que ninguna corrupción ni necesidad los apartará o distraerá de aquella felicísima contemplación y alabanza de la verdad. Así la verdad misma será su comida y el descanso mismo será como su mesa; porque al decirse que se sentarán en el convite, según aquella expresión del Señor: "Que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos"¹, se significó que serán alimentados en gran descanso con el manjar de la verdad. Tal comida alimenta, y no se minora; llena, y queda entera; tú eres consumado, y ella no es consumida. No es aquella comida como ésta, que falta al alimentar, y para que no finalice la vida el que la recibe, ella tiene fin. De consiguiente aquel asiento será el descanso eterno; aquellos manjares, la verdad inmutable; aquella alimentación será la vida eterna, esto es, el conocimiento mismo. Porque "ésta es —dice— la vida eterna; que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste"². (*Serm. 362, nn. 29 y 30*)

¹ Matt. 8, 11.

² Joan. 17, 3.

DÍA 25

LOS BIENAVENTURADOS, POR CIERTA RAZÓN MARAVILLOSA E INEFABLE, SE SACIAN EN EL AMOR Y ALABANZA DE DIOS Y JUNTAMENTE NO SE SACIAN

CUANDO hubiere pasado nuestro gemido, seremos consolados todos en una voz, en un pueblo y en una patria, unidos miles de miles a los Ángeles que cantan, y a los coros de las Potestades celestiales que viven en una misma ciudad. ¿Quién gime allí?, ¿quién allí suspira?, ¿quién allí trabaja?, ¿quién allí enferma?, ¿quién allí muere?, ¿quién allí ejercita la misericordia?, ¿quién parte el pan al hambriento, donde todos están repletos del pan de justicia? Nadie te dirá: Recibe al huésped; porque allí no habrá peregrino y todos viven en su patria. Nadie te dirá: Concuerta a tus amigos litigantes; porque gozan en paz eterna de la presencia de Dios. Nadie te dirá: Visita al enfermo; porque la salud y la inmortalidad permanecen siempre. Nadie te dirá: Da sepultura al muerto; porque todos gozarán de vida eterna. Allí cesan las obras de misericordia, en razón de no hallarse la miseria. ¿Tendrán por ventura lugar estas obras de necesidad que ahora nos ocupan, de sembrar, de arar, cocer, moler y tejer? Nada de esto, porque la necesidad no existirá. Así no habrá obras de misericordia porque pasó la miseria; y donde no existirán ni la necesidad ni la miseria, las obras de la necesidad y de la miseria tampoco tendrán lugar: ¿qué habrá allí?, ¿cuál será nuestro negocio?, ¿cuál nuestra acción? ¿Acaso no tendremos acción por estar en descanso? ¿Estaremos sentados y entorpecidos sin hacer nada? Cuando se enfríe nuestro amor, se

enfriará nuestra acción. Por consiguiente, el amor quieto en la presencia de Dios, a quien ahora deseamos y suspiramos, ¿de qué modo nos encenderá cuando lleguemos a él? Si de tal manera suspiramos por el que todavía no vemos ¿de qué modo nos iluminará cuando le tengamos presente?, ¿cómo nos mudará?, ¿qué hará de nosotros? ¿Qué haremos, pues, hermanos? Díganoslo el Salmo: "Bienaventurados los que habitan en tu casa". ¿De dónde? "Te alabarán por siglos de los siglos"¹. Ésta será nuestra acción: la alabanza de Dios. Amarás y alabarás. Dejarás de alabar cuando dejes de amar. Mas no dejarás de amar, porque el que verás es tal, que no te ofenderá con fastidio alguno, y te saciará sin saciarte. Admirable es lo que digo. Al decir que te saciará, temo que pienses que como saciado querrás retirarte como de una comida o de una cena. ¿Luego diré que no te saciará? Vuelvo a temer que al decirte no te saciará, te creas indigente y como si hubieses de experimentar algún vacío, por faltarte alguna cosa que debiera llenarte. ¿Qué diré, pues, sino lo que puede decirse y apenas puede pensarse? Te saciará y no te saciará; porque uno y otro encuentro en la Escritura. En efecto, diciendo: "Bienaventurados los que han hambre, porque ellos serán hartos"², en otro lugar se dijo de la Sabiduría: "Los que te comen, tendrán de nuevo hambre; y los que te beben, tendrán de nuevo sed"³. O más bien no dijo, de nuevo; sino que dijo, todavía. Porque el decir tendrá de nuevo sed, es como si una vez saciado se apartare y digiriere y volviera a beber. Los que te comen, tendrán todavía hambre, y así tendrán hambre en el acto de comer, y los que te beben tendrán igualmente sed en el

¹ Ps. 83, 5.² Matt. 5, 6.³ Eccli. 24, 29.

acto de beber. ¿Qué es tener sed bebiendo? No fastidiarse jamás. Ésta será en verdad la dulzura inefable y eterna; ¿y qué nos pide ahora, hermanos, sino fe no fingida, esperanza firme y caridad pura? Ande el hombre en el camino que Dios le ha dado, sufra las tentaciones y reciba las consolaciones. (*Enar. in Ps. 85, n. 24*).

DÍA 26

EL PREMIO SUMO DE LOS BIENAVENTURADOS ES EL MISMO DIOS

Dios nos dió naturaleza para existir, nos dió alma para vivir, nos dió mente para entender y nos dió alimentos para sustentar la vida mortal; diónos luz del cielo y fuentes de la tierra; pero todas estas cosas son dones comunes de los buenos y de los malos. Y si dió esto también a los malos, ¿nada privativo reserva a los buenos? Resérvalo en verdad. ¿Y qué es lo que reserva para los buenos? "Lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió"¹. Lo que subió en corazón de hombre, estaba debajo del corazón del hombre; por lo mismo subió al corazón, porque sobre ello estaba el corazón adonde subió. Lo que Dios reserva para los buenos, es donde el corazón sube. Dios no te reserva lo que sube a tu corazón, sino adonde sube tu corazón. No te hagas sordo para oír: "Arriba el corazón". Es, pues, lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre subió; no lo vió el ojo, porque no es color; no lo oyó el oído, porque no es sonido; ni subió al corazón del hombre, porque no es pensamiento terreno.

¹ 1ª. Cor. 2, 9.

Entended así: "Lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman". Quizá aún deseáis que os diga lo que ello sea. Preguntad al mismo que ha comenzado a habitar en vosotros; sin embargo, yo también os digo lo que de ello siento. Deseáis por cierto saber cuál es el premio peculiar que Dios reserva para los buenos, cuando tantas cosas concede a los malos y a los buenos; y al decir yo: "Lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió", no faltan quienes digan: ¿y qué es eso? Ved qué es lo que Dios guarda para solos los buenos, no obstante haberlos hecho buenos él mismo; ved lo que es. Nuestro premio fué definido brevemente por el Profeta en estas palabras: "Seré Dios de ellos y ellos serán mi plebe"¹. "Seré Dios de ellos"; a sí mismo se nos prometió como premio. Busca otro, si puedes encontrarle mejor. Si dijese yo que prometió oro, te alegrarías; se prometió a sí mismo, ¿y te entristeces? Si el rico no tiene a Dios, ¿qué tiene? No queráis buscar de Dios, sino a Dios. Amadle gratuitamente y desead a él solo de él mismo. No temáis en él privación alguna; se nos da a sí mismo y nos basta. Désenos a sí mismo y bástenos. Oíd al Apóstol San Felipe en el Evangelio: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta"². (*Serm. 331, n. 4*).

"Yo soy Dios, y Dios tuyo"³. ¿Qué quieres más? ¿Buscas de Dios el premio y que te dé alguna cosa para que sea tuyo lo que te diere? Ve ahí que es tuyo el mismo Dios que se te dará. ¿Qué cosa más rica que él? Buscabas dones y tienes al donador mismo. "Yo soy Dios, y Dios tuyo". (*Enar. in Ps. 49, n. 14*).

¹ Lev. 26, 12.

² Joan. 14, 8.

³ Ps. 49, 7.

A sí mismo se dará, porque a sí mismo se dió; a sí mismo se dará inmortal a los inmortales, porque a sí mismo se dió mortal a los mortales. (*Enar. in Ps. 42, n. 2*).

Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo que te confiesa; lejos que yo me repute bienaventurado en cualquier gozo que tenga. Porque hay otro gozo que no se da a los impíos y sí a los que te reverencian gratuitamente, cuyo gozo eres tú mismo. Y ésa es la vida bienaventurada: alegrarse para ti, de ti y por ti; ésa misma es, y no hay otra. Como que la vida bienaventurada es el gozo de la verdad. Este es por cierto el gozo de ti, que eres la verdad, Dios iluminación mía y salud de mi rostro, Dios mío. (*Lib. 10, Conf. c. 22 y 23*).

DÍA 27

EL MISMO DIOS ES LA HERENCIA Y POSESIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS

CARÍSIMOS, prole católica y miembros de Cristo, pensad cuál es la cabeza que tenéis. Hijos de Dios, pensad cuál es el padre que habéis hallado. Cristianos, pensad cuál es la herencia que se os promete. No es semejante a la que en la tierra no pueden poseer los hijos, sino después que hubieren muerto sus padres; pues que ninguno posee en la tierra la herencia del padre, sino ya muerto. Nosotros, vivo nuestro Padre, poseeremos lo que nos dará; porque nuestro Padre no podrá morir. Añado más, digo más, y digo la verdad: el mismo Padre será nuestra herencia. (*Serm. 146, n. 1*).

Sean hermanos todos los cristianos, sean hermanos todos los fieles, sean hermanos los nacidos de

Dios y de las entrañas de la madre Iglesia por el Espíritu Santo; sean hermanos y tengan la herencia que ha de dárselos sin división. La herencia de ellos es el mismo Dios. El mismo cuya herencia son ellos, es a la vez herencia suya. ¿De qué modo son ellos la herencia de Dios? "Pídemelo, y te daré las gentes en herencia tuya"¹. ¿Y de qué modo es Dios la herencia de ellos? "El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz"². En esta herencia se guarda la concordia; por esta herencia no se pleitea. Otra herencia se adquiere con litigio; ésta se pierde litigando. (*Serm. 359, n. 4*).

El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios. "Y si hijos, también herederos"³. Porque no en vano somos hijos. El premio es éste: "También herederos". Nuestro Médico nos da la salud y además se digna de darnos la recompensa. ¿Qué recompensa es? La herencia. Pero no como es la herencia del hombre padre; porque éste la deja a sus hijos, sin poseerla con ellos; y con todo se engrandece, y desea que se le den las gracias porque quiso dar lo que no puede llevarse. ¿Podría por ventura llevársela consigo después de la muerte? Pienso que si pudiera, nada habría dejado aquí a los hijos. Mas los herederos de Dios son de tal suerte, que nuestra herencia sea el mismo Dios de quien dice el Salmo: "El Señor es la parte de mi herencia. Herederos verdaderamente de Dios"; y si os parece poco, oíd aquello en que os alegréis más y más: "Herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Cristo". (*Serm. 156, n. 17*).

Tanta es la caridad en aquel Heredero, que quiso tener coherederos. ¿Quién es el hombre avaro que

¹ Ps. 2, 8.² Ps. 15, 3.³ Rom. 8, 16.

quiere tener coherederos? Pero aunque se halle alguno que quiera, dividirá con ellos la herencia, teniendo menos por la división que si él solo la poseyera; mas la herencia en que somos coherederos de Cristo, no se disminuye por el mayor número de poseedores, ni se hace más reducida por la multitud de coherederos; antes bien es tanta para los muchos como para los pocos, y es tan grande para cada uno, como para todos. (*Enar. in Ps. 43, n. 2*).

Sea él mismo nuestra herencia y nuestra posesión. ¿Hablamos acaso temerariamente haciendo a Dios posesión nuestra, siendo nuestro Señor y nuestro Criador? No es esto temeridad; es afecto del deseo y dulzura de la esperanza. Diga el alma y diga con toda seguridad: "Dios mío eres tú"¹, el cual dice a nuestra alma: "Tu salud soy yo". Dígalo, y dígalo segura: no hará injuria diciendo esto; antes bien la hará, si no lo dijere. Dilo seguro, ama seguro y espera seguro. Tuyas son también aquellas palabras del Salmo: "El Señor es la parte de mi herencia". (*Enar. 3, in Ps. 32, n. 17*).

DÍA 28

EL MISMO DIOS ES AQUEL LUGAR FELICÍSIMO DONDE
HABITAN LOS BIENAVENTURADOS

"LOS ESCONDERÁS en lo escondido de tu rostro"². ¿Cuál es este lugar? No dijo, los esconderás en tu cielo; no dijo, los esconderás en el paraíso; no dijo, los esconderás en el seno de Abrahán. Son por cierto muchos los nombres que en las santas Escrituras se han puesto a los lugares futuros de

¹ Ps. 34, 3.² Ps. 30, 21.

los Santos; mas téngase en nada todo lo que es fuera de Dios. El que nos protege en el lugar de esta vida, sea el mismo nuestro lugar después de esta vida; porque también dice este salmo de antes: "Constitúyete para mí en Dios protector y en casa de refugio". Luego estaremos escondidos en el rostro de Dios. ¿Esperáis oír de mí qué seno hay en la cara de Dios? Purificad el corazón para que él mismo os ilumine y entre el que invocáis. Sé tu casa suya, y él será casa tuya; habite él en ti y tú habitarás en él. Si en este siglo le recibieres tú en tu corazón, después de este siglo te recibirá él en su rostro. "Los esconderás", dice. ¿Dónde? "En lo escondido de tu rostro. De la conturbación de los hombres". Porque allí no serán conturbados cuando están escondidos: en lo escondido de tu rostro no se conturban. ¿Piensas hay alguno tan feliz en este mundo que comenzando a oír los oprobios de los hombres porque sirve a Cristo, huya en el corazón a Dios y comience a tener esperanza en su dulzura, y desde la conturbación de los hombres cuyos oprobios oye, entre con su conciencia en el rostro de Dios? Entra ciertamente; pero si tiene con qué entrar, esto es, si la misma conciencia no es onerosa, ni le hace carga grande para la puerta estrecha. "Los esconderás —pues— en lo escondido de tu rostro de la conturbación de los hombres. Los pondrás a cubierto en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas". Algún día los esconderás en lo escondido de tu rostro de la conturbación de los hombres; para que en adelante la conturbación humana no pueda en manera alguna tener lugar en ellos; pero entretanto que peregrinan en este siglo, donde los que te sirven tienen que sufrir las muchas lenguas que los con-

tradicen, ¿qué les haces? "Los pondrás a cubierto en tu tabernáculo". ¿Cuál es el tabernáculo? La Iglesia de este tiempo; y llámase tabernáculo, porque peregrina todavía en esta tierra. El tabernáculo es la habitación de los soldados puestos en expedición. Este es su nombre; mas la casa no es tabernáculo. Pelea, peregrino, en la expedición; para que hecho salvo en el tabernáculo, seas recibido glorioso en la casa. Porque si ahora vives bien en este tabernáculo, será tu casa eterna en el cielo.

DÍA 29

LOS BIENAVENTURADOS TIENEN EN DIOS TODAS LAS
COSAS QUE PUEDEN DESEAR

"MAS LOS mansos poseerán en herencia la tierra"¹. La tierra es aquella Jerusalén santa que será libre de esta peregrinación y vivirá eternamente con Dios y de Dios. Luego "poseerán en herencia la tierra". ¿Y cuáles serán las delicias de ellos? "Se deleitarán en la multitud de la paz". Deléitese aquí el impío en la multitud del oro, en la multitud de los esclavos, en la multitud de la violencia y de los espléndidos y suntuosos banquetes. ¿Es ésta la potencia que envidias, es ésta la flor que te deleita? ¿Acaso no merecería llorarse, si permaneciera siempre así? ¿Mas cuáles serán tus delicias? "Y se deleitarán en la multitud de la paz". La paz será tu oro, la paz será tu plata, la paz será tus predios, la paz será tu Dios. La paz será para ti todo lo que deseas. Porque aquí lo que es oro no puede ser plata; lo que es vino no puede ser pan, y lo que es luz no puede ser bebida; mas tu Dios será para ti

¹ Ps. 36 11.

todas las cosas. Le comerás para no tener hambre; le beberás para no tener sed; serás iluminado por él para no ser ciego; serás sostenido por él para que no desfallezcas: Todo entero te poseerá todo entero. Ninguna estrechez padecerás allí con el que lo posees todo: todo lo tendrás tú, y todo lo tendrá él; porque tú y él seréis una cosa, la cual entera tendrá también aquel que os posee. Éstas "son" las reliquias para el hombre pacífico. (*Enar. in Ps. 36, Serm. 1, n. 12*).

Cada una de las cosas que se presentan a nuestros diferentes sentidos, deleitan a cada uno de ellos; pues que ni el sonido deleita a la vista, ni el color al oído. Mas para nuestro corazón el Señor es luz, es olor y es comida; y en tanto es todas las cosas, en cuanto ninguna de ésta es; y en tanto es ninguna de éstas, en cuanto es el Criador de todas ellas. Es luz para nuestro corazón, al que decimos: "En tu luz veremos la luz"¹. Es sonido para nuestro corazón, al que decimos: "A mi oído darás gozo y alegría"². Es olor para nuestro corazón, del que decimos: "Somos buen olor de Cristo"³. Y si buscáis comida porque ayunáis, "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia"⁴. Y del mismo Señor Jesucristo está dicho: Que "nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación"⁵. (*Serm. 28, n. 2*).

Veamos si es luz. "Porque en ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz". En la tierra una cosa es la fuente y otra es la luz. Teniendo sed, buscas la fuente, y para hallarla buscas la luz; y si te falta, enciendes la lucerna para llegar a la fuente. Mas aquella fuente es la misma luz;

¹ Ps. 35, 10.² Ps. 50, 10.³ 2ª. Cor. 2, 15.⁴ Matt. 5, 6.⁵ 1ª. Cor. 1, 30.

es fuente para el sediento, y es luz para el ciego; ábranse los ojos para que vean la luz y ábranse las fauces del corazón para que beban de la fuente; lo que bebes, eso ves y eso oyes. Todo se hace Dios para ti; porque él es para ti todo de cuanto amas. Si atiendes a las cosas visibles, Dios no es pan, ni Dios es agua, ni Dios es esta luz, ni Dios es vestido, ni Dios es casa. Porque todas estas cosas son visibles y cada una de por sí; lo que es pan, no es agua; lo que es vestido, no es casa, y lo que son todas ellas, no es Dios, porque son visibles. Dios es para ti todo; si tienes hambre, es tu pan; si tienes sed, es tu agua; si te hallas en tinieblas, es tu luz, porque permanece incorruptible; si estás desnudo, es tu vestido de inmortalidad, para cuando esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que es mortal se vista de inmortalidad. Todas las cosas pueden decirse de Dios y nada puede decirse dignamente de Dios. Nada más anchuroso que esta escasez. Buscas un nombre adecuado, y no le encuentras; buscas decir de cualquier modo, y los encuentras todos. (*Tract. 13, in Joan., n. 5*).

Entonces llegaremos y gozaremos de uno; pero el mismo uno será para nosotros todas las cosas. ¿Qué es el mismo mucho que tendremos cuando nada nos faltará? ¿Qué es lo mucho que tendremos? Todo nuestro mucho que tendremos, será el mismo Dios. Avaro, ¿qué es lo que buscabas recibir? ¿Qué espera de Dios a quien no basta Dios? (*Serm. 255, n. 6*).

Dios será todo en todos, cuando comencemos a no querer tener absolutamente nada fuera de él mismo. Ciertamente él mismo será para nosotros todas las cosas cuando bastándonos él mismo, nada

nos faltará. (*Lib. c. Sermon. Arianorum, c. 37*). Allí nuestro ser no tendrá muerte; allí nuestro conocer no tendrá error; y allí nuestro amor no tendrá tropiezo. (*De civ. Dei, l. 11, c. 28*).

DÍA 30

LA VISIÓN CON QUE LOS BIENAVENTURADOS MIRAN A DIOS CARA A CARA, ES LA SUMA DE TODOS LOS BIENES

No amemos la vida presente incostante, volátil y transitoria, como si no hubiese otra; si ninguna otra hay por cierto, amemos ésta. Si ninguna otra vida hay, son más felices que nosotros los que hoy han asistido al anfiteatro. Porque ¿qué dice el Apóstol? "Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres"¹. Hay por consiguiente otra vida. Pregunte cada uno a Cristo en su fe; pero la fe duerme. Con razón fluctúa, porque Cristo duerme en la nave. Dormía, pues, Jesús en la nave, y la nave fluctuaba en las aguas y grandes tempestades. Así fluctúa el corazón cuando Cristo duerme. Pero si Cristo vela siempre, ¿qué quiere decir Cristo duerme? Que tu fe está dormida. ¿Por qué te dejas combatir todavía por la tempestad de la duda? Despierta a Cristo, despierta tu fe; mira con los ojos de la fe a la vida futura por la cual has creído y por la cual te signas con la señal de aquel que abrazó esta vida, para manifestarte cuán digna es de desprecio la que amabas y cuán digna de esperanza la que no creías. Si, pues, despertares la fe y dirigieres sus ojos al último término y al siglo futuro en que nos alegraremos después de la otra

¹ 1ª. Cor. 15, 19.

venida del Señor, después de efectuado el juicio y después de entregado a los Santos el reino de los cielos; si pienses en aquella vida y en su negocio ocioso de que hemos hablado con frecuencia, carísimos, no fluctuará nuestro negocio; negocio ocioso lleno de sola dulzura, no embarazado por molestia alguna, por ninguna fatiga interrumpido y por ninguna nube perturbado. ¿Y cuál será aquel negocio nuestro? Alabar a Dios, amar y alabar, alabar en amor y amar en alabanzas. "Bienaventurados los que habitan en tu casa, te alabarán por siglos de los siglos"¹. ¿Y por qué razón, sino porque en siglos de los siglos te amarán? ¿Por qué razón, sino porque en siglos de los siglos te verán? Sentado, pues, esto, hermanos míos, ¿cuál será el espectáculo en la visión de Dios? Ven los hombres al cazador, y se deleitan; ¡ay de tales desgraciados, si no se corrigieren! Porque los que ven al cazador, y se deleitan, verán al Salvador y se contristarán. ¿Qué cosa más desdichada que aquéllos para cuya salvación no será el Salvador? No es de admirar que para los que sirve de placer el hombre lidiador, no sirva de salvación Dios libertador. Mas nosotros, hermanos, si nos contamos entre sus miembros, si le deseamos y si perseveramos, le veremos y nos alegraremos. (*Enar. in Ps. 147, n. 3*).

La única y total virtud allí es amar lo que veas y la felicidad suma tener lo que amas. Porque la vida bienaventurada se bebe allí en su fuente, y de ella viene cierto rocío a esta vida humana, para que en medio de las tentaciones de este siglo se viva templada, fuerte, justa, y prudentemente. A fin de conseguir aquel bien en donde está el seguro descanso y la inefable visión de la verdad, se recibe

¹ Ps. 83, 5.

el trabajo de contenernos del deleite, de sufrir las adversidades, de socorrer a los indigentes y de resistir a los seductores. Allí se ve la claridad del Señor, no por visión significativa o corporal, como se vió en el monte Sinaí, o espiritual, como la vió Isaías o San Juan en el Apocalipsis, sino por la especie (o en la próxima forma) y sin enigmas, cuanto la mente humana puede recibir, según la gracia de Dios que la eleva hacia sí para hablar de boca a boca al que Dios hiciere digno de tal coloquio; no boca del cuerpo, sino del alma. (*Lib. 12, de Genesi ad litteram, c. 26*).

En cuanto a esta vida, se dijo a Moisés: "Ninguno vió la cara de Dios, y vivió"¹. Y, por cierto, no hemos de vivir en esta vida para ver en ella aquella cara. Tenemos que morir al mundo para vivir a Dios eternamente. Entonces cuando veamos aquella cara que vence todas las concupiscencias, no sólo no pecaremos en las obras, sino ni aun en las concupiscencias. Porque es tan dulce, hermanos míos, y es tan hermosa, que, vista ella, ninguna otra cosa puede deleitar. La saciedad será insaciable, y ninguno el fastidio; siempre tendremos hambre y siempre estaremos hartos. Oye las mismas dos sentencias de la Escritura: "Los que me beben —dice la Sabiduría— aún tendrán sed; y los que me comen aún tendrán hambre"². Y para que no pienses que allí habrá necesidad y hambre, oye al Señor: "El que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed"³. (*Serm. 170, n. 3*).

¹ Exod. 33, 20.² Eccli. 24, 22.³ Joan. 4, 13.

DÍA 31

SI EL HOMBRE CRISTIANO DESEA VER A DIOS EN LA CELESTIAL PATRIA, DEBE EN ESTA VIDA MORTAL LIMPIAR EL OJO DEL CORAZÓN CON QUE SE VE

"CARÍSIMOS, somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que habemos de ser"¹. ¿Quién no se regocijaría si hallándose peregrino e ignorante de su linaje, padeciendo alguna calamidad y sufriendo miserias y trabajos, se le dijese de repente: Eres hijo de un senador, tu padre goza de un gran patrimonio en herencia vuestra, yo te devuelvo a tu padre? ¿Con cuánto gozo saltaría si no era promotor falaz el que esto le dijese? Viene, pues, el no falaz Apóstol de Cristo, y dice: ¿Qué motivo tenéis para desesperar de vosotros? ¿Por qué razón os afligís y os consumís de tristeza? ¿Por qué siguiendo vuestras concupiscencias queréis estar oprimidos en la mendicidad de estos deleites? Tenéis padre, tenéis patria, tenéis patrimonio. ¿Quién es el padre? "Carísimos, somos hijos de Dios". ¿Y por qué no vemos todavía a nuestro Padre? Porque "no aparece aún lo que habemos de ser". Ya somos, pero en la esperanza; porque lo que hemos de ser no apareció todavía. ¿Y qué hemos de ser? "Sabemos —dice— que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es". Esto dijo del Padre; y nada dijo del Hijo nuestro Señor Jesucristo? ¿Seremos acaso bienaventurados viendo al Padre, y no al Hijo? Oye al mismo Cristo: "El que me ve a mí, ve también al Padre"². Porque cuando se ve a Dios uno, se ve la Trinidad, el Padre y el Hijo y el Espíritu

¹ 1ª. Joan. 3, 2.² Joan. 14, 9.

Santo. Oye más expresamente que la visión del mismo Hijo nos comunicará la bienaventuranza, sin haber distinción entre la visión suya y la visión del Padre. El mismo Hijo dice en el Evangelio: "El que me ama, guarda mis mandamientos y yo le amaré y me le manifestaré a mí mismo". Hablaba a ellos, y decía: "Me le manifestaré a mí mismo". ¿Cómo así? ¿No era él mismo el que hablaba? Sí; pero la carne veía la carne, y el corazón no veía a la divinidad. Vió, pues, la carne a la carne, para que por la fe se limpiase el corazón con el cual se viese a Dios. Porque del Señor se dijo: "Habiendo purificado con la fe sus corazones"¹; y el Señor dijo: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"². Por consiguiente, nos prometió manifestarse a nosotros. Pensad, hermanos, cuál es su hermosura. Todas las cosas hermosas que veis y amáis, él mismo las hizo. Y si ellas son hermosas, ¿cuán bello será él? Si ellas son grandes, ¿cuánta será la grandeza de él? Luego desde estas cosas que amamos aquí, deseémosle más; y menospreciándolas, amémosle; para que con la delectación misma purifiquemos el corazón por la fe y nuestro corazón limpio encuentre su visión. (*Enar. in Ps. 84, n. 3*).

Así, hermanos, toda nuestra ocupación en esta vida es sanar el ojo del corazón, con el cual sea visto Dios. Para esto se celebran los santos misterios; para esto se predica la palabra de Dios; para esto las exhortaciones morales de la Iglesia, es decir, las que miran a corregir las costumbres, a enmendar las concupiscencias carnales y a renunciar a este siglo no sólo con la voz, sino con la mudanza de la vida; para esto hacen todo lo que hacen las

¹ Actor. 15, 9.

² Matt. 5, 8.

divinas y santas Escrituras, para que se purifique nuestro interior de aquello que nos impide el poder ver a Dios. Porque así como el ojo exterior, hecho para ver esta luz temporal, corpórea y visible, aunque celeste, si se echare o cayere en él alguna cosa que le turbe, se aparta de esta luz; y aunque esté rodeado de ella, él sin embargo se retira y ausenta; y no sólo se ausenta de la luz presente a causa de su perturbación, sino que hasta le es penosa la luz para cuya visión fué formado; del mismo modo el ojo del corazón, perturbado y herido, se aparta de la luz de la justicia, y no se atreve a contemplarla, ni puede. ¿Y qué es lo que perturba al ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia del siglo, es lo que perturba, cierra y ciega el ojo del corazón. ¿Y de qué modo se busca al médico cuando está alterado el ojo de la carne; de qué modo no se difiere el abrirle y limpiarle, para que sea sanado y vea esta luz? Córrase, ninguno descansa, ninguno lo difiere, aunque sea una paja la que caiga en el ojo. Dios hizo ciertamente el sol que queremos ver con ojos sanos; pues mucho más resplandeciente es aquel que le hizo; y no es como la que ahora vemos la luz que pertenece al ojo del alma. Esta luz es la sabiduría eterna. Dios te hizo a imagen suya, oh hombre; ¿y había de darte con qué vieses el sol que crió, y no darte con qué vieses al que te crió, habiéndote hecho a su imagen? Te dió esto también; uno y otro te dió. Pero amas mucho estos ojos exteriores y menosprecias mucho aquel otro interior; llévasle consumido y herido. Es pena para ti, si tu fabricante quisiera manifestarse; es pena para tu ojo, antes de estar curado y sano. (*Serm. 88, nn. 5 y 6*).

Lo que quieres ver es limpio, y con lo que quieres ver es inmundo. Tanta inmundicia hay en tu corazón. No es pequeña inmundicia la avaricia que hay en él. Reúnes lo que no has de llevar contigo. ¿Ignoras que cuando lo reúnes, cargas de lodo tu corazón? ¿Con qué, pues, has de ver lo que buscas? Atiende un poco a tu corazón. Arroja de él todo cuanto veas que desagrada a Dios. Dios quiere venir a ti, y así óyelo decir al mismo Señor Jesucristo: "Yo y mi Padre vendremos a él y haremos morada en él"¹. Ve ahí lo que Dios promete. Si yo te prometiese ir a tu casa, la limpiarías; quiere Dios entrar en tu corazón, ¿y eres omiso en limpiarle la casa? No gusta de habitar con la avaricia, ni con la mujer inmunda e insaciable, a cuyos mandatos tú servías y buscabas ver a Dios. ¿Quieres por cierto verle? Buena cosa, gran cosa quieres; aconséjote que la quieras. ¿Quieres verle? "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios". Trata, pues, de limpiar el corazón ante todo; sea éste tu negocio, llámate a él, e insiste en esta obra. (*Serm. 261, nn. 4 y 5*).

¹ Joan. 14, 23.

FIESTAS INMOVIBLES

PARA LA FIESTA DE LA CIRCUNCISIÓN

EN EL NOMBRE DE JESÚS ADORE EL HOMBRE CRISTIANO
A SU SALVADOR

Jesús tiene una significación y Cristo tiene otra, y aunque es uno Cristo Jesús Salvador nuestro, con todo, Jesús es su propio nombre. Al modo que Moisés, Elías y Abrahán se llamaron por su propio nombre, así nuestro señor tiene el propio nombre de Jesús, y el de Cristo es nombre de misterio. Como si se dijese Profeta o se dijese Sacerdote; así Cristo es encomendado como Ungido en quien estuviese la redención de todo el pueblo de Israel. (*Tract. 3, in Epist. Joann., n. 6*).

Al anunciarse próxima la natividad de nuestro Señor Salvador, se dijo de él: "Llamarás su nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos"¹. Tenemos a Jesús y tenemos la interpretación de este nombre. ¿Y por qué se llamará Jesús que en latín se dice Salvador? ¿Por qué se llamará Jesús? "Porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos". Pero ya salvó a su pueblo de la persecución y dominación de los egipcios en la mano poderosa de Moisés y en el auxilio del Excelso; salvó también a su pueblo Jesús Nave de las persecuciones y guerras de los gentiles; salvaron

¹ Matt. 1, 21.

al pueblo los jueces, librándole de los filisteos, y lo mismo hicieron los reyes librándole de la dominación de las gentes que por todos lados le molestaban. Mas Jesús no le salva así, sino que le salva "de los pecados de ellos". "Llamarás su nombre Jesús". ¿Por qué? "Porque él salvará a su pueblo". ¿Y de qué? "De los pecados de ellos". (*Serm. 233, n. 11*).

No hubo otra causa para que viniese al mundo. No le trajeron del cielo a la tierra nuestros buenos méritos, sino los pecados. Ésta es la causa de su venida: el salvar a los pecadores. "Y llamarás —dice— su nombre Jesús". (*Serm. 174, n. 8*).

"Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación; que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores"¹. Ninguna otra causa para venir tuvo Cristo Señor que la de salvar a los pecadores. Quita las enfermedades, quita las llagas y ninguna causa hay para la medicina. Si vino del cielo el gran Médico, yacía en toda la tierra el grande enfermo. Este tal enfermo es el género humano. "El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que había perecido"². Todo había perecido por cierto: desde que pecó uno en quien todo estaba, todo pereció. Pero vino uno sin pecado a salvar a todos del pecado.

Así, pues, carísimos, cuando cada cual oye que nuestro Señor Jesucristo no vino por los justos sino por los pecadores, no ame el ser pecador, no sea que diga en su corazón: Si fuere justo, no me ama Cristo; si fuere pecador, me ama; puesto que bajó por los pecadores y no por los justos. Porque te responde Cristo: Si conociste al médico, ¿por qué no temiste la fiebre? Ciertamente el Médico vino

¹ 1ª. Tim. 1, 15.

² Luc. 10, 10.

al enfermo; pero el Médico vino al enfermo para que no continuase enfermo. ¿Es el enfermo, o es el sano a quien ama el médico? Ama lo que quiere hacer y no lo que encuentra. Vino ciertamente al enfermo y no al sano; pero no atiendas a que vino a aquél y no a éste; porque ama más al sano que al enfermo. Y para que conozcáis que ama más al sano que al enfermo, ¿había por ventura de hacer aquello que aborreciese? (*Serm. 175, nn. 1 y 5*).

PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

MEDITE EL HOMBRE CRISTIANO CON CORAZÓN AGRADECIDO A CRISTO MANIFESTADO AL MUNDO EN ESTE DÍA Y A LOS GENTILES LLAMADOS A LA FE

Poco ha celebramos el día en que el Señor nació de los judíos, y hoy celebramos el día en que fué adorado de los gentiles. "Porque la salud viene de los judíos"¹; pero esta salud hasta los fines de la tierra"². Por lo mismo en el otro día le adoraron los pastores, y hoy los magos. Los ángeles le anunciaron a aquéllos y la estrella le anunció a éstos. Unos y otros, cuando vieron al rey del cielo, aprendieron del cielo en la tierra; para que fuese dada "gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"³. "Porque él es nuestra paz, el que de ambos ha hecho un pueblo"⁴. Ya desde aquí el infante nacido y anunciado se manifiesta ser aquella piedra angular, y ya apareció en el principio mismo de su nacimiento. Ya comenzó a enlazar en sí las dos paredes diversas,

¹ Joan. 4, 22. ² Isa. 49, 6. ³ Luc. 2, 14. ⁴ Eph. 2, 14.

guiando a los pastores desde Judea y a los Magos desde Oriente: para formar en sí mismo los dos en un nuevo hombre, haciendo la paz; paz a los que estaban lejos y paz a los que estaban cerca. Y por lo mismo llegándose aquéllos en el mismo día desde cerca, y viniendo éstos hoy desde lejos, significaron a la posteridad los dos días que habían de celebrar, pero unos y otros vieron una misma luz del mundo.

Sin embargo, hoy nos toca hablar de los Magos a quienes la fe condujo a Cristo desde lejanas tierras. Vinieron por cierto y le buscaron diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido? Porque vimos una estrella en el Oriente y venimos a adorarle"¹. Anuncian y preguntan, creen y buscan; como significando a aquellos que andan por la fe y desean la especie. ¿Acaso no habían ya nacido en muchas ocasiones otros reyes de los judíos? ¿Cuál es la causa por que este rey es conocido en el cielo y buscado en la tierra por los gentiles; resplandeciente en lo alto y oculto en lo humilde? ¿Quién es este Rey tan pequeño y tan grande, que todavía no habla en la tierra y ya pone edictos en los cielos? Es por cierto el mismo que, nacido del Padre, formó el cielo y la tierra, y nacido de la Madre manifiesta a la tierra la nueva estrella del cielo. La nueva luz se descubrió en la estrella al nacer ésta, en cuya muerte la antigua luz se cubrió en el sol. Los cielos brillaron con nuevo honor al nacer éste, en cuya muerte los infiernos temblaron con nuevo temor, en cuya resurrección los discípulos ardieron con nuevo amor y en cuya ascensión los cielos se abrieron con nuevo obsequio. Por tanto, celebremos con devota solemnidad

¹ Matt. 2, 2.

también este día en que los Magos venidos del Oriente adoraron a Cristo conocido; así como hemos celebrado aquel día en que los pastores de la Judea vieron a Cristo nacido. Porque el mismo Señor Dios nuestro eligió de la Judea a los Apóstoles, pastores, para congregar y salvar aun a los gentiles pecadores. (*Serm. 199, n. 1 y siguientes.*)

Celebremos también este día con la mayor devoción; y a nuestro Señor Jesús, a quien nuestras primicias los Magos adoraron tendido en el portal, adoremos nosotros reinante en el cielo. Aquéllos ciertamente veneraron en él como futuro lo que nosotros veneramos cumplido. Las primicias de los gentiles adoraron al que estaba colgado de los pechos de la Madre, y las gentes adoran ya al que está sentado a la diestra de Dios Padre. (*Serm. 203, n. 3.*)

Ahora, pues, carísimos, hijos y herederos de la gracia, ved vuestra vocación y con el amor más perseverante uníos a Cristo manifestado a los judíos y a los gentiles como piedra angular. Manifestóse por cierto en los principios de su infancia a los que estaban cerca y a los que estaban lejos: a los judíos en la cercanía de los pastores, y a los gentiles en la lejanía de los Magos. Créese que los primeros fueron a adorarle en el mismo día que nació y los segundos en el día de hoy. Por consiguiente, manifestóse a los primeros no doctos y a los segundos no justos; porque sobresale la impericia en la rusticidad de los pastores y la impiedad en los sacrilegios de los Magos. A unos y a otros aplicó asimismo aquella piedra angular; como que vino a escoger las cosas locas del mundo para confundir a los sabios, y no a llamar a los justos, sino a los pecadores; para que ningún grande se ensoberbe-

ciese y ningún ínfimo desesperase. Por esto los escribas y fariseos, creyéndose demasiado doctos y demasiado justos, reprobamos, edificando al mismo, cuya ciudad natal manifestaron, recitando los anuncios proféticos. (*Serm. 200, n. 4*).

Nosotros, pues, carísimos, cuyas primicias eran aquellos Magos; nosotros, herencia de Cristo hasta los confines de la tierra, una vez conocido nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien para consolarnos yació entonces en aquel estrecho albergue y para elevarnos está ahora sentado en el cielo, anunciémosle en esta tierra y en esta región de nuestra carne, de tal modo, que no volvamos por donde vinimos ni repitamos los pasos de nuestra anterior conducta. Porque esto es lo que hicieron también aquellos Magos, volviéndose no por donde habían venido. Mudado el camino, se mudó de vida. Nosotros, conociendo y alabando a Cristo Rey y Sacerdote y muerto por nosotros, le hemos honrado como ofreciéndole oro, incienso y mirra; sólo resta que tomemos el camino nuevo y no volvamos por donde hemos venido. (*Serm. 202, n. 4*).

PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN

EL EJEMPLO DEL JUSTO SIMEÓN ENSEÑA AL HOMBRE
CRISTIANO CON CUÁNTO ARDOR DEBE DE ABRAZAR A
CRISTO SU SALUD

ANUNCIAD de día en día su salud¹; anunciad de día en día a su Cristo. Porque ¿qué es su salud sino su Cristo? Por esta salud oramos en el Salmo, diciendo: "Muéstranos, Señor, tu misericordia y

¹ Ps. 35, 2.

danos tu salud"¹. Esta salud deseaban los antiguos justos, de quienes el Señor decía a los discípulos: "Muchos quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron"². Los antiguos justos dijeron esto: "Danos tu salud"; veamos tu Cristo cuando vivimos en esta carne. Veamos en carne al que nos libre de la carne; venga la carne limpiando a la carne; padezca la carne y redima al alma y la carne. "Y danos, Señor, tu salud". En este deseo estaba aquel Santo anciano Simeón; en este deseo, vuelvo a decir, estaba aquel Santo y de Dios benemérito Simeón; sin duda decía él también: "Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud". En medio de este deseo y de tales súplicas recibió la respuesta, que no gustaría la muerte sin ver al Cristo del Señor. Nació Cristo, venía éste y aquél iba; pero hasta que viniera éste, no quería ir aquél. Ya le excluía la vejez madura, pero le detenía la piedad sincera. Mas cuando vino Cristo, cuando nació, cuando el piadoso anciano le vió conducido en las manos de la Madre y conoció la infancia divina, le recibió en sus brazos y dijo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo, según tu palabra, en paz: Porque han visto mis ojos tu salud"³. Ved de dónde decía: "Manifiéstanos, Señor, tu misericordia y danos tu salud". Llenóse el deseo del anciano en la vejez del mismo mundo. Al anciano vino el mismo que encontró al mundo envejecido. (*Serm. 163, n. 4*).

Llevaba al infante Jesús, María, su Madre; viólo Simeón y le confesó: ¿De dónde había conocido al que confesó? ¿Acaso se reveló en lo interior el que nació en lo exterior? Le vió y le confesó. Confesó Simeón al Niño que callaba y los judíos dieron

¹ Ps. 84, 8.

² Luc. 10, 24.

³ Luc. 2, 29.

muerte al joven que hacía milagros. La majestad se ocultaba donde la flaqueza aparecía. Simeón tomó en sus manos la flaqueza, pero en lo interior reconoció la majestad. Habiéndole, pues, reconocido, le recibió en sus brazos y le estrechó consigo. Llevaba al mismo por quien era llevado; porque el mismo Cristo es la sabiduría de Dios, que toca fuertemente de fin a fin y dispone suavemente todas las cosas ¹. ¡Cuán grande el que estaba allí, y siendo tan grande cuán pequeño se había hecho! El que se hizo pequeño buscaba a los pequeños. ¿Qué es, buscaba a los pequeños? Reunía, no a los soberbios, no a los enaltecidos, sino a los humildes y mansos. Se dignó ser puesto en el pesebre para ser la comida de los jumentos piadosos. Simeón, pues, le recibió en sus brazos y dijo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo, según tu palabra, en paz". Me despides en paz porque veo la paz. ¿Y por qué me despides en paz? "Porque han visto mis ojos tu salud". La salud de Dios es el Señor Jesucristo. (*Serm. 370, nn. 3 y 4*).

Digámosle también nosotros: "Manifiéstanos, Señor, tu misericordia y danos tu salud". Danos tu Cristo. Ya ciertamente nos dió su Cristo; mas con todo, digámosle todavía: Danos tu Cristo; porque le decimos: El pan nuestro de cada día dánosle hoy. ¿Y quién es el pan nuestro sino el mismo que dijo: "Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo"? ². Digámosle: Danos tu Cristo. Nos dió por cierto a Cristo, pero hombre; y así como nos le dió hombre, nos le tiene que dar Dios. Porque dió el hombre a los hombres, a fin de dárselo tal cual pudiesen caberle los hombres; pues que ningún hombre podía caber a Cristo Dios. Hizo-

¹ Sap. 8, 1.² Joan. 6, 41.

se hombre para los hombres y se reservó Dios para los dioses. ¿Acaso digo esto con arrogancia? Así sería, ciertamente, si él mismo no hubiese dicho: "Yo dije, Dioses sois e hijos del Excelso todos" ¹. Para esta misma adopción somos renovados, a fin de hacernos hijos de Dios. Ya lo somos en verdad, pero por la fe; los somos ciertamente en la esperanza, mas no todavía en la entera posesión de la cosa. Ahora creemos por cierto lo que no vemos; y perseverando en lo que creyendo no vemos, mereceremos ver lo que creemos. ¿Qué dice a este propósito San Juan en su Epístola? "Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que habemos de ser" ². (*Enar. in Ps. 84, n. 3*).

PARA EL DÍA DE SAN MATÍAS APÓSTOL

LA ELECCIÓN DE SAN MATÍAS AL APOSTOLADO, HECHA POR SUERTE, ENSEÑA AL HOMBRE CRISTIANO QUE SU VOCACIÓN A LA FE ES UN BENEFICIO GRATUITO DE DIOS, DIGNO DE PERPETUA GRATITUD

"EN TI, Señor, esperé y dije: Tú eres mi Dios; en tus manos están mis suertes" ³. No en las manos de los hombres, sino en las tuyas: ¿Y qué suertes son éstas?, ¿por qué se dicen suertes? Oído el nombre de suertes, no debemos buscar a los adivinos: porque la suerte no es alguna cosa mala, sino que es la cosa que indica la voluntad divina en la duda humana. Por lo mismo los Apóstoles también echaron suertes cuando pereció Judas, después de entregado el Señor, y como está escrito, fué a su lugar; comenzó a buscarse quién sería ordenado en lugar

¹ Ps. 81, 6.² 1^a. Joan. 3, 2.³ Ps. 30, 16.

suyo; fueron elegidos dos según juicio humano, y de los dos fué elegido uno según el juicio divino; de los dos fué Dios consultado sobre cuál de ellos querría que fuese, y cayó la suerte sobre Matías¹. ¿Qué quiere decir, pues, "En tus manos están mis suertes"? Según yo juzgo, llamó suertes a la gracia por la cual hemos sido hechos salvos. ¿Y por qué da el nombre de suerte a la gracia de Dios? Porque en la suerte no hay elección y sí la voluntad de Dios. Pues cuando se dice: Éste hace, éste no hace, se consideran los méritos; y cuando los méritos se consideran, es elección y no suerte; mas cuando Dios no halló méritos algunos nuestros, nos hizo salvos por la suerte de su voluntad, porque quiso, no porque fuimos dignos. Ésta es la suerte. Con razón aquella túnica del Señor tejida desde arriba, que significa la eternidad de la caridad, no pudiendo ser dividida por los perseguidores, se echó suerte sobre ella; en aquéllos a quienes tocó, significó a los que parecen llegar a la suerte de los Santos: "De gracia sois salvos por la fe —dice el Apóstol San Pablo—. De gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros (ve la suerte), y esto no de vosotros, porque es un don de Dios; no por las obras (como si vosotros hubiereis obrado bien, para haceros dignos de acercaros a ello), no por las obras, para que nadie se gloríe; porque somos hechura de él mismo, criados en Jesucristo para buenas obras"². (*Enar. 3, in Ps. 30, n. 13*).

En nuestro Señor y Salvador Jesucristo está puesta la grande y plena gracia, de la cual dice el Apóstol San Juan: "Y vimos la gloria de él, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y

¹ Act. 1, 26.

² Eph. 2, 8.

de verdad"¹. Esta gloria publican los cielos². Los cielos son los Santos levantados de la tierra y que llevan al Señor. Aunque también el cielo publicó en cierto modo la gloria de Cristo. ¿Cuándo la publicó? Cuando al nacer el mismo Señor apareció la nueva estrella que nunca se veía. Pero con todo son más verdaderos y más sublimes los cielos, de los cuales se dice a continuación en el mismo Salmo: "No hay lenguajes ni palabras de las cuales no se oigan las voces de ellos. El sonido de ellos salió por toda la tierra y las palabras de ellos por los fines de la redondez de la tierra". ¿De quiénes sino de los cielos? ¿De quiénes, pues, sino de los Apóstoles? Ellos mismos nos publican la gloria de Dios puesta en Cristo Jesús, por la gracia para perdón de los pecados. "Pues todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios. Justificados gratuitamente por la gracia del mismo, por la redención, que es en Jesucristo"³. Por cuanto gratuitamente, por lo mismo es gracia. No sería por cierto gracia a no ser gratuita. Por cuanto nada bueno habíamos hecho antes para merecer tales dones, y más por cuanto no se nos condenaría gratuitamente al suplicio, por lo mismo se nos hizo gratuitamente el beneficio. Nada había precedido a nuestros méritos, sino por lo que debíamos ser condenados; mas el Señor, no por nuestra justicia, sino por su misericordia, nos hizo salvos por medio del lavatorio de la regeneración. Ésta es, vuelvo a decir, la gloria de Dios; ésta publicaron los cielos. Nada bueno por cierto hiciste y sin embargo tan gran bien recibiste. Si, pues, perteneces a la gloria que publicaron los cielos, di al Señor tu Dios: "Dios mío, tu misericordia me preven-

¹ Joan. 1, 14.

² Ps. 18, 1.

³ Rom. 3, 23.

drá"¹. Por cierto te previno, verdaderamente te previno, porque nada bueno encontró en ti. Tú preveniste su suplicio ensoberbeciente y él previno a tu suplicio borrando los pecados. Pues como justificado de pecador que eras, como hecho piadoso de impío, y como de condenado elegido para el reino, di al Señor tu Dios: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria"². Digámosle: No a nosotros. Porque ¿a quiénes ni cómo hemos merecido? Digamos, repito: No a nosotros; porque si obrase según nuestros méritos, no nos aplicaría sino penas. No a nosotros, sino a su nombre dé la gloria; porque no obró con nosotros según nuestras iniquidades. Por tanto: No a nosotros, Señor, no a nosotros. La repetición es la confirmación. No a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria. Esto conocían aquellos cielos que publicaron la gloria de Dios. (*Enar. 2, in Ps. 18, n. 2*).

PARA EL DÍA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

NADA MÁS DIGNO PUEDE PENSAR DE SAN JOSÉ EL HOMBRE CRISTIANO QUE SI VENERA EN ÉL AL PADRE DE CRISTO Y AL ESPOSO DE LA VIRGEN

CUANDO tuvo doce años en cuanto hombre el Señor Jesucristo, que en cuanto Dios es antes de los tiempos y sin tiempo, se quedó en el templo separado de sus padres y disputaba con los ancianos, admirándose éstos de su doctrina. Mas volviéndose los padres desde Jerusalén, le buscaron en la comitiva, esto es, entre aquellos que viajaban con ellos, y no encontrándole, volvieron turbados a Jerusalén

¹ Ps. 58, 11.

² Ps. 113.

y le hallaron disputando en el templo con los ancianos, siendo, como he dicho, de edad de doce años¹. ¿Y por qué admirarlo? El Verbo de Dios nunca calla, pero no siempre es oído. Es hallado, pues, en el templo, y su Madre le dice: "Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo angustiados te buscábamos. Y les respondió: ¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?" No quería por cierto ser de tal modo hijo de ellos, que no se entendiese ser Hijo de Dios. Porque el Hijo de Dios, siempre es Hijo de Dios que los crió a ellos mismos; y como Hijo del hombre en tiempo, nacido de la Virgen sin obra de varón. Tenía sin embargo a uno y otro por padres. ¿De dónde probamos esto? Ya lo dijo María: "Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos".

Ante todo, hermanos, debe atenderse a tan santa modestia de la Virgen María. Había parido a Cristo, el ángel había venido a ella, y le había dicho: "He aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo"². Había merecido parir al Hijo del Altísimo y era humildísima; no se prefería al marido, ni aun en el orden del nombre, para decir: Yo y tu padre: sino que dice: "Tu padre y yo". No atiende a la dignidad de su vientre, y sí atiende al orden conyugal. Y, por cierto, Cristo, humilde, no habría enseñado a su Madre a ensoberbecerse. "Tu padre y yo, angustiados, te buscábamos". "Tu padre —dice— y yo", porque el varón es la cabeza de la mujer.

Por tanto, lo que responde el Señor Jesucristo, diciendo: "En las cosas que son de mi Padre me

¹ Luc. 2, 42.

² Luc. 1, 31.

conviene estar"; no indica a su Padre de tal modo que niegue al padre José. ¿De dónde probamos esto? Según la Escritura, que dice así: "Y descendió con ellos y vino a Nazareth y estaba sujeto a ellos". No dijo: Estaba sujeto a la madre, o estaba sujeto a ella, sino que dice: "Estaba sujeto a ellos". ¿A quiénes estaba sujeto? ¿No era por ventura a sus padres? Ambos eran padres, a quienes él estaba sujeto por aquella dignación por la cual era hijo del hombre.

Veis, pues, hermanos, que no dijo: "En las cosas que son de mi Padre me conviene estar" de tal modo que lo entendiéramos como si dijera: "Vosotros no sois mis padres". Pero padres, aquéllos temporalmente, y Padre aquél sempiternamente. Padre aquéllos del hijo hombre, Padre aquél del Verbo y de su Sabiduría, Padre de su Virtud, por la cual crió todas las cosas.

Cuando nació el Rey de todas las gentes, comenzó la dignidad virginal por la Madre del Señor, que mereció tener un hijo y no mereció ser corrompida. Así, pues, como era aquél matrimonio, y matrimonio sin ninguna corrupción, así lo que la esposa parió castamente, ¿por qué no recibirlo castamente el marido? Porque así como María era castamente esposa, así José era castamente marido, y al modo que ella era castamente madre, así él era castamente padre. De consiguiente, el que dice que no debió llamarse padre en razón de no haber engendrado carnalmente al hijo, busca la sensualidad en la procreación de los hijos y no el afecto de la caridad. Lo que otro desea cumplir con la carne, lo cumplía él mejor con el espíritu; porque también los que adoptan hijos engendran más castamente con el corazón a los que no pueden con la carne.

Ved, hermanos, ved los derechos de la adopción y cómo el hombre se hace hijo del que no es su padre natural, de tal suerte que tenga más derecho en él la voluntad del que le adoptó que la naturaleza del que le engendró. Así, pues, no sólo debió José ser padre, sino debió serlo en gran manera.

Lo que obró el Espíritu Santo, lo obró para ambos. "Y José, su esposo —dice la Escritura—, como era justo"¹. Luego era justo el esposo y era justa la esposa. El Espíritu Santo, descansando en la justicia de ambos, a ambos dió el hijo; pero obró en el sexo conveniente lo que naciese también para el marido. Y así el ángel dice a ambos que pongan nombre al niño; en lo cual se declara la autoridad de los padres. Por esta razón, hallándose todavía mudo Zacarías, la madre imponía el nombre al hijo recién nacido, y como los asistentes preguntasen por señas al padre cómo quería que se le llamase, recibiendo una tableta, escribió el mismo nombre que ya había dicho su mujer². A María se dice también: "He aquí, concebirás en tu seno y parirás un Hijo y llamarás su nombre Jesús". A José se dice igualmente: "José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer; porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es. Y parirá un Hijo, y llamarás su nombre Jesús"³. Dícese también: "Y parió a su Hijo"⁴; en lo cual es afirmado enteramente padre, no por la carne, sino por la caridad. Padre tanto más firme, cuanto padre más casto. (*Serm. 51, n. 17 y sigs.*)

¹ Matt. 1, 19. ² Luc. 1, 62. ³ Matt. 1, 20. ⁴ Luc. 2, 7.

PARA LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN DE
LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO EL MISTERIO DE LA
ENCARNACIÓN DEL SEÑOR Y EL PRINCIPIO DE SU SAL-
VACIÓN OBRADO HOY EN LA VIRGEN LLENA DE GRACIA

“SE ANONADÓ a sí mismo, tomando forma de
siervo, hecho a la semejanza de hombre”¹. ¿En
dónde? En la Virgen María. El ángel anuncia y la
Virgen oye, cree y concibe. La fe en la mente y
Cristo en el vientre. (*Serm. 136, n. 1*).

Cristo es creído y con la fe es concebido. Se
efectúa primero la venida de la fe en el corazón
de la Virgen y se sigue la fecundidad en el vientre
de la Madre. (*Serm. 233, n. 1*).

Es cosa admirable cómo haya podido la criatura
concebir al Criador. ¿Qué ha de entenderse, pues,
hermanos míos, sino que de sola la Madre formó
para sí la carne el mismo que formó al primer
hombre sin padre ni madre? La caída primera nues-
tra sucedió cuando la mujer que nos causó la muerte
concibió en el corazón el veneno de la serpiente.
Porque la serpiente persuadió el pecado y fué admi-
tida la mala persuasión. Pues si nuestra primer
caída fué cuando la mujer concibió en el corazón
el veneno de la serpiente, no hay que admirar que
nuestra salud se obrase cuando la mujer concibió
en el vientre la carne del Omnipotente. Uno y otro
sexo habían caído, y uno y otro tenían que ser
reparados. Por la mujer habíamos caído en la
muerte y por la mujer nos fué devuelta la salud.
(*Serm. 289, n. 2*).

¹ Phil. 2, 7.

La mujer nos había hecho caer en la muerte y
la mujer nos dió la vida. (*Serm. 184, n. 2*).

¡Oh verdaderamente llena de gracia! Así fué por
cierto saludada por el ángel: “Dios te salve, llena
de gracia”. ¿Quién puede explicar esta gracia?
¿Quién puede dar a esta gracia las gracias sufi-
cientes? Es criado el hombre, y por su libre albedrío
perece el hombre, y se hace hombre el que le hizo
para que no pereciese el hombre a quien hizo. El
que en el principio era el Verbo Dios con Dios,
por quien fueron hechas todas las cosas, es hecho
carne: “El Verbo fué hecho carne y habitó entre
nosotros”¹. El Verbo es hecho carne, pero la carne
se acerca al Verbo y el Verbo no perece en la carne.
¡Oh gracia! ¿Qué méritos había en nosotros para
alcanzar esto? Cristo es anunciado a la Virgen
María, y preguntando ella la causa, dice al ángel:
“¿Cómo será esto, porque no conozco varón?”².
(*Serm. 230, n. 5*).

Preguntó el modo, mas no dudó de la omni-
potencia de Dios: “¿Cómo será esto?” ¿Cuál es el
modo de que se hará esto? Me anuncias un hijo,
mi ánimo le tienes preparado, dime el modo. Por-
que la Virgen Santa pudo temer, o ciertamente
ignorar, el consejo de Dios sobre el modo de que
quisiera tuviese el Hijo, como si no aprobase el
voto de la Virgen. ¿Y si le dijera: cástate y cohabita
con varón? No lo diría Dios, porque recibió el voto
de la Virgen según se le hizo. Recibió de ella lo
que él mismo le dió. Dime, pues, Nuncio de Dios:
“¿Cómo será esto?” Ve al ángel que lo sabe y a la
Virgen que lo pregunta, pero que no desconfía.
Y porque la ve preguntar y no desconfiar, no se
niega a instruirla. Oye el modo: Tu virginidad será

¹ Joan. 1, 14.

² Luc. 1, 34.

intacta; tú cree solamente la verdad, conserva la virginidad y recibe la integridad. Por cuanto es íntegra tu fe, será también intacta tu integridad. Oye, por fin, cómo será esto: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo". Tal sombra no conoce al calor de la sensualidad. "Y por eso, porque el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo"; porque concibes por la fe, creyendo y no cohabitando, tendrás en tu seno: "Por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios".

¿Qué es lo que has de parir después? ¿De dónde lo mereciste? ¿De dónde lo recibiste? ¿De dónde será hecho en ti el mismo que te hizo? ¿De dónde, vuelvo a decir, este tan gran bien a ti? Eres virgen, eres santa, hiciste tu voto. Pero si es mucho lo que mereciste, es mucho más lo que recibiste. ¿De dónde, pues, mereciste esto? En ti es hecho el que te hizo, en ti es hecho por el que fuiste hecha, o, más bien, por aquél por quien fué hecho el cielo y la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas. El Verbo de Dios se hace carne en ti, recibiendo la carne sin dejar la divinidad. Y el Verbo se une a la carne, y el Verbo se enlaza con la carne, y el tálamo de este tan gran desposorio es tu vientre; y tu vientre, repito, es el tálamo de este gran desposorio, es decir, del Verbo y de la carne. De ahí "el mismo esposo que procede de su tálamo"¹. Concebido, te halla Virgen, y Virgen te deja nacido. Da la fecundidad y no quita la integridad. ¿De dónde a ti esto? Parezco preguntar atrevidamente a la Virgen y como importunar con esta mi voz a los oídos modestos. Pero veo a la Virgen que se ruboriza y que sin embargo me responde y amonesta: ¿Me

¹ Ps. 18, 6.

preguntas de dónde a mí esto? Avergüenzome de responderte mi bien: oye la salutación del ángel mismo y conoce en mí tu salud. Cree a quien yo creí. ¿Preguntas de dónde a mí esto? Responda el ángel. Dime, ángel, ¿de dónde estas cosas a María? Ya lo dije cuando saludé: "Dios te salve, llena eres de gracia". (*Serm. 231, nn. 5 y 6*).

PARA EL DÍA DE LOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO

EN ESTE TIEMPO PASCUAL CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO EN LOS SANTOS APÓSTOLES A LAS COLUMNAS DE LA IGLESIA, VACILANTES EN LA PASIÓN DE CRISTO Y AFIRMADAS EN SU RESURRECCIÓN

"SE DISPERSARON todos mis huesos"¹. ¿Qué son los huesos, sino los apoyos del cuerpo? Pues el cuerpo de Cristo es la Iglesia. ¿Y quiénes son los apoyos de la Iglesia, sino los Apóstoles que en otra parte son también llamados columnas? Éstos se dispersaron ciertamente cuando Cristo era llevado a la Pasión, o cuando padeció y murió. (*Epist. 140, n. 36*).

Había andado entre ellos, e imperado a los vientos; a la vista de ellos había caminado sobre las olas, ante sus ojos había resucitado a un muerto de cuatro días, ante sus ojos había hecho los mayores milagros; y con todo temieron en su Pasión como si hubiesen perdido a aquél a quien en vano esperaran. "Mas por el día errarán y ninguno en ellos"². Ninguno absolutamente, ni aun el mismo que había dicho: Contigo estoy hasta la muerte³.

¹ Ps. 21, 15.

² Ps. 138, 16.

³ Luc. 22, 33.

Pues que les había dicho: "Ya es venida la hora en que seáis esparcidos cada uno por su parte y que me dejéis solo"¹. (*Enar. in Ps. 138, n. 22*).

Estando el Señor pendiente en la cruz, se amedrentaron los Apóstoles y entonces desconfiaron ellos, cuando creyó el ladrón. Cuando el Señor fué conducido a la Pasión, se atrevió a seguirle Pedro, quien llegó a la casa y se fatigó en el atrio; estaba al fuego, y se enfrió; púsose al fuego, y con el temor frío se congeló. Preguntado por la criada, negó a Cristo; preguntado segunda vez, le negó; y vuelto a ser preguntado, le negó por tercera vez. Gracias a Dios porque cesó la interrogación; pues que de no cesar la interrogación, se repetiría muchas veces la negación. Después que resucitó, entonces los confirmó y quedaron hechos espirituales. (*Serm. 135, n. 8*).

Por el nombre de Jesús padecieron después los que en su Pasión temblaron. "Muy honoríficos se hicieron para mí tus amigos, oh Dios"². Aquellos mismos que erraron por el día y ninguno hubo en ellos, se hicieron tus amigos y para mí se hicieron muy honoríficos. "Muy confortado fué el principado de ellos". Fueron hechos Apóstoles, fueron hechos guías de la Iglesia y fueron hechos carneros que dirigen los rebaños: "Muy confortado fué el principado de ellos. Los contaré y se multiplicarán sobre la arena". Por aquellos que erraron por el día y ninguno había en ellos, ved que nació esta gran multitud que como la arena no puede ser contada sino para Dios. Aquellos mismos contados "se multiplicaron sobre la arena". La arena está ciertamente contada para aquel que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza. (*Enar. in Ps. 138, nn. 23 y 24*).

¹ Joan. 16, 32.

² Ps. 138, 17.

"Yo confirmé sus columnas"¹. Columnas llama a los Apóstoles; así el Apóstol San Pablo, hablando de sus coapóstoles, dice: "Que parecían ser las columnas"². ¿Y qué serían aquellas columnas si por el Señor no fueran afirmadas? Por haber bamboleado las columnas mismas en cierto terremoto, desconfiaron todos los Apóstoles en la Pasión del Señor. Así aquellas columnas que flaquearon en la pasión del Señor, fueron afirmadas en su resurrección. "Yo —dice— confirmé sus columnas"; resucité, manifesté que la muerte no ha de ser temida e hice patente a los tímidos que ni aun el cuerpo mismo perece en los que mueren. Las llagas los espantaron y las cicatrices los afirmaron. Pudiera el Señor Jesucristo resucitar sin cicatriz alguna; porque ¿qué cosa grande era para aquella potestad el resucitar su cuerpo con tal integridad que no apareciese vestigio alguno de las anteriores llagas? Tenía potestad para sanarle sin cicatrices; pero quiso tenerlas para afirmar las columnas vacilantes. (*Enar. in 74, n. 6*).

PARA LA FIESTA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

PROPÓNENSE A LA CONSIDERACIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO LAS CUATRO DIMENSIONES DE LA CRUZ

"DOBLO mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, del que toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra, para que según las riquezas de su gloria os dé que seáis corroborados en virtud por su Espíritu en el hombre interior,

¹ Ps. 74, 4.

² Gal. 2, 9.

para que Cristo more por la fe en vuestros corazones, arraigados y cimentados en caridad, para que podáis comprender con todos los Santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad" ¹. Hombre cristiano, ¿por qué continuáis andando con el corazón por la latitud de la tierra, por la longitud de los tiempos, por la altura del cielo y por la profundidad del abismo? ¿Cuándo comprendes esas cosas o con la mente o con el cuerpo, es decir, sea pensando o sea mirando con los ojos de la carne, cuándo comprendes esas cosas? Oye al Apóstol que te dice: "Mas nunca Dios permita que yo me glorié sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo" ². Gloriémonos en ella también nosotros, aunque no sea sino porque sobre ella nos recostamos. Gloriémonos en ella todos, oh hermanos buenos, gloriémonos en ella. Allí quizá encontraremos la latitud, y la longitud, y la altura, y la profundidad; porque por estas palabras del Apóstol, la Cruz ha sido en cierto modo puesta ante nuestros ojos. Tiene por cierto latitud, en la cual se fijan las manos; tiene longitud, en la que desde allí se extiende el madero hasta la tierra; tiene también altura, y es la que desde el mismo través en que se fijan las manos, excede un poco, donde se pone la cabeza del Crucificado; y tiene también profundidad, esto es, lo que se fija en la tierra y no se ve. Desde aquello profundo que no ves, se levanta todo lo que ves.

¹ Eph. 3, 14.

² Gal. 6, 14.

LATITUD DE LA CRUZ

¿Dónde está, pues, la latitud de la Cruz? Aplícate a la vida y costumbres de los Santos que dicen: Lejos de mí gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. En las costumbres de ellos encontramos la anchura de la caridad; y de ahí el amonestar el mismo Apóstol diciendo: "Ensanchaos también vosotros. No traigáis yugo con los infieles" ¹. Y porque era ancho el mismo que los exhortaba a la anchura, oye lo que dice: "Nuestra boca abierta está para vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha dilatado". Por tanto la latitud es la caridad, la cual sola obra bien. La latitud hace que Dios ame al que da alegremente ². Porque si padeciere estrechez, dará triste; y si da triste, peca lo que da. Es por consiguiente necesaria la latitud de la caridad, para que no perezca cualquier bien que haces. (*Serm. 165, nn. 3 y 4*).

Esta alegría es significada por la latitud de la Cruz en el madero atravesado, donde se fijan las manos. Porque por las manos entendemos las obras y por la anchura la alegría del que las ejecuta; pues la tristeza causa estrecheces. (*Epist. 55, n. 25*).

LONGITUD DE LA CRUZ

En razón de decir el Señor: "Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos" ³, dame también la longitud. ¿Qué es la longitud? "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo" ⁴. Ésta es la longitud de la Cruz donde se

¹ 2ª. Cor. 6, 13.

² 2ª. Cor. 9, 7.

³ Matt. 24, 12.

⁴ Id. 10, 22.

extiende todo el cuerpo; donde en cierto modo se está en pie y estando en pie se persevera. Por tanto, si tú, que te glorías en la Cruz, buscas tener su latitud, ten la virtud de obrar bien, y si quieres tener la longitud de la Cruz, ten la longanimidad de perseverar. (*Serm. 165, n. 4*).

Así la longitud, en la cual se extiende todo el cuerpo, significa la misma tolerancia, y de ahí el llamarse longánimos los que toleran. (*Epist. 55, n. 25*).

“Porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo”. ¿Y quién perseverará hasta el fin, en tanto que pase la iniquidad? El que estuviere en el cuerpo de Cristo, el que fuere de los miembros de Cristo, y el que aprendiere de la cabeza la paciencia para perseverar. Hasta el fin del mundo no faltará, ni la iniquidad que oprime, ni la justicia que sufre. “Y a la sombra de tus alas esperaré, mientras que pase la iniquidad”¹, es decir, tú me proteges, y para que no me seque por el calor de la iniquidad, tú me harás sombra. (*Enar. in Ps. 56, n. 6*).

ALTURA DE LA CRUZ

Si quieres tener la altura de la Cruz, conoce lo que oyes y donde lo oyes cuando se te dice: Arriba el corazón. ¿Qué es, arriba el corazón? Espera allí y allí ama; de allí pide la virtud y allí espera la recompensa. Porque si obras bien y das con alegría, pareces tener la latitud. Si perseverases hasta el fin en las mismas buenas obras, pareces tener la longitud. Pero si no haces todo esto por el premio

¹ Ps. 56, 2.

eterno, no tendrás la altura y lo demás ni será ya latitud, ni longitud. ¿Qué es, por cierto, tener altura, sino pensar en Dios, amar a Dios, y amarle como a único auxiliar, como a único espectador, como a único coronador, como a único remunerador, y en fin reputarle como premio único y no esperar de él otro que a él mismo? Si le amas, ámale por sí mismo; si le amas en verdad, el mismo a quien amas sea tu premio. ¿Por ventura te son estimables las demás cosas y te es despreciable aquel que crió todas las cosas? (*Serm. 165, n. 4*).

PROFUNDIDAD DE LA CRUZ

Aquella parte de la Cruz que no se ve, que se oculta fijada en la tierra, y desde la cual se levanta todo lo demás, significa la profundidad de la gracia gratuita, en cuya parte oculta se quebrantan los ingenios de muchos que pretenden investigarla, para que por último se les diga: “Oh hombre, ¿quién eres tú para altercar con Dios?”¹. (*Epist. 140, c. 26*).

¿Por qué se dió a éste y no se dió a aquél? No me pesa decir que esto es lo profundo de la Cruz. De no sé qué profundidad de los juicios de Dios, que no podemos investigar y contemplar, procede todo lo que podemos. De no sé qué profundidad, repito, de los juicios de Dios, que como incomprensibles no podemos contemplar ni podemos investigar, procede todo lo que podemos. Veo lo que puedo; mas no veo de dónde lo puedo; excepto que hasta cierto punto veo también esto, en cuanto conozco que es Dios. Mas, ¿por qué a éste y no a

¹ Rom. 9, 20.

aqué? Esto es superior a mi inteligencia, es un abismo, es lo profundo de la Cruz. Exclamar con admiración, puedo; demostrarlo por la investigación, no puedo. ¿Qué puedo exclamar sobre esta profundidad? “¡Cuán engrandecidas son tus obras, Señor! Tus pensamientos se han hecho demasiado profundos”¹. (*Serm. 165, n. 5*).

PARA EL DÍA DE SAN JUAN BAUTISTA

CONSIDERE ATENTAMENTE EL HOMBRE CRISTIANO CUÁNTA SEA LA SANTIDAD DEL QUE, SEGÚN EL TESTIMONIO DEL MISMO CRISTO, ENTRE LOS NACIDOS DE MUJER NO SE LEVANTÓ OTRO MAYOR

Por cuanto nació San Juan en gran misterio, sólo su nacimiento es el que celebra justamente la Iglesia. Celébrase también el nacimiento del Señor, pero como del Señor. Dadme entre los Patriarcas, entre los Profetas y entre los Apóstoles otro siervo de Dios, fuera de San Juan, cuyo día natal celebre la Iglesia de Cristo. Celebramos a muchos siervos de Dios el día de sus pasiones; mas el día de su nacimiento a ninguno, sino a San Juan. Habéis oído, al leerse el Evangelio, cuál fué el orden de los dos que nacían, del Precursor y del Dominador; del pregonero, y del juez; de la Voz, y del Verbo. El Ángel Gabriel anuncia al Juan, y el mismo Ángel Gabriel anuncia al Señor Jesucristo. Precede aquél, y sigue éste; precede aquél obedeciendo, y éste sigue rigiendo: Sigue por cierto naciendo, y antecede rigiendo; porque Cristo crió también al mismo Juan, después del

¹ Ps. 91, 6.

cual fué criado Cristo; criador y criado, criador antes de la madre, criador de la madre y criado en la madre.

Encomiendo, pues, brevemente a vuestra caridad este gran misterio. Por cuanto había de haber muchos que pensasen que Cristo no es sino hombre y nada más que hombre; por lo mismo un hombre grande, el mayor entre los hombres, Juan, dió testimonio de él, súbdito, inclinado y humillado. Aun cuando hubiese dicho que era digno de desatar la correa del calzado del Salvador, ¿hasta qué punto se habría mostrado humilde? Atended al gran misterio que se indica en la correa del calzado. ¿Cuánto se habría humillado San Juan, aun diciéndose digno de desatarla? ¿Y cuánto más juzgándose indigno aun de eso? Por lo mismo fué notado el día de su Natividad y encomendado a la celebración de la Iglesia. (*Serm. 290, nn. 2 y 3*).

Recibid el ejemplo de la humildad. San Juan fué tenido por Cristo; la Voz fué tenida por el Verbo; pero se reconoció Voz, para no ofender al Verbo. “No soy —dice— Cristo, ni Elías, ni Profeta”¹. Es tenido por Cristo y dice que no es lo que se juzga, ni se vale del error ajeno para fausto suyo. Si dijese: Yo soy Cristo, ¿cuán facilísimamente sería creído el que, sin decirlo, era creído tal? No lo dijo; se reconoció, se distinguió y se humilló. Agradó por cierto a Dios esta disposición, para que diese testimonio de Cristo un hombre de tanta gracia que pudiese ser tenido por Cristo. “Entre los nacidos de mujeres —como dijo el mismo Señor— no se levantó mayor que Juan el Bautista”². Si ningún hombre era mayor que este hombre, quien es mayor que él es más

¹ Joan. 1, 20.

² Matt. 11, 11.

que hombre. Gran testimonio de Cristo acerca de sí mismo. (*Serm. 293, nn. 3 y 4*).

Antes que San Juan hubo Profetas, y muchos, y grandes, y santos, dignos de Dios, llenos de Dios, anunciadores del Salvador y atestadores de la verdad. Sin embargo, de ninguno de ellos pudo decirse lo que se dijo de San Juan: "Entre los nacidos de mujeres, no se levantó mayor que Juan el Bautista". Con razón fué llamado más que Profeta. Este Profeta, o, más bien, más que profeta, mereció ser anunciado por otro Profeta. Porque de él dijo Isaías: "Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas". Tienes a San Juan voz. ¿Qué tiene su Cristo, sino Palabra? Viene delante la voz para que después sea entendida la Palabra. Juan hacía la persona de voz en el misterio; mas no él solo era la voz; porque todo anunciador del Verbo es voz del Verbo. En efecto, lo que es el sonido de nuestra boca respecto a la palabra que llevamos en el corazón, eso es toda alma piadosa predicadora respecto a aquella Palabra, de la cual se dijo: "En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Esto era en el principio con Dios"¹. ¡Cuántas palabras, o, más bien, cuántas voces hace la palabra concebida en el corazón! ¡Cuántos predicadores hizo la Palabra que nace con el Padre! Envió a los Patriarcas, envió a los Profetas, y envió a tantos y tantos anunciadores suyos. La Palabra que permanece envió voces, y después de las muchas voces enviadas antes, la misma Palabra única vino en su voz y en la carne suya como en su vehículo. Reúne, pues, como en una todas las voces que precedieron anunciando al Verbo, y ponlas todas en la persona de

¹ Joan. 1, 1.

San Juan. Él representaba el sacramento de todas ellas, y de todas ellas él solo era la persona sagrada y mística. Ésta es la razón por que fué llamado propiamente voz, como señal y misterio de todas las voces. (*Serm. 288, nn. 2 y 4*).

Parece, pues, San Juan como cierto límite divisorio de los dos testamentos, viejo y nuevo; porque el mismo Señor le declara en algún modo tal, diciendo: "La ley y los Profetas hasta Juan"¹. Hace, por tanto, la persona de lo viejo y el pregonero de lo nuevo. Por la persona de lo viejo, nace de padres ancianos; por la persona de lo nuevo, es declarado Profeta en las entrañas de la madre. Porque sin haber todavía nacido, saltó en el vientre de la madre a la venida de Santa María. Ya había sido allí designado y designado antes que nacido; maniéstase de quién sería precursor antes de ser visto por él. Divinas son estas cosas y exceden la medida de la fragilidad humana. (*Serm. 293, n. 2*).

PARA EL DÍA DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO

ADMIRE EL HOMBRE CRISTIANO EN LOS SANTOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS QUE ELIGIÓ A UN PESCADOR PARA CONFUNDIR LA SOBERBIA DEL MUNDO, Y A UN PERSEGUIDOR DE LA IGLESIA PARA MANIFESTAR LA ESPERANZA DEL PERDÓN

Hoy es el día de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en el cual, vencido el diablo, merecieron la corona triunfal. Oigan de nosotros las alabanzas

¹ Luc. 16, 16.

y ofrezcan por nosotros las súplicas. El primero fué elegido antes de la Pasión del Señor, y el segundo después de la Ascensión. Desiguales en el orden del tiempo, é iguales en la eternidad de la felicidad; aquél desde pescador, y éste desde perseguidor. En aquél fueron elegidas las cosas flacas del mundo para que sean confundidas las fuertes, en éste abundó el pecado para que superabundase la gracia. En uno y otro resplandecieron la grande gracia y gloria de Dios, que no halló y sí hizo los méritos de ellos. El que quiso llamar primero a los pescadores a su reino, para llamar después a los emperadores, ¿qué otra cosa por cierto se dignó demostrar, sino que: "El que se gloria, gloriése en el Señor"?¹ Y, a la verdad, no menospreció la salvación de los nobles, de los doctos y de los poderosos, a quienes antepuso los plebeyos, los ignorantes y los flacos; pero si no fuera elegida primero la vileza de los flacos, no sería sanada la hinchazón de los soberbios. Si los ricos fueran llamados primeramente por Cristo, pensarían y dirían que no se eligió en ellos más que la opulencia, la elegancia, la doctrina de elocuencia, la generosidad y la potestad real; y de ese modo, altivos en las felicidades temporales del siglo y como si ellos mismos dieran a Cristo lo que fuesen, para que pareciese pagarles y no donarles lo que hubieran de ser por la gracia de Dios, ni la entenderían, ni la tendrían. Ahora bien, ¿cuánto mejor y más ordenadamente levantó primero de la tierra al indigente y del estiércol ensalzó al pobre para colocarle con los príncipes de su pueblo², y para que el don de inteligencia y de doctrina no sólo fuese de Dios, sino que también apareciese ser de Dios? De este

¹ 1ª. Cor. 1, 31.

² Ps. 112, 7.

modo, ¿con cuánta alegría, con cuánta gloria de Dios miramos despreciarse por el ánimo del pescador las riquezas del emperador y rendirse las súplicas del emperador a la memoria del pescador, a fin de que ni el uno yaciese envilecido por no tener, ni el otro por tener se ensoberbeciese?

Respecto a lo que obró Cristo en Pablo, haciéndole su predicador de perseguidor suyo que era, qué valga esto para la salvación de los hombres y para que ninguno, aun el más cargado de iniquidades, deba desesperar de la misericordia de Dios, dígalo más bien el mismo Apóstol: "Fiel es —dice— esta palabra y digna de toda aceptación; que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por esto hallé misericordia; para que en mí, el primero, mostrase Jesucristo su extremada paciencia, para dechado de los que habían de creer en él para la vida eterna"¹. ¿Quién por cierto desesperará bajo la mano del Médico omnipotente, estando informado con tan grande ejemplo, y considerando que el predicador de la fe, antes por él desolada, no sólo se libró de la pena de perseguidor, sino que también mereció la corona de doctor, y que, creyendo, vertió su sangre por el nombre del mismo cuya sangre había deseado, cruel, verter en sus miembros?

Tiene, pues, Roma, cabeza de las gentes, dos luces encendidas por aquel que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; una en la cual levantó Dios la humildad abatida, y otra en la cual sanó la iniquidad digna de condenación. Aprendamos en aquélla a no ensoberbecernos y en ésta a no desesperar. ¡Qué ejemplos tan grandes, qué

¹ 1ª. Tim. 1, 15.

saludables, se nos propusieron desde el principio, para que los recordemos siempre y en la alabanza de ellos ensalcemos a la luz verdadera! Por tanto, ninguno se engría por la alteza de este siglo: San Pedro fué pescador. Ninguno, pensando en su propia iniquidad, huya de la misericordia de Dios: San Pablo fué perseguidor. El primero dice: "El Señor se hizo refugio de los pobres"¹, y el segundo dice: "Enseñaré a los malvados tus caminos y los impíos se convertirán a ti"². (*Serm. 381, n. único*).

PARA LA FIESTA DE LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUÁNTO DEBE DE MAGNIFICAR A SU DIOS EL HOMBRE CRISTIANO, APRENDIENDO DE MARÍA QUE MAGNIFICA AL SEÑOR EN LA CASA DE ZACARÍAS

OIGAMOS, hermanos, oigamos con piadoso afecto del alma, oigamos de qué modo la Virgen María, nuestra timbalera, resuena con sus doctrinas. Oigamos, vuelvo a decir, y respondamos con las costumbres armónicas. Esta mujer beatísima, saludada ya del Ángel, llena del Espíritu Santo e inspirada por la plenitud de la Divinidad, habiendo ido a la casa de su prima Santa Isabel, después de los saltos de Juan en el vientre de la madre, y después de la admiración de Santa Isabel por la visita de la misma Madre de Dios, cantó al Señor este cántico de alabanza: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador"³. Así, pues, ha de inquirirse primeramente en este lugar qué sea engrandecer al Señor, porque el Criador no se

¹ Ps. 9, 10.

² Ps. 50, 15.

³ Luc. 1, 46.

hace grande por la criatura. Mas debemos saber que de dos modos se dice engrandecer, esto es, o hacerle grande, o adorarle y admirarle grande. Engrandecemos, pues, a Dios, cuando se digna ser engrandecido de nosotros. ¿Pero lo es por ventura en nosotros, del mismo modo que con María, en cuyo seno se hizo hombre por nosotros? El Ángel la dice: "Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres. El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso, lo Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios"¹. No obstante, tu alma santa cualquiera que puedes concebir al Verbo creyendo, párele predicando y engrandécele amando. Por eso dice también el Profeta David: "Engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos a la vez su nombre"²; como si dijera: Publicad conmigo la grandeza del Señor, predicadla y ensalzad con grande voz las alabanzas de su nombre. Y en otro lugar dice: "Señor mío, engrandecido has sido vehementemente"³. Y cómo sea engrandecido en nosotros, lo dice el mismo Profeta: "Engrandecida está hasta los cielos tu misericordia"⁴.

Así, pues, hemos de desear que en todas las cosas engrandezca nuestra alma al Señor, le para y nutra, recuerde los piadosos comienzos de su salvación, el modo de que fué librada de la iniquidad sin ningunos méritos precedentes suyos y redimida con la sangre de Cristo por sola la bondad gratuita de Dios, y diga: "Mi alma engrandece al Señor. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito"; dice el Evangelio⁵. Y al mismo propósito dice el Apóstol: "El que aun a

¹ Id. id., 28.

² Ps. 33, 4.

³ Ps. 101, 1.

⁴ Ps. 107, 5.

⁵ Joan. 3 16.

su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros"¹. ¡Oh afecto de piedad admirable! ¡Oh amados de inestimable caridad! ¿Quién no se pasma a vista de las riquezas de tan gran piedad? ¿Quién no se estremece ante tan inefable caridad? ¿Quién podría jamás esperar que el nacido de Dios antes de los tiempos naciese de una hembra en el tiempo, hecho hombre por los hombres? Por eso está escrito: "Cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto a la ley, para redimir a aquellos que estaban bajo de la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos"². ¿Quién, vuelvo a decir, podría pensar que el portador del orbe fuese llevado en las manos de una mujer, se alimentase del pan de los Ángeles, se debilitase la virtud de los cielos y muriese la vida de todas las criaturas? Por lo mismo engrandezca en todo esto al Señor el alma de María y engrandézcale también la nuestra. Admirémonos, congratulémonos, amemos, alabemos, adoremos, démosle gracias, porque con la muerte misma de nuestro Redentor hemos sido llamados de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorrupción, del destierro a la patria, del llanto al gozo y de la tierra al reino celestial.

Cualquiera alma santa que está ocupada de tales incentivos, nada terreno desea, nada transitorio, nada que agrada por tiempo y nada que deleita al presente; ella juzga a la risa llanto y conmuta el gozo en pesadumbre; para ella el mundo es cárcel y el cielo es la habitación; para ella no hay regocijo alguno en las cosas presentes, porque sólo apetece alegrarse en aquel que está sobre todos.

¹ Rom. 8, 32.

² Gal. 4, 4.

Así es que al decir la Virgen gloriosa en su Cántico: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó"; añadió al punto: "En Dios mi Salvador"; como si dijera: Mi alma, que engrandece al Señor, no se regocija en ninguno otro más que en aquél a quien amando engrandece. (*Serm. 208, nn. 6 y sig. in Append.*).

PARA EL DÍA DE SANTA MARÍA MAGDALENA

SANTA MARÍA MAGDALENA SENTADA A LOS PIES DEL
SEÑOR ENSEÑA AL HOMBRE CRISTIANO A BUSCAR EL
UNO NECESARIO Y ELEGIR LA PARTE MEJOR

MARTA, disponiendo y preparando para alimentar al Señor, se ocupaba de continuo en las haciendas de la casa; y María, su hermana, eligió más el ser alimentada por el Señor. Dejó en cierto modo a su hermana afanada en los servicios de la casa, y ella se sentó a los pies del Señor para oír desocupada su palabra. La oyente fidelísima había oído: "Vacad y ved, porque yo soy el Señor". Aquélla se turbaba, y ésta comía; aquélla disponía muchas cosas, y ésta miraba a la única necesaria. Uno y otro oficio son buenos; mas, con todo, cuál sea mejor, ¿a qué decirlo nosotros? Puesto que tenemos a quién preguntar, oigámosle con paciencia. Al leerse el Evangelio oímos ya lo que es mejor, y mencionándolo yo oigámoslo segunda vez. Marta interpela al huésped y presenta al juez la demanda de sus piadosas quejas por haberla dejado sola su hermana, y no cuidarse de ayudarla en el trabajo del servicio. No respondiéndole María, pero

estando presente, juzgó el Señor. María como ociosa quiso más encomendar su causa al juez y ni aun quiso trabajar en responder; porque al discurrir las palabras de responder, aflojaría la intención de oír. Respondió, pues, el Señor que no trabajaba en la palabra, porque era el Verbo. ¿Y qué dijo? "Marta, Marta". La repetición del nombre es indicio de amor, o acaso de mover la intención; para que oyese con más atención, fué llamada dos veces: "Marta, Marta", oye: "Muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas. En verdad una es necesaria"¹. No una sola como obra singular: pero esa obra conviene, es necesaria, y esta una cosa había elegido María.

Una es necesaria, aquella una soberana, una en que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son uno. Ved encomendárenos la unidad. Ciertamente la Trinidad es nuestro Dios. El Padre no es Hijo, el Hijo no es Padre, y el Espíritu Santo ni es Padre, ni Hijo, sino el Espíritu de ambos; y con todo estas tres Personas no son tres dioses, no son tres omnipotentes y sí un Dios la misma Trinidad. A este uno no nos conduce, sino el que siendo muchos tengamos todos un corazón.

Buenos son los servicios hechos a los pobres y en especial los obsequios religiosos debidos a los Santos de Dios. Son por cierto una recompensa y no una dádiva, como atestigua el Apóstol que dice: "Si nosotros os sembramos las cosas espirituales, ¿es gran cosa si recogemos las carnales que pertenecen a vosotros?"². Buenos son tales servicios, os exhortamos a que los hagáis y en la palabra del Señor os edificamos para que no seáis omisos en recibir a los siervos de Dios. Algunos, ignorándolo

¹ Luc. 10, 41.

² 1^a. Cor. 9, 11.

y recibiendo a los que no conocían, recibieron a los Ángeles. Bueno es esto; pero sin embargo es mejor lo que eligió María; porque aquello tiene la ocupación de la necesidad y esto tiene la suavidad de la caridad. El hombre cuando hace tales obsequios quiere atender a todo y a veces no puede; se busca lo que falta, se prepara lo que hay, y el ánimo se distrae. Y, en efecto, si María bastara para todas aquellas atenciones, no pediría el auxilio de la hermana. Son muchas, son diversas, porque son carnales, porque son temporales; aunque son buenas, son transitorias. ¿Y qué dice el Señor a Marta? "María ha escogido la mejor parte". Tú no has escogido la mala, pero ella ha escogido la mejor. Oye por qué es la mejor: "Que no le será quitada". A ti se te quitará algún día la carga de la necesidad; mas la dulzura de la verdad es eterna. Ni se le quitará lo que ha escogido. No se quita, pero sin embargo se aumentará. En esta vida se aumenta, en la otra se perfeccionará y jamás se quitará.

Por lo demás, tú, Marta, lo diré con tu permiso, bendita en tu buen servicio, buscas el descanso como premio de este tu trabajo. Ahora te ocupas mucho en las haciendas de la casa, quieres alimentar los cuerpos mortales, aunque de los Santos; cuando llegues a la patria celestial, ¿hallarás por ventura peregrino a quien hospedar? ¿Hallarás hambriento a quien alargues tu pan?, ¿o sediento a quien des de beber?, ¿o enfermo a quien visites?, ¿o litigante a quien conciertes?, ¿o muerto a quien sepultes? Nada de esto habrá allí; ¿y qué es lo que habrá? Lo que ha escogido María: allí seremos alimentados y nos alimentaremos. Por lo mismo será allí pleno y perfecto lo que ha escogido aquí María;

ella recogía en la palabra del Señor las migajas de aquella mesa opulenta. (*Serm. 103, n. 3*).

PARA EL DÍA DE SANTIAGO APÓSTOL

DE SANTIAGO, QUE FUÉ UNO DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO, APRENDA EL HOMBRE CRISTIANO QUE NO PUEDE LLEGARSE A LA ALTEZA CELESTIAL DE OTRO MODO QUE POR LA HUMILDAD

Los hijos del Zebedeo buscaban sillas altísimas; quería uno sentarse a la diestra y otro a la siniestra del Señor, diciendo por medio de la madre lo que ellos deseaban. El señor no les repugnó las sillas, pero les manifestó primero el valle de lágrimas, como si dijera: ¿Queréis llegar adonde yo estaré? Venid por donde yo voy. ¿Qué es, venid por donde yo voy? Venid por la humildad. Yo bajé de lo alto y después de humillado subo; hallé a vosotros en la tierra y queréis volar antes que ser alimentados; nutríos primeramente, sed educados y tolerad el nido. ¿Y qué les dice? ¿De qué modo revocó hacia la humildad a los que ya buscaban la alteza? “¿Podéis —les dice— beber el cáliz que yo he de beber?”¹. Y ellos, soberbios también en esto, le responden: “Podemos”. Del mismo modo que Pedro cuando dijo: “Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré”². Varón fuerte, hasta que una mujer le dijo: “Tú también estabas con Jesús el Galileo”. Así también éstos responden: “Podemos”. ¿Podéis? “Podemos”. Y el Señor les dijo: “En verdad beberéis mi cáliz”; y aunque ahora no podéis, le beberéis. Así como dijo a Pedro: “No

¹ Matt. 20, 22.

² Id. 26, 35.

me puedes ahora seguir: mas me seguirás después”¹. “En verdad beberéis mi cáliz; mas el estar sentados a mi derecha o a mi izquierda, no me pertenece a mí darlo a vosotros”. ¿Qué es, “No me pertenece a mí darlo a vosotros”? No me pertenece a mí darlo a los soberbios. Ahora vosotros a quienes hablo sois soberbios; por los mismo he dicho: “No me pertenece a mí darlo a vosotros”. Pero quizá dijeran: Seremos humildes. No seréis, por tanto, vosotros; yo he dicho: A vosotros. No he dicho: No lo daré a los humildes; sino: No lo daré a los soberbios. El que de soberbio se hace humilde, no es quien era. (*Enar. in Ps. 103, Serm. 3, n. 9*).

“¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” ¿Buscáis la altura? Pues por el valle se llega al monte. ¿Buscáis la silla de la claridad? Pues bebed antes el cáliz de la humildad. (*Serm. 329, n. 2*).

La humildad es el mérito de la claridad, y la claridad es el premio de la humildad. (*Tract. 104, in Joan., n. 3*).

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Traed mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. ¿Qué es lo que predica el Maestro Hijo de Dios, la Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas? Llama al género humano, y dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y aprended de mí”. Quizá pensabas que la Sabiduría de Dios había de decir: Aprended de qué modo hice los cielos y los astros, cómo estaban también contadas en mí todas las cosas antes de ser criadas, y cómo aun los cabellos de vuestra cabeza están numerados en la virtud de las razones inmutables. ¿Pensabas

¹ Joan. 13, 36.

que había de decir esto o cosa semejante? No lo dice; antes bien dice primero esto: "Que manso soy y humilde de corazón". Ved ahí lo que habéis de aprender, vedlo, hermanos, pues es ciertamente pequeño. Caminamos a cosas grandes; pero tengamos antes las pequeñas y seremos grandes. ¿Quieres alcanzar la excelsitud de Dios? Pues alcanza primero la humildad de Dios. Ten a bien de ser humilde por ti, puesto que Dios se dignó de ser humilde, no por sí, sino por ti mismo. Por tanto, abraza la humildad de Cristo, aprende a ser humilde y no quieras ensoberbecerte. Confiesa tu enfermedad y póstrate con paciencia delante del médico. Cuando alcances su humildad, te levantarás con él; no porque él se levante en cuanto es el Verbo, sino que tú te levantarás para que sea más y más alcanzado por ti. Primeramente le entendías titubeando y dudando, y después le entiendes más cierta y claramente; no crece él, sino que tú adelantas, y parece como que se levanta contigo. Así es, hermanos; creed los preceptos, cumplidlos y os dará la robustez de inteligencia. No presumáis como anteponiendo vuestra ciencia a los preceptos de Dios; no sea que permanezcáis más bajos y no más sólidos. Atended al árbol; primero se dirige hacia abajo, para crecer después hacia arriba; fija la raíz en lo humilde para dirigir su copa hacia el cielo. ¿Estriba acaso más que en la humildad? ¿Y quieres tú subir a lo más alto sin caridad y tenderte por los aires sin raíz? Ésa es ruina y no crecimiento. Habitando Cristo por la fe en vuestros corazones, os arraigáis y cimentáis en la caridad, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios¹. (*Serm. 117, n. 17*).

¹ Eph. 3, 17.

PARA EL DÍA DE SAN LORENZO MÁRTIR

EL HOMBRE CRISTIANO PUEDE SEGUIR E IMITAR A CRISTO CON SAN LORENZO, MÁRTIR, AUNQUE NO PADEZCA LA PENA DEL MARTIRIO

HOY NOS encomienda la Iglesia Romana el día triunfal en que el bienaventurado San Lorenzo holló al mundo furioso, le despreció halagüeño y venció en uno y otro al diablo que le perseguía. Testigo es por cierto toda Roma de cuán gloriosa es la corona de San Lorenzo y cuán distinguida con multitud de virtudes, como con variedad de flores. Porque en la misma Iglesia desempeñaba el oficio de Diácono. Allí administró la sagrada Sangre de Cristo, y allí derramó su sangre por el nombre de Cristo. Se había acercado prudentemente a la mesa del poderoso, a aquella mesa de la cual nos hablan los Proverbios de Salomón, donde está escrito: "Si te sentares a cenar a la mesa del poderoso, entiende diligentemente las cosas que se te ponen delante y de este modo extiende tu mano, sabiendo que es menester que prepares otras semejantes"¹. El misterio de esta cena le expresó evidentemente el Apóstol San Juan diciendo: "Cristo puso su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos"². Entendió esto San Lorenzo, hermanos; lo entendió y lo hizo y preparó enteramente cosas semejantes a las que tomó en aquella mesa. Amó a Cristo en su vida y le imitó en su muerte.

Así nosotros también, hermanos, si le amamos verdaderamente, imitémosle; porque no podremos

¹ Prov. 23, 1.

² 1^a. Joan. 3, 16.

pagarle mejor fruto del amor que el ejemplo de la imitación. "Puesto que Cristo padeció también por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas"¹. En esta sentencia parece haber visto el Apóstol San Pedro que Cristo padeció solamente por aquellos que siguen sus pisadas, y que nada aprovecha la Pasión de Cristo sino a los que siguen sus huellas. Siguiéronle los Mártires santos hasta la efusión de la sangre, hasta la semejanza de la pasión; siguiéronle los Mártires, pero no solos. No fué por cierto cortado el puente después que ellos pasaron; ni se secó la fuente después que ellos bebieron. Porque ¿qué esperanza es la de los fieles buenos que, o bajo la alianza conyugal llevan en castidad y concordia el yugo del matrimonio, o bajo la continencia viudal doman los apetitos de la carne, o aspirando a la cumbre de la santidad y conservando la virginidad, siguen al cordero adonde quiera que vaya? ¿Qué esperanza hay para éstos, vuelvo a decir, y qué esperanza hay para todos nosotros, si no siguen a Cristo otros que los que derraman por él la sangre? ¿Ha de perder, pues, la Iglesia madre a todos aquellos hijos que tanto más fecunda cuanto más seguramente dió a luz en tiempo de paz? ¿Ha de suplicarse, para que no los pierda, que venga la persecución y que venga la tentación? De ningún modo, hermanos. Porque ¿cómo puede pedir la persecución el que diariamente clama: "No nos dejes caer en la tentación"? Tiene, tiene, hermanos, tiene aquel huerto del Señor, no sólo rosas de Mártires, sino también azucenas de vírgenes, yedras de casados y violetas de viudas. En una palabra, carísimos, ninguna clase de hombres desespere de su vocación: Cristo pade-

¹ 1ª. Pet. 2, 21.

ció por todos; y de él está escrito con toda verdad: "Que quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad"¹. Entendamos, por tanto, de qué modo debe el cristiano seguir a Cristo sin la efusión de la sangre y sin el peligro de la pasión. (*Serm. 304, nm. 1 y sigs.*).

Cruz del Señor no se llama solamente aquella que en tiempos de la pasión consiste en la fijación del madero, sino también aquella que se forma en el curso de toda la vida con las virtudes de todas las buenas obras. Paréceme que de esta Cruz habla el Salvador cuando dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame"². Porque ¿fueron acaso crucificados todos los Mártires que siguieron al Señor? ¿Por ventura todas las personas vírgenes que, según el Apóstol, siguen al Cordero de Dios, fueron crucificadas para seguirle? ¿Acaso lo estaba el Apóstol San Pablo cuando decía: "Mas nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo"³. Digo, pues, esto para que entiendas que la cruz no es el patíbulo del madero, sino el propósito de la vida y virtud. Así es que toda la vida del hombre cristiano es cruz y martirio, si vive según el Evangelio. (*Serm. 207, n. 3, in Append.*).

Veis ciertamente, carísimos, que además de la efusión de sangre, además de las prisicnes y cárceles y además de los azotes y garfios, hay muchas cosas en que podemos seguir a Cristo. Deséchese todo lo deleitable que de las cosas temporales sugiriere el mundo; despréciense todo lo áspero y terrible con que amenazare; y el que así obra, no dude que sigue las huellas de Cristo y justamente

¹ 1ª. Tim. 2, 4.

² Matt. 16, 24.

³ Gal. 6, 14.

atrévase a decir con el Apóstol: "Nuestra morada está en los cielos"¹.

Pero entonces puede ser invencible en estas cosas la virtud cuando no es fingida la caridad. Así el mismo que difunde la caridad en nuestros corazones es el que nos da la verdadera virtud. ¿Cuándo, pues, no temería San Lorenzo el fuego aplicado al exterior, si no ardiera en su interior la llama de la caridad? Hermanos míos, el glorioso Mártir en tanto no temía en el cuerpo las llamas atroces de los incendios, en cuanto estaba abrasado su corazón con el deseo ardentísimo de los celestiales gozos. En comparación del fervor en que ardía su pecho, la llama exterior de los perseguidores era fría. ¿Cuándo en verdad sufriría la agudeza de tantos dolores, a no amar los gozos de los premios eternos? Y en fin, ¿cuándo despreciaría esta vida si no amara la mejor vida? "¿Quién es el que os podrá dañar —dice el Apóstol San Pedro—, quién es el que os podrá dañar, si abrazáis el bien?"². Aunque el perseguidor te haga el mal, no faltes tú en amar el bien; porque si con todo el corazón amares verdaderamente lo que es bueno, sufrirás con paciencia e igualdad de ánimo todo lo malo. ¿Qué daño causaron por cierto a San Lorenzo todos los tormentos que le aplicaron? Sólo sirvieron para hacerle más esclarecido con los mismos suplicios y proporcionarnos este día festivísimo con la memoria de su preciosa muerte. (*Serm. 304, nn. 3 y 4*).

¹ Phil. 3, 20.

² 1ª. Pet. 3, 13.

PARA LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUÁNTO DEBA APLAUDIR EL HOMBRE CRISTIANO A LA VIRGEN MARÍA ELEVADA A LOS CIELOS E IMPLORAR SU PATROCINIO

CARÍSIMOS hermanos: Hoy es día muy venerable, día que excede a las solemnidades de todos los Santos. Hoy es, vuelvo a decir, el día célebre, día esclarecido, día en que se cree haber salido de este mundo la Virgen María; y por lo mismo entonces con sumo regocijo sus alabanzas toda la tierra, ilustrada con la partida de Virgen tan excelsa; porque es muy injusto que no sea altamente honrada en nosotros la memoria solemne de aquella gran Señora por quien merecimos recibir al autor de la vida; y sería un gran desorden que celebrando nosotros las victorias de los Santos Mártires, no les prefiriésemos la solemnidad de aquella Madre que dió a luz para el mundo al Príncipe de los Mártires. Hoy es por cierto el día en que la bienaventurada Virgen María clama dignamente al celestial Esposo y le dice: "Recibiste mi mano derecha y en tu voluntad me sacaste y con gloria me tomaste para ti"¹. Hoy es también el día en que la misma Señora oyó oportunamente al Esposo, Hijo y Señor que le decía: "Ya pasó el invierno, el tiempo de lluvia desapareció y se retiró, levántate, amiga mía, esposa mía, paloma mía, y ven"².

Dígame, pues, alguna cosa de alabanza de la sacratísima Virgen. Pero valiendo nosotros tan poco y siendo tan pequeños de acción, ¿qué diremos en

¹ Ps. 72, 24.

² Cant. 2, 11.

alabanza suya cuando aunque los miembros de todos nosotros se convirtiesen en lenguas no serían suficientes para alabarla? La Virgen de que hablamos es por cierto más alta que los cielos, y la que pretendemos alabar es más profunda que el abismo; porque ella misma llevó encerrado en su casto seno al Dios que no cabe en criatura alguna. Ella es en verdad la sola que mereció ser llamada Madre y Esposa, la que reparó los daños de la primera madre y la que trajo la redención al hombre perdido. La Madre de nuestro linaje introdujo la pena en el mundo y la Madre de nuestro Señor parió la salvación al mundo. La autora del pecado, Eva, y la autora del mérito, María. Eva perjudicó dando la muerte, y María aprovechó dando la vida. Aquélla hirió, y ésta sanó, porque parió de un modo maravilloso e inestimable al Salvador de todas las cosas y suyo. ¿Quién es, por cierto, esta Virgen tan santa que se dignase venir a ella el Espíritu Santo? ¿Tan bella que la eligiese Dios para esposa suya? ¿Tan casta que pudiese permanecer virgen después del parto? Ésta es el templo de Dios, la fuente sellada y la puerta cerrada en la casa del Señor. A ésta, pues, bajó el Espíritu Santo, y a ésta hizo sombra la virtud del Altísimo. Ésta es la inmaculada en la concepción, la fecunda en el parto y la virgen que lacta y nutre el alimento de los Ángeles y de los hombres. Así es que con justa razón la ensalzamos y predicamos bienaventurada, que dió al mundo un comercio singular. En fin, se elevó tanto a la cumbre de los cielos que mereció recibir desde su alcázar supremo al Verbo que en el principio era con Dios.

¡Oh María feliz y dignísima de toda alabanza!
¡Oh Madre gloriosa! ¡Oh Madre sublime a cuyas

entrañas se confía el autor del cielo y de la tierra! ¡Oh felices ósculos impresos por los labios del lactante, cuando entre las frecuentes señales de la tierna infancia y como verdadero hijo tuyo te acariciase como a madre, a la vez que te mandase como Verdad en Dios, Hijo del Padre Unigénito de Dios! Porque tú misma concibiendo a tu autor, diste a luz niño en el tiempo al que tenías Criador antes de los tiempos. ¡Oh parto feliz, alegre para los Ángeles, deseable para los Santos, necesario para los perdidos, y conveniente para los arruinados! Aquel que después de muchas injurias sufridas en la carne tomada, fué por último azotado, abrevado de hiel, y elevado en el patíbulo, demostró, padeciendo, ser verdadero hombre, para manifestar que tú eras su verdadera madre. ¿Pero qué diré yo, pobre de ingenio, cuando todo lo que dijere en tu alabanza es poco para lo que merece tu dignidad? Si te llamo cielo, eres más alta. Si te llamo madre de las gentes, eres superior. Si te llamo belleza de Dios, eres digna. Si te llamo Señora de los Ángeles, en todo demuestras serlo. ¿Qué diré, pues, dignamente de ti, qué alabanzas pronunciaré, no siendo bastante la lengua humana para referir tus virtudes? Calle mi lengua estas alabanzas en tanto que el ánimo las profiere interiormente con ardor constante.

Conque, hermanos carísimos, en vista de esto encomendémonos con todo nuestro afecto a la intercesión de la Santísima Virgen, e imploremos todos su patrocinio con el mayor empeño; para que mientras nosotros la honramos en la tierra con humildes obsequios, se digne la Señora de interceder por nosotros en el cielo con sus constantes súplicas. Porque no ha de dudarse, que la que

mereció presentar el precio para la redención de los cautivos, puede más que todos los Santos interceder por los ya redimidos. (*Serm. 208, nn. 1 y sigs., in Append.*).

PARA EL DÍA DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO CUÁNTOS BIENES SE NOS HAN CONFERIDO POR MEDIO DE LOS SANTOS APÓSTOLES, PADRES Y PRÍNCIPES NUESTROS

SI LA solemnidad de todos los Santos debe sernos grata, hermanos carísimos, ¿cuanto más grata nos deberá ser la de aquellos que siguieron presente al Príncipe de los Mártires? Si la de los corderos, ¿cuánto más la de los carneros? Porque todos los que confesaron hasta la muerte en los tiempos posteriores, se hicieron hijos de ellos, no por la generación de la carne, y sí por la imitación de la virtud. Los pueblos gentiles ofrecieron a éstos de quienes cantó antes el Salmo diciendo: "Traed al Señor a los hijos de los carneros"¹. Exhortando el Señor primeramente a los Apóstoles para la confesión de su nombre, no sólo se les prometió coronador de la victoria, sino también auxiliador de la lucha; y en ellos exhortaba también a los venideros, porque para todos dejaba escrito lo que decía. Exhortando, pues, a los Apóstoles, les dijo: "Y seréis llevados ante los Gobernadores y los Reyes por causa de mí. Y cuando os entregaren, no penséis cómo o qué habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros"². Pro-

¹ Ps. 28, 1.

² Matt. 10, 18.

hibió meditar, y mandó confesar: porque quiso más bien quitar la presunción humana, y dar la gracia divina; para que fuesen tímidos en sí mismos, y esforzados para el mundo. De ahí es que en otro Salmo la voz de los Mártires, como temiendo por parte de la fragilidad humana, dice: "Sálvame de mis enemigos, Dios mío, y líbrame de los que se levantan contra mí"¹; y poco después confiando en el auxilio divino, dice: "Guardaré para ti mi fortaleza".

Queriendo, pues, el Señor manifestar a sus Apóstoles elevados sobre las demás turbas de los fieles y aun de los antiguos justos y Profetas, les dijo: "Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestras orejas, porque oyen. Porque en verdad os digo, que muchos Profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron"².

Éstos son la luz del mundo; pues que por medio de ellos dió primeramente el Señor a este mundo la luz de la fe y verdadera ciencia, y libró a las gentes y a los pueblos de las tinieblas de los errores y de los pecados. Éstos son la sal de la tierra; pues que sus moradores recibieron por medio de ellos el condimento y sabor de la vida eterna, para que refrescasen la lascivia de la carne, y se conservasen libres de la corrupción de los pecados y de los gusanos de los vicios. Éstos son las piedras preciosas que San Juan describe en su Apocalipsis, puestas en el cimiento del edificio celestial; pues que la predicación de ellos echó los cimientos de la Iglesia. Y por lo mismo dice San Pablo: "Vosotros sois ciudadanos de los Santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los

¹ Ps. 58, 2.

² Matt. 13, 16.

Apóstoles y Profetas" ¹. Éstos son las doce puertas de la nueva Jerusalén que bajó del cielo; pues que por medio de ellos entramos primeramente por la puerta de la fe, y fuimos numerados entre los ciudadanos de los Santos.

Por tanto, hermanos carísimos, considerando ahora lo mucho que nos enseñaron aquellos grandes guías del pueblo cristiano, procuremos cumplir con las obras cuanto ellos nos mandaron. Aprendamos en su ejemplo a menospreciar las riquezas del mundo, a no amar los deleites del siglo presente, a desear el reino celestial, y a no anteponer cosa alguna a Cristo: antes bien aprendamos a obedecer sus mandatos en todas las cosas, a amar la pobreza en lo presente, a adquirir las riquezas de las virtudes, a apetecer el tesoro de la sabiduría, a buscar las delicias espirituales, a no envidiar a nadie, y sí amar a todos los hombres: a los amigos en Dios, y a los enemigos por Dios; porque este es el solo y verdadero amor. En efecto, el amor carnal y vicioso conduce al precipicio, y será comparado al odio; por lo cual está escrito: "Cualquiera que quisiere ser amigo de este siglo, se constituye enemigo de Dios" ².

En fin, estos Príncipes nuestros, perfectísimos en el amor de Dios, y llenos del amor de los prójimos, pudieron por lo mismo vencer el ímpetu del mundo, y domar el sangriento siglo; porque en todo no amaron más que la voluntad de Dios. Así nosotros también, hermanos, deseemos en todas las cosas hacer la voluntad de Dios, amemos a nuestro Criador en sí mismo, y a las criaturas en su Criador: de este modo tendremos la caridad perfectamente ordenada, porque Dios es la caridad,

¹ Eph. 2, 19.

² Jacob. 4, 4.

y el que ama esta caridad, ama a Dios. Amando de este modo, nos ama el mismo Dios, nos aman los Santos Apóstoles, nuestros jueces, y ruegan por nosotros para que en el juicio universal de Cristo seamos coronados con ellos para siempre. (*Serm. 222, nn. 1 y sigs. in Append.*).

PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUÁNTA SEA LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA DE LA DIVINA MATERNIDAD PARA LA CUAL LA VIRGEN HOY NACIDA ESTABA YA DESTINADA DESDE LA ETERNIDAD

NUESTRO Señor Jesucristo trajo consigo la divinidad, y tomó de nosotros la mortalidad. Recibió ésta en el vientre de la Virgen María, uniéndose a sí mismo Verbo de Dios a la humana naturaleza, como esposo a la esposa en el tálamo virginal, para que él mismo como esposo procediese de su tálamo ¹. (*Serm. 361, n. 16*).

La Virgen concibe sin conocer varón, y su vientre es fecundado sin ninguna violación: pero los miembros guardaron puros lo que del Espíritu Santo recibió el vientre casto. Ved el milagro de la Madre de Dios. Concibe virgen, pare virgen, y después del parto permanece virgen. Gloriosa virginidad y esclarecida fecundidad. Nace la virtud del mundo, y ningún gemido se siente de la parida. El vientre es evacuado, el infante es recibido, y no obstante la virginidad no es violada. Digno era, por cierto, que naciendo Dios creciese el mérito de la castidad; y que no se violase lo íntegro

¹ Ps. 18, 6.

por el nacimiento de aquel que venía a sanar lo corrupto; o que la honestidad corporal no sufriese lesión por aquel que da la castidad espiritual. (*Serm. 194, n. 1*).

Parió María al Salvador, la desposada al criador del desposorio, y la Virgen al Príncipe de las vírgenes; unida al marido, y Madre no por el marido: Virgen antes del matrimonio, y Virgen en el matrimonio; Virgen encinta, y Virgen lactando. Ciertamente, el Hijo omnipotente, que eligió la virginidad para nacer, de ningún modo la quitó, nacido, a su Santa Madre. Porque es buena la fecundidad en el matrimonio, pero es mejor la integridad en el santo estado de virginidad. Y así Cristo hombre, que podía dar una cosa y otra como Dios (porque el mismo que es hombre es también Dios), jamás daría a su Madre el bien que aman los consortes, de tal modo que la privara del bien mejor, por cuya conservación desprecian las vírgenes el ser madres. (*Serm. 188, n. 4*).

Nadie piense que en aquella tierra, esto es, en aquella carne de donde nació la verdad pereciese la integridad. Seguramente, al ver al Salvador los Apóstoles después de su resurrección, como le juzgasen espíritu y no cuerpo, les dijo: "Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo"¹. Y, sin embargo, la solidez de aquel cuerpo juvenil se introdujo a la presencia de los discípulos, estando cerradas las puertas. Luego el que pudo entrar grande por las puertas cerradas, ¿por qué no pudo también salir pequeño por los miembros incorruptos? Pero ni una ni otra cosa quieren creer los incrédulos: y porque la infidelidad niega ambas cosas, la fe las cree. Aquella

¹ Luc. 24, 39.

es ciertamente infidelidad, a la que parece que no hay en Cristo ninguna divinidad. Mas creyendo la fe a Dios nacido en la carne, no duda que a Dios es posible uno y otro: que el cuerpo de mayor edad se presentase a los que estaban dentro de la casa, cerradas las puertas; y que el Esposo infante procediese del tálamo suyo, esto es, del vientre Virginal, dejando ilesa la virginidad de la Madre.

Porque allí el Hijo Unigénito de Dios se dignó juntar consigo a la naturaleza humana, para, como cabeza sin mancha, desposarse con la Iglesia immaculada, a la cual llama virgen el apóstol San Pablo, no considerando en ella a las solas vírgenes en el cuerpo, sino deseando incorruptas las almas de todos los fieles. "Os he desposado —dice— con Cristo, para presentaros como virgen pura al único Esposo"¹. Así la Iglesia, imitando a la Madre de su Señor, es Virgen y Madre en el espíritu, ya que no pudo en el cuerpo. Cristo, pues, que redimiendo a su Iglesia de la fornicación de los demonios, la hizo virgen; naciendo, no privó de la virginidad a su Madre en modo alguno. Vosotras, vírgenes santas, procreadas de la virginidad incorrupta de la Iglesia, vosotras, que despreciando las bodas terrenas habéis escogido ser vírgenes aun en la carne, celebrad regocijadas el parto de la Virgen. De la hembra nació ciertamente aquel que no fué engendrado en la hembra por obra de varón. El que os trajo lo que habíais de amar, no quitó a su Madre lo que amáis. El que sana en vosotras lo que habéis traído de Eva, estuvo muy lejos de viciar lo que habéis amado en María.

Aquella, pues, cuyas huellas seguís, sobre no conocer varón para concebir, permaneció Virgen

¹ 2ª. Cor. 11, 2.

aun al parir. Imitadla cuanto podéis; no en la fecundidad, porque esto no lo podéis, salva la virginidad. Sola ella pudo ambas cosas, de las cuales habéis querido vosotras tener una; de tal modo que, si queréis tenerlas ambas, perdéis la que tenéis. Sola pudo uno y otro la que parió al Omnipotente, que es por quien lo pudo. Porque sólo al Hijo Único de Dios convenía hacerse Hijo del hombre de este modo único. (*Serm. 191, n. 2 y sig.*)

La nobleza del que nacía estuvo en la virginidad de la que paría, y la nobleza de la que paría en la divinidad del que nacía. (*Serm. 200, n. 2*).

PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

LA CRUZ ES EL TROFEO DE CRISTO TRIUNFANTE Y LA
BANDERA DEL CRISTIANO COMBATIENTE

CRISTO venció al mundo todo en aquello mismo en que parecía vencido. Hermanos, según lo vemos, Cristo venció a todo el orbe: sujetó a todas las potestades, y subyugó a los reyes, no con ejércitos soberbios, sino con la Cruz mofada; no hiriendo con el hierro, sino colgando del madero; padeciendo corporalmente, y obrando espiritualmente. Su cuerpo era levantado en la Cruz, y él sujetaba las almas a la Cruz. Y, al fin, ¿qué perla hay tan preciosa en la diadema de los que reinan, como la Cruz de Cristo puesta en su frente? (*Serm. 51, n. 2*).

Por cuanto el Señor había de honrar a sus fieles en el fin de este siglo, honró primero a su cruz en este siglo; haciendo que los príncipes de la tierra que creyesen en él, prohibieran que algún delin-

cuenta fuese crucificado; y así es que lo que con grande insulto procuraron para el Señor los judíos perseguidores, con gran confianza lo llevan ahora en la frente los siervos suyos, aunque sean reyes. (*Serm. 88, n. 8*).

Atiende a la gloria de su Cruz. Ya la cruz misma, a la cual insultaron los enemigos, está fijada en la frente de los reyes. El efecto probó la virtud: venció al mundo, no con el hierro, sino con el madero. (*Enar. in Ps. 54, n. 12*).

Ya los que tienen el cetro se sujetan al madero de la cruz; ya se cumple lo que se anunció diciendo: "Le adorarán todos los reyes de la tierra, serviránle todas las gentes"¹. Ya en las frentes de los reyes es más preciosa la señal de la cruz, que las perlas de la diadema. (*Enar. in Ps. 73, n. 6*).

Adonde no se ha extendido todavía el romano imperio, ya lo posee Cristo; lo que todavía está cerrado para los que pelean con la espada, no está cerrado para los que pelean con la cruz. El Señor reinó por cierto desde el madero. ¿Quién es el que pelea en el madero? Cristo. Desde su cruz venció a los reyes y fijó la misma cruz en la frente de los vencidos, y se glorían en ella, porque en ella tienen su salvación. (*Enar. in Ps. 35, n. 2*).

La cruz era antes nombre de condenación, mas ahora se ha hecho signo de honor; antes se levantaba en condenación del maldito, y ahora está levantada en ocasión de salud. La cruz, pues, ha sido para nosotros causa de bienes innumerables; ella nos libró de los errores, ella alumbró a los que estábamos sentados en las tinieblas, ella sacándonos del poder del diablo, nos reconcilió con Dios, de ajenos nos restituyó en domésticos, de lejanos

¹ Ps. 71, 11.

nos hizo próximos y de peregrinos nos devolvió ciudadanos. Porque ella es el término de las enemistades, la firmeza de la paz y el tesoro de todos nuestros bienes. Por la cruz no erramos ya en las soledades, por haber conocido en ella el camino de la verdad; ni ya estamos fuera del reino, pues que hemos entrado por la puerta de rey; ya no tememos las saetas encendidas del diablo, puesto que hemos hallado la fuente de la vida para apagarlas. Por la cruz no estamos ya en viudez, porque hemos recibido el esposo; no tememos al lobo, porque hemos encontrado al Pastor, que dice: "Yo soy el buen pastor"¹. Por la cruz, en fin, no tenemos miedo al tirano, puesto que estamos unidos a nuestro rey. (*Serm. 155, n. 1, in Append.*)

¿Qué cosa más dulce, qué cosa más suave puede pensarse o decirse que el misterio de la santa cruz por la cual hemos merecido no sólo ser revocados del infierno, sino también ser elevados a los cielos? (*Serm. 32, n. 4, in Append.*)

La cruz del Salvador no es oprobio para los fieles, sino triunfo. Ella es nuestra bandera contra el diablo, adversario nuestro; porque contra él peleó por nosotros nuestro Rey. (*Lib. 4, de Symb. ad Catechum., c. 5*).

Nuestro Crucificado resucitó de la muerte, subió a los cielos, nos dejó la cruz para memoria de su pasión, y nos la dejó para nuestra salud. Con esta señal se ahuyentan los demonios y con este antidoto se obra la sanidad. Este signo es el refugio para los amigos y el obstáculo para los enemigos. El que desea pasar sin naufragio este mar grande y espacioso, en que hay reptiles sin número², siga a la cruz, agárrese a la cruz y no la deje hasta

¹ Joan. 10, 11.

² Ps. 103, 25.

llegar al deseado puerto de la salvación. Ella dirige nuestro curso, ella nos instruye para la lucha, ella nos ayuda en la pelea, ella nos conduce a la victoria, ella nos lleva a la corona, ella destruye los maleficios y reduce a la nada todas las maquinaciones del demonio; y lo que hacía en la tierra la presencia corporal de Cristo, esto hace la memoria de la cruz victoriosa, manifiesta en la fiel innovación del nombre de Cristo. (*Serm. 247, n. 7, in Append.*)

PARA EL DÍA DE SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO QUE LOS SANTOS
APÓSTOLES SON LOS CIELOS QUE NOS PUBLICARON LA
GLORIA DE DIOS

No sin causa se dijo: "Los cielos publican la gloria de Dios"¹; porque los Apóstoles fueron hechos cielo. ¿Por qué razón fueron hechos cielo? Porque fueron justificados. Y así como el pecador se hizo tierra y se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás"², así los justificados fueron hechos cielo. Llevaron a Dios y de ellos Dios hacía resplandecer milagros, tronaba terrores y llovía consuelos. (*Enar. in Ps. 125, n. 9*).

Habiéndose dicho: "La tierra está llena de la misericordia del Señor"³, quizá preguntarás: ¿De dónde está la tierra llena de la misericordia del Señor? Primeramente fueron enviados los cielos que esparciesen sobre la tierra la misericordia del Señor, y esto sobre toda la tierra. Ve, por tanto,

¹ Ps. 18, 1.

² Gen. 3, 19.

³ Ps. 32, 5.

lo que en otro lugar se dice de los mismos cielos: "Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos". Lo que los cielos, eso mismo el firmamento. "El día expresa al día la palabra, y la noche anuncia a la noche la ciencia". No se cesa, no se calla. Pero ¿dónde predicaron y hasta dónde llegaron? "No hay lenguajes, ni expresiones, en que no se oigan las voces de ellos". Pero esto pertenece a que en un mismo lugar hablasen en las lenguas de todos; y cuando así hablaron, cumplieron lo que estaba dicho: "No hay lenguajes, ni expresiones, en que no se oigan las voces de ellos". Mas yo busco hasta dónde llegó y qué es lo que llenó la misma voz en todas las lenguas. Oye, pues, lo que sigue: "El sonido de ellos salió a toda la tierra, y las palabras de ellos a los fines de la redondez de la tierra". ¿De quiénes, sino de los cielos que publican la gloria de Dios? Pues si el sonido de ellos salió por toda la tierra y las palabras de ellos hasta los fines de la redondez de la tierra, indíquenos el que los envió qué es lo que nos predicaron. Claramente lo indica y fielmente lo indica; porque aquél cuyas obras todas están en la fe, predijo lo futuro antes que sucediese. Resucitó por cierto de entre los muertos, y reconocido de sus discípulos, después de palpar sus miembros, les dijo: "Así era menester que el Cristo padeciese y resucitase al tercer día de entre los muertos, y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de los pecados". ¿En dónde y hasta dónde? "A todas las naciones —dice— comenzando de Jerusalén"¹. Hermanos, ¿qué misericordia más abundante esperamos todos del Señor, sino que nuestros pecados sean perdonados?

¹ Luc. 24, 46.

Luego siendo la gran misericordia del Señor el perdón de los pecados y habiendo anunciado que esta remisión se predicase a todas las naciones, "la tierra está llena de la misericordia del Señor". ¿De qué está llena la tierra? De la misericordia del Señor. ¿Y por qué? Porque en todas partes perdonan los pecados y porque envió a los cielos que lloviesen sobre la tierra.

¿Y cómo los mismos cielos se atrevieron a ir con confianza, y de hombres flacos hacerse cielos, sino porque "Los cielos fueron confirmados con la palabra del Señor"? ¿Y de dónde tuvieron tanta fuerza las ovejas entre los lobos, sino de que "En el Espíritu de su boca está toda la virtud de ellos"? "Ved —les dice— que yo os envió como ovejas en medio de lobos"¹. ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente, haces esto para que la tierra esté llena de tu misericordia. Si, pues, eres tan misericordioso que llenas la tierra de misericordia, ve a quiénes envías y ve adónde los envías. ¿Adónde, vuelvo a decir, los envías y a quiénes envías? A las ovejas en medio de los lobos. Si se envía un solo lobo en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, como no sea acaso porque se sacia pronto? Todo, pues, lo devoraría. ¿Envías a los flacos entre los impetuosos? Los envió —dice— porque son hechos cielos para que remojen la tierra. ¿De dónde cielos los hombres enfermos? "Y en el Espíritu de su boca está toda la virtud de ellos". Ved que los lobos os agarrarán y os entregarán y os presentarán a las potestades por causa de mi nombre. Armaos ya vosotros. ¿Con vuestra fuerza? No. Entonces "no penséis cómo o qué habéis de hablar; porque no sois

¹ Matt. 10, 16.

vosotros los que habláis sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros"; porque "en el Espíritu de su boca está toda la virtud de ellos". (*Enar. 3, in Ps. 32, nn. 7 y 8*).

Si tú quieres, serás también cielo. ¿Quieres ser cielo? Pues limpia de tu corazón la tierra. Si no tuvieres concupiscencias terrenas y no respondieres en vano que tienes arriba el corazón, cielo serás. El Apóstol dice a los fieles: "Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra"¹. Si comenzaste a pensar en las cosas que son de arriba y no en las que son de la tierra, ¿por ventura no te hiciste cielo? Llevas la carne, y ya eres cielo en el corazón; porque tu morada estará en los cielos. Tal anuncias tú también a Cristo; porque ¿quién de los fieles calla a Cristo? (*Enar. in Ps. 36, n. 10*).

PARA EL DÍA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO QUE LOS SANTOS
ÁNGELES NOS AYUDAN EN ESTA VIDA MORTAL PARA
QUE LLEGUEMOS FELIZMENTE A SU COMPAÑÍA

"MI ALMA tuvo sed de ti, ¡de cuántas maneras tuvo sed de ti mi carne!"². Porque es poco que mi alma tuvo sed, la tuvo también mi carne. Y si el alma tiene sed de Dios, ¿de qué modo la tiene también la carne? Cuando la carne tiene sed, desea el agua; cuando el alma tiene sed, desea la fuente de la sabiduría. De aquella fuente se embriagarán

¹ Colos. 3, 1.

² Ps. 62, 2.

nuestras almas, como dice el Salmo: "Serán embriagados de la abundancia de tu casa y les darás de beber en el torrente de tus delicias"¹. Por tanto, hemos de tener sed de la sabiduría, hemos de tener sed de la justicia. Pero no nos saciaremos de ella, no nos llenaremos de ella, sino cuando se haya terminado esta vida y hayamos llegado a lo que Dios tiene prometido. Dios nos tiene prometida la igualdad de los ángeles², y ahora los ángeles no tienen sed como nosotros, ni tienen hambre como nosotros, sino que tienen hartura de la verdad, de la luz y de la sabiduría inmortal. Por lo mismo son bienaventurados y desde la bienaventuranza grande que gozan, porque están en aquella ciudad de Jerusalén celestial, de donde nosotros vivimos ahora ausentes, nos atienden como peregrinos y tienen misericordia de nosotros, y por mandato del Señor nos auxilian para que algún día lleguemos a aquella patria común y con ellos nos saciemos en la fuente del Señor, fuente de la verdad y de la eternidad. (*Enar. in Ps. 62, n. 6*).

Los ángeles constituídos en las sillas celestiales, inmortales y bienaventurados, alegres en la participación de su Criador, en cuya eternidad están firmes, de cuya verdad están ciertos y con cuyo don son santos; por cuanto nos aman misericordiosamente como mortales y miserables, para que seamos inmortales y bienaventurados, justamente no quieren que les ofrezcamos sacrificios; y sí a aquél de quien ellos mismos saben que son sacrificio con nosotros. Porque nosotros con ellos somos la única Ciudad de Dios, a la cual se dice en el Salmo: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, Ciu-

¹ Ps. 35, 9.

² Luc. 20, 36.

dad de Dios" ¹, cuya una parte peregrina en nosotros y la otra socorre en ellos. (*Lib. 10, de Civit. Dei, c. 7*).

Ambas partes serán una Iglesia por el consorcio de la eternidad, y ahora son una Iglesia por el vínculo de la caridad. (*In Enchir., c. 56*).

Iglesia de arriba e Iglesia de abajo. La Iglesia de abajo en todos los fieles y la Iglesia de arriba en todos los ángeles. Pero el Señor de los ángeles descendió a la Iglesia de abajo, y los ángeles sirvieron en la tierra al que nos sirvió a nosotros ². "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir" ³. ¿Y qué nos sirvió, sino lo que aún hoy comemos y bebemos? Habiéndonos, pues, servido el Señor de los ángeles, no desconfiemos de ser iguales a los ángeles. Porque el que es mayor que los ángeles descendió al hombre, el Criador de los ángeles se hizo hombre y el Señor de los ángeles murió por el hombre. (*Enar. in Ps. 137, n. 4*).

PARA EL DÍA DE LOS SANTOS APÓSTOLES SAN SIMÓN Y SAN JUDAS

LOS SANTOS APÓSTOLES ENSEÑAN AL HOMBRE CRISTIANO QUE POR CRISTO HA DE DESPRECIARSE TODA FELICIDAD TERRENA

AQUEL que con su muerte destruyó la muerte, estuvo colgado en el madero, derramó su sangre y redimió al mundo. Los Santos Apóstoles, primeros carneros del rebaño santo, vieron al mismo Señor Jesús pendiente, le lloraron muerto, le admiraron resucitado, le amaron poderoso y vertieron su

¹ Ps. 86, 2.

² Matt. 4, 11.

³ Matt. 20, 28.

propia sangre por aquello que vieron. Meditad, hermanos, lo que fué la misión de aquellos hombres por todo el mundo: predicar que un hombre muerto había resucitado y subido al cielo, y por esta predicación tolerar cuanto les ocasionase el mundo furioso: daños, destierros, prisiones, tormentos, fuegos, bestias, cruces y muertes. ¿Y a qué fin todo esto? Porque, hermanos míos, ¿por ventura moría San Pedro por su propia gloria, o se predicaba a sí mismo? Moría uno para que fuese honrado otro, y uno era muerto para que otro fuese adorado. ¿Hubiera acaso hecho esto a no ser por el ardor de la caridad y por la conciencia cierta de la verdad? Vieron lo que decían: porque ¿cuándo hubieran muerto por lo que no habían visto? Lo que habían visto, ¿debían acaso negarlo? No lo negaron: predicaron al muerto que sabían estar vivo. Sabían por qué vida despreciaban la vida; sabían por qué felicidad toleraban la infelicidad transitoria y por qué premios desatendían estos daños. La fe de ellos pesaba más que todo el mundo. Habían oído: "¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiese su alma?" ¹. Los halagos del siglo no retardaron a los que se aceleraban, ni a los que iban de paso retardó la pasajera felicidad, que, por más brillante que sea, ha de dejarse aquí, no ha de trasportarse a la otra vida, y algún día han de abandonar aquí los que viven. Despreciad, pues, al siglo, cristianos, despreciad al siglo, despreciadle. Los mártires le despreciaron y le despreciaron los Apóstoles. (*Serm. 311, n. 2*).

Nadie crea que posee en este mundo alguna felicidad o algún consuelo verdadero. La bienaventuranza puede prepararse aquí, mas no puede poseerse.

¹ Matt. 16, 26.

Los tiempos se suceden por su orden: el tiempo de llorar y el tiempo de reír. Ninguno se engañe, hermanos: el tiempo de reír no es en este mundo. Sé, hermanos, que todo hombre desea alegrarse; pero no todos buscan la alegría donde es menester buscarla. El verdadero gozo no ha estado en este mundo, ni está, ni podrá estar; porque el mismo Señor lo advirtió así en el Evangelio, diciendo a sus discípulos: "En el mundo tendréis apretura". Y además les dijo: "El mundo se gozará y vosotros estaréis tristes; mas vuestra tristeza se convertirá en gozo"¹.

Por lo mismo, auxiliados del Señor hagamos en esta vida con trabajo y dolor lo que es bueno, para que en el siglo futuro podamos recoger con gozo y alegría los frutos de las buenas obras, según aquello que está escrito: "Los que siembran en lágrimas, segarán en regocijo"². Así, hermanos carísimos, por el pecado del primer hombre fuimos arrojados de la posesión feliz del paraíso y enviados al mundo como a un destierro, y por lo mismo no tenemos la patria en este siglo. Así lo dice el Apóstol: "Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor"³. No busquemos, pues, el gozo en este mundo; porque, como arriba se ha dicho, el verdadero gozo puede ser comprado aquí, mas no puede ser poseído. No busques en el camino lo que se te guarda en la patria; y porque te es necesario pelear diariamente contra el diablo siguiendo a Cristo, no busques en la batalla el premio que se te reserva en el reino. No busques en la pelea lo que te está reservado para cuando fuere completa la victoria. Atiende más bien a lo que dice el Apóstol: "Todos los que quieren vivir píamente en Jesu-

¹ Joan. 16, 33.² Ps. 125, 5.³ 2ª. Cor. 5, 6.

cristo, padecerán persecución"¹. Y en otro lugar se dice: "Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios"².

Debemos por tanto obrar de tal manera, que merezcamos llegar felizmente a la principal patria, donde nuestros padres, los Patriarcas, los Profetas y los Apóstoles, desean recibirnos o vernos, y donde nuestros conciudadanos los ángeles y aquella ciudad de Jerusalén celestial, y el Rey de aquella ciudad, Cristo, nos esperan con los brazos de la caridad abiertos; para que vencido el diablo y llenos de buenas obras, entremos felizmente en su compañía. (*Serm. 224, n. 2 y sigs., in Append.*)

PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

EL HOMBRE CRISTIANO HONRA A LOS SANTOS COMO DEBE SI SE ESFUERZA POR IMITARLOS

CELEBREMOS las solemnidades de los Santos con la mayor devoción, con sobria alegría, con honesta reunión, con fiel meditación y con animosa predicación. No es pequeña parte de imitación el congratularse en las virtudes de los mejores. Ellos son grandes y nosotros pequeños; pero el Señor bendijo a los chiquitos con los grandes³. Precedieron y se aventajaron. Si no podemos seguirlos con la acción, sigámoslos con el afecto; si no en la grandeza, en la alegría; si no en los méritos, en los deseos; si no en la pasión, en la compasión; si no en la excelencia, en la conexión. No nos parezca poco el ser miembros del mismo cuerpo que aquellos a quienes no podemos igualar: "Porque

¹ 2ª. Tim. 3, 12.² Act. 14, 21.³ Ps. 113, 13.

si algún mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; o si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan en él" ¹. Gloria para la cabeza, de donde se cuida no sólo de las manos superiores, sino también de los pies ínfimos. Así como aquel uno puso su vida por nosotros, así también los mártires le imitaron y pusieron sus vidas por sus hermanos; y para que esta copiosísima fertilidad de los pueblos se levantase a manera de renuevos, regaron la tierra con su sangre. Así es que el fruto del trabajo de ellos somos también nosotros. Nosotros los admiramos y ellos nos compadecen. Nosotros los felicitamos y ellos piden por nuestra felicidad. Ellos extendieron en la tierra sus cuerpos a manera de vestidos, al ser conducido a Jerusalén el pollino que llevaba al Señor, y nosotros al menos, como cortando ramos de los árboles, sacamos de las santas Escrituras himnos y alabanzas para proferirlas en alegría común. (*Serm. 280, n. 6*).

En estas solemnidades debe vuestra santidad hacer memoria, lo primero, que no juzguemos añadir nosotros alguna cosa a los mártires, porque celebramos sus días solemnísimos. Ellos, viviendo ya en los cielos, alegres con los ángeles, no necesitan de nuestras festividades; mas se alegran con nosotros, no si los honramos, sino si los imitamos. Bien que aun el honrarlos aprovecha a nosotros y no a ellos. Pero honrarlos y no imitarlos no es otra cosa que falsamente adularlos. Así es que estas festividades se han instituido en la Iglesia de Cristo, a fin de que la congregación de los miembros de Cristo sea excitada a imitar a los mártires de Cristo. Ésta y no otra es absolutamente la utilidad

¹ 1ª. Cor. 12, 26.

de esta festividad. Porque si se nos propone a Dios para que le imitemos, responde la fragilidad humana que es mucho para ella el imitar a aquél con quien no puede compararse. Si después se nos propone para la imitación el ejemplo del mismo Jesucristo Señor nuestro, que siendo Dios se vistió de carne mortal para insinuar el precepto a los hombres de carne mortal y demostrarles el ejemplo, y del cual está también escrito: "Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas" ¹; aun en este caso responde la fragilidad humana: ¿qué semejanza tengo yo con Cristo? Él, aunque hombre, es el Verbo hombre. Porque el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros: tomó carne sin dejar de ser Verbo: recibió lo que no era, y no dejó lo que era. "Ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo" ². Luego ¿qué semejanza tengo yo con Cristo? Para quitar, pues, todas las excusas de la infiel enfermedad, nos construyeron los mártires la calzada. Para que nosotros anduviésemos seguros por ella, necesitaba ser fabricada con tablas de piedra. Ellos lo hicieron así con su sangre y con sus confesiones. ¿Quién se avergüenza de decir: soy desigual a Dios? Ninguno, pues lo es claramente. ¿O soy desigual a Cristo? Ninguno, pues que es desigual aun a Cristo mortal. Mas Pedro era lo que tú, Pablo era lo que tú, y los Apóstoles y Profetas eran lo mismo que tú. Si te pesa imitar al Señor, imita al consiervo. Precedió el ejército de los siervos y se removió la excusa de los perezosos. Por último, dice la fragilidad humana: Soy desigual a Pedro, soy desigual a Pablo. ¿Eres desigual a la verdad? Es coronada la rusticidad y no es excusada la vanidad.

¹ 1ª. Pet. 2, 21.

² 2ª. Cor. 5, 19.

¿Eres por fin desigual a los jovencitos? ¿Eres desigual a las doncellitas? (*Serm. 325, n. 1*).

Por el camino de la tribulación han pasado aun los jóvenes tiernos, y por él han pasado aun las tiernas doncellas. ¿De qué modo es todavía áspero el camino que tan trillado y firme está con el tránsito de tantos? Así, hermanos, la exhortación solemne y continua que os dirigimos es ésta: que celebremos las solemnidades de los mártires no con vana solemnidad, antes bien no temamos imitar también con igual fe a los que amamos en sus solemnidades. (*Serm. 306, n. 10*).

No penséis que pueden faltáros ocasiones para la corona, porque ahora no hay tales persecuciones; pues ni aun ahora faltan las persecuciones que hace el diablo, ya por medio de la sugestión, ya por algunas molestias del cuerpo. Tú ten sólo presente que tienes al Emperador que fué delante al cielo; el camino por donde has de seguirle, te le dejó señalado; sujétate a él. Cuando vencieres, no te lo atribuyas por la soberbia, como si hubieses peleado con tus propias fuerzas; antes bien alégrate en aquel que te dió fuerzas para vencer, porque él mismo venció al siglo. Si vencieres todas las tentaciones del diablo, siempre estás coronado y saldrás de este mundo mártir. (*Serm. 4, n. 37*).

PARA EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

AMONÉSTASE AL HOMBRE CRISTIANO QUE PROCURE
AUXILIAR A LOS DIFUNTOS CON SACRIFICIOS, ORACIONES
Y OTRAS OBRAS PIADOSAS

EL CUIDADO del funeral, la calidad de la sepultura y la pompa de las exequias, más bien son consuelos de los vivos que auxilios de los muertos. Si la sepultura preciosa aprovecha algo al impío, la vil o nula perjudicará al piadoso. La turba de sirvientes hizo al rico del Evangelio exequias brillantes a la vista de los hombres; pero mucho más brillantes a los ojos de Dios las hizo al pobre ulceroso el ministerio de los ángeles, que no le elevaron en un túmulo de mármol, pero sí le condujeron al seno de Abrahán. (*Lib. de Cura gerenda pro mortuis, c. 2*).

Por eso las pompas del funeral, el concurso de las exequias, la suntuosa diligencia de la sepultura y la opulenta construcción de los monumentos son consuelos cualesquiera de los vivos y no socorros de los muertos. Empero, no debe dudarse que con las oraciones de la santa Iglesia, con el sacrificio de la salud y con las limosnas que se hacen por sus almas, son auxiliados los muertos, para que el Señor obre con ellos más misericordiosamente que merecieron sus pecados. Ésta es por cierto la tradición de los Padres observada por toda la Iglesia, que cuando en el lugar señalado del mismo sacrificio se hace memoria de aquellos que murieron en la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo, se ruegue por ellos y se haga memoria de que por

ellos también se ofrece el Sacrificio. Y cuando se hacen obras de misericordia con el fin de encomendarlos a Dios, ¿quién duda que se sufraga a los mismos por quienes no en vano se envían a Dios las oraciones? De ningún modo ha de dudarse que tales sufragios aprovechan a los difuntos; pero a aquellos que de tal manera hubieren vivido antes de la muerte, que puedan serles útiles después de la muerte. Porque para los que salieron de los cuerpos sin la fe que obra por el amor y sin sus Sacramentos, en vano se hacen por sus deudos los oficios de semejante piedad, de cuya prenda carecieron mientras vivieron en el mundo, o por no haber recibido la gracia de Dios, o por haberla recibido en vano, y por haber atesorado para sí, no la misericordia, sino la ira. Por tanto, cuando por los muertos obran los suyos algún bien, no les adquieren nuevos méritos, sino que éstos se hacen consiguientes a los precedentes de ellos. Porque viviendo aquí, pudo hacerse que esto les auxiliase, cuando hubiesen dejado de vivir aquí. Y por lo mismo cualquiera, en finalizando esta vida, no podrá tener después de ella lo que en ella no mereció.

Permítase, pues, a los corazones piadosos contristarse con dolor curable por las muertes de sus amados, y, atendida la condición mortal, derramen lágrimas consolables, las cuales repriman pronto el gozo de la fe por la que creemos que, cuando mueren los fieles, se separan muy poco de nosotros y que pasan a mejor vida. Consuélenos también los obsequios fraternos, ya sean los que se hacen para los funerales, ya los que se ofrecen a los dolientes, para que éstos no digan con razón: "Esperé a quien se contristase juntamente, y no le hubo,

y a quien me consolase, y no le hallé" ¹. Cúidese mucho de sepultar y de construir los sepulcros; porque en las Santas Escrituras se estiman tales acciones entre las buenas obras; y no sólo son predicados y alabados los que así lo hicieron con los cuerpos de los Patriarcas y de otros Santos y con cualesquiera cadáveres humanos, sino también los que cuidaron de sepultar el cuerpo del mismo Señor.

Cumplan los hombres para con los suyos estos oficios de último obsequio y estos lenitivos de su humana tristeza: pero los que aman, no sólo carnalmente, sino también espiritualmente a sus muertos en la carne y no en el espíritu, empleen con mucha mayor atención, mayor empeño y abundancia los sacrificios, las oraciones, las limosnas y todas las cosas que ayudan a los espíritus de los difuntos. (*Serm. 172, nn. 2 y 3*).

No juzguemos que llega a los muertos de nuestro cuidado otra cosa que lo que ordenadamente suplicamos por ellos en los sacrificios o del altar, o de las oraciones, o de las limosnas; si bien es cierto que tales sacrificios no aprovechan a todos por quienes se hacen, sino solamente a aquellos que, mientras viven en el mundo, se disponen para que les aprovechen. Mas, por cuanto no podemos discernir quiénes sean unos y otros, es menester que los ofrezcamos por todos los bautizados, para que no quede excluido ninguno de aquéllos a quienes puedan y deban llegar estos beneficios; porque mejor será que sobren a los que ni dañan ni aprovechan, que no que falten a los que necesitan de ellos. Sin embargo, cada uno hace con mayor diligencia estas obras por los suyos, para que a su

¹ Ps. 68, 21.

vez los suyos las hagan igualmente por él. (*Lib. de Cura gerenda pro. mort., c. 18*).

PARA LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUÁNTO AGRADÓ A DIOS EL VOTO DE VIRGINIDAD
QUE MARÍA PRESENTADA EN EL TEMPLO HIZO LA
PRIMERA DE TODOS

EN TANTO es más grata y estimable la virginidad de María, en cuanto Cristo encarnado no tuvo necesidad, para que la conservase, de preservarla de varón alguno que hubiese de violarla, sino que, antes de ser aquél concebido, eligió a la que ya estaba consagrada a Dios para nacer de ella. Esto indican las palabras que María contestó al Ángel que le anunciaba la fecundidad. "¿Cómo —dijo— será esto, porque no conozco varón?"¹. Lo cual no diría ciertamente, si antes no hubiese consagrado a Dios su virginidad. Mas porque rehusaban todavía esto las costumbres de los israelitas, fué desposada con el varón justo que no había de quitar violentamente, antes bien, había de custodiar contra los violentos lo que ella había ya prometido. Y aun cuando hubiese dicho solamente: "¿Cómo será esto?", sin añadir: "Porque no conozco varón", habría indicado lo mismo; por cuanto si se hubiese desposado para el comercio carnal, no habría en verdad preguntado sobre el modo de parir una hembra al hijo que se le prometía. Podía también mandársele permanecer virgen para que el Hijo de Dios tomase en ella la forma

¹ Luc. 1, 34.

de siervo con el milagro correspondiente; mas para que no se juzgase que sola debió de ser virgen aquella que hubiese merecido concebir al hijo sin concurso de varón, la misma que había de servir de ejemplo a las santas vírgenes, dedicó a Dios la virginidad, no sabiendo todavía lo que había de concebir, para que en el cuerpo terreno y mortal se verificase la imitación de la vida celestial, no por precepto, sino por voto, no por necesidad de la sujeción, sino por amor de la elección. Así Cristo, para nacer de la Virgen que, antes de saber a quién tenía que parir, había determinado permanecer Virgen, quiso más aprobar la santa virginidad que mandarla. Y de este modo quiso que la virginidad fuese libre, aun en la misma mujer en quien tomó la forma de siervo. No hay, pues, motivo para que las vírgenes de Dios se contristen, porque guardando también ellas la virginidad, no pueden ser madres de la carne. Porque la virginidad pudo parir decentemente a aquel sólo que en su natividad no podía tener semejante. Sin embargo, aquel parto de una sola virgen santa es la honra de todas las santas vírgenes, y estas mismas son con María madres de Cristo, si hacen la voluntad de su Padre. De ahí, pues, es María la madre de Cristo más loable y bienaventurada, según su misma sentencia: "Todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre"¹. Todos estos parentescos suyos espirituales hace patentes en el pueblo que redimió, y tiene por hermanos y hermanas a los santos varones y santas hembras, por cuanto son sus coherederos en la herencia celestial. Su Madre es toda la Iglesia, porque por la gracia

¹ Matt. 12, 50.

de Dios pare en verdad a sus miembros, esto es, a sus fieles. También es su madre toda alma piadosa, haciendo la voluntad de su Padre con fecundísima caridad en aquellos que pare, hasta que el mismo Señor se formó en ellos. Así, pues, María, haciendo la voluntad de Dios en cuanto al cuerpo, solamente ella es Madre de Cristo; mas espiritualmente es también hermana y madre.

Y por esto aquella única hembra es madre y virgen, no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo. Es madre en el espíritu, no de nuestra cabeza que es el mismo Salvador, de quien más bien ella nació espiritualmente; porque todos los que creyeren en él, y en cuyo número está ella misma, se llaman justamente hijos del Esposo; pero es ciertamente madre de sus miembros, que somos nosotros; porque cooperó con la caridad a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son los miembros de aquella Cabeza; mas en el cuerpo es madre de la Cabeza misma. Convenía por cierto que nuestra Cabeza, valiéndose de un insigne milagro, naciese, según la carne, de una Virgen, para significar que sus miembros habían de nacer, según el espíritu, de la virgen Iglesia. Por tanto sola María es madre y virgen en el espíritu y en el cuerpo: madre de Cristo y virgen de Cristo. Empero la Iglesia, respecto de los Santos que han de poseer el reino de Dios, es por cierto en el espíritu toda Madre de Cristo y toda virgen de Cristo; mas en el cuerpo no es toda, sino que en unos es virgen de Cristo y en otros es madre, pero no de Cristo. Aun las mujeres fieles casadas y las vírgenes dedicadas a Dios son en verdad madres de Cristo espiritualmente, porque hacen la voluntad del Padre en las costumbres santas y en

la caridad de corazón puro y de buena conciencia y de fe no fingida¹. Mas las casadas que paren corporalmente, no paren a Cristo, sino a Adán, y por lo mismo corren para que lavados sus hijos en los sacramentos se hagan miembros de Cristo, por cuanto conocen lo que parieron. (*Lib. de Sancta Virginitate, c. 4 y sigs.*)

PARA EL DÍA DE SAN ANDRÉS APÓSTOL

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO QUE CUANDO CRISTO ELIGIÓ PARA APÓSTOLES A LOS PESCADORES Y ENTRE ELLOS A SAN ANDRÉS, QUISO ENSEÑARNOS QUE DEBEMOS GLORIARNOS EN SOLO DIOS QUE ELIGE LO FLACO PARA CONFUNDIR LO FUERTE

NUESTRO Señor Jesucristo, que eligió lo flaco del mundo para confundir lo fuerte, y que reunió su Iglesia de toda la redondez de la tierra, no comenzó por los emperadores o por los senadores, sino por los pescadores. Porque cualesquiera dignidades que hubieran sido elegidas antes, osarían atribuirlo a sí mismas y no a la gracia de Dios. Este consejo secreto de Dios y este consejo de nuestro Salvador le expone el Apóstol donde dice: "Y así, hermanos, ved vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles. Mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir a los sabios, y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes; y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; para que ningún

¹ 1ª. Tim. 1, 5.

hombre se jacte delante de él"¹. Esto dijo también el Profeta: "Todo valle será lleno, todo monte y collado será humillado, se constituirá la igualdad del campo"². En fin, hoy se llegan a la gracia del Señor igualmente los nobles y los plebeyos, el docto y el ignorante, el pobre y el rico. Para recibir esta gracia, no se antepone la soberbia a la humildad, al que nada sabe, ni al que nada tiene. ¿Y qué es lo que dijo a aquellos pescadores? "Venid en pos de mí y haré que vosotros seáis pescadores de hombres"³. Si aquellos pescadores no hubiesen precedido, ¿quién nos habría cogido? Ahora es grande cualquier orador si puede explicar bien lo que escribió el pescador. (*Serm. 250, n. 1*).

Escogió discípulos, a los que llamó también Apóstoles, humildemente nacidos, bajos e ignorantes, para él mismo ser y hacer en ellos todo lo grande que fuesen e hiciesen. (*Lib. 18 de Civit. Dei., c. 49*).

A unos hombres sin erudición en las artes liberales, absolutamente incultos en lo tocante a doctrinas, no instruídos en la gramática, no armados con la dialéctica, no inflados con la retórica, a un muy corto número de pescadores envió Cristo al mar de este siglo con las redes de la fe y de este modo pescó tan gran multitud de peces de todo género, tanto más dignos de admiración cuanto más raros, cuales eran los mismos filósofos. Por lo mismo creyó el mundo a tan corto número de hombres bajos, débiles e imperitos, porque en testigos tan despreciables se persuadió la divinidad misma mucho más admirablemente. (*Lib. 22, de Civit. Dei. c. 5*).

Después eligió el Señor también a los oradores; pero éstos se habrían ensoberbecido, si no eligiera

¹ 1ª. Cor. 1, 26.

² Isai. 40, 4.

³ Matt. 4, 19.

antes a los pescadores; eligió a los ricos, pero éstos habrían atribuído la elección al mérito de sus riquezas si no hubiese elegido antes a los pobres; eligió después a los emperadores, pero es mejor que, viniendo el emperador a Roma y de puesta la diadema, llore ante la memoria del pescador, que el pescador llore ante la memoria del emperador. Porque "las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son". ¿Y qué sigue? Concluye el Apóstol: "Para que ningún hombre se jacte delante de él". Ved de qué modo nos quitó la gloria, para darnos la gloria; nos quitó la nuestra, para darnos la suya; nos quitó la vana para darnos la llena; nos quitó la vacilante para darnos la estable. ¿Cuánto más fuerte y firme es la gloria nuestra por estar en Dios? Por tanto, no debes gloriarte en ti, por haberlo prohibido la Verdad: la Verdad mandó lo mismo que dice el Apóstol: "El que se gloria, gloriése en el Señor"¹. (*Enar. in Ps. 65, n. 4*).

PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

EL HABER SIDO MARÍA LLENA DE GRACIA Y ESCOGIDA DESDE LA ETERNIDAD PARA MADRE DE DIOS, BASTA PARA PERSUADIR AL HOMBRE CRISTIANO QUE FUÉ CONCEBIDA SIN MANCHA ORIGINAL

CUANDO se trata de pecados, quiero que no se tenga absolutamente cuestión alguna sobre la

¹ 2ª. Cor. 10, 17.

Santa Virgen María; porque sabemos que, por haber merecido concebir y parir al que consta no haber tenido ningún pecado, se le comunicó mayor gracia para vencer al pecado de todo punto. (*Lib. de Natura et gratia, c. 36*).

"Madre Sión, dirá el hombre, y el hombre fué hecho en ella, y el mismo Altísimo la fundó"¹.

El mismo Altísimo que la fundó, fué hecho hombre en ella; Altísimo, porque crió tal madre; Altísimo, porque se formó en ella de tal modo que, procediendo de su vientre, se hiciese hijo suyo y no violase la integridad. ¿Cuál es la gracia de esta Madre y Virgen? ¿Qué gracia es la de esta hembra, que sin conocer varón lleva al hijo en su seno? ¿Qué gracia es? Oye al Ángel San Gabriel que la saluda: "Dios te salve—le dice—, llena de gracia: El Señor es contigo"². Cuando el Ángel saludó así a esta Virgen, entonces la fecundó el Espíritu Santo; entonces aquella doncella concibió al varón sin el varón, entonces fué repleta de gracia, y entonces recibió al Señor para que el mismo que la había hecho, fuese hecho en ella. (*Lib. 2, de Symb. ad Catech., c. 5*).

"Has hallado gracia delante de Dios". Dícese que halló gracia delante de Dios, para ser madre de su Señor, o más bien del Señor de todas las cosas. (*Enchir., c. 36*).

María fué hecha escala celestial, pues que por ella bajó Dios a la tierra, para que mereciesen los hombres subir por ella al cielo. Ciertamente se permitirá subir al cielo a los que creyeren que Dios bajó a la tierra por la Virgen María. Fué hecha María restablecimiento de las mujeres, pues que

¹ Ps. 86, 5.

² Luc. 1, 28.

por ellas se ven libres de la ruina de la primera maldición. (*Serm. 123, n. 2, in Append.*).

Por cuanto el hombre cayó a causa del sexo femenino, por medio del sexo femenino fué reparado el hombre. Por la mujer la muerte y por la mujer la vida. (*Serm. 232, n. 2*).

La mujer nos había persuadido la muerte y la mujer nos parió la vida. (*Serm. 184, n. 2*).

Carísimos, por los mismos pasos en que había perecido la naturaleza humana, fué reparada por nuestro Señor Jesucristo. Adán soberbio y Cristo humilde; por la hembra la muerte, y por la hembra la vida; por Eva la ruina, y por María la salvación. Aquella corrupta siguió al seductor, y ésta íntegra parió al Salvador. Aquella recibió gustosa el veneno brindado por la serpiente y le alargó al marido para merecer ambos morir juntamente con él; y ésta, infundida de lo alto la gracia celestial, produjo la vida por la cual pueda la carne muerta resucitar. ¿Y quién obró todo esto, sino el Hijo de la Virgen y Esposo de las vírgenes que dió a la Madre la fecundidad sin privarla de la integridad? (*Lib. 3, de Symb. ad Catech., c. 4*).

PARA EL DÍA DE SANTO TOMÁS APÓSTOL

EN LA DUDA DE SANTO TOMÁS APRENDA EL HOMBRE
CRISTIANO QUE DEBE CREER AHORA FIRMEMENTE LO
QUE NO VEMOS TODAVÍA, PARA MERECEER VER ALGÚN
DÍA LO QUE AHORA CREEMOS

HERMANOS, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, por quien se nos perdonaron los pecados, quien quiso que su sangre fuese nuestro

precio y quien se dignó hacernos hermanos suyos, siendo indignos aun de llamarnos sus esclavos, os exhortamos y suplicamos que todo vuestro conato, por el que sois cristianos y lleváis su nombre en la frente y en el corazón, no se dirija sino a aquella vida que hemos de gozar con los ángeles; donde habrá descanso perpetuo, alegría sempiterna, bienaventuranza indefectible, ninguna perturbación, ninguna tristeza y ninguna muerte. No pueden conocer tal vida sino los que la experimentan, y no podrán experimentarla sino los que la creen. Si, pues, nos exigís que os demos lo que Dios os promete, no podemos. Pero habéis oído las palabras con que ha concluido el Evangelio de San Juan: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron"¹. Vosotros queréis ver, y yo también. Creamos igualmente y veremos juntamente. No seamos duros contra la palabra de Dios. Porque, hermanos, ¿es por ventura digno que Cristo baje ahora del cielo y nos manifieste sus cicatrices? Por lo mismo se dignó manifestarlas a Tomás incrédulo, para reprender a los dudosos e instruir a los que habían de creer. (*Serm. 259, n. 1*).

Habíanle dicho sus discípulos: "Hemos visto al Señor". Mas él les contestó: "Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos y no metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré". Sabía por cierto que había sido clavado en la Cruz, y sabía que su costado había sido abierto con una lanza; buscaba estas señales, y por lo mismo no creía. Buscaba las manos y el costado, y mientras existe curioso en la llaga había contraído la muerte en la fe. Cristo pudo resucitar a Lázaro delante de tus ojos, oh

¹ Joan. 20, 29.

Santo Apóstol, ¿y él mismo no podía resucitar del sepulcro? Buscas las señales de los clavos, ¿y has olvidado las señales de tantos milagros? ¿Acaso no iluminó delante de ti a los ciegos, sanó a los paralíticos y limpió a los leprosos? ¿Así has perdido en tres días la memoria del Maestro hasta el punto de no creer el poder de Cristo? La muerte de Cristo en la carne debe ser la vida tuya en la fe. Viste ciertamente al que le hirió con la lanza, mas no traspasó la divina potencia. Pero ve que viene otra vez el Señor para que no perezca el discípulo, y dice a Tomás: "Mete aquí tu dedo y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel". ¡Oh piedad del Salvador, que no desdén manifestar el lugar de las cicatrices! (*Serm. 169, nn. 2 y 3, in App.*).

El Señor, que pudiera resucitar sin ningún vestigio de las llagas, conservó las cicatrices para que fuesen palpadas por el dudoso y se curasen las llagas del corazón. "Da acá tu mano —le dice— y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel". Por ti he sido muerto; por el lugar que quieres tocar he derramado la sangre por redimirte, y ¿dudas todavía de mí, como no me toques? Ve que aun esto te concedo, ve que aun esto te manifiesto; palpa y cree; toca el lugar de la llaga y sana la llaga de la incredulidad. (*Serm. 112, nn. 4 y 5*).

¿Y qué dijo el Señor al que ya le confesaba y le decía: "Señor mío y Dios mío"? Díjole Jesús: "Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron". ¿A quiénes designó en esto, hermanos, sino a nosotros? Y no a nosotros solos, sino a todos los fieles que nos sucedan. Porque, pasado poco tiempo y des-

pués que se retiró de los ojos mortales para que se afirmase la fe en los corazones, todos los que creyeron, creyeron sin verle y tuvo gran mérito su fe; para cuya adquisición aplicaron, no la mano palpitante, sino solamente el corazón piadoso. (*Serm. 88, n. 2*).

“Bienaventurados los que no vieron y creyeron”. Nosotros somos los descritos, nosotros somos los designados. Cúmplase, pues, en nosotros la bienaventuranza que el Señor predijo como futura; tengamos firmemente lo que no vemos, porque nos lo anuncian aquellos que lo vieron. “Para que vosotros —dice San Juan— tengáis también comunión con nosotros”¹. ¿Qué cosa grande es tener comunión con los hombres? No la desprecies; ve lo que añade: “Y que nuestra comunión sea con el Padre y con Jesucristo su Hijo”. (*Tract. 1, in Epist. Joan., n. 3*).

¹ 1^a. Joan. 1, 3.

PARA LA CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES QUE LA SIGUEN

MIÉRCOLES DE CENIZA

CON CUÁNTA PIEDAD Y DEVOCIÓN DEBE EL HOMBRE
CRISTIANO COMENZAR Y CONTINUAR EL TIEMPO
SACRATÍSIMO DE CUARESMA

HOY DAMOS principio a la observancia de la Cuaresma, presentada en su vuelta solemne, y hoy es debida la exhortación, para que la palabra de Dios alimente en el corazón a los que hemos de ayunar en el cuerpo, y de este modo el hombre interior, robustecido con su propia comida, pueda practicar el castigo del exterior y sostenerle con mayor fuerza. Porque conviene a nuestra devoción que los que hemos de celebrar la Pasión ya próxima del Señor Crucificado, nos formemos también nosotros mismos la cruz para reprimir los apetitos carnales, según las palabras del Apóstol: “Y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias”¹. Y, a la verdad, el cristiano, durante la vida presente que se pasa en medio de tentaciones, debe estar perpetuamente colgado en esta cruz, porque en esta vida nunca llega el tiempo de arrancar los clavos de que se habla en el Salmo: “Clava con tu temor

¹ Gal. 5, 24.

mis carnes" ¹. Las carnes son las carnales concupiscencias y los clavos son los preceptos de la justicia; con éstos clava aquéllas el temor del Señor, el cual nos crucifica como hostia aceptable a él mismo. Por eso dice también el Apóstol: "Y así os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrecéis vuestros cuerpos a Dios en hostia viva, santa, agradable a Dios" ². Y así esta cruz en que el siervo de Dios no sólo no se confunde sino que aun se gloria, diciendo: "Mas nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; por el cual el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo" ³; esta cruz, repito, no es de cuarenta días, que se significa en el número místico de estos cuarenta días, ya porque, según afirman algunos, para entrar el hombre a esta vida es formado en el vientre en el espacio de cuarenta días; ya porque los cuatro Evangelios concuerdan con los diez mandamientos, y cuatro veces diez señalan dicho número, y demuestran que ambas Escrituras nos son necesarias en esta vida; o ya por cualquier otra causa más probable que puede encontrar el mejor y más claro entendimiento. De ahí también Moisés, Elías y el mismo Señor ayunaron cuarenta días, para insinuárenos que en los tres, es decir, en la ley, en los Profetas y en el mismo Cristo, se nos daba el ejemplo para que no nos conformemos ni peguemos a este siglo, y sí crucifiquemos al hombre viejo, andando no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidia; y sí nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagamos caso de la carne en sus apetitos ⁴. Cris-

¹ Ps. 118, 120.

² Rom. 12, 1.

³ Col. 6, 14.

⁴ Rom. 13, 13.

tiano, vive así siempre en este mundo; si no quieres sumergirte en el cieno de la tierra, no quieras descender de esta cruz. Pero si esto ha de hacerse por toda la vida presente, ¿cuánto más en estos días de la cuaresma en que, no sólo se pasa, sino también se significa esta vida?

Por tanto, en los demás días no se agraven vuestros corazones en la glotonería y embriaguez; mas en éstos ayunad también. Y vosotros, los que ayunáis aun en otros días, aumentad en éstos lo que hacéis, todos unánimes, todos fielmente fieles, todos suspirando en esta peregrinación con el deseo de la única patria y todos fervorosos en el amor. Ninguno envidie, ninguno desprecie en otro el don de Dios que él mismo no tiene. En los bienes espirituales reputa tuyo lo que amas en tu hermano, y él repite suyo lo que ama en ti. Ninguno, bajo la forma de abstinencia, afecte mudar más bien que cortar las delicias; de modo que busque manjares preciosos porque no come carne y licores extraordinarios porque no bebe vino; no sea que con ocasión como de domar la carne, haga más bien el negocio del deleite. Todos los alimentos son por cierto limpios para los limpios, pero en ninguno es limpio el exceso. (*Serm 205, nn. 1 y 2*).

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

EN ESTE TIEMPO CUADRAGESIMAL DEBE EL HOMBRE CRISTIANO DEDICARSE ESPECIALMENTE A LA ORACIÓN Y DEMÁS BUENAS OBRAS

EN SU VUELTA ANIVERSARIA HA VENIDO EL TIEMPO CUADRAGESIMAL Y EN ÉL OS ES DEBIDA NUESTRA EXHOR-

tación; porque también vosotros debéis al Señor vuestras obras correspondientes al tiempo, las cuales, aunque no al Señor, pueden ser útiles a vosotros. Todos los tiempos deben ser para el cristiano fervorosos en oraciones, ayunos y limosnas; mas con todo esta solemnidad debe excitar aun a aquellos que en otros días son perezosos para tales obras; y a los que en otros días las ejecutan alegres, deben ser ahora más fervorosos en su práctica. Ciertamente, el tiempo de nuestra humildad es la vida en este siglo que significan estos días, en los cuales, como volviendo la solemnidad todos los años, ha de padecer Cristo Señor nuestro el mismo que, muriendo una vez, padeció por nosotros. Porque lo que se hizo una sola vez para que se renovase nuestra vida, se celebra todos los años para que se renueve su memoria. Si, pues, en todo el tiempo de esta peregrinación en que vivimos rodeados de tentaciones, debemos ser humildes de corazón con afecto de la más sólida piedad, ¿cuánto más debemos serlo estos días en que no sólo pasamos, viviendo, el tiempo mismo de nuestra humildad, sino que también le significamos celebrándole? La humildad de Cristo nos enseñó a ser humildes, porque muriendo, cedió a los impíos, y la celsitud de Cristo nos hace excelsos porque, resucitando, precedió a los piadosos. "Pues si somos muertos con él —dice el Apóstol—, también con él viviremos. Si sufriéremos, reinaremos también con él" ¹. Una de estas cosas celebramos ahora con la debida devoción, como aproximándose su pasión; y la otra celebraremos en la Pascua, como completada su resurrección. Porque, entonces, pasados los días de esta humildad,

¹ 2ª. Tim. 2, 11.

nos corresponde celebrar también el tiempo de nuestra celsitud, y, aunque sin verle todavía, ya, sin embargo, meditándole, deleita el significarle. Y así, gimamos ahora con más instancia en las oraciones y entonces nos regocijaremos con más abundancia en las alabanzas.

Mas para que nuestras oraciones lleguen más fácilmente a Dios volando, añadámosles las alas de la piedad con las limosnas y los ayunos. Pues cuando el ánimo cristiano siente como semejante a un fraude el no dar al necesitado sus cosas superfluas, de ahí entiende cuán remoto debe estar de defraudar la cosa ajena. El Señor dice: "Dad y se os dará; perdonad, y seréis perdonados" ¹. Los que pedimos a Dios que nos dé bienes y no nos castigue con males, obremos con clemencia y fervor estos dos géneros de limosnas, de dar y de perdonar. "Dad —dice— y se os dará". ¿Qué cosa más verdadera, qué cosa más justa que aquel que se niega a dar se defraude él mismo y no reciba? Si es imprudente el labrador que espera mies donde sabe que no ha sembrado, ¿cuánto más imprudente es el que, sin haber querido oír al hombre pobre que le pedía, busca a Dios rico que le dé? Porque en el pobre quiso ser alimentado el que no padece hambre. Por lo mismo no despreciemos a nuestro Dios necesitado en el pobre, para que los necesitados nos saciemos en el rico. Tenemos necesitados, y necesitamos: demos, pues, para que recibamos. Pero, ¿qué es lo que damos?, ¿qué es lo que deseamos recibir por esto poco visible, temporal y terreno? "Lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió" ². Si el mismo Señor no lo prometiera, habría sido arrogancia dar estas

¹ Luc. 6, 37.

² 1ª. Cor. 2, 9.

cosas y querer recibir aquéllas; a pesar de que ni aun estas mismas tendríamos a no darlas el mismo que nos ordena que las demos. Luego si despreciamos al que nos manda dar las cosas mínimas, ¿con qué cara esperamos al que nos da éstas y aquéllas? "Perdonad, y seréis perdonados". Reconcíliese el siervo con el conserivo para que el siervo no sea justamente castigado por el Señor. En este género de limosnas ninguno es pobre. Aun aquel que no tiene para vivir por tiempo, puede hacer esto para vivir por siempre. Gratuitamente se da y dando se aumenta la limosna que no se consume sino cuando no se da. Por tanto, las enemistades que han durado hasta estos días, sean confundidas y finalizadas. Finalícense, para que no nos finalicen; depónganse, para que no nos depongan; destrúyanse por el Redentor, para que no destruyan al retentor.

De este modo la oración nuestra en humildad y caridad, ayudando y dando, refrenando y perdonando, haciendo bien y no devolviendo mal, apartándose de lo malo y obrando lo bueno, busca la paz y la consigue. Porque vuela la oración ayudada con tales alas de las virtudes, y fácilmente sube al cielo adonde precedió Cristo nuestra paz. (*Sermón 206, n. 1 y sigs.*).

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

CUÁN PROVECHOSO O MÁS BIEN CUÁN NECESARIO SEA AL HOMBRE CRISTIANO EL AYUNO QUE POR PRECEPTO DE LA IGLESIA DEBE OBSERVAR EN LA CUARESMA

¿QUÉ nos aprovecha el abstenernos algún poco del alimento y alegría carnal? La carne propende hacia la tierra y el espíritu se dirige hacia arriba; es arrebatado por el amor, pero es retardado por el peso. Sobre esto habla así la Escritura: "El cuerpo que se corrompe, agrava al alma, y la terrena habitación deprime al sentido que piensa en muchas cosas"¹. Si, pues, la carne inclinándose hacia la tierra es peso para el alma y es carga muy grave para que vuele adelante, cuanto más se deleita cada uno en la vida superior, tanto más depone de su carga terrena. Ved ahí lo que hacemos ayunando. Por tanto, no os parezca cosa leve o superflua, no sea que cualquiera, haciendo quizá esto por la costumbre de la Iglesia, piense entre sí u oiga la sugestión interior del tentador y se diga a sí mismo: ¿Qué haces ayunando? Defraudas a tu alma, no le das lo que le deleita, a ti mismo causas pena y tú mismo te haces tu verdugo y atormentador. ¿Agrada por ventura a Dios que tú te atormentes? Luego es cruel el que se deleita en tus penas. Responde tú a semejante tentador: Me aflijo ciertamente, para que el Señor me perdone; tomo de mí la venganza, para que él me socorra, para ser grato a sus ojos y dar gusto a su suavidad. Porque también es afligida la víctima para ser puesta sobre el ara. Así mi carne oprime

¹ Sap. 9, 15.

menos a mi alma. Y a ese tal siervo del vientre que te disuade malamente, responde con esta semejanza y dile: Si por acaso montases en un jumento, o si usases de un caballo que llevándote pudiera precipitarte, ¿no tratarías, para caminar seguro, de sustraer el pienso al feroz y de domar con el hambre al que no pudieses con el freno? Mi carne es mi jumento; sobre él hago mi viaje a la Jerusalén, frecuentemente me arrebatada y hace esfuerzos para echarme fuera del camino; y mi camino es Cristo; ¿y no refrenaré con el ayuno al que de ese modo salta? Si alguno entiende de esto, pruebe con la misma experiencia lo muy útil que es el ayuno. Pero esta carne, que ahora se doma, ¿habrá por ventura que domarla siempre? Mientras salta temporalmente y mientras se hace tan pesada por la condición de la mortalidad tiene sus insolencias manifiestas y peligrosas a nuestra alma. Porque la carne, todavía corruptible, aún no ha resucitado; pero no siempre será así: no tiene todavía el estado propio de la habitud celestial; porque todavía no hemos sido hechos iguales a los ángeles de Dios; y por lo mismo deseamos contra la carne, para sujetarla a nosotros domada y obligarla a nuestra obediencia. ¿Aborrecemos por ventura a la que deseamos nos obedezca? Domas al hijo para que te sea obediente; ¿le aborreces acaso o le reputas tu enemigo? Amas a tu siervo y le castigas y en castigarle le haces obediente. Sobre este asunto tienes la sentencia manifiesta y plena del mismo Apóstol: "Pues yo —dice— así corro, no como a cosa incierta; así lidio, no como quien da golpes al aire; mas castigo mi cuerpo y le pongo en servidumbre; porque no acontezca que, habiendo predicado a otros, me haga yo mismo repro-

bado"¹. La carne, pues, tiene por su condición mortal, como ciertos terrenos, apetitos suyos y sobre éstos se te ha concedido el derecho del freno. ¿Qué es lo que te corresponde? No aflojar las riendas a los deleites de la carne hasta las cosas ilícitas, y refrenarla algún tanto aun en las lícitas. Porque el que en ningunas lícitas la refrena, está vecino también a las ilícitas. Lícita es la saciedad e ilícita es la embriaguez, y con todo, los hombres moderados se refrenan algún poco en la libertad de la saciedad, para ponerse más lejos de la fealdad de la embriaguez. Obremos, pues, así, hermanos, guardemos la templanza, y a lo que hacemos, sepamos por qué lo hacemos. Cesando en la alegría de la carne, se adquiere la alegría del espíritu. (*Tract. de Utilitate jejunii, n. 2 y sigs.*)

SABADO DESPUÉS DE CENIZA

EL HOMBRE CRISTIANO HA DE GUARDAR EL AYUNO CUADRAGESIMAL DE TAL MODO QUE NO LE SEA OCASIÓN DE NUEVOS PLACERES Y SÍ EL REFRENAMIENTO DE LA ANTIGUA CONCUPISCENCIA

AYUNEMOS humillando nuestras almas porque se acerca el día en que el Maestro de la humildad se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz. Imitemos su cruz, crucificando con los clavos de la abstinencia las concupiscencias domadas. Castiguemos nuestro cuerpo y sujetémosle a la servidumbre; y para no deslizarnos a cosas ilícitas por la carne indómita, privémosla de algunas lícitas a fin de domarla. La glotonería y la

¹ 1^o. Cor. 9, 26.

embriaguez han de evitarse aun en los demás días; pero en éstos se han de removerse aun los alimentos permitidos. Ciertamente has de guardarte de mudar los placeres de la carne en vez de disminuirlos. Porque verás a ciertos cristianos buscar licores desusados en lugar del vino de costumbre, y con el jugo de otras frutas compensar con mucha mayor suavidad los que se privan de la uva; buscar fuera de las carnes comidas de exquisita variedad y gusto, y aglomerar como correspondientes a este tiempo los manjares delicados que en otro no se usan sin rubor; de tal modo que la observancia de la cuaresma, en vez de ser para ellos el enfrenamiento de las viejas concupiscencias, sea la ocasión de nuevas delicias. Procurad, hermanos, con toda la vigilancia posible, no dar entrada a tal persuasión. Júntese la parsimonia a los ayunos. Así como ha de castigarse la hartura del vientre, así han de evitarse los incentivos de la gula. No es necesario detestar las clases de alimentos humanos, pero sí refrenar los deleites carnales. Esaú fué reprobado por haber deseado inmoderadamente, no un ternero pingüe o aves bien cebadas, sino una comida de lentejas ¹. Al Santo David pesó el haber deseado agua más de lo justo ². Por tanto, cuando ayunamos, hemos de alimentar el cuerpo o más bien sostenerle, no con manjares esmerados ni preciosos, sino con cualesquiera que estén a mano y los más comunes. (*Serm.* 207, n. 2).

Hay ciertos observadores de la cuaresma que son más bien deliciosos que religiosos, que intentan buscar nuevos placeres, más bien que castigar antiguas concupiscencias, y que con abundantes y preciosas provisiones de diversos frutos se esfuerzan

¹ Gen. 25, 34.

² 1º. Paral. 11, 18.

en procurarse variedades y sabores mayores que los de cualesquiera otras viandas; ayunan, no para disminuir con la templanza la acostumbrada voracidad, sino para aumentar con la dilación inmoderada avidez. Así es que, llegado el tiempo de comer, se arrojan a las mesas abundantes como bestias a los pesebres, cargan sus corazones de numerosas viandas y ensanchan sus vientres, y para que la gula al menos no sea reprimida, la imitan con la artificiosa y peregrina variedad de condimentos. En suma, toman tanto comiendo, cuanto no pueden digerir ayunando.

¿Y qué cosa más absurda que, en el tiempo en que debe castigarse a la carne con mayor estrechez, se procuren a la carne tantos placeres que aun la misma concupiscencia de las fauces desee que no pase la cuaresma? ¿Qué cosa más inconveniente que, cuando ha de imitarse el modo de sustentarse de los pobres, se viva de tal manera que para vivir así en todo tiempo apenas puedan sufragar los patrimonios de los ricos? Guardaos de obrar así, carísimos; meditad lo que está escrito: "No vayas en pos de tus concupiscencias" ¹. Y si este precepto tan saludable ha de observarse en todo tiempo, ¿cuánto más en estos días, cuando es tan disforme el extenderse nuestra codicia a placeres desusados, que con razón es culpado el que no cercena los acostumbrados? (*Serm.* 210, nn. 10 y 11).

¹ Eccli. 18, 30.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

PARA QUE EL AYUNO Y LA ORACIÓN DEL HOMBRE
CRISTIANO SEAN EN ESTE TIEMPO MÁS ACEPTOS A DIOS,
ÚNALOS LA MISERICORDIA

PARA que las oraciones, que en estos días debemos hacer más fervorosas, tengan los auxiliares convenientes, hagamos también las limosnas con mayor fervor. Añádase a éstas lo que nos quitamos a nosotros ayunando y absteniéndonos de las comidas acostumbradas. Si bien debe hacerlas más largas aquel que por alguna necesidad de su cuerpo no puede abstenerse para añadir al pobre lo que se quita a sí mismo; mas por esa razón el que no puede disminuir su alimento, dé más al pobre; para que ya que ayuda menos a sus oraciones con el castigo del cuerpo, incluya en el corazón del pobre la más abundante limosna que pueda rogar por él. Éste es el consejo salubérrimo de las Santas Escrituras que debemos abrazar: "Encierra —dice— la limosna en el corazón del pobre y éste rogará por ti" ¹. (*Serm. 209, n. 2*).

Acordaos principalmente de los pobres, para que coloquéis en el tesoro celestial lo que os sustraéis viviendo más parcamente. Reciba Cristo hambriento lo que el cristiano que ayuna recibe de menos. El castigo del que quiere, hágase el sustento del que no tiene. La escasez voluntaria del copioso, hágase la abundancia necesaria del menesteroso. (*Serm. 210, n. 12*).

Nuestros ayunos son gratos a Dios, cuando alimentamos a los que ayunan por necesidad. Castí-

¹ Eccli. 29, 15.

guete el ayuno tuyo, pero alegre a otro; y así serán fructuosas tus estrecheces, si a otro ofrecen anchuras. Ayuna de modo que te alegres de haber comido en otro hambriento. Porque, al comer de tus bienes el pobre, come Cristo que asegura padecer hambre en el pobre. (*Serm. 143 y 144, n. 4, in Append.*).

El aumentar las limosnas en estos días es en cierto modo de justicia. Porque ¿dónde hay cosa más justa que dar por la misericordia lo que os quitáis por la abstinencia? ¿Y qué cosa más inicua que lo que gasta de menos la abstinencia lo guarde la permanente avaricia o lo consuma la diferida disolución? Atended, pues, a quiénes debéis lo que a vosotros negáis; para que la misericordia añadida a la caridad lo que la templanza quita al deleite. ¿Y qué diré de aquella otra obra de misericordia, en que nada se gasta de la bolsa, sino que se perdona del corazón; y lo cual comienza a ser perjudicial más bien si se retiene que si se echa fuera? Hablo de la ira contra alguno retenida en el corazón. ¿Qué mayor locura, que guardarse en lo de un enemigo exterior, y retener otro mucho peor en lo más íntimo de las entrañas? Por eso dice el Apóstol: "El sol no se ponga sobre vuestra ira"; y después añade: "Ni deis lugar al diablo" ¹. Como que el que prontamente no arroja de su ánimo la ira, da por ella entrada al diablo como por su puerta. Y así lo primero que ha de hacerse es que no se ponga el sol sobre la ira, para que el sol de justicia no deje a la misma alma. Y aquél en cuyo pecho ha permanecido hasta ahora, expélala, al menos, ya que se aproxima el día de la pasión del Señor, quien no se airó contra sus verdugos y sí pendiente en la cruz ofreció por ellos su súplica y

¹ Eph. 4, 26.

su sangre. Por tanto, de cualquiera pecho vuestro en que la ira ha permanecido con descaro hasta estos días, retírese, al menos ahora, para que la oración proceda segura y para que no tropiece o titubee o bajo los estímulos de la conciencia enmudezca al llegar al lugar donde ha de decirse: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"¹. Una cosa tenéis que pedir para que no se nos retribuya y otra para que se nos dé. Por tanto, "perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará"². (*Serm. 208, n. 2*).

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

CUÁNTO DEBE EL HOMBRE CRISTIANO EJERCITAR LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO EN ESTE TIEMPO QUE NOS AMÓ CRISTO HASTA MORIR POR NOSOTROS

NO SEAN vuestros ayunos semejantes a los que condena el Profeta, diciendo: "No escogí este ayuno, dice el Señor"³. Reprende los ayunos de los litigiosos y busca los de los piadosos. Reprende a los que oprimen y busca a los que alivian. Reprende a los que introducen la discordia y busca a los que libran de ella. (*Serm. 206, n. 3*).

Haya en el ánimo pacato y humilde la facilidad compasiva de perdonar. El que hizo la injuria pida el perdón, y el que recibió la injuria dé el perdón; para que no seamos poseídos de Satanás, cuyo triunfo es la disensión de los cristianos. Y ésta es, por cierto, limosna de gran lucro, perdonar al conservo la deuda para que el Señor te perdone

¹ Matt. 6, 12.

² Luc. 6, 3.

³ Isai. 58, 5.

a ti. Ambas obras buenas recomendó a los discípulos el celestial Maestro, diciendo: "Perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará". Acordaos de aquel siervo a quien su señor volvió a exigir todo el débito que le había perdonado, porque no correspondió al conservo que le debía cien denarios con la misericordia que él recibió con el perdón de los diez mil talentos que debía. No hay excusa alguna para este género de buenas obras, en que la sola voluntad es toda la facultad. Alguno puede decir: No puedo ayunar, no sea que me duela el estómago. Puede también decir: deseo dar limosna al pobre, pero no tengo de donde; o tengo tan poco, que si le doy temo verme yo necesitado. A pesar de que aun en estas obras se escudan frecuentemente los hombres con excusas falsas, porque no encuentran las verdaderas; sin embargo, ¿quién puede decir: No he concedido el perdón al que me lo pedía, porque la salud me lo ha impedido o porque no he tenido mano para darle? Perdona, para que se te perdone. En esto no hay obra alguna de la carne, ni se toma en ayuda del alma miembro alguno de su cuerpo, para que se cumpla lo que se pide. Con la voluntad se hace y con la voluntad se perfecciona. Haz lo seguro, da lo seguro, pues nada te dolerá en el cuerpo y nada tendrás de menos en la casa. Ved ya, hermanos, lo malo que será el no perdonar al hermano arrepentido, siendo así que se nos manda amar aun al enemigo. Y siendo esto así, estando escrito: "El sol no se ponga sobre vuestra ira", considerad, carísimos, si merece llamarse cristiano el que, al menos en estos días, no quiere poner fin a las enemistades que nunca debió ejercitar. (*Serm. 210, n. 12*).

Ved ahí, os he dicho, lo que, especialmente en

estos días de vuestros ayunos, de vuestras consideraciones y de vuestra abstinencia, debéis hacer para tener paz con vuestros hermanos; y para que perdonándoos todos mutuamente, si es que alguno tiene queja contra otro, celebremos seguros la pasión del que no debía nada a nadie y pagó el precio por los deudores; hablo de nuestro Señor Jesucristo, que contra ninguno pecó y casi todo el mundo pecó contra él, y sin embargo, lejos de exigir suplicios prometió premios. Le tenemos, pues, testigo en nuestros corazones, que si hemos ofendido a alguno le pidamos el perdón con el corazón sincero, y si alguno nos ha ofendido, estemos dispuestos a perdonar y roguemos por nuestros enemigos. No esperemos vengarnos, hermanos. (*Serm. 211, n. 6*).

Entendamos de qué modo debe el cristiano seguir a Cristo. Tal ejemplo de humildad tenemos y tal medicina para la soberbia. ¿Por qué, pues, te engrías, oh hombre?, ¿por qué te extiendes, oh piel mortecina?, ¿por qué te hinchas, oh materia fétida? Anhelas, te dueles, te acaloras porque no sé quién te hizo una injuria. ¿De dónde pides tú el castigo y deseas con ansia beber la venganza sin desistir de tu intención hasta quedar vengado de aquel que te hubiere dañado? Si eres cristiano, espera a tu Rey; vénguese primeramente Cristo. Por cierto no se ha vengado todavía el que padeció tanto por ti. Y a la verdad que aquella Majestad pudiera o no padecer nada o vengarse inmediatamente. Pero habiendo en él tan grande poder, por lo mismo tuvo tan grande paciencia; porque padeció por nosotros dejándonos el ejemplo para que sigamos sus huellas. (*Serm. 304, n. 3*).

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

GUÁRDESE EL HOMBRE CRISTIANO DE FOMENTAR EN SU CORAZÓN ENEMISTADES EN EL TIEMPO MISMO QUE FUIMOS RECONCILIADOS CON DIOS

LLEGÓ el tiempo solemne en que amoneste a vuestra caridad acerca de pensar en el alma atentamente y de castigar el cuerpo. Porque éstos son los cuarenta días sacratísimos en toda la redondez de la tierra; días que seguidos de la Pascua, celebra con loable devoción todo el mundo reconciliado con Dios en Cristo. Si hay algunas enemistades que o no debieron nacer, o debieron morir al instante, y que sin embargo, han podido durar entre los hermanos hasta este tiempo, ya por negligencia, ya por pertinacia, ya por vergüenza no modesta, sino soberbia, terminense al menos ahora. Sobre las que no debió ponerse el sol, desaparezcan al menos después de tantas salidas y posturas del sol y ellas mismas sean algún día extinguidas con su propio ocaso para no renovarse en adelante con ningún nacimiento. El negligente se olvida de poner fin a sus enemistades, el pertinaz no quiere conceder el perdón cuando es rogado y el soberbiamente vergonzoso se desdeña de pedirle. Por estos tres vicios viven las enemistades; pero dan muerte a las almas en que ellas no mueren. Vele la memoria contra la negligencia, la misericordia contra la pertinacia y la sumisa prudencia contra la soberbia vergüenza. El que se reconoce negligente para la concordia, sacuda despertando el entorpecimiento; el que desea ser ejecutor de su deudor, conózcase

a sí mismo deudor de Dios; y el que se avergüenza de pedir que le perdone su hermano, vengza con el buen temor el mal pudor; para que, finalizadas y muertas las dañosas enemistades, viváis vosotros. Hermanos míos, en cuanto a la caridad que tenéis, ejercitadla viviendo bien, y en cuanto a lo que os falte de ella, alcanzadlo suplicando. (*Serm. 209, n. 1*).

Estos días santos que celebramos en la observancia de la cuaresma, nos amonestan que os hablemos de la concordia fraterna, para que si alguno tiene disensión con otro, la finalice para no ser él finalizado. No despreciéis esto, hermanos míos. Porque como esta vida mortal y frágil que pelagra en medio de tantas tentaciones terrenas, y ruega que no sea sumergida, no puede hallarse en cualquier justo sin algunos pecados; hay un remedio por el cual podamos vivir, y éste es el que nuestro Maestro Dios nos enseñó a decir en la oración: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"¹. Pacto y plazo hemos celebrado con Dios y en la caución suscribimos a la condición de perdonar el débito. Con plena confianza pedimos que se nos perdone, si perdonamos también nosotros; mas si no perdonamos, no pensemos que los pecados se nos perdonen, ni nos engañemos a nosotros mismos. No se engañe el hombre, pues Dios a nadie engaña. Humano es el airarse y ojalá no pudiésemos ni aun esto. Humano es el airarse, pero tu ira, retallo pequeño nacido en ti, no debe regarse con sospechas, para que no llegue a hacerse viga del odio. Porque una cosa es la ira y la otra es el odio. Así es que muchas veces el padre se enfada también con el hijo, pero no lo aborrece: enfádase para corregirle. Si se enfada

¹ Matt. 6, 12.

para corregir, se aíra amando. Por eso se dijo: "¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo?"¹. Culpas en otro la ira y tienes el odio en ti mismo. La ira es una paja en comparación del odio. Pero si alimentas la paja, será viga, y si la arrancas y arrojas, será nada. (*Serm. 211, n. 1*).

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

CUÁL DEBA SER LA ORACIÓN QUE EL HOMBRE CRISTIANO HA DE TENER MÁS FRECUENTE Y FERVOROSA EN LA CUARESMA

EN ESTOS días se eleva a los cielos nuestra oración con el auxilio de las limosnas piadosas y de los ayunos frugales; porque ni con descaro se pide a Dios la misericordia, cuando el hombre no la niega al hombre, ni la intención serena del corazón suplicante es impedida por los nebulosos fantasmas de los deleites carnales. Sea, pues, la oración casta, no sea que quizá pidamos lo que busca, no la caridad, sino la codicia; no sea que pidamos algún mal para los enemigos y no sea que orando nos hagamos crueles con los que no podemos dañando o vengando. (*Serm. 207, n. 3*).

Sé que vienen hombres al templo, se ponen de rodillas, pegan la frente con la tierra y algunas veces riegan con lágrimas su rostro, y que en esta grande humillación y perturbación dicen: Señor, véngame, mata a mi enemigo. Suplica en hora buena que mate a tu enemigo y que salve a tu

¹ Matt. 7, 3.

hermano; que mate las enemistades y salve la naturaleza. Pide así que Dios te vengue; perezca el que te perseguía y quede el que se te vuelva. (*Serm. 211, n. 6*).

Tú ruega contra la malicia de tu enemigo; muera ella y viva él. Porque si muriere tu enemigo, te librate del enemigo, pero no por eso hallaste al amigo; mas si muriere su malicia, perdiste al enemigo y encontraste al amigo. (*Serm. 56, n. 14*).

Ciertamente, al modo que nosotros nos hacemos con las limosnas y ayunos aptos para orar, así también la misma oración nuestra hace sus limosnas cuando se dirige y derrama no sólo por los amigos, sino también por los enemigos, y ayuna de la ira y del odio y de los vicios muy perjudiciales. Porque si nosotros nos abstenemos de los alimentos, ¿cuánto más debe nuestra oración abstenerse de los venenos? Por fin nosotros nos reparamos en los tiempos oportunos con la percepción de los alimentos; mas nunca recreemos la oración con tales comidas. Guarde estos ayunos perpetuos; porque ella tiene su propio manjar el cual se le manda tomar sin intermisión. Así absténgase siempre del odio y aliméntese siempre de la caridad. (*Serm. 207, n. 3*).

Cuando llegue el caso de orar el que no quiso perdonar, ¿qué ha de hacer? Diga: "Padre nuestro que estás en los cielos"¹. Diga, y añada: "Santificado sea el tu nombre". Di más: "Vénganos el tu reino". Sigue: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Anda aún: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy". Has dicho: Ve no quieras salvar por lo que sigue, y decir otra cosa. No hay por donde puedas pasar y ahí quedas de-

¹ Matt. 6, 9.

tenido. Por tanto dilo, y dilo con verdad; o si no tienes por qué decir: "Perdónanos nuestras deudas", no lo digas. Y en ese caso, ¿dónde está aquello que dijo el Apóstol: "Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros"?¹. Si, pues, te remuerde la conciencia de la fragilidad y la abundancia de la iniquidad que por doquiera hay en este siglo, di por fin: "Perdónanos nuestras deudas". Pero ve lo que sigue. Porque no quisiste perdonar la ofensa a tu hermano y tienes que decir: "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". ¿No has de decirlo por ventura? Si no has de decirlo, nada has de recibir; y si has de decirlo, has de decir lo falso. Luego di, y di lo verdadero. ¿Y cómo has de decir lo verdadero tú que no has querido perdonar el pecado a tu hermano? (*Serm. 211, n. 3*).

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

LA MEMORIA DEL SEÑOR, QUE NOS HIZO TANTOS BIENES Y PADECIÓ POR NOSOTROS TANTOS MALES, DEBE MOVER AL HOMBRE CRISTIANO A PRACTICAR EN ESTE TIEMPO LAS BUENAS OBRAS CON MAYOR FERVOR

EN EL auxilio de la misericordia de Dios nuestro Señor debemos de vencer con limosnas, ayunos y oraciones las tentaciones del siglo, las asechanzas del diablo, el trabajo del mundo, los halagos de la carne, las olas de los tiempos turbulentos y toda adversidad corporal y espiritual. Debiendo ser éste el ejercicio fervoroso del cristiano por toda la vida,

¹ 1^a. Joan. 1, 8.

debe serlo especialmente al aproximarse la solemnidad Pascual, que con su vuelta anual excita nuestras almas, renovando en ellas el recuerdo saludable de que nuestro Señor Jesucristo, Hijo Único de Dios, obró con nosotros en misericordia, ayunó y suplicó por nosotros. Ciertamente, la voz griega limosna, es lo mismo que misericordia. ¿Y qué misericordia sobre los miserables pudo ser mayor que aquella que bajó del cielo al Criador del cielo y vistió de un cuerpo terreno al Criador de la tierra; al mismo que, permaneciendo igual al Padre en la eternidad, le igualó también a nosotros en la mortalidad e impuso la forma de siervo al Señor del mundo, para que padeciese hambre el pan mismo, padeciese sed la hartura, enfermase la fortaleza, fuere llagada la sanidad y muriese la vida? Y todo esto para que se saciase nuestra hambre, se regase nuestra aridez, se consolase nuestra enfermedad, se extinguiese nuestra iniquidad y se encendiese nuestra caridad. ¿Qué mayor misericordia que ser criado el Criador, servir el Dominador, ser vendido el Redentor, ser humillado el Ensalzador y muerto el Resucitador? A nosotros se manda acerca de las limosnas que demos pan al hambriento, y el Señor, para darse él mismo a nosotros, hambrientos, se entregó primero por nosotros a los violentos. A nosotros se manda que hospedemos al peregrino, y el Señor vino a los suyos y los suyos no le recibieron¹. En fin, bendiga nuestra alma el Señor que se hace propicio a todas sus iniquidades, que sana todas sus dolencias, que redime su vida de la corrupción, que la corona en piedad y misericordia y que sacia de bienes su deseo². Ejercitemos, pues, nuestras limosnas con tanto mayor cuidado y frecuencia

¹ Joan. 1, 11.

² Ps. 102, 2 y sigs.

cuanto más se acerca el día en que se celebra la limosna a nosotros dispensada. (*Serm. 207, n. 1*).

¿Qué mayor misericordia que la de darnos Dios su mismo Unigénito, no para que viviese con nosotros, sino para que muriese por nosotros? (*Enar. 2, in Ps. 30, n. 7*).

Es abundantísima la misericordia y copiosa benevolencia de Dios, quien nos redimió con la sangre de su Hijo, siendo así que por nuestros pecados nada éramos. Dios hizo por cierto una cosa grande cuando crió al hombre a su imagen y semejanza, mas por cuanto nosotros quisimos hacernos nada pecando y trajimos de los primeros padres el reato de la mortalidad y quedamos hechos masa de pecado y masa de ira, a pesar de esto agradó a Dios por su misericordia redimirnos con tan gran precio; dando por nosotros la sangre de su Unigénito inocente en su nacimiento, inocente en su vida e inocente en su muerte. El que a tanta costa nos redimió, no quiere que perezcan los que compró. No compró para perdonar, sino que compró para darnos vida. Si nuestros pecados son muchos, Dios no desatiende su precio. Es grande el precio que dió. Sin embargo, no nos lisonjemos tanto de su misericordia si no hiciéremos esfuerzos contra nuestros pecados, y si cometiéremos algunos especialmente capitales, no esperemos encontrar misericordia de tal manera que se le asocie la iniquidad. (*Serm. 22, n. 9*).

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO
DE CUARESMA

PARA QUE EL HOMBRE CRISTIANO PUEDA ALEGRARSE
CON CRISTO RESUCITADO, LLORE AHORA CON
CRISTO PACIENTE

TALES SON, hermanos míos, tales son la miseria de nuestra condición y la misericordia de Dios, que el tiempo de la tristeza ha de preceder al de la alegría, esto es, que primero sea el tiempo de la tristeza y después el de la alegría; primero el tiempo de la calamidad y después el de la felicidad. Así son la miseria de nuestra condición y la misericordia de Dios. Porque el tiempo de la tristeza del trabajo y de la miseria nos le trajeron nuestros pecados, mas el tiempo de la alegría, del descanso y felicidad nos vino, no de nuestros méritos y sí de la gracia del Salvador. Merecemos una cosa y esperamos otra; merecemos males, y esperamos bienes. Esto hace la misericordia del que nos crió. (*Serm. 254, n. 1*).

A causa de estos dos tiempos, uno que es ahora en las tentaciones y tribulaciones de esta vida y otro que será entonces en la seguridad y alegría perpetuas, se instituyó también para nosotros la celebración de los dos tiempos, el anterior a la Pascua y el posterior a la Pascua. El anterior a la Pascua significa la tribulación en que ahora nos hallamos, mas el posterior a la Pascua significa la bienaventuranza que gozaremos después. Así es que antes de la Pascua celebramos el mismo que pasamos, mas en el que celebramos después de la Pascua significamos el que todavía no tenemos.

Por lo mismo pasamos el primer tiempo en ayunos y oraciones, y el segundo, aliviados de los ayunos, lo pasamos en alabanzas. En nuestra cabeza se nos figuró uno y otro, y uno y otro se nos demostró. La pasión del Señor nos manifestó la vida de la necesidad presente en que es menester trabajar, pasar tribulaciones y, por último, morir; y la resurrección gloriosa del Señor nos manifiesta la vida que hemos de recibir cuando viniere a dar a todos su merecido, males a los malos y bienes a los buenos. (*Enar. in Ps. 148, n. 1*).

La pasión del Señor significa el tiempo nuestro en que ahora lloramos. Los azotes, las ataduras, las afrentas, los esputos, la corona de espinas, el vino con hiel, el vinagre en la esponja, los insultos, los oprobios y, por fin, la misma cruz y los sagrados miembros colgados en el madero, ¿qué nos significan, sino el tiempo que ahora pasamos, tiempo de la tristeza, tiempo de la mortalidad, tiempo de la tentación? Por lo mismo tiempo feo, cara disforme, figura del Crucificado. "Le vimos que no tenía figura ni hermosura"¹. Pero esta fealdad produce la hermosura: ¿Qué hermosura? La de la resurrección. Porque "hermoso en la forma sobre los hijos de los hombres"². (*Serm. 254, n. 5*).

"El Señor engrandeció a su Santo"³. Vino Cristo a nuestras miserias, pasó hambre, pasó sed, se fatigó y durmió; hizo maravillas, sufrió males, fué azotado, fué coronado de espinas, fué afeado con salivas, herido con bofetadas, clavado en un madero, llagado con una lanza y puesto en un sepulcro; pero resucitó al tercero día, finalizado el trabajo y muerta la muerte. Ved ahí dónde habéis de fijar la vista: en su resurrección; porque el Señor

¹ Isai. 53, 2.² Ps. 44, 3.³ Ps. 4, 4.

engrandeció a su Santo de tal modo, que le resucitó de entre los muertos y le dió en el cielo el honor de sentarse a su diestra. Te manifestó lo que debes saber, si quieres ser bienaventurado, porque aquí no puede serlo. En esta vida no puedes ser bienaventurado: ninguno puede. Buscas buena cosa, pero esta tierra no es la región de la cosa que buscas. ¿Qué buscas? La vida bienaventurada. Pues no está aquí. Si buscas oro en el lugar donde no está, el que supiera que allí no está, ¿acaso no te lo diría: por qué cavas y mueves la tierra? Haces fosa adonde descienes, mas no donde encuentres cosa alguna. ¿Qué responderías al que te amonestaba? Busco oro. Y él te contestaría: No te digo que es nada lo que buscas; sino que no está donde lo buscas. Del mismo modo cuando tú dices: Quiero ser bienaventurado, buscas buena cosa, pero no está aquí. Si Cristo la tuvo aquí, la tendrás tú también. Atiende a lo que él halló en la región de tu muerte; viniendo de otra región, ¿qué encontró aquí, sino lo que aquí abunda? Contigo comió lo que abunda en la despensa de tu miseria. Vinagre tuvo aquí, hiel tuvo aquí. He aquí lo que encontró en tu despensa. Pero te convidó a la gran mesa suya, mesa del cielo, mesa de los ángeles en la cual él mismo es el pan. Así, descendiendo y hallando en tu despensa estas cosas malas, no sólo no rehusó tal mesa tuya, sino que además te prometió la suya. ¿Y qué es lo que nos dice? Creed, creed que vosotros habéis de llegar a los bienes de la mesa mía, cuando yo no he rehusado los males de la mesa vuestra. Sufrió tu mal, ¿y no ha de darte su bien? Te le dará ciertamente. Prometiéndonos su vida: pero es más increíble lo que hizo. Dígnos antes su muerte; como si dijera: Os convidó a mi vida, donde está en verdad la

vida bienaventurada, donde no se corrompe la comida, y donde ésta alimenta sin consumirse. Ved adónde os convidó, a la región de los ángeles, a la familiaridad del Padre y del Espíritu Santo, a la cena sempiterna, a la hermandad mía; en fin, os convidó a mí mismo, a mi vida. ¿No queréis creer que os daré mi vida? Pues tened en prenda mi muerte. Por tanto, mientras vivimos ahora en esta carne corruptible, muramos con Cristo en la mudanza de las costumbres, y vivamos con Cristo en el amor de la justicia; mas no hemos de recibir la vida bienaventurada sino cuando habremos llegado al que vino a nosotros y cuando habremos comenzado a estar con el que murió por nosotros. (*Serm. 231, n. 5*).

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

SI EL HOMBRE CRISTIANO QUIERE SER GLORIFICADO
CON CRISTO REINANTE, APRENDA AHORA A GLORIARSE
EN CRISTO CRUCIFICADO

“Y yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine con sublimidad de palabras ni de sabiduría a anunciar el testimonio de Cristo. Porque no he creído saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado”¹. Aunque sólo esto sabía el Apóstol, nada era lo que ignoraba. Grande cosa es saber a Cristo Crucificado; pero puso este tesoro como envuelto ante los ojos de los párvulos. “A Cristo —dice— crucificado”. ¿Cuántas cosas tiene dentro este tesoro? En otro lugar, temiendo que

¹ 1ª. Cor. 2, 1.

algunos fuesen desviados de Cristo por la filosofía y vanos sofismas, prometió en Cristo el tesoro de la sabiduría y ciencia de Dios. "Estad —dice— sobre aviso, que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo y no según Cristo; en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia"¹. Cristo crucificado, los tesoros escondidos de la sabiduría y de la ciencia. Por tanto —dice— no os dejéis engañar con el nombre de la sabiduría. Avocaos a esta cubierta y orad que se os devuelva. Necio filósofo de este mundo, lo que buscas es nada. ¿Qué aprovecha que tengas mucha sed y pases de la fuente pisándola? Menosprecias la humildad porque no entiendes la majestad: "Porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria"². "Yo no he creído saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado"; es decir, la humildad suya, de la cual se burlan los soberbios para que en ellos se cumpla: "Reprendiste a los soberbios, porque malditos los que se apartan de tus mandamientos"³. ¿Y cuál es su mandamiento, sino que creamos en él y nos amemos mutuamente? ¿En quién hemos de creer? En Cristo crucificado. Diga la sabiduría lo que no quiera oír la soberbia. Su mandamiento es que creamos en Cristo crucificado. Éste es absolutamente; pero el hombre soberbio, con cerviz erguida, garganta hinchada, lengua orgullosa y carrillos inflados, se ríe de Cristo crucificado. Malditos, pues, los que se apartan de tus mandamientos. ¿Por qué se burlan de Cristo, sino porque ven el vestidillo vil que rodea exteriormente y no ven el tesoro que interiormente está

¹ Col. 2, 8 y 3.² Cor. v. 3.³ Ps. 118, 21.

oculto? El hombre soberbio ve la carne, ve al hombre, ve la cruz, ve la muerte; y mira estas cosas con desprecio. Pero detente, no pases, no menosprecies, no insultes. Espera y escudriña, quizá hay en lo interior alguna cosa que te agrade mucho. Si hallas "lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió". El ojo ve la carne, y bajo la carne está lo que el ojo no ve. Tu oreja oye la voz, y allí está lo que la oreja no oyó. El hombre crucificado y muerto sube en tu corazón como uno de los pensamientos terrenos, y allí está lo que en corazón de hombre no subió. Suben por cierto en nuestro corazón los pensamientos acostumbrados. "Subió —dice la Escritura— en el corazón de Moisés el visitar a sus hermanos"¹; humano es este pensamiento. Cuando los discípulos dudaban del mismo Señor y, cuando al verle de improviso resucitado, decían entre sí: Es él mismo; no es; es cuerpo, es espíritu; les dijo esto: "¿Por qué suben pensamientos a vuestros corazones?"².

Por tanto, busquemos, si podemos, no lo que pueda subir a nuestro corazón, sino adónde nuestro corazón merezca subir. Merecerá por cierto ser glorificado en Cristo reinante aquel que aprendiere a gloriarse en Cristo crucificado. De ahí el ver el mismo Apóstol, no sólo adónde subir, sino también por dónde subir. Porque muchos vieron adónde y no por dónde; amaron la patria de la celsitud, pero ignoraron el camino de la humildad. Sabiendo, pues, el Apóstol, pensando y premeditando, no sólo adónde, sino también por dónde, dice: "Nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo"³. Podía decir en la sabiduría de nuestro Señor Jesucristo, y diría verdad;

¹ Exodo 2, 11.² Luc. 24, 38.³ Gal. 6, 14.

podía decir en la majestad, y diría verdad; podía decir en la potestad, y diría verdad; pero dijo en la Cruz. Donde el filósofo se avergonzó, allí encontró el Apóstol el tesoro; y no despreciando la cubierta vil, llegó a lo precioso envuelto. "Nunca Dios permita —dice— que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Buena carga la cruz de nuestro Señor; en ella está todo lo que buscaste, y lo soportaste; en ella está todo lo que manifestaste. ¿Cuál grande que hay en ella oculto, manifestaste. ¿Cuál auxilio? "Por el cual —añade— el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo". ¿Y cuándo el mundo sería crucificado para ti, si el que crió al mundo no fuera crucificado por ti? De consiguiente: "El que se gloria, gloriése en el Señor"¹. ¿En qué Señor? En Cristo crucificado. Donde está la humildad, allí la majestad; donde está la debilidad, allí la potestad; donde la muerte, allí la vida. Si quieres llegar a ella, no desprecies lo que ahora aparece.

Ésta es la doctrina cristiana, el precepto de la humildad, la recomendación de la humildad, que no nos gloriemos sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Porque no es mucho el gloriarse en la sabiduría de Cristo; lo mucho es que te gloríes en la Cruz de Cristo; en lo que te insulta el impío, gloriése el piadoso; en lo que te insulta el soberbio, gloriése el cristiano. No te avergüences de la Cruz de Cristo. Por eso recibiste tal señal en la frente como en el asiento del pudor. Examina tu frente para que no temas a la lengua ajena. (*Serm. 160, n. 3 y sigs.*)

¹ 1ª. Cor. 1, 31.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

SI EL HOMBRE CRISTIANO ASPIRA A LA SUBLIMIDAD DE LA GLORIA, AME AHORA LA HUMILDAD DE LA CRUZ

"SUS HERMANOS le dijeron: Quitate de aquí y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces. Pues ninguno hace cosa en oculto, y procura ser conocido en lo público; si esto haces, manifiéstate al mundo"¹. En esto que parecen aconsejarle los hermanos, es decir, los consanguíneos, consultan a la gloria del Señor; haces maravillas, pues manifiéstate, esto es, descúbrete a todos para que puedas ser alabado por todos. La carne hablaba a la carne, pero la carne sin Dios a la carne con Dios. Porque la prudencia de la carne hablaba al Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Y qué respondió el Señor a esto? Y Jesús les dijo: "Mi tiempo aún no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está preparado". ¿Qué es esto? ¿No había venido todavía el tiempo de Cristo? ¿Pues cómo había venido Cristo, si todavía no había venido su tiempo? ¿Por ventura no oímos al Apóstol decir: "Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo"². Si, pues, fué enviado en el cumplimiento del tiempo, fué enviado cuando debió y vino cuando correspondió; luego ¿qué indica el Señor diciendo: "Mi tiempo aún no ha venido"? Atended, hermanos, a la intención con que hablaban aquellos que parecían como amonestar a su hermano. Dábanle consejo de que consiguiese gloria, como amonestándole mundanamente y con afecto terreno para que no estuviera desco-

¹ Joan. 7, 3.

² Gal. 4, 4.

nocido y oculto; y así en lo que el Señor dice: "Mi tiempo aún no ha venido", responde a los que le aconsejaban sobre gloria: El tiempo de la gloria mía aún no ha venido. Ved cuán profundo sea esto; ellos le daban consejo de gloria y el Señor quiso preceder a la alteza con la humildad y por medio de la humildad preparar el camino para la misma alteza. También buscaban ciertamente gloria aquellos discípulos que pretendían sentarse uno a su diestra y otro a su siniestra; atendían adónde y no miraban por dónde; y el Señor los revocó al camino para que llegasen ordenadamente a la patria. La patria es la vida de Cristo y el camino es la muerte de Cristo; la patria es la mansión de Cristo y el camino es la pasión de Cristo. ¿Por qué busca la patria quien rehusa el camino? (*Tract. 28, in Joan., nn. 4 y 5*).

Buscaban la alteza diciendo que uno de ellos se sentase a la diestra y otro a la siniestra de tan gran Padre de familias. Grande era por cierto la alteza que ellos buscaban, grande; mas por cuanto proponían el camino, los llama Cristo desde aquello adonde querían ir, a aquello por donde debían ir. ¿Qué responde, pues, a los que buscaban tanta celsitud? "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?"¹ ¿Qué otro cáliz más que el de la humildad y de la pasión? Estando para beber el cual y transformando en sí nuestra flaqueza, dijo al Padre: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz"². Transformando en sí a los mismos que rehusaban tal cáliz y buscaban la alteza, olvidándose del camino de la humildad, les dice: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" Buscáis a Cristo elevado, volved a Cristo crucificado. Queréis reinar

¹ Matt. 20, 22.

² Matt. 26, 39.

y gloriaros en las sillas de Cristo; aprended primero a decir: "Nunca Dios permita que yo me glorie, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo"¹. (*Serm. 160, n. 5*).

En la frente llevamos el signo suyo y de él no nos avergonzamos si le llevamos también en el corazón. Su signo es su humildad. Los Magos le conocieron por la estrella, y esta señal que se daba del Señor era celestial y resplandeciente; mas no quiso que la estrella, sino su cruz estuviese en la frente de los fieles como señal suya... De donde humillado, de allí glorificado: De donde él mismo bajó humillado, de allí levantó a los humildes. (*Tract. 3, in Joan., n. 2*).

En la frente llevamos la señal de la cruz. Digo esto, hermanos, porque muchos la hacen y no quieren entenderla. Dios busca al que hace sus signos y no al que los pinta. Si llevas en la frente el signo de la humildad de Cristo, lleva en el corazón la imitación de la humildad de Cristo. (*Serm. 32, n. 13*).

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

SI EL HOMBRE CRISTIANO DESEA LLEGAR ADONDE CRISTO
PRECEDIÓ, NO SE APARTE DEL CAMINO ÁSPERO POR
DONDE ANDUVO

"DISPUSO ascensiones en su corazón, en el valle del llanto, para el lugar que dispuso"². El valle significa la humildad y el monte significa la celsitud. El monte adonde tenemos que subir es cierta

¹ Gal. 6, 14.

² Ps. 83, 6.

altura espiritual. ¿Y quién es el monte adonde subimos, sino nuestro Señor Jesucristo? El mismo que permaneciendo hizo para ti el monte de la ascensión, padeciendo hizo para ti el valle del llanto. ¿Qué es el valle del llanto? "El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros"¹. ¿Qué es el valle del llanto? "Ofreció la mejilla al que le hería, fué saturado de oprobios"². ¿Qué es el valle del llanto? Fué abofeteado, escupido, coronado de espinas y crucificado. Éste es el valle del llanto desde donde tú has de subir. Pero ¿adónde has de subir? "En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios". El mismo Verbo fué por cierto hecho carne y habitó entre nosotros. Descendió a ti de tal modo, que permaneciese en sí; descendió a ti a fin de hacerse para ti valle de llanto, y permaneció en sí a fin de ser para ti monte de ascensión. "En los últimos días —dice Isaías— será manifiesto el monte del Señor preparado en la cumbre de los montes"³. Ve adónde hay que subir. Por tanto tienes que subir desde aquí y tienes que subir hasta allí, desde su ejemplo hasta su divinidad; porque humillándose a sí mismo, se hizo ejemplo para ti. (*Enar. in Ps. 113, n. 1*).

¿Por qué temes tú seguir por donde el Señor te precedió? ¿Por dónde te precedió? Por las tribulaciones, por las angustias, por los oprobios. El camino estaba obstruído, pero antes de pasar él; después que él pasó, síguete, pues ya el camino está abierto con su tránsito. (*Enar. in Ps. 59, n. 10*).

"Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame"⁴. ¿Y adónde ha de seguirse al Señor? Adonde sabemos que fué. Resucitó

¹ Joan. 1, 14.² Thren. 3, 30.³ Isai. 2, 2.⁴ Marc. 8, 34.

por cierto, y subió al cielo; allí ha de ser seguido. No hay que desconfiar en manera alguna, no porque pueda algo el hombre, sino porque el Señor mismo lo prometió. El cielo estaba lejos de nosotros antes que nuestra cabeza subiese a él. ¿Por qué desesperar ya, si somos miembros de aquella cabeza? Allí, pues, ha de ser seguido. ¿Y quién hay que no quiera seguirle a un asiento tan alto, especialmente cuando tantos temores y dolores afligen en la tierra? ¿Quién no querrá seguir a Cristo adonde está la suma felicidad, la suma paz y la perpetua seguridad? Bueno es seguirle allí, mas ha de verse por dónde. Porque ciertamente, el Señor Jesucristo no dijo tales palabras después que resucitó de entre los muertos. Cuando las decía no había padecido todavía, tenía que llegar a la Cruz, tenía que llegar al deshonor, a las ignominias, a los azotes, a las espinas, a las llagas, a los insultos, a los oprobios y a la muerte. El camino quedó áspero y te hizo perezoso; no quieres seguirle. Síguete. Áspero quedó lo que el hombre hizo para sí, pero quedó trillado lo que Cristo pisó volviendo. Porque ¿quién no quiere ir a la exaltación? A todos deleita la celsitud, pero la humildad es el escalón. ¿Por qué extiendes el paso a más de lo que alcanzas? Caer quieres en vez de subir. Comienza por el escalón, y subiste. A este escalón de la humildad no querían atender aquellos dos discípulos que dijeron: Señor, manda que uno de nosotros se siente en tu reino a tu diestra, y otro a tu siniestra. Buscaban la sublimidad y no veían el escalón. Mas "el Señor se manifiesta". ¿Y qué les respondió? "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" Vosotros que buscáis la cumbre de la alteza, ¿podéis beber el cáliz de la humildad? Por lo mismo no dijo de cualquier modo:

"Niéguese a sí mismo y sígame"; sino que añadió: "Tome su cruz y sígame". (*Serm. 36, n. 3*).

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

CONTEMPLA AHORA EL HOMBRE CRISTIANO A CRISTO
DESFIGURADO POR NOSOTROS EN LA PASIÓN, PARA QUE
MEREZCA VERLE ALGÚN DÍA HERMOSO EN EL CIELO

"MIENTRAS estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor. Porque andamos por fe, y no por visión"¹. ¿Qué quiere decir por visión? "Vistoso en la forma sobre los hijos de los hombres"². Porque "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios"³. "Quien tiene mis mandamientos —dice— y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre y yo le amaré". ¿Y qué le darás? "Y me le manifestaré a mí mismo"⁴. Ésta será la visión, cuando hará esto que dijo: "Y me le manifestaré a mí mismo". Allí sin libro leerás en el Verbo. Por tanto, cuando le viéremos según es, pasará ya nuestra peregrinación; pero después nos alegraremos con el gozo de los ángeles. ¿Qué es, pues, este camino? Es la fe. Por tu fe, fué hecho Cristo disforme, mas permanece Cristo vistoso. Después de la peregrinación será visto hermoso sobre los hijos de los hombres. ¿Y cuál es visto ahora por la fe? "Le vimos, y no tenía vista ni hermosura; sino que su rostro era abatido y disforme su posición, hombre puesto en llaga y sabiendo tolerar las enfer-

¹ 2ª. Cor. 6, 7.

³ Joan. 1, 1.

⁴ Joan. 14, 21.

² Ps. 44, 3.

medades". La deformidad de Cristo te forma; porque si él no hubiese querido ser disforme, no hubieses recibido tú la forma que perdiste. Pendía, pues, disforme en la Cruz; pero la deformidad suya era la hermosura nuestra. Por tanto, abracemos en esta vida a Cristo desfigurado. ¿Qué es abrazar a Cristo desfigurado? "Nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí y, yo al mundo"¹. Ésta es la deformidad de Cristo. Este es el camino: creer en el Crucificado. En la frente llevamos el signo de esta deformidad: no nos ruboricemos de ella. No dejemos este camino y llegaremos a la visión. (*Serm. 27, n. 6*).

Es poco que no te avergüences de la cruz, si además no te glorías en ella. ¿Por qué no tuvo Cristo vista ni hermosura? Porque Cristo crucificado "es escándalo para los judíos y locura para los gentiles"². Mas ¿por qué tuvo hermosura aun en la cruz? Porque "lo que parece loco en Dios, es más sabio que los hombres, y lo que parece flaco en Dios, es más fuerte que los hombres". Aun atendida la carne de que se vistió para que de él se dijera: "Le vimos y no tenía vista ni hermosura"; si consideras la misericordia con que lo hizo, le encuentras también allí hermoso. Pero el Profeta representaba a los judíos cuando decía: "Le vimos y no tenía ni vista ni hermosura". Por tanto, a nosotros que ya creemos, presentará el Esposo hermoso en verdad. Dios hermoso, el Verbo con Dios; hermoso en el vientre de la Virgen, donde no perdió la divinidad, y tomó la humanidad; hermoso el Verbo nacido niño, porque aun siendo niño, aun siendo lactado y llevado en brazos, le publicaron

¹ Gal. 6, 14.

² 1ª. Cor. 1, 23.

los cielos, le alabaron los ángeles, dirigió la estrella de los Magos y fué adorado en el pesebre el alimento de los mansos. Hermoso, pues, en el cielo, y hermoso en la tierra; hermoso en el vientre y hermoso en las manos de los padres; hermoso en los milagros y hermoso en los azotes; hermoso convidando para la vida y hermoso recibiendo la muerte; hermoso poniendo el alma y hermoso recibiendo; hermoso en el madero, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. (*Enar. in Ps. 44, n. 3*).

Cristo, pues, apareció feo para sus perseguidores, y a no reputarle ellos feo, no se levantarán con él, no le azotarán, no le coronarán de espinas, ni le deshonrarán con las salivas; mas por cuanto aparecía feo para ellos, le hicieron todo eso; porque no tenían ojos para ver en lo que Cristo se presentaba hermoso. ¿A cuáles ojos apareció hermoso Cristo? A los que el mismo Señor buscaba cuando decía a Felipe: "¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido?"¹ Estos ojos han de limpiarse para que puedan ver aquella luz; y con todo, tocados suavemente con el resplandor, se encienden por el amor para que quieran ser sanados y se hagan iluminados. Y para que conozcáis que Cristo amado es hermoso, dice el Profeta: "Hermoso en la forma sobre los hijos de los hombres". A todos los hombres supera su hermosura. ¿Qué cosa amamos en Cristo? ¿Son los miembros crucificados y el costado abierto, o es la Caridad? Cuando oímos que padeció, ¿qué es lo que amamos? La caridad es la que se ama. Nos amó para que le correspondiésemos con amor, y a fin de que pudiésemos pagarle con nuestro amor, nos visitó con su Espíritu. Hermoso es aquel Señor. (*Enar. in Ps. 127, n. 8*).

¹ Joan. 14, 9.

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO QUE EN EL COSTADO DE CRISTO SE LE ABRIÓ LA PUERTA PARA QUE PUEDA ENTRAR A LA VIDA

"UNO de los soldados le abrió el costado con una lanza y salió sangre y agua"¹. De palabra atenta usó el Evangelista para no decir hirió su costado, le llagó, o cualquiera otra cosa, sino "le abrió": para que allí se franquease en cierto modo la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra en la vida que es verdadera vida. Aquella sangre se derramó en remisión de los pecados; aquella agua temple el cáliz de la salud, y ofrece a la vez baño y bebida. Esto pronosticaba la puerta que a Noé se mandó hacer en el costado del arca por donde entrasen los animales que no habían de perecer en el diluvio, en los cuales se prefiguraba la Iglesia. Por esto la primera mujer fué hecha del costado del varón dormido y fué llamada vida y madre de los vivientes. Significó ciertamente el gran bien antes del gran mal de la prevaricación. Este segundo Adán durmió inclinando la cabeza en la cruz para que se formase su esposa de lo que salió del costado del que dormía. ¡Oh muerte por la que resucitan los muertos! ¿Qué cosa más limpia que esta sangre? ¿Qué cosa más saludable que esta llaga? (*Tract. 120, in Joan., n. 2*).

Abierto está por donde entres: Cristo es la puerta, y esa puerta se te abrió cuando su costado fué abier-

¹ Joan. 19, 34.

to con la lanza. Medita lo que de allí manó, y elige por dónde puedas entrar. Del costado del Señor pendiente y muerto en la Cruz, después que fué abierto con la lanza, salió agua y sangre. En lo uno está tu purificación y en lo otro tu redención. (*Serm. 311, n. 3*).

Hirió con la lanza el perseguidor y derramó el precio el Redentor. Esta sangre embriaga el alma para que olvide el amor del mundo. Esta agua limpia el alma para que el cuerpo no tenga las manchas del diablo. (*Trat. de Catech., n. 5*).

Vengan todos los que aman el paraíso, lugar de perpetua felicidad, lugar en que no se teme al bárbaro, que no se sufre a contrario alguno, ni se tiene ningún enemigo; venid todos, entrad, pues el costado está abierto. Aquel ladrón manifestó por cierto adónde deben entrar todos y con su ejemplo enseñó que nadie debe desesperar. "Porfiad — dice el Señor — a entrar por la puerta angosta"¹. ¿Qué más angosto que aquel agujero que abrió uno de los soldados, hiriendo el costado del Crucificado? Y, sin embargo, por tales estrecheces ha entrado ya casi todo el mundo. Venid también vosotros los judíos, pues el Hijo de Dios, a quien vosotros crucificasteis, os llama diciendo: "Porfiad a entrar por la puerta angosta"; porque por ésta entraron vuestros padres. Aquellos que clamaron que fuera crucificado, aquellos que le vieron colgado en el madero, que le insultaron y que movieron la cabeza, entraron no obstante por estas estrecheces. Porque no en vano clamaba aquel que pendía de la cruz; "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"². Por estas estrecheces, como he dicho, por la puerta angosta del costado de Cristo, entró

¹ Luc. 13, 24.

² Luc. 23, 34.

el ladrón mudado, el judío penitente y todo pagano convertido. (*Tract. de Tempore Barbarico, c. 7 y 8*).

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

MIRE EL HOMBRE CRISTIANO AL SALVADOR CRUCIFICADO PARA QUE ALCANCE LA SALVACIÓN PERDIDA

EL SEÑOR descendió y murió, y con la misma muerte nos libró de la muerte; matado por la muerte, mató a la muerte. Ya sabéis, hermanos, que esta muerte entró en el mundo por la envidia del diablo. "Dios no hizo la muerte — dice la Escritura — ni se alegra en la perdición de los vivos; porque crió todas las cosas para que fuesen"¹. ¿Pero qué dice allí? "Mas por la envidia del diablo entró la muerte en la redondez de la tierra"². El hombre no hubiera sido violentado para beber la muerte propinada por el diablo, porque el diablo no tenía poder para violentar y sí sólo astucia para persuadir. No consintieras tú, y nada te había acarreado el diablo; tu consentimiento, oh hombre, te condujo a la muerte. Nacidos mortales del mortal y hechos mortales del inmortal. De Adán vienen mortales todos los hombres, mas Jesús, Hijo de Dios, Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, único igual al Padre, se hizo mortal porque el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros.

Por tanto, recibió la muerte y la colgó en el madero, y por la misma muerte se libran los mortales. El Señor hace mención de lo que se hizo en figura con los antiguos israelitas, y dice: "Como

¹ Sap. 1, 13.

² Id. 2, 24.

Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna" ¹. Gran sacramento. Postrado era en el desierto el pueblo de Israel por las mordeduras de las serpientes, y sucedía el grande estrago de muchas muertes; porque era la plaga de Dios que corregía y azotaba para instruir. Allí se demostró el gran sacramento de una cosa futura, y el mismo Señor la testifica en esta lección, para que ninguno pueda interpretar otra diferente de la que la verdad misma anuncia de sí. Mandó, pues, el Señor a Moisés que hiciere una serpiente de metal y puesta en un madero la levantase en el desierto y amonestase al pueblo de Israel que el que estuviera mordido de la serpiente, mirase a aquella serpiente levantada en el leño. Así se hizo: los hombres eran mordidos, miraban y quedaban sanos. ¿Qué son las serpientes que muerden? Los pecados procedentes de la mortalidad de la carne. ¿Qué es la serpiente levantada? La muerte del Señor en la cruz. Por cuanto la muerte provino de la serpiente, en la efigie de la serpiente fué figurada. El mordisco de la serpiente es mortal y la muerte del Señor es vital. Mírase a la serpiente, para que nada valga la serpiente. ¿Qué es esto? Mírase a la muerte para que nada valga la muerte. Pero ¿cúya muerte? La muerte de la vida, si es que puede decirse. La muerte de la vida, o más bien, porque puede decirse, se dice maravillosamente. ¿Acaso no habrá de decirse lo que tenía que hacerse? ¿Dudaré yo de decir lo que por mí se dignó el Señor de hacer? ¿Acaso no es Cristo la vida? Y sin embargo Cristo estuvo en la cruz. Por ventura ¿no es Cristo

¹ Joan. 3, 14.

la vida? Y no obstante Cristo murió. Pero en la muerte de Cristo fué muerta la muerte; porque la vida muerta mató a la muerte y a la muerte tragó la plenitud de la vida; la muerte fué tragada en el cuerpo de Cristo. Así nosotros cuando cantemos ya triunfantes en la resurrección, diremos también: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?, ¿dónde está, oh muerte, tu aguijón?" ¹. Entre tanto ahora, hermanos, para que sanemos del pecado, miremos a Cristo crucificado; porque él mismo dice: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna". Al modo que los que miraban a aquella serpiente no perecían por las mordeduras de las serpientes, así los que miran por la fe a la muerte de Cristo, quedan sanos de las mordeduras de los pecados. Pero aquéllos sanaban de la muerte para la vida temporal; mas aquí dice el Señor que es para que "tengan vida eterna". Ésta es por cierto la diferencia entre la imagen figurada y la cosa misma; la figura daba vida temporal, y la cosa que significaba da vida eterna. (*Tract. 12, in Joan., nn. 10 y 11*).

¹ 1ª. Cor. 15, 55.

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO
DE CUARESMA

PONDERE EL HOMBRE CRISTIANO EL GRAN PRECIO DE SU
REDENCIÓN EN LA SANGRE PRECIOSA DEL HIJO
UNIGÉNITO DE DIOS

OH ALMA preciosa, redimida con la sangre del Cordero inmaculado, atiende a cuánto vales y medita lo que se dió por ti. (*Enar. in Ps. 66, n. 4*).

Tu Señor te crió primero con su palabra, y después te redimió con su sangre. Si te tienes por vil, recuerda tu precio. (*Serm. 36, n. 8*).

El Señor hizo por cierto en la cruz su gran comercio y allí se desató el saco de nuestro precio; cuando su costado fué abierto con la lanza del que le hirió, manó de allí el precio de todo el orbe. (*Serm. 329, n. 1*).

“Rompiste mi saco y me rodeaste de alegría”¹. El saco suyo era la semejanza de la carne de pecado. No te parezca cosa vil porque le oyes decir “mi saco”; allí estaba encerrado tu precio. “Rompiste mi saco”. El saco se rompió en la pasión. ¿Cómo, pues, se dice a Dios Padre “Rompiste mi saco”? ¿Quieres oír por qué se dice esto al Padre? Porque “a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros”². Porque por los judíos que no le conocían, hizo de donde fuesen redimidos los que le conocen y confundidos los que le niegan. No saben por cierto los judíos el bien que obraron para nosotros con su mal. Fué colgado el saco, y como que se alegró el impío. Rompió el saco la lanza del perseguidor, y derramó nuestro precio

¹ Ps. 29, 12.

² Rom. 8, 32.

el Redentor. Cante Cristo Redentor, gima Judas vendedor, y avergüéncese el judío comprador. He ahí que Judas vendió, el judío compró y ambos hicieron mal negocio; ambos fueron damnificados y se perdieron asimismo el vendedor y el comprador. Quisisteis, oh judíos, ser los compradores; ¿cuánto mejor os fuera ser los redimidos? Judas vendió y el judío compró: ¡infeliz comercio! Ni aquél tiene el precio, ni éste tiene a Cristo. A aquél digo: ¿Dónde está lo que recibiste? Y a éste digo: ¿Dónde está lo que compraste? A aquél digo: Cuando vendiste, te engañaste. Regocíjate, cristiano, pues tú venciste en el comercio de tus enemigos. Tú has adquirido lo que Judas vendió y el judío compró. (*Serm. 336, n. 4*).

Alegraos, hermanos carísimos, porque el precio de nuestra redención fué del todo satisfecho. No costamos pequeña cantidad, habiéndose hecho precio nuestro el mismo que nos redimió. Cristo nuestro Señor y Salvador nació por cierto para enseñarnos y murió para sanarnos. La cruz fué mortífera para Cristo y salutífera para el cristiano. (*Serm. 163, n. 1, in Append.*).

Conoce, hombre, cuánto vales y cuánto debes, y al ver la gran dignidad de tu redención, íntimate tú mismo la vergüenza de pecar. Ve que la piedad es azotada por el impío, la sabiduría es burlada por el loco, la verdad es muerta por el falaz, la justicia es condenada por el inicuo, la misericordia es maltratada por el cruel, la sinceridad es llenada de vinagre y la dulzura embriagada de hiel por el miserable, la inocencia es entregada por el reo y la vida muere por el muerto. (*Serm. 153, n. 2, in App.*).

Conozca el hombre lo mucho que espera Dios de él y cuán precioso quiere que sea en su conducta

aquel que le costó tan caro en su grande dignación. Conozca el hombre lo mucho que vale y lo mucho que debe, y pensando en su precio, deje de creerse vil, y sí más bien devuélvase al Salvador como un don procedente del mismo bien suyo, esto es, de la salud conservada. Por tanto, guardemos con solitud lo que redimió Cristo con tan costoso comercio. Reo será, no de un pequeño precio, sino de la sangre de Cristo el que viola y mancha el alma purificada con la sangre y pasión de Cristo. (*Serm. 154, n. 8, in Append.*).

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO QUE LA SANGRE
DE CRISTO ES EL PRECIO DE REDENCIÓN PARA LOS
SIERVOS Y DOTE Y TESORO PARA LA IGLESIA

AQUELLA sangre es el precio por los esclavos y es la arra por la esposa. (*Enar. in Ps. 122, n. 5*).

Reciba el esposo a la esposa; búsquese y encuentrese la que con él se enlace. No es sólo hombre y sí es Dios y hombre; búsquese la que se despose con él. Sea tal la que se le halle, cual es la de que nació, para que la haga madre fecunda y la conserve virgen intacta. El Hijo de la Virgen permanente recibe a la virgen que permanezca. Ved aquí que ha llegado el tiempo. Hagan ahora su voluntad los judíos, cuando el mismo Señor se digna de darles potestad. Haced, judíos, sin conocerlo las bodas del Cordero; dad el premio del dinero al malvado ladrón Judas; haced que el que nació de la Virgen sea colgado en la cruz

por Poncio Pilato. Suba nuestro Esposo al madero de su tálamo; suba al lecho de su tálamo nuestro Esposo. Duerma muriendo, ábrase su costado y salga la Iglesia virgen; para que al modo que Eva fué formada del costado de Adán dormido, así también la Iglesia sea formada del costado de Cristo pendiente en la cruz. Porque, como habla el Evangelio, fué herido su costado y al momento manó sangre y agua, que son los dos sacramentos de la Iglesia. Agua, en la cual fué purificada la Esposa, y sangre, con la cual se encuentra estar dotada. En esta sangre lavaron sus estolas los Santos Mártires amigos del Esposo, las hicieron cándidas, vinieron convidados a las bodas del Cordero, recibieron del Esposo el cáliz, bebieron y le correspondieron. Bebieron la sangre del Esposo y derramaron por él la suya propia. ¿Qué hizo la loca impiedad de los judíos cuando, habiendo sido convidados, no sólo no quisieron ir a las bodas, sino que además mataron al Esposo? ¿Qué hizo la perversidad de Judas que vendió al mismo por quien debió ser redimido? Alégrate, alégrate, Esposa la Iglesia; porque sin haber ejecutado todo esto en Cristo, no fueras tú formada de él. Vendido, te redimió; muerto, te amó, y por cuanto te amó mucho, quiso morir por ti. ¡Oh sacramento grande de tal desposorio!, ¡oh cuán sublime es el misterio de este Esposo y de esta Esposa! Jamás podrá explicarse dignamente con palabras humanas. La Esposa nace del Esposo y luego que nace se enlaza con él, y entonces se casa la Esposa, cuando el Esposo muere, y entonces éste se junta a la Esposa, cuando es separado de los mortales; cuando el Esposo es elevado sobre los cielos; entonces la Esposa es fecundada en toda la tierra.

¿Qué es esto? ¿Quién es este Esposo ausente y presente? ¿Quién es este Esposo presente y oculto, a quien la Iglesia Esposa mira solamente con la fe y sin abrazo alguno pare diariamente sus miembros? (*Lib. 2.º de Sym. ad Catechum., c. 6*).

Libróla de la esclavitud del diablo; murió por los delitos de ella y resucitó por su justificación. ¿Quién ofrece tanto a su esposa? Ofrezcan los hombres cualesquiera ornamentos de la tierra, oro, plata, piedras preciosas, caballos, siervos, posesiones, heredades; ¿hay por ventura alguno que entregue a la esposa su propia sangre? Si alguno diere su sangre a la esposa, no quedará por cierto apto para casarse con ella. Mas el Señor, muriendo seguro, dió su sangre por aquélla que tendría resucitado. (*Tract. 8, in Joan., n. 4*).

En las entrañas de la Virgen recibió la carne como arra; en la cruz vertió su sangre como dote preciosísima, y en su resurrección y ascensión corroboró los tratados del matrimonio eterno. (*Serm. 372, n. 2*).

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

ATIENDA EL HOMBRE CRISTIANO A LO MUCHO QUE EN LA PASIÓN DE CRISTO RESPLANDECE EL AMOR DIVINO HACIA NOSOTROS

“SABIENDO Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”¹. Veo que estas palabras del Evangelio pueden ser entendidas de cierto modo huma-

¹ Joan. 13, 1.

no, como si, diciéndose que “los amó hasta el fin”, se diese a entender que Cristo amó a los suyos sólo hasta la muerte. Humana es esta sentencia, no divina; porque no nos amó sólo hasta la muerte el que nos ama siempre y sin fin. Lejos de nosotros el pensar que aquel que no tuvo fin con la muerte pusiese con la muerte fin a su amor. Aun aquel rico soberbio e impío amó después de la muerte a sus cinco hermanos; ¿y ha de pensarse que Cristo nos amó sólo hasta la muerte? No, carísimos. Para poner fin a nuestro amor con su muerte, jamás viniera amándonos hasta la muerte. Como no sea quizá que las palabras “Los amó hasta el fin” hayan de entenderse que los amó hasta el extremo de morir por ellos. Porque esto testificó diciendo: “Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos”¹. No prohibimos en verdad que se entiendan de este modo las palabras “Los amó hasta el fin”; esto es, que el amor mismo le condujo hasta la muerte. (*Tract. 55, in Joan., n. 2*).

Sabemos por cierto, hermanos, y con fe firmísima creemos, que Cristo murió por nosotros; el justo por los pecadores, el Señor por los esclavos, el libre por los cautivos, el médico por los enfermos, el bienaventurado por los miserables, el opulento por los menesterosos, el buscador por los perdidos, el redentor por los vendidos, el pastor por el rebaño, y lo más admirable de todo, el Criador por la criatura; conservando, no obstante, lo que era siempre y entregando lo que fué hecho: Dios oculto, y hombre manifiesto, vivificante en el poder, mortal en la flaqueza, inmutable en la divinidad y pasible en la carne. (*Serm. 220, n. único*).

¹ Id. 15, 13.

Dios nos amó hasta el extremo de enviar a su Hijo Único, quien vestido con la humildad de nuestra mortalidad, no sólo muriese a manos de los pecadores, sino también por los pecadores. ¿Quién no pone toda diligencia en corresponder con el amor al justísimo y misericordiosísimo Dios, que de tal modo amó a los injustísimos y orgullo-sísimos hombres, que por ellos envió a su Hijo Único por quien hizo todas las cosas, para que hecho hombre, no por la mudanza de sí mismo, sino por la asunción del hombre, pudiese, no sólo vivir con ellos, si que también morir por ellos y a manos de ellos? (*Lib. de Catechiz. Rudib., cc. 17 y 22*).

¿Cuánto amor hay en el Señor cuando envió a Cristo para que fuese crucificado por los pecadores e impíos y redimió con el precio de su sangre a los que éramos enemigos suyos, amando a las criaturas en lugar de aquel que las crió? Siendo, pues, reos nosotros, envió Dios a su Hijo, como dice el Apóstol, y le entregó por nosotros impíos para que fuese muerto a manos de otros impíos. Ved ahí de qué modo ama Dios a los hombres. (*Serm. 5, n. 2*).

¿Hasta qué punto nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo Único y sí le entregaste por nosotros impíos? De tal modo nos amaste que por nosotros se hizo obediente hasta la muerte de cruz aquel que no tuvo por usurpación el ser igual a Dios; aquel único libre entre los muertos que tenía potestad para poner su alma y potestad para volver a tomarla; por nosotros vencedor y víctima para ti, y en tanto vencedor, en cuanto víctima; por nosotros Sacerdote y Sacrificio para ti, y en tanto Sacerdote, en cuanto Sacrificio; haciéndonos

de siervos, hijos tuyos, naciendo de ti y sirviendo a nosotros. Con razón tengo la firme esperanza de que sanarás todas mis dolencias por aquel que está sentado a tu diestra y te suplica por nosotros, pues de otro modo desesperaría. Son por cierto muchas y grandes mis enfermedades, muchas son y grandes, pero es mayor tu medicina. Pudimos pensar que tu Verbo estaba lejos de la unión del hombre y desesperar de nosotros si no se hiciera carne y habitara entre nosotros. Aquel tu Unigénito, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, me redimió con su sangre. No me calumnien los soberbios, por cuanto pienso en mi precio y le como y bebo y distribuyo, y como pobre deseo hartarme de él entre aquellos que le comen y se sacian, y alaban al Señor a quien buscan. (*Lib. 10, Conf., c. 43*).

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

PROPÓNGASE EL HOMBRE CRISTIANO LA INMENZA CARIDAD QUE NOS MOSTRÓ CRISTO PACIENTE Y ESFUÉRCESE PARA SEGUIRLE E IMITARLE

Juzgo que vuestra caridad no puede ignorar lo mucho que sufrió Cristo por nosotros. Diré, sin embargo, algo sobre esto, si es que puedo decir dignamente algo de cosa tan grande. Primeramente aquello de hacerse Dios hombre, porque el Verbo fué hecho carne; aquello de hacer muchos bienes y tolerar males; el resucitar a los muertos y morir él mismo, el sufrir aquella singular paciencia al diablo tentador y al discípulo traidor; el sufrir

al mismo Judas ladrón antes que manifestarle su vendedor, y antes de experimentar la prisión, la cruz y la muerte, no negar el ósculo de paz a sus labios dolosos. ¿Y cuánto toleró en la muerte misma? Toleró las llamas de los odios y las lenguas ministras del corazón pésimo. Clamaron los judíos: Crucifícale, crucifícale; y para que los judíos reos permaneciesen, el inocente Hijo de Dios fué crucificado por ellos. Llevado es a la cruz: despalmado es el que es la verdadera palma de la victoria. Coronado es de espinas el que vino a quebrantar las espinas de los pecados. El que desató a los aprisionados, es atado. El que levantó a los caídos, es colgado en el madero. A la fuente de la vida se da a beber vinagre, la disciplina es herida, la salud es llagada y la vida muere; la muerte mata por tiempo a la vida para que la vida mate para siempre a la muerte.

Hermanos, ¿quién exigió de nuestro Dios todo esto para nuestra redención y salud, sino la caridad que nunca fenecerá? ¡Oh caridad que obligaste a Dios a bajar del cielo, cuán grandes fuerzas tienes! ¡Oh cara santidad! ¡Oh santa y verdadera caridad! ¿Cuál serás en el cielo cuando tan grande eres en la tierra? Tú que tanto puedes, solícita todavía en esta pugna de la mortalidad, ¿cuánto podrás ya segura en aquella perfecta paz?

Despierta, pues, alma cristiana, y si resplandece en ti la virtud de la caridad que todo lo tolera, sigue las huellas de tu Señor. "Cristo —dice el Apóstol San Pedro— padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas"¹. Y si él bajó por ti desde su trono celestial a la tierra, tú deja por ti las cosas de la tierra y anhela a

¹ 1ª. Pet. 2, 21.

las celestiales. Si es dulce el mundo, más dulce es Cristo; si el mundo es amargo, Cristo lo sufrió todo por ti. El mismo Salvador se hizo camino para ti; levántate, anda, tienes a dónde, no seas perezoso. Pero quizá preguntarás: ¿a dónde? Ves por cierto el camino, ¿y preguntas a dónde conduce? Conduce a la verdad y a la vida. Si amas la verdad, si amas la vida y deseas llegar a la verdad y a la vida, no dejes el camino. Veo, dices, el camino y deseo andar por él; pero es amargo, es áspero, porque estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida¹. Cristo le anduvo, ¿todavía es áspero? La cabeza le pasó, ¿y dudan los miembros? Pero Cristo, dices, es Dios y hombre, y yo soy sólo hombre. Pasáronle tantos millares de Mártires, ¿y todavía es áspero para ti? Pasáronle los ancianos, pasáronle los jóvenes, pasáronle los niños, pasáronle las niñas y te allanaron el camino que temías. Anda, pues, ese camino y ándale seguro. Porque ¿qué temes en este camino, la muerte? ¿Y temes la muerte tú que corres a la vida? Si eres bueno, corres bien en esta vida; la muerte será para ti la puerta, no que te arrebate y sí que te presente a la vida. Anda, pues, el camino; o más bien, el mismo que por ti se hizo camino, llévete por sí mismo a sí mismo. Él es por cierto "el camino, la verdad y la vida"². Por tanto, di a tu Dios, oh alma fiel y piadosa, di, di, segura di, y exclama verdaderamente con el Profeta: Guíame, Señor, en tu camino y andaré en tu verdad³. Entonces llegaré seguro a ti, si no soy dejado de tu gracia hasta el fin. (*Serm. 106, n. 11 y sigs., in Append.*).

¹ Matt. 7, 14.

² Joan. 14, 6.

³ Ps. 56, 11.

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO
DE CUARESMA

CRISTO QUISO PADECER EN LA SOLEMNIDAD PASCUAL
PARA MANIFESTAR QUE ÉL MISMO ERA EL VERDADERO
CORDERO PASCUAL QUE HABÍA DE SER SACRIFICADO
POR LA SALVACIÓN DE TODOS

“ANTES del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”¹. Pascua, hermanos, no es nombre griego como algunos piensan, sino hebreo; sin embargo, ocurre oportunísimamente en este nombre cierta conveniencia de ambas lenguas. Padecer se dice en griego *πάσχειν*, y por lo mismo el nombre Pascua se creyó igual a pasión, como si aquél trajese la etimología de éste; mas en su lengua, esto es, en la hebrea, la voz Pascua significa tránsito; y por eso el pueblo de Dios celebró primeramente la Pascua cuando huyendo de Egipto pasaron el mar Rojo². Así ahora se ha cumplido en la verdad aquella figura profética cuando Cristo es llevado como oveja para ser inmolado³, y teñidas nuestras puertas con su sangre, esto es, selladas nuestras frentes con el signo de su cruz, nos libramos de la perdición de este siglo como del cautiverio o mortandad de Egipto⁴, y hacemos el tránsito salubérrimo, pasando desde el diablo a Cristo y desde el siglo inconstante a su reino imperecedero. Ciertamente pasamos a Dios permanente para no pasar con el

¹ Joan. 13, 1.

² Exod. 14, 29.

³ Isai. 53, 7.

⁴ Exod. 12, 29.

mundo transeúnte. Alabando a Dios el Apóstol por esta gracia conferida a nosotros, dice: “Quien nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado”¹. Pues este nombre Pascua que, como he dicho, en latín significa tránsito, como interpretándonosle el Santo Evangelista, dice: “Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre”. He ahí la Pascua, he ahí el tránsito. ¿De dónde y adónde? “De este mundo al Padre”. En la cabeza se dió a los miembros la esperanza de que pasando aquella habían de seguirla sin duda éstos. ¿Y qué diremos de los infieles separados de tal cabeza y de tal cuerpo? ¿Acaso no pasan también los mismos que no permanecen? Ciertamente pasan también ellos; pero una cosa es pasar de este mundo y otra es pasar con el mundo; una cosa es pasar al Padre y otra pasar al enemigo. Porque también los egipcios pasaron; mas no pasaron por el mar al reino, y sí en el mar a la ruina. (*Tract. 55, in Joan., n. 1*).

“Estaba ya cerca la Pascua de los judíos”². Aquel día festivo quisieron los judíos tenerle cruento con la sangre del Señor. En aquel día de la fiesta fué muerto el Cordero que con su sangre consagró para nosotros el mismo día festivo. Ya se había convenido entre los judíos en dar muerte a Jesús, y el Señor, que desde el cielo había venido a padecer, quiso acercarse al lugar de su pasión, porque la hora de su pasión estaba próxima. “Y muchos de aquella tierra subieron a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse”. Hacían esto los judíos en cumplimiento del precepto que el Señor les había impuesto en la ley por el Santo Moisés,

¹ Colos. 1, 13.

² Joan. 11, 55.

que en el día de la fiesta de la Pascua concurriesen todos de todas partes y se santificasen con la celebración de aquel día. Pero aquella celebración era sombra del futuro. ¿Qué quiere decir sombra del futuro? Que era profecía de Cristo venidero, profecía del que había de padecer por nosotros en aquel día; para que pasase la sombra y viniese la luz; para que pasase la significación y se tuviese la verdad. Los judíos, pues, tenían la Pascua en la sombra y nosotros la tenemos en la luz. Porque ¿a qué conducía que el Señor les mandase matar la oveja en el mismo día de la fiesta, sino para significar que él era de quien se profetizó: "Fué llevado como una oveja al sacrificio"?¹ Las puertas de los judíos fueron marcadas con la sangre de las reses muertas, y nuestras frentes son marcadas con la sangre de Cristo. De aquella marca, por cuanto era una significación, se dijo que retiraría de las casas señaladas al exterminador, y la marca de Cristo rechaza de nosotros al exterminador, si nuestro corazón recibe al Salvador. ¿Por qué dijo esto? Porque muchos tienen señaladas las puertas de sus casas y dentro no permanece el habitador; en la frente tienen fácilmente la señal de Cristo, y en el corazón no reciben la palabra de Cristo. Por eso he dicho, hermanos, y repito que la marca de Cristo rechaza de nosotros al exterminador, si nuestro corazón tiene a Cristo habitador. El Señor vino como víctima para que celebrando nosotros su pasión como la inmolación del cordero, tuviésemos la verdadera Pascua. (*Tract. 50, in Joan., n. 2*).

¹ Isa. 53, 7.

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

ESTANDO CRISTO PARA ENTREGARSE A LA PASIÓN Y A LA MUERTE, INSTITUYÓ EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA PARA DEJARNOS LA PRENDA DE SU AMOR

EL SALVADOR, para encomendar con más vehemencia la alteza del misterio de la Eucaristía, quiso fuese lo último que en la noche de la cena grabara profundamente en los corazones y memoria de los discípulos de quienes iba a separarse para la pasión. (*Epist. 54, n. 8*).

Quiso que nuestra salvación estuviese en su cuerpo y en su sangre. Pero ¿de dónde el encomendarnos su cuerpo y su sangre? De su humildad; porque a no ser humilde, no sería comido ni bebido. Mira su alteza: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios"¹. He aquí la comida sempiterna, pero comida que comen los Ángeles, comen las supremas Virtudes, comen los celestiales espíritus, y comiendo se sacian, y persevera íntegro lo que los sacia y alegra. ¿Mas qué hombre podría aspirar a aquella comida? ¿De dónde el corazón idóneo para tal alimento? Era, pues, menester que aquella mesa se convirtiese en leche y viniese a los párvulos. ¿Y de qué modo se convierte en leche la comida? ¿Cómo se convierte en leche, sino pasando por la carne? Así lo hace la madre: la madre come lo que el infante; empero, por cuanto el infante no es idóneo para comer el pan, encarna la madre el mismo pan y por medio de la humildad del pecho y del jugo de la leche

¹ Joan. 1, 1.

alimenta del mismo pan al infante. ¿Cómo, pues, nos alimentó de un mismo pan la Sabiduría de Dios? Porque "el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros". Ved ahí la humildad: porque el hombre comió el pan de los Ángeles, según está escrito: "Dióles el pan del cielo, el hombre comió el pan de los Ángeles"¹; es decir: el hombre comió a aquel Verbo sempiterno de quien se alimentan los Ángeles y que es igual al Padre; porque "siendo en forma de Dios, no tuvo usurpación el ser el igual a Dios". Sácanse con él los Ángeles; pero "se anonadó a sí mismo", para que el hombre comiese el pan de los Ángeles, "tomando forma de siervo, hecho a la semejanza del hombre y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz"²; para que ya se nos encomendase desde la cruz la carne y sangre del Señor como nuevo sacrificio. (*Enar. 1, in Ps. 33, n. 6*).

Convirtámonos al que obró todo esto. Él es el pan que bajó del cielo, pero pan que alimenta y no se acaba; pan que puede ser comido, y no puede ser consumido. El maná significó también a este mismo pan, y por eso se dijo: "Dióles, el pan del cielo, el hombre comió el pan de los Ángeles". ¿Y quién sino Cristo es el pan del cielo? Mas para que el hombre comiese el pan de los Ángeles, el Señor de los Ángeles se hizo hombre; porque a no hacerse tal, no tendríamos su carne ni comeríamos el pan del Altar. Aspiremos con prontitud a la herencia ya que hemos recibido la gran prenda de ella. Hermanos míos, deseemos la vida de Cristo, ya que tenemos en prenda la muerte de Cristo. ¿Cómo no nos dará los bienes suyos el que

¹ Ps. 77, 24.

² Phil. 2, 6.

padeció los males nuestros? ¿Qué es lo que abunda en esta tierra y en este siglo maligno, sino el nacer, el trabajar y el morir? Registrad las cosas humanas y convencedme si miento; atended a todos los hombres y ved si están para otra cosa en este mundo que para nacer, trabajar y morir. Éstas son las mercancías de nuestra región y esto es lo que aquí abunda. A tales mercancías descendió el Comerciante Cristo, y por cuanto todo comerciante da y recibe, da lo que tiene y recibe lo que no tiene; da el dinero cuando compra y recibe lo que compra; así también Cristo en este comercio dió y recibió. Pero ¿qué recibió? Lo que abunda aquí: nacer, trabajar y morir. ¿Y qué dió? Renacer, resucitar y reinar eternamente. ¡Oh buen Mercader, cómpranos! ¿Y qué digo cómpranos, cuando debemos darte gracias porque ya nos compraste? Nos entregas el precio nuestro, bebemos tu sangre y de consiguiente pones nuestro precio en nuestras manos. (*Serm. 130, n. 2*).

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

CRISTO LAVA LOS PIES A LOS DISCÍPULOS ANTES DE SU PASIÓN PARA DARNOS EJEMPLO DE HUMILDAD

"Y ACABADA la cena, como el diablo hubiese puesto en el corazón a Judas, hijo de Simón Iscariote, que lo entregase; sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos y que de Dios había salido y a Dios iba, se levanta de la cena y se quita sus vestiduras, y tomando una toalla se la ciñó. Echó después agua en un lebrillo

y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido" ¹. Carísimos, debemos atender cuidadosamente al sentido del Evangelista. Habiendo, pues, de hablar de tan grande humildad del Señor, quiso encomendar primero su celsitud, y a este fin dice: "Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos y que de Dios había salido y a Dios iba". Así, habiéndole dado el Padre todas las cosas en las manos, él lavó, no las manos, sino los pies de los discípulos, y sabiendo que había salido de Dios y que a Dios iba, cumplió el oficio, no de Dios Señor, sino de hombre siervo. Y al mismo fin se ordena lo que el Señor quiso decir también con antelación en cuanto al traidor que había de entregarle, que ya había venido tal y no era ignorado de él, anunciándolo así para añadir al gran cúmulo de su humildad el no desdñarse de lavar los pies al mismo cuyas manos preveía ya en el crimen.

¿Y qué maravilla es que se levantase de la cena y se quitase sus vestiduras el que siendo en forma de Dios se anonadó a sí mismo? ¿Qué maravilla que se ciñese con un lienzo el que tomando forma de siervo fué hallado en la condición como hombre? ¿Qué extraño que echase agua en el lebrillo para lavar los pies de los discípulos el mismo que vertió su sangre en la tierra para limpiar la inmundicia de los pecadores? ¿Qué extraño que con el lienzo ceñido limpiase los pies que había lavado el mismo que confirmó las plantas de los Evangelistas con la carne de que se había vestido? Y ciertamente, para ceñirse la toalla se quitó sus vestiduras; mas para tomar la forma de siervo cuando se ano-

¹ Joan. 13, 2.

nadó a sí mismo, no dejó lo que tenía, sino que tomó lo que no tenía. Fué en verdad despojado de las vestiduras para ser crucificado, y muerto fué envuelto en una sábana; mas toda aquella pasión suya fué la purgación nuestra. Así que, estando próximo a padecer los tormentos, hizo sus obsequios no sólo a aquéllos por quienes iba a sufrir la muerte, sino también al mismo que iba a entregarle a la muerte. Tan grande es por cierto la utilidad de la humildad humana, que llegó a encomendarla con su ejemplo aun la sublimidad divina; porque el hombre soberbio pereciera para siempre, si no le encontrara un Dios humilde. "Pues el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que había perecido" ¹. Había perecido siguiendo la soberbia del engañador; luego ya hallado siga la humildad del Redentor. (*Tract. 55, in Joan., nn. 6 y 7*).

Hermanos, hemos aprendido del Excelso la humildad; hagamos mutuamente humildes lo que humildemente hizo el Excelso. Grande es esta recomendación de la humildad, y así la practican mutuamente los hermanos lavándose de hecho los pies cuando recíprocamente se hospedan; muchos, por cierto, tienen la costumbre de esta humildad expresándola por la obra exterior. Por esto, encomendando el Apóstol a la viuda benemérita, dice: "Si ha ejercitado la hospitalidad, si lavó los pies a los Santos" ². Y los Santos que viven donde no hay esta costumbre, hacen con el corazón lo que no hacen con las manos, si es que están en el número de aquellos a quienes se dice en el Cántico de los tres Santos Varones: "Benedicid al Señor los Santos y humildes de corazón" ³. Pero es mucho mejor y sin disputa más sincero el hacerlo también con

¹ Luc. 19, 10.

² 1ª. Tim. 5, 10.

³ Dan. 3, 87.

las manos, para que el cristiano no se desdeñe de hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo se inclina a los pies del hermano, o se excita también en el corazón el afecto de la misma humildad, o se confirma, si ya existía. (*Tract. 58, in Joan., n. 4*).

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

JUDAS SE RETIRA DE LA CENA PARA ENTREGAR A CRISTO A LOS JUDÍOS

CARÍSIMOS: sé que algunos se conmueven, si son piadosos, para preguntar, o si son impíos, para reprender, al oír que después que el Señor dió el pan mojado al traidor, entró en él Satanás. Así por cierto está escrito: "Y mojado el pan, se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariote, y tras el bocado entró en él Satanás"¹. Dicen, pues: ¿De ese modo mereció el pan de Cristo alargado de la mesa de Cristo, que tras de él entrase en su discípulo Satanás? A los que así preguntan respondemos que antes bien en ese hecho se nos enseña lo mucho que debemos guardarnos de recibir malamente lo bueno. Ciertamente interesa mucho mirar, no lo que alguno recibe, sino quién lo recibe; no cuál sea lo que se da, sino cuál sea el mismo a quien se da; porque también dañan las cosas buenas y aprovechan las malas, según fueren los sujetos a quienes se dan. "El pecado—dice el Apóstol—, para mostrarse pecado, engendró en mí la muerte por lo bueno"². He aquí que por medio de lo bueno

¹ Joan. 13, 26.

² Rom. 7, 13.

se hizo lo malo al recibirse malamente lo bueno. Y en otro lugar dice el mismo Apóstol: "Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el Ángel de Satanás que me abofetee. Y por esto rogué al Señor tres veces, para que se apartase de mí; y me dijo: Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad"¹. He aquí lo bueno hecho por medio de lo malo al recibirse bien lo malo. Luego ¿por que admiras que se diese a Judas el pan de Cristo por medio del cual se mancipase al diablo, cuando por el contrario ves dado a Pablo el ángel del diablo por el cual se perfeccionase en Cristo? De este modo lo bueno dañó al malo y lo malo aprovechó al bueno. Recordad dónde está escrito: "El que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor"². Al decir esto el Apóstol, hablaba de aquellos que sin discreción ni aprecio tomaban el cuerpo del Señor como otra comida cualquiera. Ahora bien: si merece ser reprendido el que no juzgó, esto es, el que no hace discernimiento entre el cuerpo del Señor y los demás manjares, ¿cómo no merece ser condenado el que, fingiéndose amigo, se acerca a su mesa enemigo? Si es digna de reprensión la negligencia del convidado, ¿de qué pena será digno el vendedor del convidante? ¿Y qué era el pan dado al traidor, sino la demostración de la gracia a que se había hecho ingrato?

Entró, pues, Satanás tras de este pan en el traidor Judas, para poseer más plenamente al que se le había ya entregado y en quien había entrado antes para seducirle. Porque no estaba fuera de

¹ 2ª. Cor. 12, 7.

² 1ª. Cor. 11, 27.

él cuando se dirigió a los judíos y pactó el precio de la entrega del Señor; pues que así lo testimonia con toda claridad el Evangelista San Lucas diciendo: "Y Satanás entró en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariote, uno de los doce. Y fué y trató con los Príncipes de los sacerdotes"¹. Ved dónde se manifiesta que Satanás había ya entrado en Judas. Primeramente había entrado sugiriendo a su corazón el pensamiento de entregar a Cristo, y tal había ya venido a la cena. Mas ahora después del pan entró en él, no para tentarle aun como ajeno todavía y sí para poseerle como propio.

Sin embargo, poseído así Judas, no por el Señor sino por el diablo, y habiendo entrado el pan en el vientre y el enemigo en la mente de aquel hombre ingrato, restaba todavía el efecto pleno del gran mal concebido ya en el corazón, cuyo afecto condenable había ya precedido. Y así, habiendo el Señor, pan vivo, entregado el pan al muerto y manifestado en la entrega del pan quién era el que iba a entregarle, dijo: "Lo que haces, hazlo presto"². No mandó el crimen, sino que predijo a Judas el mal y a nosotros el bien. Porque ¿qué cosa peor para Judas y qué mejor para nosotros que ser Cristo entregado por mano de él contra él y por nosotros sin él? "Lo que haces, hazlo presto". ¡Oh palabra más bien del preparado con gusto que del airado! ¡Oh palabra que no expresa tanto la pena del traidor como significa el precio del Redentor! Dijo, pues: "Lo que haces, hazlo presto", no tanto indignándose en ruina del pérfido, como apresurándose para la salvación de los fieles; porque "fué entregado por nuestros pecados"³.

¹ Luc. 22, 3.² Joan. 13, 27.³ Rom. 4, 25.

y "amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella"¹. Y por eso dice de sí mismo el Apóstol: "Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí"². Así es que, a no entregarse Cristo, nadie pudiera entregar a Cristo. ¿Qué otra cosa tiene Judas más que el pecado? Porque para entregar a Cristo no pensó en nuestra salvación por la cual se entregó Cristo, sino que pensó en el lucro del dinero y encontró la ruina del alma. Recibió la paga que él quiso y sin quererla se le dió la que mereció. Judas entregó a Cristo y Cristo se entregó a sí mismo; aquél hacía el negocio de su venta y éste el de nuestra redención. "Lo que haces, hazlo presto"; no porque tú puedes, sino porque esto quiere el que todo lo puede. (*Tract. 62, in Joan., n. 1 y sigs.*)

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

CRISTO, AL APROXIMARSE SU PASIÓN, QUISO TURBARSE PARA CONFIRMARNOS Y CONSOLARNOS

Después que nuestro Señor Jesucristo exhortó a sus ministros para que le siguiesen, habiendo anunciado su pasión diciendo: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda; mas si muere, mucho fruto lleva"³; después que excitó a los que quisiesen seguirle al reino de los cielos para que aborreciesen su alma en este mundo si pensaban guardarla para la vida eterna, volvió a templar su afecto conforme a nuestra flaqueza, y dijo: "Ahora mi alma está turbada".

¹ Eph. 5, 25.² Gal. 2, 20.³ Joan. 12, 24.

¿De dónde, Señor, está turbada tu alma? Seguramente dijiste poco antes: "Quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda". ¿Luego es amada tu alma en este mundo y por lo mismo está turbada al llegar la hora de salir de él? ¿Quién se atreverá a afirmar esto del alma del Señor? Pero nuestra cabeza nos transfirió en sí, nos recibió en sí y tomó sobre sí el afecto de sus miembros; y por lo mismo no fué turbada por alguno otro, sino que como se dijo del Señor, cuando resucitó a Lázaro, se turbó a sí mismo. Era, pues, necesario que el único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, así como nos levantó a las cosas supremas, padeciese también con nosotros las ínfimas.

Oígole decir primeramente: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. Si el grano de trigo muriere, mucho fruto lleva". No se me permite sólo admirar, sino que se me manda imitar. Después le oigo decir: "Si alguno me sirve, sígame; y en donde yo estoy, allí también estará mi ministro"; con estas palabras soy inflamado para despreciar el mundo y nada es a mis ojos todo el vapor de esta vida por más que fuere; el amor de las cosas eternas hace que me sean viles todas las temporales, y después que con tales palabras me ha sacado de mi flaqueza y elevado a su firmeza, al mismo Señor mío le oigo decirme: "Ahora mi alma está turbada". ¿Qué es esto? ¿De qué modo mandas a mi alma que te siga, si ves que la tuya está turbada? ¿Cómo soportar yo lo que siente pesado tan gran firmeza? ¿Cuál cimiento buscaré si la piedra se rinde? Empero, paréceme oír en mi interior al Señor que me responde y en cierto modo me dice: Me sigues más bien interponiéndome

de este modo para que toleres; has oído la voz de mi fortaleza dirigida a ti, oye en mí la voz de tu flaqueza; te suministro fuerzas para que corras, no reprimo tu celeridad, sino que transfiero a mí lo que tiembles y allano el camino por donde pases. ¡Oh Señor Mediador, Dios sobre nosotros y hombre por nosotros! Conozco tu misericordia; porque cuando tú siendo tan fuerte eres turbado por la voluntad de tu caridad, consuelas en tu cuerpo a muchos que son turbados por la necesidad de su flaqueza, a fin de que no perezcan desconfiando.

Oiga últimamente el hombre que quiera seguir al Señor, por dónde ha de seguirle. Vino quizá la hora terrible y se propone la opción, o de cometer la iniquidad, o de sufrir padecimientos; túrbase el alma enferma por quien se turbó voluntariamente el alma invencible; prefiere tú la voluntad de Dios a la tuya. Atiende, pues, a lo que añade a continuación tu Criador y tu Maestro que te hizo y que fué hecho para enseñarte él mismo lo que hizo: porque el que hizo al hombre fué hecho hombre, pero permaneció Dios incommutable y conmutó al hombre en mejor. Oye, por fin, lo que añade: después de haber dicho: "Ahora mi alma está turbada"; continuó: "¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por eso he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Así te enseñó lo que pienses, te enseñó lo que digas, a quién invoques, en quién esperes, a cuya voluntad cierta y divina antepongas a la tuya humana y enferma. No te parezca que caes de lo alto porque quiere que aproveches desde lo ínfimo. A este fin se dignó también ser tentado del diablo, lo cual, a no quererlo, no hubiera acaecido por cierto,

así como no hubiera padecido si no hubiese querido, y respondió al diablo lo que tú debes responder en las tentaciones. Y él fué tentado en verdad, pero sin peligrar, para enseñarte a ti que peligras en las tentaciones el modo de responder al tentador, de no seguir sus sugerencias y de salir ileso del peligro. Y así como dijo aquí: "Ahora mi alma está turbada", así también donde dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte", y "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz"; recibió la flaqueza del hombre para enseñar al contristado y conturbado a decir lo que sigue: "Mas no como yo quiero, sino como tú"¹. De este modo, pues, es dirigido el hombre desde lo humano a lo divino cuando la voluntad divina es preferida a la voluntad humana. (*Tract. 52, in Joan., n. 1 y sigs.*)

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

CRISTO, AL ACERCARSE SU PASIÓN, QUISO PADECER TRISTEZA PARA ALEGRARNOS Y ENSEÑARNOS A SEGUIR LA VOLUNTAD DE DIOS

¿PODEMOS acaso entender bien el pavor en Cristo al aproximarse la pasión, siendo así que por ella había venido al mundo? Cuando llegó lo mismo a que había venido, ¿temía por ventura el morir? Si fuera hombre absolutamente de tal manera que no fuera Dios, ¿se alegraría más bien por la resurrección futura que temería por la muerte próxima? Sin embargo, por cuanto se dignó tomar la forma de siervo y en ella vestarnos de sí, por cuanto no se desdeñó de tomarnos en sí, tampoco se

¹ Matt. 26, 38.

desdeñó de transfigurarnos en sí, ni de hablar con nuestras palabras para que también nosotros hablásemos con las suyas. Hízose por cierto esta admirable permuta, ejecutáronse los divinos comercios y la mudanza de las cosas se celebró en este mundo por el celestial negociador. Vino a recibir afrentas y a dar honores, vino a agotar el dolor y a dar la salud, vino a sufrir la muerte y a dar la vida. Estando, pues, para morir en lo que tenía nuestro, no tenía temor en sí, si no en nosotros; por eso dijo que su alma estaba triste hasta la muerte, y verdaderamente todos nosotros estábamos con él. Porque nosotros sin él somos nada, mas en él somos el mismo Cristo y nosotros. Y la razón es, porque todo Cristo es la cabeza y el cuerpo. (*Enar. 2, in Ps. 30, n. 3.*)

El mismo Unigénito, llevando tu flaqueza y representando en sí tu persona, al acercarse a la pasión se contristó en cuanto al hombre que llevaba, para alegrarte; se contristó para consolarte. El Señor que se ofrecía a la pasión pudo por cierto estar sin tristezas, porque si pudo el soldado ¿cómo no poder el emperador? ¿Y de qué modo pudo el soldado? Atiende al Apóstol San Pablo próximo a su pasión: "Yo —dice— ya estoy a punto de ser sacrificado y cerca está el tiempo de mi muerte. Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está reservada la corona de la justicia que el Señor, justo Juez, me dará en aquel día"¹. Ved cómo se alegra al ver próxima su pasión. De consiguiente, se alegra el que ha de ser coronado y se entristece el que ha de coronar. ¿Qué llevaba, pues, sobre sí? Llevaba la flaqueza de aquellos que se contristan

¹ 2ª. Tim. 4, 6.

a vista de la tribulación o de la muerte. Pero ved de qué manera los conduce a la dirección del corazón. He aquí que tú querías vivir y no querías que te acaeciese nada en contrario; pero Dios ha querido otra cosa; dos son estas voluntades; mas encarécese la voluntad tuya hacia la voluntad de Dios y no pretendas que la voluntad de Dios se tuerza hacia la tuya. Tu voluntad es disforme y la de Dios es la regla; atiende, pues, con fijeza a la regla para que por ella sea enderezado lo que está torcido. Ved cómo así lo enseña nuestro Señor Jesucristo: "Triste —dice— está mi alma hasta la muerte". Y añade: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz". He aquí cómo manifiesta la voluntad humana. Pero ve el corazón recto cuando dice: "Mas no como yo quiero, sino como tú"¹. Haz tú, pues, lo mismo, gozándote en las cosas que te suceden, y si viniere el día último, alégrate; o si te sorprende la fragilidad de alguna voluntad humana, dirígela prontamente a Dios. (*Enar. 2, in Ps. 31, n. 26*).

Sufre con corazón recto todo lo que padeces: Dios conoce lo que conviene darte y lo que conviene quitarte. Lo que te da, valga para el consuelo y no para la corrupción; y lo que te quita, valga para la tolerancia y no para la blasfemia. Mas si blasfemas y Dios te desagrada agradándote tú a ti mismo, eres de corazón perverso y disforme, y lo peor es que quieres corregir el corazón de Dios según el tuyo para que él haga lo que tú quieres, siendo así que eres tú el que debes hacer lo que él quiere. ¿Y qué? ¿Pretendes torcer el corazón de Dios, siempre recto, acomodándole a la deformidad del tuyo? ¿Cuánto mejor te es el corregir tu cora-

¹ Matt. 26, 38.

zón conforme a la rectitud de Dios? ¿Por ventura no te enseñó esto tu Señor de cuya pasión hablabamos ahora? ¿No representaba acaso tu flaqueza cuando dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte"? ¿Acaso no te figuraba en sí mismo cuando decía: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz"? No son por cierto dos corazones y diversos el del Padre y el del Hijo, sino que en la forma de siervo llevó tu corazón para enseñarle con su ejemplo. Ve ya, supongamos que la tribulación ha hallado otro corazón tuyo deseoso de que pasase lo que le amenazaba, pero Dios no ha querido. Dios no se conforma con tu corazón y tú debes conformarte con el corazón de Dios. Oye su voz: "Mas no como yo quiero, sino como tú". (*Enar. in Ps. 63, n. 18*).

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

CRISTO ACEPTA CON VOLUNTAD PRONTA EL CÁLIZ DE LA PASIÓN PARA QUE NO LE REHUSE EL CRISTIANO

"RECIBIRÉ el cáliz de la salud"¹. ¿Qué es éste? El cáliz de la Pasión amargo y saludable, cáliz que, a no beberle primero el Médico, temería tocarle el enfermo. Tal es este cáliz: conocémosle en la boca de Cristo que dijo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz". (*Serm. 329, n. 2*).

Tu mismo Salvador, aunque Dios en la carne, te demostró sin embargo el afecto humano cuando dijo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz". Sabía que no podía pasar este cáliz, puesto que había venido para beberle. Aquel cáliz tenía

¹ Ps. 115, 13.

que ser bebido por la voluntad, no por la necesidad. Era el Señor Omnipotente, y si quisiera pasaría en verdad el cáliz, porque es Dios con el Padre y él mismo y Dios Padre, un Dios. Mas en la forma de siervo, en aquello que tomó de ti por ti, pronunció la voz del hombre, la voz de la carne. Dignóse de transfigurarte en sí mismo para que de él hablastes lo enfermo y en él aprendieses lo fuerte. Manifestó la voluntad en que podrías ser tentado, y a continuación te enseñó la otra voluntad que deberías anteponer: "Padre mío —dijo—, si es posible, pase de mí este cáliz". Esta voluntad es humana, llevó al hombre y habló de la forma de siervo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz". Voz es de la carne, no del espíritu; voz de la enfermedad, no de la divinidad. "Si es posible, pase de mí este cáliz". Esta es aquella voluntad de la cual dijo también a Pedro: "Mas cuando ya fueres viejo, te ceñirá otro y te llevará adonde tú no quieras"¹. (*Serm. 344, n. 3*).

Pero si se compadeció de ti y te libró en sí, imita lo que sigue, diciendo: "Mas no como yo quiero, sino como tú". (*Enar. in Ps. 93, n. 19*).

Hermanos míos, ya que no quisimos obedecer al Médico para no enfermar, obedezcámosle para librarnos de la enfermedad. El Médico nos dió preceptos estando sanos; el Médico nos dió preceptos para que no necesitásemos de médico. "Los sanos —dice— no tienen necesidad de Médico, sino los enfermos"². Despreciamos sanos los preceptos, y desde entonces sentimos por experiencia la gran ruina que nos causó el haber desatendido su mandato. Ya comenzamos a enfermar, trabajamos, en el lecho de la enfermedad estamos, más no

¹ Joan. 21, 18.

² Matt. 9, 12.

desesperemos. Por cuanto nosotros no podíamos llegarnos al Médico, él mismo se dignó llegarse a nosotros. El despreciado por el sano no le despreció enfermo. No desistió de dar otros preceptos al doliente que no quiso guardar los primeros para no adolecer; como si le dijese: Ciertamente has sentido por experiencia que yo hablé la verdad cuando dije: No toques esto. Sana, pues, por último, y renuévate. He aquí que yo llevo tu enfermedad; bebe el cáliz amargo; porque aquellos preceptos míos que se dieron al sano tan dulces, tú los hiciste para ti tan trabajosos. Fueron despreciados y comenzaste a padecer; no puedes sanar si no bebieres el cáliz amargo, el cáliz de las tentaciones que abundan en esta vida, el cáliz de las tribulaciones, de las angustias y de las pasiones. Bébele —dice el Señor—, bébele para que vivas. Y para que el doliente no le respondiese: "No puedo, no lo aguanto, no lo bebo; primero le bebió el Médico sano, para que no dudase de beberle el enfermo. ¿Qué hay por cierto de amargo en tal cáliz que él no bebiere? Si es amarga la injuria, él la oyó primero cuando al expeler los demonios le dijeron: Tiene al demonio y en Belcebú arroja los demonios. Por lo cual, y a fin de consolar él mismo a los flacos, dice: "Si llamaron al padre de familias Belcebú, ¿cuánto más a sus domésticos?"¹. Si son amargos los dolores, él fué apisionado, azotado y crucificado. Si la muerte es amarga, muerto fué también. Si el género de muerte entra en mucho para horrorizar a nuestra flaqueza, nada fué en aquel tiempo más ignominioso que la muerte de Cruz. Así es que no en vano, encomendando el Apóstol la obediencia de Cristo, añadió

¹ Matt. 10, 25.

diciendo: "Hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"¹. (*Serm. 88, n. 7*).

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

CRISTO ES ENTREGADO POR JUDAS CON UN ÓSCULO

"Como el diablo hubiere ya puesto en el corazón a Judas, hijo de Simón Iscariote"². Si preguntas qué es lo que se puso en el corazón a Judas, esto ciertamente "que le entregase". Esta misión espiritual es la sugestión: no se hace por el oído, sino por el pensamiento, y por tanto no se hace corporal, sino espiritualmente. Ya, pues, se había hecho en el corazón de Judas por la sugestión diabólica que el discípulo entregase al Maestro, pero a quien no había conocido como Dios. Ya había venido tal a la cena, espía del Pastor, insidiador del Salvador, vendedor del Redentor; ya había venido tal, y era conocido, y era tolerado, y pensaba que era ignorado, porque se engañaba en el mismo a quien quería engañar. Pero el Señor, que penetraba todos los secretos del corazón de Judas, usaba sabiamente de él ignorándolo él.

"Sabido Jesús —dice el Evangelista— que el Padre le había dado todas las cosas en las manos". Luego también al traidor mismo; porque si no le tuviera en las manos, en verdad que no usaría de él como quisiese. Así que ya el traidor había sido entregado al mismo que él deseaba entregar y de este modo hacía el mal entregando, para que de aquella entrega se hiciese el bien que ignoraba.

¹ Philip. 2, 8.

² Joan. 13, 2.

Porque sabía lo que el Señor había de hacer por los amigos, al paso que usaba pacientemente de los enemigos, y así el Padre le había dado todas las cosas en las manos, las malas para el uso y las buenas para el efecto. (*Tract. 55, in Joan., nn. 4 y 5*).

"Salió Jesús con sus discípulos de la otra parte del arroyo de Cedrón, en donde había un huerto en el cual entró él y sus discípulos. Y Judas, que lo entregaba, sabía también aquel lugar; porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos"¹. Allí, pues, el lobo cubierto con piel de oveja y tolerado entre las ovejas por alto consejo del Padre de familias, aprendió dónde dispersar la grey en corto tiempo poniendo asechanzas al pastor. "Judas, pues, habiendo tomado una cohorte y los alguaciles de los pontífices y de los fariseos, vino allí con linternas y con hachas, y con armas". La cohorte no fué de judíos, sino de soldados, y así entiéndase recibida del Presidente como para prender a un reo, guardado el orden de la potestad legítima para que nadie se atreviese a oponerse a los aprehensores; bien que se juntase también tanta fuerza y tan armada, o para infundir terror, o para luchar contra cualquiera que se atreviese a defender a Cristo. Así ciertamente se escondía su potestad y se manifestaba su flaqueza, de tal modo que los enemigos creyesen necesario estos medios para prender a aquel Señor contra quien nada habría valido, sino lo que él mismo hubiese querido; usando bien de los males como bueno y haciendo bienes de los males para hacer de los malos buenos y para discernir a los buenos de los malos. (*Tract. 112, in Joan., n. 2*).

Los que ya antes habían perdido el paraíso vi-

¹ Joan. 18, 1.

nieron al huerto buscando al Señor Jesucristo. Y Judas "les dió la señal diciendo: El que yo besare, él mismo es, prendedle" ¹. ¡Oh señal sacrilega! ¡Oh determinación detestable en que se comienza la guerra por un ósculo y por un signo de paz se rompe el Sacramento de la paz! El Señor recibió sin resistencia al traidor con el ósculo, no porque Dios Hijo de Dios temía la muertè, sino porque ni aun quería que los malos pereciesen por sí. "Judas, ¿con beso entregas al Hijo del hombre?" ². Te ejercitabas en la disciplina de la virtud, ¿y te has hecho discípulo del consejo de la maldad? ¿De oficio viertes la sangre?, ¿por la prenda del amor causas la herida?, ¿por la muestra de la paz causas la muerte?, ¿entregas siervo al Señor y vendes discípulo al Maestro? "Más útiles son las heridas del amigo que los ósculos voluntarios del enemigo" ³. (*Serm. 150 y 151, n. 1, in Append.*)

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

JESÚS ES PRENDIDO Y ATADO

"MAS JESÚS, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. Y Judas, aquel que le entregaba, estaba también con ellos. Luego, pues, que les dijo: Yo soy, volvieron atrás y cayeron en tierra" ⁴. ¿Dónde está ahora la cohorte de soldados y los ministros de príncipes y fariseos?

¹ Matt. 26, 48.

² Luc. 22, 48.

³ Prov. 27, 6.

⁴ Joan. 18, 4.

¿Dónde el terror y el pertrecho de las armas? Una sola voz del que dice: "Yo soy", sin dardo alguno ha herido, ha rechazado y postrado a tan gran turba feroz por el odio y terrible por las armas. Porque Dios estaba escondido en la carne y el día sempiterno se ocultaba en los miembros humanos de tal manera, que fuese buscado con linternas y hachas para ser muerto por las tinieblas. "Yo soy", dice, y derribó a los impíos. El que hizo esto cuando vino para ser juzgado, ¿qué hará cuando venga para juzgar? El que pudo hacer esto estando para morir, ¿qué podrá hacer en viniendo para reinar? También ahora por todas partes dice Cristo por medio del Evangelio: "Yo soy", y el anticristo es esperado de los judíos para retroceder y caer en tierra, por cuanto, dejando las cosas celestiales, desean las terrenas. Los perseguidores con el traidor llegaron para prender seguramente a Jesús, encontraron al que buscaban y oyeron "Yo soy", ¿por qué no le echaron mano, por qué volvieron atrás y cayeron, sino porque así lo quiso el que pudo todo lo que quiso? Si por cierto, si nunca permitiera ser aprehendido de ellos, nunca, a la verdad, conseguirían el fin por que habían ido; pero tampoco él mismo conseguiría el fin por que había venido. Ellos, pues, para quitarle la vida le buscaban crueles; pero él mismo también nos buscaba muriendo. Así que, después de haber manifestado su potestad a los que quieren prenderle y no pueden, préndanle ya para cumplir su voluntad por medio de los que no le conocen.

"Mas Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del Pontífice, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco". Sólo este Evangelista expresó también el nombre

del tal siervo; así como sólo San Lucas expresó que el Señor tocó su oreja y le sanó¹. Malco, pues, se interpreta el que ha de reinar: ¿Y qué otra cosa significa la oreja cortada en defensa del Señor y sanada por el Señor, sino el oído renovado después de cortada la vejez, para que exista en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra? ¿Y quién duda que a quien hiciere Cristo este beneficio ha de reinar con Cristo? Y el haber sido hallado siervo pertenece también a aquella vejez que engendra para la esclavitud, que es Agar. Pero cuando se acercó la sanidad, fué también figurada la libertad. Con todo, el Señor desaprobó el hecho de Pedro y le prohibió pasar a más, diciendo: "Mete tu espada en la vaina". "¿El cáliz, que me ha dado el Padre, no le tengo de beber?" El discípulo en aquella acción quiso ciertamente defender a su Maestro sin pensar en lo que se significaba, y así él tuvo que ser amonestado para la paciencia y esto escrito para la inteligencia. El cáliz de la pasión, que dice haberle dado el Padre, es sin duda aquello que dice el Apóstol: "Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros? El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros"². Pero el Autor de este cáliz es igualmente el mismo que le bebe; y por eso dice también el mismo Apóstol: "Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y hostia a Dios en olor de suavidad"³.

"La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos prendieron a Jesús y le ataron". Prendieron al que no se acercaron, por cuanto él era el día y ellos permanecieron tinieblas, y no

¹ Luc. 22, 51.² Rom. 8, 31.³ Eph. 5, 2.

oyeron: "Acercaos a él y sed iluminados"¹. Si de este modo se acercasen, no le prenderían para matarle con las manos y sí para recibirle en el corazón. Mas cuando de aquel modo le prendieron, se retiraron más lejos de él, y ataron al mismo por quien debieron más bien querer ser ellos desatados. Y quizá entre ellos estaban los que entonces pusieron a Cristo las ataduras y después libres por él dijeron: "Rompiste mis ataduras"². (*Tract. 112, in Joan., n. 3 y sigs.*)

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

JESÚS ES HERIDO CON UNA BOFETADA POR UN MINISTRO DEL PONTÍFICE

DESPUÉS que los perseguidores, validos de la entrega de Judas, prendieron y ataron al Señor, que "nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros", y a quien el Padre "no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros"; para que se entienda que Judas no fué loable por la utilidad de esta entrega, sino condenable por la voluntad del crimen. Después de esto, "le llevaron primero a Anás", como refiere el Evangelista San Juan. "El Pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo, yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Preguntá a aquellos que han oído lo que yo les hablé;

¹ Ps. 33, 6.² Ps. 115, 16.

he aquí éstos saben lo que yo he dicho". Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaba allí dió una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Jesús le respondió: "Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?" ¿Qué cosa más verdadera, más mansa y justa que esta respuesta? Respuesta es por cierto del que la voz profética habló, anunciado: "Atiende y procede prósperamente y reina por la verdad y la mansedumbre y la justicia"¹. Si pensamos quién es el que recibió la bofetada, ¿no quisiéramos acaso que el que la dió, o fuese consumido por fuego del cielo, o tragado por la tierra, o que se revolcase poseído del demonio, o que fuese castigado con cualquiera otra pena semejante y aun mayor? Porque ¿cuál de estos castigos no hubiera podido mandar el que tuvo potencia para hacer el mundo, si no hubiera querido más bien enseñar la paciencia por la cual es vencido el mundo? A esto dirá alguno: ¿por qué no hizo lo que él mismo mandó? Debíó, pues, no responder así al que le hirió, sino más bien ofrecerle la otra mejilla. ¿Y qué dió a entender en lo que respondió verdadera, mansa y justamente, además de que no sólo preparó la otra mejilla al que de nuevo había de herirle, sino todo el cuerpo para ser clavado en la cruz? También en esto demostró claramente lo que hubo de demostrarse, a saber, aquellos grandes preceptos suyos de paciencia que debían de cumplirse, no con la ostentación del cuerpo y sí con la preparación del corazón. Porque puede suceder que el hombre ofrezca visiblemente la otra mejilla aun estando airado. ¿Luego cuánto mejor es que por una parte responda la verdad sosegado y por otra

¹ Ps. 44, 5.

esté preparado a sufrir con ánimo tranquilo injurias más graves? Es por cierto bienaventurado el que, en todo lo que padece injustamente por la justicia, puede decir con verdad: "Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón"¹. De ahí, pues, resulta lo que se sigue: "Cantaré y diré el Salmo"; lo cual pudieron hacer los Santos Pablo y Bernabé aun en las prisiones más duras. (*Tract. 113, in Joan., n. 1 y sigs.*).

Así que, estos preceptos de la paciencia han de retenerse siempre en la preparación del corazón, y la benevolencia ha de perfeccionarse siempre en la voluntad para no devolver mal por mal. Ha de evitarse que por el deseo de la venganza se pierda (ya que no diga otra cosa) la misma paciencia, la cual ha de tenerse en más estimación que cuanto el enemigo puede arrebatarse con violencia. Y así el hombre justo y piadoso debe estar dispuesto a sufrir en paciencia la malicia de los que desea se hagan buenos; pero para que el número de los buenos crezca, no para agregarse al número de los malos. (*Epist. 138, nn. 12 y 14*).

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

JESÚS ES NEGADO POR PEDRO TRES VECES

"Y dijo a Pedro la criada portera: ¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? Dice él: No soy"². Ved aquí que la columna más firme tembló toda al impulso de un pequeño viento: ¿Dónde está aquella intrepidez del que tanto pro-

¹ Ps. 56, 8.

² Joan. 18, 17.

metía y de sí tanto confiaba? ¿Dónde están aquellas palabras en que dijo: ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti¹. ¿Es por ventura seguir al maestro el negarse su discípulo? ¿Así se pone el alma por el Señor, que impida hacerlo el miedo causado por la voz de una criada? Pero ¿qué extraño, si Dios predijo lo verdadero y el hombre presumió lo falso? (*Tract. 113, in Joan., n. 2*).

Al encomendar el Señor Jesucristo a los discípulos el amor santo con que debían amarse mutuamente, Simón Pedro le dijo "Señor, ¿adónde vas?"². Esto dijo en verdad el discípulo al Maestro y el siervo al Señor, como dispuesto a seguirle, y por lo mismo el Señor, que vio la intención con que le hacía esta pregunta, le respondió de este modo: "Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir"; como si dijera: por lo que me preguntas, no puedes ahora. No dijo absolutamente no puedes, sino no puedes ahora; puso la dilación, más no quitó la esperanza; y esta misma esperanza que no quitó y sí más bien dió, la confirmó añadiendo y diciendo: "Mas me seguirás después". ¿Por qué, oh Pedro, te aceleras? Todavía la piedra no te ha consolidado con su espíritu. No te ensalces presumiendo, "no puedes ahora"; no te abatas desconfiando, "me seguirás después". Pero todavía contesta Pedro: "¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti". Veía cuál era el deseo que le animaba, mas no veía las fuerzas que tenía. El enfermo publicaba su voluntad, pero el médico atendía a su debilidad; aquél prometía y éste presentía; el que ignoraba, se atrevía, y el que sabía de antemano, enseñaba. ¿Cuánto se había atribuido

¹ Joan. 13, 37.

² Joan. 13, 36.

Pedro a sí mismo mirando a lo que quería e ignorando lo que podía? ¿Cuánto había presumido de sí mismo para creer poder ofrecer su alma a Cristo, siendo así que el Señor había venido a poner su alma por sus amigos y de consiguiente por el mismo Pedro, y antes de ser puesta el alma de Cristo, prometer que por él ha de poner la suya? "Jesús, pues, le respondió: ¿Tu alma pondrás por mí?" Tú que no puedes seguirme ¿puedes ir delante? ¿Por qué presumes tanto?, ¿qué sientes de tí?, ¿qué te crees ser? Oye lo que eres: "En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces". He ahí cómo no te conoces párvulo a ti mismo, tú que hablas cosas grandes. Tú que me prometes tu muerte, negarás tres veces tu vida. Tú que ya te juzgas capaz de morir por mí, vive antes por tí, pues temiendo la muerte de tu cuerpo, darás la muerte a tu alma. Porque cuanta vida es el confesar a Cristo, tanta muerte es el negar a Cristo. (*Tract. 66, in Joan., n. 1*).

Pedro habría presumido de sus fuerzas, no del don de Dios, sino del libre albedrío. Había dicho: "Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré"¹. Había dicho en su abundancia: "No me moveré jamás"². Pero el que en su voluntad había dado la fuerza a su hermosura, apartó su rostro y se hizo conturbado. "Apartó —dice— el Señor su rostro; descubrió Pedro a Pedro, pero después le miró y afirmó a Pedro en la piedra". (*Serm. 284, n. 6*).

Aquél no fué desamparo de Pedro, sino enseñanza. Porque preguntado si amaba al Señor, había presumido que aun había de dar por él la vida. Había atribuido esto a sus fuerzas, y a no

¹ Matt. 26, 35.

² Ps. 29, 7.

ser dejado un poco por el que le regía, no fuera demostrado a sí mismo. "El Señor miró a Pedro". Y él "lloró amargamente"¹. Amargo era el recuerdo de la negación para que fuese dulce la gracia de la redención. A no ser dejado, no hubiera negado, y a no ser mirado, no hubiera llorado. Aborrece Dios a los que presumen de sus fuerzas y como médico corta este tumor en aquellos que ama. Al cortar, causa ciertamente el dolor, pero afirma después la salud. Así es que después de resucitado el Señor encomienda sus ovejas a Pedro, a aquel negador, pero negador, porque presumido; después pastor, porque amador. ¿A qué fin, pues, pregunta tres veces al amante, sino para compungir tres veces al negante? Por esto Pedro ejecutó después con la gracia de Dios lo que primeramente no pudo con la confianza de sí. Porque después que el Salvador le encomendó las ovejas, no de Pedro, sino suyas, para que las apacentase, no para sí, sino para el Señor, le anunció la pasión futura que primero había perdido por buscarla con demasiada prisa. "Cuando ya fueres viejo —le dijo— extenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras. Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios". Así sucedió: Pedro, que con las lágrimas había borrado la negación, llegó a su pasión. No pudo arrebatarse el tentador lo que le prometiera el Salvador. (*Serm. 285, n. 3*).

¹ Luc. 22, 61.

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

JESÚS TOLERA PACIENTÍSIMAMENTE LAS BURLAS Y OPROBIOS DE LOS JUDÍOS

"MAS YO como un sordo no oía, y como un mudo que no abre su boca; y fui hecho como un hombre que no oye y que no tiene en su boca reprensiones"¹. Como si no tuviese qué decirles y como si no tuviese por qué reprenderles. ¿Acaso ya antes no los había increpado mucho y les había dicho: "¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!" y otras muchas cosas semejantes? Con todo, en el tiempo de su pasión nada de esto les dijo; no porque no tenía qué decirles, sino porque esperaba que ellos completasen su obra y se cumplieren todas las profecías que hablaban del Señor y de quien estaba escrito: "Y como oveja sin voz ante el que la trasquila, no abrió su boca"². Convenía, pues, que callase en la pasión el que no ha de callar en el juicio. Había venido por cierto a ser juzgado el que después ha de venir a juzgar, y así es que ha de juzgar con grande potestad porque fué juzgado con grande humildad. (*Enar. in Ps. 37, n. 20*).

Primero había venido humildemente y oculto, tanto más oculto cuanto más humilde, pero los pueblos, despreciando por su soberbia la humildad de Dios, crucificaron a su Salvador y le hicieron su condenador. Mas el que primero vino oculto porque vino humilde, ¿acaso después no ha de venir manifiesto porque vendrá excelso?

¹ Ps. 37, 14.

² Isai. 53, 7.

Habéis oído el Salmo: "Dios vendrá manifiestamente, Dios nuestro y no callará". Calló para ser juzgado y no callará en comenzando a juzgar. No se diría "Vendrá manifiestamente", si primero no hubiese venido ocultamente; ni se diría "No callará", a no haber callado primero. ¿Y hasta qué punto calló? Pregúntalo a Isaías: "Como una oveja fué llevado al matadero y como el cordero estuvo sin balar a los pies del que le traspasaría, así no abrió su boca". Vendrá, pues, manifiesto y no callará. ¿Y de qué modo manifiesto? "El fuego se encenderá en su presencia, y en derredor suyo la fuerte tempestad"¹. La tempestad aquella quitará de la era toda la paja que ahora se trilla y el fuego encenderá lo que la tempestad se llevare. Mas ahora calla; calla en el juicio, pero no calla en el precepto. Porque si Cristo calla, ¿qué significan estos Evangelios?, ¿qué significan las voces apostólicas?, ¿qué los cánticos de los Salmos?, ¿qué las sentencias de los Profetas? Por cierto en todas estas cosas no calla Cristo. Pero calla ahora para no vengar, no calla para amonestar. Vendrá, pues, esclarecido para la venganza y aparecerá a todos, incluso lo que no creen en él. Mas ahora, porque aun siendo presente era oculto, convenía que fuese despreciado. Porque a no ser despreciado, no fuera crucificado, y no siendo crucificado, no derramará su sangre, precio de nuestra redención. Así, pues, para que diese el precio por nosotros, fué crucificado; para que fuese crucificado, fué despreciado, y para que fuese despreciado, apareció humilde. (*Tract. 4, in Joan., nn. 1 y 2*).

No rechazó los falsos testigos, ni el cruel cla-

¹ Ps. 49, 3.

mor de los que decían: "Sea crucificado". No reprimió con potestad los corazones rabiosos, ni las bocas de los enfurecidos, sino que los sufrió con paciencia. Hicieron con él cuanto quisieron, porque se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. (*Serm. 75, n. 7*).

El Salvador toleró primero para que nosotros aprendiésemos a tolerar. Y si toleró aquel Señor que era inocente en cuanto se le atribuía, ¿cuánto más nosotros que, aunque no tengamos el pecado que nos atribuye el enemigo, tenemos sin embargo otros por los que somos justamente castigados? Hay quizá uno que te llama ladrón, sin que lo seas; oyes el oprobio, mas con todo no eres ladrón del tal modo que dejes de ser alguna otra cosa desagradable a Dios. Ahora bien, si aquel que nada absolutamente había robado, si aquel que con la mayor verdad había dicho: "Viene el Príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí"¹, fué llamado pecador; fué llamado malvado, fué llamado Belcebú, fué llamado loco, ¿desdeñas tú, oh siervo, oír por los méritos tuyos lo que el Señor oyó sin ningunos méritos suyos? Él vino para darte ejemplo, y como si hubiese hecho esto en vano, no quieres tú aprovecharte. Porque ¿a qué fin oyó él tales oprobios, sino para que al oírlos tú no desfallecieses? He aquí que los oyes tú y flaqueas: luego en vano los oyó él, porque no los oyó por sí, sino por ti. "Sufrió por ti el oprobio: la confusión cubrió mi rostro"². (*Enar. in Ps. 68, Serm. 1, n. 12*).

¹ Joan. 14, 30.

² Ps. 68, 8.

DOMINGO DE PASIÓN

JESÚS ES LLEVADO A PILATO Y ES ACUSADO ANTE ÉL

“LLEVAN, pues, a Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Y era por la mañana: y ellos no entraron en el pretorio”. Y exponiendo el Evangelista por qué no entraron en el pretorio, dice: “Por no contaminarse, y por poder comer la Pascua”. Porque habían comenzado los días de los ácidos, en los cuales era para ellos una mancha el entrar en la habitación de un extranjero. ¡Oh ceguedad impía! ¿Serían contaminados por la habitación ajena y no por el delito propio? Temían mancharse en el pretorio del juez extranjero y no temían mancharse con la sangre del hermano inocente: Concepto, por no decir ahora otro, en que la conciencia de ellos se probaba criminal. Porque el ser también el Señor aquel que era conducido a la muerte por la impiedad de ellos y el autor de la vida aquel que iban a sacrificar, no se piense que estaba en su conciencia, sino en su ignorancia.

“Pilato, pues, salió fuera a ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te le hubiéramos entregado”. Pregúntese y respondan los libertados de los espíritus inmundos, los enfermos sanados, los leprosos limpiados, los sordos con oído, los mudos con habla, los ciegos con vista, los muertos resucitados, y lo que es más, los ignorantes hechos sabios; pregúntese a todos éstos y respondan si Jesús es malhechor. Pero esto decían aquéllos de quienes el mismo Señor había anunciado por el Profeta: “Volvíanme males por

bienes”¹. “Pilato les dijo entonces: Tomadle, allá vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: No nos es lícito a nosotros matar a alguno”. ¿Qué es lo que habla la insana crueldad? ¿Acaso no mataban al que ofrecían para que se le quitase la vida? ¿Acaso no mató la cruz? De tal modo pierden el juicio los que, en vez de seguir, persiguen a la sabiduría. ¿Qué quiere decir “No nos es lícito a nosotros matar a alguno”? Si es malhechor, ¿por qué no es lícito? ¿Por ventura no les mandó la ley² que no perdonasen a los malhechores y especialmente a los seductores (cual creían a éste) que los apartasen de su Dios? Pero ha de entenderse que ellos dijeron no serles lícito matar a alguno, atendida la santidad de la fiesta que ya comenzaran a celebrar y por cuya mira temían mancharse aun con la entrada en el pretorio. ¿A tal extremo ha llegado vuestra dureza, falsos israelitas? ¿Hasta ese punto la excesiva malicia os ha hecho perder toda sensatez que os creáis limpios de la sangre del inocente porque le habéis entregado a otro para derramarla? ¿Acaso Pilato ha de matar con sus propias manos al que habéis puesto bajo su potestad para que le quite la vida? Si no habéis querido darle muerte, si no le habéis puesto asechanzas, si con dinero no habéis comprado su entrega, si no le habéis aprehendido, atado y conducido, si no le habéis presentado en las manos y pedido con voces su muerte, jactaos de que no le habéis matado vosotros. Pero si sobre todos estos hechos precedentes clamasteis: Crucifícale, crucifícale; oíd lo que el Profeta clama también contra vosotros: “Hijos de los hombres, los dientes de ellos armas y saetas, y la lengua

¹ Ps. 34, 12.

² Deut. 13, 5.

de ellos espada aguda"¹. Ved ahí con qué armas, con qué saetas, con qué espada quitasteis la vida al justo cuando dijisteis que no os era lícito matar a alguno. (*Tract. 114, in Joan., nn. 2, 3 y 4*).

"Salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ninguna causa. Costumbre tenéis vosotros que os suelte uno en la Pascua: ¿queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? Entonces volvieron a gritar todos diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón". No reprendemos, oh judíos, que por la Pascua deis libertad al delincuente, sino que deis muerte al inocente; pero si esto no se hiciese, tampoco se haría la verdadera Pascua. Los judíos errantes tenían la sombra de la verdad y con admirable dispensación de la divina sabiduría se llenaba la verdad de la misma sombra por medio de los hombres falaces; porque para que se efectuase la verdadera Pascua, era inmolado Cristo como cordero. (*Tract. 115, in Joan., n. 5*).

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

LOS JUDÍOS DIERON MUERTE A CRISTO CON LA LENGUA
CUANDO CLAMARON: CRUCIFÍCALE

UN EVANGELISTA dice que el Señor fué crucificado en la hora sexta, y otro, que en la hora tercia; si no lo entendemos, nos perturbamos. Comenzando ya la hora sexta se dice que Pilato se sentó en el tribunal; y a la verdad era la hora sexta cuando el Señor fué levantado en la Cruz. Pero otro Evangelista, mirando a la intención de los

¹ Ps. 56, 5.

judíos que pretendían parecer inmunes de la muerte del Señor, refiere sus acciones y los manifiesta reos diciendo que el Señor fué crucificado en la hora tercia. Y, en efecto, considerando todas las circunstancias de la lección evangélica y lo que pudo hacerse mientras el Señor era acusado ante Pilato para que le crucificase, hallamos que pudo ser la hora tercia cuando ellos clamaron: Crucifícale, crucifícale. Ellos, pues, cuando clamaron, le mataron más verdaderamente. Los ejecutores de la potestad le crucificaron en la hora sexta, y los transgresores de la ley clamaron en la hora tercia; lo que hicieron aquéllos con las manos en la hora sexta, eso mismo hicieron éstos con la lengua en la hora tercia. Más reos eran éstos que se ensañaban clamando, que aquéllos que administraban obedeciendo. Todo el discurso de los judíos, todo lo que pretendieron como cosa grande, fué esto: Matémosle, y no le matemos; quitémosle la vida de tal modo, que no se nos juzgue reos de su muerte. (*Enar. in Ps. 63, n. 5*).

Esto fué lo que pretendieron según habla el Evangelio; le entregaron al juez para parecer libres de su muerte, pues que habiéndoles dicho entonces el juez Pilato: "Tomadle, allá vosotros, y juzgadle según vuestra ley", respondieron: "No nos es lícito a nosotros matar a alguno"¹. ¿No os es lícito matar, y os es lícito entregar para la muerte? ¿Quién es, pues, el que mató?, ¿el que al oír los clamores cedió, o el que clamando por la muerte violentó? Dé el mismo Señor testimonio de por quiénes fué muerto; si fué por aquel Pilato que le condenó a muerte repugnándolo y a fin de evitarlo le azotó, le vistió de una púrpura ignominiosa y

¹ Joan. 18, 31.

azotado le presentó a vista de ellos para que, saciados al menos con el castigo de los azotes, no le instasen más para que le quitara la vida. A este fin también, viendo que perseveraban en su propósito, se lavó las manos, según leemos, y dijo: "Inocente soy yo de la sangre de este Justo"¹. Ve tú si fué inocente aquel que cuando menos cedió a los que clamaban; no obstante, mucho más delincuentes fueron aquellos que clamando pidieron su muerte. Pero preguntemos nosotros y oigamos al Señor a quiénes atribuya su muerte al decir: "Dormí conturbado"². Preguntémosle y digamos: Puesto que dormiste conturbado, dinos ¿quiénes te persiguieron?, ¿quiénes te dieron muerte?, ¿acaso fué Pilato que te entregó a los soldados para que te levantasen clavado en el madero? Oíd quiénes: "Los hijos de los hombres". Señaló ciertamente aquellos que toleró como perseguidores. Pero ¿de qué manera le mataron los que no manejaron el hierro? ¿Cómo pudieron darle muerte los que ni empuñaron la espada, ni le acometieron impetuosa al efecto? "Los dientes de ellos —dice—, armas y saetas, y la lengua de ellos, espada aguda". No atendas a las manos inermes, sino a la boca armada; de allí salió la espada con la cual se matase a Cristo; así como también de la boca de Cristo salió la que matase a los judíos. Porque tiene Cristo una espada de dos filos y al resucitar los hirió y separó de ellos a los que iba a hacer fieles suyos. Ellos ejercitaron la espada mala, y Cristo la buena; ellos las saetas malas, y Cristo las buenas; porque también el Señor tiene saetas buenas, que son las buenas palabras con las cuales traspasa al corazón fiel para ser amado. Son por lo mismo

¹ Matt. 27, 24.² Ps. 56, 5.

diferentes las saetas de éstos, y diferente su espada. "Hijos de los hombres, los dientes de ellos armas y saetas, y la lengua de ellos espada aguda". La lengua de los hijos de los hombres espada aguda y sus dientes armas y saetas. ¿Y cuándo hirieron sino cuando clamaron: Crucifícale, crucifícale? (*Enar. in Ps. 56, n. 12*).

MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

JESÚS ES AZOTADO

HABIENDO clamado los judíos, no para que en razón de la festividad de la Pascua les soltase Pilato a Jesús, sino al ladrón Barrabás, no al Salvador, sino al matador; no al que da la vida, sino al que la quita: "Pilato tomó entonces a Jesús y le azotó"¹. Ha de creerse que Pilato hizo esto no por otra causa que para que los judíos se juzgasen satisfechos con tales injurias y así desistiesen de ensañarse hasta la muerte de Jesús. Esto dan también a entender los ultrajes siguientes que el mismo Presidente permitió a sus soldados, o quizá les mandó, aunque esto lo haya llamado el Evangelista; porque dijo lo que los soldados hicieron después de la flagelación, mas no dijo que Pilato lo hubiese mandado. "Y los soldados —dice— tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y le vistieron un manto de púrpura. Y venían a él y le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; y le daban de bofetadas". Así se cumplía lo que Cristo tenía anunciado de sí mismo; así quedaban informados los Mártires para sufrir

¹ Joan. 19, 1.

cuanto agradase a sus perseguidores; así, ocultada por un poco tiempo la tremenda potencia, se recomendaba ante la imitación de la paciencia; así el reino que no era de este mundo vencía al mundo soberbio, no con la atrocidad de pelear, sino con la humildad de padecer; así en fin aquel grano que había de multiplicarse, se sembraba con horrible afrenta para que pululase con admirable gloria. (*Tract. 116, in Joan., n. 1*).

Atiende a los padecimientos de Cristo: atiéndele sin pecado alguno pagar lo que no robó; atiende a la Escritura que te dice: "El Señor castiga al que ama y azota a todo el que recibe por hijo"¹, y prepárate para ser azotado, o no esperes de otro modo ser recibido. "Azota —dice— a todo el que recibe por hijo". ¿Y serás tú por ventura el exceptuado? Si eres exceptuado de los padecimientos de Cristo, lo serás también del número de los hijos. ¿Y es así, dirás, que azota a todo hijo? Absolutamente es verdad que azota a todo hijo sin excluir a su Unigénito. Aquel único nacido de la sustancia del Padre, igual al Padre en la forma de Dios, Verbo por quien fueron hechas todas las cosas, no tenía dónde ser azotado; a fin de que no estuviese sin azote, fué vestido de la carne. Ahora bien, el que azota al Unigénito sin pecados, ¿dejará acaso sin azote al adoptivo con pecado? En sus padecimientos nos propuso Cristo el ejemplo. (*Serm. 46, n. 11*).

Ejercicio, no condenación, es la aflicción de los piadosos, como no sea quizá que nos espantemos de ver algún justo padecer cosas indignas y graves en este mundo y nos olvidemos de lo que toleró el justo de los justos y santo de los santos.

¹ Heb. 12, 6.

"El Rey de los reyes y el Señor de los que dominan"¹, fué prendido, atado, azotado, ultrajado con toda clase de afrentas, enclavado, colgado y muerto en un madero. Pesa con Cristo toda la tierra; pesa con Cristo al cielo y la tierra; nada criado puede pesarse con el Criador; ninguna obra puede ser comparada con el artífice. "Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él"², y sin embargo fué reputado nada por los perseguidores. Suframos por tanto lo que quisiere Dios que suframos, pues sabe como médico cuál es aún el dolor que es útil para curarnos y sanarnos. Está escrito en verdad: "La paciencia contiene obra perfecta"³, ¿y cuál será la obra de la paciencia si nada adverso padecemos? ¿Por qué, pues, rehusamos el tolerar los males temporales?, ¿es acaso porque tememos ser perfectos? Pero roguemos con confianza al Señor, gimamos y lloremos a fin de que se cumpla en nosotros lo que dice el Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas; antes hará que saquéis provecho de la misma tentación, para que podáis perseverar⁴. (*Serm. de Urbis excidio, c. 8*).

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

JESÚS ES CORONADO CON LA CORONA DE ESPINAS, O
MÁS BIEN CON LAS ESPINAS DE NUESTROS PECADOS

ALMA que te acercas a Cristo, tierra eres espinosa y árida. ¿Por dónde probamos que eres tal? Recuerda aquella sentencia que recibiste en los

¹ Apoc. 19, 16. ² Joan. 1, 3. ³ Jacob. 1, 4. ⁴ 1ª. Cor. 10, 13.

primeros padres, y encontrarás lo que de allí trajiste: "Espinass —dice— y abrojos te parirá" ¹. ¿Por ventura responderás que tú no eres tierra espinosa? Si no tuvieses espinas, no pondrías corona de espinas en la cabeza de tu Criador. Demasiado cargada estás de multitud de espinas, es decir, de pecados. (*Serm. de 4^a. feria, c. 2*).

La corona de espinas es puesta en su cabeza; por que las punzadas de nuestros pecados, con cuya remisión se ensalza la gloria del Redentor, sean comparadas a los secos abrojos. Procuremos ahora, por el contrario, que la vida de los miembros sea la corona de la cabeza. (*Serm. 153, n. 2, in App.*).

Atendiendo a nuestra salvación y a que pasemos esta vida útilmente, nuestro Señor se dignó darnos ejemplo de paciencia en todo lo que padeció en manos de los enemigos; para que no rehusemos nosotros sufrir por la dignidad evangélica penas semejantes, si tal fuese su voluntad. (*Serm. 218, n. 1*).

"Sufre al Señor, obra varonilmente y confórtese tu corazón, y sufre al Señor" ². ¿Qué quiere decir "Sufre al Señor"? Trabaja por tiempo y no trabajarás eternamente. Tu molestia es breve y tu bienaventuranza será eterna; padeces dolores por breve espacio, y te alegrarás sin fin. Pero ¿comienzas a flaquear entre las molestias? Pues para tu aliento se te propone el ejemplo de los padecimientos de Cristo. Mira a lo que sufrió por ti el que nada tenía por qué sufrir. Por mucho que tú padezcas, jamás llegarás a aquellos insultos, aquellos azotes, aquella vestidura ignominiosa, aquella corona de espinas, y en fin, no llegarás a aquella cruz, porque ya dejó de ser pena del género hu-

¹ Gen. 3, 18.

² Ps. 26, 14.

mano. Si entre los antiguos eran crucificados los criminales, ahora ya ninguno padece ese castigo. Así la cruz fué honrada y terminada. Terminada en pena, permanece en gloria. Desde los lugares de los suplicios hizo tránsito a las frentes de los emperadores. Y el que tanto honor dió a sus penas, ¿qué reservará a sus fieles? Con estas cosas, pues, y con este tal ejemplo "confirma el Señor a los justos". Ensáñense los pecadores cuanto quieran y cuanto se les permita: "confirma el Señor a los justos". Cualquiera penalidad que suceda al justo atribúyala a la voluntad divina, y no a la potestad del enemigo. Éste puede enfurecerse, mas no puede herir si el Señor no quiere; y si es su voluntad que hiera, sabe cómo ha de tomar por su cuenta al que es suyo. "Porque el Señor castiga al que ama y azota a todo el que recibe por hijo". ¿A qué, pues, gozarse el malvado porque mi Padre se sirve de él como de azote? A él le toma para el servicio y a mí me educa para la herencia. No debemos atender a lo que permita sobre los injustos, sino a lo que reserva para los justos.

Empero debemos desear a los mismos por quienes somos azotados, que se conviertan y a su vez reciban los azotes. Así por cierto instruía a sus fieles el que de Saulo había formado su azote, pero después convirtió también a Saulo. (*Enar. in Ps. 36, Serm. 2^o, nn. 4 y 5*).

JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

PILATO PRESENTA A JESÚS A LOS JUDÍOS, Y DICE: VED AQUÍ EL HOMBRE

“PILATO, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para que sepáis que no hallo en él causa alguna. Y salió Jesús llevando una corona de espinas y un manto de púrpura. Y Pilato les dijo: Ved aquí el hombre”¹. En esto aparece que los soldados ultrajaron de aquel modo a Jesús a sabiendas de Pilato, ya lo mandase, ya lo permitiese con el fin de que los enemigos bebiesen gratuitamente tales escarnios del Señor y no tuviesen más sed de su sangre. Jesús sale a la vista de ellos llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura, no brillante en imperio sino lleno de oprobio; y se les dice: “¡Ved aquí el hombre!”. Si le envidiáis rey, dejad de perseguirlo, pues que le veis caído; está azotado, está coronado de espinas, está cubierto de un manto vil, está insultado con amargas afrentas; ya que hierve la ignominia, enfríese la envidia. Mas no se enfría y si más bien se enardece y aumenta.

“Y cuando le vieron los Pontífices y los ministros, daban voces diciendo: Crucifícale, crucifícale. Pilato les dice: Tomadle allá vosotros y crucifícadle, porque yo no hallo en él causa. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios”. Ved otra envidia mayor, pues parecía pequeña la que tenían de la potestad real como afectada con ilícito atrevimiento, y sin embargo ninguna de las

¹ Joan. 19, 4.

dos cosas usurpó falsamente Jesús, sino ambas son verdaderas; es el Hijo Unigénito de Dios, y es el Rey constituído por él sobre Sión, su monte santo, y uno y otro se demostraría ahora, a no querer ser tanto más paciente cuanto era más poderoso. (*Tract. 116, in Joan., nn. 2 y 3*).

“Se aferraron en la palabra perversa”¹. Confirmaron: se obraron tantos milagros, no se movieron y sí persistieron en el consejo de la locución maligna. Es entregado Jesús al juez, el juez tiembla y los que le entregaron al juez no tiemblan; estremece la potestad y no se estremece la crueldad; quiere aquél lavarse las manos, y éstos manchan las lenguas. ¿Y por qué esto? “Confirmaron para sí la locución maligna”. ¿Cuántas y cuántas cosas hizo Pilato para que se refrenasen? ¿Cuánto dijo? ¿Cuánto hizo? Pero “confirmaron para sí la locución maligna: Crucifícale, crucifícale”. La repetición es la confirmación del lenguaje maligno. Veamos cómo le confirmaron para sí mismos. Pilato les dijo: “¿A vuestro Rey he de crucificar? Y respondieron los pontífices: No tenemos Rey, sino a César”. Confirmaron la locución maligna. Pilato les ofrecía Rey al Hijo de Dios y ellos recurrían al hombre; dignos se hicieron de tener a éste y de no tener a aquél. Oye todavía de qué modo confirmaron la locución maligna. Nada encuentro en este hombre —dice el juez— por lo cual sea digno de muerte, y los que confirmaron el lenguaje maligno dijeron: “Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre”². Confirmaron para sí la locución maligna. No para el Señor, sino “para sí”. ¿Y cómo no para sí cuando dicen: “Sobre nosotros y sobre nuestros hijos”? Por tanto lo que confir-

¹ Ps. 69, 5.

² Matt. 27, 25.

maron lo confirmaron para sí, porque la misma voz está anunciada en otra parte: Cavaron en mi presencia la hoya, y cayeron en ella. La muerte no mató al Señor, y sí él a la muerte; pero a ellos, mató la iniquidad, porque no quisieron matar a la iniquidad.

En el Señor fué muerta la muerte y en ellos vivió la maldad; viviendo, pues, en sí mismos la maldad, ellos fueron muertos. (*Enar. in Ps. 63, nn. 8 y 3*).

VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE DE CRUZ

“Los judíos gritaban diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; porque todo aquel que se hace Rey, contradice al César”¹. Amedrentando a Pilato con la enemistad del César para que diese muerte a Cristo, creyeron infundirle mayor temor que cuando le dijeron: “Nosotros tenemos ley y según la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios”. Ciertamente Pilato no temió la ley de ellos para matarle, sino que temió más bien al Hijo de Dios para no matarle; mas ahora no pudo desatender al César, autor de su potestad, del mismo modo que desatendió a la ley de gente ajena.

Con todo, sigue todavía el Evangelista y dice: “Pilato, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en su Tribunal en el lugar que se llama Lithostrotos y en el hebreo Gabbatha. Y era el día de la preparación de la Pascua y como la hora de sexta”. Sentado, pues, Pilato en su

¹ Joan. 19, 12.

tribunal, “dice a los judíos: Ved aquí vuestro Rey. Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale. Les dice Pilato: ¿A vuestro Rey he de crucificar?”. Todavía hace esfuerzos para vencer el terror que le habían infundido con el César, y diciendo: “¿A vuestro Rey he de crucificar?” trata de quebrantar con su propia ignominia a los que no pudo mitigar con la ignominia de Cristo; pero al fin es vencido por el temor.

Porque “respondieron los Pontífices: No tenemos Rey sino al César. Y entonces se lo entregó para que fuese crucificado”. Aparecería, pues, con la mayor claridad que Pilato procedía contra el César, si a los que profesaban no tener más rey que al César, les quisiera dar otro rey dejando sin castigo al que por tales atentados se le habían entregado para que le quitase la vida. “Y se lo entregó para que fuese crucificado”. (*Tract. 116, in Joan., números 7, 8 y 9*).

“Sálvame, oh Dios, porque entraron las aguas hasta mi alma”¹. Dice que entraron las aguas hasta su alma, porque aquellas turbas que significó con el nombre de aguas pudieron prevalecer hasta el punto de dar la muerte a Cristo. Prevalcieron para menospreciarle, para prenderle, para aprisionarle, para insultarle, para abofetearle, para escupirle. ¿Para qué más aún? Hasta la muerte. Por consiguiente “entraron las aguas hasta mi alma”. A esta vida llamó su alma hasta la cual pudieron acercarse con su crueldad.

“Vine a lo alto del mar y me sumergió la tempestad”. Gracias a la misericordia del que vino a lo alto del mar y se dignó ser tragado por la ballena marina; pero fué vomitado al tercero día.

¹ Ps. 68, 2.

Vino a la alta mar, en cuya profundidad estábamos nosotros sumergidos, en cuya profundidad habíamos nosotros naufragado. Allí vino él mismo y la tempestad le sumergió; porque tuvo allí que tolerar por olas a los mismos hombres y por tempestades las voces de los que decían: crucifícale, crucifícale. Al contestarles Pilato: No encuentro en este hombre causa alguna que merezca la muerte, crecían las voces de los que decían: Crucifícale, crucifícale. Aumentábase la tempestad hasta que se sumergió el que había venido a lo alto del mar. Y padeció el Señor entre las manos de los judíos lo que no padeció al andar sobre las aguas, y no sólo lo que él no había padecido, sino ni permitido que Pedro padeciese. "Vine a lo alto del mar y me sumergió la tempestad". (*Enar. in Ps. 68, Serm. 1, nn. 3 y 6*).

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN

JESÚS, CARGADO CON LA CRUZ, SALE PARA EL MONTE
CALVARIO

"TOMARON a Jesús y le sacaron fuera. Y llevando su cruz a cuestras, salió para aquel lugar que se llama Calvario y en hebreo Gólgota y allí le crucificaron". Iba, pues, Jesús al lugar donde iba a ser crucificado, llevando su cruz. Grande espectáculo; si le mira la impiedad, gran ludibrio; si la piedad, gran misterio; si le mira la impiedad, gran documento de ignominia; si la piedad, gran monumento de la fe; si le mira la impiedad, se ríe del rey que por cetro del reino lleva el madero

de su suplicio; si la piedad, ve al rey que lleva el madero para fijarse a sí mismo, y el que después había de fijar, aun en las frentes de los reyes; para ser despreciado a los ojos de los impíos en aquello en que habían de gloriarse los corazones de los Santos. Llevando en sus hombros la misma cruz suya, la recomendaba por cierto a Pablo, que había de decir: "Mas nunca Dios permita que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"¹; y llevaba el candelero para la lucerna que había de arder y que no tenía que ser puesta bajo el celmín. (*Tract. 112, in Joan., n. 3*).

En el hecho de llevar su cruz el mismo Señor cuando fué entregado para ser crucificado, dió la señal de continencia, y yendo delante demostró lo que debe hacer el que quisiere seguirle. Esto mismo amonestó también de palabra donde dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame"². (*Serm. 218, n. 2*).

¡Oh cristiano! ¿No sabes por dónde fué tu Señor?, ¿quieres que diga por dónde tienes que seguirle? Por las angustias, por los oprobios, por los falsos testimonios, por los esputos en el rostro, por las bofetadas y azotes, por la corona de espinas, por la cruz y por la muerte. ¿Por qué eres perezoso? Ve ahí que se te ha demostrado el camino. (*Serm. 345, n. 6*).

Porque a la verdad, si nuestra misma cabeza no quiso reinar en el cielo sin sufrir antes trabajos en la tierra; es decir, si el cuerpo que recibió abajo no quiso levantarle arriba sino por el camino de la tribulación, ¿por qué se atreven los miembros a esperar el poder ser más felices que su cabeza? "Si llamaron Belcebú al padre de familias, ¿cuánto

¹ Gal. 6, 14.

² Matt. 16, 24.

más a sus domésticos?"¹ No esperemos por lo mismo un camino más suave; vayamos por donde precedió y sigamos por donde guió; porque si nos desviásemos de sus huellas, perecemos. (*Enar. in Ps. 51, n. 1*).

"Los pasos del hombre serán dirigidos por el Señor y querrá su camino"². Si quieres el camino de Cristo y eres verdaderamente cristiano (porque cristiano es el que no desprecia el camino de Cristo, sino que quiere seguirle por sus mismos padecimientos), no quieras ir por otro camino que por donde él mismo fué. Parece duro, pero es el único camino seguro; otro quizá tiene delicias, pero está lleno de ladrones. "Y querrá su camino".

"Cuando cayere no será conturbado, porque el Señor confirma su mano". He aquí lo que es querer el camino de Cristo. Sucédale el padecer alguna tribulación, alguna deshonra, alguna afrenta, alguna aflicción, algunos daños, y cualquiera otro mal de los que en esta vida abundan para el género humano; propónese a su Señor y cuantos géneros de tentaciones padeció: "Y cuando cayere no será conturbado, porque el Señor confirma su mano", por haber padecido él primero. Porque ¿qué tienes que temer, oh hombre, cuyos pasos han sido dirigidos para que quisieres el camino del Señor? ¿Qué temerás? ¿Temerás los dolores? Cristo fué azotado. ¿Temerás las afrentas? El que expelía a los demonios oyó: "Al demonio tienes". ¿Temes quizá la conspiración y la facción de los malos? Contra él se conspiró. ¿Acaso no puedes manifestar tu buena conciencia en alguna acusación y padeces violencia porque son oídos contra ti los testigos falsos? Contra el mismo Señor dijeron

¹ Matt. 10, 25.

² Ps. 36, 23.

primero el falso testimonio, y no sólo antes de su muerte, sino aun después de su resurrección. Testigos falsos se introdujeron para que fuese condenado por los jueces; testigos falsos se acercaron para ser centinelas del sepulcro. (*Enar. in 36, Serm. 2, nn. 16 y 17*).

DOMINGO DE RAMOS

JESÚS, CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES, ES BLASFEMADO POR UNO Y SUPLICADO POR OTRO

"LLEVANDO SU CRUZ A CUESTAS salió para aquel lugar que se llama Calvario y en hebreo Gólgota; y allá lo crucificaron, y con él a otros dos de una parte y otra, y a Jesús en medio"¹. Estos dos eran ladrones; según la narración de los otros Evangelistas, con los cuales fué crucificado Cristo y entre ellos fijado: así lo había anunciado el Profeta diciendo: "Y fué contado entre los malvados"². (*Tract. 117, in Joan., n. 3*).

Dos ladrones pusieron a los lados del Señor, pero con diversa causa. Unidos se veían a los lados del pendiente, pero estaban muy separados. A ellos crucificaron sus delitos, y a Cristo los nuestros. No obstante, también en uno de ellos apareció bastante lo mucho que valía, no el tormento del que colgaba y sí la piedad del que confesaba. Adquirió el ladrón en el dolor lo que Pedro había perdido en el temor; cometió el delito, subió a la cruz, mudó la causa y compró el paraíso. Mereció mudar enteramente la causa el que no despreció en Cristo la semejanza de la pena. Los ju-

¹ Joan. 19, 17.

² Isai. 53, 12.

díos despreciaron al que hacía milagros y el ladrón creyó en el que estaba colgado. Reconoció al Señor consorte de la Cruz, y creyendo hizo fuerza al reino de los cielos. Entonces creyó en Cristo, cuando tembló la fe apostólica. (*Serm. 285, n. 2*).

La fe, pues, del ladrón floreció desde el madero cuando se marchitó la de los discípulos; fuera de que se había marchitado con el terror de la muerte del Señor para que reviviese con su resurrección. Los discípulos, pues, desconfiaron del que sufría la muerte, y el ladrón esperó en el que moría consorte; ellos huyeron del autor de la vida, y él rogó al compañero de la pena; ellos sintieron su muerte como de hombre, y él le creyó reinante después de la muerte; ellos abandonaron al fiador de la salvación, y él honró al socio de la cruz. Hallóse la medida del mártir en el que creyó en Cristo, cuando flaquearon los que después habían de ser mártires. (*Lib. 1, de Anima et ejus orig., c. 9*).

Aprisionado estaba el ladrón en todos los miembros, sus manos estaban clavadas, sus pies traspasados y todo su cuerpo sujeto al madero; aquel cuerpo no vacaba en los demás miembros, y sólo vacaban la lengua y el corazón; con el corazón creyó, y con la lengua confesó. "Señor —dijo—, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino"¹. Esperaba su bienaventuranza mucho después, y se contentaba con obtenerla pasado largo tiempo; esperábala a lo lejos, y el día no se dilató. Él dijo: "Acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino", y el Señor le respondió: "En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso". Hoy —dice— serás conmigo en el Paraíso. El Paraíso tiene árboles felices; hoy estás en el árbol de la cruz, y

¹ Luc. 23, 42.

hoy estarás conmigo en el árbol de la salud. (*Enar. in Ps. 39, n. 15*).

Con razón mereció el ladrón oír: "Hoy serás conmigo en el Paraíso"; se encomendaba ciertamente a grande misericordia, pero también reconocía sus propios méritos. "Señor —dice—, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino". Esperaba que había de estar en penas hasta que el Señor viniese a su reino y suplicaba que al menos en su venida alcanzase misericordia. Por eso el ladrón, atendiendo a sus méritos, difería su felicidad, pero el Señor ofrecía al ladrón lo que no había esperado; como si dijera: Tú pides que me acuerde de ti cuando habré venido a mi reino: "en verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso". Conoce a quién te encomiendas; yo, de quien crees que he de venir, estoy en todas partes antes de mi venida. Por lo mismo, aunque he de bajar a los infiernos, te tengo hoy en el Paraíso encomendado no a otro, sino conmigo mismo. Porque mi humildad descendió hasta los hombres mortales y a los mismos muertos, mas nunca mi divinidad se separó del Paraíso. Así las tres cruces fueron hechas tres causas. Uno de los ladrones insultaba a Cristo, y otro, habiendo confesado sus males, se encomendaba a la misericordia de Cristo. La cruz de Cristo, puesta en medio, no fué suplicio, sino tribunal; ciertamente, desde la cruz condenó al insultante y libró al creyente. Temed los insultantes y alegraos los creyentes; lo mismo que hizo en la humildad hará en la claridad. (*Serm. 285, n. 2*).

LUNES DE LA SEMANA SANTA

LOS JUDÍOS SE BURLAN E INSULTAN A CRISTO PENDIENTE EN LA CRUZ

CRISTO pudo ser burlado en cierto modo y reprendido entre los judíos; fué visto humilde, y fué despreciado. Ocultaba por cierto la majestad, y tenía a la vista la flaqueza. Fué despreciado en la que manifestaba, y no conocido en la que ocultaba. "Porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria"¹. Y si fué despreciado, colgado en el madero, ¿acaso ha de serlo todavía sentado en el cielo? Agitaron la cabeza los que le crucificaron, y puestos delante de su cruz, y como quienes consiguieran el fruto de su crueldad, decían insultando: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. A otros salvó, y a sí mismo no puede salvar; descienda ahora de la cruz, y le creemos"². No descendía porque estaba oculto. Mucho más fácilmente podía descender de la cruz el que pudo resucitar del sepulcro. Para nuestro aprovechamiento demostraba la paciencia y difería la potencia. (*Serm. 87, n. 9*).

Gozáronse los judíos cuando vieron a Cristo crucificado; creyeron haber llenado su voluntad de dañar; vieron a Cristo pendiente en la cruz como fruto alcanzado de su crueldad, y agitaron la cabeza diciendo: "Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz". No descendía el que podía; no demostraba la potencia, y sí enseñaba la paciencia. Porque si al decir ellos esto descendiera de la cruz, parecería como que había cedido a los que le insulta-

¹ 1ª. Cor. 2, 8.

² Matt. 27, 39.

ban y se creería que vencido no había podido tolerar los oprobios; con más razón permaneció en la cruz cuando ellos le insultaban, y fijado cuando ellos bambalearan. Por lo mismo, pues, agitaban sus cabezas, porque no estaban unidos a la verdadera cabeza. (*Enar. in Ps. 40, n. 13*).

¡Oh vosotros que agitáis la cabeza delante de la cruz, y no fijáis la cabeza en la Cabeza que pendía en la cruz! Justamente se mueve la cabeza de los insultantes mientras no sea cabeza el mismo a quien se insultaba. (*Enar. in Ps. 103, Serm. 1, n. 5*).

Cristo nos enseñó abiertamente la paciencia. El que no quiso hacer lo que provocaban los judíos, hizo en verdad lo que era más fuerte. Porque el resucitar del sepulcro es de mucho más poder que el descender de la cruz. (*Enar. in Ps. 40, n. 13*).

El Señor no descendió en efecto y sí permaneció fijado en la cruz para ausentarse cuando quisiese. Nosotros, pues, para quienes se obró esto, entendamos el poder de nuestro Señor Jesucristo oculto entonces, pero que ha de ser manifiesto en el juicio, y del cual está dicho: "Dios vendrá manifiesto; Dios nuestro, y no callará"¹. ¿Qué es, vendrá manifiesto? Por cuanto vino oculto, vendrá manifiesto nuestro Dios, esto es, Cristo. "Y no callará". ¿Qué es no callará? Por cuanto primero calló. ¿Cómo calló? Cuando fué juzgado, para que se cumplierse aun esto que había anunciado también el Profeta: "Fué llevado como una oveja al sacrificio, y como un cordero sin voz a presencia del que le trasquila, así no abrió su boca"². Si, pues, no quisiera padecer, no padecería; si no padeciera, su sangre no se derramaría; si aquella sangre no se

¹ Ps. 49, 3.

² Isai. 53, 7.

derramara, el mundo no quedaría redimido. Y así, demos gracias a la potestad de la divinidad y a la misericordia de la flaqueza en Cristo; démoslas ya por el poder oculto que no conocieron los judíos, ya por la carne tomada que habían conocido. (*Tract. 37, in Joan., n. 10*).

MARTES DE LA SEMANA SANTA

JESÚS PENDIENTE DE LA CRUZ TOLERA LOS OPROBIOS
E INSULTOS DE LOS JUDÍOS PARA LA SALVACIÓN DE
ELLOS Y PARA NUESTRO EJEMPLO DE PACIENCIA

CRISTO quiso padecer por nosotros. Así lo dice el Apóstol San Pedro: "Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas"¹. Te enseñó a padecer y te enseñó padeciendo. Poco era la palabra si no se añadiera el ejemplo. ¿Y cómo enseñó, hermanos? Colgado estaba de la cruz y los judíos se ensañaban; él pendía de duros clavos, mas no perdía la mansedumbre. Ellos se enfurecían, ellos ladraban alrededor y ellos insultaban al que estaba colgado; a semejanza de un médico sumo puesto en medio, le rodeaban como furiosos frenéticos. Él estaba pendiente y sanaba. "Padre —dice— perdónalos, porque no saben lo que hacen"². Pedía, y con todo estaba pendiente; no descendía porque con su sangre formaba el medicamento para los frenéticos. Al fin, por cuanto las palabras del Señor que pedía y que a la vez oía a su misma misericordia, pues que pidió al Padre y con el Padre oyó; por cuanto aquellas palabras no pudieron dirigirse en

¹ 1ª. Pet. 2, 21.

² Luc. 23, 34.

vano, sanó después de su resurrección a los insánimos que toleró pendiente en la cruz. (*Serm. 284, n. 6*).

Estos frenéticos que se creían sanos enfermaban del mayor peligro y desesperación; y en la misma fiebre con que habían perdido el juicio, herían también al médico. Poco es herían: lo diré todo; no sólo le herían, sino que también le quitaban la vida. Pero él era Médico aun cuando le daban muerte; era azotado, y curaba; padecía los golpes del frenético y no desamparaba al enfermo; era prendido, aprisionado, herido con caña, mofado e insultado; era por fin oído, condenado, suspendido en el madero y de todas partes se bramaba a su rededor; y era el médico.

Reconoce a los frenéticos, reconoce también al médico: "Padre —dice—, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Ellos, perdido el juicio, se ensañaban y ensañándose derramaban la sangre del médico; mas él hacía aun de su misma sangre las medicinas para los enfermos, porque no en vano dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Ruega el cristiano, y es oído; ruega Cristo, ¿y no será oído? El que oye con el Padre, como Dios que es, ¿no será oído como hombre que se hizo por nosotros? Totalmente fué oído. (*Serm. 175, nn. 2 y 3*).

No quedó sin efecto aquella voz. Murió, fué sepultado, resucitó; pasados cuarenta días con sus discípulos, subió al cielo, envió al Espíritu Santo sobre los que esperaban su promesa. Ellos fueron llenos del Espíritu Santo recibido, y comenzaron a hablar en las lenguas de todas las gentes. Entonces los judíos que lo presenciaban, espantados de que unos hombres imperitos, idiotas y a quienes

habían conocido criados con ellos en un idioma, hablasen todas las lenguas en el nombre de Cristo, quedaron atemorizados; Pedro les habló, y aprendieron el origen de aquel don. Le comunicó aquel que estuvo pendiente en la cruz. Le comunicó aquel que fué mofado, suspendido en el madero para dar al Espíritu Santo, sentado en el cielo. Oyeron y creyeron aquellos de quienes había dicho: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Creyeron, fueron bautizados y la conversión se efectuó. ¿Y qué conversión? Creyendo, bebieron la sangre de Cristo que enfureciéndose derramaron. (*Serm. 80, n. 5*).

Aquel que fué aprehendido, abofeteado, azotado, escupido, coronado de espinas, colgado en la cruz, muerto, herido con la lanza, depuesto y colocado en el sepulcro; aquel mismo es Nuestro Señor Jesucristo; aquel mismo totalmente, y el mismo es todo el médico de nuestras llagas; aquel crucificado a quien se insultó y que estando pendiente agitaban la cabeza sus perseguidores y decían: "Si es Hijo de Dios, baje de la cruz"; el mismo es todo nuestro médico, el mismo absolutamente. ¿Por qué, pues, no manifestó a los insultantes que él mismo era el Hijo de Dios, para que, ya que permitió ser levantado en la cruz, bajara de ella, al menos cuando le decían: "Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz", manifestándoles así que él mismo, a quien se atrevían a insultar, era el verdadero Hijo de Dios? Porque no quiso. ¿Y por qué no quiso?, ¿acaso porque no pudo? Pudo en verdad. ¿No es por cierto más resucitar del sepulcro que descender de la cruz? Pero toleró a los insultantes, porque la cruz fué elegida, no para prueba del poder, sino para ejemplo de la paciencia. Allí curó

tus llagas, donde por largo tiempo sufrió las tuyas; allí te libró de la muerte eterna, donde se dignó morir temporalmente. Murió en efecto; ¿y no fué muerta en él la muerte? ¿Cuál es la muerte que mató a la muerte? (*Tract. 3, in Joan., n. 3*).

MIÉRCOLES DE LA SEMANA SANTA

JESÚS PENDIENTE DE LA CRUZ RUEGA POR SUS ENEMIGOS

"Y tú, Señor Dios compasivo y misericordioso, sufrido y muy misericordioso, y veraz"¹. ¿Por qué sufrido y muy misericordioso y compasivo? Porque pendiente en la cruz dice: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". ¿A quién pide? ¿Por quiénes pide? ¿Quién pide? ¿Dónde pide? El Hijo pide al Padre, crucificado por los impíos, entre las mismas injurias, no ya de las palabras, sino de la muerte dada, y pendiente en la cruz; como si tuviera extendidas las manos para orar por ellos de tal modo que se dirigiese su oración como incienso en la presencia del Señor y la elevación de sus manos como sacrificio vespertino. (*Enar. in Ps. 85, n. 20*).

"En lugar de amarme me infamaban, mas yo oraba"². No dijo por cierto lo que oraba; ¿pero qué otra cosa entendemos más bien que por ellos mismos? Porque infamaban sumamente al Crucificado cuando se burlaban de él como de hombre a quien juzgaban haber vencido; desde aquella cruz dijo él: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"; para ya que ellos en lo profundo de la malignidad le devolvían males por bienes, él

¹ Ps. 85, 15.

² Ps. 108, 4.

en lo sumo de la benignidad les devolviese bienes por males. (*Enar. in Ps. 108, n. 5*).

Cuando aquel tullido que se sentaba a la puerta del templo se levantó a la voz de Pedro y anduvo por su pie, causando admiración a los presentes, les habló Pedro y dijo que no había hecho aquello por su propio poder, sino por virtud de aquél a quien ellos crucificaron. Compungidos entonces muchos dijeron: ¿Qué haremos? Viéronse reos de un gran crimen de impiedad por haber dado muerte al que debieron venerar y adorar, y pensaban que esto era inexplicable. Grande era por cierto el crimen cuya consideración les hiciera desconfiar; pero no debieron desesperar aquéllos por quienes el Señor pendiente en la cruz se dignó orar diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Veía a ciertos suyos entre muchos ajenos, y ya pedía perdón para los mismos de quienes todavía recibía injuria. No atendía, pues, a que moría por mano de ellos, sino a que moría por ellos. Mucho es lo que se les concedió: recibir la muerte de ellos y por ellos; para que ninguno desespere del perdón de su pecado, cuando merecieron el perdón los mismos que dieron la muerte a Cristo. Por nosotros recibió la muerte Cristo, ¿pero acaso la recibió de nosotros? Sin embargo aquéllos vieron a Cristo que moría por sus delitos y creyeron en Cristo que perdonaba sus delitos. Hasta beber la sangre que habían derramado, no esperaron su salvación. (*Tract. 31, in Joan., n. 9*).

Contritos de corazón se convirtieron y redimidos con la sangre misma que vertieron, recibieron el perdón de tan preciosa sangre y tan impía como cruelmente derramada. Porque la sangre de Cristo de tal modo se ofreció en remisión de todos

los pecados, que pudiese borrarse aun el pecado mismo con que fué vertida. (*Tract. 92, in Joan., n. 1*).

"Aprended de mí, que manso soy y humilde de corazón"¹. Aprendamos de ti, que eres manso y humilde de corazón. ¿Y dónde pudo o debió aparecer así más ni más dignamente que en la misma cruz? Cuando los miembros colgaban del madero, cuando sus manos y pies estaban clavados, cuando los enemigos le injuriaban con sus lenguas, cuando éstos no se saciaban con la sangre vertida y cuando los enfermos no reconocían a su médico, entonces exclama: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Como si dijera: Yo vine a curar a los enfermos; su excesiva fiebre es la que hace que no me conozcan. Manso, pues, y humilde de corazón, dice: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (*Serm. 273, n. 3*).

Tú, siervo redimido con la sangre de tu Señor crucificado, ¿no imitarás a tu Salvador? Pero tu alma no quiere perdonar y se entristece porque le dices: No quieras aborrecer. Respóndele tú: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? ¿Por qué estás triste? No quieras aborrecer para que no me pierdas. ¿Por qué me conturbas? Espera en Dios. Estás lánguida, te falta el aliento y estás agravada con la enfermedad; no puedes arrojar de ti el odio. Espera en Dios; pues es tu médico; por ti pendió del madero y todavía no está vengado. ¿Por qué quieres tú ser ya vengada? Pues que para ser vengada es por lo que aborreces. Mira pendiente a tu Señor, mírale colgado en la cruz y mandándote desde ella como desde su tribunal. Mírale pendiente y haciendo con su sangre el medicamento para ti doliente. Mira al que está colgado, si quieres

¹ Matt. 11, 29.

vengarte; mira al que está pendiente, y oye al suplicante: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (*Serm. 5, nn. 3 y 49, n. 9*).

JUEVES SANTO

A JESÚS SEDIENTO EN LA CRUZ SE LE DA A BEBER VINAGRE

"DESPUÉS de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Sed tengo". Había allí un vaso de vinagre. Y ellos poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron a la boca. Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: "Consumado es. E inclinando la cabeza, dió el espíritu"¹. ¿Quién puede disponer lo que hace, del modo que este hombre dispuso todo lo que padeció? Pero es el hombre mediador entre Dios y los hombres²; hombre de quien se lee anunciado. Es también hombre, ¿y quién le conocerá? Porque los hombres por quienes se hacía todo esto no le conocían hombre Dios. Aparecía por cierto hombre el que se ocultaba Dios; padecía todas estas cosas el que aparecía, y todas ellas las disponía el mismo que se ocultaba. Vió, pues, que se consumaron todas las cosas que convenía se hiciesen antes de recibir el vinagre y de entregar el espíritu, y a fin de que también se consumase esto que la Escritura tenía anunciado: "Y en mi sed me dieron a beber vinagre"³, dijo: Sed tengo; como si dijera: Esto os falta que hacer, dadme lo que sois. Eran ciertamente los judíos mismos el vina-

¹ Joan. 19, 30.

² 1^a. Tim. 2, 5.

³ Isai. 68, 22.

gre, habiendo degenerado del vino de los Patriarcas y Profetas; y como de vaso lleno estaban henchidos de la iniquidad de este mundo, teniendo el corazón como esponja, fraudulento con escondrijos en cierto modo cavernosos y tortuosos. El hisopo, al cual rodearon la esponja llena de vinagre, por cuanto es una hierba humilde y que purga el pecho; le recibimos congruentemente por la humildad de Cristo, la cual rodearon y creyeron haber estrechado por todas partes. De ahí aquello del Salmo: "Me rociarás con hisopo y seré limpio"¹. Nos limpiamos en efecto con la humildad de Cristo, porque a no haberse humillado a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz, ciertamente no hubiera sido derramada su sangre para el perdón de los pecados, esto es, para nuestra purificación. (*Tract. 119, in Joan., n. 4*).

Al decir Jesús desde la cruz: "Sed tengo", buscaba la fe de aquéllos por quienes había dicho: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Pero aquellos hombres ¿qué dieron de beber al sediento? Vinagre. Vinagre se llama el vino viejo; con razón, pues, dieron a beber del hombre viejo, porque no quisieron ser nuevos. (*Enar. in Ps. 68, Serm. n. 14*).

¿De qué tuvo hambre y de qué tuvo sed Cristo, sino de nuestras buenas obras? Ayunaba por cierto en aquellos que le crucificaron y persiguieron, por cuanto ninguna obra buena había encontrado en ellos; devolvían, pues, la esterilidad a su alma. Y a la verdad, ¿cuál fué el ayuno del Señor que apenas encontró un ladrón a quien gustar en la cruz? Porque los Apóstoles habían huído y escondídose entre la multitud, y aquel Pedro que prometiera perseverar con el Señor hasta su muerte,

¹ Ps. 50, 9.

ya le había negado tres veces, ya había llorado y todavía se ocultaba entre la turba, todavía temía ser conocido. (*Enar. in Ps. 34, Serm. 2, n. 4*).

Jesús tuvo sed en la cruz; recibió la bebida, no de quien le compadecía, sino de quien le insultaba, y en la muerte bebió vinagre la fuente de la vida. (*Serm. 41, n. 7*).

Nos enseñó a beber ahora el cáliz de la amargura y a recibir después la salud eterna. Bebe tú, enfermo, el cáliz amargo para que seas sano, puesto que no tienes sanas las entrañas; no tiembles, pues para que no temblases le bebió primero él, médico, es decir, el Señor bebió primero la amargura de la pasión. Bebióle el que no tenía pecado y el que nada tenía que necesitase sanar. Bébele tú hasta que pase la amargura de este siglo y venga aquél donde ningún escándalo tiene lugar, ninguna ira, ninguna corrupción, ninguna amargura, ninguna fiebre, ningún fraude, ninguna enemistad, ninguna vejez, ninguna muerte, ninguna lucha. Trabaja aquí para llegar al fin, no sea que, no queriendo trabajar aquí, llegues al fin de la vida y nunca al fin de los trabajos. (*Enar. in Ps. 48, Serm. 1, n. 11*).

VIERNES SANTO

JESÚS MUERE

“Y LUEGO que Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado es. E inclinando la cabeza, dió el espíritu”¹. ¿Quién duerme así cuando quisiera, como murió Jesús cuando quiso? ¿Quién se desnuda así cuando quisiera, como Jesús se desnudó de la

¹ Joan. 19, 30.

carne cuando quiso? ¿Quién desaparece así cuando quisiera, como Jesús murió cuando quiso? ¿Cuán grande debe esperarse o temerse su potestad cuando juzgue, si tan grande apareció cuando moría? (*Tract. 119, in Joan., 6*).

Ninguno de nosotros nace porque quiere y ninguno de nosotros muere cuando quiere; mas el Señor cuando quiso nació y cuando quiso murió; del modo que quiso nació de la Virgen y del modo que quiso murió en la cruz. Todo lo que quiso hizo; porque era hombre de tal modo, que era también Dios oculto: Dios receptor y el hombre recibido, un Cristo Dios y hombre.

¿Qué hablaré de la cruz?, ¿qué diré? Eligió el género extremo de muerte para que sus mártires no temiesen género alguno de muerte. En el hombre manifestó la doctrina y en la cruz demostró el ejemplo de la paciencia. Allí la obra, porque fué crucificado; la cruz fué el ejemplo de la obra, y el premio de la obra, la resurrección. En la cruz nos manifestó lo que debemos tolerar y en la resurrección lo que debemos esperar. En fin, como Agontheta supremo dijo: Haz, y toma; haz la obra y recibe el premio. ¿Cuál es la obra? La obediencia. ¿Cuál el premio? La resurrección sin más muerte. (*Lib. 1º de Symbolo, c. 3*).

El Apóstol hablando de Jesucristo, Señor nuestro, dice: “Que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios”¹. ¡Cuánta dignidad! “Sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a la semejanza de hombres y hallado en la condición como hombre”. ¡Cuánta humildad! Se humilló Cristo; ve ahí, cristiano, lo que tú has de hacer. Cristo se hizo

¹ Philip. 2, 6.

obediente; ¿por qué te ensoberbeces tú? ¿Y hasta dónde se hizo obediente Cristo? Hasta la encarnación del Verbo, hasta la participación de la humana mortalidad, hasta la trina tentación del diablo, hasta la incisión del pueblo judío, hasta los esputos y ligaduras, hasta las bofetadas y azotes; si todo eso es poco, "hasta la muerte"; y así todavía ha de añadirse algo sobre el género de muerte, "la muerte de cruz". (*Serm. 304, n. 3*).

El Criador del hombre se dignó hacerse hombre; hízose lo que había hecho, para que el que había hecho no pereciese. ¿Qué podía añadirse a esta misericordia? Y sin embargo añadió. Fué poco para él hacerse hombre, y añadió el ser reprobado también por los hombres; era poco ser reprobado, y añadió el ser deshonrado; era poco el ser deshonrado, y añadió el ser muerto; aun esto era poco, y añadió el serlo con muerte de cruz. Así es que para recomendar el Apóstol la obediencia del Señor extendida hasta la muerte, le pareció poco decir: "Hecho obediente hasta la muerte"; porque no fué una muerte cualquiera, sino que añadió "y muerte de cruz". Entre todos los géneros de muerte, ninguno fué peor que aquél. Baste decir que cuando se padecen dolores vehementísimos se llama tormentos, en latín "cruciatu", dicho así de cruz. Los crucificados, pues, que colgaban del madero, clavados en él de pies y manos, eran muertos con muerte prolongada. No era por cierto lo mismo ser crucificado que ser muerto, sino que se vivía largo tiempo en la cruz; no porque se elegía la vida más larga, y sí porque la muerte misma se alargaba para que el dolor no finalizase pronto. Cristo quiso morir por nosotros y en esto decimos poco; pues que se dignó ser

crucificado hecho obediente hasta la muerte de cruz. El que había de exterminar toda muerte, escogió el extremo y pésimo género de muerte, y con la muerte pésima mató a toda muerte. Era pésima para los judíos que no la entendían, mas para el Señor era su escogida; porque había de tener a su cruz misma por divisa y como trofeo de su victoria contra el diablo, había de ponerla en la frente de los fieles, para que pudiera decir el Apóstol: "Mas nunca Dios permita que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"¹. Nada era entonces más intolerable en la carne, y nada es ahora más glorioso en la frente. (*Tract. 36, in Joan., n. 4*).

El que por vosotros fué fijado en la cruz, sea fijado en todo vuestro pecho. Mirad lo muy hermoso que es aquello mismo que en el Señor miran con burla los soberbios. Mirad a la luz interior las llagas del que está pendiente, las cicatrices del que resucita, la sangre del que muere, el precio del que cree y el comercio del que redime. Meditad cuánto vale todo esto y pesadlo en la balanza de la caridad. (*Lib. de sancta Virginit., cc. 54 y 55*).

SÁBADO SANTO

GUÁRDESE EL HOMBRE CRISTIANO DE QUE EL BENEFICIO DE LA PASIÓN DE CRISTO SEA MÁS BIEN PARA SU CONDENACIÓN QUE PARA SU PROVECHO

Nosotros, hermanos carísimos, para cuya salvación se han vaticinado y cumplido todas estas cosas, demos gracias a la divina misericordia y

¹ Gal. 6, 14.

con todas las fuezas trabajemos cuanto podamos para que los beneficios de Dios no nos produzcan la condenación y sí el aprovechamiento; para que cuando venga el día del tremendo juicio y de dar la cuenta, nuestro Señor y Salvador halle íntegro en nosotros cuando juez todo lo que nos dió cuando juzgado. Y ciertamente, cuando él venga ha de dar lo que prometió, pero ha de buscar lo que redimió; y en su segunda venida ha de exigir lo que dió en la primera. Aunque debamos confiar mucho en la misericordia de Dios, no debemos ser negligentes en temer su justicia; porque con justicia ha de juzgarte el que te redimió con misericordia. Si, pues, no nos castiga cuando por tan largo tiempo le ofendemos, no es negligencia, sino paciencia. No ha perdido el poder, sino que nos reserva para la penitencia. Temamos la justicia de aquél cuya misericordia deseamos; porque ahora perdona, mas no calla; y si aún calla, no siempre callará. Por tanto, oigámosle ahora cuando no calla en el precepto, si queremos que después nos perdone, cuando no calle en el juicio. Ahora por cierto se nos pide anticipadamente la misericordia, y entonces se exigirá de nosotros la justicia y dará a cada uno según sus obras y se cumplirá aquello que dijo el Apóstol: "Se hará juicio sin misericordia a aquel que no usó de misericordia"¹. (*Sermón 44, n. 8*).

Vendrá el tiempo de la gloria para que el mismo que vino en la humildad venga en la alteza. El que vino a ser juzgado, vendrá a juzgar, y el que vino a ser muerto por los muertos, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. "Dios —dice el Salmo— vendrá manifiesto nuestro Dios y no

¹ Jacob. 2, 13.

callará"¹. ¿Por qué dice vendrá manifiesto? Porque antes vino oculto. No callará entonces, porque cuando vino oculto, "fué llevado como una oveja para ser sacrificado, y como un cordero en presencia del que le trasquila no abrió su boca"². Vendrá y no callará. "Callé —dice—; por ventura ¿callaré siempre?" (*Tract. 28, in Joan., n. 6*).

El que vino a ser juzgado, vendrá a juzgar, y el que vino a no ser discernido, vendrá a discernir; porque Cristo no fué discernido de los impíos, sino juzgado con ellos; por lo cual se anunció de él: "Y fué reputado entre los malvados"³. El ladrón quedó libre, y Cristo fué condenado. Recibió el perdón el criminal, y fué condenado el que borró los crímenes de todos los confesos. No obstante, si bien lo miras, la cruz misma fué el tribunal de Cristo; porque constituido en medio como juez, el un ladrón que creyó en él fué salvo, y el otro que le insultó, condenado. Ya significaba allí lo que ha de hacer de los vivos y de los muertos, el que ha de poner a unos a la diestra y a la siniestra; el mal ladrón fué semejante a los que han de estar a la siniestra, y el bueno a los que han de estar a la diestra. Juzgado era y amenazaba con el juicio. (*Tract. 31, in Joan., n. 11*).

Crucificado estaba entre dos ladrones: a uno y a otro lado estaban crucificados los facinerosos y el Señor en medio. Y como si aquel madero fuese su tribunal, condenó al que le insultaba y coronó al que le confesaba. ¿Qué hará cuando venga a juzgar, si esto pudo cuando fué juzgado? (*Sermón 331, n. 2*).

¹ Ps. 49, 3.

² Isai. 53, 7.

³ Isai. 42, 14.

FIESTAS MOVIBLES

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

LA RESURRECCIÓN ES EL TRIUNFO DE CRISTO Y LA
ESPERANZA DEL CRISTIANO

LOS CRISTIANOS CONOCEMOS la resurrección verificada ya en nuestra cabeza y que ha de verificarse en los miembros. La cabeza de la Iglesia es Cristo, y los miembros de Cristo son la Iglesia. Lo que precedió en la cabeza se seguirá en el cuerpo. Esta es nuestra esperanza; para esto creemos, para esto sufrimos y perseveramos en medio de tanta malignidad de este siglo, consolándonos la esperanza mientras que la esperanza no se haga realidad. Porque será realidad cuando resucitemos también nosotros y mudados en el hábito celestial lleguemos a ser semejantes a los ángeles. ¿Quién se atrevería a esperar esto, si la Verdad no lo prometiera? (*Enar. in Ps. 65, n. 1*).

El Salvador murió, pero mató a la muerte; en sí dió fin a la que temíamos, recibíola, y la mató; como cazador sumo cogió al león y le quitó la vida.

¿Dónde está la muerte? Búscala en Cristo: ya no está, sino que estuvo y murió allí. ¡Oh vida, muerte de la muerte! Hermanos, tened buen ánimo, que también morirá en nosotros. Lo que ha precedido en la cabeza se efectuará también en los

miembros. En nosotros morirá también la muerte: ¿Pero cuándo? En el fin del mundo, en la resurrección de los muertos que creemos y de lo cual no dudamos. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo"¹. Sigue lo que has de temer. "Mas el que no creyere, será condenado". Luego la muerte morirá en nosotros y vencerá en los condenados. Donde la muerte no conoce muerte será sempiterna muerte, porque serán eternos los tormentos. En nosotros morirá, y no tendrá más lugar. ¿Queréis conocerlo? Os diré pocas palabras de los triunfantes para que sepáis lo que habéis de meditar, lo que habéis de cantar con el corazón, lo que habéis de esperar con todo anhelo y lo que habéis de buscar con la fe y buenas obras. Oíd las palabras de los triunfantes cuando no estén sujetos a la muerte y cuando en nosotros, como en nuestra Cabeza, morirá la muerte. El Apóstol San Pablo dice: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que es mortal se vista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria"². Os dije que morirá la muerte en nosotros: "Tragada ha sido la muerte en la victoria". Ésta es la muerte de la muerte. Será tragada para que no aparezca más. ¿Qué es para que no aparezca más? Para que no exista ni dentro, ni fuera. "Tragada ha sido la muerte en la victoria". Alégrese los triunfantes, y digan lo que sigue: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" ¿Dónde está? Agarraste, poseíste, venciste y te adjudicaste; heriste y mataste. "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" ¿No te rompió por

¹ Marc. 16, 16.

² 1ª. Cor. 15, 53.

ventura mi Señor? ¡Oh muerte! Cuando a mi Señor acometiste, entonces también para mí pericliste. (*Serm. 233, nn. 4 y 5*).

El Señor resucitó al tercero día, y en cierto modo nos dijo: Esperad en vosotros lo que veis en mí; esto es, por cuanto yo he resucitado resucitaréis también vosotros.

Pero dirá alguno: He ahí que el Señor ha resucitado; ¿acaso por lo mismo ha de esperarse que yo podré resucitar? Ciertamente por lo mismo; porque el Señor resucitó en aquello que recibió de ti. No resucitaría por cierto si no hubiese muerto, y no habría muerto si no hubiese tomado carne. ¿Qué recibió de ti el Señor? La carne. ¿Y qué vino él? Verbo de Dios, cual era antes de todas las cosas y por quien todas las cosas fueron hechas. Pero a fin de tomar alguna cosa de ti, "El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros"¹. Recibió de ti lo que ofreciese por ti; al modo que el Sacerdote recibe de ti lo que haya de ofrecer cuando quieres aplacar a Dios por tus pecados. Ya se hizo, y así se hizo. El Sacerdote nuestro recibió de nosotros lo que por nosotros había de ofrecer. De nosotros recibió la carne; en la misma carne se hizo víctima, se hizo holocausto y se hizo sacrificio. En la pasión se hizo sacrificio; en la resurrección renovó lo que había sido muerto, y lo dió a Dios como primicias tuyas y le dice: consagradas han sido ya todas tus cosas, cuando se han dado a Dios tales primicias de ti; espera, pues, que ha de suceder en ti lo que ha precedido en tus primicias. (*Enar. in Ps. 123, nn. 6 y 7*).

¹ Joan. 1, 14.

LUNES DE PASCUA

JESÚS SE APARECE EN EL CAMINO A LOS DOS DISCÍPULOS
Y ES CONOCIDO DE ELLOS EN LA FRACCIÓN DEL PAN

JESUCRISTO Señor nuestro después que resucitó de entre los muertos, habló en el camino a dos de sus discípulos que iban conversando sobre las cosas que habían acaecido, y les dijo: "¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando? ¿Y por qué estáis tristes?"¹. Jesús se les apareció: veíanle por sus ojos, y no le conocían. El Maestro andaba con ellos en el camino, y él mismo era el camino; y ellos no andaban aún en el camino, sino que los encontró salidos fuera de él. Porque cuando había estado con ellos antes de la pasión les había predicho todo lo que sucedería, que había de padecer, que había de morir y que al día tercero había de resucitar: Todo lo había predicho: pero la muerte suya fué el olvido de ellos. Cuando le vieron pendiente en la cruz se perturbaron de tal manera, que ya se olvidaban del que les enseñaba, no esperaban su resurrección y no retenían sus promesas. "Nosotros —dicen— esperábamos que él era el que había de redimir a Israel". ¡Oh discípulos! Esperabais; ¿luego ya no esperáis? (*Serm. 235, n. 2*).

"Nosotros esperábamos". ¿Es éste todo vuestro discipulado? El ladrón en la cruz os ha vencido. Vosotros habéis olvidado a aquel que os enseñaba, y él reconoció a aquél con quien estaba pendiente. "Nosotros esperábamos." ¿Qué esperabais? "Que él era el que había de redimir a Israel". Lo que

¹ Luc. 24, 17.

esperabais y perdisteis en aquel crucificado, esto reconoció el crucificado ladrón; porque dijo al Señor: "Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino"¹. Ved ahí que aquel mismo era el que había de redimir a Israel. Aquella cruz era la escuela, y allí enseñó el Maestro al ladrón. El madero del que colgaba fué hecho cátedra del que enseñaba. Pero lo que se ha devuelto a vosotros renueve la esperanza en vosotros. (*Serm. 234, número 2*).

Ved ahí, oh discípulos, que Cristo vive, y la esperanza en vosotros ha muerto. Vive ciertamente. Cristo resucitado encontró muertos los corazones de los discípulos, a cuyos ojos apareció, y no apareció; era visto, y estaba oculto. Porque si no era visto, ¿cómo oían y respondían al que les preguntaba? Con ellos caminaba como compañero, y él mismo era el guía. Veíanle en efecto, mas no le conocían, porque "los ojos de ellos estaban detenidos, para que no le conociesen". No estaban detenidos para que no le viesen, sino para que no le conociesen.

Ea, hermanos, ¿dónde quiso el Señor ser conocido? En la fracción del pan. Seguros estamos; partimos el pan y conocemos al Señor. Sólo en eso quiso ser conocido en gracia de nosotros que no teníamos que verle en carne, y no obstante, teníamos que comer su carne. Así, cristiano, cualquiera que seas, que no en vano te llamas cristiano, que no sin causa entras en la Iglesia, que con temor y esperanza oyes la palabra de Dios, consuélete la fracción del pan. La ausencia del Señor no es ausencia; ten fe, y contigo está el que no ves. Aquellos dos discípulos, cuando hablaba con ellos

¹ Luc. 23, 42.

el Señor, no tenían fe, porque no creían que hubiese resucitado ni esperaban que pudiese resucitar. Habían perdido la fe, habían perdido la esperanza. Caminaban muertos con el viviente; caminaban muertos con la vida misma. La vida caminaba con ellos, pero todavía no se había renovado la vida en ellos. Tú, pues, cristiano, si quieres tener la vida, haz lo que hicieron los dos discípulos para que conozcas al Señor. Hospedáronle en su casa. Porque el Señor dió a entender que iba más lejos, pero ellos le detuvieron; y luego que llegaron al sitio donde iban, le dijeron: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día". Detén al huésped si quieres conocer al Salvador. Lo que en aquéllos había quitado la infidelidad, lo devolvió la hospitalidad. El Señor, pues, se manifestó en la fracción del pan. Aprended vosotros dónde habéis de buscar al Señor, aprended dónde habéis de tenerle, aprended dónde habéis de conocerle cuando coméis. (*Serm. 235, nn. 2 y 3*).

Los fieles conocen lo que digo: conocen a Cristo en la fracción del pan. No es por cierto todo pan el que se hace cuerpo de Cristo, sino el que recibe la bendición de Cristo. Allí le conocieron los discípulos, se regocijaron, y volvieron a sus compañeros, halláronles ya sabedores de la resurrección y refiriendo lo que habían visto lo añadieron al Evangelio. (*Serm. 234, n. 2*).

MARTES DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

EL HOMBRE CRISTIANO HA DE CANTAR LA ALELUYA EN TIEMPO DE TAL MODO, QUE MEPEZCA CANTARLA EN LA ETERNIDAD

No sin causa, hermanos míos, conserva la Iglesia la costumbre de antigua tradición de que se diga Aleluya en estos cincuenta días. Aleluya es lo mismo que alabanza a Dios. Significa, pues, a nosotros la acción de nuestro descanso después de los trabajos presentes; porque, cuando por medio de este trabajo lleguemos a aquel descanso, todo nuestro negocio será la alabanza de Dios y toda nuestra acción allí será Aleluya. ¿Qué quiere decir Aleluya? Alabad a Dios. ¿Y quién alaba a Dios sin desfallecimiento sino los ángeles? No padecen hambre, ni sed, ni enferman, ni mueren. Nosotros también hemos dicho Aleluya; alcanzamos un cierto olor de la alabanza divina y de aquel descanso; pero en la mayor parte le detiene la mortalidad. Porque nos cansamos con la repetición y queremos reponer los miembros, y si por largo tiempo decimos Aleluya, nos es onerosa la alabanza de Dios por la pesadez de nuestro cuerpo. Así es que la plenitud sin interrupción en la Aleluya será después de este siglo y después de este trabajo. ¿Qué haremos, pues, ahora, hermanos? Digámosla ahora cuanto podemos para que merezcamos decirla eternamente. Allí nuestra comida será Aleluya, nuestra bebida Aleluya, nuestra acción de descanso Aleluya y todo nuestro gozo Aleluya, esto es, la alabanza de Dios. ¿Quién, pues, alaba alguna cosa sin defección, sino el que la

goza sin fastidio? ¿Y cuánta será la robustez en la mente, cuánta la inmortalidad y firmeza en el cuerpo para que ni la intención de aquella desfallezca en la contemplación de Dios, ni los miembros de éste sucumban en la continuación de la alabanza de Dios? (*Serm. 252, n. 3*).

Por tanto, carísimos, alabemos al Señor, alabemos a Dios y digamos Aleluya. Signifiquemos en estos días el día sin fin, signifiquemos el lugar de la inmortalidad y el tiempo de la inmortalidad; apresurémonos por llegar a la casa paterna. "Bienaventurados los que habitan en tu casa: alabarán-te por los siglos de los siglos"¹. La ley lo dice, la Escritura lo dice y la Verdad lo dice. Tenemos que llegar a la casa de Dios, que está en los cielos. Allí alabaremos a Dios, no por cincuenta días, y sí como está escrito, "Por los siglos de los siglos". Veremos, amaremos y alabaremos. Ni lo que veremos faltará, ni lo que amaremos perecerá, ni lo que alabaremos callará; todo será sempiterno, todo será sin fin. Alabemos ahora, alabemos; pero que no sea con solas las voces y sí alabemos también con las costumbres; alabe la lengua y alabe la vida. (*Serm. 254, n. 8*).

Aleluya se interpreta en latín: Alabad al Señor; alabémosle, hermanos, con la vida y con la lengua, con el corazón y con la boca, con las voces y con las costumbres. Así por cierto quiere Dios que se le diga Aleluya, para que no haya discordancia en el que le alaba. Concuerdan por tanto en nosotros la lengua con la vida y la boca con la conciencia. Concuerdan, vuelvo a decir, las voces con las costumbres; no sea que las voces buenas den testimonio contra las costumbres malas. ¡Oh feliz

¹ Ps. 83, 5.

Aleluya la del cielo, donde el templo de Dios son los ángeles! Allí subsiste en verdad la concordia suma de los alabadores, donde es seguro el regocijo de los cantores; donde ninguna ley en los miembros repugna a la ley de la voluntad y donde no hay riña de los apetitos en que pelagra la victoria de la caridad. Cantemos, pues, aquí la Aleluya todavía solícitos para que después podamos cantarla seguros. ¿Por qué aquí solícitos? ¿No quieres que esté solícito cuando leo: "Por ventura no es tentación la vida del hombre sobre la tierra"?¹ ¿No quieres que esté solícito cuando además se me dice "Velad y orad, para que no entréis en la tentación"?² ¿No quieres que esté solícito donde la tentación abunda de tal modo que nos lo prescribe la oración misma cuando decimos "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"?³ Diariamente pedidores, y diariamente deudores. ¿Quieres que esté seguro donde todos los días pido el perdón para los pecados y el auxilio para los peligros? Porque cuando por los pecados pasados digo "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", por los peligros futuros añadido y uno a continuación: "no nos dejes caer en la tentación".

¡Oh feliz Aleluya la de allí! ¡Oh Aleluya segura! ¡Oh Aleluya sin adversario allí donde ningún enemigo hay y ningún amigo perece! Allí las alabanzas a Dios, y aquí las alabanzas a Dios; pero aquí de los solícitos, y allí de los seguros; aquí de los que han de morir, y allí de los que siempre han de vivir; aquí en la esperanza, y allí en la realidad; aquí en el camino, y allí en la pa-

¹ Job. 7, 1.² Marc. 14, 38.³ Matt. 6, 12.

tria. Por tanto, hermanos, cantemos ahora, no para la satisfacción del descanso, sino para el consuelo del trabajo. Al modo que los caminantes suelen cantar, canta tú, pero anda; da alivio al trabajo cantando, y no ames la pereza; canta y anda. ¿Qué quiere decir anda? Adelanta y adelanta en lo bueno. Porque según el Apóstol hay algunos que van en peor. Tú, si adelantas, andas; pero adelanta en lo bueno, adelanta en la recta fe, adelanta en las buenas costumbres; canta y anda. No quieras errar, no quieras retroceder, no quieras quedarte parado. (*Serm. 256, nn. 1 y 3*).

PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN

LA ASCENSIÓN ES LA GLORIFICACIÓN DE CRISTO Y LA AMONESTACIÓN DEL CRISTIANO PARA QUE, TENIENDO QUE SEGUIR A CRISTO CON EL CUERPO, LE SIGA ENTRETANTO CON EL CORAZÓN

LA GLORIFICACIÓN de nuestro Señor Jesucristo se ha completado resucitando y subiendo a los cielos. En el domingo de Pascua celebramos su resurrección y hoy celebramos su ascensión. Uno y otro día son festivos para nosotros; porque resucitó para manifestarnos el ejemplo de nuestra resurrección, y subió a los cielos para desde allí protegernos. (*Serm. 263, n. 1*).

La naturaleza humana debe congratularse por haber sido tomada por el Verbo Unigénito para ser constituída inmortal en el cielo, y para que de tal modo fuese sublimada la tierra, que el polvo incorruptible se sentase a la diestra del Padre. De este modo dijo que había de ir al Padre. Y a la ver-

dad, iba al mismo que con él estaba; pero ir al Padre y separarse de nosotros era mudar y hacer inmortal lo mortal que recibió de nosotros y elevar al cielo aquello en que estuvo en la tierra por nosotros. ¿Y quién no se alegra en esto, amando a Cristo de modo que felicite a su naturaleza ya inmortal en Cristo y espera que él ha de ser lo mismo por Cristo? (*Tract. 78, in Joan, n. 3*).

Tenemos, pues, a nuestro Señor y Salvador Jesucristo primeramente pendiente en el madero y ahora sentado en el cielo. Estando pendiente en el madero dió el precio nuestro, y ahora sentado en el cielo recoge lo que compró. Cuando hubiere reunido lo que en verdad recogerá por tiempos, vendrá en el fin del tiempo, y como está escrito, "vendrá Dios manifiesto"¹; no de la manera que vino antes oculto, sino como está dicho, "manifiesto". Se necesitaba por cierto que viniese oculto para ser juzgado; mas vendrá manifiesto para juzgar. Porque si primero hubiera venido manifiesto, ¿quién se habría atrevido a juzgarle? Nadie; a cuyo propósito dice el Apóstol San Pablo: "Si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria"². Empero si no hubiese sido muerto el Señor, no muriera la muerte. El diablo quedó vencido en su trofeo. Alegróse, pues, el diablo cuando seduciendo al primer hombre le derribó en la muerte. Seduciendo al primer hombre, le dió muerte, y dando muerte al último, perdió del lazo al primero. Por consiguiente, se consumó la victoria de nuestro Señor Jesucristo cuando resucitó y subió al cielo, y se cumplió lo que se lee en el Apocalipsis: "El león de la tribu de Judá ha vencido"³. Fué llamado el mismo león, que

¹ Ps. 49, 3.² 1^a. Cor. 2, 8.³ Apoc. 5, 5.

fué muerto cordero; león por la fortaleza, y cordero por la inocencia; león porque invencible, y cordero porque manso. Y el mismo cordero muerto venció con su muerte al león que anda alrededor buscando a quién devorar; porque el diablo fué llamado león, no por la fortaleza, sino por la fiereza; y así dice el Apóstol San Pedro: "Sed sobrios, y velad; porque el diablo vuestro adversario anda como león rugiente alrededor de vosotros, buscando a quién tragar"¹. Dijo, pues, de qué modo rodea: "Como león rugiente, buscando a quién tragar". ¿Y quién no caería en los dientes de este león, a no haberle vencido el león de la tribu de Judá? Contra el león, el león, y contra el lobo, el cordero. Alegróse el diablo cuando murió Cristo, y con la misma muerte de Cristo quedó vencido el diablo; como en ratonera recibió la comida. Se gozaba en la muerte como propósito de la muerte, y en lo que se gozaba se le tendió el lazo. La ratonera del diablo, la cruz del Señor, y el cebo para ser cogido, la muerte del Señor. Pero ved aquí que resucitó nuestro Señor Jesucristo. ¿Dónde está la muerte que colgó del madero? ¿Dónde están los insultos de los judíos? ¿Dónde la arrogancia y soberbia de los que agitaban la cabeza delante de la cruz y decían: "Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz"? Hizo en verdad más de lo que ellos insultando exigían; porque más es resucitar del sepulcro, que descender de la cruz.

¿Y cuánta es ya, por cierto, su gloria habiendo subido al cielo? ¿Cuánta estando sentado a la diestra del Padre? Pero esto no lo vemos con los ojos, porque tampoco lo vimos pendiente en el madero. Sabemos todo esto por la fe, y lo vemos

¹ Pet. 5, 8.

con los ojos del corazón. Hoy, pues, hermanos, como habéis oído, subió al cielo Jesucristo Señor nuestro; suba también con él nuestro corazón. Oigamos al Apóstol que nos dice: "Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra"¹. Así, pues, como él subió sin retirarse de nosotros, del mismo modo nosotros estamos ya allí con él, aun cuando no se haya efectuado todavía en nuestro cuerpo lo que se nos promete. Él ya ha sido ensalzado sobre los cielos. Nosotros no desconfiamos de conseguir la perfecta y angélica habitación celestial por habernos dicho: "Ninguno subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo"²; pues dijo esto por la unidad en que él es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Cuando sube al cielo, no nos separamos de él nosotros. El que descendió del cielo no nos envidia el cielo, sino que en cierto modo clama: Sed miembros míos, si queréis subir al cielo. Por lo mismo, entretanto, fortalezcámonos en esto y en esto inflámonos todos nuestros deseos. Meditemos en la tierra que estamos computados en el cielo. Los que entonces hemos de desnudarnos de la carne de la mortalidad, desnudémonos ahora de la vejez de la voluntad. Fácilmente se elevará el cuerpo a lo alto de los cielos, si no oprime al espíritu la carga de los pecados. (*Serm. 263, nn. 1 y 2*).

¹ Colos. 3, 1.² Joan. 3, 13.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

EN LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SE NOS ENCOMIENDAN LA CARIDAD, LA PAZ Y LA UNIDAD

HERMANOS, nos ha venido el día grato en que la Santa Iglesia resplandece en la presencia de los fieles, y hierve en los corazones; porque celebramos hoy el día en que nuestro Señor Jesucristo, glorificado con la ascensión después de la resurrección, envió al Espíritu Santo. Así, pues, está escrito en el Evangelio, en el cual, después de decir el Salvador: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, de su vientre correrán ríos de agua viva"; siguiendo, el Evangelista expone y dice: "Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en él; porque aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado"¹. Restaba por consiguiente que, clarificado Jesús, cuando resucitó de entre los muertos y subió a los cielos, se diese ya el Espíritu Santo enviado por el mismo que le había prometido, como así se hizo. Habiendo, pues, el Señor conversado con sus discípulos por espacio de cuarenta días después de la resurrección, subió al cielo, y en el día quincuagésimo, que hoy celebramos, envió al Espíritu Santo, como está escrito: "Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que soplaba con ímpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos, y fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en va-

¹ Joan. 7, 37.

rias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen" ¹. Aquel viento limpiaba de la paja carnal los corazones; aquel fuego consumía el heno de la vieja concupiscencia, y aquellas lenguas, en que hablaban llenos del Espíritu Santo, señalaban a la Iglesia que había de extenderse por las lenguas de todas las gentes. Porque así como después del diluvio la soberbia impiedad de los hombres edificó contra Dios una torre elevada, mereciendo entonces el género humano ser dividido en diversas lenguas, para que cada una de las gentes hablase en la suya propia y no fuese entendida de las demás; así la humilde piedad de los fieles redujo a la unidad de la Iglesia la diversidad de aquellas lenguas, para que congregase la caridad lo que había separado la discordia, y los miembros dispersos del género humano, como de un cuerpo, se uniesen compaginados a la única cabeza, Cristo, y con el fuego del amor se fundiesen en unidad del cuerpo santo. (*Serm. 221, n. único*).

Por aquello mismo que es común al Padre y al Hijo, quisieron que nosotros tengamos comunión entre nosotros, con nosotros mismos y consigo, y congregarnos en uno por aquel don que ambos tienen uno, esto es, por el Espíritu Santo Dios y don de Dios. En este don, por cierto, nos reconciliamos con la divinidad y en ella nos deleitamos. Porque ¿qué nos aprovecharía todo lo bueno que conociéramos si además no lo amásemos? Así, pues, al modo que aprendemos con la verdad, amamos con la caridad; para que conozcamos más plenamente y bienaventurados gocemos de lo conocido.

"El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios" ². Porque a

¹ Act. 2, 2.

² Rom. 8, 16.

él mismo pertenece la sociedad con que nos hacemos un cuerpo del Hijo Único de Dios, y de ahí el estar escrito: "Si hay alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio de caridad, si alguna sociedad del Espíritu" ¹. Por esta sociedad, aquéllos sobre quienes vino primero hablaron en las lenguas de todas las gentes; porque así como por las lenguas está más unida la sociedad del género humano, así convenía se significase por las lenguas de todas las gentes que esta sociedad de los hijos de Dios y miembros de Cristo había de extenderse a todas ellas; y para que así como entonces aparecía haber recibido al Espíritu Santo el que hablaba en las lenguas de todas las gentes, del mismo modo ahora conozca haber recibido al Espíritu Santo el que está unido con el vínculo de paz de la Iglesia que se difunde por todas las gentes. Por eso dice el Apóstol: "Solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz" ². (*Serm. 71, nn. 18 y 28*).

Los que aborrecen la gracia de la paz y los que no conservan la sociedad de la unidad están enteramente ajenos a este don del Espíritu Santo. Porque aunque también ellos se congregan en este día y aunque oigan estas lecciones, en que el Espíritu Santo fué prometido y enviado, las oyen para la condenación, no para el premio. ¿Qué les aprovecha por cierto el percibir en los oídos lo que rechazan en los corazones y el celebrar el día de aquél cuya luz aborrecen? (*Serm. 271, n. único*).

¹ Philip. 2, 1.

² Eph. 4, 3.

LUNES DE PENTECOSTÉS

CUÁNTOS PRODIGIOS OBRÓ EL ESPÍRITU SANTO EN
AQUÉLLOS SOBRE QUIENES VINO

"PERO cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio"¹. ¿Por qué razón concierne esto a lo que acababa de decir, "Más ahora, y las han visto, y me aborrecen a mí y a mi Padre. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Que me aborrecieron de grado". ¿Acaso porque cuando vino el Consolador, el Espíritu de verdad convenció con testimonio más manifiesto a los que le vieron y aborrecieron? No sólo fué así, sino que aun a algunos de aquellos que le vieron y todavía le aborrecían los convirtió con la manifestación de sí mismo, atrayéndolos a la fe que obra por el amor. Recordamos que esto se efectuó así, para que así lo entendamos. En el día de Pentecostés vino por cierto el Espíritu Santo sobre ciento veinte hombres reunidos, y entre los cuales estaban también todos los Apóstoles: llenos éstos de él, como hablasen en las lenguas de todas las gentes, muchos de los que aborrecían al Salvador, llenos de asombro a vista de tan gran milagro (puesto que en las palabras de Pedro vieron darse de Cristo un testimonio tan grande y divino como era probarse resucitado y vivo el mismo que muerto por ellos se reputaba entre los muertos), compungidos de corazón, se convirtie-

¹ Joan. 15, 26.

ron, y redimidos con la sangre misma que derramaron, recibieron el perdón de aquella preciosa sangre, tan impía como cruelmente vertida. Porque la sangre de Cristo de tal modo se derramó en remisión de todos los pecados, que pudiese ser borrado aun el pecado mismo con que se vertió. Atendiendo, pues, a esto el señor, decía: "Me aborrecieron de grado; pero cuando viniere el Consolador, él dará testimonio de mí". Como si dijera: Aborreciéronme, y viéndome, me dieron muerte; pero el Consolador dará de mí tal testimonio, que los haga creer en mí no viéndome.

"Y vosotros —añade— daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio". Le dará el Espíritu Santo y le daréis también vosotros. Puesto que estáis conmigo desde el principio, podéis predicar lo que habéis visto, y el no hacerlo ahora es porque no tenéis todavía la plenitud de aquel Espíritu. "Él dará testimonio de mí, y vosotros lo daréis"; porque la caridad de Dios, difundida en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os dará, os comunicará confianza para dar testimonio. Por cierto que esta caridad faltó todavía a Pedro cuando, atemorizado por la pregunta de la mujer sirviente, no pudo dar el verdadero testimonio; antes bien contra su promesa negó tres veces, compelido por su gran temor. Este temor, pues, no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor¹. Finalmente, antes de la pasión del Señor el temor servil de Pedro fué preguntado por la mujer de la servidumbre, y después de la resurrección del Señor el amor liberal de Pedro fué preguntado por el Príncipe mismo de la libertad; y por lo tanto

¹ 1^a. Joan. 4, 18.

allí se turbaba y aquí se tranquilizaba; allí negaba al que había amado y aquí amaba al que había negado. Pero aun entonces también su amor había sido flaco y reducido hasta que lo robusteciese y dilatase el Espíritu Santo. Después que éste se le infundió con la abundancia de más copiosa gracia, de tal manera inflamó su pecho, en otro tiempo frío, para que diese testimonio de Cristo, y de tal manera abrió aquellos labios, antes azorados que habían suprimido la verdad, que cuando todos aquéllos sobre quienes había venido el Espíritu Santo hablaban en las lenguas de todas las gentes, estando rodeados de turbas de judíos, él solo se anticipó distinguiéndose sobre los demás para dar testimonio de Cristo, y con su resurrección confundió a los que le habían dado muerte. Si alguno tiene gusto en ver un tal espectáculo tan dulcemente santo, lea los Hechos de los Apóstoles; admire allí predicador al bienaventurado Pedro a quien había compadecido negador; vea allí aquella lengua pasada del miedo a la confianza, y de la servidumbre a la libertad, convertir tantas lenguas de enemigos a la confesión de Cristo, cuando no pudiendo antes sufrir una de ellas, se volvió para la negación. ¿Qué más? Aparecía en Pedro tanto resplandor de la gracia y tanta plenitud del Espíritu Santo, procedían de la boca de aquel predicador tantas luminosas sentencias de preciosísima verdad, que a los judíos de aquella gran multitud, adversarios que dieron la muerte a Cristo, dejó dispuestos a morir por él, siendo así que antes temía que aquéllos le matasen con él. Esto hizo el Espíritu Santo entonces enviado y antes prometido. El Señor preveía estos sus grandes y admirables beneficios cuando decía: "Mas

ahora, y las han visto, y me aborrecen a mí y a mi Padre. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: "Que me aborrecieron de grado. Pero cuando viniere el Consolador que yo enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio". Ciertamente, dando testimonio el Espíritu Santo, y haciendo testigos esforzadísimos, quitó a los amigos de Cristo el temor y convirtió el odio de los enemigos en amor. (*Tract. 92, in Joan., nn. 1 y 2*).

MARTES DE PENTECOSTÉS

CUÁN NECESARIO ES AL HOMBRE CRISTIANO EL AUXILIO DEL ESPÍRITU SANTO Y CUÁNTO DEBE IMPLORARSE

"MAS SI POR EL ESPÍRITU HICIEREIS MORIR LOS HECHOS DE LA CARNE, VIVIRÉIS"¹. Ésta es nuestra obra en la vida presente: hacer morir por el espíritu las acciones de la carne; afligirlas diariamente; disminuirlas, refrenarlas, matarlas. Hay muchas cosas que antes deleitaban y ya no deleitan a los aprovechados. Así, cuando una cosa deleitaba y no se la consentía, era mortificada; mas cuando ya no deleita, es muerta. Pisa al muerto, y pasa al vivo; pisa al postrado, y lucha con el resistente. Ha muerto por cierto una delectación, pero vive otra; mientras no la consientas, la mortificas; y cuando comenzare a no deleitarte absolutamente, la mataste. Éste es nuestro ejercicio, ésta es nuestra milicia. Cuando luchamos en esta contienda te-

¹ Rom. 8, 13.

nemos a Dios espectador, y cuando trabajamos en esta contienda pedimos a Dios auxiliador. Porque si él mismo no nos da auxilio, no podremos, no digo vencer, sino ni aun pelear.

Habiendo, pues, dicho el Apóstol: "Mas si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis"; esto es, aquellas concupiscencias de la carne que si no se consienten es gran mérito y si no se tienen es perfección; si por el espíritu hiciereis morir estas acciones mórbidas de la carne y que traen su contienda de la muerte, viviréis; habiendo dicho esto, es de temer que alguno presume en adelante poder dar muerte por su propio espíritu a las acciones de la carne. Porque no sólo Dios es espíritu, sino que lo es también tu alma y lo es tu voluntad. Y cuando dice: "Con el espíritu sirvo a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado"¹, es "porque la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne"². Por tanto, para que no presumas de tu espíritu para hacer morir los hechos de la carne, para que no perezcas por la soberbia, para que no se te resista como soberbia y no se deje de concederte la gracia por no humilde; porque "Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da gracia"³; para que por acaso no se produjese en ti esta soberbia, ve lo que sigue. Habiendo, pues, dicho el Apóstol: "Si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis", a fin de que con esto no se ensalzase el espíritu humano y se jactase de ser laeoneo y firme para esta obra, añadió y dijo: "Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios"⁴. ¿Por qué, pues,

¹ Rom. 7, 25.

² Gal. 5, 12.

³ Jacob. 4, 6.

⁴ Rom. 8, 14.

querías ya ensalzarte al oír "Si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis"? Habías de decir por cierto: Esto puede mi voluntad, esto puede mi libre albedrío. ¿Qué voluntad?, ¿qué libre albedrío? Como no rija aquel espíritu, caes; como él no levante, yaces. ¿De qué modo, pues, por tu espíritu, oyendo al Apóstol decir: "Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios"? ¿Quieres tú moverte a ti mismo y ser movido por ti mismo para hacer morir los hechos de la carne? ¿De qué te sirve el no ser epicúreo si eres estoico? Ora seas epicúreo, ora estoico, no estarás entre los hijos de Dios. "Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios". No los que viven según su carne, no los que viven según su espíritu; no los que son guiados por el deleite de la carne, no los que son movidos por su espíritu, sino "todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios".

Me dirá alguno: Luego somos movidos, y no nos movemos. Respondo: Antes bien te mueves, y eres movido, y entonces te mueves bien si eres movido por el bueno. Porque el Espíritu de Dios que te mueve es el auxiliador para que tú te muevas. El nombre mismo de auxiliador te prescribe que también tú mismo haces alguna cosa. Conoce lo que pides, conoce lo que confiesas cuando dices: "Sé mi auxiliador, no me desampares"¹. A Dios invocas en verdad como auxiliador. Ninguno es auxiliado si por sí mismo nada hace. "Porque todos —dice— los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios"; no por la letra, sino por el Espíritu; no por la ley que manda, amenaza

¹ Ps. 26, 9.

y promete, sino por el Espíritu que exhorta, ilumina y auxilia. "Sabemos —dice el Apóstol— que a los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien"¹. Si no fueses tú operador, él no sería cooperador. (*Serm. 156, nn. 9, 10 y 11*).

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

EN EL MISTERIO INEFABLE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CREA Y ADORE EL HOMBRE CRISTIANO A UN DIOS EN TRES PERSONAS

LLAMAMOS Dios al Padre y Dios al Hijo, pero sin embargo no los llamamos dos dioses. No podemos decir dos dioses, no podemos decir tres dioses, y no obstante, el que es el Padre no es el Hijo, el que es el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, no es el Padre, ni es el Hijo. Por tanto, aunque, según están instruidos los oídos católicos en el gremio de la Iglesia madre, ni aquel que es el Padre sea el Hijo, ni aquel que es el Hijo sea el Padre, ni el Espíritu Santo del Padre y del Hijo sea o el Hijo o el Padre, sin embargo no decimos que son tres dioses; por más que, si se pregunta de cada uno, nos es necesario confesar que es Dios cualquiera de que seamos preguntados.

Absurdo parece esto a los hombres que igualan lo usado a lo desusado, lo visible a lo invisible, y que comparan la criatura al Criador. Nos preguntan, pues, a veces los infieles y dicen: ¿Llamáis Dios al que llamáis Padre? Respondemos: Dios. ¿Llamáis Dios al que llamáis Hijo? Respon-

¹ Rom. 8, 28.

demo: Dios. ¿Llamáis Dios al que llamáis Espíritu Santo? Respondemos: Dios. Luego, dicen, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son tres dioses. Respondemos: No. Se turban porque no están iluminados; tienen el corazón cerrado porque no tienen la llave de fe. Nosotros, pues, hermanos, alumbrados por la fe que sana el ojo de nuestro corazón, abracemos sin oscuridad lo que entendemos, y creamos sin duda lo que no entendemos; no nos separemos del cimiento de la fe para que lleguemos a la cumbre de la perfección. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y sin embargo el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Padre, ni el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, es el Padre o el Hijo. Trinidad un Dios: Trinidad, una eternidad, una potestad, una majestad: Tres, pero no dioses. No me responda el calumniador, ¿Qué, pues, son los tres? Porque si son tres, dice, es menester que digas qué son los tres. Respondo: El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. He aquí, añade, que has dicho tres; pero expresa qué son los tres. Respondo: tú cuenta; pues que yo completo el número de tres cuando digo el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aquello, pues, que es el Padre en cuanto a sí, es Dios; lo que es con relación al Hijo, es Padre; lo que es el Hijo en cuanto a sí, es Dios; lo que es con relación al Padre, es Hijo.

Podéis conocer esto que digo por las semejanzas cotidianas. Demos un hombre y otro hombre de los cuales uno sea padre y otro hijo; el ser el primero hombre, lo es en cuanto a sí mismo; y el ser padre, lo es en cuanto dice relación al hijo, así el hijo, el ser hombre, lo es en cuanto a sí mismo, y el ser hijo, lo es en cuanto dice relación al padre.

Los nombres del padre y del hijo son por cierto correlativos, pero estos dos son dos hombres. Sin embargo, el Padre Dios es Padre con relación a alguna cosa, esto es, al Hijo, y el Hijo Dios es Hijo con relación a alguna cosa, esto es, al Padre; pero éstos no son dos dioses al modo que aquéllos son dos hombres. ¿Y por qué no es esto lo mismo allí? Porque aquello es una cosa y esto es otra; porque aquélla es la divinidad. Hay allí una cosa inefable que no puede explicarse con palabras, y es, que sea número y no sea número. Ved por cierto si no aparece como número el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Trinidad. Si son tres, ¿qué son los tres? Desaparece el número. Así Dios ni se aparta del número ni es comprendido en el número. Porque son tres, hay como número; si buscas qué son los tres, no hay número. Por esto se dijo: "Grande es el Señor nuestro, y grande su poder, y su sabiduría no tiene número"¹. Cuando comenzares a pensar, comienzas a numerar; cuando hubieres numerado, no puedes responder lo que numeraste. El Padre es Padre; el Hijo es Hijo; el Espíritu Santo es Espíritu Santo: ¿qué son estos tres, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo? ¿No son tres dioses? No. ¿No son tres omnipotentes? No. ¿No son tres criadores del mundo? No. ¿Luego el Padre es omnipotente? Omnipotente ciertamente. ¿Luego el Hijo no es también omnipotente? Omnipotente en verdad también el Hijo. ¿Luego el Espíritu Santo no es omnipotente? También el mismo es omnipotente. ¿Luego son tres omnipotentes? No, sino un omnipotente. Insinúan el número sólo en aquello que son relativamente, no en lo que son hacia sí. De consiguiente, porque

¹ Ps. 146, 5.

Dios Padre hacia sí es Dios juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo, no son tres dioses; porque hacia sí es omnipotente juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo, no son tres omnipotentes; mas porque hacia sí no es Padre, sino hacia el Hijo; ni el Hijo es hacia sí, sino hacia el Padre; ni el Espíritu Santo es hacia sí en aquello que se dice espíritu del Padre y del Hijo, no hay por qué les llame tres, sino al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo un Dios, un Omnipotente. (*Tract. 39, in Joan., nn. 2, 3 y 4*).

PARA LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI

ADMIRE EL HOMBRE CRISTIANO EL AMOR DE JESUCRISTO HACIA NOSOTROS, QUE EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA ALIMENTA A SUS CONVIDADOS CONSIGO MISMO Y EN ÉL NOS ENCOMIENDA LA CARIDAD, LA PAZ Y LA UNIÓN

AQUEL pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo; y aquel cáliz, o más bien lo que contiene aquel cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por estas cosas quiso el Señor Jesucristo encomendar su cuerpo y su sangre, la cual derramó por la remisión de los pecados. (*Serm. 227, n. 1*).

Ved ahí que el convite está preparado: encomendándose a sí mismo, dice: "Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo"¹. Manjar es que alimenta y no se acaba; que se toma y no se con-

¹ Prov. 23, 1.

sume; manjar que sacia a los hambrientos y permanece entero. (*Serm.* 28, n. 2).

Grande es la mesa en que las viandas son el mismo Señor de la mesa. Nadie alimenta de sí mismo a sus convidados; esto hace nuestro Señor Jesucristo, siendo él mismo el convidante, la comida y la bebida. (*Serm.* 329, n. 1).

El Padre del esposo convidó primero al pueblo de los judíos para las bodas de Cristo. Pero ¿qué dice el Evangelio? "Los que habían sido convidados, no fueron dignos"¹. Después fué convidada la multitud de todas las gentes y ella llenó la Iglesia, ella recibió de la mesa del Señor, no unos manjares viles, no unas bebidas despreciables, sino que gustó la carne y la sangre del Pastor mismo, del mismo Cristo sacrificado. Para las bodas fué muerto el mismo inocente cordero, para las bodas fué muerto, y de su carne alimentó a cuantos convidó. (*Serm.* 372, n. 2).

Os acercáis a la mesa del poderoso: ya que sabéis, fieles, a qué mesa os acercáis, recordad la Escritura que dice: "Cuando te acercas a la mesa del poderoso, sabe que es menester que tú prepares tales cosas"². ¿A qué mesa del poderoso te acercas? A la de aquel que te presenta a sí mismo, y no una mesa dispuesta por el arte de cocineros: Cristo te presenta su mesa, que es a sí mismo. Acércate a tal mesa y sáciate. Sé pobre, y serás harto. "Comerán los pobres —dice el Salmo— y se saciarán"³. "Sabe que es menester que tú prepares tales cosas". Para que lo entiendas, oye al expositor San Juan; porque quizá ignores lo que significa: "Cuando te acercas a la mesa del poderoso sabe que es menester que prepares tales co-

¹ Joan. 6, 51.

² Matt. 22, 8.

³ Ps. 21, 27.

sas". Oye al expositor: "Cristo puso su vida por nosotros, y nosotros debemos preparar tales cosas". ¿Qué es preparar tales cosas? "Poner nuestra vida por los hermanos"¹.

Tú te acercaste pobre para saciarte: ¿de dónde preparas tales cosas? Pídelas al mismo que te convidó, para que tengas con qué alimentar a él. Nada tendrás, si él no te lo diere. ¿Pero tienes ya algo de caridad? Ni aun eso te atribuyas a ti mismo: Porque ¿qué tienes tú, que no hayas recibido"². ¿Tienes ya alguna caridad? Pídele que la aumente, pídele que la perfeccione hasta que llegues a aquella mesa que es la mayor en esta vida. "Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos"³. Te acercaste pobre, y te retiras rico; o más bien, no te retiras, sino que permaneciendo serás rico. (*Serm.* 332, nn. 2 y 3).

Coman, pues, los que comen, y beban los que beben; tengan hambre y sed; coman la vida y beban la vida. Ese comer es repararse, y de tal modo queda reparado que no se acaba lo que te da las fuerzas. Ese beber, ¿qué es sino vivir? Come la vida y bebe la vida; tendrás la vida, y es entera la vida. Entonces, pues, será esto, es decir, el cuerpo y sangre de Cristo será vida para cada cual, si lo que se recibe visiblemente en el Sacramento se come en la misma verdad espiritualmente y espiritualmente se bebe. (*Serm.* 131, n. 1).

Hermanos, estas cosas en tanto se dicen Sacramentos, en cuanto se ve en ellas uno y se entiende otro. Lo que se ve tiene forma corporal y lo que se entiende tiene fruto espiritual. Si, pues, quieres entender lo que es el cuerpo de Cristo, oye al Apóstol decir a los fieles: "Vosotros sois cuer-

¹ 1^a. Joan. 3, 16.

² 1^a. Cor. 4, 7.

³ Joan. 15, 13.

po de Cristo y miembros de miembro" ¹. Luego si vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros, el misterio vuestro está puesto en la mesa del Señor y el misterio vuestro recibís. ¿Y por qué en pan? Nada aleguemos aquí de nuestro discurso y si oigamos otra vez al mismo Apóstol que hablando de este Sacramento, dice: "Un pan, un cuerpo somos muchos" ². Entendedlo y alegraos: Unidad, verdad, piedad y caridad. "Un pan": ¿quién es este un pan? "Un cuerpo muchos". Recordad que el pan no se hace de un grano, sino de muchos. Cuando erais exorcizados, como que erais molidos. Cuando fuisteis bautizados, fuisteis como amasados. Cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo, fuisteis como cocidos. Sed lo que veis y recibid lo que sois. Esto dijo del pan el Apóstol. Respecto del cáliz, aunque no dijo lo que habíamos de entender, manifestó lo suficiente. Porque así como para que haya forma visible del pan se amasan muchos granos en uno, como para que se verifique lo que de los fieles dice la escritura santa: "De la muchedumbre de los creyentes el corazón era uno y el alma una" ³; así también del vino. Hermanos, recordad de dónde se hace el vino. Muchos granos cuelgan para formar el racimo de uvas, pero el licor de los granos se confunde en la unidad. Así también nos significó Cristo Señor nuestro; quiso que nosotros perteneciésemos a él y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. Aquel que recibe el misterio de la unidad y no tiene el vínculo de la paz, no recibe el misterio en favor de sí, sino el testimonio contra sí. (*Serm. 272, n. único*).

¹ 1ª. Cor. 12, 27.² Id. 10, 17.³ Act. 4, 32.

FIESTA DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

En tiempo de San Agustín no estaba establecida esta fiesta, que hoy se celebra en el día siguiente de la Octava del Corpus. Como lectura en este día puede servir la del miércoles después del segundo domingo de cuaresma (pág. 455), que la Iglesia ha tomado para el oficio divino de su octava.

PARA LOS DÍAS
DEL ADVIENTO Y FIESTAS
SIGUIENTES

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

EL HOMBRE CRISTIANO, ATENDIENDO A LA VENIDA DE
CRISTO, PONGA SUMO CUIDADO PARA LIMPIAR Y ADOR-
NAR SU ALMA Y CONCIENCIA

ACERCÁNDOSE ya la solemnidad sacratísima en que nuestro Salvador quiso por su misericordia nacer entre los hombres, considerad con mayor atención, hermanos carísimos, de qué modo sea menester prepararnos en la venidad de tan alta potencia, para que alegres y gozosos merezcamos recibir a nuestro Rey y Señor con gloria y alabanzas y regocijarnos en su presencia, congratulándonos entre los felices coros de los Santos, antes que, repelidos de él por nuestra fealdad, merecer la confusión eterna entre los pecadores. Y por lo mismo os ruego y amonesto que trabajemos cuanto podamos con el auxilio de Dios, para que en aquel día podamos acercarnos al altar del Señor con pura y sincera conciencia, con corazón limpio y cuerpo casto, y merezcamos recibir su cuerpo y sangre, no para condenación, y sí para remedio de nuestra alma. Porque en el cuerpo de Cristo consiste nuestra vida, según el mismo Señor dijo: "Si no co-

micreis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros"¹. Mude, pues, la vida el que quiere recibir la vida; porque si no muda la vida, recibirá la vida para su condenación, y en vez de sanarse, se corrompe más bien con ella, y más bien se mata que se vivifica. Así por cierto lo dijo el Apóstol: "El que come el cuerpo del Señor y bebe su sangre indignamente, come y bebe su propio juicio"².

Aunque en todo tiempo debemos estar adornados y brillantes en buenas obras, según el mismo Señor nos advirtió en el Evangelio diciendo: "Vuestras obras deben brillar delante de los hombres", especialmente hemos de estar así en el día del Nacimiento del Señor. Considerad, os ruego, hermanos, cuando algún hombre poderoso desea celebrar el día natal suyo o de su hijo, con cuánto esmero y anticipación ordena que se limpie la casa de toda la inmundicia que vea, que se arroje todo lo inútil e inconveniente, y que se disponga todo lo útil y necesario; si la casa está algo oscura, se blanquea; se barren los pavimentos y adornan esparciendo diversidad de flores; todo cuanto puede contribuir a la alegría del ánimo y delicias del cuerpo se provee con la mayor solicitud. ¿Y para qué todo esto, hermanos carísimos, sino para que se celebre con gozo el día natal de un hombre que tiene que morir? Si, pues, tantas cosas preparas en tu natalicio, o en el de tu hijo, ¿cuántas y cuáles debes preparar habiendo de celebrar el Nacimiento de tu Señor? Si tales cosas dispones para el mortal, ¿cuáles debes disponer para el eterno? Por tanto, trabaja cuanto puedas para que Dios no halle en tu alma nada de lo que tú no quieres hallar en tu casa.

¹ Joan. 6, 54.

² 1^a. Cor. 11, 27.

Ciertamente si un rey terreno o cualquier padre de familias te convidase para celebrar su natalicio, ¿con qué vestidos tratarías de adornarte, qué nuevos y limpios, qué dignos, a fin de que ni la vejez, ni la vileza, ni fealdad alguna ofendiese a la vista del que te convidaba? Pues pon la misma diligencia, en cuanto puedes con el auxilio del Señor, para que compuesta tu alma con las diferentes galas de las virtudes y adornada con las perlas de la sencillez y las flores de la templanza celebre con conciencia segura la solemnidad del Rey eterno, esto es, la Natividad, del Señor Salvador, limpia por la castidad, brillante por la caridad y cándida por las limosnas. Si, pues, Cristo Señor nuestro te conociere así preparado para celebrar el día de su Nacimiento, se dignará de venir él mismo para no sólo visitar tu alma, sino también para descansar y habitar en ella perpetuamente, según está escrito: "Yo moraré en ellos y andaré entre ellos"¹. Y en otro lugar: "He aquí que estoy a la puerta, y llamo; si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo"². ¡Cuán feliz es aquella alma que con el auxilio de Dios procura gobernar su vida de modo que merezca recibir a Cristo como huésped y habitador! (*Serm. 115, nn. 1 y 2, in App.*).

¹ 2ª. Cor. 6, 16.

² Apoc. 3, 20.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

CUÁNTO DEBE PREPARARSE EL HOMBRE CRISTIANO POR MEDIO DE BUENAS OBRAS PARA LA FESTIVIDAD SACRATÍSIMA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

HERMANOS carísimos: Habiendo de celebrar con fidelísima devoción la solemnidad santa y deseable, gloriosa y singular, esto es, la Natividad del Salvador Señor nuestro, debemos, mediante su auxilio, prepararnos con todas nuestras fuerzas y registrar diligentemente todos los senos de nuestra alma, no sea acaso que haya en nosotros algún pecado oculto que confunda y remuerda a la conciencia y ofenda a los ojos de la divina Majestad. Porque aunque Cristo Señor nuestro resucitó después de su pasión y subió a los cielos, no obstante la fe nos enseña que mira y atiende exactamente al modo con que cada uno de sus siervos procura prepararse y componerse para celebrar su Natividad, libre de la avaricia, de la ira, de la soberbia y lujuria, y según como viere a cada cual adornado de buenas obras así le dispensará la gracia de su misericordia. Si, pues, le viere vestido de la luz de la caridad, adornado de los brillantes de la justicia y misericordia, casto, humilde, benéfico, benigno y sobrio; si tal le reconociere, le dispensará por el ministerio de sus Sacerdotes su mismo cuerpo y sangre, no para su juicio, sino para su remedio; mas si viere a alguno adúltero, dispuesto a la embriaguez, codicioso y soberbio, temo que se le diga esto que el mismo Señor dijo en el Evangelio: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de

boda"?¹ y, lo que Dios no permita, se mande lo que sigue: "Atado de pies y de manos arrojadle en las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujir de dientes". Ved ahí la sentencia que espera en el día del juicio al que manchado con los vicios se acercare a la festividad del Señor sin el remedio de la penitencia.

Por cierto, carísimos hermanos, en la Natividad del Señor se unió Cristo a su esposa la Iglesia con desposorio espiritual. Entonces nació de la tierra la verdad y entonces el esposo salió de su tálamo, esto es, el Verbo de Dios del vientre virginal. Salió, pues, con su esposa la Iglesia, es decir, recibió la carne humana. Por tanto, convidados nosotros a estas tan santas bodas y habiendo de entrar al banquete del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ved con qué vestidos deberemos ir adornados, y a este fin limpiemos cuanto podamos con la ayuda de Dios nuestros corazones y nuestros cuerpos, para que el celestial Esposo que nos convida, nada manchado descubra en nosotros, nada hediondo, nada oscuro y nada indigno de su presencia. A esto, pues, hermanos, debemos de atender, no de paso, sino con gran temblor, pues que estamos convidados a unas bodas en que nosotros mismos, si obramos bien, seremos la esposa. Consideremos a cuáles bodas, consideremos a cuál esposo o a cuál banquete somos convidados. Lo somos por cierto a la mesa donde no se presenta la comida de los hombres sino el pan de los ángeles. Veamos por lo mismo de evitar que en lo interior del alma, donde debemos ir adornados con las perlas de las buenas obras, aparezcamos envueltos con los andrajos antiguos de los vicios, y que cuando la castidad

¹ Matt. 22, 12.

hará limpios en los ojos de Dios a los que son buenos, presente entonces la lujuria, manchados, a los que son malos.

Por lo mismo, siempre que viene el día de la Natividad del Señor o de las demás festividades, procurad despojaros de toda ira; redimid los pecados pasados por medio de la limosna y la penitencia; no tengáis odio en el corazón contra ningún prójimo; lo que la vanidad solía perder por la gula, comience la justicia a invertirlo en los pobres por la misericordia, y lo que la lujuria o la glotonería disipó en el mundo, repóngalo la piedad en el cielo.

Y aunque en todo tiempo debemos ejercitarnos en las limosnas, hagámoslas especialmente en las santas festividades y en mayor abundancia, según nuestras facultades; ante todo convidando con frecuencia a los pobres para que participen de nuestra mesa. No es por cierto justo que en la santa festividad del pueblo cristiano, perteneciente todo a un Dios, haya unos que estén ebrios, y otros hambrientos. Tanto nosotros como todo el pueblo somos siervos de un Señor, con un mismo precio hemos sido redimidos, con igual condición hemos entrado en este mundo, del mismo modo hemos de salir de él, y si obramos bien, llegaremos a una misma bienaventuranza. ¿Y por qué no recibir contigo la comida el que contigo ha de recibir el reino? ¿Por qué no recibir el pobre aunque sea un vestido viejo estando llamado a recibir contigo la estola de la inmortalidad? ¿Por qué no merecer recibir tu pan el pobre que mereció contigo recibir el Sacramento del Bautismo? ¿Por qué ser indigno de recibir lo sobrante de tu mesa el que contigo ha de llegar al convite de los ángeles?

Oíd, hermanos, oíd, no el precepto mío, sino el precepto del Señor impuesto a todos. Dice, pues, en el Evangelio: "Cuando das una comida, o una cena, no llames a los ricos, no sea que te vuelvan ellos a convidar y te lo paguen. Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos, y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte, mas se te galardonará en la resurrección de los justos"¹. (*Serm. 116, n. 1 y sigs., in App.*).

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

EN ESTE SANTO TIEMPO DEL ADVIENTO CONSIDERE EL CRISTIANO A DOS HOMBRES: UNO POR QUIEN FUIMOS ANIMADOS Y OTRO POR QUIEN HEMOS SIDO REDIMIDOS

ÉSTE es el fundamento de la fe cristiana: Uno y uno; un hombre por quien nos vino la ruina y otro hombre por quien nos vino la edificación; por aquél la ruina y por éste la edificación. Cayó el que no permaneció y levantó el que no cayó. Aquél se precipitó porque dejó al permanente, y este permanente descendió en auxilio del yacente. (*Serm. 30, n. 5*).

Levantad la fe y vele vuestro corazón; recordad al hombre en quien fuisteis seducidos y recordad al hombre por quien fuisteis redimidos. ¿Acaso aquel hombre era hijo del hombre? Adán era hombre, mas no era hijo del hombre. Por eso nuestro Señor Jesucristo se llama frecuentemente a sí mismo hijo del hombre, para recordarnos al hombre

¹ Luc. 14, 12.

que no fué hijo del hombre, y para que recordemos en aquél la muerte y en éste la vida; en aquél el pecado, y en éste la remisión de los pecados; en aquél la prisión, y en éste la libertad; en aquél la condenación, y en éste la absolución. (*Serm. 233, n. 3*).

Atended, hermanos, a las dos natividades; a Adán y a Cristo: dos hombres son; pero uno de ellos es hombre-hombre y otro de ellos es hombre Dios. Por el hombre hombre somos pecadores; por el hombre Dios somos justiciados. Aquella natividad nos derribó en la muerte y esta natividad nos levantó a la vida; aquella natividad trae consigo al pecado y esta natividad libra del pecado. Por lo mismo, pues, vino Cristo hombre, para desatar los pecados de los hombres. "Para esto —dice San Juan— apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo"¹. (*Tract. 4, in Epist. Joan., n. 11*).

Por la primera transgresión del primer hombre, el diablo como vencedor poseía a todo el género humano nacido con la ligadura del pecado: Si, pues, no estuviéramos bajo el cautiverio, no necesitaríamos del Redentor. A los cautivos vino el no aprisionado; a redimir vino a los cautivos sin participar nada de la cautividad, esto es, de la iniquidad; pero trayendo nuestro precio en la carne mortal. Porque si no tuviera la carne mortal, ¿de dónde en el Verbo la sangre que derramase por los cautivos? Mas, aquel que vino a nuestra cautividad con la semejanza de la carne del pecado, no vino en la carne del pecado. Aquélla era por cierto semejanza de la carne del pecado; verdadera carne, pero semejante a la carne del pecado;

¹ 1ª. Joan. 3, 8.

verdadera carne, pero no carne del pecado. ¿Quién era, pues, aquel que así vino? "Anunciad de día en día su salud"¹. He ahí quién era. De día en día era Dios, de Dios era, luz de luz era; mas el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros, ocultándose la Majestad y apareciendo la flaqueza para que muera la flaqueza y se tenga la Majestad. (*Serm. 27, n. 2*).

"Así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo"². Pero en Adán mueren todos por la natividad de la carne, y en Cristo son librados por la fe del corazón. No estaba en tu potestad el no nacer de Adán; mas en tu potestad está el creer en Cristo. Por consiguiente, de cualquier modo que quisieres pertenecer al primer hombre, pertenecerás a la cautividad. ¿Y a qué decir, quisieres pertenecer o pertenecerás? Ya perteneces; exclama con el Apóstol: "¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?"³.

"En ti, Señor, esperé, no seré confundido para siempre"⁴. Yo estoy confuso, pero no para siempre. ¿Cómo, pues, no estará lleno de confusión aquél a quién se dice: "Y qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzáis"?⁵. ¿Y qué hemos de hacer para no ser confundidos eternamente? "Acercaos a él y sed iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán"⁶. Avergonzados estáis en Adán; apartaos de Adán, acercaos a Cristo, y ya no estaréis avergonzados. "En ti, Señor, esperé, no seré confundido para siempre". Si en mí me confundo, en ti no me confundiré para siempre. (*Enar. in Ps. 70, Serm. 1, nn. 2 y 3*).

¹ Ps. 95, 2.² 1ª. Cor. 15, 22.³ Rom. 7, 24.⁴ Ps. 70, 1.⁵ Rom. 6, 21.⁶ Ps. 33, 5.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

EL HOMBRE CRISTIANO CONOZCA Y ADMIRE DOS NACIMIENTOS EN CRISTO: UNO ETERNO DEL PADRE, OTRO TEMPORAL DE LA MADRE, Y AMBOS INEFABLES

Por la fe católica debemos creer que son dos los nacimientos de Cristo nuestro Señor: uno divino y otro humano; aquél sin tiempo y éste en el tiempo. Ambos, pues, son admirables: aquél sin madre y éste sin padre. Si no comprendemos éste, ¿cómo podemos explicar aquél? ¿Quién comprende la novedad nueva, inusitada, única en el mundo, increíble hecha creíble e increíblemente creída en todo el mundo, que concibiese una virgen, pariese virgen y después del parto permaneciese virgen? Lo que la humana razón no discurre, lo alcanza la fe, y donde la razón humana desfallece, la fe aprovecha. ¿Quién dice por cierto que el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, no pudo hacer para sí la carne aun sin madre, así como hizo al primer hombre sin padre y sin madre? Mas por cuanto él mismo en verdad crió a uno y otro sexo, esto es, del varón y de la hembra, por lo mismo quiso también en su nacimiento honrar a los dos sexos que había venido a librar. Conocéis ciertamente la caída del primer hombre y cómo la serpiente no se atrevió a hablar al varón, sino que para derribarle se valió del ministerio de la mujer. Por medio del más débil se apoderó del más fuerte, y el que penetró por un sexo triunfó de ambos. Por lo mismo, para que no pudiésemos, como por un movimiento de justo dolor, horrorizarnos de

nuestra muerte en la hembra y creerla condenada sin reparación, habiendo venido el Señor para buscar lo que había perecido, quiso recomendar honrando a uno y otro sexo, porque uno y otro habían perecido. Así en ninguno de ellos debemos hacer injuria al Criador: a ambos recomendó la Natividad del Señor para esperar la salvación. El honor del sexo masculino está en la carne de Cristo; el honor del femenino está en la Madre de Cristo. (*Serm. 130, n. 2*).

Una y otra natividad de Cristo son admirables, la de la divinidad y la de la humanidad. Aquella es del Padre sin madre, y ésta es de la Madre sin padre; aquella es sin tiempo alguno, y ésta en el tiempo aceptable; aquella eterna, y ésta oportuna; aquella sin cuerpo en el seno del Padre, y ésta con cuerpo por el cual no fué violada la virginidad de la Madre; aquella sin ningún sexo, y ésta sin ningún viril comercio. (*Serm. 214, n. 6*).

“¿Quién referirá su generación?”¹ Difícil es juzgar de cuál de las dos generaciones de Cristo hable aquí el Profeta: si de aquella donde nunca nacido tiene coeterno al Padre, o de ésta donde nacido en tiempo ya había hecho a la Madre en la cual había de ser hecho; si de aquella donde siempre nació el que siempre era. Porque ¿quién referirá de qué modo haya nacido la luz de la luz, y sean ambas una luz? ¿Quién referirá de qué modo haya nacido Dios de Dios sin crecer el número de Dioses? ¿Quién referirá de qué modo se dice, como de cosa pasada, que nació, siendo así que en aquella Natividad, ni transcurrió el tiempo para que fuese pasada, ni precedió para que fuese futura, ni está presente, como si todavía se estuviese haciendo y

¹ Isai. 53, 8.

no fuese perfecta? ¿Quién, por tanto, referirá aquella generación, siendo así que lo que ha de referirse permanece más allá de los tiempos y la palabra del que refiere pasa en el tiempo? ¿Quién explicará también la generación esta de la Virgen, cuyo concepto fué hecho no carnalmente en la carne y cuyo nacimiento de la carne dió la abundancia a la nodriza y no quitó la integridad a la parida? ¿Quién por tanto referirá ambas generaciones tuyas o cualquiera de ellas? (*Serm. 135, n. 1*).

“¿Quién referirá su generación?” Ya sea aquella sin tiempo, ya sea ésta sin obra de varón; aquella sin principio, o ésta sin ejemplo; aquella que nunca dejó de ser, o ésta que no tuvo lugar antes ni después; aquella que no tiene fin, o ésta que tiene el principio allí donde tiene el fin. Con razón, pues, le anunciaron los profetas antes de nacer, y los cielos juntamente con los ángeles le anunciaron ya nacido. Yacía en el pesebre el que contenía al mundo: era infante y era también el Verbo. El seno de una doncella llevaba al que no caben los cielos. Ella regía a nuestro rey, ella llevaba al mismo en quien existimos y ella daba el pecho a nuestro pan. ¡Oh debilidad manifiesta y humildad admirable en que de tal modo se ocultó toda la divinidad! La potencia regía a la Madre a que se sujetaba la infancia, y alimentaba en verdad a la misma de cuyos pechos colgaba. Perfeccione en nosotros sus dones el que no rehusó tomar nuestros principios, y háganos hijos de Dios el que por nosotros quiso hacerse hijo del hombre. (*Serm. 184, n. 3*).

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA
DE ADVIENTO

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO EL MODO CON QUE
EL ÁNGEL ANUNCIÓ A LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA
EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR

AQUELLA nuestra primera caída sucedió cuando la mujer que nos dió la muerte concibió en el corazón el veneno de la serpiente; no es, pues, de admirar si nuestra salud se efectuó cuando la mujer concibió en su vientre la carne del Omnipotente. Uno y otro sexo habían caído, y uno y otro tenían que ser reparados. Por la mujer habíamos caído en la muerte, y por la mujer se nos devolvió la salud. (*Serm. 283, n. 2*).

De todo el mundo se elige una Virgen tal y de tanto mérito que recibiese en sí misma al Hijo de Dios y después del parto permaneciese absolutamente virgen. (*Serm. 133, n. 2, in App.*).

El Ángel enviado de Dios Padre bajó del cielo para saludar a la bienaventurada María, como exordio de nuestra redención. (*Serm. 134, n. 1, in App.*).

“Dios te salve —dice—, llena eres de gracia: el Señor es contigo”¹. Comienza por la salutación el que trajo en la lengua la salvación. Retírese ya de los hombres, calle el silbo malamente persuasivo de la tortuosa serpiente; el Ángel ha hablado a la Madre de nuestro Señor y le ha dicho: “Dios te salve, llena eres de gracia: El Señor es contigo”. La gracia se comunica en lugar de la culpa: llena se dice, no vacía; llena, pues, fué de gracia, y quedó evacuada la culpa. (*Serm. 120, n. 3, in App.*).

¹ Luc. 1, 28.

“Dios te salve —dice—, llena eres de gracia: El Señor es contigo”; contigo en el corazón, contigo en el vientre, contigo en el seno, contigo en el auxilio. Gózate, oh Virgen, pues que Cristo Rey ha venido desde su cielo a tu vientre. Desde el seno del Padre se dignó bajar al vientre de la Madre; pero ni la Majestad infinita dejó su región, ni recibiéndole el claustro virginal le incluyó. La fe se levantó al cielo desde la tierra; en esta fe se sentó Cristo y por ella misma entró en el templo del pudor.

“Bendita tú —dice—, entre todas las mujeres”, que pariste la vida a los hombres y a las mujeres. Da a luz, oh hembra inculpable, da a luz al varón inviolable y de este modo salvarás a la hembra y al varón. La madre de nuestro linaje trajo la pena al mundo, y la Madre de nuestro Señor trajo la salud a la hembra y al varón. Aquélla, autora del pecado, fué maldita; pues que la sentencia del decreto especial contra ella declaró su maldición¹; por tanto, ésta, autora del mérito, es bendita, pues que el nuncio celestial declara su bendición diciendo: “Bendita tú entre las mujeres”. (*Serm. 120, nn. 3 y 4, in App.*).

María fué llenada de la gracia y Eva quedó evacuada de la culpa. La maldición de Eva se muda en la bendición de María. (*Serm. 134, n. 1, in Append.*).

Turbóse la Virgen por la novedad de las palabras, y el Ángel la dice: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios”. No te asustes con mi presencia, Madre de mi Señor; yo he venido como ministro de tu concepción; el mismo que me ha enviado a ti, nacerá de ti, y por mi

¹ Gen. 3, 16.

ministerio te anuncia el gozo el mismo a quien ha agradado desposarse místicamente en tu vientre con la humana naturaleza. "Has hallado gracia delante de Dios: He aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo", no un hombre de un mérito cualquiera, sino al Salvador de todo el mundo. "No temas", dice. Aparta de ti todo el miedo del siglo, tú que has de concebir al gozo del mundo. Repasa, María, la lección profética, pues que no puede faltar la ciencia de los divinos libros a ti que has de parir la plenitud misma de los Profetas. Recuerda en el libro del profeta Isaías a la Virgen que has leído, y alégrate porque tú concebirás en tu seno, no de varón, sino del Espíritu Santo, y serás fecunda y permanecerás íntegra; parirás un hijo y tu virginidad no sufrirá detrimento. (*Serm. 113, n. 4, in App.*).

"He aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos". Conservarás los fueros de la virginidad, tendrás un hijo y no perderás el nombre de Virgen. Porque es tan grande aquel divino poder, que hará fecunda a la madre y conservará ilesa a la virgen. Por lo mismo eres bendita entre todas las mujeres, porque concebirás del Espíritu Santo, donde no hay marido carnal y sí es conocido el divino poder. Darás el pecho al infante propio, alargarás al Criador el jugo de tu leche y te saciarás de alimentos celestiales. Envolverás en paños infantiles al que te vestirá de la inmortalidad. En el pesebre pondrás los miembros tiernos del que te preparará la mesa celestial. ¿Qué más puede decirse? Regocíjate, oh Virgen, en tan gran promesa; el nuncio angélico se retira y Dios entra en el hospicio del seno de María. (*Serm. 193, n. 2, in App.*).

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO EL MODO CON QUE SE OBRÓ EN LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EL MIS-
TERIO DE LA ENCARNACIÓN, DESPUÉS DE LA SALUTA-
CIÓN DEL ÁNGEL Y DEL CONSENTIMIENTO
DE LA SEÑORA

RESPONDE ya, oh Virgen sagrada: ¿por qué retardas al mundo la vida? El Ángel aguarda tu consentimiento y de allí es el detenerse el nuncio. Ya has oído "cómo será esto"; porque "el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo"¹, para que engendres al Hijo y no pierdas la virginidad. La puerta del cielo cerrada en otro tiempo por Adán ya ha sonado y por ella ha salido este internuncio. Dios está en ella esperando al Ángel a quien tú detienes. ¡Oh bienaventurada María! El mundo todo cautivo te suplica el consentimiento y te ofrece al Señor como prenda de su fe, suplicando que por ti sean perdonadas las injurias de sus padres. El mismo que fué ofendido ha sido el primero en enviar y ha abierto el candado que nuestra iniquidad fijara en el cielo. Ya tenemos franca la entrada si fuere prestado tu asenso. Dios ha preparado en tu tálamo las bodas para su Hijo; en los mismos gozos esponsalicios ha perdonado cuanto el mundo le había ofendido. Oh tú también Ángel nuncio de tan gran Rey y legado del secreto divino, que desde el palacio de la Majestad imperial has traído a los reos la indulgencia, a los muertos la vida y a los cauti-

¹ Luc. 1, 34.

vos los sacramentos de paz, urge a la Virgen que no desconfíe del don de Dios, sino que piense en la magnitud del don; favorece a las partes del mundo, sabedor como eres de los secretos del cielo. Tus compañeros se alegrarán si cooperas al feliz éxito de nuestro negocio. El cuchillo de nuestra impiedad nos dividió de vuestra compañía, y por vosotros se trata ahora de nuestro regreso. Repara en la miseria inmundada de nuestra cárcel y repite a María tus instancias diciéndola: ¿Hasta cuándo, oh María, haces esperar tu respuesta al nuncio que la espera con prisa? Mira a Dios que me está aguardando en la entrada del cielo; responde una palabra, y recibe al Hijo; da el asenso, y percibe la virtud; franquea tus senos rosados, oh Virgen perpetua; tu fe está en el caso o de abrir el cielo o de cerrarle.

Y dijo María: "He aquí la esclava del Señor"; entre el Rey en su aposento; "Hágase en mí según tu palabra". Sin tardanza se vuelve el nuncio y Cristo entra en el lecho nupcial. Recibe la estola de la carne en el tálamo de la Virgen, y el saquito de la carne en el tesoro de la Majestad. El hombre se desposa con la Divinidad y la carne recibe la merced. (*Serm. 120, nn. 7 y 8, in Append.*).

Por obra del poder divino son fecundadas las entrañas de la que ha creído; en el árbol mortal es injertado el árbol de la vida, y el poder que lleva en sí todas las cosas es llevado por la flaqueza; aquel que no cabe en la tierra, en el mar ni en el cielo, es recibido dentro de los miembros de un cuerpecito. El Criador de todas las cosas se hace hijo de una criatura, y la gran fuente nace de un arroyuelo suyo; la raíz de todo nace de su renuevo y la vid verdadera se hace fruto de su sarmiento.

El Artífice del mundo entra en las estrechuras del vientre humano, la Madre intacta se hace fecunda, y he aquí a Cristo que procede del vientre de María como esposo de su tálamo. Ocúltase en los miembros del infante el poder de la Majestad y Dios pende de los pechos de su Madre. Es envuelto en la aspereza de humildes paños, sufre la estrechez del pesebre durísimo, y misericordioso lo padece todo humildemente con tal de salvar al mundo que había perecido. ¡Oh bienaventurada infancia por la cual ha sido reparada la vida de nuestro linaje! ¡Oh gratísimos y detestables lloros infantiles por los cuales nos hemos librado de los cruji- de dientes y de los llantos eternos! ¡Oh felices pañales con que limpiamos la inmundicia de los pecados! ¡Oh pesebre espléndido en que no sólo estuvo el heno de los animales, sino que también se halló el manjar de los ángeles! (*Sermón 119, nn. 2 y 5, in App.*).

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR ES LA UNIÓN SACRATÍ-
SIMA DEL VERBO DIVINO Y DE LA NATURALÉZA
HUMANA EN UNIDAD DE PERSONA

LA VIRGEN Madre, recibiendo la fecundidad y conservando la integridad, dió a luz al Criador invisible hecho por nosotros visible y por el cual invisible fué aun ella misma criada. Virgen concibiendo, virgen pariendo, virgen embarazada, virgen parida, virgen perpetua. ¿Por qué admiras esto, oh hombre? Habiéndose dignado Dios de ser hom-

bre, fué menester que así naciese. La hizo tal el que fué hecho de ella. Porque antes de ser hecho ya era y porque era omnipotente pudo ser hecho permaneciendo lo que era. Siendo con el Padre hizo para sí a la Madre, y siendo hecho de la Madre permaneció en el Padre. ¿Cómo dejaría de ser Dios cuando comenzó a ser hombre el que concedió a su Madre que no dejase de ser virgen cuando le parió? Por lo mismo, al ser hecho carne el Verbo, no cedió el Verbo a la carne pereciendo, sino que la carne fué unida al Verbo para que ella no pereciese, y para que al modo que el hombre es alma y carne, así Cristo fuese Dios y hombre. El mismo que es hombre es Dios, y el mismo que es Dios es hombre, no por confusión de la naturaleza, sino por unidad de la persona. Finalmente, el que es Hijo de Dios, coeterno al Generante siempre del Padre, el mismo comenzó de la Virgen a ser Hijo del hombre. De este modo la humanidad fué añadida a la divinidad del Hijo, y sin embargo no resultó cuaternidad de las personas, sino que permanece la Trinidad. (*Serm. 186, n. 1*).

El mismo que es Hijo de Dios es Hijo del hombre, porque uniéndose en unidad de persona el hijo del hombre al Hijo de Dios, se hizo una persona, y la misma que es también hijo del hombre es Hijo de Dios. Pero debe discernirse lo que tiene y por quién.

El Hijo del hombre tiene al alma y tiene al cuerpo. El Hijo de Dios, que es el Verbo de Dios, tiene al hombre como el alma al cuerpo. Así como el alma teniendo al cuerpo no hace dos personas, sino un hombre, así el Verbo teniendo al hombre no hace dos personas, sino un Cristo. ¿Qué es el hombre? El alma racional que tiene al

cuerpo. ¿Qué es Cristo? El Verbo de Dios que tiene al hombre. (*Tract. 19, in Joan., n. 15*).

Así como el alma se une al cuerpo en unidad de persona para que sea el hombre, así Dios se une al hombre en unidad de persona para que sea Cristo. Hay, pues, en aquella persona la mixtura del alma y del cuerpo, y en esta persona hay la mixtura de Dios y del hombre: si es que el oyente se aparta de la costumbre de los cuerpos, por la cual dos licores suelen mezclarse de tal manera, que ninguno de ellos conozca su integridad; aunque también entre los mismos cuerpos la luz se mezcla con el aire quedando incorrupta. Así que, la persona del hombre es la unión sustancial del alma y del cuerpo, y la persona de Cristo, es la unión sustancial de Dios y del hombre; porque cuando el Verbo de Dios se unió sustancialmente al alma que tenía cuerpo, recibió juntamente al alma y al cuerpo. Aquello se hace todos los días para procrear a los hombres; esto se hizo una sola vez para salvar a los hombres.

Así el Verbo de Dios, el mismo que Hijo de Dios, coeterno al Padre y la misma Virtud y Sabiduría de Dios, que toca fuertemente desde el supremo fin de la criatura racional hasta el ínfimo fin de la criatura corporal y que dispone suavemente todas las cosas, presente y oculta, nunca encerrada y nunca dividida, nunca túmida, sino sin mole, toda en todas partes, usando de un cierto modo muy distinto de aquél con que está presente a las demás criaturas, tomó al hombre y a sí mismo y a él hizo un Jesucristo, Mediador de Dios y de los hombres, igual al Padre según la divinidad y menor que el Padre según la carne, esto es, según el hombre; inconmutablemente in-

mortal según la divinidad igual al Padre, y él mismo mudable y mortal, según la flaqueza nacida con nosotros.

La misma grandeza de su poder que no siente estrechura en lo estrecho, fecundó el vientre virginal, no con una prole adventicia, sino natural; la misma grandeza de su poder unió a sí al alma racional y con ella al cuerpo humano, es decir, a todo el hombre para mudarle en mejor, pero sin mudarse ella de modo alguno en peor; tomando del hombre con dignación el nombre de la humanidad y dando al hombre con largueza el nombre de la divinidad. El mismo poder que después introdujo los miembros del joven por las puertas cerradas, sacó los miembros del infante por las entrañas virginales de la Madre inviolada. Si aquí se busca la razón, no será cosa admirable; si se pide ejemplo, no será cosa singular. Confesemos que Dios puede hacer ciertas cosas que nosotros no podemos investigar; en esas tales toda la razón de lo hecho es el poder del que lo hace. (*Epist. 137, nn. 11, 12 y 18*).

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

NO SÓLO LA NATIVIDAD ETERNA DE CRISTO, SINO TAMBIÉN LA TEMPORAL ES UN MISTERIO TAN SUBLIME, QUE NI EL ENTENDIMIENTO HUMANO PUEDE COMPRENDERLE, NI LA LENGUA EXPLICARLE

CRISTO nació del Padre siempre y de la Madre una vez: del Padre sin sexo, y de la Madre sin uso. Con el padre no hubo ciertamente útero que le concibiese, y con la Madre comercio de varón

que le engendrarse. La primera natividad del Padre guardó a la naturaleza; la segunda natividad de la Madre sembró a la gracia. Aquella conservó la Majestad de la sustancia divina, y ésta recibió la compañía de la mortalidad humana. En ésta, pues, se dignó venir con el fin de hacerse obediente hasta la muerte y muriendo vencer a la muerte. Ambas natividades son inefables, ambas son admirables. Porque ¿qué corazón humano puede comprender, o qué lengua explicar de qué modo nació Cristo siempre de Dios, o de qué modo nació poco ha del vientre? ¿Quién comprende al Padre coeterno al Hijo y quién explica a la Virgen Madre? ¿A aquél engendrando sin principio ni fin; a ésta concibiendo sin sensualidad y pariendo sin corrupción? Ambas natividades son maravillosas, porque son divinas. Ya sea una, ya sea otra, la que considere el entendimiento humano, justísimamente dice: "¿Quién referirá su generación?"¹ (*Sermón 372, n. 1*).

Si tratamos de alabar al Hijo de Dios, según es con el Padre igual a él y coeterno, en quien todas las cosas fueron creadas visibles e invisibles en el cielo y en la tierra, Verbo de Dios y Dios, vida y luz de los hombres, no es de admirar que ningunos conceptos ni palabras humanas sean suficientes. Porque ¿cómo nuestra lengua puede dignamente alabar al que todavía no puede ver nuestro corazón que es donde formó el ojo para poder ser visto, si se purga la iniquidad, si se sana la enfermedad y se hacen bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios? No es de admirar, vuelvo a decir, que nosotros no hallemos palabras para decir la sola palabra en la

¹ Isai. 53, 8.

cual se dijo que existiésemos los que dijésemos de ella alguna cosa. Porque estas palabras pensadas y pronunciadas las forma nuestro entendimiento, mas él es formado con aquella Palabra. Ni el hombre hace las palabras del mismo modo que él fué hecho por el Verbo; porque tampoco el Padre engendró al único Verbo del mismo modo que hizo todas las cosas por el Verbo. Dios engendró ciertamente a Dios; pero juntamente el Genitor y el Engendrado es un Dios. Hizo, pues, Dios al mundo; mas el mundo pasa y Dios permanece. Y así como aquellas cosas que fueron hechas no se hicieron en verdad a sí mismas, así por nadie fué hecho aquél por quien pudieron ser hechas todas las cosas. De consiguiente, no es de admirar que el hombre hecho entre las demás cosas no explique con palabras la Palabra por quien fueron hechas todas las cosas. (*Serm. 188, n. 1*).

Creed esto firme y fijo si queréis perseverar Católicos, que Dios Padre engendró a Dios Hijo sin el tiempo y le hizo de la Virgen en el tiempo. Aquel nacimiento excede a los tiempos, y este nacimiento ilumina a los tiempos. Pero ambos nacimientos son admirables: aquél sin madre y éste sin padre. Cuando Dios engendró al Hijo le engendró de sí, no de madre; cuando la madre engendró al Hijo le engendró virgen, no de varón. Del Padre nació sin principio, de la Madre nació en cierto principio. Nacido del Padre, nos hizo; nacido de la Madre, nos rehizo. Del Padre nació para que existiésemos; de la Madre nació para que no pereciésemos. (*Serm. 140, n. 2*).

LUNES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁN GRANDE MILAGRO ES LA ENCARNACIÓN
Y NACIMIENTO DEL DIVINO VERBO

“CANTAD al Señor y bendecid su nombre: bendecid del día en el día su salud”¹. ¿Quién es el día del día, sino el Hijo del Padre, luz de la luz? Pero aquel día engendró a este día que nació de la Virgen. Aquel día, pues, no tiene nacimiento ni tiene ocaso. Llamó día a Dios padre. ¿Qué es el día sino la luz? No aquella luz de los ojos carnales ni la luz común a las bestias, sino la luz que alumbra a los ángeles, la luz que viéndola purga los corazones. Pasa esta noche en que ahora vivimos, en que se nos encienden las lucernas de las Escrituras; y vendrá aquello que se canta en el Salmo: “En la mañana me presentaré a ti y te contemplaré”².

Por último, aquel día, el Verbo de Dios, día que alumbra a los ángeles, día que alumbra en aquella patria de donde vivimos ausentes, se vistió de la carne y nació de María Virgen. Maravillosamente nacido. ¿Qué cosa más prodigiosa que el parto de la Virgen? Concibe, y es Virgen; pare, y es Virgen. Es criado de aquella que él crió. Dióla la fecundidad, y no corrompió su inteligencia. (*Serm. 189, nn. 1 y 2*).

Qué nos haya traído la humildad de tan grande alteza, lo sabe la fe de los cristianos y está remoto de los corazones de los impíos; porque Dios escondió estas cosas a los sabios y entendidos y las descubrió a los párvulos³. Tengan por tanto

Ps. 95, 2.

² Ps. 5, 5.³ Matt. 11, 25.

los humildes la humildad de Dios, para que en esa grande ayuda, como en jumento de su enfermedad, lleguen a la alteza de Dios. Mas aquellos sabios y entendidos, mientras buscan las cosas altas de Dios y no creen las humildes, dejando éstas y no llegando a aquéllas, vacíos y leves, inflados y enaltecidos y como puestos entre el cielo y la tierra, quedaron colgados en el medio ventoso. Porque son sabios y entendidos, pero de este mundo; no de aquél por quien fué hecho el mundo. Si, pues, estuviera en ellos la verdadera sabiduría que es de Dios y es Dios, entenderían que la carne pudo ser tomada por Dios y que él no pudo ser mudado en la carne; entenderían que el Verbo tomó lo que no era y que permaneció lo que era; que vino a nosotros en el hombre y que no se separó del Padre; que él perseveró aquello que es y que apareció a nosotros lo que somos; que la potencia tomó asiento en el cuerpo infantil y que no se sustrajo a la mole mundana. Así como el mundo todo es obra del que permanece con el Padre, así el parto de la Virgen es obra del mismo que vino a nosotros. La Virgen Madre manifestó ciertamente la majestad de su Hijo, siendo tan Virgen después del parto como antes de la concepción; hallada por el esposo embarazada, no hecha; en cinta de varón sin varón; más feliz y admirable con la fecundidad acrecentada y con la integridad no perdida. Los sabios de este mundo quieren más bien creer fingido este gran milagro, que hecho. De ese modo, porque no pueden creer las cosas humanas en Cristo hombre y Dios, las desprecian; y porque no pueden despreciar las divinas, no las creen. Pero cuanto más bajo es para ellos el cuerpo del hombre en la humildad de Dios,

tanto más grato sea para nosotros; y cuanto más imposible es para ellos el parto de la Virgen en la natividad del hombre, tanto más divino sea para nosotros. (*Serm. 184, n. 1*).

Admiramos el parto de la Virgen y nos esforzamos para persuadir a los incrédulos el mismo nuevo modo de nacer; que en el vientre intacto se concibió la prole; que las entrañas exentas de comercio carnal produjeron al hijo del hombre, cuyo padre hombre no sufrieron, y que la integridad de la virginidad perseveró cerrada en la concepción e inviolada en el parto. Admirable es este poder, pero más admirable es la misericordia en haber querido nacer así aquel que pudo nacer así. Porque ya era único del Padre el que nació único de la Madre, y fué hecho en la Madre el mismo que había hecho para sí a la Madre; hecho de la Madre después de la Madre y no hecho del Padre antes de todas las cosas; sin el cual nunca fué el Padre y sin el cual nunca hubiera sido la Madre. (*Serm. 192, n. 1*).

MARTES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁNTAS MARAVILLAS SE CONTIENEN EN LA ENCAR-
NACIÓN Y NATIVIDAD DEL SEÑOR

MI BOCA hablará la alabanza del Señor, de aquel Señor por quien fueron hechas todas las cosas y que fué hecho entre todas las cosas; que es el revelador del Padre y el Criador de la Madre; Hijo de Dios del Padre sin madre, e Hijo del hombre de la Madre sin padre; grande en el día de los ángeles, y pequeño en el día de los hombres; Verbo

de Dios antes de todos los tiempos, y Verbo carne en el oportuno tiempo; hacedor del sol, y hecho bajo del sol; autor del cielo y de la tierra, y nacido bajo del cielo en la tierra; inefablemente sabio, y sabiamente infante; llenando al mundo, y yaciendo en un pesebre; rigiendo las estrellas, y lamiendo los pechos; de tal suerte grande en la forma de Dios y reducido en la forma de siervo; que ni con esta reducción se minorase aquella magnitud, ni con aquella magnitud se oprimiese esta reducción. Porque ni dejó las obras divinas cuando recibió los miembros humanos, ni desistió de alcanzar fuertemente de fin a fin y de disponer suavemente todas las cosas, cuando vestido de la enfermedad de la carne fué recibido en el vientre virginal, no incluído; a fin de que no se sustrajese a los ángeles la comida de la sabiduría y nosotros gustásemos cuán suave es el Señor.

¿Y por qué admiramos esto del Verbo de Dios, cuando esta plática que pronunciamos influye libremente en los sentidos de tal modo que el oyente la recibe y no la incluye? Porque si no fuese recibida, a ninguno instruiría, y si fuese incluida, no llegaría a los demás. Y por cierto que esta plática se divide en palabras y sílabas; mas, sin embargo, no temáis de ella partículas divididas como del alimento material, sino que todos lo oís todo, y todo lo recibís cada uno. Ni tememos cuando hablamos que un oyente lo consuma todo sin dejar nada para otro oyente, sino antes bien, dirigiendo las palabras a vuestro oído y entendimiento, queremos que estéis tan atentos que cada uno lo oigáis todo y todo lo dejéis para que lo oigan los demás. Ni esto se hace alternativamente, de modo que entrando primero en ti las palabras que

se dicen, salgan de ti para que puedan entrar en otro; sino que a la vez llegan a todos y todas llegan a cada uno. Y si pudiera retenerse todo en la memoria, así como todos habéis venido para oírlo todo, así cada uno os volveríais con todo. ¿Cuánto más la Palabra de Dios por quien fueron hechas todas las cosas y permaneciendo en sí las renueva todas que ni se encierra en lugares, ni se extiende en tiempos, ni se varía con detenciones breves o largas, ni se articula con las voces, ni se termina con el silencio; cuánto más esta gran Palabra, este tal Verbo pudo tomando el cuerpo fecundar el vientre de la Madre, y no apartarse del seno del Padre? ¿De aquí salir para los ojos humanos, y de allí ilustrar a los espíritus angélicos? ¿De aquí proceder para las tierras, y de allí extender los cielos? ¿De aquí hacerse hombre, y de allí hacer a los hombres?

Nadie, pues, crea que el Hijo de Dios fué convertido y mudado en hijo del hombre, sino antes bien creamos al permanente Hijo de Dios hecho hijo del hombre, no consumida la sustancia divina y tomada perfectamente la humana. No porque está dicho: "El Verbo era Dios, y el Verbo fué hecho carne"¹; fué hecho carne de modo que dejase de ser Dios, puesto que el Verbo que fué hecho carne en la misma carne nació "Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros"². Por cuanto el Verbo de Dios que permanece eternamente se hizo carne para habitar con nosotros y por razón de la forma de Dios oculta, pero perseverante, llamamos su nombre Emmanuel, como anunció San Gabriel. Hízose, pues, hombre permaneciendo Dios, para que aun el Hijo del hombre se llame

¹ Joan. 1, 1, 14.

² Matt. 1, 23.

rectamente "Con nosotros Dios"; no uno Dios y otro hombre. Por tanto, alégrese el mundo en los creyentes, para cuya salvación vino el mismo por quien fué hecho el mundo. El Criador de María nacido de María; el Señor de David, hijo de David; el anterior a Abrahán, descendiente de Abrahán; el Hacedor de la tierra, hecho en la tierra; el Criador del cielo, criado debajo del cielo. (*Serm. 187, n. 1 y sigs.*).

MIÉRCOLES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁNTO RESPLANDECE EN LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR LA CARIDAD Y MISERICORDIA DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

"Así me aparecí a ti en el santo, para ver tu poder y tu gloria"¹. Aparezcámonos a Dios en el santo, para que se aparezca a nosotros; aparezcámonos a él en el santo deseo, para que se aparezca a nosotros en el poder y gloria del Hijo de Dios. A muchos no se ha aparecido, por cierto; estén en el santo para que se aparezca también a ellos. Porque muchos juzgan que Cristo fué solamente hombre, en razón de predicarse que nació del hombre, que fué crucificado y muerto, que anduvo en la tierra, comió y bebió, y que hizo las demás cosas propias de la humanidad; y piensan que fué tal cuales son los demás hombres. Mas habéis oído al leerse el Evangelio de qué modo recomendó su majestad diciendo: "Yo y el Padre somos una cosa"². Ved cuánta Majestad y cuánta igualdad

¹ Ps. 62, 3.

² Joan. 10, 30.

del Padre descendió para tomar la carne a causa de nuestra enfermedad. Ved cuánto fuimos amados antes de que amásemos a Dios. Y si antes de amar nosotros a Dios nos amó hasta el punto de hacer hombre por nosotros a su Hijo igual a él, ¿qué nos tendrá reservado ahora que ya le amamos? Juzgan, pues, muchos cosa muy pequeña que el Hijo de Dios haya aparecido en la tierra; y porque no están en el santo, no se aparece a ellos el poder suyo y la gloria suya; esto es, porque no tienen todavía santificado el corazón donde entiendan la eminencia del poder de Cristo y le den gracias por haber venido tan gran Señor a tal morada, a tal natividad y a tal pasión para salvarlos; porque no tienen todavía santificado el corazón para conocer esto, no pueden ver su gloria y su poder. (*Enar. in Ps. 62, n. 11*).

¿Qué alabanzas diremos a la caridad de Dios y qué gracias le daremos? El nos amó hasta el extremo de ser hecho por nosotros en tiempo el mismo por quien fueron hechos los tiempos; de ser en el mundo menor de edad que muchos de sus siervos el que era en eternidad más antiguo que el mismo mundo; de ser hecho hombre el que hizo al hombre; de ser criado de la Madre a quien crió, de ser llevado en las manos que formó, de mamar los pechos que llenó y en infancia muda llorar en un pesebre el Verbo, sin quien es muda la humana elocuencia.

Ve, oh hombre, lo que se hizo Dios por ti; conoce la doctrina de tan grande humildad en el Doctor que todavía no habla. En otro tiempo fuiste tú tan fecundo en el Paraíso, que pusiste nombres a toda ánima viviente, y por ti tu Criador yacía infante, y ni aun a la Madre llamaba

por su nombre. Tú te perdiste en la espaciosísima posesión de fructuosos jardines, despreciando la obediencia, y él obedeciendo vino mortal a un estrechísimo albergue para buscar al muerto, muriendo. Tú siendo hombre quisiste ser Dios para perecer, y él siendo Dios quiso ser hombre para encontrar lo que había perecido. Tanto te oprimió la soberbia humana, que sólo podía levantarte la humildad divina. (*Serm. 188, nn. 2 y 3*).

Tú dormías, y vino a ti la verdad; te hallabas oprimido de un grave sueño, y te despertó; te hizo el camino por sí para no perderte. Por consiguiente, "La verdad nació de la tierra", porque Cristo nació de la Virgen; "y la justicia miró del cielo"¹, para que por ella volviesen en sí los hombres que por la injusticia se alucinaron.

Éramos mortales, estábamos oprimidos de pecados y llevábamos sobre nosotros las penas merecidas. Todo hombre cuando nace comienza por la miseria. No busques al que profetice, pregunta al que nace y vele llorar. Estando en la tierra esta indignación de Dios, ¿cuál es la dignación que súbitamente se ha obrado? "La verdad nació de la tierra". El que crió todas las cosas fué criado entre todas las cosas. El que hizo al día, vino en el día. (*Serm. 189, nn. 2 y 3*).

¹ Ps. 84, 12.

JUEVES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁN GRANDE FUÉ LA CONVENIENCIA DE LA ENCAR-
NACIÓN DEL SEÑOR

HABIENDO de gozarse de aquella verdad que vive incommutablemente, y en la cual la Trinidad Dios, autor y criador del universo, cuida de las cosas que crió, ha de purgarse el ánimo para que pueda ver aquella luz y vista unirse a ella. Pensemos que esta purgación es como un cierto viaje y como una navegación para la patria. No nos movemos por cierto de lugar en lugar para ir al que está en todas partes, sino que vamos a él con el deseo y las buenas costumbres.

No podríamos hacer esto si la Sabiduría misma no se dignara venir también a esta nuestra grande enfermedad, y darnos ejemplo de vivir, no de otro modo que en el hombre, por cuanto nosotros somos hombres. Mas porque nosotros obramos sabiamente cuando vamos a la Sabiduría, ella se ha reputado haber obrado neciamente cuando vino a nosotros. Y porque nosotros cuando vamos a ella recobramos la salud, ella cuando vino a nosotros fué mirada como enferma. Empero "lo que parece loco en Dios, es más sabio que los hombres, y lo que parece flaco en Dios, es más fuerte que los hombres"¹. Siendo, pues, la Sabiduría misma la patria, se hizo también camino nuestro para la patria. Y estando presente en todas partes con ojo interior sano y puro, se dignó aparecer aun a los ojos carnales de los que tienen enfermo y sucio el ojo interior. "Y así por cuanto en la sa-

¹ 1ª. Cor. 1, 25.

biduría de Dios no conoció el mundo a Dios por la sabiduría, quiso Dios hacer salvos a los que creyesen en él por la locura de la predicación¹.

Por tanto, se dice que la Sabiduría vino a nosotros, no llegando de lugar en lugar, sino apareciendo en carne mortal a los mortales. Vino por fin adonde ya estaba, por cuanto estaba en este mundo y el mundo fué hecho por ella; mas porque los hombres, conformados con este mundo por la codicia de gozar de la criatura en lugar del Criador y llamados oportunísimamente con el nombre de mundo no la conocieron, por eso dijo el Evangelista: "Y el mundo no le conoció"². Así en la Sabiduría de Dios no podía el mundo conocer a Dios por la Sabiduría. Estando, pues, aquí, ¿por qué razón vino, sino porque agradó a Dios hacer salvos a los que creyesen en él, por la locura de la predicación?, ¿de qué modo vino, sino en cuanto el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros? Así como cuando hablamos, proponiéndonos el fin de que lo que tenemos en la mente se insinúe en la del oyente por los oídos carnales, hacemos sonido la palabra que tenemos en el corazón y se llama locución, y sin embargo, nuestro pensamiento no se convierte en aquel sonido sino que, permaneciendo íntegro en sí mismo, toma la forma de voz para insinuarse en los oídos sin vicio alguno de mutación; así el Verbo de Dios no mudado, se hizo sin embargo carne para habitar entre nosotros.

Mas así como la curación es el camino para la salud, así esta curación recibió a los pecadores para sanarlos y prepararlos. Y al modo que los médicos cuando vendan las heridas no lo hacen desordenada sino adaptadamente, para que con

¹ Ibid. 21.

² Joan. 1, 10.

la utilidad del vendaje se consiga también cierta perfección, así la medicina de la Sabiduría se acomodó a nuestras heridas por medio de la suscepción del hombre, curando con ciertos contrarios y con ciertos semejantes. Así también como el que cura una herida del cuerpo aplica ciertos contrarios, a saber, a lo cálido lo frío, a lo seco lo húmedo, o alguna otra cosa a este tenor, y también aplica ciertos semejantes, como el lienzo redondo a la herida redonda, o el prolongado a la prolongada, y no usa de un mismo vendaje para todos los miembros, sino que a cada uno adapta el semejante, así la sabiduría de Dios curando al hombre se ofreció a sí misma para sanarle, siendo ella misma el médico y ella misma la medicina. Y así, por cuanto el hombre cayó por la soberbia, le aplicó la humildad para sanarle; fuimos seducidos por la sabiduría de la serpiente y somos librados por la necedad de Dios. Pero así como aquélla se llamaba sabiduría y era necedad en los despreciadores de Dios, así ésta que se llama necedad es sabiduría en los vencedores del diablo. Habiendo nosotros usado mal de la inmortalidad para darnos la muerte, Cristo usó bien de la mortalidad para devolvernos la vida. Corrompida la voluntad de una hembra, se introdujo la enfermedad, e íntegro el cuerpo de otra hembra, procedió la salud. A la misma clase de contrarios pertenece también que con el ejemplo de sus virtudes se curan nuestros vicios. En cuanto a los semejantes, los aplicados a nuestros miembros y heridas a manera de vendajes, son éstos: que el nacido por una hembra libró a los engañados por otra hembra, el hombre a los hombres, el mortal a los mortales y con la muerte a los muertos. (*Lib. 1, De Doctr. Christ., c. 10 y sig.*)

VIERNES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁNTOS BIENES Y BENEFICIOS SE NOS HAN COMUNICADO POR LA ENCARNACIÓN DEL DIVINO VERBO

"LA VERDAD nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo"¹. La Verdad que está en el seno del Padre nació de la tierra para que estuviese también en el seno de la Madre. La Verdad en que está contenido el mundo nació de la tierra para que fuese llevada en las manos femeniles. La Verdad con que se alimenta inalterablemente la bienaventuranza de los ángeles nació de la tierra para que fuese alimentada de los pechos carnales. La Verdad que no cabe en el cielo nació de la tierra para que fuese puesta en un pesebre. ¿Y para cuyo bien vino en tanta humildad tanta sublimidad? Ciertamente para ninguno suyo, sino, si creemos, para el grande nuestro. Despierta, hombre: Dios se ha hecho hombre por ti. "Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos y te alumbrará Cristo"². Por ti, vuelvo a decir, se ha hecho Dios hombre. Tú serías eternamente muerto a no ser él temporalmente nacido. Nunca te librarías de la carne del pecado, a no haber recibido él la semejanza de la carne del pecado. Te poseería la perpetua miseria, a no efectuarse esta misericordia. No habrías revivido, a no haber concurrido a tu muerte. Habrías desfallecido, a no haberte socorrido. Habrías perecido, si él no hubiera venido. (*Serm. 185, n. 1*).

Quando Adán fué hecho, esto es, hombre recto, no necesitaba de Mediador. Mas cuando los pe-

¹ Ps. 84, 12.

² Eph. 5, 14.

cados separaron lejos de Dios al género humano, fué menester que, por el Mediador que nació solo sin pecado, vivió y fué muerto, fuésemos reconciliados con Dios para la resurrección de la carne en vida eterna; para que la soberbia humana fuese reprendida y sanada por la humildad de Dios, y se demostrase al hombre, lo muy lejos que se había apartado de Dios, cuando necesitó ser revocado por el mismo Dios encarnado, y al hombre contumaz se diese por el hombre Dios ejemplo de obediencia, y recibiendo el Unigénito la forma de siervo que nada había merecido antes, se franquease la fuente de la gracia, y la resurrección de la carne prometida también a los redimidos se mostrase antes en el mismo Redentor, y el diablo fuese vencido por la misma naturaleza de que él se gloriaba vencedor, y no por eso se gloriase el hombre, evitando que naciese de nuevo la soberbia; y todo lo demás que de tan gran Misterio del Mediador puede verse y decirse por los aprovechados, o solamente verse, aunque no pueda decirse. (*In Enchirid., c. 108*).

Hermanos carísimos, si buscamos por qué se han hecho todas estas cosas, hallaremos que se han hecho por nosotros. Porque descendió el Señor para que subiésemos; murió para que viviésemos; resucitó para que resucitásemos, y subió al cielo para que aprendiésemos a despreciar las cosas terrenas y a levantar a lo alto el corazón. Por último, para levantar en pos de sí nuestra esperanza, levantó primero su carne, y para que esperásemos que lo mismo había de verificarse en nosotros, hizo que precediese lo que recibió de nosotros. (*Serm. 372, n. 3*).

Y yo a la verdad, hermanos, aunque siempre os

haya reputado grandes en mi conciencia, con todo os hace de algún modo mayores en mi estima, la consideración de lo grande que es la dignación de mi Señor para con el hombre. Vosotros sois en efecto el precio de la Encarnación del Señor, vosotros el precio de su sangre, vosotros los miembros de Cristo y para vosotros es Cristo la cabeza; por vosotros no rehusó nacer, por vosotros se sujetó a todas las penalidades, y hasta la cruz misma sufrió para haceros una familia suya. Vosotros os llamáis hermanos de Cristo y vosotros os llamáis herederos de Cristo. Por lo mismo, carísimos, hágase cada cual digno de aquél en cuya presencia no debe pecar: júzguese digno de aquél en cuya presencia ha de avergonzarse de pensar en algún delito. "Porque comprados fuisteis por grande precio". "Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo"¹. Aquí nació por vosotros, aquí se ofreció por vosotros, y también aquí, si obráis dignamente, habita en vosotros. Hagamos, pues, meditando día y noche en la ley del Señor, que merezcamos alcanzarle y verle. Ya que Dios se dignó descender por los hombres, hagamos que el hombre pueda ascender a Dios. (*Serm. 371, n. 4*).

SÁBADO DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO

CUÁNTA GRACIA ES LA ENCARNACIÓN DEL DIVINO
VERBO

"HUMANA palabra y digna de toda aceptación: que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo"².

¹ 1ª. Cor. 6, 20.

² 1ª. Tim. 1, 15.

Palabra, pues, humana y digna de toda aceptación. ¿Por qué humana y no divina? No hay duda de que, si esta palabra humana no fuese también divina, no sería digna de toda aceptación. Pero esta palabra así es humana y divina como el mismo Cristo es Dios y hombre. Luego si rectamente entendemos que esta palabra no sólo es humana, sino también divina, ¿por qué el Apóstol quiso más llamarla humana que divina? Es indudable que el que no mentiría si la llamara divina, no sin causa quiso más llamarla humana. Eligió por tanto aquello por lo cual vino Cristo al mundo. Vino por cierto por lo que era hombre, pues por lo que era Dios, siempre estaba aquí. Y a la verdad, ¿dónde no estaba Dios que dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra"¹. Cristo es ciertamente el Poder y la Sabiduría de Dios, de la cual se dice: "Toca de fin a fin fuertemente, y dispone todas las cosas suavemente"². Luego "en este mundo estaba, y el mundo por él fué hecho y no le conoció el mundo"³. Aquí estaba, y vino: aquí estaba por la Majestad divina, y vino por la debilidad humana. Pues por cuanto vino por la debilidad humana, por eso predicando su venida, dijo el Apóstol: "Humana palabra". No se vería libre el género humano si la palabra de Dios no se dignara de ser humana. Llámase hombre humano aquel que se muestra hombre y especialmente el que hospeda al hombre. Luego si se dice humano el que recibe al hombre en su casa, ¿cuán humano es el que recibió al hombre en sí mismo?

Es por consiguiente "humana palabra y digna de toda aceptación, que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores". Atiende a lo que

¹ Jerem. 23, 24.

² Sap. 8, 1.

³ Joan. 1, 10.

dice el Evangelio: "Pues el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que había perecido"¹. Si el hombre no hubiera perecido, el Hijo del hombre no hubiera venido. Luego había perecido el hombre y vino Dios hombre y fué encontrado el hombre. El hombre había perecido por la libre voluntad, y Dios hombre vino por la gracia libertadora. ¿Deseas saber lo que puede para el mal el libre albedrío? Recuerda al hombre pecando. ¿Deseas saber lo que puede para el auxilio el hombre Dios? Atiende en él a la gracia libertando. Nunca pudo manifestarse tanto lo que la voluntad del hombre poseída de la soberbia puede para evitar el mal sin la ayuda de Dios; nunca pudo expresarse más clara y manifiestamente que en el primer hombre. Y he aquí que el primer hombre pereció, mas ¿dónde estaría si el segundo hombre no hubiese venido? Por cuanto aquél fué hombre, es hombre también éste y por lo mismo la "humana palabra". Últimamente, nunca aparece tanto la benignidad de la gracia y la liberalidad de la omnipotencia de Dios como en el Hombre Mediador de Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. (*Serm. 174, nn. 1 y 2*).

¿Qué mayor gracia de Dios pudo iluminarnos que hacer hijo del hombre al que tenía Hijo Único y a la vez hacer Hijo de Dios al hijo del hombre? Busca el mérito, busca la causa, busca la justicia, y ve si encuentras otra cosa más que la gracia. (*Serm. 185, n. 3*).

¹ Luc. 19, 10.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

EL VERBO DIVINO ENCARNÓ PARA LIBRARNOS DEL CAUTIVERIO DEL DEMONIO

A CAUSA de la primera transgresión del primer hombre, el diablo poseía vencedor a todo el linaje de los hombres nacido con el reato del pecado. Si, pues, no hubiésemos quedado cautivos, no necesitaríamos del Redentor. A los cautivos vino él no cogido; a redimir a los cautivos vino no teniendo en sí nada de la cautividad, esto es, de la iniquidad, sino trayendo nuestro precio en la carne mortal. Porque a no tener la carne mortal, ¿de dónde en el Verbo la sangre para derramarla por los cautivos? Mas aquel que vino a nuestro cautiverio con la semejanza de la carne del pecado, no vino con la carne del pecado. Aquella era por cierto semejanza de la carne del pecado; verdadera carne, pero semejante a la carne del pecado; verdadera carne, mas no carne del pecado. ¿Quién era, pues, el que así vino? "Anunciad del día en el día"¹. He aquí quién era. Del día en el día era, Dios de Dios era, luz de luz era; pero el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros, ocultándose la Majestad y apareciendo la flaqueza, para que la flaqueza muera y la majestad se tenga. (*Serm. 27, n. 2*).

Siervos tuyos somos, Señor, y criaturas tuyas somos; nos hiciste y nos redimiste. Cualquiera puede comprar a su siervo, mas no puede criarle; empero el Señor crió y redimió a los siervos suyos; los crió para que existiesen, y los redimió para que no siempre fuesen cautivos. Caímos por cierto

¹ Ps. 95, 2.

en las manos del príncipe de este siglo que sedujo a Adán, haciéndole esclavo suyo y comenzó a poseernos como nacidos en sus dominios. Pero vino el Redentor y venció al seductor. ¿Y qué hizo nuestro Redentor al que nos cautivó? Para dar nuestro rescate le formó el garlito de su cruz y puso en él el cebo de su sangre. Él pudo derramar aquella sangre, mas no mereció beberla; y en el hecho de derramar la sangre del no deudor, fué obligado a devolver los deudores; vertió la sangre del inocente, y se le obligó a retirarse de los culpados. Ciertamente, el Señor derramó su sangre para borrar nuestros pecados; así aquello con que el diablo nos retenía, quedó destruído con la sangre del Redentor; porque no nos retenía sino con las ligaduras de nuestros pecados. Éstas eran las cadenas de los cautivos. Pero vino el Redentor, aprisionó al fuerte con las ligaduras de su pasión, entró en la casa de él, es decir, en los corazones de aquéllos donde el fuerte habitaba, y arrebató sus vasos. Nosotros somos los vasos. Estos había el diablo llenado de amargura, y ésta dió también a nuestro Redentor para que la bebiera en la hiel. El diablo, digo, nos había llenado como vasos suyos; mas nuestro Señor, arrebatándole los vasos y haciéndolos suyos, vertió la amargura y los llenó de dulzura.

En vista de esto amémosle, porque es dulce. "Gustad y ved lo suave que es el Señor"¹. Debemos temerle, pero más debemos amarle. Es hombre y Dios; un solo Cristo es el hombre y Dios, al modo que un solo hombre es el alma y el cuerpo; pero no son dos personas Dios y el hombre. En Cristo hay en verdad dos sustancias, Dios y el hombre, pero una sola persona, permaneciendo así

¹ Ps. 33.

la Trinidad y no resultando cuaternidad por la ascensión del hombre. ¿Cómo, pues, ha de suceder que Dios no tenga misericordia de nosotros por quienes se hizo hombre el mismo Dios? Mucho es lo que hizo: más admirable es lo que hizo que lo que prometió, y por lo que ha hecho debemos creer lo que tiene prometido. (*Serm. 130, nn. 2 y 3*).

LUNES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

CRISTO VINO PARA QUE TUVIÉRAMOS EL MEDIADOR
QUE NOS RECONCILIASE CON DIOS

"Nosotros, pues, somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros. Os rogamos por Cristo"¹, esto es, como si Cristo os rogara. ¿Qué? "Que os reconciliéis con Dios". Si el Apóstol nos amonesta y ruega que nos reconciliemos con Dios, luego éramos enemigos de Dios; porque ninguno se reconcilia sino a causa de las enemistades. No la naturaleza, sino los pecados nos hicieron enemigos de Dios. De donde somos enemigos suyos, de allí somos siervos del pecado. Dios no tiene enemigos libres, y así es forzoso que sean esclavos; y esclavos permanecerán, como no sean libertados por el mismo cuya enemistad quisieron pecando. "Os rogamos —dice— por Cristo, que os reconciliéis con Dios". ¿Y cómo reconciliarnos, si no se destruye lo que separa entre él y nosotros? Porque el Profeta dice: "No se ha agravado su oído para que no oiga, sino que vuestras iniquidades han hecho la separación entre vosotros y vuestro Dios"². Así que, no nos reconci-

¹ 2ª. Cor. 5, 20.

² Isai. 59, 1.

liamo sino quitado lo que hay en medio y puesto lo que esté en medio. Hay por cierto un medio que separa, y al contrario, hay un Mediador que reconcilia: el medio que separa es el pecado, y el mediador que reconcilia es el Señor Jesucristo: "Porque uno es Dios y uno es el Medianero entre Dios y entre los hombres, Jesucristo hombre"¹. Por tanto, para que se quite la materia separatoria, que es el pecado, vino aquel Mediador, y el Sacerdote mismo se hizo sacrificio. (*Tract. 41, in Joan., n. 5*).

Los ángeles que no cayeron de la presencia de Dios, no necesitan Medianero que los reconcilie. Así los ángeles que sin que nadie los sugiriese cayeron en la prevaricación enteramente espontánea, no son reconciliados por el Medianero. Resta, por tanto, que el que fué derribado por mediar el diablo soberbio que le persuadió la soberbia, sea levantado mediando Cristo humilde que le persuade la humildad. Pero si el Hijo de Dios hubiera querido permanecer en la igualdad natural del Padre sin anonadarse tomando la forma de siervo, no fuera el medianero de Dios y los hombres; porque la Trinidad es un Dios, una en los tres, Padre e Hijo y Espíritu Santo, constante, la eternidad de la deidad. Así, pues, el Hijo Único de Dios se hizo mediador entre Dios y los hombres cuando el Verbo de Dios con Dios rebajó su majestad hasta lo humano y levantó la humildad humana hasta lo divino para que el hombre por Dios sobre los hombres fuese el mediador entre Dios y los hombres. (*In exposit. Epist. ad Galat., n. 24*).

¿Acaso no éramos nosotros enemigos de Dios y teníamos mala causa contra Dios? ¿Y quién pondría fin a esta mala causa, sino aquel árbitro intermedio

¹ 1ª. Tim. 2, 5.

sin cuya venida se había perdido el camino de la misericordia? De él dice el Apóstol: "Uno es Dios y uno es el Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre". Si no fuese hombre, no sería medianero, porque es igual al Padre. En otro lugar dice: "El mediador no es de uno solo, y Dios es uno"¹. El mediador es entre dos; luego Cristo es mediador entre el hombre y Dios. No en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; porque en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto es igual al Padre no es mediador. Para que sea, pues, mediador desde la superior al inferior, desde la igualdad del Padre, y haga lo que dice el Apóstol: "Se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a la semejanza de hombres y hallado en la condición como hombre"². Derrame su sangre, borre nuestra cédula de obligación y haga las paces entre nosotros y Dios enderezando nuestra voluntad a la justicia e inclinando su sentencia a la misericordia. (*Enar. in Ps. 103, Serm. 4, n. 8*).

MARTES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

EL HIJO DE DIOS SE HIZO HOMBRE PARA QUE EL HOMBRE SE HICIESE HIJO DE DIOS

"¿QUIÉN es Cristo? En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Esto era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él"³. Grande es esto, magnífico es esto. Y tú, cautivo, ¿quién eres?, ¿dónde yaces? En la carne y bajo el dominio de la muerte. ¿Quién, pues, es

¹ Gal. 3, 20.

² Philip. 2, 7.

³ Joan. 1, 1.

aquél?, ¿quién eres tú? ¿Y qué se hizo aquél después?, ¿y por quién? ¿Quién es aquél sino el Verbo, como se ha dicho? ¿Y qué Verbo? ¿Acaso la palabra que suena y pasa? El Verbo Dios con Dios, el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas. ¿Y qué se hizo por ti? "Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros. El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas?"¹. He ahí qué, quién y por quién. El Hijo de Dios hecho carne por el pecador, por el malvado, por el desertor, por el soberbio, por el perverso émulo de su Dios. Él se hizo lo que tú: hijo del hombre, para que nosotros nos hiciésemos hijos de Dios. (*Enar. in Ps. 70, Serm. 2, n. 10*).

El Hijo Único de Dios por naturaleza, por nosotros se hizo hijo del hombre por misericordia, para que nosotros hijos del hombre por naturaleza fuésemos hechos por él hijos de Dios por gracia. Él permaneciendo en verdad inmutable, recibió de nosotros la naturaleza nuestra para en ella recibirnos, y constante en su divinidad, se hizo partícipe de nuestra enfermedad, y para que mudados nosotros en mejor, perdamos con la participación de su inmortalidad y de su justicia lo que tenemos de pecadores y de mortales, y el bien que hizo en nuestra naturaleza le conservemos llenos del sumo bien en la bondad de la suya. Porque así como por un hombre que pecó descendimos a este tan grave mal, así también por un hombre Dios que justifica llegaremos a aquel tan sublime bien. (*Lib. 21, de Civit. Dei, c. 15*).

"Son nacidos, no de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios"². Para que los

¹ Joan. I, 14; Rom. 8, 32.

² Joan. 1, 13.

hombres naciesen de Dios, Dios nació primero de ellos mismos; porque Cristo es Dios y Cristo nació de los hombres. No buscó ciertamente sino madre en la tierra, porque ya tenía Padre en el cielo; nacido de Dios para ser por él hechos, y nacido de la hembra para ser por él rehechos. No te admires, oh hombre, de que eres hecho hijo por la gracia y de que naces de Dios según su Verbo. El mismo Verbo quiso nacer primeramente del hombre, para que tú nacieres seguramente de Dios y te dijese: No sin causa quiso Dios nacer del hombre, sino porque me reputó de alguna estimación para hacerme inmortal y para nacer mortalmente por mí. Por lo mismo, habiendo dicho el Evangelista: "Son nacidos de Dios", como para que no nos admirásemos ni espantásemos de tanta gracia, para que no nos pareciese increíble que los hombres son nacidos de Dios y como dándonos toda seguridad, añade: "Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros". ¿Por qué, pues, admiras que los hombres nacen de Dios? Atiende al mismo Dios nacido de los hombres. (*Tract. 2, in Joan., n. 15*).

MIÉRCOLES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

PARA QUE EL HOMBRE COMIESE EL PAN DE LOS ÁNGELES, EL SEÑOR DE LOS ÁNGELES FUÉ HECHO HOMBRE

EL MISMO que como esposo procedió de su tálamo, es decir, del vientre virginal donde se hicieron las santas bodas del Verbo y la carne, trajo un milagro temporal; pero él es eterno, él es coeterno al Padre, él es el mismo que en el principio era el

Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Hizo para ti de donde fueses sanado, para que pudieses ver lo que no veías. Lo que te parece despreciable en Cristo, no es todavía la contemplación del sanado, sino el medicamento del enfermo. No quieras anticiparte a la visión de los sanos. Los Ángeles lo ven, los Angeles se alegran, los Ángeles son alimentados y viven; no se acaba de lo que se alimentan ni se disminuye su manjar. En los tronos sublimes, en las partes de los cielos y en las que están sobre los cielos ven los Angeles al Verbo, y se alegran; y es comido y permanece. Mas para que el hombre comiese el pan de los Ángeles, el Señor de los Ángeles se hizo hombre. (*Serm. 126, n. 6*).

Así, pues, está escrito: "Les dió el pan del cielo: el hombre comió el pan de los Angeles"¹. ¿Quién es el pan de los Ángeles? "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios". ¿De qué modo comió el hombre el pan de los Ángeles? "Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros"². (*Tract. 13, in Joan., n. 4*).

He ahí que el pan te está preparado; pero crece por la leche para que llegues al pan. ¿Y de qué manera, dirás, crezco por la leche? Cree primeramente lo que se hizo Cristo para tu estado de debilidad y abrázalo fuertemente. Ve de qué manera una madre, siempre que ve al hijo incapaz para recibir comida, le da los mismos manjares, pero pasados por su carne; porque uno mismo es el pan de que se alimenta el infante y de que se alimenta su madre; pero el infante no está idóneo para la mesa y está idóneo para los pechos. Por lo mismo el pan es pasado desde la mesa por los pechos de

¹ Ps. 77, 24.

² Joan. 1.

la madre, para que por ese medio llegue el mismo alimento al pequeño infante. De igual manera, nuestro Señor Jesucristo: siendo el Verbo con el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, "que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser el igual a Dios"¹, siendo en aquella forma para que los Ángeles le comiesen a su modo y de él fuesen alimentadas en el cielo las Potestades y Virtudes, espíritus intelectuales; pero hallándose postrado el hombre enfermo y envuelto en la carne en la tierra, sin que pudiera llegar a él el pan celestial; el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, para que el hombre comiese el pan de los Ángeles y descendiese el maná al más verdadero pueblo de Israel.

Así el pan Jesucristo Señor nuestro, habiendo encarnado y apareciendo mortal, se hizo leche para nosotros; para que en él tuviese fin la muerte y nosotros no estuviésemos separados del Verbo, creyendo en la carne que se hizo el Verbo. Crezcamos con ese alimento, nutrámonos con esa misma leche; antes de tener fuerzas para alimentarnos del Verbo, no nos apartemos de la fe de la leche nuestra.

Mama para que te nutras; nutrete de modo que crezcas; y crece de modo que puedas comer el pan. Porque comenzando a comer el pan, serás destetado, esto es, ya no necesitarás la leche, sino el manjar sólido. (*Enar. in Ps. 130, nn. 9, 11 y 12*).

¹ Phil. 2, 6.

JUEVES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

SIENDO CRISTO RICO, QUISO HACERSE POBRE POR NOSOTROS EN LA ENCARNACIÓN, A FIN DE QUE NOS ENRIQUECIÉSEMOS CON SU POBREZA

¿ERES AVARO? Dios te dice: Sé avaro, sé cuanto puedes avaro; pero demándame para satisfacer tu avaricia. Dios te dice demándame; a mi Hijo rico hice yo pobre por ti. En efecto, siendo Cristo rico, se hizo pobre por nosotros. ¿Buscas oro? Él le hizo. ¿Buscas plata? Él la hizo. ¿Buscas posesiones? Él las hizo. ¿Por qué buscas solamente las cosas criadas? Recibe al mismo que las crió. Piensa bien de qué modo te amó. "Todas las cosas fueron hechas por él: y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él"¹. Todas las cosas por él y él entre todas las cosas. El que las hizo todas, fué hecho entre todas. El que hizo al hombre, fué hecho hombre; fué hecho lo que hizo, para que no pereciese aquél a quien hizo. El que hizo todas las cosas fué hecho entre ellas. Atiende a sus riquezas; ¿qué cosa más rica que por quien fueron hechas todas las criaturas? Y sin embargo, siendo tan rico, recibió la carne mortal en las entrañas de una Virgen. Nació niño, fué envuelto en paños infantiles, fué puesto en un pesebre, esperó en paciencia las edades y en paciencia sufrió los tiempos el mismo por quien fueron hechos los tiempos. Chupó los pechos, lloró niño, apareció infante. Pero estaba recostado, y reinaba; estaba en el pesebre, y contenía al mundo; era alimentado por la Madre, y era anunciado por los Ángeles; la Madre le nutría, y la estrella resplan-

¹ Joan. 1, 3.

deciente le declaraba. Tales riquezas, y tal pobreza; las riquezas para que fueses criado, y la pobreza para que fueses restaurado. (*Serm. 239, n. 6*).

Ve a nuestro rico que por nosotros se hizo pobre siendo rico; ve a aquel rico: "Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él". Más es hacer el oro, que tenerle. Tú eres rico en oro, en plata, en ganados, en familia, en heredades, en frutos; mas no pudiste criarte tales cosas. Ve a aquel rico: "todas las cosas fueron hechas por él". Ve ahora a aquel pobre: "El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros". ¿Quién puede meditar dignamente sus riquezas? ¿Quién alcanza el modo de hacer el que no es hecho, el modo de criar el no criado, de formar el no formado, de dar ser a lo mudable el permanente y a lo temporal el eterno? ¿Quién hay que penetre dignamente sus riquezas? Consideremos ahora su pobreza, porque quizá ni aun ésta comprendamos los pobres. Concebido es en el vientre virginal de la hembra y encerrado en las entrañas de la Madre. ¡Oh pobreza! Nace en un estrecho albergue, envuelto en paños infantiles es recostado en un pesebre, y se hace alimento para los pobres jumentos; después el Criador de cielo y tierra, el Criador de los Ángeles, el Autor y hacedor de todo lo visible e invisible mama, llora, se alimenta, crece, tolera la edad y oculta la majestad; en adelante es prendido, es vilipendiado, azotado, insultado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, colgado en la cruz y traspasado con una lanza. ¡Oh pobreza! (*Serm. 14, n. 9*).

Si el Señor evitara la pobreza, no careceríamos nosotros de ella; porque él siendo rico se hizo pobre, para que con su pobreza nos enriqueciésemos

nosotros. Y si su pobreza nos ha hecho ricos, ¿qué habrán de hacernos sus riquezas? (*Serm. 169, n. 2*).

VIERNES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

CRISTO QUISO NACER PEQUEÑO POR NOSOTROS PARA QUE NOSOTROS CRECIÉSEMOS POR ÉL; LO CUAL SIGNIFICA AÚN EL DÍA MISMO EN QUE SE DIGNÓ NACER

CRISTO nació, Dios del Padre y hombre de la Madre. De la inmortalidad del Padre y de la virginidad de la Madre. Del Padre sin madre y de la Madre sin padre. Del Padre sin tiempo y de la Madre sin comercio. Del Padre como principio de la vida y de la Madre como fin de la muerte. Del Padre ordenando todo día y de la Madre consagrando este día. Envió, pues, al hombre Juan su Precursor que naciese cuando los días comenzaban a menguar y él nació cuando los días comenzaban a crecer; para que en esto se figurase lo que dice el mismo Juan: "Es necesario que él crezca y que yo mengüe"¹. Porque la vida humana debe acabar en sí y aprovechar en Cristo, "para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos y resucitó"², y diga cada uno de nosotros lo que el mismo Apóstol dice: "Y vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mí"³. "Porque es necesario que él crezca y que yo mengüe". (*Sermón 194, n. 1*).

De ahí es el haber nacido Cristo en el día menor que hay en la tierra, pero desde el cual toman los días incremento. Aquel, pues, que se inclinó y nos levantó, escogió el día menor, pero de donde

¹ Joan. 3, 36.

² 2ª. Cor. 5, 15.

³ Gal. 2, 20.

crece la luz: con este tal su advenimiento, aun sin hablar, nos exhorta, como con el sonido de un gran clamor, que aprendamos a ser ricos en aquel que por nosotros se hizo pobre, que recibamos la libertad en aquel que por nosotros recibió la forma de siervo, y que poseamos el cielo en aquel que por nosotros nació de la tierra. (*Serm. 192, n. 3*).

Nuestro Señor Jesucristo que era con el Padre antes que naciese de la Madre, escogió no sólo la Virgen de la cual naciese, sino también el día en el cual naciese. Los hombres errantes suelen escoger los días, uno para hacer el plantío, otro para edificar, otro para viajar y a veces otro para desposarse. Cualquiera al obrar así lo hace para que lo que nazca de allí se críe felizmente; pero ninguno puede escoger el día en que él mismo nazca. Sólo pudo escoger ambas cosas el que pudo criar ambas. Ni eligió el día a la manera que le eligen aquellos que vanamente hacen depender los destinos de los hombres de la disposición de las estrellas. El que nació no se hizo por cierto feliz por el día, sino que él mismo hizo feliz al día en que se dignó nacer. Por lo mismo tiene el día de su natiuidad el misterio de su luz y así lo dice el Apóstol: "La noche pasó y el día se acercó. Pues desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. Caminemos como de día, honestamente"¹. Conozcamos el día y seamos día. No éramos cuando vivíamos infielmente. Y por cuanto la infidelidad, que a manera de noche había cubierto todo el mundo, tenía que menguar creciendo la fe; por lo mismo en el día del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo comienza la noche a sufrir detrimentos y el día a tomar aumentos. (*Serm. 190, n. 1*).

¹ Rom. 13, 12.

Cree tú en Cristo y creció el día en ti. ¿Creciste? Comenzó el día. ¿Fuiste bautizado? Nació Cristo en tu corazón. ¿Pero acaso Cristo nacido permaneció niño? Creció, llegó a la juventud; mas no declinó a la vejez. Pues crezca también tu fe y halle la robustez sin conocer la vejez. (*Serm. 370, n. 4*).

SÁBADO DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO

CRISTO SE HIZO HOMBRE PARA QUE EL HOMBRE
TUVIESE A QUIÉN SEGUIR

Dios se hizo hombre para que el hombre fuese hecho Dios, y el Señor tomó la forma de siervo para que el siervo fuese convertido en señor. Habitó en la tierra el habitador de los cielos, para que en los cielos habitase el hombre habitador de la tierra. Porque ciertamente creemos dos natiuidades de nuestro Señor Jesucristo: primero la divina, y después la humana; pero ambas del todo admirables: en aquélla sin haber oficios de la madre, y en ésta sin haber oficios del padre; una eterna para criar los temporales, y otra temporal para hacer los eternos. Él, pues, es igual al Padre en la forma de Dios, y es menor que el Padre en la forma de siervo. Criador de los tiempos nació en el tiempo, y fué hecho tan parvo, que le dió a luz una hembra; pero permaneció en verdad tan grande, que no se separó del Padre. Estos dos nacimientos los declaran también dos Evangelistas. Hablando, pues, uno del nacimiento divino, dice así: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Esto era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por

él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él"¹. Y de este nacimiento humano dice así otro Evangelista: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David"². Así este nuestro Dios conversó hombre entre los hombres. Apareció, pues, hombre a los que le veían y Dios a los que le entendían, ofreciendo al hombre a los que le miraban y reservando a Dios a los que le creían. Salvó por tanto a los enfermos el aspecto de su enfermedad y busca a los firmes la contemplación de su divinidad.

Carísimos, os ruego que meditéis cuán grande es este misterio de la verdad. Dios había dado su ley para salvar a los hombres y había enviado a los Profetas, y por cuanto precedieron estos remedios para curar las dolencias, quiso el mismo Dios ofrecerse a los hombres para la salud de ellos. Los hombres no pudieron en verdad ver a Dios en sustancia; y por otra parte los hombres no debían poner su esperanza en sólo el hombre. ¿Qué hacerse en tal caso? Seguir al hombre no debían, y el hombre que podía ser visto no debía ser seguido: Dios que no podía ser visto era al que debían seguir. Pues para que el hombre tuviese a quien ver y a quien seguir, Dios se hizo hombre. (*Sermón 371, nn. 1 y 2*).

Tú, como hombre, no podías llegar a Dios, y Dios se hizo hombre a fin de que, ya que como hombre puedes llegar al hombre y no podrías llegar a Dios, llegases a Dios por el hombre; así se hizo Mediador de Dios y de los hombres el hombre Cristo Jesús. Pero si fuera sólo hombre nunca llegarías, siguiendo lo que eres, y si fuera sólo Dios, tampoco llegarías no aprendiendo lo que no eres, y se hizo Dios hombre, para que, si-

¹ Joan. 1, 1.

² Matt. 1, 1.

guiendo al hombre, lo cual puedes, llegues a Dios, lo cual no podías. Él mismo es el mediador. (*Enar. in Ps. 134, n. 5*).

El que era Dios se hizo hombre, recibiendo lo que no era, y no perdiendo lo que era; así se hizo hombre Dios. Allí tienes alguna cosa por tu enfermedad y allí tienes alguna cosa por tu perfección. Levántete Cristo por lo que es hombre, guíete por lo que es Dios hombre y condúzcate a lo que es Dios. (*Tract. 23, in Joan., n. 6*).

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

EL VERBO ENCARNADO SE HIZO PARA NOSOTROS
CAMINO POR DONDE HEMOS DE VOLVER A DIOS

“Yo de Dios salí y vine y no de mí mismo, mas él me envió”¹. Recordad lo que solemos decir: De él vino; y entendamos que con él vino aquél de quien vino. Es, pues, la misión de Cristo su Encarnación. Pero lo que el Verbo procedió de Dios, es la procesión eterna; no tiene tiempo aquél por quien fueron hechos los tiempos. Ninguno diga en su corazón: ¿Cómo era Dios antes que fuese el Verbo? Nunca digas: Antes que fuese el Verbo de Dios. Nunca fué Dios sin el Verbo; porque el Verbo es permanente, no transitorio; es Dios, no un sonido; es por quien fueron hechos el cielo y la tierra, no lo que pasó con las cosas hechas sobre la tierra. Por tanto procedió de él como Dios, como igual, como Hijo único, como Verbo del Padre, y vino a nosotros, por cuanto el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros. Su venida,

¹ Joan. 8, 42.

su humanidad; su mansión, su divinidad; su divinidad, adonde vamos, y su humanidad, por donde vamos. Si para nosotros no se hubiera hecho por donde fuésemos, jamás llegaríamos a aquél permanente. (*Tract. 42, in Joan., n. 8*).

Por el hombre Cristo, caminas a Dios Cristo. Mucho dista Dios de ti; pero Dios se hizo hombre. Lo que estaba lejos de ti, se hizo por el hombre junto a ti. Donde permanezcas, es Dios; por donde vayas, es hombre. Uno es el mismo Cristo, por donde vayas y adonde vayas. (*Serm. 261, n. 7*).

Una de estas dos cosas será nuestra eterna habitación, y otra es libramiento de nuestra peregrinación. Porque si nuestro Señor Jesucristo no se hubiera hecho hombre, habría perecido el hombre; por lo mismo fué hecho lo que hizo, para que no pereciese lo que hizo. Hombre verdadero y Dios verdadero; Dios y hombre todo Cristo. Esta es la fe católica. El que niega a Dios Cristo es fociniano, y el que niega al hombre Cristo es maniqueo. El que confiesa a Cristo Dios igual al Padre y hombre verdadero, que padeció verdaderamente y que derramó su verdadera sangre; porque no nos libraría la verdad, si por nosotros diese un falso precio; el que confiesa uno y otro, es católico.

Éste tiene patria y tiene camino. Tiene patria: “En el principio era el Verbo”¹. Tiene patria: “Siendo en forma de Dios no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios”². Tiene camino: “El Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros”. Tiene camino: “Se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo”. El mismo es la patria adonde vamos, y él mismo es el camino por donde vamos. Va-

¹ Joan. 1, 1.

² Phil. 2, 6.

yamos a él mismo por él mismo y no erraremos. (*Serm. 92, n. 3*).

Ve cómo habiéndose hecho carne para habitar entre nosotros la misma Verdad, y el Verbo por quien fueron hechas todas las cosas, dice sin embargo el Apóstol: "Y si conocimos a Cristo según la carne; mas ahora ya no le conocemos"¹. Quiso en verdad tomar carne aquel que no sólo quiso darse en posesión a los que llegan a la patria, sino también por camino a los que vienen al principio de los caminos. De ahí es aquello de la Escritura: "El Señor me crió en el principio de sus caminos"², para que desde allí comenzasen los que quisiesen llegar. Así que, aunque el Apóstol anduviese todavía en el camino y siguiese a Dios que le llamaba al premio de la soberana vocación; con todo, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndose hacia lo que está delante³, ya había pasado el principio de los caminos, esto es, ya no necesitaba de aquello por donde, sin embargo, han de emprender y dar principio al camino todos aquellos que desean llegar a la verdad y permanecer en la vida eterna. Porque el Señor dice así: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida"⁴; esto es, por mí se viene, a mí se llega y en mí se permanece. Llegando, pues, a él, se llega también al Padre; porque el Padre se conoce por el Hijo al que es igual; enlazándonos y como pegándonos el Espíritu Santo en cuyo sumo e imperturbable bien podamos perseverar. De aquí se entiende cómo no debe detenernos en el camino cosa alguna cuando ni aun el mismo Señor, en cuanto se dignó ser nuestro camino, quiso detenernos, y sí que fuésemos ade-

¹ 2ª. Cor. 5, 16.

² Prov. 8, 8.

³ Phil. 3, 13. ⁴ Joan. 14, 6.

lante, para que no nos apeguemos con flaqueza a las cosas temporales aunque tomadas y ejecutadas por él para nuestra salvación; antes bien corramos por ellas con alegría, para que merezcamos ser conducidos y llegados a aquel mismo que libró de lo temporal a nuestra naturaleza y la colocó a la diestra del Padre. (*Lib. 1, de Doctrin. Christ., c. 34*).

LUNES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO

CRISTO QUISO NACER EN LA CARNE MORTAL PARA
RECIBIR NUESTROS MALES Y COMUNICARNOS
SUS BIENES

"EL SEÑOR está cerca"¹, porque el Señor se nos ha aproximado. ¿Qué cosa tan lejana, qué cosa tan remota como Dios de los hombres, el inmortal de los inmortales y el justo de los pecadores? No estaba lejos en cuanto al lugar, sino en cuanto a la semejanza. Así suele ser también nuestro lenguaje cuando hablando de dos hombres de diversas costumbres, decimos: Éste está lejos de aquél. Aun estando inmediatos, aun viviendo muy vecinos, aun atados con una cadena, el piadoso está lejos del impío, el inocente está lejos del reo y el justo está lejos del injusto. Y si esto se dice de dos hombres ¿qué se dirá de Dios y los hombres? Pues el justo e inmortal, estando lejos de nosotros como de mortales y pecadores, descendió a nosotros para hacérsenos próximo el que era lejano. ¿Y qué hizo? Teniendo él dos bienes, y nosotros dos males; teniendo él dos bienes, la justicia y la in-

¹ Phil. 4, 5.

mortalidad, y nosotros dos males, la iniquidad y la mortalidad, si hubiera tomado ambos males nuestros, se habría hecho igual a nosotros y con nosotros tuviera necesidad de libertador. ¿Qué hizo, pues, para hacerse próximo no todo lo que nosotros somos, sino cerca de nosotros. Atiende a las dos cosas: él es justo, y es inmortal. En tus dos males, una es la culpa y otra es la pena; la culpa es el ser injusto, y la pena es el ser mortal. Pues él para hacerse próximo tomó tu pena y no tomó tu culpa, y si la tomó fué para borrarla, no para hacerla. El justo e inmortal estaba lejos de los injustos y mortales. Tú, pecador mortal, estabas lejos del justo inmortal. El no se hizo pecador como tú, sino que como tú se hizo mortal. Mortal se hizo permaneciendo justo. Recibiendo la pena y no la culpa, borró la culpa y la pena. "El Señor está cerca". (*Serm. 171, n. 3*).

No quiero que nos avergoncemos del nombre de Cristo. Insúltesenos porque creemos en el Crucificado y en el muerto. Creemos ciertamente en el muerto; pero si cuya sangre no manara, permanecería todavía la escritura obligatoria de nuestros pecados. He creído ciertamente en el muerto; pero lo que murió en él es lo que tomó de mí y no de donde me hizo a mí. Creo ciertamente en el muerto: ¿pero en qué muerto? En aquel que vino uno, y tomó otro. ¿Quién vino? "El que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios"¹. He ahí quién vino. ¿Y qué tomó? "Se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a la semejanza del hombre". Aquel Hacedor hecho y aquel Criador criado. Pero ¿en qué fué hecho y criado? En la forma de siervo, tomando la forma

¹ Phil. 2, 6.

de siervo y no perdiendo la forma de Dios. Así en esta forma de siervo, en esto que por nosotros tomó de nosotros, nació, y padeció, y resucitó, y subió al cielo. Cuatro cosas he dicho. Nació, murió, resucitó y subió al cielo. Dos primeras y dos últimas; las dos primeras, nació y murió; las dos últimas, resucitó y subió al cielo. En las dos primeras te manifestó tu condición; en las dos últimas te dió el ejemplo del premio. Tú conocías el nacer y el morir, puesto que la región de los mortales está llena de estas dos cosas. ¿Qué abunda aquí en esta carne, sino el nacer y el morir? Esto tiene el hombre con las bestias, y con ellas pasamos esta vida común. Hemos nacido y hemos de morir. Lo que todavía no conocías era esto, resucitar y subir al cielo. Dos cosas conocías y dos ignorabas; tomó lo que conocías y te manifestó lo que ignorabas; padece lo que tomó y espera lo que manifestó. (*Serm. 279, n. 8*).

MARTES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO

CRISTO VINO EN CARNE MORTAL PARA PODER PADECER EN ELLA Y MORIR POR NOSOTROS

"LA VERDAD nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo"¹. "La Verdad nació de la tierra", Cristo nació de la hembra. "La Verdad nació de la tierra", el Hijo de Dios procedió de la carne. ¿Qué es la Verdad? El Hijo de Dios. ¿Qué es la tierra? La carne. Pregunta de dónde nació Cristo y ves que la Verdad nació de la tierra. Pero esta Verdad que nació de la tierra era antes

¹ Ps. 84, 12.

que la tierra y por ella misma fueron hechos el cielo y la tierra. Y la verdad nació de la Virgen María para que la justicia mirase del cielo, esto es, para que los hombres fuesen justificados por la divina gracia y para que por la justificación de ellos se ofreciese el sacrificio, el sacrificio de la pasión, el sacrificio de la cruz. ¿Mas de dónde ofrecería el sacrificio por nuestros pecados, si no muriese? ¿Y de dónde moriría, si no tomase de nosotros donde morir? Es decir, que a no tomar de nosotros la carne mortal, no pudiera Cristo morir; porque el Verbo no muere, la divinidad no muere, el Poder y Sabiduría de Dios no mueren. ¿Cómo ofrecería en sacrificio la Víctima de la salud, no muriendo? ¿Y cómo moriría, no vistiéndose de la carne? ¿Cómo se vestiría de la carne, no naciendo de la tierra la Verdad? "La Verdad nació de la tierra y la justicia miró del cielo". (*Enar. in Ps. 84, n. 13*).

El Hacedor del hombre se hizo hombre, para que el regente de las estrellas chupase los pechos, para que el pan padeciese hambre y la fuente sed, para que la luz durmiese, el camino se fatigase por el camino, la verdad fuese acusada por falsos testigos, el juez de vivos y muertos fuese juzgado por el juez mortal, la justicia fuese condenada por los injustos, la disciplina fuese herida con azotes, el racimo de uvas fuese coronado de espinas, el cimiento fuese colgado en el madero, la fortaleza fuese enflaquecida, la salud fuese llagada, y la vida muerta. Para sufrir todo esto por nosotros y otras cosas indignas semejantes a fin de salvar a los indignos; siendo así que ni él, que por nosotros toleró tantos males, merecía mal alguno, ni nosotros, que por él recibimos tantos bienes, merecíamos

ningún bien; para sufrir, pues, todo esto se dignó en los últimos días ser hijo del hombre aquel que antes de los siglos, sin principio de los días, era Hijo de Dios, y aquel que nacido del Padre no había sido hecho por el Padre, fué hecho en la Madre que él había hecho, a fin de ser algún día en la tierra nacido de la Madre, la cual nunca jamás hubiera podido ser sino por él. (*Serm. 191, n. 1.*)

"Mi corazón esperó el oprobio y la miseria"¹. ¿Qué es esperó? Previó todo esto que había de sucederle y lo predijo. No vino por cierto a otra cosa. Si no quisiera morir, tampoco quisiera nacer; hizo uno y otro a causa de la resurrección. Porque en el género humano había dos ciertas cosas conocidas y una desconocida. Los hombres sabíamos ciertamente nacer y morir; mas no sabíamos resucitar y vivir eternamente. Para manifestarnos la cosa que no conocíamos tomó las dos que conocíamos. A esto, pues, vino: "Mi corazón esperó el oprobio y la miseria". (*Enar. in Ps. 68, Serm. 2, n. 5*).

MIÉRCOLES DE LA 4ª SEMANA DE ADVIENTO

ADMIRE EL HOMBRE CRISTIANO LA HUMILDAD DE CRISTO EN SU NACIMIENTO

CRISTO había de venir en carne, no otro cualquiera, no un ángel, no un legado, sino "viniendo él mismo, nos hará salvos"². No tenía que venir otro cualquiera, y sin embargo, ¿de qué modo tenía que venir? Tenía que nacer en carne mortal,

¹ Ps. 68, 21.

² Isai. 35, 4.

tenía que ser infante párvulo para ser puesto en un pesebre, tenía que ser envuelto en la cuna, alimentado con la leche, ir creciendo por edades y por último aun tenía que ser muerto. Son, pues, todas estas cosas indicios de humildad y forma de extremada humildad. ¿Cúya es esta humildad? Del Excelso. ¿Cuánto excelso? No le busques en la tierra, y súbete también sobre las estrellas. Cuando llegares a los celestiales ejércitos de los ángeles, les oirás decirte: Sube también sobre nosotros. Cuando llegares a los Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades les oirás decirte: Pasa también de nosotros, pues aun nosotros hemos sido hechos: "Todas las cosas fueron hechas por él"¹. Sube sobre todas las criaturas; cualquiera cosa hecha, cualquiera cosa establecida, cualquiera cosa mudable, corpórea o incorpórea, pásalas y sube sobre todas ellas. Viendo, no puedes todavía; pero creyendo, sube más arriba: llega al Criador. Allí ve: "En el principio era el Verbo". No fué, pues, hecho, sino que "en el principio era". Por tanto, esto que "en el principio era, y el Verbo era con Dios, y el mismo Verbo era Dios, y todas las cosas fueron hechas por él", vino a nosotros. ¿A quiénes? ¿A los dignos? No por cierto, sino a los indignos. Porque "Cristo murió por los pecadores" e indignos, pero digno. Nosotros éramos los indignos de quienes se compadeciese y él era el digno que se compadeciese y a quien se dijese: "Líbranos, Señor, por tu misericordia"². No por nuestros méritos precedentes sino "líbranos, Señor, por tu misericordia y sé propicio a nuestros pecados por tu nombre", no por nuestro mérito, no por el mérito de los pecados, sino "por tu nombre";

¹ Joan. 1, 3.² Ps. 78, 9.

porque el mérito de los pecados no es en verdad el premio, sino el suplicio. De consiguiente "por tu nombre". He ahí a quiénes vino, he ahí la grandeza del que vino. (*Serm. 293, n. 5*).

Ve cuánta grandeza vino a hacerse un poquito: "El que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios"¹. Porque no era usurpación, sino que era naturaleza la igualdad del Hijo con el Padre. Así "no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios"; porque era, y era sin usurpación, y había nacido del eterno coeterno. Sin embargo, "se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo", esto es, tomando forma de hombre. "Siendo en forma de Dios", no, habiendo tomado forma de Dios; "siendo, pues, en forma de Dios, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo". Tomó lo que no era de tal modo que no perdiese lo que era. Permaneciendo Dios, tomó al hombre. Tomó la forma de siervo y se hizo Dios hombre el mismo por quien fué hecho el hombre. Ve, pues, qué majestad, qué potestad, qué sublimidad, qué igualdad con el Padre vino a tomar el vestido de la forma servil, y aprende de tan gran Maestro aquel camino de la humildad. En él encontrarás ciertamente el camino de la humildad que no puedes andar con pie soberbio, y si no le pisares con pie humilde, no podrás llegar a la altura donde conduce. (*Serm. 292, n. 3*).

Y si Dios Criador del cielo y de la tierra se hizo hombre siendo Dios, y se humilló a sí mismo hasta la muerte y muerte de Cruz, ¿con cuánta razón no deberá ensoberbecerse la tierra y ceniza? Ved, hermanos, cuánto se humilló Dios por los hombres. ¿Cuánto debe abatirse el siervo, cuando

¹ Phil. 2, 6.

aun el Señor descendió a tanta humildad? Carísimos, esta humildad, si los hombres la poseen cuanto deben, aprovechará también hasta la caridad; porque cuando uno juzga superior al otro, el amor produce la igualdad. Por lo mismo no se tenga en poco el hombre por quien Dios se dignó en verdad padecer todo esto. (*Serm. 371, n. 3*).

JUEVES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO

CON CUÁNTA DEVOCIÓN DEBE EL HOMBRE CRISTIANO
ADORAR A SU SALVADOR PUESTO EN EL PESEBRE

UNA generación de Cristo es del Padre sin madre y otra de la Madre sin padre, ambas maravillosas. La primera, eterna; la segunda, temporal. Nació eterno del eterno. ¿Por qué te admiras? Es Dios. Haya la consideración de la Divinidad y desaparece la causa de la admiración. Pase la admiración y suba la alabanza; asista la fe y cree lo que se hizo. ¿Acaso Dios se ha humillado poco por ti? El que era Dios, fué hecho. Su albergue era reducido, y envuelto en pañales fué colocado en un pesebre; ¿quién hay que no se admire? Aquel que llena al mundo no encontró lugar para sí en el mesón. Puesto en el pesebre, se hizo nuestra comida. Acérquense al pesebre los dos animales, los dos pueblos. "El buey conoció a su poseedor y el asno el pesebre de su Señor"¹. No te avergüences de ser jumento de Dios: llevarás a Cristo, y no errarás; andas por el camino y va sentado sobre ti. Siéntese sobre nosotros el Señor y diríjanos adonde quiera: seamos jumento suyo

¹ Isai. 1, 3.

y vayamos a Jerusalén. Si él va sentado sobre nosotros, no somos oprimidos, sino aliviados, y si él nos dirige, no erraremos; vayamos por él a él para que perpetuamente nos alegremos con el Niño nacido. (*Serm. 189, n. 4*).

Es concebido, nace y es infante. ¿Quién es este infante? Llámase, pues, infante, porque no habla; así es infante y es el Verbo. Calla por la carne y enseña por los ángeles. A los pastores es anunciado el príncipe y pastor de los pastores, y en el pesebre yace el alimento de los fieles jumentos. Predicho estaba por el Profeta: "El buey conoció a su poseedor y el asno el pesebre de su Señor". Por lo mismo se sentó en el asnillo cuando entró en Jerusalén en medio de las alabanzas de la multitud que le precedía y seguía. Conozcámosle también nosotros, acerquémonos al pesebre, comamos el sustento y llevemos encima al Señor y conductor para que guiándonos él lleguemos a la celestial Jerusalén. De la Madre es flaca la natividad de Cristo, mas del Padre es amplia la majestad.

Anunciamos "entre las gentes su gloria y en todos los pueblos sus maravillas"¹. Yace en el pesebre, pero contiene al mundo; se alimenta de los pechos, pero sustenta a los ángeles; es envuelto en los pañales, pero nos viste de la inmortalidad; es atetado, pero es adorado; no halla lugar en la posada, pero hace para sí el templo en los corazones de los creyentes. Hízose, pues, flaca la fortaleza para que se hiciese fuerte la flaqueza. Por tanto, no menospreciemos y sí admiremos aun su Natividad carnal, y conozcamos en ella la humillación de tanta celsitud por nosotros. (*Serm. 130, nn. 3 y 4*).

¹ Ps. 95, 3.

No sea despreciada la misericordia: la Sabiduría yace en la tierra. "En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, y el verbo era Dios"¹. ¡Oh comida y pan de los ángeles! Los ángeles se llenan de ti, de ti se sacian y no se fastidian; de ti viven, de ti saben y de ti son bienaventurados. ¿Dónde estás por mí? En un estrecho albergue, en unos pañales, en un pesebre. ¿Y por quién? El que rige los astros, chupa los pechos; el que llena a los ángeles, el que habla en el seno del Padre, calla en el seno de la Madre. Pero ha de hablar en la edad competente y para nosotros ha de llenar el Evangelio. Por nosotros ha de padecer, por nosotros ha de morir, para ejemplo de nuestro premio ha de resucitar, a la vista de los discípulos ha de subir al cielo y para el juicio ha de venir del cielo. He ahí el que yacía en el pesebre, el que se hizo pequeñito, pero sin sufrir pérdida. Tomó lo que no era, pero permaneció lo que era. Ahí tenemos al infante Cristo: *crezcamos con él*. (Sermón 196, n. 3).

VIERNES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO

ATENDIENDO AL BENEFICIO DE LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR, PROCURE EL HOMBRE CRISTIANO CANTAR CON LOS SANTOS ÁNGELES Y CON SUMA ALEGRÍA EL "GLORIA IN EXCELSIS DEO"

"GLORIA a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"². Voz festiva y gratulatoria: no para una hembra, cuyo vientre había dado a luz la prole, sino para el gé-

¹ Joan. 1, 1.

² Luc. 2, 14.

nero humano en cuyo beneficio la Virgen había parido al Salvador. Digno era por cierto y de suma conveniencia que en honra de aquella Madre que había procreado al Señor de cielo y tierra y que después de darle a luz había permanecido virgen, celebrasen su parto castísimo, no las mujerzuelas con fiestas humanas, sino los ángeles con alabanzas divinas. Digamos, pues, también nosotros y con todo el regocijo que nos es posible, digamos también los que no anunciamos a pastores de ganados al recién nacido, sino cuyo nacimiento celebramos con sus ovejas; digamos, repito, también nosotros con fiel corazón y voz devota: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". Y meditemos con fe, esperanza y caridad estas palabras divinas, estas alabanzas de Dios y este gozo angélico atendido con toda la consideración que podemos. Porque así como lo creemos, esperamos y deseamos, nosotros también seremos gloria a Dios en las alturas, cuando resucitando el cuerpo espiritual fuéremos arrebatados en las nubes a recibir a Cristo, si ahora, mientras estamos en la tierra, seguimos la paz con buena voluntad. En las alturas está la verdad y la vida, por cuanto allí es la región de los vivos, y allí son los días buenos, donde el Señor es el mismo y sus años no menguan. Mas todo el que quisiera la vida y ame ver los días buenos, prohíba a su lengua lo malo y sus labios no hallen el dolo; apártese de lo malo y obre lo bueno¹, y de este modo sea hombre de buena voluntad. Y busque la paz y sígala; porque "en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

Digamos esto y todo lo demás que inspire la

¹ Ps. 33, 13.

piEDAD instruída por las lecciones santas, para que concurramos con fruto a la celebradad del Señor nacido de la Virgen, comenzando con la buena voluntad para ser perfeccionados con la plenísima caridad que se difunde en nuestros corazones, no por nosotros mismos, sino por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (*Serm. 193, nn. 1 y 2*).

Dignamente le alaban todos sus ángeles cuya comida eterna es, y el que los vivifica con vianda incorruptible, porque es el Verbo de Dios de cuya vida viven, de cuya eternidad siempre viven y de cuya bondad son siempre bienaventurados. Aquéllos le alaban dignamente Dios con Dios y dan gloria a Dios en las alturas. "Y nosotros, pueblo suyo y ovejas de su grey"¹, merezcamos reconciliados la paz por la buena voluntad; según cabe en nuestra enfermedad. "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"; ésta es verdaderamente la voz de los mismos ángeles, la cual nos dieron festivos en el nacimiento del Salvador. Pues si alaban ellos competentemente, alabemos también nosotros obedientemente. Ellos son sus nuncios; también nosotros somos sus ganados.

En el cielo llenó la mesa de ellos y en la tierra ha llenado nuestro pesebre. Es, pues, la plenitud de la mesa de ellos, por cuanto "En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios"². Es la plenitud de nuestro pesebre, por cuanto "El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros". Porque el Criador de los ángeles fué hecho hombre para que el hombre comiese el pan de los ángeles. Ellos le alaban viendo y nosotros creyendo; ellos tomando, y

¹ Ps. 94, 7.

² Joan. 1, 1.

nosotros buscando; ellos entrando, y nosotros pulgando. (*Serm. 134, n. 2*).

VIGILIA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO CUÁNTOS PRODIGIOS SE ENCIERRAN EN EL NACIMIENTO DE CRISTO QUE HA DE CELEBRARSE MAÑANA

ESTA Natividad de Dios hombre se obró por causa del hombre; la causa de la piedad exigió que aquella sublime Majestad procedente del corazón del Padre se infundiese en el vientre de la Madre, para que el hombre perdido fuese hallado y por el Mediador fuese restituído a Dios Padre. Aun este segundo nacimiento es admirable, hermanos carísimos. Por lo demás, ¿quién explicará aquel primero en que nació del Padre sin ninguna madre? Y si no podemos explicar éste, ¿cuándo podremos aun comenzar la narración de aquél? Si éste nos ejercita de modo que dé lugar a la fe, ¿cuándo alcanzaremos a aquél que ni aun los corazones de los Profetas pudieron comprender? No obstante, digamos algo de este segundo maravilloso e inefable, ya que por nosotros se hizo que el Verbo fuese hecho carne y habitase entre nosotros. ¿Quién, pues, no se asombra al oír a Dios nacido? Oyes al que nace, pero ve en su mismo nacimiento los milagros que hace. El vientre de la Virgen es fecundado y el claustro del pudor es preservado. Llénanse las entrañas de la Madre sin concurso alguno de padre y siente la prole la que ignoraba al consorte. El ángel habla a la Virgen,

la Virgen prepara el corazón y Cristo es concebido por la fe. ¿Admiras estas cosas? Pues admira más. La madre y virgen pare, fecunda e intacta; sin hombre padre nace el hijo que hizo a la misma madre. El Hacedor de todas las cosas es hecho entre ellas; el director de todo el orbe es llevado en manos de la madre; lame los pechos el regente de los astros; calla, y es la Palabra. Por la lengua no manifestaba todavía quién era y ya toda criatura indicaba a su Criador nacido. Los ángeles anuncian a los pastores y la estrella convida a los Magos: la rusticidad de los pastores exige la admiración de los ángeles y la curiosidad de los Magos es instruída por la lengua de los cielos. Los Magos predicán al rey de los judíos, y los judíos le niegan; aquéllos le buscan para adorarle, y éstos le buscan para matarle. Los Magos dicen al rey Herodes el Rey que buscan nacido, y los judíos le dicen la ciudad donde nacería para reinar. Unos y otros le predicán, y unos y otros le confiesan; pero los Magos de un modo y los judíos de otro; aquéllos para adorarle encontrado y éstos para matarle agarrado. ¡Oh judíos que lleváis en las manos la lucerna de la ley para demostrar a los demás el camino y quedaros vosotros en tinieblas! Ved ahí que los Magos, primicias de los gentiles, ofrecen a Cristo sus dones, y no sólo el oro, el incienso y la mirra, sino también sus almas, y a vosotros repudia la iniquidad propia hasta el punto de haceros dementes para buscar con el fin de quitar la vida al que viene a libraros de las cadenas. ¿Qué os aprovechó el descubrir a Herodes el lugar de donde nacería Cristo? ¿Acaso no os perjudicasteis a vosotros mismos sin causar daño alguno a Cristo? Porque oyéndoos aquél decir dón-

de podía ser hallado Cristo nacido, mandó luego quitar la vida a los niños de vuestra gente. Herodes se ensaña para perder a uno entre muchos y degollando a muchos se hizo reo, sin alcanzar al hombre Dios a quien busca. Grande es, oh Herodes, tu iniquidad; matas a los infantes y acumulas los testigos de tu maldad, y no encuentras a Cristo, porque todavía no ha llegado su hora de padecer. Ciertamente, sin hacer daño alguno a Cristo, eres su perseguidor convicto y reo de su muerte; pero haciendo muchos contra él, te perdiste a ti mismo. ¿Por qué temes a tal Rey, siendo así que viene a reinar de modo que no quiere excluirte? El que buscas es Rey de los reyes; si quisieras obtener seguro tu reino, le suplicarías que él mismo te diese el eterno. Reine Cristo del modo que vino a reinar; reciba a los que le creen, búrlese de los que le persiguen, haga a los que peleen, ayude a los que trabajan y corone a los que vencen. (*Lib. 4, de Symb. ad Catech., c. 4*).

DÍA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN LA PRIMERA MISA A MEDIANOCHE, CONSIDERE EL
HOMBRE CRISTIANO EL NACIMIENTO TEMPORAL
DE CRISTO

Hoy es el día en que vino al mundo aquél por quien fué hecho el mundo; en que se hizo presente por la carne aquel que nunca estuvo ausente por el poder; por cuanto estaba en este mundo y vino a lo suyo. En el mundo estaba, pero el mundo no le conocía; porque la luz resplandecía en las tinie-

blas y las tinieblas no la comprendían. Vino, pues, en la carne para limpiar los vicios de la carne. Vino en la tierra medicinal para con ella curar nuestros ojos interiores que había obcecado nuestra tierra exterior, a fin de que sanados éstos, nos hagamos luz en el Señor los que fuimos antes tinieblas, y ya la luz no resplandezca en las tinieblas presente a los ausentes, sino que aparezca cierta a los que le miran. Para esto procedió el Esposo de su tálamo y saltó como gigante para correr el camino¹. Hermoso como esposo, fuerte como gigante, amable y terrible, severo y sereno; bello para los buenos y áspero para los malos. Permaneciendo en el seno del Padre, llenó el vientre de la Madre. En el tálamo, esto es, en el vientre de la Virgen la naturaleza divina unió a sí a la humana; allí el Verbo se hizo carne por nosotros, para que procediendo de la Madre habitase entre nosotros, y para que precediéndonos al Padre nos preparara donde habitásemos. Celebremos, pues, solemnemente este día llenos de alegría y esperemos fielmente el día eterno por aquel que siendo eterno nació para nosotros en el tiempo. (*Serm. 195, n. 3*).

Hasta que se cumpla esto, hasta que se nos manifieste lo que ha de satisfacernos y hasta que bebamos y nos saciemos en la fuente de la vida, mientras que andando por la fe vivimos ausentes del Señor, y mientras que tenemos hambre y sed de justicia, y deseamos con ardor inefable la hermosura de la forma de Dios, celebremos con devoto obsequio el día Natal de la forma de siervo. Ya que no podemos todavía contemplar a Cristo en cuanto fué engendrado del Padre antes del lucero, obsequiémosle en cuanto nació de la Madre

¹ Ps. 18, 6.

en las horas de la noche. Todavía no comprendemos que su nombre permanece antes del sol; pues reconozcamos su tabernáculo puesto en el sol. Todavía no vemos al Único permanente en su Padre; pues recordemos al esposo procedente de su tálamo. No somos todavía idóneos para el convite de nuestro Padre; pues reconozcamos el pesebre de nuestro Señor Jesucristo. (*Serm. 194, n. 4*).

A LA SEGUNDA MISA EN LA AURORA, CONSIDERE EL HOMBRE CRISTIANO EL NACIMIENTO ESPIRITUAL DE CRISTO EN EL CORAZÓN DE LOS FIELES POR LA FE Y LA CARIDAD

NUESTRO Señor Jesucristo, que sin principio es eternamente con el Padre, tiene también día de nacimiento. Hizo el día, y vino en el día. Aquel que en el principio era el Verbo y que si no tuviera humana generación no llegaríamos nosotros a la regeneración divina, nació para que nosotros renaciésemos. Nació Cristo, nadie dude de renacer; engendrado fué el que no necesitaba ser reengendrado. Porque ¿a quién era necesaria la regeneración, sino a aquel cuya generación fué condenada? Por lo mismo hágase su misericordia en nuestros corazones. La Madre le llevó en el vientre: llevémosle también nosotros en el corazón. La Virgen fué embarazada con la encarnación de Cristo: sean nuestros pechos embarazados con la fe de Cristo. La Virgen parió al Salvador; para nuestra alma la salvación, y paramos también la alabanza. No seamos estériles: sean nuestras almas fecundas para Dios. (*Serm. 189, n. 3*).

A todos hablo; a todos lo digo. Haced en el

interior del alma lo que admiráis en la carne de María. El que de corazón cree para la justicia, concibe a Cristo, y el que de boca le confiesa para la salud, pare a Cristo. (*Serm. 191, n. 4*).

Por cuanto es Cristo la Verdad, la paz y la justicia, concebidle por la fe y dadle a luz por las obras; para que lo que hizo el vientre de María, en la carne de Cristo, lo haga vuestro corazón en la ley de Cristo. ¿Cómo, pues, no perteneceréis al parto de la Virgen, cuando sois miembros de Cristo? María parió a vuestra Cabeza, y la Iglesia a vosotros. Porque la Iglesia es también Madre y virgen: madre por las entrañas de caridad y virgen por la integridad de la fe y de la piedad. Pare a los pueblos, pero son los miembros de aquél uno, cuyo cuerpo y esposa es ella misma; conservando también en esto la semejanza de la Virgen María, por cuanto aun en muchos es madre de la unidad.

Por tanto, todos unánimes, con almas castas y santos afectos, celebremos el Natalicio del Señor, en cuyo día "la verdad nació de la tierra"; pues para que ninguno menospreciase la verdad porque nació de la tierra, cuando como esposo procedió de su tálamo, esto es, de la carne virginal, donde el Verbo de Dios se unió a la criatura humana en cierto desposorio inefable; para que ninguno, digo, menospreciase este nacimiento del Verbo humanado, y aunque nacido maravillosamente y admirable en dichos y hechos, con todo, atendida la semejanza de la carne del pecado, se le creyese nada más que hombre por haberse dicho: "Como esposo que procede de su tálamo, saltó como gigante para correr el camino"; se añadió a continuación: "Su salida del cielo". Por consiguiente, esto que oyes: "La Verdad nació de la tierra",

es dignación, no condición; es misericordia, no miseria. Para que la Verdad naciese de la tierra, descendió del cielo; para que el Esposo procediese de su tálamo, su salida fué del sumo cielo. (*Sermón 192, nn. 2 y 3*).

EN LA TERCERA MISA AL MEDIODÍA, CONSIDERE EL
HOMBRE CRISTIANO EL NACIMIENTO DE CRISTO ETERNO
DEL PADRE

¿CUÁN admirable generación de nuestro Salvador aquella en la cual es coeterno al Padre que le engendra, cuando esta generación de la Virgen, que la fe conoció y abrazó, espantó al mundo, al paso que se burló de ella la infidelidad y la temió la soberbia vencida? ¿Qué generación es aquella por la cual "en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios"?¹ ¿O qué palabra es ésta, que para decirla no callaba antes, ni dicha calló el que la decía? ¿Qué palabra sin tiempo es ésta, por la cual fueron hechos los tiempos? Palabra que no abrió los labios de nadie comenzada ni los cerró concluída; palabra que no tiene principio de la boca de los que hablan, y abre las bocas de los mudos; palabra que no se pronuncia por las lenguas elocuentes de las gentes, y hace elocuentes las lenguas de los infantes. ¿Cuál es, vuelvo a decir, aquella generación a la que no cede el Padre muriendo, porque no la precede viviendo? Levantando nosotros la consideración sobre todos los intervalos de los lugares y tiempos y sobre toda extensión de los espacios que acostumbramos a sentir en los días o en los cuer-

¹ Joan. 1, 1.

pos, elevemos a Dios nuestra alma cuanto podamos con su auxilio, por si podemos de algún modo entender al nacido a quien no precede el que engendra y al generante a quien no subsigue el que es engendrado, Padre e Hijo; no igualmente padres, ni igualmente hijos, sino igualmente eternos; no ambos generantes, ni ambos nacientes, y sí no vivientes uno sin otro; pensemos, si podemos, que el Padre engendró eternamente y que eternamente nació el Hijo, y si no podemos, creámoslo. No es lo que podamos aquí decir, y sin embargo no está puesto lejos de cada uno de nosotros: "Porque en él mismo vivimos, y nos movemos, y somos"¹. No busquemos comparación en nuestra carne, en la cual los padres viven antes que los hijos; porque crecieron para poder engendrar a los hijos, y al crecer los hijos ya ellos envejecen. Los padres vivieron antes de nacer los hijos, porque los hijos tienen que vivir después de muertos los padres. Tampoco busquemos la comparación en nuestras almas: ellas paren también alguna cosa deliberando lo que tienen en su interior, sabiendo; pero pueden perderlo olvidando, porque no lo tenían naciendo. Subamos sobre todo lo corporal, temporal y mudable, para poder ver sobre todas las cosas a aquél por quien fueron hechas todas ellas. La subida nuestra está en el corazón; porque también está cerca aquél donde subimos, si bien estamos lejos de él en cuanto somos desemejantes. Sube, pues, a él la semejanza suya que hizo y reparó en nosotros, y no siendo ésta todavía perfecta, palpita la vista débil, y no puede mirar el candor inefable de la luz eterna. Por tanto ¿quién referirá la generación de aquel cuyo resplandor no puede

¹ Act. 17, 28.

todavía penetrar la agudeza del entendimiento? Empero "el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros". (*Serm. 369, n. 2*).

PARA LA FIESTA DE SAN ESTEBAN PROTOMÁRTIR

SI EL HOMBRE CRISTIANO DESEA SER CORONADO CON
SAN ESTEBAN, PROCURE IMITARLE, ESPECIALMENTE EN
EL AMOR DE LOS ENEMIGOS

AYER celebramos el natalicio del Señor y hoy celebramos el natalicio del siervo; pero ayer hemos celebrado el día en que se dignó el Señor nacer, y hoy celebramos el día en que fué coronado el siervo. Hemos celebrado el día en que el Señor tomó el vestido de la carne nuestra y celebramos el día en que el siervo dejó el vestido de la carne suya. Ayer celebramos el día natal del Señor en que se hizo semejante a nosotros, y hoy celebramos el día natal del siervo en que se hizo próximo a Cristo. Porque así como Cristo naciendo se unió a Esteban, así Esteban muriendo se unió a Cristo. Empero la Iglesia celebra los días del Nacimiento y de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo con el obsequio de duplicada devoción, por cuanto ambos son medicina. Porque nació para que nosotros renaciésemos y murió para que perpetuamente viviésemos. Pero los mártires naciendo vinieron a malas luchas por el pecado original que traían, y muriendo pasaron a bienes certísimos por haber dado fin a todo pecado. Y a la verdad, si puestos en la persecución no los consolaran los premios de la bienaventuranza, ¿cuándo tolerarían aquellos su-

plicios de diversas pasiones? Si San Esteban puesto bajo la lluvia de piedras no hubiera pensado en los premios futuros, ¿cómo habría sufrido aquella granizada? Pero llevaba en su corazón el precepto de aquel cuya presencia miraba en el cielo, y levantado hacia él con amor ardentísimo deseaba dejar cuanto antes la carne, y volar al mismo. Ni temía ya la muerte, porque veía viviente a Cristo, a quien por su salvación creía haber muerto, y por esto se apresuraba a morir también por él para vivir con él. Qué viese, pues, el beatísimo mártir puesto en aquella lucha, lo recordaréis sin duda por las palabras tuyas que soléis oír tomadas de los Hechos de los Apóstoles: "He aquí —dijo—, veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios"¹. Veía a Jesús estar en pie: por lo mismo él estaba en pie y no caía; porque estando en pie Jesús arriba y mirando desde allí al que luchaba abajo, comunicaba a su soldado fuerzas invencibles para que no cayese. "He aquí —dijo—, veo los cielos abiertos". Hombre bienaventurado a quien estaban patentes los cielos. Mas ¿quién le abrió el cielo? Aquel de quien se dice en el Apocalipsis: "Que abre, y ninguno cierra; cierra, y ninguno abre"². Cuando Adán fué arrojado del Paraíso, después de aquel primero y nefando pecado fué cerrado el cielo contra el género humano; después de la pasión de Cristo, entró el ladrón el primero y después Esteban le vió abierto. ¿Por qué nos admiramos? Lo que vió fielmente, fielmente lo indicó y violentamente lo invadió.

Ea, hermanos, sigámosle. Porque si seguimos a Esteban, seremos coronados; pero hemos de se-

¹ Actor. 7, 55.

² Apoc. 3, 7.

guirle e imitarle especialmente en el amor a los enemigos. Sabéis por cierto que rodeado por una turba de enemigos furiosos y cuando por todas partes era tundido con los repetidos golpes de las piedras, apacible e intrépido, manso y suave entre las piedras que le mataban, mirando a aquel por cuyo nombre se le quitaba la vida, no dice, Señor juzga mi muerte; sino, "recibe mi espíritu". No dice, Señor Jesús, venga a tu siervo que ves condenado a esta pena de muerte, sino "no les imputes este pecado". Y así, persistiendo el beatísimo Mártir en el testimonio de la verdad, y ardiendo en el espíritu de la caridad, llegó al gloriosísimo fin, y el que llamado perseveró hasta el fin, consiguió en el fin lo que se llamaba y con la gloria de su nombre Esteban fué conducido a la corona. Por tanto, cuando San Esteban derramó el primero su sangre por Cristo, salió como una corona del cielo para que los que imitasen en la pelea la fortaleza del que los precedía la recibiesen siguiéndole en el premio. Frecuentes martirios llenaron después la tierra. Todos los que en adelante vertieron su sangre por la confesión de Cristo, pusieron sobre sus cabezas aquella corona y la conservaron íntegra para los que habían de seguirles. También ahora, hermanos, está colgada del cielo y cualquiera que la desease volará a ella velozmente. Y para exhortar breve y evidentemente a nuestra santidad, no necesitamos de muchas palabras: Todo el que desea la corona, siga a San Esteban... (*Serm. 314, nn. 1 y 2*).

PARA LA FIESTA DE SAN JUAN
EVANGELISTA

PONDERE EL HOMBRE CRISTIANO LA EXCELENCIA DEL
EVANGELISTA SAN JUAN, QUE SE REMONTÓ MÁS ALTO
QUE LOS DEMÁS PARA CONSIDERAR LA DIVINIDAD
DE CRISTO

Los otros tres Evangelistas se fijaron con especialidad en aquellas cosas que Cristo obró temporalmente por la carne humana; empero San Juan miró con especialidad a la misma divinidad del Señor, en la cual es igual al Padre, y cuidó de encomendarla en su Evangelio principalmente, cuanto creyó ser suficiente entre los hombres. Así es que se elevó mucho más alto que los otros tres, de tal manera que ves a éstos en cierto modo conversar con Cristo hombre en la tierra, y ves a aquél remontarse sobre la niebla con que se cubre toda la tierra y llegar al cielo puro para, con mirada la más penetrante y firme, ver en el principio al Verbo Dios con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y conocer al mismo hecho carne para habitar entre nosotros, y que a este fin tomó la carne sin mudarse por ello en la carne. (*Lib. 1, de Consensu Evangelist., c. 4*).

Carísimos hermanos: era este Juan uno de aquellos montes de quienes está escrito: "Reciban los montes la paz para el pueblo y los collados la justicia"¹. Los montes son las almas excelsas y los collados las almas pequeñas; por eso los montes reciben la paz, para que los collados puedan recibir la justicia. ¿Y cuál es la justicia que los co-

¹ Ps. 71, 3.

llados reciben? La fe, porque de la fe vive el justo. Mas no recibirían la fe las almas menores, si las almas mayores, llamadas montes, no fuesen ilustradas por la Sabiduría misma, para que puedan transmitir a las párvulas lo que puedan recibir y los collados vivir de la fe, porque los montes reciben la paz. Por los mismos montes se dijo a la Iglesia: La paz sea con vosotros; y los mismos montes, anunciando la paz a la Iglesia, no se dividieron contra aquel de quien recibieron la paz, para que la anunciaran verdadera y no fingidamente.

Hay por cierto otros montes de naufragio, donde perece cualquiera que dirige a ellos la nave. Cuando ven tierra los que peligran en el mar, es fácil que se esfuercen por arribar a ella; pero a veces se ve la tierra en el monte y al pie de él se ocultan los peñascos, en los cuales cae el que se esfuerza por llegar al monte y no encuentra allí el puerto, sino el llanto. Así fueron ciertos montes y aparecieron grandes entre los hombres y suscitaron herejías y cismas y dividieron la Iglesia de Dios; pero éstos que dividieron la Iglesia de Dios no eran aquellos montes de los cuales se dijo: "Reciban los montes la paz para el pueblo, y los collados la justicia". Porque ¿cómo recibieron la paz los que dividieron la unidad?

Mas los que recibieron la paz para anunciarla al pueblo, contemplaron la Sabiduría misma, cuanto a los humanos corazones fué posible alcanzar a lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni subió en el corazón del hombre. Pero si no subió en el corazón del hombre, ¿de qué modo subió en el corazón de Juan? ¿No era Juan hombre por ventura? ¿O no subió quizá tampoco en el corazón de Juan,

sino que el corazón de Juan subió a la Sabiduría? Porque lo que sube en el corazón del hombre está más abajo del hombre; mas adonde sube el corazón del hombre, está más arriba del hombre. Aun así, hermanos, puede decirse que sí subió en el corazón de Juan, si de algún modo puede decirse, en tanto subió en el corazón de Juan, en cuanto el mismo Juan no era hombre. ¿Qué es no era hombre? En cuanto había comenzado a ser ángel; porque todos los Santos son ángeles, puesto que son anunciadores de Dios. ¿Qué dice por lo mismo el Apóstol a los carnales y animales que todavía no pueden percibir las cosas que son de Dios? "Diciendo el uno: Yo soy de Pablo, y el otro: yo soy de Apolo; ¿no es claro que sois aún hombres?"¹ ¿Qué quería hacer a los que reprendía porque eran hombres? ¿Queréis saber lo que quería hacerlos? Oídllo en el Salmo: "Yo dije, sois dioses e hijos todos del Excelso"². A esto nos llama Dios, para que dejemos de ser hombres. Pero entonces no seremos hombres en mejor, si primero nos reconocemos hombres; esto es, para subir desde la humildad a aquella celsitud; no sea que al pensar que somos alguna cosa, siendo nada, no sólo dejemos de recibir lo que no somos, sino que también perdamos lo que somos.

Por fin, hermanos, de estos montes era también Juan que dijo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios"³. Había recibido la paz este monte y contemplaba la divinidad del Verbo. ¿Cuál era este monte y cuán excelso? Había trascendido todas las cumbres de la tierra; había trascendido todos los espacios del aire; había trascendido todas las altu-

¹ 1ª. Cor. 3, 4.² Ps. 81, 6.³ Joan. 1, 1.

ras de los astros y había trascendido todos los coros y legiones de los ángeles. Porque sin remon- tarse sobre todas estas cosas que fueron criadas, no hubiera llegado a aquél por quien fueron criadas todas las cosas. No podéis pensar todo lo que trascendió, sino viendo adónde llegó. ¿Preguntas del cielo y de la tierra? Son cosas que fueron hechas. ¿Preguntas de las cosas que hay en el cielo y en la tierra? Con más razón fueron éstas también hechas. ¿Preguntas de las criaturas espirituales, de los Ángeles, de los Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Virtudes y Potestades? También éstas fueron hechas. Así es que numerando el Salmo todas estas cosas, concluyó de este modo: "Él mismo dijo, y fueron hechas; él mismo mandó, y fueron criadas"¹. Si dijo, y fueron hechas, por el Verbo fueron hechas; y si por el Verbo fueron hechas, el corazón de Juan no pudo llegar a aquello que dijo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios", sin haber trascendido todas las cosas que fueron hechas por el Verbo. ¿Cuál, pues, es este monte, cuán santo, cuán alto entre los otros montes, los cuales recibieron la paz para el pueblo de Dios, y para que los collados pudiesen recibir la justicia? (*Tract. 1, in Joan n. 2 y sigt.*).

¹ Ps. 148, 5.

PARA LA FIESTA DE LOS SANTOS INOCENTES

CONSIDERE EL CRISTIANO CUÁNTA GLORIA RESULTÓ
DE LA MUERTE DE LOS SANTOS INOCENTES PARA
CRISTO Y PARA ELLOS MISMOS

NACE el infante pequeño y el Rey grande. Manifiéstanse los indicios y señales ciertas del gran Rey; los ángeles le anuncian a los pastores y los cielos le claman por medio de la estrella como por una nueva lengua. Los Magos son conducidos de lejanas tierras, y vienen a adorar al que todavía yace en el pesebre, pero que ya reina en el cielo y en la tierra. Al anunciar los Magos al Rey nacido, se turba Herodes, y, a fin de no perder el reino, quiere dar muerte al mismo en quien si creyese reinaría aquí seguro y en la otra vida sin fin. Herodes inquiere de los judíos dónde nacería Cristo. Búscanle juntamente, mas no como los Magos para adorarle, sino para hallado quitarle la vida. ¿Por qué temes, Herodes, al oír que ha nacido el Rey? Éste no viene a excluirte, sino a vencer al diablo. Mas no entendiendo tú esto, te turbas y enfureces, y por perder al único que buscas, te haces más cruel, con la muerte de tantos infantes. No te retraen ni la piedad de las madres o padres, que lloran la muerte de sus hijos, ni los mugidos y gemidos de los niños. Matas a los párvulos en el cuerpo, porque te mata el temor en el corazón, y piensas que cumpliendo tu deseo puedes vivir largo tiempo, siendo así que pretendes dar muerte a la misma vida. Mas aquel que es la fuente de la gracia, pequeño y grande, que yace en el pesebre, y estremece tu trono, ejecuta sus

designios por medio de ti sin que los conozcas, y libra las almas del cautiverio del diablo. Ha recibido los hijos de sus enemigos en el número de los adoptivos. Los párvulos mueren por Cristo sin saberlo, y los padres lloran a los mártires que mueren; pero el Rey nacido hace a los que todavía no hablan sus idóneos testigos. He ahí de qué modo reina el que había venido para reinar así. He ahí cómo ya libra el libertador y da la salud el Salvador. Empero tú, Herodes, no sabiendo esto, te turbas y enfureces, y al ensañarte contra el párvulo, le haces ya un obsequio sin advertirlo. Porque él es el gran Rey que ha venido para desde aquí congregar a los suyos por medio de ti y de otros, y tú eres el primero que le envías al reino de los cielos el ejército innumerable de tantos miles de niños inocentes. A esta turba demostraba el Apocalipsis del Apóstol San Juan diciendo: "Vi una gran muchedumbre que ninguno podía contar, de todas tribus, que estaban de pie ante el trono y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas y palmas en sus manos"¹. ¡Oh excelente don de la gracia! ¿Por qué méritos de los infantes se les concedió que así venciesen? No hablan todavía y ya confiesan a Cristo. No pueden todavía ejercitar los miembros para la pelea y ya llevan la palma de la victoria. ¿De qué modo reinas, Herodes, cuando así quedas vencido? Ese Niño no te ha vencido con la mano de fuertes hombres armados, sino que ya ha vencido con la turba innumerable de párvulos degollados. ¿Quieres saber lo que has prestado a los infantes por ti muertos? Te has acelerado a darles la vida, para que con sus padres no diesen muerte a la verdadera

¹ Apoc. 7, 9.

vida, y ha obrado esto por tu medio aquel que sabe usar bien aun de tus mismos males. Ha librado sus almas de que como sus padres contraigan el reato de su muerte, y a ti sólo ha dejado vacío en la maldad. La gracia ejecutó y ejecuta sus designios aun por medio de sus enemigos, y no sólo por ellos mismos, sino también en ellos mismos; porque los mismos que morían eran "por naturaleza hijos de ira, como también los otros"¹, mas la gracia ¿qué les prestó, sino librarlos del poder de las tinieblas? Cristo les concedió que muriesen por Cristo y les concedió que con su propia sangre se limpiasen del pecado original. Nacieron para la muerte y al instante la muerte los restituyó a la vida (*Lib. 3, de Symb. ad Catech., c. 4*).

¡Oh bienaventurados párvulos! Ahora nacidos, nunca tentados, aún no ejercitados y ya coronados. No teníais ciertamente edad para en ella creer en Cristo que había de padecer; pero teníais carne para en ella sufrir la pasión por Cristo que había de padecer. (*Serm. 373, n. 3*).

Antes que los Niños Inocentes pudiesen confesar al Señor con la boca, fueron hechos mártires con la sangre. Y éstas son las primicias que Cristo envió al Padre. Vino el infante, y fueron los infantes; el infante a nosotros, y los infantes a Dios. "De la boca de los infantes y de los que maman, perfecciónate la alabanza"². (*Serm. 375, n. único*).

FIN

¹ Eph. 2, 3.² Ps. 8, 3.

Día 6. — La fe limpia el ojo del corazón con el que veremos a Dios	99
Día 7. — La fe del hombre cristiano debe ser firme y cauta, estribándose en la autoridad divina y no en la razón humana	103
Día 8. — Cuán profundamente debe el hombre cristiano imprimir en su corazón, y con cuánta frecuencia debe repasar en su mente el símbolo en que, como regla, profesamos nuestra fe	105
Día 9. — 1er. Artículo del símbolo de la fe: "Creo en Dios Padre, todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra"	108
Día 10. — 2º. Artículo: "Y en Jesucristo su Unico Hijo, Señor nuestro"	110
Día 11. — 3er. Artículo: "Que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de María Virgen"	113
Día 12. — 4º. Artículo: "Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado"	115
Día 13. — 5º. Artículo: "Bajó a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos"	117
Día 14. — 6º. Artículo: "Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso"	120
Día 15. — 7º. Artículo: "Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos"	122
Día 16. — 8º. Artículo: "Creo en el Espíritu Santo"	124
Día 17. — 9º. Artículo: "La Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos"	126
Día 18. — 10º. Artículo: "El perdón de los pecados"	129
Día 19. — 11º. Artículo: "La resurrección de la carne"	133
Día 20. — 12º. Artículo: "Y la vida perdurable"	135
Día 21. — El hombre cristiano debe tener su fe en el corazón y confesarla con la boca	137
Día 22. — Vele siempre la fe en el corazón del hombre cristiano	139
Día 23. — La fe del hombre cristiano no sea estéril, y sí obre por el amor	142
Día 24. — A la fe del hombre cristiano debe acompañar la esperanza, que es su único consuelo en esta vida mortal.	145
Día 25. — La esperanza del hombre cristiano debe tener por objeto no los bienes temporales y perecederos, y sí los celestiales y eternos	147
Día 26. — La esperanza del hombre cristiano debe ser el mismo Dios	150

Día 27. — El hombre cristiano debe confiar y colocar su esperanza no en sí mismo ni en otro hombre, sino en solo Dios	152
Día 28. — Nada tiene que temer el hombre cristiano si coloca su esperanza en Dios	155
Día 29. — Toda la vida del hombre cristiano debe ser un deseo continuo de Dios y de la vida eterna	158
Día 30. — Crezcan siempre la esperanza y el deseo del hombre cristiano y jamás desfallezcan, aun entre las angustias de este siglo	161
Día 31. — Todo lo que espera de Dios el hombre cristiano, espérelo con paciencia	166

NOVIEMBRE

DE LA CARIDAD, LA MÁS EXCELENTE DE TODAS LAS VIRTUDES,
LA CUAL ES LA UNIÓN DEL HOMBRE CRISTIANO CON DIOS

Día 1º. — Considere el hombre cristiano cuán grande es la excelencia de la caridad	169
Día 2. — El mayor encomio de la caridad es que el mismo Dios se llama Caridad	172
Día 3. — La caridad es el mandato que tanto nos encomendó Cristo como suyo y como nuevo	175
Día 4. — La caridad junta con Cristo al hombre cristiano aun en esta vida mortal y le hace estar unido a Dios	177
Día 5. — La caridad es el vestido nupcial con que debe adornarse el hombre cristiano si desea merecer el celestial convite	179
Día 6. — La caridad hace al hombre cristiano de ciudadano de Babilonia, ciudadano de la Jerusalén celestial	183
Día 7. — La caridad enseña al hombre cristiano a buscar las cosas que son verdaderamente buenas	187
Día 8. — La caridad hace leves y suaves para el hombre cristiano las cosas que parecen pesadas y ásperas	190
Día 9. — La caridad es el yugo suave y la carga leve de Cristo	192
Día 10. — La caridad con que se ama a Dios por sí mismo y al prójimo por Dios hace al hombre cristiano invencible y superior a todos los eventos de esta vida ..	195

Día 11. — La caridad hace fuerte al hombre cristiano de tal manera que sufre con paciencia cualesquiera adversidades y aun la misma muerte	200
Día 12. — El hombre cristiano que es perfecto en la caridad, no sólo no teme el fin de su vida y día del juicio, sino que lo espera con gozo y deseo	202
Día 13. — Ninguna cosa puede separar de la caridad de Dios al hombre cristiano	205
Día 14. — El hombre cristiano obra bien en todo lo que hace, si conserva siempre en su corazón el amor de Dios y del prójimo	208
Día 15. — La caridad conduce al hombre cristiano al reino de los cielos	211
Día 16. — De qué modo se introduce en el corazón del hombre cristiano la caridad con que amamos a Dios ..	213
Día 17. — Cuál es el orden del amor que ha de observar el hombre cristiano	216
Día 18. — Si el hombre cristiano no ama a Dios, no se ama, sino que se aborrece a sí mismo	219
Día 19. — El hombre cristiano ame a Dios de tal modo que le haga entrega total de su corazón	221
Día 20. — Ame el hombre cristiano a Dios de tal modo que se olvide, se niegue y en cierta manera se deje a sí mismo	224
Día 21. — Todas las criaturas claman al hombre cristiano que debe fijar el amor en Dios y no en sí mismo	227
Día 22. — El hombre cristiano ama a Dios gratuitamente y por él mismo, y no con el fin de alcanzar de él recompensa alguna temporal	229
Día 23. — No se pida al hombre cristiano más premio del amor con que honramos a Dios que el mismo amado.	232
Día 24. — El hombre cristiano ame a Dios: porque él nos amó antes, cuando aún éramos enemigos suyos ..	234
Día 25. — Ama a Dios el hombre cristiano, porque ese amor no le tiene sino de Dios	236
Día 26. — El hombre cristiano ame a Dios, cuyo amor no cuesta trabajo alguno y basta para tenerle	239
Día 27. — El hombre cristiano ame a Dios que es el máximo y sumo bien	241
Día 28. — El hombre cristiano ame a Dios en quien sólo puede descansar	244
Día 29. — El hombre cristiano muera por la caridad por este siglo, a fin de que viva sólo para Dios ...	246

- DÍA 30. — Si el hombre cristiano ama verdaderamente a Dios, procure atraer para el mismo amor a cuantos pueda..... 249

DICIEMBRE

DE LA GLORIA CELESTIAL, POR LA CUAL DEBE CONTINUAMENTE SUSPIRAR EL HOMBRE CRISTIANO EN ESTA VIDA Y TRABAJAR CON TODAS SUS FUERZAS

- DÍA 1º. — Piense el hombre cristiano que está en este mundo como en un desierto, donde ha de buscarse siempre la patria celestial 252
- DÍA 2. — Esta vida mortal es la peregrinación amarga en que el hombre cristiano debe suspirar continuamente por la celestial patria..... 255
- DÍA 3. — Se instruye al hombre cristiano en el modo con que debe pasar el mar peligroso de este siglo para que llegue al puerto de la eterna felicidad 257
- DÍA 4. — El hombre cristiano, mientras peregrina, cautivo en Babilonia, o en este siglo, mire continuamente a la celestial Jerusalén nuestra patria..... 260
- DÍA 5. — Acordándose el hombre cristiano de la celestial Sión, siéntese y llore sobre los ríos de Babilonia, esto es, desprecie todas las cosas terrenas..... 262
- DÍA 6. — La esperanza y las promesas de Cristo consuelen al hombre cristiano que gime y llora en el deseo de la celestial patria 265
- DÍA 7. — El hombre cristiano que espera la vida bienaventurada, debe abstenerse de los bienes de este mundo y tolerar con paciencia sus males 269
- DÍA 8. — Cuando el hombre cristiano es azotado por Dios en este siglo, súfralo y crea que es educado para la herencia celestial y eterna 271
- DÍA 9. — La gloria celestial es el premio que el hombre cristiano no puede adquirir sino con el trabajo..... 273
- DÍA 10. — Considere el hombre cristiano cuánta es la bondad de Dios que, por un trabajo temporal y breve, promete el descanso y felicidad sin fin..... 276
- DÍA 11. — Cuando el hombre cristiano desea la felicidad celestial, no debe proponerse ni imaginarse cosa alguna terrena 279

- DÍA 12. — Cuál sea la alegría de los bienaventurados y cuánto supera a los gozos del mundo..... 281
- DÍA 13. — Cuáles sea aquellos bienes que nos saciarán en la casa del Señor y cuánto se diferencian de los bienes de este siglo 284
- DÍA 14. — Habitar eternamente en la casa del Señor, es la felicidad única que ha de buscar el hombre cristiano. 287
- DÍA 15. — Propónese a la consideración del hombre cristiano la felicidad de la patria celestial..... 291
- DÍA 16. — Declárase más la felicidad de la vida eterna . 293
- DÍA 17. — En el cielo no tendrá ya lugar la pelea y sí la completa victoria contra el enemigo 295
- DÍA 18. — Cuánta sea la paz que gozan en el cielo los bienaventurados 298
- DÍA 19. — La gloria y felicidad que tienen las almas de los bienaventurados redundará aun en el cuerpo..... 301
- DÍA 20. — Cuáles han de ser en el cielo los cuerpos de los bienaventurados..... 303
- DÍA 21. — En el cielo no tendrán lugar las obras de necesidad o misericordia y sí cierto descanso inefable.... 305
- DÍA 22. — En el cielo habrá aquella felicísima contemplación que se prefiguró en María sentada a los pies del Señor 308
- DÍA 23. — La única acción y negocio de los bienaventurados es amar y alabar a Dios..... 312
- DÍA 24. — De qué modo alaben a Dios en el cielo los bienaventurados 314
- DÍA 25. — Los bienaventurados, por cierta razón maravillosa e inefable, se sacian en el amor y alabanza de Dios, y juntamente no se sacian..... 317
- DÍA 26. — El premio sumo de los bienaventurados es el mismo Dios..... 319
- DÍA 27. — El mismo Dios es la herencia y posesión de los bienaventurados 321
- DÍA 28. — El mismo Dios es aquel lugar felicísimo donde habitan los bienaventurados 323
- DÍA 29. — Los bienaventurados tienen en Dios todas las cosas que pueden desear 325
- DÍA 30. — La visión con que los bienaventurados miran a Dios cara a cara, es la suma de todos los bienes..... 328
- DÍA 31. — Si el hombre cristiano desea ver a Dios en la celestial patria, debe en esta vida mortal limpiar el ojo del corazón con que se ve 331

FIESTAS INMOVIBLES

PARA LA FIESTA DE LA CIRCUNCISIÓN.—En el nombre de Jesús adore el hombre cristiano a su Salvador.....	335
PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA.—Medite el hombre cristiano con corazón agradecido a Cristo manifestado al mundo en este día y a los gentiles llamados a la fe....	337
PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN.—El ejemplo del justo Simcón enseña al hombre cristiano con cuánto ardor debe de abrazar a Cristo su salud.....	340
PARA EL DÍA DE SAN MATÍAS APÓSTOL.—La elección de San Matías al Apostolado hecha por suerte, enseña al hombre cristiano que su vocación a la fe es un beneficio gratuito de Dios, digno de perpetua gratitud.....	343
PARA EL DÍA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.—Nada más digno puede pensar de San José el hombre cristiano, que si venera en él al Padre de Cristo y al Esposo de la Virgen.	346
PARA LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN DE LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA.—Considere el hombre cristiano el Misterio de la Encarnación del Señor y el principio de su salvación, obrando hoy en la Virgen llena de gracia.....	350
PARA EL DÍA DE LOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO.—En este tiempo pascual considere el hombre cristiano en los Santos Apóstoles a las columnas de la Iglesia, vacilantes en la pasión de Cristo y afirmadas en su resurrección.....	353
PARA LA FIESTA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.—Propónense a la consideración del hombre cristiano las cuatro dimensiones de la Cruz.....	355
LATITUD DE LA CRUZ.....	357
LONGITUD DE LA CRUZ.....	357
ALTURA DE LA CRUZ.....	358
PROFUNDIDAD DE LA CRUZ.....	359
PARA EL DÍA DE SAN JUAN BAUTISTA.—Considere atentamente el hombre cristiano cuánta sea la santidad del que, según el testimonio del mismo Cristo, entre los nacidos de mujer no se levantó otro mayor.....	360
PARA EL DÍA DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.—Admire el hombre cristiano en los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo la singular providencia de Dios que eligió a un pescador para confundir la soberbia del mundo, y a un perseguidor de la Iglesia para manifestar la esperanza del perdón.....	363

PARA LA FIESTA DE LA VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.—Cuánto debe de magnificar a su Dios el hombre cristiano, aprendiendo de María que magnifica al Señor en la casa de Zacarías.....	366
PARA EL DÍA DE SANTA MARÍA MAGDALENA.—Santa María Magdalena sentada a los pies del Señor, enseña al hombre cristiano a buscar el uno necesario y elegir la parte mejor.....	369
PARA EL DÍA DE SANTIAGO APÓSTOL.—De Santiago, que fué uno de los hijos del Zebedeo, aprenda el hombre cristiano que no puede llegarse a la alteza celestial de otro modo que por la humildad.....	372
PARA EL DÍA DE SAN LORENZO MÁRTIR.—El hombre cristiano puede seguir e imitar a Cristo con San Lorenzo, mártir, aunque no padezca la pena del martirio.....	375
PARA LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA BEATÍSIMA VIRGEN MARÍA.—Cuánto deba aplaudir el hombre cristiano a la Virgen María elevada a los cielos, e implorar su patrocinio.....	379
PARA EL DÍA DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.—Considere el hombre cristiano cuántos bienes se nos han conferido por medio de los Santos Apóstoles, padres y príncipes nuestros.....	382
PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.—Cuánta sea la dignidad y excelencia de la divina Maternidad, para la cual la Virgen hoy nacida estaba ya destinada desde la eternidad.....	385
PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ.—La Cruz es el trofeo de Cristo triunfante y la Bandera del cristiano combatiente.....	388
PARA EL DÍA DE SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA.—Considere el hombre cristiano que los Santos Apóstoles son los cielos que nos publicaron la gloria de Dios.....	391
PARA EL DÍA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.—Considere el hombre cristiano que los Santos Angeles nos ayudan en esta vida mortal para que lleguemos felizmente a su compañía.....	394
PARA EL DÍA DE LOS SANTOS APÓSTOLES SAN SIMÓN Y SAN JUDAS.—Los Santos Apóstoles enseñan al hombre cristiano que por Cristo ha de despreciarse toda felicidad terrena.....	396
PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—El hombre cristiano honra a los Santos como debe si se esfuerza por imitarlos.....	399

PARA EL DÍA DE LA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS.—Amonéstese al hombre cristiano que procure auxiliar a los difuntos con sacrificios, oraciones y otras obras piadosas	403
PARA LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.—Cuánto agradó a Dios el voto de virginidad que María, presentada en el templo, hizo la primera de todos	406
PARA EL DÍA DE SAN ANDRÉS APÓSTOL.—Considere el hombre cristiano que, cuando Cristo eligió para Apóstoles a los pescadores y entre ellos a San Andrés, quiso enseñarnos que debemos gloriarnos en sólo Dios que elige lo flaco para confundir lo fuerte	409
PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.—El haber sido María llena de gracia y escogida desde la eternidad para Madre de Dios, basta para persuadir al hombre cristiano que fué concebida sin mancha original	411
PARA EL DÍA DE SANTO TOMÁS APÓSTOL.—En la duda de Santo Tomás aprenda el hombre cristiano que debe creer ahora firmemente lo que no vemos todavía, para merecer ver algún día lo que ahora creemos	413

PARA LA CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES
QUE LA SIGUEN

MIÉRCOLES DE CENIZA.—Con cuánta piedad y devoción debe el hombre cristiano comenzar y continuar el tiempo sacratísimo de cuaresma	417
JUEVES DESPUÉS DE CENIZA.—En este tiempo cuadregesimal debe el hombre cristiano dedicarse especialmente a la oración y demás buenas obras	419
VIERNES DESPUÉS DE CENIZA.—Cuán provechoso, o más bien, cuán necesario sea al hombre cristiano el ayuno que por precepto de la Iglesia debe observar en la cuaresma	423
SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA.—El hombre cristiano ha de guardar el ayuno cuadregesimal de tal modo que no le sea ocasión de nuevos placeres y si el refrenamiento de la antigua concupiscencia	425
DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Para que el ayuno y la oración del hombre cristiano sean en este tiempo más aceptos a Dios, únalos la misericordia	428

LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Cuánto debe el hombre cristiano ejercitar la caridad con el prójimo en este tiempo que nos amó Cristo hasta morir por nosotros	430
MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Guárdese el hombre cristiano de fomentar en su corazón enemistades en el tiempo mismo que fuimos reconciliados con Dios	433
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Cuál deba ser la oración que el hombre cristiano ha de tener más frecuente y fervorosa en la cuaresma	435
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—La memoria del Señor, que nos hizo tantos bienes y padeció por nosotros tantos males, debe mover al hombre cristiano a practicar en este tiempo las buenas obras con mayor fervor	437
VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Para que el hombre cristiano pueda alegrarse con Cristo resucitado lllore ahora con Cristo paciente	440
SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—Si el hombre cristiano quiere ser glorificado con Cristo reinante, aprenda ahora a gloriarse en Cristo crucificado	443
DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Si el hombre cristiano aspira a la sublimidad de la gloria, ame ahora la humildad de la Cruz	447
LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Si el hombre cristiano desea llegar a donde Cristo precedió, no se aparte del camino áspero por donde anduvo	449
MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Contemple ahora el hombre cristiano a Cristo desfigurado por nosotros en la pasión, para que merezca verle algún día hermoso en el cielo	452
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Considere el hombre cristiano que en el costado de Cristo se le abrió la puerta para que pueda entrar a la vida	455
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Mire el hombre cristiano al Salvador crucificado para que alcance la salvación perdida	457
VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.—Pondere el hombre cristiano el gran precio de su redención en la sangre preciosa del Hijo Unigénito de Dios	460

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.— Considere el hombre cristiano que la sangre de Cristo es el precio de redención para los siervos y dote y tesoro para la Iglesia	462
DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.—Atienda el hombre cristiano a lo mucho que en la Pasión de Cristo resplandece el amor divino hacia nosotros	464
LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Propóngase el hombre cristiano la inmensa caridad que nos mostró Cristo paciente y esfuércese para seguirle e imitarle	467
MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Cristo quiso padecer en la solemnidad Pascual para manifestar que él mismo era el verdadero cordero pascual que había de ser sacrificado por la salvación de todos	470
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Estando Cristo para entregarse a la Pasión y a la muerte, instituyó el Sacramento de la Eucaristía para dejarnos la prenda de su amor	473
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Cristo lava los pies a los discípulos antes de su pasión para darnos ejemplo de humildad	475
VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Judas se retira de la cena para entregar a Cristo a los judíos	478
SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.— Cristo, al aproximarse su pasión, quiso turbarse para confirmarnos y consolarnos	481
DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.—Cristo, al acercarse su pasión, quiso padecer tristeza para alegrarnos y enseñarnos a seguir la voluntad de Dios	484
LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.— Cristo acepta con voluntad pronta el cáliz de la pasión para que no le rehuse el cristiano	487
MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.— Cristo es entregado por Judas con un ósculo	490
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.— Jesús es prendido y atado	492
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.—Jesús es herido con una bofetada por un ministro del Pontífice	495
VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.— Jesús es negado por Pedro tres veces	497

SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.—Jesús tolera pacientísimamente las burlas y oprobios de los judíos	501
DOMINGO DE PASIÓN.—Jesús es llevado a Pilato y es acusado ante él	504
LUNES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Los judíos dieron muerte a Cristo con la lengua cuando clamaron: Crucifícale	506
MARTES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Jesús es azotado	509
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Jesús es coronado con la corona de espinas, o más bien, con las espinas de nuestros pecados	511
JUEVES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Pilato presenta a Jesús a los judíos, y dice: Ved aquí el hombre	514
VIERNES DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Jesús es condenado a muerte de Cruz	516
SÁBADO DESPUÉS DEL DOMINGO DE PASIÓN.—Jesús, cargado con la Cruz, sale para el monte Calvario	518
DOMINGO DE RAMOS.—Jesús crucificado entre los ladrones es blasfemado por uno y suplicado por otro	521
LUNES DE LA SEMANA SANTA.—Los judíos se burlan e insultan a Cristo pendiente en la Cruz	524
MARTES DE LA SEMANA SANTA.—Jesús pendiente de la Cruz tolera los oprobios e insultos de los judíos para la salvación de ellos y para nuestro ejemplo de paciencia	526
MIÉRCOLES DE LA SEMANA SANTA.—Jesús pendiente en la Cruz ruega por sus enemigos	529
JUEVES SANTO.—A Jesús sediento en la Cruz se le da a beber vinagre	532
VIERNES SANTO.—Jesús muere	534
SÁBADO SANTO.—Guárdese el hombre cristiano de que el beneficio de la pasión de Cristo sea más bien para su condenación que para su provecho	537

FIESTAS MOVIBLES

DOMINGO DE RESURRECCIÓN.—La Resurrección es el triunfo de Cristo y la esperanza del cristiano	540
LUNES DE PASCUA.—Jesús se aparece en el camino a los dos Discípulos y es conocido de ellos en la fracción del pan	543

MARTES DE PASCUA DE RESURRECCIÓN.—El hombre cristiano ha de cantar la Aleluya en el tiempo de tal modo, que merezca cantarla en la eternidad.....	546
PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN.—La Ascensión es la glorificación de Cristo y la amonestación del cristiano para que, teniendo que seguir a Cristo con el cuerpo, le siga entretanto con el corazón.....	549
DOMINGO DE PENTECOSTÉS.—En la venida del Espíritu Santo se nos encomienda la caridad, la paz y la unidad.....	553
LUNES DE PENTECOSTÉS.—Cuántos prodigios obró el Espíritu Santo en aquéllos sobre quienes vino.....	556
MARTES DE PENTECOSTÉS.—Cuán necesario es al hombre cristiano el auxilio del Espíritu Santo y cuánto debe implorarlo.....	559
DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.—En el misterio inefable de la Santísima Trinidad crea y adore el hombre cristiano a un Dios en tres Personas.....	562
PARA LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI.—Admire el hombre cristiano el amor de Jesucristo hacia nosotros, que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía alimenta a sus convidados consigo mismo y en él nos encomienda la caridad, la paz y la unión.....	565
FIESTA DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS.....	569

PARA LOS DÍAS DEL ADVIENTO
Y FIESTAS SIGUIENTES

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO.—El hombre cristiano, atendiendo a la venida de Cristo, ponga sumo cuidado para limpiar y adornar su alma y conciencia.....	570
LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—Cuánto debe prepararse el hombre cristiano por medio de buenas obras para la festividad sacratísima de la Natividad del Señor.....	573
MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—En este santo tiempo del Adviento considere el cristiano a dos hombres: uno por quien fuimos animados y otro por quien hemos sido redimidos.....	576
MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—El hombre cristiano conozca y admire dos nacimientos en Cristo: uno eterno del Padre, otro temporal de la Madre, y ambos inefables.....	579

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—Considere el hombre cristiano el modo con que el Ángel anunció a la beatísima Virgen María el misterio de la Encarnación del Señor.....	582
VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—Considere el hombre cristiano el modo con que se obró en la Santísima Virgen María el Misterio de la Encarnación, después de la salutación del Ángel y del consentimiento de la Señora.....	585
SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO.—La Encarnación del Señor es la unión sacratísima del Verbo divino y de la naturaleza humana en unidad de persona.....	587
DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO.—No sólo la Natividad eterna de Cristo, sino también la temporal es un misterio tansublime, que ni el entendimiento humano puede comprenderle ni la lengua explicarle.....	590
LUNES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuán grande milagro es la Encarnación y Nacimiento del divino Verbo.....	593
MARTES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuántas maravillas se contienen en la Encarnación y Natividad del Señor.....	595
MIÉRCOLES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuánto respaldede en la Encarnación del Señor la caridad y misericordia de Dios para con el hombre.....	598
JUEVES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuán grande fué la conveniencia de la Encarnación del Señor.....	601
VIERNES DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuántos bienes y beneficios se nos han comunicado por la Encarnación del divino Verbo.....	604
SÁBADO DE LA 2ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cuánta gracia es la Encarnación del divino Verbo.....	606
DOMINGO 3º. DE ADVIENTO.—El Verbo divino encarnó para librarnos del cautiverio del demonio.....	609
LUNES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cristo vino para que tuviéramos el Mediador que nos reconciliase con Dios.....	611
MARTES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese hijo de Dios.....	613
MIÉRCOLES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Para que el hombre comiese el pan de los Ángeles, el Señor de los Angeles fué hecho hombre.....	615

JUEVES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Siendo Cristo rico, quiso hacerse pobre por nosotros en la Encarnación, a fin de que nos enriqueciésemos con su pobreza ..	618
VIERNES DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cristo quiso nacer pequeño por nosotros para que nosotros creciésemos por él; lo cual significa aun el día mismo en que se dignó nacer ..	620
SÁBADO DE LA 3ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cristo se hizo hombre para que el hombre tuviese a quién seguir ..	622
DOMINGO 4º. DE ADVIENTO.—El Verbo Encarnado se hizo para nosotros camino por donde hemos de volver a Dios.	624
LUNES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cristo quiso nacer en la carne mortal para recibir nuestros males y comunicarnos sus bienes ..	627
MARTES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Cristo vino en carne mortal para poder padecer en ella y morir por nosotros ..	629
MIÉRCOLES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Admire el hombre cristiano la humildad de Cristo en su nacimiento ..	631
JUEVES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Con cuánta devoción debe el hombre cristiano adorar a su Salvador puesto en el pesebre ..	634
VIERNES DE LA 4ª. SEMANA DE ADVIENTO.—Atendiendo al beneficio de la Encarnación del Señor, procure el hombre cristiano cantar con los Santos Ángeles y con suma alegría el "Gloria in excelsis Deo" ..	636
VIGILIA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Considere el hombre cristiano cuántos prodigios se encierran en el Nacimiento de Cristo que ha de celebrarse mañana ..	639
DÍA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—En la primera Misa, a media noche, considere el hombre cristiano el Nacimiento temporal de Cristo ..	641
A la segunda Misa, en la aurora, considere el hombre cristiano el Nacimiento espiritual de Cristo en el corazón de los fieles por la fe y la caridad ..	643
En la tercera Misa, al mediodía, considere el hombre cristiano el Nacimiento de Cristo, eterno del Padre ..	645
PARA LA FIESTA DE SAN ESTEBAN PROTOMÁRTIR.—Si el hombre cristiano desca ser coronado con San Esteban, procure imitarle, especialmente en el amor de los enemigos ..	647

PARA LA FIESTA DE SAN JUAN EVANGELISTA.—Pondere el hombre cristiano la excelencia del Evangelista San Juan, que se remontó más alto que los demás para considerar la Divinidad de Cristo ..	650
PARA LA FIESTA DE LOS SANTOS INOCENTES.—Considere el cristiano cuánta gloria resultó de la muerte de los Santos Inocentes para Cristo y para ellos mismos ..	654

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1944
EN PLATT, S. A.,
DEFENSA 633

Queda hecho el depósito que previene la Ley núm. 11.723
Copyright by EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1944

